3 1761 08158686 9

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 241.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1909

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 21
no. 241-43

LOS JARDINES DE GRANADA

¿Qué es lo que queda de la vida mora en la vida nacional española? ¿Lo que ha quedado ha sido como se puede entender por la civilización y las costumbres del pueblo, parte íntegra de la suya? ¿O fué más bien, como la feroz contienda religiosa y política entre moros y cristianos hace creer, un elemento ajeno y hostil? Pregunta es ésta á la cual, aun hoy en España y fuera de España más aún, hay gente dispuesta á suscribir, y no sin energía.

Para los que hayan seguido la lectura de mis artículos, no habrá duda, en mi opinión, de que es casi imposible comprender á España si no se considera que los moros, no obstante sus divergencias religiosas y políticas, entran por mucho en la constitución de lo que entendemos por España. Los puntos de contacto en sus orígenes de raza, así como de la cultura, fueron grandes. La religión fué la única que pudo borrarlas, porque la religión siempre ha sido cuchillo de los hombres. Calderón y otros poetas españoles representan al caballero moro en todos los respectos, como al caballero español, salvo el nombrar á Alá en vez de Cristo. Y esto, más que licencia poética, debe estimarse conclusión legítima. El moro tomó del español, y el español del moro. Durante los períodos más vigorosos del desenvolvimiento nacional, moros y españoles fueron los dos jugadores que en todos los terrenos de la vida y del arte, y aun de la religión perpetua y sucesivamente, se de-

volvían el juego uno á otro. El moro era, á la verdad, más despierto y delicado jugador por muchos conceptos, porque pertenecía á una raza que, aunque afín, era inmigrante, y la inmigración á un país nuevo tiende generalmente á evocar cualidades de inteligencia más perfectas que las que los primitivos pobladores del suelo poseen. Pero aun cuando moros y cristianos en cierto modo se mantuvieron separados, y aun cuando los moros no siempre podían competir con los cristianos en energías, ni los cristianos con los moros en vida refinada, unos y otros contribuyeron á la misma obra de civilización nacional; vencidos los moros y expulsados los judíos, aún sigue jugando su influencia en el siglo de oro de España.

Prueba interesante de la fusión é influencia recíproca de moros y cristianos la proporcionan las mujeres de la España mahometana. Estas mujeres gozaban de una libertad más grande que las islamitas del Africa y del Oriente, y se distinguían por su cultura literaria y otras prendas. Atribúyese esto por Simonet, eminente cultivador de los estudios de árabe (en su estudio interesante *La mujer arábigo-hispana*), á la influencia penetrante de las cristianas naturales de España, que fueron preferidas por los moros para esposas á las mujeres de su raza, y fueron de este modo poderosas á recabar condiciones muy favorables para ellas en el matrimonio. Muchas de las mujeres moras más ilustres eran de abolengo cristiano. Pero sus hermanas cristianas, alejadas de la influencia morisca, representaban por lo común papel menos brillante en la vida.

Así como en religión los moros aprovecharon de los cristianos y los cristianos á su vez de los moros —pues que el neoplatonismo cristiano pasa á ser sufismo, y el sufismo se convierte por intermedio de Lulio en misticismo,—así también en las artes, sobre todo en arquitectura, todas las ideas de los moros eran prestadas, dicen algunos, y su obra era siempre falsa. Otros, por el contrario, dicen que los moros eran consumados obreros, sin cuya ayuda nada hubieran podido hacer los cristianos. Algo de verdad existe en ambas afirmaciones. La historia del arco

de herradura, por ejemplo, muestra cuán íntimamente se contribuyó por ambas partes á un mismo efecto. El arco de herradura, en su forma elemental, no era moro, pues existía en Oriente antes de la aparición del Islamismo; fué introducido en España por los visigodos, cuya civilización interesante y poco conocida era de origen bizantino, como la de los moros. Cuando éstos llegaron á España, encontraron ya en ella el arco de herradura y lo adoptaron, exagerando y retorciéndolo en formas elegantes y caprichosas. Cuando los cristianos lo utilizaron, debiéronlo á su vez á los moros, sin dejar de seguir sus tradiciones antiguas (1).

Cuando nos encontramos de esta suerte con lo que recíprocamente se deben, resulta frívolo mostrar disidencia alguna de opinión en semejante asunto. Obrar de esta manera es ignorar, no sólo sus orígenes comunes, sino las semejanzas fundamentales de la obra morisca y la cristiana. La labor plateresca cristiana es, á veces, casi tan delicada como la morisca; la churrigueresca cristiana también es casi igualmente caprichosa, mientras que, á su vez, con todos sus antojos desenfrenados y pomposos, el arte moro supo resultar sencillo, dignificado y armonioso. Hay personas dedicadas al estudio de la arquitectura morisca, que han puesto de bulto su bajeza, instabilidad y su desconfianza en las leyes de la construcción arquitectonica (2). Mas, sin embargo, los grandes y sólidos edificios góticos, como sabemos por antiguas crónicas, amenazaban á cada paso derrumbarse; vez hubo que tuvieron que ser reedificados, mientras que la Alhambra, á pesar de la timidez de sus principios

(1) Gómez Moreno («Excursión á través del arco de herradura», *Cultura española*, vol. III, 1906, pág. 285) tiene un interesante artículo ilustrado sobre la antigua historia del arco de herradura. Véase también L. Higgiu, Arte visigótico», *Fortnightty Review*, Mayo, 1907.

(2) Esta apreciación del carácter fundamentalmente débil y caprichoso de la arquitectura morisca y sus afines, aparece muy bien ilustrada en un estudio interesante, aunque parcial, de L. March Phillips, «El arábigo en la Arquitectura», *Contemporany Review*, Mayo, 1907.

constructivos, continúa en pie siempre, victoriosa de las continuas injurias y del prolongado abandono, que ha reducido á ruinas el palacio de Carlos V, con todas sus obras de defensa. Ni es verdad tampoco que los moros sacrificasen todo en la arquitectura al detalle trivial y caprichoso. Para probar su firme y bien educado sentido de la dignidad, armonía y proporción, basta con indicar la sala de Embajadores, en Granada, donde los detalles más exquisitos están siempre subordinados al efecto del conjunto. La sinagoga del Tránsito, en Toledo, estancia grande y hermosa, tan convenientemente proporcionada, tan perfectamente iluminada por sus preciosas ventanas, abiertas junto á la boveda, aunque sus pormenores no son tan exquisitos, muestran también la tradición morisca persistente, y prueban que la sala de Embajadores no es en esto una excepción. Moros y cristianos se continúan en la manifestación de cualidades que eran comunes á ambos.

Mas, á pesar de esto, la individualidad del uno y del otro se destaca vigorosa, aislada é independiente. En la catedral de Toledo no se advierte nada de morisco; en los aposentos más típicos de la Alhambra, nada de cristiano.

II

El aficionado á España, siempre que visite á Granada lo ha de hacer con mezcla de emociones. La Granada de la imaginación es la patria principal de lo español romancesco. ¡Para cuántos de nosotros ha sido también Granada nombre mágico! El Cid, la puerta Elvira, la plaza de Bibarrambla; el infortunado Boabdil, arrojado para siempre de aquel refugio último y querido de la civilización mora; todas estas cosas hacen que desde niño se imagine uno á esta ciudad como simpar en el mundo.

Pero ha sido efecto inevitable de esta belleza y poderío de Granada, evocar esas fuerzas reaccionarias que devastaron por

igual su belleza y su fuerza. En tres cosas principalmente se ha manifestado esta reacción inevitable: la primera, en la prolongada duración de su conquista por los cristianos, merced á su fuerza y á su posición. Mallorca, Córdoba y Sevilla, grandes poblaciones moriscas las tres, fueron tomadas en rápida sucesión muy pronto en el siglo XIII. Fué su conquista en tiempos en que, lo mismo por parte de los moros que por parte de los cristianos, se desplegaban sentimientos caballerescos de tolerancia y mutua consideración. En ninguno de estos lugares se mostró espíritu feroz de destrucción, y en todos tres, aun hoy sobrevive el espíritu morisco. Pero al fin del siglo XV se exacerbó por ambas partes el encono; en los moros fué cuestión de vida ó muerte, y en los cristianos tuvo lugar un afán furioso de completar la reconquista que tantos siglos había necesitado para consumarse. A más de esto, el arma terrible de la Inquisición fué inventada entonces, ó más bien, aguzada de nuevo, y el despreocupado Fernando, é Isabel, que, á pesar de sus grandes dotes era exaltada en sus sentimientos religiosos, todo esto junto contribuyó á la devastación de Granada, tan rigurosa, que desde entonces no ha vuelto á reponerse del golpe. Los vencedores cristianos trataron de reedificar lo que habían destruído; pero el arte cristiano entraba entonces en un período de extravagante decadencia. Desde el punto de vista cristiano, á pesar de las grandes figuras que se asocian á su historia, ha sido Granada de las ciudades más insignificantes de España; sólo la iglesia de San Jerónimo, donde está enterrado el Gran Capitán, puede dar alguna idea de la grandeza que España poseyó algún tiempo.

Ha sido asolada esta ciudad por otra invasión también. En tiempo de la guerra de la Independencia fijó la atención de los ingleses que vinieron á la península en auxilio de los españoles contra Francia. Llegó el duque de Wéllington, plantó árboles, y arregló la Alhambra al gusto inglés, convirtiéndola en una enramada poblada de ruiseñores, y sin duda todo ello es delicioso, pero de ninguna manera español ni menos mo-

risco. Vino después Wáshington Irving, Wéllington espiritual, y conquistó Granada para la literatura, como Reynault después, á su paso por ella, la consagró á su arte. En tanto, los españoles empezaron á percatarse del tesoro que en la Alhambra tenían, desalojaron á los vagabundos y lavanderas que gozaban de su posesión, y gradualmente emprendieron la obra de restauración que aun hoy continúa. En la actualidad, una corriente continua de turistas ingleses, americanos, franceses, alemanes, se desparrama por Granada. El inflexible temperamento español se ha ido adaptando poco á poco á este estado de cosas. Granada es casi la única ciudad española que ha convertido la explotación del forastero en industria más ó menos modesta. Hasta los chicos han aprendido á pedir cuartos á los extranjeros; indignidad de que por lo común no adolecen los chicos de otras poblaciones españolas (1). La Alhambra, perla soberana del arte morisco, se ha convertido en un lugar de espectáculo, en un museo bien atendido. De año en año se remoza, y aunque su restauración se lleva á cabo con el más respetuoso cuidado, nunca gusta mirar en el viejo las señales de una juventud postiza.

Una tercera y última fase de la vida de Granada ha completado su destrucción. De ciudad muerta que era, apenas existente para algún que otro turista, ha adquirido durante los últimos años cierta suma de vida industrial como población fabril, con su correspondiente explosión de energía municipal. Cierta actividad burguesa, que parece alterar singularmente sus tradiciones, anima ahora sus calles, respetando todavía el antiguo y pintoresco barrio del Albaicín, mientras que en otros puntos de la población tienden á modernizar la vida tentativas repentinas y singulares. Ha sido destruída gran parte de la ciudad, por cuyo centro se ha trazado un monótono é in-

(1) El pordiosear en las calles ha sido prohibido recientemente por el ayuntamiento de Granada (como mucho antes en Sevilla); se ha establecido un sistema de socorrer á los verdaderos indigentes.

terminable boulevard futuro. No se puede menos de pensar que esta actividad industrial de Granada es parasitaria, y así, en efecto, sucede. La población granadina actual es en gran parte procedente de inmigrantes gallegos y catalanes, y, como Olóriz ha demostrado, no es andaluza típica.

Por todas estas razones, resulta que el aficionado á las cosas de España, difícilmente encuentra en Granada donde posar á sus anchas. Puede trepar á la sierra—á no ser que esté terminada la instalación del tranvía eléctrico, — é ir al viejo alcázar morisco, y refugiarse en la Alhambra. Nada es capaz de aminorar la exquisita belleza de sus patios y estancias. Con ser lo más delicado y frágil que en materia de construcción arquitectónica se ha realizado por hombres, ha sobrevivido á todos los cataclismos revolucionarios ocurridos en España.

Siempre causa deleite recorrer esos patios y estancias y sus innumerables recodos y pasillos, porque dondequiera se percibe un vislumbre semiapagado de una de las civilizaciones más selectas que el mundo ha contemplado. Todos encuentran allí algo que les es particularmente sugestivo. Por mi parte, he gustado especialmente de contemplar los leones bizantinos que están en corro en el medio del patio á que dan nombre. Ningún fotógrafo ha hecho la debida justicia á estos animales tan preciosos. Son ejemplares de un arte reflexivamente convencional, y á pesar de ello, no resultan extravagantes ni grotescos. Son absolutamente fantásticos, y, sin embargo, poseen cierta vida real *sui generis*. Sus cabezas son redondeadas y chatas, sus ventanas de la nariz forman semicírculos. Sus ojos consisten en dos hendiduras concéntricas oculares; las orejas son armoniosamente semicirculares; las melenas forman ondas simétricas; las patas son escuadradas, y los cuerpos se van adelgazando hacia la cola que lleva cada una de estas fieras entre las patas traseras, y ajusta en curva cerrada contra el ijar izquierdo. Son, en conjunto, deliberadamente convencionales á extremo exagerado, y son, con todo, criaturas robustas, vigorosas, admirablemente propias para llenar su objeto

de soportar el gran pilón y de despedir un gran chorro de agua de sus bocas. Y siendo bizantina originalmente su idea, no ha podido darse cosa más bellamente estudiada en armonía con la manera arquitectónica morisca.

III

Así que aprendemos á conocer mejor á Granada, vamos encontrando ciertos detalles de la localidad distintos de estas joyas de la arquitectura morisca que empieza á dejar en el ánimo gratísima impresión. Lo que exige algún esfuerzo para ser comprendido queda en segundo plano, y al fin Granada viene á ser para nosotros, ante todo y sobre todo, la ciudad de los jardines y de las fuentes. Como la Alhambra, son también estas cosas reminiscencia de los moros. Los jardines y fuentes son gratísimos dondequiera que los moros han impreso su planta. En Córdoba no hay sitio tan constantemente visitado como el espléndido patio al que se sale por la catedral: el Patio de los Naranjos, al que van las mujeres á buscar agua (1). Los cristianos, que se apresuraron á barrer por completo la aborrecida civilización de los moros en Granada, respetaron, sin em-

(1) Cuando el edificio tuvo amplia salida por esta parte hacia el mencionado patio, debió mostrar, así dentro como fuera, un aspecto lindísimo. Y me fijo en este aspecto de la hermosura de la mezquita, porque, á mi juicio, gran parte de la admiración entusiasta que se rinde al monumento no es cosa bien fundamentada. Sucede que los turistas vienen provistos de cierta exaltación retórica que en presencia de la mezquita no quieren desperdiciar. Córdoba es ciertamente ciudad muy notable, con una historia gloriosa y magnífica, y la mezquita objeto interesante de estudio, porque permite comprender la educación del arte morisco, impulsado en la sazón en que se edificó por ideas cristianas, percibiéndose en ella la filiación de fuentes visigóticas, si bien se dejó de utilizar gran parte del material que los godos abandonaron; pero á pesar de la belleza de las partes, el conjunto no es muy considerable. Es digno de notar que Valera, gran apreciador de la antigüedad morisca, y cordobés por añadidura, no expresa gran admiración por la mezquita.

bargo, sus jardines y fuentes, aunque no cuidándose mucho de ellos. Así que, al pasar por las calles de la ciudad, fundada en las márgenes de dos ríos, rara vez se deja de percibir el murmurio de las aguas corrientes ni la vista de los surtidores y el fluir de los arroyos, habiendo también pocas ciudades que cuenten con número tan considerable de jardines delicados y vistosos. En Málaga, situada no muy lejos, país de perpetuo estío, casi no se puede decir que haya un jardín público, si bien abundan los de particulares, extremadamente hermosos, y en la misma morisca Córdoba no hay muchos. Pero en Granada ha persistido la influencia morisca, y, finalmente, triunfado. La lozana Alameda de la Alhambra, trazada á manera de parque inglés, y el espléndido paseo á las orillas del Genil, al estilo español, son relativamente modernos, y ambos, cada cual por su estilo, admirables. En el jardín de los Adarves, meseta que se alza en la sierra de la Alhambra, tenemos un verdadero jardín morisco antiguo y típico. Aquel paseo cubierto, en donde se entra por una puerta guarnecida de conchas de hierro, recatado y oculto—como muchos otros jardines de Granada—con una amplia y deliciosa perspectiva hacia la vega, y las bellas colinas cubiertas de nieve que se distinguen en lontananza, sugieren el recuerdo del *Sufi* árabe, sitio ideal para meditaciones religiosas ó filosóficas sobre los problemas del mundo.

Por dondequiera, se encuentran en Granada diseminados fragmentos de jardines en que se conserva la tradición morisca, á veces sin alteración ninguna. Pero los jardines moriscos más admirables y típicos de Granada son los del Generalife—palacio de verano de los príncipes moros, en la pendiente que se dirige hacia la Silla del Moro,—jardines que en definitiva resultan el más grato lugar de contemplación para el viajero, porque en este lugar selvático y desamparado se sustrae uno á la opresión de espectáculo, que le fatiga y marea en los patios de la Alhambra.

Los edificios del Generalife son, sin duda, de muy menor

extensión que los de la Alhambra, y han padecido en lo antiguo muchos daños, aunque el sitio en conjunto se conserva por un espíritu salvador de grata indiferencia. Subiendo la riente senda que conduce de la Alhambra, que se ve extendida á nuestros pies, llégase al Generalife, encaramado en las terrazas de una ladera, y que ocupa á la verdad muy poco espacio, lleno, sin embargo, de atractivos que no se examinan en breve tiempo. El moro—contrario en esto al español cristiano, que buscaba ante todo la anchura del horizonte, el misterio, la majestad—amaba lo reducido y delicado. Pudiera decir con Cowley, «amo la pequeñez en todo casi: una posición modesta, una casa pequeña y alegre, número reducido de amigos y fiesta no muy grande». En esto significaron los moros, sin duda ninguna, su concepto del arte del vivir. El Generalife nos ofrece, así que en él entramos, un patio lindísimo, lleno de árboles y flores, reproducción modesta y abreviada del patio de los Mirtos de la Alhambra. Una escalinata nos conduce á otro patio aún más pequeño, que recuerda el de la Reja, también de la Alhambra. En él se ve un antiguo ciprés grandísimo. Por cima de este patio, y comunicando por una escalera de piedra y ladrillo, hay cinco altozanos, cada uno de los cuales contiene uno ó más jardincitos de variada labor, con fuentes las más veces y con muros que parecen aumentar el desarrollo de su superficie; mas no entorpecen nunca el camino y se hallan sombreadas por lozana vegetación. La senda que encamina de la terraza inferior á la cima es morisca, casi en su total pureza; viene á ser una rampa de escalones de ladrillo, de forma circular, con balaustradas semicirculares, y su suelo, empedrado de guijas figurando mosaicos conforme á la manera tan general en Granada, con una fuente en medio, de donde el agua corre por un canal de tejas dispuesto á lo largo de las balaustradas. Los jardines adoptan comúnmente la disposición ideal del arte de jardinería de muchos países, con macizos de flores simétricamente formados y altos setos de boj, aplanados por encima y aligerados por los lados. Dondequiera se oye el rumor del

agua; y los domingos, no sólo de las fuentes, que siempre están corriendo, sino de los pequeños surtidores que saltan á cada paso de sus sombrosos cauces en todas las direcciones. Aquí, aún mejor que en la Alhambra, se comprende el modesto encanto de la vida morisca y sus ensueños, el gusto por el aire puro y por el agua en todas partes, de los cuadros de flores pequeñitos, pero esmerados, teniendo todo ello enfrente amplia y dilatada perspectiva.

Aquí, y con las grandes torres encarnadas de la Alhambra á nuestros pies, nos olvidamos de esa Granada que representa la victoria del cristianismo en sus más gloriosos días sobre el islamismo en su época de más refinamiento. Estamos en medio de las reliquias de una de las civilizaciones más hermosas que el mundo ha conocido, civilización que sólo puede comprenderse bien leyendo las páginas de *Las mil y una noches*.

HAVELOCK ELLIS

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

LA TRANSICIÓN

La resistencia del romanticismo: Victor Hugo.

De naturaleza equilibrada y robusta; egoísta por carácter; hombre sin vicios y casi puede decirse que sin pasiones, aunque no sin penas, que fuera maravilla; trabajador metódico y constante, Víctor Hugo sobrevivió á su época, quedó en pie cuando el romanticismo se desplomaba, atravesó cercado de ruido y de aureola, no sólo el período de transición, sino el naturalista, y mientras él vivió, pareció como si el romanticismo continuase vivo también, con esa vida tenaz de los viejos duros, como el Silva de *Hernani*, que entierran á los jóvenes y se quedan riendo.

No era Víctor Hugo, del año 40 al año 60, el único superviviente famoso de la gloriosa generación romántica; pero era seguramente el visible en Europa y el que no había adjurado ni modificado sus procedimientos, sino que continuaba por los mismos caminos de la juventud, siendo los frutos de su otoño desarrollo natural de las flores de su primavera. He dicho que no cambió sus procedimientos; no he dicho que sus fines. Sus fines fueron, pues, otros: renunció definitivamente á ser el «poeta pensativo», el «sagrado soñador», para convertirse en el vidente y profeta político, en el Isaías jacobino, que truena

y relampaguea desde su escollo contra la tiranía, en favor del pueblo, de los humildes, de los miserables—como su héroe, *el hombre que rie*, tronaba en la Cámara de los Lores, ó Ruy Blas ante el Consejo de los Reyes de España. Este avatar de la musa de Víctor Hugo fué hábil; le permitió situar estratégicamente la resistencia del romanticismo; y conviene añadir que, si Zola, por ejemplo, al realizar un avatar parecido en los últimos años de su vida, perdió las características cualidades de su talento, Víctor Hugo las conservó y las desenvolvió plenamente en la tempestuosa región donde le plugo morar. He aquí por qué la supervivencia romántica va unida estrechamente á la supervivencia del genio de Víctor Hugo. Nótese que no pretendo asegurar que á la conducta de Víctor Hugo presidiese un cálculo, ni aun el cálculo semi-inconsciente del artista, para mantenerse dentro de la actualidad. Digo sólo que el romanticismo, nacido con el primer Imperio, se defendió bajo el segundo desde el destierro y por la oposición al régimen.

No hay más recurso que referirse á la biografía; ella explicará en breves renglones lo que largos párrafos de comentario crítico tal vez no esclarecieran. Víctor Hugo, que en sus albores había sido legitimista hasta llegar al «vendeanismo» de su madre, se convirtió, durante un período en que no escribía, ó por lo menos no publicaba mucho, hacia 1843, en el más celoso y adicto palaciego de Luis Felipe Orleans. El rey burgués y su familia halagaban al poeta, le recibían cordialmente y además le hacían vizconde y par de Francia, cosa que ligaba perfectamente con la personalidad académica de que iba revistiéndose el antes melenudo autor de *Lucrecia Borgia*, burlador de las «pelucas». En tiempos anteriores á la regia merced, el poeta ya se hacía llamar vizconde, satisfaciendo así su antigua y del todo gratuita aspiración á la sangre azul ó *gentilhommerie*,—y envidiaba esta prez á otro vizconde de cepa vieja, el bretón Châteaubriand.—Todo ello sería una leve vanidad humana muy común, que no merecería la pena de recordarse, si no contrastase demasiado con actitudes é intransigen-

cias posteriores, con diatribas en que los míseros nobles y palatinos salen que no hay por donde cogerles. Antes de contemplarle fulgurando apocalipsis desde los islotes de Jersey y Guernesey, conviene que nos le figuremos de calzón corto, en la más cortesana y palaciega de las actitudes.

La política, que va á ser su inspiradora, le lanza entonces á la tribuna, donde aparece como orador ministerial, monárquico y dinástico ferviente. Cuando cae Luis Felipe, en 1848, y sobreviene la República, Víctor Hugo se encuentra con dos graves desazones: en primer término, le falta su amparador, el bondadoso rey; en segundo, Lamartine, otro poeta, su rival, sube al puesto más alto de popularidad y poder, mientras el autor de *Hernani*, á pesar de un manifiesto electoral suplicante, no sale diputado en la asamblea constituyente hasta elecciones complementarias. Cuando publicó sus discursos de aquel período, los corrigió, no sólo en la forma, sino en el fondo. Hízolo porque había militado (sin destaque) entre los adversarios de la República, abogando por la dictadura, la ley marcial y los consejos de guerra—cosas que después estigmatizó y maldijo.—Poco después creó el *Evénement*, que puso al servicio de Luis Bonaparte, aspirante á príncipe Presidente, ya próximo á ser Napoleón tercero, ¡y más tarde, por obra de Víctor Hugo, *Napoleón el chico!*

La decepción de que Bonaparte no le diese la anhelada cartera de Instrucción pública, produjo en Hugo el rencor personal, exhalado después en *Los castigos*. Hay que reconocer que Napoleón anduvo torpe en hacerse enemigo tal. Por claro y por inferior que sea el origen de la actitud de Hugo; por evidente que aparezca, en su conducta, en sus variaciones, el móvil de interés egoísta, su genio es superior á todo ello, y sus campañas levantaron roncha, hicieron al segundo Imperio tanto daño como la expedición de Méjico, y tuvieron su parte en el desastre de Sedán.

Su sátira terrible fué ariete contra un régimen mal arraigado y combatido sorda y abiertamente por muchas partes, y

sus versos fustigadores y su prosa violenta corrieron de edición en edición y de boca en boca, por lo mismo que no contenían ningún programa político definido, sino la vaga y declamatoria aspiración á la libertad, en la cual todas las oposiciones coinciden.

Los castigos es un libelo, pero un libelo de excelso poeta. De su virulencia no pueden darnos idea otras poesías políticas: ni los *Yambos,* ni los *Gritos del combate,* acaso porque ni Barbier ni Núñez de Arce rimaron bajo el estímulo de un odio intenso, ó acaso porque no todos pueden odiar así. Y el odio es lo que brota en chorros furiosos de hiel y de bilis en *Los castigos,* con repulsiva belleza de Medusa, hacinando metáforas sobre metáforas, imágenes sobre imágenes, símiles sobre símiles, insultos sobre insultos, maldiciones sobre maldiciones. Su retórica es ya enfática, ya populachera, callejera, y hasta podríamos decir encanallada, si no la salvase la magnificencia del verbo, la misma impetuosidad iracunda de la forma, y algunas estrofas espléndidas, como la dedicada á las viejas banderas del Imperio, rotas y cubiertas de glorioso polvo. Para el objeto transitorio de amarrar á la picota á Napoleón III y sus gobernantes, *Los castigos* eran lo que se proponían ser. Literariamente, aparte del interés de curiosidad que encierra el manejo de la jerga popular ó *caló* (antes del *Assommoir)* por un escritor de tal altura, no creo que *Los castigos* señalen una fecha, como la señalaron á su hora, con todos sus defectos, *Hernani* ó *Nuestra Señora de París.*

El período del destierro, ó mejor dicho, de los dos destierros, involuntario y voluntario, de Víctor Hugo, comprende casi veinte años, durante los cuales la transición se cierra, el naturalismo adviene con ímpetu arrollador. Mientras el poeta se encarama como en un pedestal en los peñascos de Jersey y luego de Guernesey, el mundo literario marcha; pero el secreto de la fuerza, de la enérgica resistencia encarnada en Víctor Hugo, está en que no lo ve, ó en que hace como si no lo viese. Víctor Hugo residió en Jersey tres años, del 52 al 55, agriado,

tronando contra el *coup d'Etat:* es la época de *Los castigos*,—y también la de las *Contemplaciones*. Al soltar Hugo estos «libracos imprevistos», como los llamó Flaubert, no era él quien tronaba ó cantaba armoniosamente desde su islote; era el propio romanticismo, el muerto inmortal, el que reaparecía, sin haber hecho concesión alguna á todo lo que el siglo venía reclamando—y, con su intransigencia, una vez más vencedor.

En las *Contemplaciones* hay una parte que es anterior al destierro, y que no difiere de otras colecciones de poesías de la primera época lírica de Víctor Hugo. La parte inspirada ya por la soledad y el espectáculo del Océano, asociado para él á las ideas más trágicas, señala, en opinión de algunos críticos, la segunda manera de Víctor Hugo; pero esta manera, que pudiéramos llamar rembranesca ó riberesca, de exageración del contraste entre el claro-oscuro y la luz, es tanto como la anterior, y no sé si más, una manera romántica. Su grandiosidad, su magnificencia, que puede llamarse sublime, es la grandiosidad romántica, elevada á la suma expresión por el innegable genio lírico de Víctor Hugo. Y estas *Contemplaciones*, escritas ante el mar, desde lejos, como si el poeta se hubiese colocado más alto que Europa y que el mundo, son lo mejor, lo más poderosamente poético de cuanto Hugo rimó, el ápice de su genio y el fruto de su inspiración más sincera, en armonía, no sólo con su estado de ánimo especial—mérito que también debe reconocerse á *Los castigos*,—sino con la verdad ambiente, y hasta con el color local de la peana de escollera, sobre la cual se alzaba la lírica majestad del desterrado. Un solo individuo genial, hace observar un crítico, basta á veces para atajar la corriente de los tiempos. Por Hugo, en contemplación ante la inmensidad, el romanticismo reaparecía como en sus tiempos de oro. Sólo que ya no era el romanticismo un fenómeno universal: y Víctor Hugo, oscureciendo con su enorme sombra el horizonte, se parecía al titán ó coloso de la célebre agua fuerte de Goya, detrás del cual, mal que le pese, amanece la luz de un nuevo día.

Las *Contemplaciones* que señalan el grado máximo del genio de Víctor Hugo poeta, pueden considerarse también obra culminante de la tendencia romántica, ya por todas partes combatida. Desde las *Contemplaciones*, dígase lo que se diga, en elogio y defensa de la *Leyenda de los siglos,* Víctor Hugo desciende; comienza aquel declinar suyo que en los últimos años del existir tan lastimosamente se acentuó. No obstante, el efecto de la *Leyenda de los siglos* fué prestigioso; pero no olvidemos que otro efecto semejante lograron producir *Los Miserables* y hasta *El hombre que rie*. Hay obras cuya resonancia momentánea no implica influencia durable ni relación de mérito literario. Desde *Los castigos,* desde las *Contemplaciones*, cuanto publicase Víctor Hugo había de alcanzar proporciones de acontecimiento mundial. Su figura crece con el destierro, con la protesta, con su actitud de profeta que, á semejanza de los antiguos de Israel, hace frente al poder y concita al pueblo contra los malos pastores.

En la *Leyenda de los siglos,* Víctor Hugo aspira á crear una epopeya y un largo y complicado poema rico en episodios, y, lo mismo que los poetas épicos de otras edades, pretende ejercer dictadura sobre las almas, siendo el mago, el adivino, el poseído del espíritu de Piton, que lleva en la frente una llama, y cuyos labios purificó el carbón encendido de la Musa.

Así como un Alfredo de Musset se explica por la sensualidad, la melancolía y la pereza, Víctor Hugo se explica por las ambiciones desmesuradas, que, no satisfechas en lo que tenían de concretas y hasta de mediocres (cartera de ministro con Napoleón III, presidencia de la República después de Sedán), se agigantaron y no reconocieron límites en lo abstracto. La íntima opinión que siempre tuvo de sí mismo el poeta, la conciencia individual exaltada, se transforma en el sueño afanoso de los grandes conquistadores, sea de reinos, sea de almas, en el impulso del camellero Mahomed fundando una religión para dominar el mundo. Que se domine por el alfanje, por la palabra ó por la idea, la raíz de la aspiración es la misma, y Víc-

tor Hugo, en su bella actitud de Guernesey, rehusando la amnistía, arrojando volúmenes sobre Europa, fué un compañero de Bonaparte I en la quimera. Todavía afirmaré que la pretensión de Víctor Hugo es más ilimitadamente ambiciosa que la del *Otro:* como que Napoleón I sólo pretendió el dominio material y Víctor Hugo soñó ser el maestro, el guía, el director absoluto de conciencia de su época — de su larga época! — De ahí nació su *romanticismo filosófico,* enunciado como doctrina revelada al poeta. Y la *Leyenda de los siglos,* que parece epopeya, no es sino el desenvolvimiento simbólico de esa filosofía, por cierto asaz elemental, aunque revestida de oropeles y ropajes ostentosos.

La filosofía de Víctor Hugo no es indagación paciente y sistemática de la verdad: es sensación reflejada, imaginativa y pintoresca, agrandada líricamente. Podrá decirse otro tanto de la de Leopardi; pero Leopardi es una naturaleza meditabunda, honda, un hombre muy culto, muy sabio y muy desdeñoso de la muchedumbre. Su filosofía nos retrotrae al *Eclesiastés.* Nadie creerá que estas señas sean aplicables á Víctor Hugo.

Víctor Hugo filosofa con la fantasía, en la cual una catástrofe horrenda imprimió huella duradera, imborrable. Sus versos de la segunda época (cuando no expresan el odio político, otro sentimiento vehemente en el poeta) expresan el terror del misterio, de la muerte, de lo infinito, de los «universos que se hacen y deshacen en la espléndida y siniestra espiral del cielo». Terror, espanto ilimitado y vago, asombro ante la creación y el «terrible creador» que arma «flotas de soles» en el espacio... La creación se le aparece desatada y monstruosa, con la lucha por la vida y entre los seres todos... «Cada fauce es un abismo; el que come asesina; el animal tiene garras, raíces el árbol, todo agarra, todo abraza para morder, y el orden es un crimen universal y monstruoso... Un odio inaudito colma la inmensidad.» Por este camino negro, Víctor Hugo llega á profesar la sustantividad del mal, el agnosticismo y ese maniqueísmo dualista contrario á la generosa afirmación de San

Agustín «que no hay naturaleza ni sustancia mala, en cuanto son sustancia y naturaleza».

No se puede negar la belleza sombría y lúgubre con que Víctor Hugo desarrolla su nueva concepción del mundo, su nihilismo, que podemos llamar desesperado, su querella de los males del vivir, que á veces recuerda, sin haberlos imitado, por la intensidad, pasajes del libro de Job... ¡y no es pequeño elogio! Su imaginación dolorida, herida, entenebrecida, le sugiere imágenes de horror goyesco. «La sombra no es ni siquiera humo; es el fúnebre silencio de la nada...» Y el grito se exhala del pecho.

«Nous aimons. A quoi bon? Nous souffrons. Pourquoi faire?
Je préfére mourir et m'en aller. Prefére.»

No pensaba Víctor Hugo positivamente en el suicidio; sin embargo, hay tanta sinceridad en esta convicción de que la muerte es mejor que la vida, como había en amarguras muy análogas de Salomón. Su nihilismo, con magnífica imagen, increpa á la ciencia, comparándola á la pollina que lleva su carga al molino, bajo el hocico y turbio el mirar, é ignorando si portea un saco de trigo ó un saco de ceniza. Y en efecto: el desdén y hasta la burla de la ciencia es una de las notas características de este romanticismo filosófico. En el momento en que los métodos de la ciencia se infiltraban victoriosos en todo, el último caudillo del romanticismo les escupía su desdén, aquel desdén satírico, ultrajante, con que había abofeteado á Napoleón III. La ciencia, que estudia y enseña, ¿vale algo al lado del olímpico que vaticina? ¿Qué importa lo que puede decir el afanoso laboratorio, ni aun el modesto gabinete de estudio del pensador, al lado de lo que dice «la boca de sombra»? Y la boca de sombra dice, no cabe duda, entre cosas absurdas, estrambóticas y peregrinas, en convulsiones de estro, cosas sublimes, de estupendo vuelo lírico. Para el caso basta... y buenas cosas diría Víctor Hugo de quien le pidiese la expli-

cación lógica, la carne de verdad de sus afirmaciones, de sus símbolos, de sus mitos.

Naturalmente, es Víctor Hugo resuelto individualista, á pesar de sus himnos democráticos y efusiones de amor universal hacia todas las cosas, desde el mineral al hombre, y hasta hacia los seres repulsivos y odiosos, como la araña y el sapo «de ojos dulces». Antes que Nietzsche, Hugo habló de *hombres más que hombres* — superhombres, como diríamos hoy. Mal podría decir otra cosa: al defender «el prodigio del grande hombre», defendía causa propia ó creía defenderla, que es igual. La «suprema inteligencia, espíritu jefe, inteligencia, guía y seres solares» eran él mismo... Es, sin embargo, nuevo, dentro del personalismo romántico, ese panteísmo de Hugo, que no se contenta con ver en los animales hermanos menores, sino que ve á veces algo superior á la humanidad cruel y fiera, concepto semibudista que se oye repetir frecuentemente á los adversarios de las corridas de toros. Todo, según opinión del poeta, tiene alma, hasta las rocas; en los escollos ve una faz, y la sombra gime. La creación entera, no sólo piensa, sino que siente, lucha, odia, ama, sufre epilepsias y convulsiones. ¡Cuán distinta la metafísica romántica de Hugo de aquella pagana, serena, marmórea, trágica concepción de Leopardi, de una naturaleza sorda, indiferente, que no se cuida del bien, sino del ser!

Cuando empleamos la palabra «locura», no nos damos cuenta de que es la más elástica, y sería preciso enriquecer el idioma con un centenar de vocablos nuevos para expresar sólo las gradaciones palpables, los marcados matices de esa palabra. La clasificación médica es muy somera, y sobra decir que no encuentro en ella lo que para este caso necesito. Al leer á ciertos escritores románticos, y al leer á Víctor Hugo en las diferentes épocas de su producción, no acierto á rechazar la idea de que se gradúa en él, lentamente, la falta de cordura, una especie de delirio lúcido. Víctor Hugo, que tuvo un hermano loco, estaba perfectamente cuerdo en los demás as-

pectos de su vida: era, según dicen, hasta sensato, calculador; y excelente administrador de su fama y gloria, normal en todo y de psicología muy natural y corriente; pero sus libros parecen, en muchas ocasiones, penetrados, no ya de ese desequilibrio de exaltación personal que caracterizó al romanticismo, sino de una insensatez de iluminado, lo cual explica la violencia de las extrañas y absurdas imágenes, el sentimiento de espanto místico, las ideas delirantes, el vértigo, la alucinación, la pesadilla, la vida siniestra que el poeta cree percibir alrededor de sí, la sensación de abismo abierto, «el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible», «la penetración de lo impenetrable», y tantas y tantas impresiones casi sobrenaturales que se revelan en los versos y la prosa de Víctor Hugo, con creciente intensidad y frecuencia. Para decirlo lo más brevemente posible: el cerebro de Víctor Hugo, sano en la vida real, adolece de una especial insania—á la cual debemos muchos versos soberbios y no pocas divagaciones extravagantes—desde que coge la pluma, ó, mejor dicho, desde que entra en «su isla de Patmos» y ve «las olas profundas del prodigio». Y así puede explicarse que no en él, sino su literatura, falte el cabal juicio. Su literatura tiene momentos de extravío intercalados con otros de un acutisno portentoso, no porque descubra jamás verdades nuevas, sino por el modo soberano, estremecedor por su fuerza, con que expresa las ya mil veces repetidas. Dijérase, por ejemplo, que los grandes escritores místicos no han dejado nada que decir sobre la muerte, agotando este tema profundo. Al ver cómo lo trata Víctor Hugo, con estilo sólo comparable algunas veces á la música de Vagner, se creería que es él el primero que lo ahonda y que nadie después de él podrá volver á tocarlo siquiera.

En la primera parte de la *Leyenda de los siglos*, Víctor Hugo interrumpe sus divagaciones filosóficas y se dedica á buscar el elemento dramático y el colorido de los paisajes históricos. Su inspiración se acerca á la de *Los Mártires* ó *Atala*. La diferencia es que el tiempo ha pasado desde los primeros

años románticos, que la necesidad de la exactitud en el color local se ha impuesto, que el realismo se ha infiltrado hasta donde jamás creeríamos que consiguiera infiltrarse, y que no puede existir comparación, desde este punto de vista, entre las *Orientales*, y, por ejemplo, *La rosa de la infanta*, donde aparece el precioso cuadro que todos llaman velazqueño, pero donde hay algo más delicado y psicológico que en Velázquez, algo sólo comparable á los mejores sonetos de Heredia. Esta clase de labor, realista y poética á la vez, es siempre excepcional en Hugo; pero su existencia basta para demostrar que, á pesar suyo, parcialmente, el representante de la resistencia romántica paga tributo á la evolución de la literatura. Igual curioso proceso involuntario encontraremos en sus novelas de la misma época, las correspondientes al período de transición en que Hugo, creyendo luchar por la libertad y el progreso, lucha por sostener el pasado y cerrar con él el camino, no sólo á lo presente, sino á lo que después asoma con fórmulas de libertad excesiva y absoluta.

La Condesa de Pardo Bazán

DE LA HUERTA DE MURCIA

Que cada región de nuestra España, dentro de la unidad superior nacional, tiene fisonomía propia, como ocurre en todas partes, y que, del mismo modo, cada localidad la tiene también, dentro de su unidad respectiva, no es decir nada de nuevo. Es consignar simplemente un hecho incontrovertible; enunciar un axioma, vulgar, por ser de todos conocido y de nadie contradicho, y una noción elemental de la realidad, adquirida sin esfuerzo, y que surge por sí sola de las enseñanzas historiales, aunque haya quien resueltamente proclame que la Historia no sirve para nada. Todo ello no es sino expresión, en suma, de la variedad, que es la vida, armonizada en una unidad superior, la cual de aquélla se alimenta y nutre, caracterizándola.

Porque, según es elemental asimismo, con las nacionalidades acontece lo propio que con las familias, en las cuales cada individuo tiene personalidad y fisonomía privativas y determinadas que de los demás le distinguen; pero todos ellos impreso y ostensible llevan en sí por modo indeleble, el sello de origen, con el que proclaman la virtualidad del vínculo que los aproxima y los une, y aunque esto sea ya un rosario de vulgaridades, no por ello he de olvidar cómo la Naturaleza brinda constante ejemplo de ley universal semejante, la cual se cumple indefectiblemente y sin intervención humana, con arreglo á las condiciones del suelo, á las orográficas y á las hidrológicas.

Quiere esto decir, sin más filosofías y sin mencionar siquiera las repugnantes ideas de criminal separatismo abrigadas por el espíritu soberbio de algunos superhombres en dos de las regiones españolas más industriosas,—quiere esto decir, repito, que por razones étnicas, por razones geográficas y por razones históricas, entre otras muchas más razones,—cada provincia tiene su fisonomía, como tiene sus producciones, sus necesidades, sus costumbres, su manera de ser, sus tradiciones y su vida, y que por ello, la hermosa provincia de Murcia excita interés muy principal, y despierta muy grandes simpatías dentro de la región de Levante y como individuo de la gran familia española, á la que pertenece y de la cual no reniega ni ha pensado en renegar, dando así prueba, por lo menos, de buen gusto.

Es aquella provincia, una de las que guardan todavía con mayor relieve, rasgos especialísimos y determinantes del pasado en su aspecto y en sus costumbres; rasgos que, aun esfumándose y desvaneciéndose poco á poco muchos de ellos, perduran á pesar de todo y constituyen su característica; rasgos de progenie distinta que, sin conservar su originaria pureza, y con aparecer mezclados y confundidos los unos en los otros por consiguiente, será lástima que al fin se borren y desaparezcan, pues su memoria es interesante sobre modo por lo que enseña. Con labor incesante, asidua, y de superior eficacia y éxito, van lenta y triunfalmente difundiendo por todas partes el vapor y la electricidad ideas, costumbres, aspiraciones y necesidades del todo diferentes á las añejas y privativas de cada comarca; aproximando entre sí las naciones y los pueblos; borrado diferencias; unificando países y destruyendo en ellos el alcázar esplendoroso formado afanosamente por sus tradiciones, para reemplazarle con el maravilloso edificio forjado por el moderno cosmopolitismo, avasallador é incontrastable, cuyo progreso no hay, al parecer, obstáculo alguno que detenga; pero que si á la postre consiguiere con la unificación universal imponerse en absoluto, lo cual es contrario á las leyes de la Naturaleza, acabaría por destruir la humanidad, sometida al

durísimo tormento de una unidad también absolutamente imposible.

Y es imposible, porque mientras la humanidad exista habrá individuos, y cada individuo es por naturaleza una unidad, semejante, es cierto, pero no la misma; y no siendo la misma física y moralmente, habrá de por fuerza diferencias que distingan los individuos entre sí, por su complexión, por su figura, por su mentalidad, por su ambiente y por infinitas razones más, pues la ley de la variedad es eterna, intangible é inatacable; no depende de la voluntad del hombre á ella sometido y por ella, como todo, condicionado, y no hay fuerza ni poder en lo humano ni para alterarla en su sustancia, ni para dejar de cumplirla, pues ella sola por sí misma indefectiblemente se cumple, sobre todo y á pesar de todo.

Jardín encantador y encantado es con verdad la comarca privilegiada y hermosa de Murcia, cuyas alabanzas, con haber sido cantadas en distintas lenguas por los distintos pueblos que en la sucesión de los tiempos han hecho de ella su morada, son realmente inagotables, cual lo son sus excelencias y sus hechizos, sus virtudes y sus bellezas. Desde que el tren penetra por los límites de la provincia, viniendo de la de Albacete, la diafanidad del cielo parece ya preludio risueño de las maravillas naturales con que brinda particularmente la afamada *Huerta* de Murcia, aunque el panorama se desenvuelva circunscripto por los pelados macizos montuosos de aquellas sierras de varia formación que en la antigua *Ségisa,* hoy Cieza, se denominan *La Atalaya, Pico-blanco* y el *Peñón de Armonchón,* la más empinada y abrupta de aquellas alturas sinuosas, á cuyos pies se extiende pintoresca población, regada por las aguas del Segura.

No le es dado al viajero desde las ventanillas del vagón formar idea de lo que es Blancas, ni de lo que es Archena. La vía pasa por entre rojizos terrenos montañosos de distinto relieve y configuración distinta, áridos y monotonos, quedando ocultas así las huertas de ambas poblaciones y las de los peque-

ños pueblos que las rodean; pero flota en el ambiente el perfumado aliento de sus hermosos huertos productivos, plantados de naranjales, limoneros y limeras, y así como á la aproximación del paraje en que habita una mujer hermosa se aspira el aroma penetrante y seductor que su persona exhala, así, conforme el tren avanza en dirección á la capital, se aspira el aire embalsamado de la *Huerta,* aquella *Huerta* feracísima y esplendorosa, de la que empieza á darse cuenta el viajero en Lorquí, en Alguazas y en Alcantarillas sobre todo, y de la que hacen con frecuencia tristísimo páramo desolador los terribles desbordamientos del Segura, del Guadelentín y el Sangonera.

Pintarla con la pluma, no es sólo tarea superior á mis fuerzas, sino que la juzgo imposible. Porque no basta decir que es un ramo gigantesco de verdura y de flores, atado con las cintas de plata de las acequias que la cruzan y la fecundizan, aunque la fantasía forme el ramo con cuanto de más hermoso produce en vegetación, en arboledas, en palmares y en flores la Naturaleza, y la imaginación puede reproducir agrupándolo pintorescamente; no basta para ello tampoco que, por esfuerzos de la fantasía, localice allí ésta los paisajes más deleitosos en otras partes contemplados, juzgándolos similares de los que puede ofrecer la *Huerta* de Murcia, que es efectivamente *una bendición de Dios;* ni que la imaginación, como archivo portentoso, acaudalado é inagotable casi, se ponga al servicio de la fantasía para idear lo que puede ser la *Huerta,* desde que la primavera la viste pródiga con sus pomposas y exuberantes galas hasta que el invierno intenta implacable desnudarla de ellas, sin conseguirlo por completo; no bastan asimismo los esfuerzos de la pintura, y menos satisfacen los de la fotografía, con copiar la realidad ésta más servilmente que aquélla.

Es preciso respirar el aire embalsamado, los efluvios de vida poderosa, las emanaciones sanas é impregnadas de encantos inenarrables que en peculiar y privativa atmósfera, regocijo de los sentidos, alegría del alma, envuelven aquel trozo del paraíso, y aderezarlo con los tonos de oro refulgente que propor-

ciona el sol, destacando en un cielo fuertemente azulado, tranquilo, insondable, dando relieve á cuanto del suelo brota, con variedad infinita de matices, y animarlo además, ya con el parloteo sibilante y agudo de las aves que anidan en las copas del prócer arbolado, ó cruzan en bandadas por el cielo; ya con el rumor cristalino de las aguas que cruzan incansables por las entretejidas acequias; ya con el cascabeleo de la potranca que arrastra la tartana ó la característica *galera;* ya con el canto gutural y quejumbroso del huertano, y ya, en fin, con los mil ruidos que, de concierto con todo lo demás, llenan de movimiento y vibraciones vitales el delicioso panorama de la *Huerta*.

¿Qué de particular que, con tanta y tan hermosa maravilla, crean los murcianos que el paraíso se encuentra precisamente colocado en el trozo de firmamento que cobija aquella deliciosa comarca? ¿No es Sevilla la tierra de María Santísima?

Perpetua es allí la primavera. Sobre los escalonados bancales cuajados de verdura; sobre la larga serie de tahullas de lozanos trigos y de otros cereales, cuyos erguidos y uniformes tallos suben hasta las ramas hojosas de las moreras, plantadas entre ellos para alimento del gusano de la seda; sobre los encañados respaldizos de las variadas hortalizas; sobre las copas oscuras de las torcidas oliveras, en ordenada formación dispuestas; sobre los alineados y frondosos naranjales, los limoneros y las limeras mencionadas, cuyos frutos de rojizo ó amarillento matiz motean vistosamente el pomposo follaje; sobre los nevados almendros, los granados, los melocotoneros y demás árboles frutales; sobre los macizos de laurel, y sobre aquel conjunto seductor é incomparable, ¡qué hermoso efecto causan desperdigadas, no en bosques intrincados como en Elche, las airosas palmeras, levantando al cielo erguidas sus cimbreantes y oscuros troncos, de cuyos abiertos penachos pende la enracimada y amarillenta uva, y por entre cuyas harpadas y flexibles ramas canta la brisa himnos sin fin de alegre música!

A través de las enramadas abundosas y frescas, salpican la *Huerta*, amarilleando á las veces y más frecuentemente, con

grises tonos manchados, los techos de albardín de las barracas de enjabelgados muros y agudas cubiertas que por todas partes aparecen; viviendas características, similares, aunque no iguales completamente á las valencianas, donde mora sobriamente el laborioso huertano, y que parecen nidos ocultos entre la vegetación espléndida, sin que por ello falten en aquel acorde de colores sabiamente armonizados, los modestos caseríos, diseminados y como perdidos por la *Huerta,* de deslumbradora blancura, en la cual reverberan los rayos del sol; de techumbres planas, de azotea á la morisca; con sus canales salientes de madera, sus corrales de adobes, y al lado, fuera de la vivienda, el horno, humilde, con su boca ennegrecida y su cupulilla esférica blanqueada con cal, recordando vivamente la condición todo ello, la naturaleza, las costumbres, la vida, en fin, de los pueblos orientales, de que son trasunto la población de la *Huerta* y su deleitable perspectiva.

¡La población de la *Huerta!* ¡Cuánto de legendario tiene, y cuánto ha perdido ya en cerca de medio siglo, principalmente desde que los rieles del ferrocarril cruzan aquel oasis! La comunicación, el trato y el comercio constantes con otras gentes, han ido poco á poco desvaneciendo, en cuanto á la indumentaria tradicional y típica se refiere, los rasgos característicos del huertano; labor análoga y progresiva han hecho en su espíritu, del cual van arrancando, como las bocanadas de aire frío del otoño arrancan las secas hojas de los árboles, ideas, supersticiones, creencias y costumbres añejas é inveteradas, en las cuales latía vigoroso el pasado. No desaparecerán por completo, al contacto de la ciudad, porque el aislamiento forzoso á que el cultivo asiduo de la tierra condena al huertano, le obliga á reconcentrarse á pesar de todo en sí mismo, y porque localidades hay en la *Huerta* donde á gala tienen sus naturales perpetuarlas, aun siendo como es grande y continua la comunicación con los extraños; pero al fin serán modificadas poco á poco, y perderán la frescura y la espontaneidad con que aparecían en otros tiempos, como se ha perdido la noción origina-

ria de muchas de ellas y su significado propio, convirtiéndose algunas en grotescas.

Desde la humilde vivienda, la *barraca,* cuyo nombre disputan los sabios si es de progenie berberisca ó es de más antiguo abolengo céltico,—todo tiene allí su significado y su recuerdo, aunque dimanen de manantial distinto. Porque, si bien en los períodos históricos que al mahometano preceden, no es de presumir dejara de ser cultivada la *Huerta*, ni fueran desconocidas en absoluto muchas de las especies que constituyen la fisonomía particular de la flora murciana, lo cierto es que la *Huerta,* en la disposición en que se ofrece, fruto es de los cultivadores muslímicos, como es naturalmente presumible.

Ellos fueron, pues, quienes abrieron quizás de aquella suerte las venas del Segura, que hoy como en tales días serpean, se ramifican, corren y se extienden abundosas y tranquilas por el fértil valle, dividiéndose y subdividiéndose por él según las necesidades, y repartiéndose á sus horas en multitud de acequias, de brazales y de partidores, festoneados de altos, hojosos y verdes cañaverales; ellos, acaso, quienes por aventura, en memoria de Palmira, y enamorados con las añoranzas y los recuerdos de la lejana patria nativa, plantaron allí las erguidas palmeras que entonan el paisaje; ellos, en fin, quienes, recogiendo y aprovechando ó no más antiguas tradiciones y anteriores cultivos seculares, tejieron como preciada alfombra pintoresca á las plantas de aquellos riscos, en otro tiempo casi todos erizados de muradas fortalezas, aquel verjel continuado, tantas veces maltratado por los desbordamientos de los ríos que le fecundan, y que vuelve á renacer siempre risueño, siempre bello, siempre lozano y siempre productivo y hermoso, cual si las pasadas tribulaciones y los desastres que le afligieron, las pasadas tormentas que le destruyeron borrando todo rastro de antigüedad, fueran ligeras nubes que desvanece la primera sonrisa de la nueva aurora.

Compararon los poetas arábigos y los geógrafos el suelo de Murcia al suelo privilegiado de Egipto; el río Táder, Segura ó

Blanco, al Nilo, y las terribles inundaciones de que es la *Huerta* frecuente víctima, á las beneficiosas y periódicas del río sagrado; y, cual hija predilecta de la cultura oriental, hurí del paraíso musulmán semeja, bella, encantada, llena de gracias y atractivos, cubierta de ricos atavíos y preseas, deslumbradora de hermosura é irresistible, y como las huríes prometidas por Mahoma á los fieles, aparece eternamente virgen, con eternos hechizos, que renueva sin cesar cada año el afanoso esfuerzo de sus amantes hijos.

Así, contemplando tanta y tan singular maravilla, explicábame yo la causa de que mientras los musulmanes sevillanos, después de la conquista, huían de la ciudad hermosa del Guadalquivir, amparándose en el naciente reino de Granada,—algo más de dos siglos después (1248-1492) solicitaran los granadinos ser internados en las comarcas del antiguo reino de Murcia, donde había permanecido la población muslímica aferrada tenazmente á su tierra, viviendo á la sombra de sus barracas, de sus palmares, de sus moreras, de sus maizales, de sus naranjos y de sus oliveras, como si la existencia de tales gentes dependiese de aquel pedazo de paraíso de la *Huerta,* por misterioso vínculo absoluto. Explicábame también, las razones con que el Concejo de Murcia representaba á Felipe III mucho más tarde, y cuando el fatal decreto de expulsión privaba en mal hora á la agricultura y á la industria del concurso laborioso de los moriscos,—la necesidad y la conveniencia de conservar en la *Huerta* la población de esta índole, tan avezada á aquel cultivo, tan útil para la riqueza pública...

No fueron escuchadas por el monarca las súplicas del Concejo; y ante las órdenes reiteradas de desarraigar de allí, como de todas partes, la grey morisca,—supo la nativa y maliciosa diplomacia del huertano eludir sagaz y con acierto el cruel cumplimiento de la ley, que ordenaba la persecución y la expulsión inmediata de los moriscos. Por eso, para librarse de ambas cosas, como señal y testimonio públicos é irrecusables de cristianismo, y cual símbolo elocuente y visible de la fe que,

ciertamente, no profesaban todos, acudieron al expediente bien eficaz y bien expresivo de colocar en el vértice de la techumbre de albardín de sus barracas la Santa Cruz, con cuya protección y bajo cuya salvaguardia pudieron vivir tranquilos y perpetuarse en la *Huerta*, sin que fueran por nadie molestados. Son, con verdad, curiosos é interesantes de conocer los medios de que se valieron los moriscos aquí en Murcia y en otros lugares del reino para no abandonar sus tierras, y de ello dió años hace noticia mi hermano político, D. Francisco Fernández y González, en el erudito trabajo que escribió con el título *De los moriscos que permanecieron en España después de la expulsión decretada por Felipe III,* y publicó en aquella *Revista de España*, de buena memoria, fundada por el inolvidable Albareda en 1868, y dirigida un tiempo por Pérez Galdós y León y Castillo, actual marqués del Muni.

Cervantes mismo, en el capítulo LIV de la Segunda Parte de su inmortal *Quijote,* narrando el inesperado encuentro de Sancho Panza con el manchego morisco Ricote, su paisano, pone de manifiesto claramente la frecuencia y la facilidad con que los desterrados volvían á España, contraviniendo y burlando astutos aquella «inspiración divina... que movió á S. M. (el rey Felipe III) á poner en efecto tan gallarda resolución», como lo era la de arrojarlos del reino para siempre, «no porque todos fuésemos culpados; que algunos — decía Ricote — había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos—añadía,— que no se podían oponer á los que no lo eran». Unos, como el dicho Ricote, en hábito de peregrinos, y unidos á otros de naciones distintas y poco escrupulosas en materia religiosa, cual Alemania, volvían para recoger el tesoro que habían en tierra dejado oculto al partir, fomentando de esta suerte la codicia de los campesinos, quienes en ocasiones suelen hallar hasta en nuestros días *tesoros* escondidos por aquellas pobres gentes; otros de los moriscos expulsados, venían con ánimo de quedarse en el reino, pues según hace decir Cervantes á Ricote, interpretando el común sentir de los expulsados:

—«No hemos conocido el bien, hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos» acogidos á Berbería «(y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen.» «Donde quiera que estamos, lloramos por España; que en fin, nacimos en ella, y es nuestra patria natural»; «y agora conozco y experimento — decía el morisco — lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria».

De todas las tribulaciones por que pasaron sus hermanos expulsados del reino, lograron en su mayoría librarse diestramente los moriscos de la *Huerta* de Murcia; y aunque sea de presumir no se hubiera en ellos extinguido el santo amor de independencia que había producido en las Alpujarras, en la famosa Sierra de Bentomíz y en la Serranía de Ronda las explosiones, harto sangrientas, referidas por D. Diego Hurtado de Mendoza y por Mármol,—no parece que abrigaron los moriscos murcianos aquellos «ruines y disparatados intentos» de sacudir el yugo cristiano, como califica semejantes sentimientos el propio Cervantes.

Hay, pues, obligada necesidad de admitir que en la población de la *Huerta* y en la de no pocos partidos rurales, perduraron, tanto en el vivir como en el cultivo de la tierra, tradiciones religiosamente recogidas por los moriscos, y religiosamente por ellos guardadas y perpetuadas; pero no la hay menos obligada de reconocer que en tales tradiciones, quizás por calculada y conveniente ostentación, ó acaso por influencias de la población cristiana, hubieron de mezclarse, y á la postre de confundirse, tradiciones de abolengos diferentes: castellanas las unas, aragonesas por aventuras, las otras.

La *barraca* está entre las primeras, es decir, las heredadas de los musulmanes. Aquí, como en Valencia, participa de las condiciones de la choza y de la casa. Disputen cuanto quieran los sabios en orden al origen del nombre, repito de nuevo, afirmando los unos, como nuestro Simonet, que es céltico, y

los otros, con el preclaro Dozy, que es berberisco; esto importa poco para el caso, pues lo cierto es que esta construcción rural, conforme la conocemos, aparece con filiación indudablemente moruna, y valga la palabreja, aunque es impropia. En la *Huerta* de Murcia, al igual que en la de Valencia, es el propio huertano el arquitecto, el albañil, el carpintero; quien labra afanoso con su manos su vivienda, respetando escruplosamente el patrón tradicional, y siempre con la clase de materiales, la forma y aun las dimensiones con que los levantaron sus antecesores en todo tiempo.

Él escoge el lugar donde ha de ser erigirla; él, por lo que respecta á Murcia, planta los girasoles, —que nacen, se desarrollan y crecen en dos meses,—para utilizar los troncos, fuertes y ligeros después de secos, empleándolos como maderos de construcción en la armadura; él recoge el barro, lo prepara y fabrica por sí mismo las *atobas,* que así llamaron los musulmanes á los ladrillos sin cocer, á los cuales decimos *adobes* en Castilla; con ellas levanta los muros, asentándolas y trabándolas cuidadosamente con lechadas del propio barro; él fragua y dispone con los troncos secos del girasol, la amardura ó los costillares que han de sostener la *lomera;* él corta las cañas, para tejer por sí mismo, luego de secas, los dos largos faldones ó vertientes de la cubierta; él acopia el *albardín,* que es cierta especie de esparto, para formar lo que apellida *mantos,* y con él cubrir los faldones de la agudísima techumbre; él apisona el pavimento; dispone el corral con entretejidas cañas que recubre de barro; hace los asientos ó poyos que flanquean la puerta de la barraca; fabrica la *hornilla* de cúpula esferoidal, á la intemperie; coloca los pies derechos que han de soportar el emparrado, los encañizados para las flores, los ladrillos rojos, si los tiene, que no es lo más común, en el pavimento debajo del emparrado; enjalbega con cal de un blanco deslumbrador los muros de adobes, el encañado del corral, la hornilla y los asientos de la puerta; coloca tres ó cuatro andanadas de *zarzos* para la cría del gusano de seda, las *lejas* para los platos y las

tazas, por cima del tinajero, y, por último, el gancho de madera para la jarra, de blanco y poroso barro, llena de agua y destinada á apagar la sed del visitante y del transeunte. Las puertas, el ventanillo, si lo hay, y las cruces que han de alzarse en el *perfil de la cimera* de la *barraca,* son piezas de carpintería que el huertano adquiere por el menos dinero posible en la ciudad, procediendo las mayores y de más importancia muchas veces, de los derribos de la misma.

Carece, pues, de cimientos el edificio, el cual es harto frágil y de escasa solidez por tanto. Cuando llueve — que no es con grande frecuencia—no cae el agua dentro de la *barraca*, así erigida, casi por milagro; y si por ser en Murcia de poca violencia el viento, no se la lleva,—en cambio, el crecimiento del río, en una avenida, la arranca de su sitio y la arrastra, destruyéndola en breves instantes, y una chispa de fuego la incendia y la reduce á cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Si por fortuna ni el río le arrebata, ni el fuego le consume, suele durar este edículo de padres á hijos largo tiempo. De generación en generación se reparan los grietas que entre los adobes se abren; se repone la *montera;* se rehacen los encañados, y se fabrica de nuevo la *hornilla*, y todos los años, para que aparezca limpia y graciosa, se acumula sobre los muros de la *barraca* las capas de cal que los blanquean, y se renueva el albardín de la *montera* en los sitios que lo necesite.

Es la *barraca* de planta rectangular; y como si todavía, al despertar con las primeras luces de la mañana, tuviera el huertano que dirigirse al *quibláh* para hacer fervoroso la oración del alba, según la hacen los fieles musulmanes,—la única abertura que por lo común tiene el frágil edificio, ó sea la puerta, se halla practicada precisamente al Mediodía, y permanece franca siempre, pareciendo convidar de este modo con generosa hospitalidad al transeunte. Entrando por ella en aquel recinto umbroso y fresco,—en el ángulo de la izquierda, se ostenta, en primer lugar, el *tinajero,* aparato de madera en el cual, y según el rumbo y los medios de que el dueño de la *barraca*

dispone, hay de dos á seis *tinajas* ó vasijas de barro rojo y de apropiado tamaño, donde reposa para ser potable el agua recogida de la cercana acequia. Por lo general, están las tinajas pintadas de almagre, y siempre cubiertas con *paños* de blanco lienzo, encima de los cuales destacan los *tapadores*, de madera blanca ó pintada á su vez de azul ó verde.

El arquitecto murciano Marín Baldo, que era voto en la materia, hace constar que para quien «no conoce las costumbres de la *Huerta*... y lo que es la vivienda de un rico huertano, difícilmente podrá formarse idea del *tinajero*», en el cual se agrupan también grandes lebrillos vidriados, que relucen de limpios. En estas viviendas, los *paños* que cubren las *tinajas* están coquetamente bordados con hilos azules, verdes, amarillos y rojos del mejor y más singular efecto; y si bien lo mismo en las unas que en las otras *barracas*, por cima del *tinajero* y en un aparato *aparente* figuran cierto número de jarras, de barro blanco y poroso y boca ancha y ondulosa,—llamadas *tallas* en Andalucía,—llenas de agua reposada y fresca, y superiormente hay dos ó tres *lejas* ó vasales, con guarnición de madera calada, en cuyas labores se perpetúa la tradición arábiga todavía, atestados de tazas, jícaras, vasos, copas, jarros y platos de todos colores, — entre los cuales solía antes del rebusco de los chamarileros encontrarse platos y escudillas de reflejos metálicos que tienen nombre de hispano-moriscos, todo ello caprichosamente colocado,—en las viviendas del huertano rico estas *lejas,* más abastadas, son en los días de gala pintorosamente adornadas entre la loza y la vidriería, «con flores, albahaca, naranjas, limones y calabazas de olor, que forman un conjunto de alegría y de limpieza y de buen gusto indescriptibles».

A la derecha, sin chimenea ni respiradero, se halla el *fogón*, en la generalidad de las *barracas;* el humo, que no tiene otra salida, se extiende por la vivienda, y es como compañero obligado del huertano, quien dice desenfadadamente de él que «no hace más que ennegrecer las paredes», añadiendo que «so-

bre todo, si quiere salir, que salga por la puerta, que para eso está abierta siempre». Inmediatamente al *tinajero*, ocupa sitio preeminente, sobre cuatro pies ó sostenes aisladores, grande arca de madera blanca, con negro herraje de refuerzo en los ángulos, y recia cerradura. En este arca, reemplazada ya en algunas *barracas* por el *baúl-mundo* de negros costillares claveteados y pintada lona, se guarda la ropa, hace oficio de alhacena respecto de los comestibles del día, y se deposita, para evitar su extravío, algún instrumento de labor, indispensable y de bastante coste relativo.

Dos sábanas, tendidas á modo de biombo en el último tercio de la *barraca*, forman cierta manera de aposento, donde está el lecho matrimonial, el de los hijos grandes y pequeños de ambos sexos, y á veces, hasta el de algún convidado. Las camas, por fortuna, son tan capaces como altas, con cinco, seis y aun siete colchones de paja de maíz ó de cáñamo, sobre su tablado correspondiente, y de tan grande elevación, que resulta inverosímil. Sólo cuando el huertano está enfermo es, sin embargo, cuando duerme en tal lecho, y la huertana, cuando está de parto; en la vida ordinaria, ó duermen sobre el duro suelo ó sobre el arca.

En las *barracas* de más lujo, después del primer departamento de entrada, donde están el *tinajero* y las *lejas*, que es la sala de recibo, se pasa por un arco de medio punto al interior de la vivienda; allí, á la derecha, figura «la cocina-comedor, con su gran hogar y chimenea», en el fondo de la cual «se encuentran los hierros para colocar la caldera ó las sartenes al fuego»; en la *leja* de la campana, y como prueba de rumbo, se ostentan «un centenar de ollas y cazuelas de barro sin estrenar, formando pirámides» las unas sobre las otras. «En un lienzo de la pared se halla colgada la batería de cobre», resplandeciente de limpia, y en la cual no faltan «tres ó cuatro y más *chocolateras*, alguna de ellas extremadamente grande», que están allí de adorno como todo lo demás, pues no se hace uso de ellas, sino en circunstancias muy principales y críticas,

tales como bodas, bautizos, peligro de muerte, ú otras por el estilo (1).

A la izquierda de este departamento, en la *barraca* del huertano rico, está la escalera que conduce al piso alto, destinado todo él á dormitorios y graneros; y en la que se puede llamar *sala de recibo*, donde resplandece el *tinajero*, tiene una puerta que comunica con el corral, atestado de la hacinada leña producida por la escarda de las moreras, la cual «ha de servir para el horno y la cocina y la chimenea todo el año». Entre ella aparecen «algunos aperos de labor, y andan como Pedro por su casa las gallinas, las palomas, algunos cerdos, ó bien una manada de gorrinillos que andan en tropel, hocicando todos á una las ubres de su madre», hallándose instaladas en el «fondo del corral las cuadras, y por algún rincón, gallinero, palomar, perrera y pajar», al propio tiempo.

Fuera del arca, del *tinajero* y de los tablados para las camas, de que apenas usan,—en todas las *barracas* el resto del mobiliario, distribuído por las habitaciones ó *cámaras*, que dice el huertano,—consiste sencillamente en ocho ó diez sillas de poca altura, labradas con tosquedad en madera blanca de morera, fuertes, por el uso pulimentadas, y con asiento de amarillenta *soga* entretejida, y en una mesa, también de madera blanca, pequeña y baja, como lo son asimismo por lo común las de los campesinos en toda Andalucía, lo cual no impide que á veces haya además otras mayores y de mayor altura.

---

(1) «Sólo en alguna solemne ocasión suelen hacer un chocolate en la *Huerta* de Murcia», escribe Marín Baldo. «Yo recuerdo—agrega—cuando á la tía Pepa *la Cavernera*... le preguntábamos un día... cómo se hallaba su marido...; y la pobre mujer, muy afligida, nos contestó diciendo:—*Mu malico. Anoche pensamos que se nos iba á rematar, y hubo que dalle el chocolate al pobre; pero me paece que no escapa de ésta.*—Es decir, que el chocolate se aplica á los enfermos en último extremo como una medicina.» «Las recién paridas también suelen tomarlo, y en los bautizos y bodas es cuando se luce la gran chocolatera, que le caben dos libras ó más de este brebaje.»

Tal es, con corta diferencia, la *barraca* en la *Huerta* de Murcia. En la de Valencia, y según la describe con galana pluma Blasco Ibáñez, si conserva al exterior en su conjunto el propio aire y el propio aspecto que las hermanan, con su *montera* de vertientes largas y fuertemente inclinadas, sus cruces significativas y tradicionales en los extremos de la misma; sus muros de frágiles adobes, y aun con otros detalles, que dan á unas y á otras íntimo parecido; si es también obra particular del huertano, que con sus manos y su industria la fabrica,—varía, aunque poco, en algo; pues además de los adobes, emplea aquél en la construcción de los muros escombros que trae de los derribos de la ciudad en multitud de viajes; madera, de igual procedencia, en las costillas de la empinada techumbre, en vez de los troncos de girasol qúe el murciano utiliza, y paja, en lugar de albardín, para recubrir totalmente la *montera*. Además, también del corral, cuyas paredes están formadas de estacas y de barro, pintadas de blanco, tiene la *barraca* valenciana establo y pocilgas, pozo con su brocal correspondiente, y diversas ventanillas abiertas en los enjalbegados muros, y de azul celeste pintadas, como la puerta. Llaman allí *cantarera* al que dicen *tinajero* los murcianos, la cual está revestida de «barnizados azulejos», y los cántaros son verdes y de «charolada panza», formando en la *Huerta* de Valencia como en la de Murcia, «un conjunto de reflejos insolentes, que quita la vista», conforme el referido escritor expresa.

Esto no obstante, poco á poco, pero progresivamente, en casi todos los poblados y partidos rurales de la *Huerta* murciana, y cuando el labrador tiene medios y recursos para ello, van siendo sustituídas las tradicionales y antiguas *barracas* por casitas, más cómodas, si no más apropiadas, y en cuyo interior se perpetúan la disposición y el menaje de aquéllas, las viviendas seculares del huertano, que dan carácter especial todavía á la hermosa vega.

Dentro de ellas, como el gusano de la seda en su *capillo*, como en su nido el pájaro, habita el labrador, cuya persona va

experimentando, con toda su familia, los efectos de la evolución social de nuestros tiempos. Que si en el cultivo de sus bancales y tahullas; en las prácticas y en los conocimientos agrícolas y metereológicos; en cuanto se refiere al vínculo indisoluble que á la *Huerta* le une, como unía al terruño en otras edades el siervo de la gleba, continúa lo mismo que sus abuelos,—en su indumentaria y en no pocas de sus costumbres ha variado al presente de tal forma, que sus antepasados quizás no le conocerían, y aun le negarían por descendiente suyo.

Todavía hay en él algo de aquel profundo sentimiento religioso, no exento de supersticiones, que le guiaba y le sostenía en sus tribulaciones y quebrantos; aún los ancianos y las mujeres principalmente, creen en Dios, y en Él, en la Virgen y en los santos tienen fe ardorosa y sincera, é invocan su protección en todos sus menesteres. Todavía queda en el huertano rescoldo de aquel vínculo tradicional que le unía con *el amo*, á quien miraba como á señor y dueño, como á benefactor y amparo suyo; á quien respetaba como á cosa santa y superior, y á quien pertenecían en la tierra, la vida, los pensamientos, los esfuerzos y la sangre misma del labrador, quien era así, como parte integrante del terreno que cultivaba, en el cual había echado con cada generación, raíces tan profundas cual las de la palma, el naranjo y la morera.

Oblado de la *Huerta*, en ella ha nacido, en ella ha tenido sus alegrías y sus penas, sus amores y sus odios, sus esperanzas y sus desfallecimientos. El sudor de su frente la ha fecundado; en ella ha gastado la energía de sus músculos; en ella han nacido sus hijos; en ella se apaga poco á poco su existencia, y á ella, para darle su orgánica sustancia, van á parar los huesos del cultivador, amoroso siempre del pedazo de *Huerta*, que de padres á hijos, por lo común, en tiempos trabajaba. La odiosa contribución de sangre que paga á la Patria, odiosa por lo irritante, desigual é injusto de su exacción, rompe bruscamente el encanto en que vive hasta la edad en que la ley inexorable le llama para el servicio militar, y roto el encanto,

renovada la atmósfera, cambiado el ambiente dentro del cual se agitaba y vivía,—ideas nuevas, por él mal comprendidas y peor digeridas; horizontes jamás antes vislumbrados y engañosos; aspiraciones nunca sentidas, y todo el cúmulo, en fin, de cosas que se atropellan desordenadamente en el cerebro del hijo de la *Huerta*, sin lograr comprenderlas por completo, modifican su moral, debilitan lo tradicional en su espíritu, aflojan los lazos de amor que le unían á la tierra donde nació, y cuando á ella vuelve como reservista, le pasa lo que en todas partes ocurre: que lleva consigo, sin orden ni concierto, sin determinación ni fijeza, en estado de nociva nebulosidad, mezclados, confundidos en un caos verdaderamente horroroso, nociones y principios de cosas que podrían ser buenas si se desarrollaran en el ambiente donde nacieron y con sus elementos y condiciones naturales; pero que son pésimas, como fruto exótico, al ser trasplantadas de aquella suerte, y desarrollarse y desenvolverse en atmósfera viciada é impropia, que por esto mismo se corrompe.

Y aunque no reniega de su condición todo el que vuelve del servicio militar activo que, aun con ser educativo á su modo, no lo es cuanto debiera serlo,—las novedades que importa son tales, que llegan á modificar en mucha parte las costumbres. Por eso, si antes el huertano no tenía otro objeto de conversación que la *Huerta* y los asuntos con ella y el gusano de la seda y los amos relacionado, hoy ya en toda reunión se habla de *política*. ¡De esa carcoma que ha viciado los cimientos de la sociedad, invadiendo todos los campos! Así, cada labrador es un Moret, un Canalejas ó un Maura, y en un periquete arregla y da solución aun á los asuntos más complicados y difíciles. «Los tiempos de ahora,—dice no sin notorio pesimismo un escritor murciano, gran conocedor de las costumbres de estas gentes,—no son como los de antaño, cuando las... de la *Huerta* no se curaban de otra cosa que de sus cultivos y de sus cosechas.» «La lectura de los periódicos, que levanta de cascos á todo el mundo, ha realizado en nuestros días una transforma-

ción tan grande en los espíritus, que hasta el sencillo huertano abandona más de una vez sus ocupaciones peculiares para matar horas y horas en el círculo ó en la taberna, disparatando sobre muchas cosas que no entiende.»

«Gracias á estas corrientes de ilustración que nos trae la prensa,—añade con sentimiento un tanto agresivo—han aprendido muchos huertanos que los rentos son excesivos, aunque las tahullas producen ahora doble más que en los tiempos pasados—asegura redondamente;—que la primera medida que les conviene adoptar es la de no satisfacer al amo lo que es suyo, porque vayan ustedes á saber de dónde le ha venido la hacienda, siendo el derecho de propiedad una enredina, y que los jornales son muy pequeños para el que los cobra y muy subidos para el que tiene que pagarlos.»

«A tal extremo—prosigue—va llegando en la *Huerta* la afición á los periódicos, que hay quien se suscribe á ellos sin saber leer ni escribir, con tal de que encuentre quien pueda deletreárselos.» «Si los hombres de saber, si los hombres de orden y patriotismo utilizaran tan excelentes disposiciones, difundiendo entre los huertanos lecturas provechosas, prestarían—concluye—un magnífico servicio á la cultura popular y salvarían muchas inteligencias vírgenes del diluvio socialista que descarga por todas partes» (1).

No. No son realmente y en conciencia los periódicos quienes causan el daño. Es verdad que los hay de todos los colores y para todos los gustos; es cierto que los hay obcecados y de secta; los que persiguen para sus inspiradores y redactores el logro de personales medros absolutamente y por todos los caminos sin cuidarse de otra cosa; los que difunden ideas disolventes, en que no comulgan quienes los escriben, sólo porque «á río revuelto, ganancia de pescadores», y esperan que, enturbiando las aguas y revolviendo el río, harán ellos su nego-

(1) D. Luis Orts, *Vida Huertana—Artículos de costumbres de la Vega de Murcia*, primera serie (Murcia, 1908), págs. 59 y 60.

cio... Pero sin necesidad de recurrir á la que se llama á sí propia *la buena prensa*, hay que reconocer y confesar, pese á quien pese, que al periodismo es en mucha parte debida la evolución social moderna, que no es en todo tan mala como se dice.

Lo que ocurre es, sencillamente, que á la humana naturaleza halaga y seduce todo aquello que lisonjea sus personales apetitos; y claro es que al huertano, como al obrero en los grandes talleres y en las grandes fábricas,—hoy que la vida tanto y de tan alarmante modo y por tan distintas causas se ha encarecido para todos los que de su trabajo viven,—les halaga y seduce toda idea que les prometa medios de satisfacer más holgadamente sus necesidades cuotidianas, y por consecuencia, todo lo que tienda á acrecentar sus provechos y á disminuir sus esfuerzos y trabajos. Lo que ocurre es, que ahora se ha exacerbado el antagonismo que ha existido siempre entre el capital y el trabajo, entre el patrono y el obrero, entre el propietario y el bracero. Y como ni en la *Huerta* ni fuera de ella hay medios de que la razón penetre á través de las nieblas espesísimas del egoísmo de cada uno; como carecen por lo común de la ilustración necesaria para discernir entre todo cuanto los periódicos dicen lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo conveniente y necesario, de lo nocivo y contingente; y como ni el huertano, ni el obrero, ni el bracero, si han de ganar con su trabajo el sustento suyo y de sus familias, pueden dedicar tiempo alguno al estudio, porque les es indispensable para ganar el pan de cada día,—de aquí, en buena lógica se deduce, que la labor instructiva es imposible, y que convirtiendo en sustancia y á su gusto cuantas teorías de más ó menos buena fe, la prensa, sin distinción de colores ni de *buena ó mala*, difunde á diario, continuarán los unos y los otros, cada cual en su esfera, viendo las cosas no como ellas son, sino

conforme al color
del cristal con que se mira.

Y punto y aparte.

Por lo que á la indumentaria se refiere, testigo de mayor excepción, como lo es el escritor á quien últimamente he aludido, cuyas pesimistas palabras no he dudado en copiar aquí, y de quien me dicen ha nacido y se ha criado en la *Huerta,*—confirma plenamente lo que están hartos de ver los madrileños que van en el célebre *tren-botijo* á disfrutar en Murcia todos los años el espectáculo de las *Procesiones,* y el de las no menos célebres saturnales de *Semana Santa,* con la *Batalla de flores,* y con los encantos de aquella privilegiada región en primavera.

Antes, en otros tiempos que ya para no volver pasaron, los domingos y días de fiesta mayores; cuando repicaba alegre ensordeciendo los aires el vibrante bronce de la *Ermita de la Fuensanta,* pregonando el día de la patrona venerada de Murcia; cuando llegaban bulliciosos los de la *Feria* en la ciudad, ó la renombrada y extravagante fiesta de *los Alcázares,* ó la *Semana Santa,* ó alguna otra de las grandes solemnidades, fuesen ó no religiosas,—el huertano ponía gozoso á contribución el arca tradicional, que en la *barraca* no faltaba nunca, y sacaba de aquélla con singular regocijo las prendas que constituían su gala: el traje hereditario y característico en que le representan las figuritas de barro, con las cuales se hallan atestados los días de *Semana Santa* los escaparates de los comercios de *la Platería,* incitando á los forasteros; los *trapitos de cristianar,* que decimos por estas tierras de Castilla.

Entonces, aparecía el huertano ceñido á la cabeza, y atado por delante cual tocado morisco, el pañuelo de algodón, de vivos colorines, amarillo, azul y grana, especie de turbante, por bajo del cual asomaban á los lados y sobre las sienes sendos mechones de áspero cabello, cortado al rape en la parte central del cráneo, y á la manera que lo usan aún los campesinos alcarreños y los aragoneses; y aunque en la forma de colocarse el pañuelo había marcada semejanza entre el huertano de Murcia y el de Valencia, diferenciábase de aquella otra en que aragoneses y alcarreños lo disponen, y de la que acostumbran á usarlo en algunas partes de Andalucía. Por cima del pañue-

lo, coronando el busto, y en los últimos tiempos reemplazada con frecuencia por el sombrero de felpas, alicantino y de anchas alas,—como recuerdo de la indumentaria de los siglos xv y xv , ajustaba á su cabeza el huertano la graciosa *montera*, de terciopelo negro ó de lustrosas felpas también negras, algún tanto aguda, con dobladas orejeras, á veces, proporcionada, y siempre vistosa y elegante. Era la *montera* murciana más airosa, de bastante menor altura y menos adornada que la de paño pardo, con golpes de felpas, lazos y otros requilorios, usada en las regiones del NO. por gallegos y asturianos, si bien guardaba con ésta cierto aire de familia incuestionable; y aun recordarán conmigo muchos, que hace más de treinta años estuvo la *montera* murciana de moda como tocado femenil, y la lucían las medio pollitas de entonces, coquetamente colocada sobre los rizados cabellos, si bien ya adornada con una ó dos plumas al lado, rojas, azules ó blancas, viniendo á ser como trasunto algún tanto modificado de ella, la de los *Mefistófeles* de guardarropía barata, que figuran en las comparsas carnavalescas, como se recordará asimismo por algunos, para compararla en la memoria con ella, la montera usada hace muchos más años en Madrid, como prenda regional, por los aguadores asturianos, cuando las hoy tan turbias y tan insuficientes aguas del Lozoya no habían sido traídas á la corte.

Ni ahora ni nunca, al igual que los campesinos y labradores de todas partes, acostumbró á llevar el huertano pelo alguno en la cara: antes bien, los días á que me refiero, iba cuidadosamente rasurado, consistiendo las demás prendas del traje en gruesa camisa de lienzo cargada de bordados en *las pecheras,* en el cuello, que era ancho, y en los puños, cortos, con que las mangas se cerraban en los pulsos; el chalequillo ó *jubón* de matices abigarrados, con dos ó tres docenas de botones de plata *afiligranada,* tanto más grandes y abundantes, cuanto mayor y más provechosa había sido para él la *cosecha* de la seda ó de los pimentones, ó tenía más caudal y dinero; la faja de seda ó de lana carmesí á la cintura, con una tercia de ancho y como

tres varas de largo, cubriendo la mitad del *jubón* y ciñendo los *zaragüelles,* aunque nunca bajando tanto como la bajan los aragoneses, que hacen llegar la suya, morada, hasta envolver casi en su totalidad los muslos.

Los *zaragüelles,* que han sido usados por los alicantinos y valencianos, y que, recogidos bajo el calzón, aunque sin aquel nombre, usaron por su parte los baturros aragoneses,—eran hechos de lienzo blanco, anchos como nagüetas, almidonados á veces como ellas en señal de lujo, y no llegaban en tres dedos á la rodilla, la cual quedaba desnuda al descubierto. De origen persa por lo menos el nombre, según Dozy,—el vocablo es de procedencia arábiga entre los españoles, como lo era seguramente la forma de la prenda, la cual variaba con arreglo á las localidades entre muslimes, á juzgar por lo que los escritores expresan, pues en Argel hombres y mujeres gastaban *zaragüelles,* si bien les llegaban á los tobillos y eran anchos por arriba y estrechos por abajo, afirmando Mármol que en Fez, las mujeres, sobre todo las de origen español, usaban pantalones bastante largos, que recogían en pliegues «para proporcionar la pierna», pues «las marlotas no les llegaban sino á medio muslo», y otros autores, que los *zaragüelles* de los hombres adinerados en Marruecos eran de lienzo blanco y muy anchos generalmente (1). El P. Alcalá hace en su *Vocabulista arábigo* equivalentes los *zaragüelles* y las *bragas.*

Para abrigar las piernas desde las rodillas, llevaba, en los días de referencia el huertano las *calcetas,* blancas y de algodón, sujetas con apretada liga en lo alto, y que bajaban hasta la garganta del pie, donde quedaban presas con la *trabilla,* y calzaba las *alpargatas,* de cáñamo, especie de calzado originariamente nacional, que lleva con otros materiales el nombre de *abarca,* apelativo de que hicieron *barga* ó *parga* los musulmanes, y que por su dualidad dijeron éstos en plural *al-barguat*

(1) Véase respecto de esta prenda lo que dice Dozy en su *Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les Arabes,* págs. 203 y siguientes.

ó *alparguat*, de donde se hizo *alpargatas* (1). Las del huertano no le cubrían sino dos de los dedos del pie, y se las ataba con una cinta negra, dándole una sola vuelta sobre la pierna.

Complemento era del traje la pintoresca *manta* característica, de la que no se desprendía ni aun en verano, por ser prenda absolutamente indispensable. Remedo del jaique moruno, tenía y tiene, pues todavía sigue usándose, cuatro varas de largo y dos de ancho; tejíanla en Espinardo ó en Lorca, y era prenda de precio, en la cual alternaban con gran visualidad los colores grana, carmín, verde, azul, amarillo y blanco, dispuestos en bandas y formando caprichosos dibujos, adornándola además con escarolada guarnición, larga y abundante flocadura en que jugaban todos los colores, y redondos madroños en los que acontecía lo mismo. Echábasela el huertano sobre el hombro, y no la abandonaba sino cuando asistía de oficio á algún bautizo, á algún matrimonio, ó á algún entierro, principalmente si la ceremonia se celebraba en la ciudad é iba en ella con otros labradores por cuenta del *amo*. En estas ocasiones, sustituíala con la capa de paño pardo y grueso del país, de cuello alto y desproporcionado, y que en la *Huerta*, del propio modo que en Castilla, pasaba como vínculo de una á otra generación sin accidente.

Semejante particularidad es digna de ser reparada, pues no hay quien ignore que en las comarcas de la Vieja Castilla, sobre todo, es la capa—hecha de paño pardo de Santa María de Nieva con alto cuello, larga esclavina y longitud también desmesurada, al igual que la capa de la *Huerta* de Murcia,—prenda de etiqueta, usada en invierno y en verano para asistir á todas aquellas indicadas solemnidades, hasta el punto de que, cual ocurría y no sé si sigue ocurriendo en Murcia, quien no tiene capa no puede todavía contraer matrimonio. Podría presumirse

(1) Las hacían los musulmanes granadinos de terciopelo y de cuero, y las había de esparto, á las que llamamos *esparteñas*. Véase acerca de esta voz el *Vocabulario* de Simonet en *Parga*, el de Eguílaz en *Alpargata* y el *Dictionnaire* citado de Dozy.

que en Murcia la *montera* y la capa fueron las únicas prendas que de los cristianos viejos tomó el huertano, para alejar con ellas toda sospecha de islamismo y poder asistir con entera seguridad y libre de persecuciones á la iglesia, conservando, por lo demás, su originario traje, aunque no exento de las modificaciones introducidas en el mismo por el tiempo. Sólo también en las graves ocasiones mencionadas era cuando el huertano consentía en desprenderse del típico *plantón,* vara gruesa de fresno ó de morera que venía á constituir como parte integrante del individuo, parecida á la *chivata* usada por los andaluces.

Fama ha gozado siempre la mujer murciana de hermosura, y justo es confesar que esta fama es merecida y está completamente reconocida y demostrada. Tiene el tipo del país facciones de gran regularidad y nobleza; tez blanca y aterciopelada, modificada, claro está, por los efectos de la intemperie, y por el sol y la clase de vida que en la *Huerta* hace; nariz por lo común aguileña y fina y de buen dibujo; pobladas cejas y largas pestañas; ojos negros, grandes, vivos, ardientes y soñadores; labios húmedos, encendidos y sonrientes; blanca dentadura; cara ovalada; negro, lustroso y abundante cabello, que recogía en complicada labor de entrelazados ramales, con los que formaba el artístico tocado designado por el expresivo nombre de *picaporte;* hombros altos y redondos; garganta bien contorneada; senos turgentes y abultados; anchas y redondas caderas; formas proporcionadas, elegantes y provocativas; manos pequeñas y pie breve y pulido.

De mediana estatura por lo común, es la murciana gentil en la apostura; gallarda en el andar; ceceosa en el habla; algo redicha; llena de gracia en los movimientos, de encantos en la conversación, y, por decirlo de una vez, hermosa, fresca, atractiva, apetitosa, como las flores de sus jardines, respirando vida; con el semblante coloreado y juvenil, iluminado por maliciosa y agradable sonrisa; amable y cariñosa, ligera y fantástica, recelosa y desconfiada algún tanto, en medio de la sencillez de su carácter; crédula hasta la superstición y el fa-

natismo en materia de religión; trabajadora y ágil; sufrida y modesta; de buenos sentimientos, y tan buena madre, como suele ser buena hija y buena esposa, si bien en esto, como en todo, hay las naturales excepciones.

Como entre los musulmanes acontece, para que la mujer sea reputada hermosa por el huertano, ha de tener cuatro partes de su cuerpo negras, que son: el cabello, las cejas, las pestañas y los ojos; otras cuatro blancas: la tez, los dientes, las uñas y la córnea del ojo; cuatro rojas: las mejillas, los labios, las encías y la lengua; cuatro grandes: la frente, los ojos, los senos y las caderas, y cuatro pequeñas, que son: las orejas, la boca, los pies y las manos.

Gloria daba, en los días de las grandes solemnidades en que repicaban gordo, ver la huertana joven luciendo el vistoso traje característico, el cual, no sólo daba fantástico realce á los encantos de su persona, sino que añadía nuevos atractivos á los que le había pródigamente concedido la Naturaleza. Aprisionados los menudos pies dentro del clásico *chapín* de raso blanco ó de colores tenues; con la calada media blanca, á través de cuyas labores se transparentaba lo rosado del arqueado empeine, ciñendo limpiamente la bien contorneada pierna; los almidonados *ahuecadores* de bordadas randas, limpios y crujientes como los ampos de la nieve, y lo suficientemente cortos para que se viera el nacimiento de la pantorrilla y las medias se luciesen; el pintoresco zagalejo, fruncido á la cintura, todo pliegues, y corto asimismo, hecho con tela de tonos uniformes y vivos, ya rojos, ya azules, y sembrado todo él de relucientes lentejuelas doradas formando ramos, complicados dibujos y extrañas flores; sobre él, sujeto al talle, el delantal de raso, blanco ó rosa, festoneado con metálica puntilla dorada como la de los mantos de las imágenes, y bordado también con lentejuelas de oro; el *armador*, corto corpiño de color y tela ambos iguales á los del delantal, y adornado cual él, y sólo propio del verano, pues era en el invierno reemplazado por el *justillo* de terciopelo, como de más abrigo, encarcelando el flexible

talle y pronunciando las turgencias del seno; el pañolillo de suave crespón sedoso, blanco, azul celeste ó rosa pálido, bordado en sedas de los más fuertes matices, cruzado sobre el pecho, envolviendo blanda y graciosamente el gallardo busto y dejando al descubierto la incitante garganta, rodeada por un collar de cuentas azules ó de perlas falsas, movidas por el ritmo acompasado y dulce de la respiración; las mangas, cortas y de encaje, permitiendo lucir las líneas y las desnudeces provocativas del antebrazo; las pesadas *arracadas* de filigrana y de topacios; la cabeza adornada de flores en primavera y en verano, ó cubierta en el invierno por la mantilla de *cintón*, hecha de terciopelo ó felpa, con ancha faja de raso al medio,—fácil es de comprender lo hermosa que estaría la mujer de la *Huerta* en sus lozanos abriles esplendorosos...

Pero todo ha cambiado al presente, y de estos tradicionales tipos, que se perdieron así ataviados para siempre, no queda nada, sino el recuerdo en la memoria de los ancianos, las descripciones que, con dejos de apasionadas *saudades* ó de tristes añoranzas, fueron hechas en libros y papeles, y principalmente en el trabajo de Selgas, *La mujer murciana,* inserto en la obra *Mujeres españolas,* editada años hace por Guijarro, en el episodio novelesco *Fuensantica,* de D. José Marín Baldo; en los de D. José Martínez Tornel, y en los del malogrado D. Pedro Díaz Casson, todos ellos naturales de Murcia y conocedores de las costumbres de la *Huerta.*

«La... que mayor transformación ha sufrido en los pueblos rurales—dice recientemente el autor de *Vida huertana,*—es la que se refiere al vestido.» «Al desterrarse los antiguos zaragüelles, adoptaron los huertanos el pantalón estrecho y la chaqueta corta, que apenas les llegaba á la cintura; pero estas prendas se fueron modificando también, hasta el punto de que hoy visten en los días de fiesta lo mismo que las clases del pueblo de la capital.» Ya no se ve, con efecto, una *montera* por nada del mundo. Quizás algún que otro viejo la usa todavía á diario, aunque deformada; pero los jóvenes que llevaron el sombrero

alicantino, hoy cubren su cabeza con cierta especie de sombrero cordobés, de castor ó de fieltro, y á veces con los tonos más fantásticos.

Yo los he visto, cuando á la capital acuden en días tan solemnes como los de *Semana Santa,* vistiendo el pantalón abotinado y la cazadora; y como el sentimiento profundamente religioso, que imperó largos tiempos en la *Huerta,* aunque desfigurado por las supersticiones, no ha desaparecido por completo,—muchos de los mozos que en cuadrilla y regocijados pululan en la ocasión indicada por la *Trapería* y la *Platería,* se estacionan á la puerta de los cafés ó llenan la *Glorieta* y las calles para ver las procesiones, la cabalgata ó la batalla de flores,—llevan el traje de cazadora hecho de paño azul celeste ó morado, y de igual color el sombrero, pregonando que es *hábito,* como el de las mujeres, y promesa hecha en caso de enfermedad ó de otra tribulación cualquiera, ya á la Virgen de la Fuensanta, ya á Nuestro Padre Jesús Nazareno. Y aunque es bien singular el efecto que produce esta nueva costumbre en quienes no estamos á ella habituados,—nadie, por el corte y forma de las prendas, sospecharía que aquel que las lleva encima es un huertano.

«Con respecto á las jóvenes labradoras—continúa el escritor citado, — se puede afirmar otro tanto» de lo dicho en orden á los labradores. Ya habían desterrado el uso de los *chapines* de raso, sustituyéndolos con la botita de rusel, negra ó de colores apagados, y definitivamente con la botita moderna de charol ó de *chagrín* ó de piel de cabra, de altos, menudos y peligrosos tacones á lo Luis XV. Hoy, «las modistas de Murcia confeccionan vestidos con arreglo á los últimos figurines, para uso de nuestras hermosas huertanas»; no recogen éstas ahora sus cabellos en el artístico *moño de picaporte,* sino que se peinan como las mujeres de la ciudad, á las que imitan y con las cuales procuran confundirse; no lucen ya la media calada, ni la saya corta, ni los almidonados *ahuecadores,* ni el *armador,* ni la mantilla de *cintón* tampoco; «el día que prescindan del delantal, que se ponen hasta para ir á la iglesia en las grandes

festividades, sin curarse de lo mucho que se despega esta prenda con la mantilla de blonda que usan todas, habrán quedado convertidas punto menos que en señoritas elegantes.» «La piqueta de las modas, sin embargo— excepciona — no ha conseguido derribar ciertos usos arraigados entre la gente vieja, como el de la «faja de algodón encarnado», y el «sombrero de felpas», que á la *montera* reemplazó en los hombres, ni en las mujeres los «antiguos *moños de picaporte*», las «alpargatas *de cara* tan estrecha, que apenas les cabe el dedo gordo» del pie, y «las faldas tan cortas, que dejaban casi media pierna al descubierto» (1). Pero todo esto desaparecerá á la postre, como lo demás ha desaparecido, siendo «una verdadera lástima» para el dicho escritor, «que en el habla, en ilustración y en higiene, vayan los pueblos rurales á paso de tortuga, y no alcancen el mismo grado de progreso que en lujos de indumentaria» (2).

En cambio, las malhadadas costumbres políticas, que todo lo han echado á perder—aquí, como en la Montaña, y como en todas partes, pues es pernicioso hábito general, que, por cuanto á la Montaña hace, tantas veces y de modo tan magistral pintó el inimitable Pereda, sobre todo en su *Don Gonzalo González de la Gonzalera*,—han dado al traste con la proverbial sobriedad del huertano, no reparando hoy «los mozos de la *Huerta* en eso de frecuentar los ventorrillos; antes bien, parece que se hombrean y se vanaglorían con tan afrentosa costumbre». «No sucedía otro tanto en tiempos pasados — observa el Sr. Orts,—cuando las muchachas preferían quedarse á vestir santos, más bien que sostener relaciones amorosas con mozos aficionados á la bebida.» «Por lo menos, entonces se veía entre la gente joven de nuestros pueblos rurales cierto decoro personal, cierto temor al desprecio de las mujeres y á las censuras del vecindario, que les apartaba de este y otros vicios no menos detestables.» «Después, acabaron las muchachas por

(1) Orts, *Vida huertana*, págs. 146 y 147.
(2) Idem, ibidem.

transigir con sus pretendientes en lo del abuso del vino, entrando con todas, como la romana del infierno, sin pensar que en el pecado llevan la penitencia, porque luego á luego se casan con el borrachín preferido, y aun no han pasado los tres primeros días de la luna de miel, cuando empieza á reinar en la casa el *santocristo* del garrote» (1).

Las reuniones electorales y los votos ganados á fuerza de vino en ventorrillos y tabernas, causas han sido, en la mayoría de los casos, de que el huertano se emborrache, tomándole gusto al aguardiente amílico y á las demás bebidas espirituosas, lo cual, ni con mucho, quiere decir que antaño no hubiese quien frecuentara los templos de Baco, y diera con su persona espectáculo bien deplorable, ni quien, por consecuencia de la bebida, esgrimiese contra su mujer «el *santocristo* del garrote», ó la navaja contra algún compañero en las soledades de la *Huerta,* pues en ella, como en todo lugar, ha habido y hay siempre de todo; pero expresa que la embriaguez no fué como hogaño tan general y casi obligada para alardear y echárselas de hombre.

En lo que el huertano no ha variado ni hecho alteración, es en lo fundamental é idiosincrásico de su carácter. Conserva en el semblante, de facciones pronunciadas, lo picaresco, malicioso y desconfiado de la expresión, la *letra menuda*, que también en distintas proporciones es peculiar á los campesinos de todas partes con el expresivo nombre de *gramática parda.* Marín Baldo, gran conocedor de la materia, decía de sus paisanos: «El huertano de Murcia no es de los hombres que se dejan conocer fácilmente.» «Entre lo que dice cuando habla, y lo que piensa en aquel momento, suele mediar mucha distancia; pero ellos entre sí no se engañan por este medio.» «El que oye, no oye lo que el otro dice, y sí adivina lo que está pensando hacer, enteramente contrario á lo que promete; esto sin embargo, el oyente finge creer, y no contradice ni argumenta, dán-

(1) *Vida huertana,* págs. 116 y 117.

dose por engañado, lo cual tampoco lo cree el que trata con él», si bien finge por su parte creerlo (1). De donde viene á resultar que el huertano es solapado y astuto, casi al igual que lo son los gallegos, quienes de tales gozan merecida fama, siendo gente esta última que nada tiene de común tampoco en origen y tradiciones con la murciana, la cual por ello remeda y parece conservar la proverbial diplomacia de árabes y de judíos.

Afanoso y constante en las labores de la *Huerta*,—si es cierto que para el cultivador de la de Murcia son letra muerta por lo común los progresos de la agricultura, y que continúa trabajando la tierra de padres á hijos en la misma forma y con los procedimientos mismos, conservando el esplendor y la fama de la deliciosa y productiva vega,—no es justo ni mucho menos el juicio que de él formulan, con más ligereza que mala intención, los extranjeros. Fueron éstos en todo tiempo seres privilegiados y superiores, para quienes bastó breve momento de inspección ocular para penetrar hasta lo más recóndito de las entrañas de lo por ellos tan superficialmente observado; y si bien ya han caído en descrédito las atrevidas afirmaciones de Alejandro De Laborde, y de Alejandro Dumas, y de otros,—á quienes siguen, no obstante, en el procedimiento los *touristas* contemporáneos,—no ha impedido esto que sus juicios y sus palabras, como expresión de la verdad, hayan sido admitidos y reproducidos por escritores sensatos, según ocurre con el ilustre Dozy, por ejemplo.

Es para él el de Murcia «país que recompensa con usura los *débiles* trabajos de los que le cultivan—decía en 1849;—de los *indolentes* murcianos de nuestro tiempo, *que pasan perezosamente la vida en la ociosidad y en la indiferencia*, y que sin sospecha de que puede mejorar la agricultura, siembran y plantan como sus padres sembraron y plantaron.» «¡Qué no produciría este hermoso país—exclama bajo la obsesión de sus estudios

(1) *Fuensantica*, episodio de costumbres murcianas, publicado en el interesante y excelente *Semanario Murciano*, que veía la luz en aquella capital por los años de 1880 y 1881.

predilectos—cuando pertenecía á los moros, los agricultores más inteligentes, más laboriosos que tuvo jamás España!» «No se hubiera podido decir entonces con verdad lo que el cardenal Belluga dijo con tanta justicia más tarde: *El cielo y el suelo, buenos; el entresuelo, malo.*» «En vez de los murcianos de nuestros días, *que se acuestan temprano y se levantan tarde,*—prosigue, acriminando fantásticamente á la pobre gente de la *Huerta,* y esgrimiendo sañudo contra los pellejos de vino, como el héroe de Cervantes,—que hacen con toda exactitud *cinco comidas* al día, y que emplean una gran parte de la jornada en fumar el cigarro,—los habitantes arábigos de esta ciudad eran... hombres muy valientes y que con frecuencia desafiaban á sus soberanos, etc.» (1).

Más de medio siglo ha transcurrido desde que el doctísimo Dozy, dejándose llevar en esto, como en otras muchas cosas, del injustificado menosprecio que le inspiraron siempre los españoles de todos los tiempos, que no profesaban la ley del Islám, y seducido por las noticias y los datos de exactitud tan notoria cual la de los precedentes facilitados por los que llamamos hoy superhombres, y de que están llenos los libros de viajes de franceses, ingleses y americanos, para quienes nada había oculto,—más de medio siglo hace, repito, que escribió tan absurdas especies, las cuales no ha reproducido, á lo menos con el tono magistral por él empleado entonces, en las ediciones sucesivas del libro en que aparecen estampadas. No sé si á última hora, vencido por los halagos y las honras con que los españoles se apresuraron á enaltecerle, reconociendo y confesando, según yo reconozco y confieso en toda ocasión y en todo momento, los servicios eminentes que hizo á España con sus obras,—modificó en algo sus juicios, aunque lo dudo mucho, en cuanto á los personajes históricos se refiere, pues en cuanto á los contemporáneos, si en 1849 arremetía sin compasión y como contra irreconciliable é incompatible enemigo,

(1) *Recherches*, t. I, edición de 1849, págs. 66 y 67.

con nuestro venerable D. Pascual de Gayangos, luego, demás de transigir con él, celebró los trabajos de Simonet y aun se sirvió de ellos sin negarlos.

Pero, en fin; dando de lado á estas cosas, que podrán parecer aquí no pertinentes, lo que yo sé, lo que yo he leído, y lo que yo mismo he visto *con estos ojos que se ha de comer la tierra*, es que el huertano no es hombre perezoso ni rehacio para la labor; que se levanta antes del alba, y antes del alba comienza sus faenas, lo mismo en Enero, «cuando el tiempo es más crudo en la *Huerta* de Murcia, cuando amanecen las hojas de las plantas abrillantadas por la escarcha, y cuando el pelacañas del Norte sopla como legión invisible de saetas de hielo»,—que en el mes de Julio, en que con «los pies descalzos y unos calzoncillos muy estrechos arremangados hasta la rodilla, camisón de lienzo moreno, ennegrecido por el sudor, con las mangas subidas hasta el codo, y sombrero de fieltro de anchas alas, caídas por haber desaparecido con el uso su apresto y su conformación», «desde la hora del amanecer á la postura del sol», encorvado sobre la tierra, sudoroso y jadeante, maneja «una herramienta tan incómoda y tan pesada como el legón que usan nuestros labradores», y permanece en su puesto cuando, ya levantado el sol, «empieza la tierra calcinada á despedir un vaho insoportable... que resiste con paciencia, mientras el duro trabajo agota sus energías y el fuego de los rayos solares le achicharra por la espalda».

Cierto es—¿y cómo no, si los hombres no son de hierro?—que «alguna que otra vez... suspende la tarea por un poco tiempo para echar el consabido *vale*» (1), y que «busca refugio y descanso en la fresca sombra de las moreras», que bebe «la clásica taza de vino como cordial y refrigerio, y que fuma un cigarro (2) para proseguir, después de aquel descanso, con más em-

(1) Consiste el *vale* en mantener en cuclillas á la morisca un rato, posición incómoda de que usan mucho los tagalos, y que les sirve de descanso á los trabajadores de la *Huerta*.

(2) *Vida huertana*, págs. 57 y 58.

puje y alientos la faena; pero ni esto es holgazanería, ni en Francia ni en Holanda ni en parte alguna del mundo deja de descansar el labrador para reponer sus fuerzas... Y si fueron los musulmanes «los agricultores más inteligentes y más laboriosos que tuvo España», ¿con qué derecho se moteja á los que, no sin modificaciones, aunque escasas, han perpetuado entre sí, religiosamente casi, las tradiciones agrícolas de aquellas gentes?... Si la Agricultura ha hecho innegables progresos desde entonces, ¿ha variado, por ventura, la condición de la humanidad, y han variado sus necesidades materiales?... Podrá —¿quién lo cuestiona?—mejorarse el cultivo de la *Huerta;* pero los que hoy la cultivan, ¿puede asegurarse que lo hacen sin inteligencia?

Con decir que el alimento del huertano se reduce á las proverbiales *gachas-migas,* á tomates crudos, á agrios limones y á verduras, y que es rara la vez que come carne, está contestada la imputación ampulosa de que hace al día cinco comidas...; pero basta, porque quienes conozcan las costumbres de aquellos labradores, que parecen hormigas, y tengan además noticia de lo que de ellos gratuitamente han dicho los extranjeros, se habrán reído á sus anchas, si no se han indignado, con semejantes calumnias, pues sabido es que desde la *barraca*, que el huertano construye por sí propio, todo es obra suya, menos los instrumentos de labranza, y que hasta no hace mucho, era obra suya también en mucha parte, el lienzo de que hacía sus camisones y sus zaragüelles.

Tal como las he ido recordando, he expuesto las que, á mi juicio, pueden ser estimadas tradiciones heredadas en la feraz *Huerta* de Murcia de aquellos sus antiguos pobladores de los tiempos en que dominaron los musulmanes y sus derivados; pero no ha de olvidarse que antes de la venida á España de los hijos del Islám, había en ésta y eran cultivados, según San Isidoro, la palmera *(palma);* los naranjos, los limones y las limas, bajo el nombre común de *mala medica;* las moreras *(morus),* las higueras *ficus* y otras muchas especies arbóreas que se ha creí-

do importación de aquellas gentes (1), así como el cultivo de la seda de que se hacían aquellas larguísimas *bombycinas* de que habla el insigne Prelado (2), á quien se ha juzgado y sigue juzgando, aunque con error, cartagenero. Queda, sin embargo, la exposición, por lo menos, de las tradiciones cristianas, de las que hablaré en otra ocasión, si Dios me da vida, y que son por todo extremo interesantes.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

(1) *Ethymologias,* lib. XVII, cap. VII.
(2) *Idem,* lib. XIX, cap. XXII.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

UN PROBLEMA DE MORAL Y DE HISTORIA

LOS BORGIA

LA OBRA POLITICA Y LA CATASTROFE

A partir del año 1498, una empresa única ocupó la vida de Alejandro VI: hacer de César el gran déspota de Italia. Desde este momento se podría, en la serie de los Papas, retirar el nombre del príncipe reinante y reemplazarle por el de la familia pontificia; hasta el mes de Agosto de 1503 son los Borgia quienes presiden la historia trágica de la Santa Sede. Por esto, antes de presentar la continuación de esta historia, debo describir la parte moral del problema que me he propuesto explicar, y pedir á los testigos del reinado los elementos de una información psicológica sobre Alejandro VI y su hijo.

I

En efecto, solamente con estos dos personajes tiene que ver la historia. Don Juan ha desaparecido prematuramente, no dejando ninguna huella, buena ó mala, en los últimos años del siglo XV italiano. Don Joffré se encontrará huérfano demasiado joven; no tendrá tiempo de aparecer en escena y ensayar un papel viril entre su padre y su hermano. En cuanto

á Lucrecia, cuya verdadera figura ha alterado tan gravemente la tradición novelesca, hay que renunciar á ver en ella una Mesalina, una Fredegunda ó una Teodora. En todo país y en tiempo, aparecería bien pálida y borrosa; pero en pleno Renacimiento, y en la hora más violenta de la tiranía, aparece absolutamente neutra. No tiene nada de la *vírago,* de la mujer de acción heroica, tal como fué Catalina Sforza, condesa de Forli; nada tampoco de la mujer de gran ingenio y de razón superior, tales como fueron Victoria Colonna é Isabel de Mantua. En ella todo es fugitivo, indeciso, tímido, tanto el talento como la cara, y en primer término, el carácter. Es fácil abogar por su causa; fué, entre las manos de su padre y de su hermano, como blanda cera, una esclava graciosa, á quien la educación no ha formado para el pudor, para la dignidad delicada de la mujer, muy dulce, resignada de antemano á las más desgarradoras aventuras que le hacía menos dolorosas una especie de inconsciencia moral. Hubo de habituarse al sufrimiento, como se acostumbró al chocante espectáculo de la corte paterna; en el billete que escribió con mano moribunda á León X, se escucha como la queja tranquila de una desgraciada á quien su pasado ha dejado una impresión de melancolía más bien que de espanto. En realidad, Lucrecia no tiene historia; su vida ocuparía tres páginas. Gregorovius, en su *Lucrecia Borgia*, ha reproducido el conjunto histórico de la familia: describe Roma, Espoleto, Pésaro, Ferrara, las entradas principescas, las fiestas del palacio apostólico, los rasgos generales del Renacimiento romano en torno de Alejandro VI y de la civilización italiana en la casa de Este. Lucrecia pasa á menudo, como una comparsa, en este teatro singular; hasta maneja ella, durante algunos días, la regencia del reino de la Iglesia, bajo la dirección del anciano cardenal de Lisboa; con su tercer matrimonio, que debía, como lo habían hecho los primeros, ayudar al plan político de los Borgia, se mete al fin en una región vaga, en donde la historia no puede ya seguirla. Ariosto celebró entonces sus virtudes en una octava de

Orlando furioso; nunca fué ella Bradamante, pero no era tampoco Angélica; el poeta la proclama castísima, porque ya no tenía debilidades; los Borgia habían muerto, y sobre Lucrecia de Ferrara, que siempre había escapado á los historiadores y no pertenecía ya á los moralistas, no había que escribir otra cosa que una alabanza sonora, y nada más.

Por el contrario, Alejando VI es una figura viviente en el más alto grado, y que retiene al observador, iba á decir al artista, por un vivísimo atractivo de curiosidad. Es una figura que desborda al exterior, y ni la maulería de sus palabras, ni lo ambiguo de su conducta logran ocultar como bajo una máscara ese carácter impetuoso, formado de pasiones profundas y simples, que, al menor acceso de cólera, de orgullo ó de miedo, se descubre con una franca ingenuidad. «Es tan apasionado—*sensual*—en sus sentimientos y sus intereses, escribía el embajador veneciano Antonio Justiniano, al poco tiempo de su llegada á Roma, que no puede evitar el decir alguna palabra que indique el estado presente de su alma.» Cuando habla de César, no acaba; cuando está alegre, no puede disimular su contento. En ocasión de la toma de Camerino por su hijo, «el orador de España y yo, dice Justiniano, encontramos al Pontífice más alegre de lo que nunca le habíamos visto; hizo que nos acercásemos á él, y, al darnos la noticia, se perdía en una tal alegría, que le faltaban las palabras para acabar su pensamiento; pero, á fin de expresar más vivamente lo que experimentaba, se levantó de su asiento y se acercó á la ventana en donde nos dió á leer la carta de *su* duque». Cuando trata de engañar á su interlocutor, se ve la mentira formarse en sus labios á medida que habla; él mismo concluye por ser casi engañado por su invención; continúa insistiendo, pero con convicción. Cada vez que desea la alianza con Venecia, repite á Antonio que «quiere poner su corazón en manos de la República». Habla con tal emoción, «que su pecho parece abrirse y que las palabras le salen del corazón, no de los labios». Cuando siente que la fortuna de su casa declina, ó es-

talla en palabras de amenaza ó de angustia, pero muy breves, y que en el acto se esfuerza en suavizar ó retirar, ó, poniendo á mal tiempo buena cara, finge la esperanza y la alegría, pero su turbación se lee en las facciones de su cara y en el acento de su voz. En los días más difíciles, cuando los acontecimientos hacen violencia á su voluntad, es capaz de hablar como soberano pontífice. «Decidlo todo con libertad, embajador; aquí no hay más que Dios, yo y vos.» En 1494, cuando Carlos VIII se esfuerza en desligarle del partido aragonés: «Su Santidad, dice un embajador, prefiere perderlo todo, la mitra, el Estado y la vida, antes que hacer traición á su aliado.» A los embajadores Giovanni Bontivoglio de Bolonia, que le ruegan que respete á su señor, contesta, esta vez con cinismo: «No, echare á ese tirano de su ciudad, aun cuando tuviera que vender todos los cargos de Roma y crear otros nuevos en mayor número; lo venderé todo, hasta mi mitra.» Un día se encolerizó tanto contra César, cuya política le parecía equívoca, que le dirigió, en lengua española, los más triviales insultos, los únicos con que no tuviera derecho de ultrajar á su hijo.

Pero estas crisis eran cortas. Aquella alma vehemente y ligera, rechazaba pronto, como una carga importuna, la inquietud ó el enojo. A veces, de improviso, después de haber leído un despacho molesto, hacía ensillar sus caballos en plena noche, salía de Roma y se iba, con sol ó con lluvia, á través de la campiña romana, hasta las montañas latinas. Cazaba durante dos ó tres días alrededor de Rocca di Papa, y volvía á la ciudad, habiendo así, según frase de Justiniano, «purgado su melancolía». Cazar el ciervo ó el jabalí era una distracción decente, si no económica. Pero Alejandro volvía harto á menudo á las debilidades de su tiempo de cardenalato. Para él, el gran remedio contra la tristeza era un baile voluptuoso bailado por jovencillas. Prescindo, por de contado, de la famosa orgía de 31 de Octubre de 1501, de la que Alejandro, César y Lucrecia fueron espectadores, descrita minuciosamente por Burchard como si hubiera sido una ceremonia del

breviario romano, y confirmada por otras tres fuentes contemporáneas completamente indispensables entre sí (1). Pero en Piombino, apenas ha recibido al clero y á los magistrados, pide un baile, y, dice Burchard, «las mujeres y las muchachas más lindas de la población bailaron en la plaza pública durante varias horas, ante el palacio en que estaba el Santo Padre». Todos los días, dice Justiniano, «hace bailar á las jóvenes, las cuales están en todas las fiestas y todas las diversiones». Esto producía á veces extrañas confusiones; vense un día, en una misa solemne, un grupo de muchachas, que no eran monjas, entre el altar mayor y los bancos de los cardenales. En Junio de 1500, una tormenta derribó la chimenea de la alcoba del Papa, que fué envuelto por los escombros del tejado, del techo y del baldaquim pontificio; le sacaron herido, medio muerto, *totum atonitum*. Asistiéronle entonces, dice el embajador de Venecia, Capello, su nuera Sancha, Lucrecia y una señorita de honor, la *che é favorita del Papa*. Ciertamente, no se podría acusar á Alejandro VI de hipocresía religiosa. La gravedad de la liturgia, la exacta observancia de la disciplina, le interesaban muy poco. Cuando celebró en San Pedro la misa ante Carlos VIII, confundió todas las ceremonias de la comunión. No era porque le turbase la presencia del rey; cuando la primera entrevista, se sintió mal; pero fué, dice Burchard, un fingido síncope y un procedimiento del que usó algunas veces. Otro día perdió en el altar un fragmento de la hostia consagrada. De viaje comía alegremente carne, á pesar de la vigilia. El 5 de Mayo de 1493 hizo en Roma una procesión pintoresca, que hubo de entristecer á los buenos cristianos:

(1) El cronista Matarazzo, la carta de Savelli, el despacho de Pepi, orador de Florencia (véase *Diarium*, t. III, p. 167 y la nota). Una carta de Agustín Vespucci á Maquiavelo nos dice que estas escenas de asombroso impudor eran, por decirlo así, diarias, *ogni sera*. Al día siguiente de la bacanal en 1501, Alejandro concede pontificalmente siete años y siete cuarentenas de indulgencias á los cristianos que asistieron á la solemne misa de Todosantos, en San Pedro (*Diar... eleit.*, p. 168).

á la cabeza iba la cruz, acompañada á derecha é izquierda por el sultán Djem; por César, cardenal de Valencia, vestido de turco; luego venía el Papa á caballo, con un estado mayor de cardenales. De este modo visitó San Juan de Letrán, la basílica tres veces sagrada, «madre de las iglesias del mundo entero»; como no había una mezquita á la mano, la cabalgata llevó después sus devociones á Santa María Mayor, á los Santos Apóstoles, á San Marcelo y á Santa María del Pueblo.

Los hombres del temperamento de Alejandro, á quienes el primer impulso de la pasión arrastra y á quienes la imaginación domina, tienen una especie de valor irregular, que flaquea á menudo en presencia de un peligro vago, pero que puede reaccionar en un momento peligrosísimo. Que Carlos VIII marcha sobre Roma; que la fiebre ó la peste palúdica asola la ciudad; el Papa siente un miedo real; se oculta ó huye muy lejos, sin el menor cuidado de sus deberes ni de su dignidad. Pero, léase en Burchard y en el despacho de un embajador florentino la relación de la tempestad que sufrió en Marzo de 1502, á la vista de Puerto Escola; por más de un concepto se parece á la tempestad de Panurgo, pero en ella representa Alejandro VI el papel tranquilo de Pantagruel. Todo el mundo tiembla, llora y rueda lamentablemente por el puente. El duque César, que iba en otra galera, temiendo el naufragio, se había hecho llevar en una lancha á la orilla de Carneto. «Solamente el Papa se mantenía firme en su puesto, sentado en la popa, sin miedo, mirando; y cuando el mar golpeaba violentamente al navío, decía: «¡Jesús!», y hacía la señal de la cruz. Mientras que los cardenales, desfallecidos, creían llegado su último momento, él interpelaba á menudo á los marineros para que le preparasen la comida; pero el movimiento de la galera y la fuerza del viento impedían encender fuego. Por fin, habiéndose calmado un poco el mar, pudieron freir unos pescados, que el Papa comió con buen apetito.

Pero estos rasgos de carácter no forman todavía sino la originalidad completamente externa de Alejandro VI. Se obser-

vará que los constantes arranques de la pasión, la movilidad del pensamiento, son cualidades bien italianas. Una estancia de medio siglo en Italia y la vida eclesiástica en Roma habían borrado en él al español; habíase despojado del genio severo, de la gravedad, de la obstinación y de la arrogancia de su país y de su raza; pero lo que había tomado, en cambio, de su patria adoptiva, la exuberancia mal disimulada de la palabra y del gesto, no era lo que la Italia del siglo XV apreciaba más en un príncipe; fué preciso que la pasión soberana de su alma acudiese á regular toda aquella agitación y le obligase á un dominio de sí mismo y á una tensión de la voluntad, sin las cuales el Renacimiento no reconocía al verdadero tirano. El juicio de Capello muestra bien en Alejandro VI estos dos distintos elementos: el carácter pronto é instintivo, al que logra fijar y gobernar un pensamiento único. «El Papa tiene setenta años; cada día está más joven; sus preocupaciones no duran una noche; es de temperamento alegre, y no hace más que lo que le gusta; su único deseo es hacer poderosos á sus hijos. Todo lo demás le es indiferente.» En 1493, el rey Fernando había trazado un retrato más sombrío, como hombre de Estado á quien la vecindad de semejante Papa preocupaba mucho: «Su vida, que no respeta el puesto en que se encumbra, es para todos un motivo de abominación; no tiene otro cuidado, otro deseo que el de crear, contra todo derecho, la grandeza de sus hijos. En todas las cosas engaña ó disimula, y saca dinero de todo lo que pueda vender.» Amó tiernamente á D. Juan, pero encontró el modo de acomodar el terror que le inspiraba César, fratricida, con el amor cada vez más grande que sentía por este hijo, convertido en el mayor de la casa, en el que veía el porvenir y la gloria de su dinastía. Amaba apasionadamente á Lucrecia, pero la redujo á no ser, con sus dos últimos matrimonios, sino una de las condiciones de la fortuna de César. Hubiera podido tomar, con una significación distinta, la insolente divisa de su bien amado: *Aut Cæsar, aut nihil.* Por este hijo, tormento y alegría de sus últimos años, tuvo el valor, difícil para los vo-

luptuosos, de consagrar su vida á un interés completamente platónico, de abrazar una política sanguinaria, de dedicarse á ella con una asombrosa rudeza, de concentrar en ello, sin cansarse nunca, dada su astucia y la avaricia de que la Naturaleza le había dotado. A la Italia, que César iba á devorar, ciudad por ciudad, no tenía ya nada que pedir, ni protectorado para la soberanía de su hijo, ni alianza duradera. Reanudaba en provecho suyo el método inventado por Ludovico el Turco: el llamamiento á la intervención extranjera; empleó todo su talento en observar las probabilidades, perpetuamente inciertas, según las cuales el patronato, sea de Francia, sea de España, determinaba más seguramente la orientación de su política. Siempre que la situación respectiva de las dos potencias le parecía demasiado equívoca, volvíase hacia Venecia, y repetía á Justiniano, como lo había hecho más de una vez á Capello, su *Nunc dimittis servum tuum Domine*: «Moriría contento si viese al duque adoptado por la República.» Pero que fuera por unos cuantos días veneciano, español ó francés, el fin que perseguía permanecía inmutable. Era la obra á la que el pontificado romano sacrificaba, desde hacía treinta años, la nobleza de la Iglesia y la paz de Italia, y que, apenas esbozada por la mano de un Papa, el mismo día en que moría el príncipe, desaparecía fatalmente. Solamente la complicidad del extranjero, la amistad de Venecia, que, República secular, influía aún en el juego del principado italiano, á la manera de una soberanía extranjera, podían sostener el edificio dinástico apresuradamente elevado por un viejo Pontífice: «Nuestra edad es tanta, decía Alejandro á Justiniano, que debemos apresurarnos á concluir con esto, á fin de dejar á nuestra posteridad segura de conservar lo que le legamos, y esto no puede ser sin la ayuda de la Señoría veneciana.»

Ciertamente, bien merecía César que el pontificado, la antigua potencia pacificadora de la Península, diese por él solo el espectáculo de la Italia vendida sin pudor, arrollada sin piedad. Habíase visto, desde hacía siglo y medio, tiranos de gran

raza; un Barnabo Visconti, un Francisco Sforza, un Lorenzo el Magnífico, un Sixto IV, un Fernando de Aragón, un Ludovico el Moro; pero todos, por vasta que fuese su ambición, habían aceptado al parecer un límite á sus codicias. La política tenía en cuenta el equilibrio europeo; habían buscado la hegemonía, la soberanía y no el imperio; su conducta, fundada en un sistema de alianzas italianas, suponía la tiranía intacta en sus órganos principales; soñaron con rebajar, no con destruir á sus vecinos. Este es un exterminador. Su padre y él no fueron contenidos en sus actos de piratería sino por la presencia de los extranjeros, franceses y españoles, cuyo concurso habían esperado. Francia era dueña de Lombardía; protegió á Ferrara, Bolonia y Toscana; á partir de 1501, Francia y España ocupaban las dos Sicilias y se hacían allí la guerra, sin permitir que un tercer ladrón les arrebatase un solo jirón de provincia. Pero todavía quedaba un vasto dominio abierto á César: el reino mismo de la Iglesia, ocupado por los feudos de los Bárcenas romanos; Perusa y Siena, el ducado de Urbino sobre el Adriático, los Romaños, aparte del Estado de Bolonia, y la línea de las ciudades fortificadas que, á lo largo del Apenino, entre Imola y Rímini, amenazaban el valle del Po, Ferrara, Mantua y las tierras venecianas. En poco tiempo fué el dueño de la Italia central, menos por el valor de sus armas que por el ascendiente de su ingenio y de su doblez, sobre todo por el terror que iba delante de él. Italia no había conocido hasta entonces un tal refinado del despotismo. Parecíale ser el tirano por excelencia, el príncipe ideal; y el libro que Maquiavelo escribió más adelante con ese título equívoco, no es sino un análisis experimental de la política de César Borgia; Maquiavelo pudo estudiar desde muy cerca durante su legación en Romanía, en el otoño de 1502. Le tuvo miedo en su cualidad de buen florentino, y tembló más de una vez, tras una audiencia, por la libertad de Florencia; pero le admiró sinceramente en su calidad de buen italiano, y creyó que aquel hijo de Papa podría edificar una monarquía italiana con los restos

del antiguo principado, y que tendría bastante genio para arrojar, desde luego, al extranjero como gran condotiero de Italia. El veneciano Capello escribía: «Es muy regio, hasta pródigo, lo que desagradaba al Papa... Será, si vive, uno de los primeros capitanes de Italia.» César sedujo entonces á Maquiavelo por la cortesanía de sus palabras doradas; le fascinó con la aterradora energía de sus resoluciones, la tenacidad de su voluntad, su modo inflexible de odiar, el extraordinario dominio que tenía de sí mismo. «Aun cuando me llegue el agua al cuello, decía al historiador, no imploraré la amistad de los que no son mis aliados de hoy.» Este fué el secreto de su poder sobre los demás. Era un alma negra, completamente cerrada, en donde no entraba nunca la emoción de las cosas de afuera, y de la que únicamente fué bien conocido su inmenso egoísmo. Era capaz de decisiones bruscas y de movimientos de rabia furiosa; pero estos accidentes, que estaban en contradición con su naturaleza, fueron bien raros. Apuñaló un día, entre los brazos de Alejandro VI, á Perotto, un adolescente: «La sangre, dice Capello, saltó al rostro del Papa.» Saciaba á veces, en las corridas de toros, los brutales instintos de su temperamento; sabía cortar de un sablazo el cuello de un búfalo. Estas cortas apariciones del español no son para tenidas en cuenta en el carácter de César. El tirano del Renacimiento permaneció en él en pie, hasta la ruina definitiva, taciturno, impenetrable; cuando hablaba, mentía; prefería no decir nada; sustraíase á las miradas, oculto en el fondo de sus palacios; aplazaba las audiencias, encerrábase en el Vaticano como en una tumba, y á todas partes hacíase seguir de su asesino de confianza, D. Micheletto, que, probablemente, fué el compañero misterioso de D. Juan durante su última noche. «No se quita la careta, escribe Justiniano en Marzo de 1503, y aunque en Roma se conoce su presencia, no ha querido descubrirse sino para algunas personas. Yo mismo, al hablar con el Pontífice, he fingido no saber nada sobre la estancia del duque, porque el Papa no decía nada, y así seguiré mientras que él no

me hable. No se comprende esta conducta, porque los caprichos del duque escapan á todos los cálculos; todas las congeturas son vanas; sin embargo, si se decide á quedarse aquí, preciso será que se quite su careta.» Justiniano, cuando trata, después de Maquiavelo, de descifrar el enigma de esta alma, no distingue en ella claramente más que una cosa: para sus enemigos, un odio dialéctico; para sus amigos, es decir, para los que se le entregan sin reservas, una buena voluntad provisional, de la que desconfían sus más fieles servidores. Quince días antes de la enfermedad mortal de Alejandro, decía: «Heme aquí en Roma; pero antes del otro martes, estaré en un sitio en donde podré favorecer á los míos, si no moriré.» Los capitanes de estradiotas, que abandonaron el servicio de César en 1503, fueron graciosamente licenciados; á los dos días se les encontraba ahorcados en cualquiera parte, ó degollados. La cualidad verdaderamente política del valenciano era la sangre fría con que reglamentaba sus odios, y su paciencia para esperar la hora más propicia para una venganza exquisita. El Papa, que no sabía ni callarse ni esperar, admiraba sin reservas, en este punto, el genio de su hijo. El 1.° de Enero de 1503, Justiniano fué testigo en el Vaticano de una escena bien edificante: «Esta mañana, después de misa, Nuestro Señor ha llamado á todos los embajadores que estaban presentes y á los cardenales; nos ha dicho que esta noche un despacho ha traído la noticia de la capitulación de Sinigaglia. Al decir esto, demostraba una gran alegría, y fingía, sin embargo, el no haberse enterado de nada estos últimos días; acusaba á la regente de Sinigaglia de haber, con sus traiciones, obligado al duque, que no pensaba en ello, á tomar la ciudad por pura indignación. Añadió que el carácter del duque era el de no perdonar á quien le ultrajaba y de no dejar á nadie el cuidado de su venganza; amenazó á quienes habían ofendido á su hijo, y en particular á Oliverotto, á quien el duque había jurado ahorcar con sus propias manos, si podía apoderarse de él. Luego que Nuestro Señor hubo dado estas noticias, cada cual, según la

costumbre, se regocijó con él, y le halagaba el oído, lo que le causaba una extrema satisfacción, y en la expansión de su contento, se puso á cantar las virtudes y la magnanimidad del duque. La mayor parte de los cardenales hacía coro de labios afuera, sobre todo monseñor de Sierra, que está algo asustado, y que tiene miedo por el estado que su sobrino posee en la Mancha.»

II

Estos dos Borgia, tan diferentes por el genio, unidos por la complicidad de un egoísmo sin freno, se repartieron, pues, la perversa empresa en los últimos años del pontificado. Alejandro tomó para sí la diplomacia; César, la acción militar; el padre se encargó de reducir á la Iglesia temporal, y, en caso de necesidad, de asustarla. Reservábase el halagar á los príncipes italianos, atraerlos á su política; sostener, en fin, con una buena alianza extranjera, los intereses de la familia. Fácil le sería entonces al hijo concluir, uno tras otro, con todos los pequeños tiranos de la Italia central; después, con un procedimiento sanguinario, pacificar sus conquistas y reducir la indisciplina de sus condotieros. Necesitábase mucho dinero para sostener ejércitos en donde las compañías francesas se mezclaban con bandas suizas, españolas ó italianas; Alejandro acudía á los cofres de la santa Iglesia, y los vaciaba; después los llenaba de nuevo con los medios eficacísimos que se verá más adelante. Pero, ante todo, era útil á los Borgia, á fin de tener el espíritu y las manos libres, y de imponer silencio á las objeciones del mundo cristiano, el demostrar con ostentación su perfecta indiferencia por el cristianismo, por las más graves tradiciones del oficio pontifical y por la misión divina del pastor de almas.

La ocasión se presentó por sí misma al Papa, al día siguiente de la horrible muerte de su hijo mayor. Hacía algunos años que el dominico Savonarola era el amo de Florencia;

había ayudado á la caída de los Médicis y empujaba á la República por los peligrosos caminos de una demagogia teocrática. Tronaba desde lo alto de su púlpito contra los abusos de la Iglesia, los escándalos del alto clero, la corrupción de la corte romana. No creo que fuese para Alejandro VI, cuya destitución pedía, un adversario muy temible. Era demasiado violento, y hacía pesar sobre los florentinos un régimen demasiado irritante de inquisición monacal para que pudiera gobernar mucho tiempo, desde el fondo de su claustro, aquella ciudad espiritual, en donde se hallaba la cuna del Renacimiento. El hermano Jerónimo, que hizo quemar en la plaza de la Señoría los libros, los cuadros y los muebles preciosos, no tenía como partidarios fieles sino el pueblo bajo, los devotos de alma estrecha, los *llorones, los piagnoni;* contra él estaban los partidarios de los Médicis, después los republicanos del antiguo régimen comunal, los hermanos menores y la multitud burguesa de la tercera orden franciscana. La hora de su caída parecía, pues, marcada. Tratábase de una revolución más para aquel pueblo amable que, desde hacía cuatro ó cinco siglos, había transformado cada veinte años su Constitución, y no por eso era el menos civilizado de Italia. Pero la peor debilidad de Savonarola estaba en la naturaleza misma de sus ideas religiosas. Meditaba demasiado asiduamente sobre el Apocalipsis, para ser bien comprendido en aquellos últimos días del siglo xv italiano. Hablaba como profeta frente á un pueblo escéptico que leía el *Decameron* y el *morgante maggiore;* contaba sus visiones á un auditorio de cristianos muy particulares, entre los que se encontraban Maquiavelo y Pico de la Mirandola. Si soñaba con una cruz negra, erguida como un símbolo fúnebre, para el pontificado de los Borgias, colocaba el sueño en su sermón inmediato. Este iluminado, alma muy grande, de una pureza de niño, estaba asombrosamente atrasado. Savonarola se remontaba á Gregorio VII y á Pedro Damián; esperaba de los jefes de la Iglesia ó de un cambio la curación de los males que sufría la sociedad cristiana, y pensaba que el mundo se

salvaría si sentaba un santo en la sede de San Pedro. Recobraba, haciéndolas más estrechas por sus recursos de fraile mendicante á quien irrita la riqueza de la Iglesia secular, las antiguas ideas de Arnoldo, de Brescia; pero iba retrasado en más de tres siglos. Olvidaba que el abate Joaquín, Francisco de Asís y Juan de Parma habían dado á las almas la plena libertad religiosa; que, por mano de los grandes místicos de Italia, las conciencias se habían libertado de las cadenas de la jerarguía eclesiástica, y que, en adelante, entre los italianos y la Santa Sede, ya no se trataba de los intereses de la fe, sino de intereses completamente temporales y de equilibrio político. Así, pues, en su lucha contra Alejandro, Jerónimo había elegido mal su campo de batalla. Hubiera podido desempeñar otro papel mucho más poderoso manteniéndose en el terreno de la política pura, conservando de Arnaldo de Brescia y de Rianzi una idea completamente superior, la noción evangélica del reino de Jesús, que no es de este mundo, y del reino de César, que escapa por su naturaleza misma al sacerdote, al obispo, al pontífice; le era fácil, desde Florencia, vuelta por algunos años al estado comunal, y en una Italia en donde la tiranía parecía muy enferma, tanto en Milán como en Nápoles, ensayar un apostolado republicano, que Francia hubiera podido sostener, como ya lo había hecho Carlos VIII en favor de Pisa. Sí, desde arriba abajo de la Península hubiera podido aún estremecerse el espíritu municipal; Roma, despertada por las familias feudales, por los Orsini y los Colonna, cuya ruina juraron el Papa y su hijo, se hubiese alzado de repente; hubiera derribado la forma de la tiranía papal para reconstituir la Comuna eclesiástica de Inocente III. Savonarola no sospechó nada de esto: obstinóse en predicar contra la simonía, el lujo de los palacios, las vergüenzas de la Babilonia pontificia. Pero esta elocuencia era no obstante bien formidable para el tiempo y la ciudad que le escuchaban. Los florentinos, que se ahogaban en la inmensa catedral, acusaban cierta impaciencia burlona al escuchar la dialéctica del viejo fraile;

Savonarola entonces estallaba de pronto, irritado, y en un acceso de familiaridad terrible, la tomaba con todos; con las mujeres, á las que censuraba su traje indecente; con las muchachas, á las que trataba de cortesanas; con los dependientes de tiendas, con los viejos libertinos, con los banqueros, con los sacerdotes sentados en sus sillones, en el fondo del tenebroso coro; luego maltrataba al Gobierno, á la Iglesia, á los «grandes prelados» de Italia y Roma, la Roma del Papa-rey, la cual, para él es siempre la prostituída bíblica de Dante. Esta confesión pública, descarada, de los pecados de Florencia, despertó en la multitud un murmullo que, al crecer, se convertiría en un clamor furioso; Savonarola jura que es profeta, el confidente de los designios de Dios; truena contra los falsos profetas, los astrólogos, que brillaban entonces en los consejos de todos los príncipes italianos; éstos, decía, están inspirados por el diablo. Mientras que él recibía, por intermedio de los ángeles, la iluminación del Espíritu Santo. ¿No había predicho las calamidades de 1494, la venida de Carlos VIII, el nuevo Ciro, al que Dios había armado con una vara de hierro? De esta suerte entra en su argumento predilecto: anuncia inauditas miserias para el día siguiente, para los años venideros, la peste, la guerra, los muertos pudriéndose en las calles, una lluvia de espadas y de cuchillos cayendo sobre la Península; desde los Alpes al Etna, Florencia destruída, Roma destruída, los bárbaros quemando, asolando toda Italia para castigarla por sus apostasías; los príncipes italianos, reducidos á la esclavitud más allá de los montes, como bestias de circo «con anillos de hierro en la nariz». «En vano, clamaba, huirás por la derecha, por por la izquierda; en todas partes se encontrará el azote; verás por todas partes tinieblas y no sabrás en dónde esconder la cabeza. Tinieblas aquí, tinieblas allí; todas las cosas perturbadas; el cielo perturbado, el sol, la luna, los ángeles perturbados, Dios perturbado, la perturbación en todas las cosas.» Un día anunció su propio martirio. «Bien sé, dijo, que se alzarán contra mí gritando: *Aic est reus mortis.* ¡Muera, muera, ma-

témosle! *Ego autem ad dominum ads piciam.* Miraré hacia Dios, y diré: «Heme aquí, estoy dispuesto á morir contento. Jesús, tu has muerto por mí; estoy contento de morir por ti.» Otro día, á continuación de su profecía habitual, en la que aparecían vagamente á lo lejos los horrores futuros de las guerras de Italia, como en una forma siniestra, clamó á Dios piedad, en nombre de la sangre de Jesús, con acento tan doloroso, que el pueblo, rugiendo y sollozando, se echó de rodillas pidiendo misericordia. «Paró el sermón, dice el antiguo manuscrito; el Padre dió la bendición, y bajó del púlpito.»

El Papa le declaró herético. El dominico pidió la prueba de hoguera, contradictoriamente con un hermano menor. Se ha creído por mucho tiempo que Alejandro deseó esta experiencia peligrosa, con objeto de quemar á Jerónimo por la gracia de Dios; curiosos documentos publicados por el Padre Bayona han probado todo lo contrario. Alejandro VI trató de impedir la prueba como si verdaderamente temiese un milagro. Una tempestad inundó la hoguera que no se pudo encender. Savonarola, aquel día, perdió su prestigio y se sintió perdido. La Señoría, que le era hostil, le sacó, en un espantoso motín, de su convento de San Marcos. Formáronle rápidamente causa. Su verdadera eregía estaba en estas palabras, escritas en 1497 á los príncipes de Europa: «Os juro, en nombre del Señor, que este Alejandro no es Papa, y no puede ser considerado como tal, porque, dejando aparte su gravísimo pecado de simonía, por el que ha comprado la secta pontificia y por el que diariamente vende al mejor postor los beneficios eclesiásticos, dejando aparte también sus otros vicios manifiestos, yo afirmo que no es cristiano y no cree que existe un Dios, lo que es superior á toda infidelidad.» El obispo de Vanosa, legado de Alejandro, y los comisarios apostólicos, presidieron esta iniquidad. Los testigos fueron intimidados con el tormento; sus declaraciones fueron falsas, y desfiguradas las palabras de Jerónimo y de sus compañeros. Sin embargo, nada serio se pudo sentar contra los acusados, ni en cuanto á la doctrina religio-

sa ni en cuanto á la conducta política. Se les condenó á la horca, después al fuego. Ejecutóse la sentencia el 23 de Mayo de 1498. Cuando el obispo degradó á Savonarola de su dignidad sacerdotal, olvidó en su turbación la fórmula litúrgica, y dijo: «Yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante.» El mártir contestó: «De la militante sí, pero no de la triunfante, porque no tienes ese derecho.» Era la conciencia misma de la humanidad la que, por boca de Savonarola, negaba á la Santa Sede el derecho de intervención en los consejos de Dios, y de cerrar ó abrir la entrada del reino celeste.

Pero á Alejandro VI no le inquietaban las puertas del paraíso; bastábale con que enmudeciese la voz de aquel fraile importuno. La cristiandad quedaba advertida de la manera con que el Soberano Pontífice acogería la protesta de los místicos, el clamor de los profetas y los textos tomados del Evangelio. Tratábase ahora de hallar en Italia y en el extranjero ayudas benévolas para la política dinástica de los Borgia. La amistad de Francia se inclinaba espontáneamente á la Santa Sede. Luis XII necesitaba la dispensa pontificia para repudiar á su mujer, Juana de Válois, y casarse con la viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña. Alejandro hizo que el Breve apostólico lo llevase César, al cual, en el mes de Agosto de 1498, había librado de su sombrero de cardenal y de su mitra de arzobispo. En Julio, Lucrecia, viuda de un marido que estaba vivo, se casaba con D. Alfonso de Brisceglia, bastardo de Alfonso II de Aragón, un joven de diez y siete años. Mientras tanto, el antiguo cardenal de Valencia en España recibía de Luis XII el título de duque de Valentinois, en Francia; luego, en la primavera de 1499, la mano de Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. Se llamará en adelante César Borgia de Francia. Al mismo tiempo, pactábase una alianza formal entre el rey, el Papa y Venecia. La República Serenísima y la Santa Sede entregaban á Luis XII, Ludovico el Moro, la casa de los Sforza, el Milanesado. Venecia debía recibir Cremona y la Ghiara de Adda; César sería ayudado por la influencia

francesa y las propias tropas del rey en su empresa contra la Romanía. Luis fué en Octubre á recoger en Milán el fruto de una conquista que la traición de los capitanes de Ludovico habían hecho fácil á Aubigny, á Trivolzio. Alejandro, protegido por las flores de lis, se apresuró á adelantar la fortuna de sus hijos. Nombró á Lucrecia regente de Spoleto, una ciudad de la Iglesia que no tenía tirano; después atrajo á Roma á Giacomo, el jefe de la gran casa de los Gaetanos; le hizo encerrar en el Santo Angel, le acusó de lesa majestad, confiscó todos sus dominios y le hizo envenenar. «Llevaron el muerto á San Bartolomeo, dice Burchard, en donde su madre y sus hermanas le vieron á rostro descubierto; mientras que su hijo mayor, Guillermo, huía á Mantua, los sicarios de César asesinaban al menor, Bernardino, cerca de Sermonata. El 12 de Febrero de 1500, Lucrecia compraba, mediante una venta ficticia, por 80.000 ducados, el feudo de Sermoneta.

César, por su parte, no había tardado en ponerse á la obra. La Romaña y las Marcas eran, al Norte de los Estados de la Iglesia, el último resto del orden feudal en Italia. Los condes, cuya institución se remontaba al siglo XIV en tiempos del cardenal Albornoz, eran los vicarios de la Santa Sede, vasallos muy indisciplinados, que se negaban á pagar el impuesto y se sustraían á la mano del Soberano pontificio. Alejandro los atacó, pues, á la vez con el interdicto espiritual y la espada temporal. En el mes de Noviembre de 1499, César, después de haber ido secretamente á Roma para entenderse con el Papa, ponía sitio á Imola con sus tropas francesas y suizas. La ciudad, que pertenecía á los Riario, cayó el 1.° de Diciembre. El 12 de Enero de 1500, los franceses tomaron la ciudadela de Forti. Catalina Sforza Riario, la viuda heroica del sobrino de Sixto IV, fué llevada á Roma y conducida al castillo del Santo Angel. A los diez y ocho meses, los capitanes franceses obtuvieron su libertad. Ella había tenido, de su amante, Juan de Médicis, un hijo, Juan de las Bandas Negras, que fué, bajo Clemente VII, el último soldado de la independencia italiana.

Este año de 1500, que cerraba el siglo, vió el jubileo de Alejandro VI. El mundo cristiano marchó, como lo hizo antes en los tiempos de fe profunda, hacia la santa ciudad de Roma. El Carnaval tuvo una magnificencia extraordinaria; el día de Pascua, doscientos mil peregrinos se arrodillaron bajo la bendición del Vicario de Dios. Durante seis meses, el Papa se creyó perfectamente feliz. El reino de César crecía á la vista; formaban ya el núcleo Imola, Casena, Forti, Forlimpopoli. En Febrero, el Valentinois, vestido de terciopelo negro, con su pelo rubio flotante por los hombros, había entrado pomposamente en Roma, á la manera de un triunfador antiguo, aplaudido por las mujeres, que reían á lo largo del cortejo. La corta aparición de Ludovico el Moro, favorecido por Venecia, pasó como una ligera nube por un cielo radiante. El 10 de Abril, el tirano de Milán, *azote de Italia,* dice Pablo Jove, cayó en manos de los franceses, á quienes abriera, en tiempos de Carlos VIII, el camino de los Alpes. La Península quedaba dominada por el Norte, y el extranjero tenía por varios siglos las llaves de Italia. Pero el invasor era entonces el buen amigo del Santo Padre, el primo de César, y los Borgia, regocijados con la adoración de la Iglesia universal, no pensaban, en la primavera del año 1500, sino en celebrar su buena suerte. El Papa ofrecía á los cristianos procesiones; el Valentinois, torneos de toros. Apenas si, en el contento de Roma, algunas impresiones penosas mezclaban, de tarde en tarde, una sombra de melancolía á la alegría religiosa de los peregrinos. Sabíase un día que el embajador de Francia había sido desvalijado, con todo su acompañamiento, en los alrededores de Viterbio; veíase una noche, al volver de un oficio en San Pedro, sujetos á las horcas los bandidos, presos aquí y allí en la campiña romana; contábase la historia del médico de Letrán, que, al amanecer, mataba á flechazos, en torno de la basílica, á los devotos demasiado presurosos de ir á San Juan, y los robaba, ó bien envenenaba, con ayuda del confesor de la casa, á los enfermos ricos, y les dictaba un buen testamento. Pero estos

ligeros incidentes no turbaban la belleza del jubileo de 1500. De pronto, una nueva catástrofe hizo estremecer á Roma é Italia, y mostró una vez más á Alejandro VI lo incierto de sus alegrías de familia.

A los quince meses de su matrimonio con Lucrecia, en Agosto de 1499, Alfonso de Aragón huyó sin razón aparente, *alla macchia,* escribe un contemporáneo, á los bosques, como un miserable perseguido por los esbirros; después se retiró á Genzano, con los Colonna. Adivinó tal vez que la política de los Borgia, ligada á la sazón con Francia, sería en un tiempo próximo hostil á la dinastía napolitana. El recuerdo de D. Juan le asustaba; tuvo miedo, y, dejando á su mujer en cinta, de seis meses, corrió lejos de la siniestra ciudad apostólica. El Papa llamó á su yerno, y le ordenó que se juntase con Lucrecia en Spoleto. Alfonso obedeció. Alejandro vió, pocos días después, en Napi, á los dos esposos, que fueron á Roma á mediados de Octubre. La vuelta de César á la capital eclesiástica, después de su primera campaña, no parece que dió á Alfonso nuevos motivos de inquietud. Tomó parte, con toda la familia, en las fiestas del jubileo. El 15 de Julio se dirigía, á las once de la noche, desde el Vaticano á su palacio, que estaba próximo á la basílica; acompañábanle unos servidores. En las gradas de San Pedro, cuatro hombres enmascarados, armados de puñales, se arrojaron sobre él y, bajo el balcón de la bendición papal, le hirieron gravemente en la cabeza, en la garganta, en la espalda y en el brazo. Los asesinos se replegaron, según Burchard, sobre una tropa de cuarenta jinetes, que los esperaban en la sombra, y todos huyeron á rienda suelta fuera de Roma. Alfonso, completamente ensangrentado, pudo arrastrarse hasta el Vaticano. Polo Capello escribe: «Dijo al Papa: Estoy herido; y la señora Lucrecia, su mujer, que estaba en la cámara del Santo Padre, se desmayó.»— «No se dice, añade el embajador florentino, quiénes son los asesinos, y no se ve que se los busque con el celo que convendría. Pero por Roma corre el rumor de que es un nuevo crimen de familia,

porque en este palacio hay tantos odios antiguos y recientes, tantos celos políticos y de otras clases, que es necesario que se produzcan á menudo escándalos semejantes. Así, todos los días, el Papa tiene nuevos motivos de amargura y aflicción, que le dan mucho que pensar.» —«El asesino, dice Capello, es el mismo que mató al duque de Gandía y lo arrojó al Tíber.»— «Yo no maté al duque, decía César en los días siguientes; pero si lo hubiese hecho, lo habría bien merecido.» El cardenal de Capua fué á confesar al joven príncipe, quien, durante treinta y cuatro días, fué atendido, á la vista del Papa, por Lucrecia y por su hermana Sancha. Las dos mujeres preparaban por sí mismas los alimentos, «á causa del odio que le tenía el Valentinois», escribe Capello. «El Papa, añade el orador veneciano, hacíale guardar por diez y seis personas, por miedo de que le matase el duque.» Y cuando el Papa visitaba al herido, el duque no le acompañaba, más que una vez, en que dijo: «Lo que no se ha hecho á la comida, se hará á la cena.» El 18 de Agosto, César entró en el cuarto de Alfonso, que ya se levantaba; echó con un gesto á la mujer y á la hermana del desdichado; en seguida apareció D. Micheletto, arrojó al duque de Bisceglia en su cama, y le estranguló en presencia de César. Aquella misma noche, llevaron furtivamente, sin rezos y sin sacerdotes, al regio vástago de Nápoles á la capilla fúnebre de San Pedro. Alejandro, que no pudo salvar la vida de Alfonso, no se atrevió á concederle los honores que prodigó, tres años antes, á su hijo mayor. Simulóse, como se había hecho con el duque de Gandía, buscar á los asesinos. Enviaron al Santo Angel á los médicos de la víctima y á un pobre jorobado, criado de ésta; los interrogaron, y después los pusieron en libertad, probada su inocencia, «cosa que sabían muy bien, dice Burchard, los que mandaron prenderles». Lucrecia se retiró, ya por voluntad suya, ya por orden del Papa, á su castillo de Napi, con una escolta de seiscientos jinetes, á fin, escribe el secretario pontificio, de «buscar algún consuelo ó distracción al dolor y á la turbación que experimentó estos últimos días

por la muerte del ilustrísimo D. Alfonso de Aragón, duque de Brisceglia y príncipe de Salerno, su marido». El orador de Venecia da á entender que las lágrimas de la infortunada irritaron á César, y que Alejandro la alejó á fin de complacer á su hijo. «La señora Lucrecia, que es discreta y liberal, gozaba antes del favor del Papa; pero éste no la quiere ya.» Capello escribe que el Papa teme cada vez más á César, aunque le ama con pasión. Ciertamente, Alejandro seguía queriendo á su hija, á la que en seguida buscará por tercer marido un príncipe hereditario. Pero la política arrastraba á los Borgia de una manera cada vez más imperiosa. Iba á abrirse la segunda campaña de Romaña. El principado de los Aragones, al que se acababa de enviar un adiós sangriento, se hallaba á punto de sufrir la suerte de los Sforza y de los Médicis. No era el momento propicio para las quejas y recriminaciones de familia. Por lo demás, el duelo de Lucrecia fué bastante corto. La joven viuda no estaba hecha para experimentar un largo dolor. Tenía de su padre una conciencia muy sensible, y, según un contemporáneo, un carácter siempre alegre y sereno.»

III

A fines de Septiembre de 1500, César volvió á ponerse en marcha hacia el Norte con 900 hombres de armas, 200 de caballería ligera y 6.000 de infantería. La artillería iba mandada por Vitellozo Vitelli, un condotiero de conciencia equívoca, al que aguardaba un fin terrible. El ejército ducal se dirigió primeramente por el país de Perusa, hacia Pésaro, en donde Giovanni Sforza, cuñado del duque, trataba de defenderse. Pero la ciudad se sublevó contra él el 11 de Octubre, y envió al Valentinois una diputación para llevarle la capitulación. El 21 se rindió la ciudadela. César entró en Pésaro el 27, por la noche. Un proscrito, el humanista Pandolfo Collenciccio, que se apresuró á volver á su casa después de marchar el tirano, obtuvo

una audiencia del vencedor; César regaló al letrado un saco de cebada, una carga de vino, un cordero, dos gallinas y capones, dos paquetes de candelas y dos cajas de grajeas. Pandolfo escribió al duque de Terrara el elogio de su bienhechor y la relación de sus hechos y actos en Pésaro: «Está lleno de corazón, de valor y de generosidad, y se piensa que cuidará de las gentes de bien. Es rudo para la venganza; es un gran espíritu, ávido de poder y de gloria; pero parece más deseoso de adquirir Estados que de darles un buen gobierno.» Evidentemente, Pandolfo no había obtenido nada, fuera de esos preciosos presentes, ni un cargo público ni una pensión.

Giovanni Sforza había huído á Venecia; después á Mantua. Rímini echaba á sus Malatestas y abría sus puertas al Valentinois. El ejército ducal se encaminó á Faenza, que gobernaba el único tirano que en aquella región fuese amado de su pueblo: Astorra Manfredi, un huérfano, el adolescente más bello de toda Italia. Su padre fué asesinado, y su madre expulsada como cómplice del crimen. Sus súbditos le protegieron contra las intrigas de sus primos. Creció en el terror de Venecia, de Florencia y de Bolonia, que codiciaban su herencia. Vitellozzo sublevó contra Astorra una parte de la campiña de Faenza. La ciudad, reducida á sus propios recursos, estrechamente sitiada, juró combatir hasta el agotamiento de sus fuerzas por su libertad y por su príncipe. El sitio duró cerca de seis meses. Vióse, un día de asalto, á una joven, Diamante Toselli, rechazar y precipitar de lo alto de los baluartes á los soldados del duque. Durante todo el invierno, César permaneció en Imola. El 26 de Abril, los Ancianos firmaron la capitulación y entregaron Faenza al Valentinois. Según el tratado, Astorra debía conservar su libertad y sus bienes, garantizados por la clemencia del Papa; la Comuna pagaba á sus acreedores; la ciudad conservaba sus costumbres, y reservábanse para sus ciudadanos las funciones comunales. Aquella misma noche, Astorra y sus hermanos se presentaron á César. El duque, violando su promesa solemne, los envió al casti-

llo del Santo Angel. Allí languidecieron varios meses, y Burchard habla del fin que tuvieron en estas líneas: «El 9 de Junio (1502) encontróse en el Tíber, ahogado y muerto, al señor de Faenza, joven de unos diez y ocho años; era tan gallardo y de un rostro tan encantador, que no se le hubiera podido hallar igual entre mil jóvenes de su edad; tenía una piedra al cuello. Cerca de él, dos jóvenes atados juntos por los brazos, el uno de quince años, el otro de veinticinco; con ellos, una mujer y muchas otras personas.»

La rendición de Faenza remató en 1501 la constitución del ducado de Romaña, cuyo título recibió el Valentinois por bula pontificia. En este momento fué cuando hubo de detenerse; su obra tenía probabilidades de porvenir. Había echado en el centro de Italia el lastre de un principado nuevo, sostenido por Francia y por la Iglesia; podía, á la muerte de Alejandro, permanecer como tirano militar de la Península, y recobrar el papel perdido por los Sforza. Este ducado, que no estaba aún soldado al reino eclesiástico, no comprometía el equilibrio italiano. En las fronteras del Sur y del Oeste estaba limitado por Urbino, Camerino, Perusa, Toscana y el Estado de Bolonia. El error de César fué colmar el foso que le separaba del dominio de la Iglesia, desposeer á los Montefeltri de Urbino, á los Baglioni de Perusa, los Petrucci de Siena; amenazar á los Bontivogli de Bolonia, inquietar á Florencia con la toma de Piombino y los manejos de su condotiero Vitellozzo, que sublevó á las ciudades meridionales de la república florentina, Arezzo, Borgo, San Sepulcro y Cortona; en fin, encender la revolución en Pisa, que para escapar á las garras de Florencia, hubiera alzado el estandarte del Anticristo. Estos excesos de ambición parecieron á Italia una amenaza, tanto más grave, cuanto que casi todos coincidieron con la falta capital de Alejandro VI: la proscripción de la dinastía de Aragón en 1501, la repartición de las Dos Sicilias entre Luis XII y Fernando el Católico. El Papa creyó una maravilla el atraer sobre una misma presa á Francia y España; no advirtió que consumaba así la

ruina de Italia, que se ponía él mismo entre el yunque y el martillo, sometía toda su política á la fortuna de los invasores, reducía á su hijo á la condición de vasallo sospechoso á las dos potencias, por cuanto para ambas era peligrosa la codicia de aquél. Los hombres de Estado veían entonces hasta qué punto eran temibles los proyectos de César y de su padre; pero comprendían también que el remedio estaba cerca del mal. A fines de Octubre de 1501, Maquiavelo, embajador en Francia, decía al cardenal de Amboise: «Los franceses no entienden nada de política; de otro modo, no dejarían engrandecerse tanto á la Iglesia.» El 25 de Julio de 1502, después de los asuntos de Urbino y de Camerino, el cardenal de Nápoles informó á Justiniano de lo que el rey de Francia había escrito al Papa: «No tenéis derecho á haceros amo de Italia *in temporalibus,* por lo temporal.» Otra vez el orador veneciano denuncia el plan de los dos Borgia: «hacer la Italia de un solo pedazo». Esperaban que Luis XII, si salía vencedor de su inevitable conflicto con España, aceptaría la soberanía tradicional de la Iglesia sobre las dos Sicilias. Durante algún tiempo lo sacrificaron todo á la alianza francesa. El verano y el otoño de 1501 transcurrieron en laboriosas negociaciones para el tercer matrimonio de Lucrecia con Alfonso de Este, hijo mayor del duque Hércules de Ferrara, amigo y cliente de Francia. Al duque, que representaba la más antigua dinastía italiana, le repugnaba la alianza de estos dos temibles advenedizos; el joven príncipe miraba con cierta inquietud la manera que tenían los Borgia de romper los lazos conyugales de Lucrecia. Los dos padres discutieron varios meses sobre la cifra de la dote con una crudeza de usureros. El matrimonio se hizo por la voluntad soberana de Luis XII; fué para Lucrecia el último. Alfonso de Este no fué á Roma, en donde la boda se celebró por poderes. Esta unión, el último servicio político prestado por la joven á su familia, fué para ella la libertad. El 6 de Enero de 1502 recibió la bendición suprema de Alejandro VI, y salió de Roma para no volver más.

César había acompañado, como condotiero de Luis XII y gonfalonero de la Iglesia, al ejército francés en su campaña de 1501 contra Federico de Aragón. Se apoderó por su cuenta de Capua de una manera digna de él: á traición. Un tal Fabricio le abrió las puertas de la ciudad. «Fué el primero á que mataron las gentes del duque, y tras él á unos tres mil infantes y doscientos jinetes, y tras éstos, á los burgueses, á los sacerdotes, á los religiosos de ambos sexos, hasta en las iglesias y conventos; las mujeres fueron sin piedad la presa del vencedor.» Según Guichardin, el Valentinois eligió, por su parte, cuarenta de las más lindas muchachas de Capua. Las desgraciadas se arrojaban por desesperación ó por vergüenza al Volturno. Pero estas prendas de buena amistad no bastaban para asegurar al rey de Francia la fidelidad de los Borgia. La codicia y la mala fe del Papa y de su hijo se hacían cada vez más inquietantes para sus aliados. En Septiembre de 1501, Alejandro confiscaba los últimos fondos de los Colonna, de los Savelli, de los Gaetani; daba á Rodrigo, hijo de Lucrecia y de D. Alfonso, Sermoneta, Ninfa, Norma, Albano, Neptuno, Ardea; á Giovanni Borgia, *el infante romano,* su propio hijo ó ó el de César, le daba Nepi, Palestrina, Pagliano, la abadía de Subiaco y sus diez y ocho castillos. En Junio de 1502, César y el Papa solicitaban al duque de Urbino y al señor de Camerino para que les prestasen tropas para guarnición de las Romañas; una vez desarmados, particularmente de su artillería, los dos tiranos, César invadía sus Estados, los echaba, y robaba todo, hasta la biblioteca de los Montefeltri. Guidobaldo de Urbino huyó á Mantua por senderos de montañas. Julio César Varano fué descubierto en el fondo de una cisterna, y muerto. La misma suerte esperaba á sus hijos, Anibal y Venancio, que perecieron en la Católica, á manos de un sobrino de D. Micheletto. Los Borgia suprimían contra los vencidos el derecho de gentes, y se asombraban ingenuamente de que les contestasen con desagradables represalias. Luis XII tuvo algunos días como rehén, en el castillo de Milán, á su primo

César, de Francia. «El Papa, dice Justiniano, jura y anatematiza al duque, que ha ido á Milán en contra suya.» No comprendía que se tuviera con él una conducta equívoca; con él, quien en sus confidencias con los embajadores, manifestaba á todo cuanto su cínica teoría de la traición. «Hasta ahora hemos sido franceses y seguiremos siéndolo, si Francia envía bastantes tropas para vencer á los españoles; pero si vacila y quiere que nos batamos por ella, cuidaremos de no perder nada de lo que hemos adquirido; y si Dios quiere que los españoles sean los más fuertes, nosotros no querremos sino lo que quiera Dios.» — «Este Papa, decía el embajador de España á Justiniano, me paga con las mejores palabras del mundo; pero estoy seguro de que si viera á los franceses hacerse poderosos, me volvería la espalda.» Mientras que Alejandro, en sus días de gran apuro, suplicaba á Venecia que adoptase á su hijo, César detenía cerca de Sinigaglia á unos mercaderes venecianos, y amenazaba en su presencia á la República con su enemistad. Alejandro tuvo que presentar al embajador sus excusas en nombre de su hijo. «Ruego á la señoría que considere su gran juventud, y qué esas palabras, si las ha pronunciado, las ha dicho en un momento de furor.» Pero el Papa, por su parte, hacía prender á la mujer de Bartolomeo de Alviano, condotiero de Venecia, con sus dos jóvenes sobrinos. Esta pobre política, tan bien calificada por Justiniano, «que no tenía en cuenta sino el hecho del día», olvidaba el de la víspera, y no preveía el del día siguiente, minaba sordamente la obra audaz de los Borgia. Poco á poco, todas las víctimas de sus atentados, Italia, el extranjero, que no quería su preponderancia y pretendía contener sus ambiciones, sus propias criaturas, asustadas de su ingratitud, se entendieron en la sombra y los enlazaron con una red de intrigas, de resistencias obstinadas y de conspiraciones. Los Colonna se afiliaban al partido español; los Orsini se entregaban á los Bentivogli y á Francia; Luis XII cerraba á César el camino de Florencia. Venecia acogía á todos los proscritos y ponía en Rávena tropas de ob-

servación; los cardenales solicitaban á su vez el protectorado de Venecia para las libertades de la Iglesia y de la Península. El cardenal de Siena, conversando con Justiniano, repetía la frase del cardenal de Médicis el día de la elección de Borgia. Italia es presa del lobo»; y añadía: «Ved cómo el Papa, unas veces de un lado, otras de otro, pone el pie en donde quiere. Ahora está de acuerdo con los españoles (esto era en Junio de 1503), y se mostrará por ellos más abiertamente en cuanto hayan tomado Gaeta á los franceses; querrá Siena, querrá Pisa, pondrá en un trance al Estado Florentino, irá tan lejos como le plazca.» Este profundo movimiento de opinión volvíase, con poder extraordinario, contra los dos príncipes que tan insolentemente habían despreciado á la opinión. Atacaron durante mucho tiempo; en 1502 y 1503 se ven reducidos á defenderse á tientas contra enemigos invisibles.

A fines del verano de 1502, todos los que más odiaban á los Borgia se reunieron en la Magione, cerca de Perusa, á fin de entenderse para la pérdida de César. Los Orsini; Carlo, bastardo de Virginio; Paulo, hijo del cardenal Latino Orsini; el cardenal Juan Bautista Orsini, Francisco Orsini; duque de Gravina; el condotiero Vittellozo Vítelli; Olivarotto, tirano de Fermo; Gian Paolo Barglione de Perusa, Petrucci de Siena, Bentivoglio de Boloña, formaron una alianza, reunieron 10.000 hombres y derrotaron á Tossombrano Ugo de Moncada, capitán del Valentinois. Urbino y Camerino se sublevaron y llamaron á sus señores. Los conjurados se pusieron en marcha hacia las Romañas. Luis XII y Florencia, que se negó á concurrir á la ruina de César, impidieron la catástrofe. En este momento, los florentinos enviaron á Maquiavelo á Juneta para sondar las intenciones del duque respecto de ellos. El rey obtuvo una reconciliación aparente entre Casar, los condotieros y los barones conjurados. Paolo Orsini, Vitellozzo, Oliverotto, volvieron á su servicio en el ejército ducal; Guidobaldo de Urbino salió de nuevo de su ciudad, tras una corta restauración. El cardenal Orsini, invitado por cartas pater-

nales del Papa, volvió á Roma. Bentivoglio se negó á hacer este peligroso viaje. Los condotieros tomaron, en Diciembre de 1502, Sinigaglia á su señor, Francesco María Bovera, el heredero presunto de Urbino, que tenía once años. Después, invitaron á César á entrar solemnemente en esta nueva conquista. El 31, César llegaba á Tano, después de haber ordenado á sus capitanes que acamparan sus tropas, á fin de tomar los cuarteles para su ejército de escolta. Obedecieron y esperaron casi solos, apenas armados, al duque fuera de la ciudad. Éste les invitó á seguirle al palacio para conferenciar mejor. Oliverotto quedábase rezagado: César, con una ojeada, le mandó á Micholetto para que se uniese al acompañamiento. Apenas entraron en las habitaciones, los antiguos conspiradores de la Magione se vieron detenidos. En seguida, los soldados del Valentinois pusieron la ciudad á saco. Llegada la noche, Oliveretto y Vitellozo, sentados espalda con espalda en dos sillas, fueron estrangulados; Oliverotto lloraba y acusaba á su cómplice; Videllozzo suplicaba que le trajesen, antes de morir, la absolución del Santo Padre. Petrucci pudo escapar. Á Paolo Orsini y Gravina los dió muerte Micheletto, el 18 de Enero, en Castell della Piere. Mientras tanto, en Roma, la venganza de los Borgia seguía su curso, con notable seguridad de ejecución. El 3 de Enero, el cardenal Juan Bautista Orsini, al saber la toma de Sinigaglia, se apresuró á acudir al Vaticano para felicitar al Papa. En el camino se encontró al gobernador de Roma, «quien simuló, dice Burchard, acompañarle como por casualidad. Llegado al palacio, el cardenal se apeó de su mula; todos los caballos y mulos de su acompañamiento fueron llevados á la cuadra del Papa; en la cámara del *Papagayo,* el cardenal se vió rodear por gentes armadas, y palideció.» Fué en seguida llevado á la prisión de Torre di Nona, y tras él al protonotario Orsini, Jacome de Santa Croce; Antonio de Santa Croce, arzobispo de Florencia; Bernardino, abad de Alviano, y Carlo Orsini. Jacome, «que llevó al cardenal al matadero», escribe Justiniano, rescató al día siguiente su liber-

tad. El 4 de Enero, el gobernador desmantelaba para el Papa, y por cuenta propia, la casa del cardenal y la del arzobispo. «Se han llevado todo, hasta la paja de las cuadras», dijo Justiniano. El mismo día, Alejandro dió cuenta del acontecimiento al orador veneciano. «Me dijo: El cardenal está servido por sus propios criados. No sabemos lo que sucederá. Si le hallamos falta, usaremos más bien de clemencia, como es nuestro oficio, que de crueldad.» Y, añade Justiniano, habló en seguida de tal manera, que evidentemente quiere hacerle morir; pero creo, por sus mismas palabras, que esperará para esto la llegada del duque, á fin de descargar en él esta operación. El duque dará antes muerte al abad de Alviano, después de haberle arrancado una acusación contra el cardenal.» El 5 de Enero escribe el embajador: «La madre del cardenal ha sido echada de su casa, con lo que llevaba puesto, acompañada por algunas jóvenes sirvientes; las desgraciadas vagan por Roma, en donde nadie quiere recibirlas, porque todos tienen miedo. El cardenal ha sido conducido al Santo Angel; ciertamente, en opinión de todos, está destinado á morir. Créese que la cosa está ya hecha respecto al abad de Alviano. El Sr. Julio Orsini ha podido huir, con lo que ha puesto en la grupa de su caballo, á los Estados de Gian Gordano, llevándose á su mujer, á su hijo y á los niños de Paolo Orsini»; y el mismo día, «el cardenal se confesó y se puso bien con Dios, porque esperaba la muerte de un momento á otro». Pero la muerte tardó en acercarse á su cabecera.

A fines de Enero, la madre del prisionero hizo llegar al Papa, por conducto de la querida de su hijo, que entró en el Vaticano disfrazada de paje, 2.000 ducados y una perla preciosa que Alejandro reclamaba. A este precio se permitió á las dos mujeres que preparasen los alimentos del cardenal. Pero el favor era bien tardío, según Burchard, que escribe con un laconismo impresionante *liberat cabriem;* había bebido el caliz. Este era el veneno lento, el *venenum atterminatum* del Renacimiento. El cardenal Orsini murió el 22 de Febrero. Pero, es-

cribe el prudente capellán, «no queriendo saber lo que no hacía falta, no fuí y no me ocupé para nada del caso». El 24, Alejandro convocaba á los médicos que asistieron al moribundo, y les imponía el juramento de que aquella muerte era la más natural del mundo, determinando la enfermedad y firmando el acta.

El Papa había mandado días antes á su hijo un breve en que le ordenaba que obrase sin misericordia contra los Orsini, con los cuales juzgaba al duque demasiado benévolo. «Es preciso concluir en el acto con toda esa casa, prender á todos los que podamos y no indultar ni á las mujeres ni á los niños», y esto, porque todos eran traidores á los Borgia, á la Iglesia y al rey de Francia. Alejandro mentía, al trazar estas líneas, á su propia conciencia. Cuidábase muy poco de las traiciones contra la Iglesia ó al rey cristiano; podía, dejando en paz á los inocentes, vengar todavía ruidosamente á la dinastía pontificia. Pero temía que algún día se alzase contra sus hijos un vástago de aquella casa. «Señor embajador, decía á Justiniano, tenemos las manos rojas de sangre de los Orsini: el duque ha cortado la cabeza á Paolo y á los otros que sabéis; nosotros hemos ido tan lejos con ellos, que es preciso asegurarnos de todos para que no nos hagan algún daño.» Y además, concluir con todos, mujeres y niños, era destruir hasta en la raíz á la familia más rica de los estados de la Iglesia, tomar todos los feudos, todos los palacios, todo el oro de los Orsini. A medida que envejecía, crecía en él una espantosa avaricia. No pensaba más que en heredar, en despojar á los vivos y á los muertos. En Mayo de 1503 recibió 130.000 ducados de los nuevos cardenales. Pero vender capelos, indulgencias, dispensas, beneficios, pedir para la guerra contra el Gran Turco, eran medios muy rancios; imaginó una tarifa de exacciones sobre los cardenales, los prelados, todos los funcionarios de la curia y los institutos de caridad. Todos pagaban el 10 por 100 de sus beneficios, y Burchard nos ha conservado este curioso cuadro. El cardenal Ascanio Eforza, el más rico, estaba tasado en 3.000

ducados al año; los subdiáconos de su sacristía, uno con otro, en 4 ducados. El cardenal Curner, «que no tenía beneficios», no pagaba nada. El hospital de San Jerónimo pagaba 2 ducados. La suma, que Burchard descuidó de hacer, da 45.830 ducados. La lujuria del oro atormentaba á Alejandro. Acabó por calcular la fortuna mobiliaria y el dinero contante de sus cardenales; de cuando en cuando envíaba uno al otro mundo y se inscribía como heredero de los bienes muebles del difunto. El 11 de Julio de 1502 Justiniano escribe: «El cardenal de Módena está enfermo con pocas esperanzas de curación; se cree en un veneno.» El 12: «El reverendísimo cardenal de Módena esta mejor; pero los médicos juzgan la situación muy grave. Si Dios atendiera los votos de toda la ciudad, no volvería á levantarse.» Ferrari era, en efecto, datario y tesorero apostólico, y durante mucho tiempo había saqueado á Roma. El 19 se encontraba mucho peor, y «la luna llena debía llevársele á la noche siguiente, según los médicos.» Su Santidad le visitó, «pero no quiso retirarse antes de ordenar que se hiciese el inventario de todo el mobiliario del palacio; se preocupa mucho de lo que le producirá la muerte del cardenal, que tiene, á lo que dicen, una fuerte suma en dinero contante. El 20 de Julio murió, con «general contento». Su favorito, Sebastián Pinzón, recibió una gran parte de la herencia, *imprimínem sanguinis*. «Es cierto que el cardenal ha sido envenenado, y que ese Sebastián ha sido su verdugo... El Papa le recibió entre sus familiares... El pontífice ha percibido 14.000 ducados, encontrados en casa del difunto.» Pinzón fué más adelante condenado á muerte por León X, por ese crimen que confesó.

En Abril de 1503 le tocó el turno al cardenal Miguel, un veneciano, sobrino de Pablo II. Murió en pocas horas, de media noche. «Se tiene la certeza, dice Justiniano, de que ha sido envenenado. En cuanto lo supo el Papa, envió al gobernador al pálacio del muerto, y antes de ser de día todo estaba desvalijado. La cuenta de este cardenal le da más de 150.000 ducados», dinero contante, plata, tapices, provisión de trigo,

campos sembrados, cuya cosecha esperaba Alejandro, caballos de lujo, mas once cofres del cardenal Colonna que guardaba en sus habitaciones. Al día siguiente, «nuestro Señor se encerró para contar el dinero». A los tres días llevaba al embajador á la habitación en donde estaban los ducados de Miguel, 23.632 solamente, y decía con dolor: Mirad, toda la ciudad pretende que hemos percibido 100.000 ducados de la herencia del cardenal; no hemos encontrado más que esto.» Después, calculando que el cardenal, siendo muy rico y gastando poco, debía de tener capitales en Venecia, pidió que la Señoría prendiese á su intendente Tammaso, que estaba á punto de traer las rentas de su amo, y que sin duda renunciaría al viaje. En fin, como Miguel tenía grandes pastos en su obispado, de Porto Alejandro fué á aquella ciudad, no para divertirse, sino para apoderarse de cuanto pertenecía al reverendísimo cardenal; volvió el 23 de Abril satisfecho; la expedición fué fructuosa. Los rebaños de la Eminencia difunta, que acababa de reunir bajo su cayada pastoral, habíanle tal vez recordado las palabras evangélicas: *Pasce aves meus*. Bajo Julio II, el secretario de Miguel y su cocinero fueron perseguidos por este delito. El primero lo confesó todo y denunció al mismo tiempo á Alejandro VI.

El 2 de Agosto del mismo año, diez y seis días antes de Alejandro, el cardenal de Monreale, un Borgia, moría casi repentinamente. «El Papa puso buena cara, aunque se tratase de un sobrino suyo, porque éste pasaba por tener dinero y joyas en cantidad, además del mobiliario de un palacio muy bien puesto. En total, el Papa cobrará 10.000 ducados, además del precio de los beneficios.» Justiniano no pudo conferenciar al día siguiente sobre la vacante del patriarca de Constantinopla. «Nuestro Señor se ha expresado por la pena que sentía á causa de la muerte del cardenal; la pena era contar el dinero y manejar las joyas.» Pero este negocio fué excelente y llegó á producir más de 100.000 ducados. Se dijo en alta voz que Monreale «ha sido expedido por el camino que

han tomado todos los otros, después de haberlos engordado bien. Se acusa particularmente al duque».

El Sacro Colegio vivia espantado. Los cardenales que tuvieron, dice Justiniano, algún mal pensamiento secreto contra el Pontífice, pensaban en la huída. El cardenal de Médicis, que fué un día objeto de un halago desacostumbrado por parte de Alejandro, se creyó perdido, así como á su hermano Pedro. En Enero de 1503, el arresto del obispo de Casena y del protonotario Andrea de Spiritibus hizo que el terror cundiese entre los prelados. Estos eran ricos; sus casas fueron vaciadas por los esbirros pontificios. «Toda la corte tiembla, y sobre todo los prelados que tienen dinero y los gentilhombres romanos; los unos han huído; los otros se esconden; nadie se cree seguro. Cada cual cuenta los pecados que ha cometido y piensa en las faltas de sus parientes.» Cinco meses después, el embajador veneciano renueva el mismo aviso á propósito de Jacome Santa Croce, quien, después de pagar 10.000 ducados por salvar la vida, fué ahorcado al día siguiente; sus bienes fueron confiscados, su mujer y su hijo proscritos. «Todos los romanos que pasan por ricos, todos los que gozan del favor popular ó pertenecen á un partido político, tienen un miedo extremo, y ven á cada momento venir al verdugo.» Habíase maldecido de la Roma desordenada de Inocente VIII, aterrorizada por los bandidos; volvíase á la Roma de Catilina y de los triunviros. Estos últimos tiempos del pontificado fueron verdaderamente espantosos. La persecución contra los sospechosos llegaba hasta lo más humilde de la población romana. Una palabra indiscreta, sorprendida en una encrucijada, en el rincón de una taberna, por los espías de César, era una sentencia de muerte. A una máscara que tenía demasiado ingenio le cortaron la mano y la lengua; la lengua, clavada en la mano, fué expuesta para edificación de las almas sensibles. Roma tomaba un aspecto fúnebre. El Carnaval de 1503 se presentó de una manera tan lúgubre, que el Papa convocó á su nobleza en el Vaticano y la invitó á divertirse, sin nin-

guna preocupación, «para animar y alegrar la ciudad». Pero él mismo empezaba á tener miedo de su sombra; triplicaba la guarnición del palacio, del Santo Angel y del Bosgo; llamaba á D. Joffré con sus tropas; daba entrada en Roma á las bandas de César; suspendía los juegos del Carnaval; luego volvía á autorizarlos, á condición de que los romanos, en su esparcimiento, no llevaran armas ocultas bajo sus disfraces. «Día y noche, dice Justiniano, Roma, ocupada por los soldados del duque, parecía una cueva de bandidos; robaban á las gentes en plena calle; por la noche se mataban romanos y cesáreos». Los atroces mercenarios del duque fueron los que incendiaron el territorio de Siena. «En San Quirico, dice Burchard, no encontraron más que á dos viejos y nueve viejas; los colgaron por un brazo, con los pies en un brasero, para que revelasen el lugar en que tenían escondido el dinero. Pero no revelaron nada y murieron en este suplicio.» Los Borgia, sintiendo el odio que crecía á su alrededor, no veían más que traidores en los servidores más abnegados de su política. César hizo ahorcar á D. Ramiro, su lugarteniente general en Romaña, acusado de haber difundido el hambre en el país por acaparar los granos. En Mayo de 1503, el secretario pontificio Trozzo, el agente de todos los asuntos sucios, huyó de repente; se creyó que había marchado para una misión diplomática; era que huía sencillamente por terror al verdugo. Fué detenido en Córcega, y, dice Justiniano, «aunque tenía breves tranquilizadores del Papa y buenas cartas del duque, enviáronle á hacer penitencia de sus pecados al otro mundo. Unos dicen que le han ahogado; otros que le han estrangulado; pero lo cierto es que ha muerto». El embajador de Ferrara, Custabili, dice que «fué estrangulado por Micheletto en una torre del Transtevere, á la vista del Valentinois, escondido en donde no podian verle». El orador veneciano termina su despacho con estas palabras: «Ahora se ven privados de los hombres que mejor les servían en sus crímenes.» El duque no conserva más que á Remolines y D. Micheletto, que esperan una próxima desgracia.»

IV

Pero la tragedia iba á acabar bruscamente. En los momentos en que el Papa, obligado á decidirse en breve plazo entre Francia y España, no sabía, dice Justiniano, «en dónde poner la cabeza», y se veía en vísperas de una guerra desastrosa, de la que se aprovecharía Venecia para invadir los Estados del duque, la muerte vino á librarle del compromiso. Ya el 11 de Julio se encontraba indispuesto, tal vez por una indigestión; el senador veneciano le vió echado vestido en su cama de descanso, con buen semblante. El 14, el Papa recibió á Antonio en la sala de los Pontífices, sentado, un poco débil, pero siempre vivo de espíritu. Entonces parece estar restablecido. Pero el 7 de Agosto, el embajador le encuentra bastante triste, «más encerrado en sí mismo que de costumbre». La fiebre hacía estragos en Roma, y Alejandro se queja del gran número de muertos, que le asusta: «Tomamos, dice, más precauciones que antes.» El 11 de Agosto celebraba, «sin su buen humor habitual», el aniversario de su exaltación; «estaba enfermo é inquieto en el fondo de su alma». Este día, al ver pasar, desde una ventana, un entierro, dijo: «Este mes es fatal para las personas obesas.» En aquel momento cayó á sus pies un buho; entró asustado en su cuarto, exclamando: «¡Mal presagio, mal presagio!» El mismo día, un viernes, come todavía con buen apetito; se ha encontrado la lista de esta última comida: huevos, langosta, calabazas con pimientos, dulces, ciruelas, una torta envuelta en hojas de oro. Es dudoso que bebiese agua de Trevi en esta comida, peligrosa para la estación de las fiebres (1). Días antes había cenado tarde, al fresco mortal de la

(1) Conocemos hasta las especias preferidas de Alejandro: canela, nuez moscada, azafrán, cominos, anís, mostaza, salazones acres, salchichas de pimiento. Para apagar el incendio, vinos de Grecia, de Sicilia y de España.

noche, con César y varios cardenales, en la viña del cardenal Adriano. El sábado 12, el mal se declaró violentamente; era presa de la fiebre y de los vómitos. El duque se acostaba febril, el cardenal Adriano y todos los demás convidados experimentaban los mismos síntomas inquietantes. El 14 sangraron al Papa, y el estado del duque empeoró. El 15, Justiniano no pudo obtener noticias ciertas; los que entraban en el Vaticano no volvían á salir; el duque llamaba á sus tropas á Roma; los familiares del palacio fingían una gran seguridad; «pero todas estas precauciones son de mal augurio». El 16, la situación no había cambiado. El 17, el Papa se medicinó; su médico, el obispo de Vanosa, no ocultaba su inquietud. Por la noche «hubo un gran trastorno en el palacio; cada cual trataba de salvar secretamente lo que le pertenecía». Los encargados de los pequeños Borgia, Giovanni y Rodrigo, mandaban á Piombino los objetos preciosos de sus pupilos. El 18, temprano, Alejandro confesó y comulgó durante la misa celebrada cerca de su cama; sufría entonces una rara alucinación: veía á un mono que saltaba por la habitación; un cardenal, para calmarle, dijo que iba á coger al animal: «¡Dejadle, dejadle, dijo el moribundo, porque es el diablo!» A la hora de vísperas recibió la extremaunción; después, en presencia de un obispo, del datario y de los palafreneros de palacio, expiró. «Enseguida, dice Burchard, el duque, que estaba en cama, envió á D. Micheletto con mucha gente; cerraron todas las puertas de la habitación pontificia, y uno sacó un puñal y amenazó al cardenal Cassanova con matarle y tirarle por la ventana, si no le daba las llaves del dinero del Papa. El cardenal, asustado, le entregó las llaves. Entraron todos en el gabinete próximo á la cámara del Papa, y cogieron toda la plata que encontraron, y dos cofres conteniendo unos 100.000 ducados. Después, por la noche, abrieron las puertas y se publicó la muerte del Papa. Los criados se apoderaron de lo que quedaba en el guardarropa y la alcoba, y no dejaron nada bueno, aparte de los sillones, algunos cojines y los tapices clavados en las paredes. El du-

que no fué nunca á ver al Papa, ni durante su enfermedad ni después de su muerte, y el Papa, en sus últimos dias, no se acordó una sola vez ni de su hijo ni de la señora Lucrecia.»

Los cardenales no fueron á orar á la cabecera del Pontífice. Renovóse el escándalo del entierro de Sixto IV. Burchard vistió á Alejandro lo mejor que pudo; no encontró anillo pastoral que ponerle. La primera noche, el Papa permaneció puesto sobre una mesa, entre dos cirios, completamente solo, *et nemo cum es*. Cuando fué llevado al día siguiente á San Pedro, acompañado solamente por cuatro prelados, los suizos del palacio arremetieron contra el clero de la basílica, que huyó á la sacristía. No puedo traducir, de Burchard y los embajadores, el espectáculo espantoso que dió de pronto el cadáver, que se puso de «color de paño negrísimo». Fué preciso apresurarse. Seis mozos y dos carpinteros, «bromeando y riendo alrededor del Papa», le pusieron en un cofre «demasiado estrecho y demasiado corto». Quitaron la mitra pontificia, echaron sobre Alejandro un tapiz viejo y, á puñetazos, dados aquí y allí, ajustaron los miserables el cadáver. «No había, dice el capellán, ni cirios, ni luces, ni sacerdotes, ni nadie para velar al Papa muerto.» El marqués de Mantua escribió en serio á Isabel de Este, su mujer, que se había visto á siete diablos durante la agonía de Alejandro VI. Decíase en Roma que un perro negro corría, sin pararse, por el interior de San Pedro. La conciencia popular creaba una leyenda satánica sobre la tumba de Alejandro Borgia.

¿Fueron envenenados el Papa y su hijo? Los testigos inmediatos de esta catástrofe no creyeron en el envenenamiento. El embajador veneciano habla de fiebre, y, según Mestre Scipión, uno de los médicos del Papa, de apoplegía. Burchard se atiene á las tercianas. El embajador de Ferrara cree en un movimiento desordenado de la bilis, *cólera citrina,* y en los efectos del mal aire de Roma en torno del Vaticano. Tampoco parece que los cardenales pensaran en el veneno. La rápida alteración del cadáver del Papa, la enfermedad simultánea de

César y de los otros convidados del cardenal Adriano, dieron la primera idea de un crimen. Encuentro, en el *Archivio* de Roma, una nota de notario, así redactada: «Hoy ..., el Papa Alejandro VI ha muerto envenenado, como lo demuestran el aspecto de su faz y las conjeturas más probables.» Los escritores posteriores, ó los que no estaban en Roma cuando el suceso, han adoptado, en su mayoría, esta opinión. La relación de Guichardin es, en este punto, muy completa; pero tiene una abundancia de detalles que parecen novelescos. El vino envenenado, enviado de antemano á la viña por el Valentinois, á fin de matar al cardenal, y confiado á un copero que no sospecha nada; el Papa, sediento, sofocado por el calor del día, que pide de beber en cuanto llega; el frasco fatal, cogido por casualidad, y derramado en la copa de Alejandro y en la de su hijo, incluso en las de todos los invitados; la distraccion del duque, que ha bebido de ese vino como si fuese agua pura; después el arrebato alegre de Roma, que corre al Vaticano para saciarse con la contemplación del tirano, desfigurado por una agonía hedionda: todo esto no responde al conjunto de hechos precisos recogidos por Justiniano y Burchard. Percíbese aquí un arreglo dramático, producido en parte por la imaginación impersonal de los contemporáneos, aceptado por el historiador florentino, y aumentado todavía por la cólera que rebosa en esa célebre página. Pero el relato de Guichardin contiene un error muy grave, que le hace sospechoso en el más alto grado. Según él, la muerte del Papa fué fulminante; llevároнle moribundo desde la viña del cardenal al palacio; al día siguiente, 18 de Agosto, estaba ya en su capilla mortuoria, en San Pedro. El escritor-orador, á fin de probar mejor el carácter trágico de esta muerte, suprime los siete días de enfermedad, los accesos de fiebre, las sangrías, las medicinas y los médicos que figuraban en la tragedia; ha olvidado que la cena de Adriano precedió algunos días á la aparición del mal. Creo que la opinión de Guichardin, el envenenamiento fortuito, y en cierto modo providencial de los Borgia, muertos, dice un contemporáneo, «como los escor-

piones, por su propia mano», no es digna de crédito. Queda el crimen ejecutado y premeditado por sus enemigos. El veneciano Sanuto, que habla de esto más que su embajador Justiniano, escribe que el mismo cardenal Adriano compró por diez mil ducados la complicidad del propio copero de Alejandro; este hombre preparó un jarabe, y lo sirvió á su amo y al Valentinois durante la cena del cardenal. Aquí la verosimilitud es mayor, pero no escapa todavía á toda objeción. Era muy peligroso para Adriano entregarse á la discreción de un criado capaz de todas las infamias. Después, el interés del copero, como el del cardenal y el de todos los enemigos de la familia Borgia, estaba en matar pronto y seguramente al duque al mismo tiempo que al Papa, más pronto que al Papa, y emplear, para salvar su cabeza, todos los refinamientos de su alquimia. Cualquiera que fuese el envenenador, como el crimen era muy peligroso, estaba obligado á consumarle por entero, con implacable rapidez. En fin: todos los convidados, y lo mismo el anfitrión, estuvieron malos á consecuencia del festín; ¿no se debe, pues, suponer que el asesino no estaba presente; que ordenó esta fiesta, pero que no asistió á ella? La curación del Valentinois, el mismo tiempo que Alejandro tardó en morir, son un argumento de peso contra la hipótesis del envenenamiento, mientras que los síntomas consignados por Justiniano pertenecen perfectamente á la terrible fiebre palúdica. La malaria romana, la peste de las lagunas Pontinas, se deslizó en la viña del cardenal como un huésped inesperado, y tocó en la mano del Vicario de Cristo y de César de Francia (1).

Mientras tanto, el Valentinois realizaba su golpe maestro; duraba veinte días, y causaba miedo aún. Estaba enfermo, pero seguía ocupando el Vaticano con sus cardenales españo-

(1) Justiniano añade, al *Despacho* 486, que «el principio di suo male sie stato *apoplessia*, e di questo parere è questo medico, omo excellente nell'arte soa». Pero en aquella antigua medicina, ¡significaban tantas cosas *apoplegia* y *catarro!* El orador veneciano habla también del *catarro* pontificio.

les y sus guardias; era dueño del castillo del Santo Angel, desde el que sus cañones dispararon una noche hacia el lado de la Minerva, en donde el Sacro Colegio se reunía diariamente para temblar, bajo la invocación del Espíritu Santo. Nunca la Iglesia se había visto en un tal apuro ni se vió entregada á peores intrigas. César y el espantoso recuerdo de su vida, los españoles con los Colonna, los franceses con los Orsini, Julián de la Rovera y Jorge de Amboise, que venían de Francia como candidatos papables, según el deseo de Luis XII; por todas partes la usurpación, la conquista extranjera, la guerra civil ó el cisma amenazaban á Roma. Los cardenales cerraron con barricadas los alrededores del convento, en donde deliberaban sobre el medio de atraer al león fuera de su guarida. Pero el león no tenía ya ni garras ni dientes; no le quedaba más que un prestigio de opinión, cuya vanidad no percibía entonces nadie en Roma; con la astucia completamente felina y la gracia que diez meses antes habían seducido á Maquiavelo, reanudaba el papel de gran comediante abandonado por Alejandro VI; halagaba al mismo tiempo á los españoles y á los franceses, mientras tramaba la elección de un Papa español. «Engaña á todo el mundo, escribía Justiniano, y continúa la astucia paterna; contemporiza, para ver á qué partido puede inclinarse con mayor seguridad, y su arte es tan grande, que cada cual cree tenerle por suyo.» Los cardenales le enviaron al orador de Venecia para exhortarle á salir del palacio apostólico y de Roma. «Me contestó con cortesía y respeto muchas buenas palabras, diciendo que, después de la muerte de su padre, ni se había producido ni se produciría ningún escándalo á causa de su persona, ni nada en contra de las libertades de la Iglesia y del Sacro Colegio, de quien era hijo respetuoso y obediente; palabras con las que podría uno contentarse, si verdaderamente fueran dictadas por el corazón. A la petición de su pronta marcha, contestó que desearlo era querer su muerte, porque estaba demasiado enfermo para salir no solamente de Roma, sino de su lecho, sin peligro mortal, como

lo manifestaban sus médicos; en cuanto á obligarle á despedir sus tropas, era igualmente hacerle morir y entregarle á sus poderosos enemigos; prometía irse de Roma con toda su gente, para complacer al Colegio, en cuanto pudiera hacerlo sin peligro; con esto nos despidió.» Hablaba echado; pero vestido, «fingiendo estar más enfermo», dice Justiniano, «de lo que realmente estaba». Lo había previsto todo, dice tres meses después á Maquiavelo, ante la eventualidad de la muerte del Papa; todo, excepto aquella brusca enfermedad, que le impidió, ya de volver á la cabeza de su ejército, á su ducado de Romaña, ya de intentar contra el Estado pontificio un golpe de mano y proclamarse tirano en la casa de San Pedro. Vió el derrumbamiento de su fortuna con la impasibilidad altiva de los mejores días de su poder, y mientras que su padre, afligido por alguna desventura, hubiera mostrado sus quejas y su dolor á la faz de toda la cristiandad, César pareció aceptar su destino con el tranquilo fanatismo de los hombres de su siglo; no tomó á nadie por confidente de su rabia y de su duelo, y salió de Roma á escondidas, casi solo. Marchaba al encuentro de una inefable miseria; la traición de sus capitanes y la pérdida de su reino italiano; la traición de Pío III; el perjurio de Julio II, que le debió la tiara; el destierro, y por los caminos de España, la oscura carrera de un aventurero. César, entregado por el Papa Rovera á Gonzalo de Córdoba, encerrado en una torre del reino de Valencia, evadiéndose y huyendo con su cuñado el rey de Navarra, abandonado y maldito por el mundo entero, acosado como una fiera; César, simple condotiero de un principillo montañés, caía en una emboscada sin gloria, una noche de invierno, bajo los muros de Viana. La dolorosa nobleza de esta muerte fué el último favor que la fortuna otorgó al Valentinois. Y como la conciencia del duque había estado siempre en paz, puede creerse que en el fondo del barranco en donde expiró, bañado en su sangre y con el rostro vuelto hacia las estrellas, los fantasmas de sus víctimas no turbaron la serenidad de su agonía.

V

En el primero de los cuatro despachos que envió el 18 de Agosto á la Señoría de Venecia, horas antes de la muerte de Alejandro, escribía Justiniano: «Todo el mundo está suspenso; todos desean que esta enfermedad sea el fin de las tribulaciones de la cristiandad.» Hay algún exceso en estas palabras. El orador veneciano no estaba puesto, para juzgar á los Borgias, en la perspectiva más justa que sabe encontrar la posteridad. El campo de su visión estaba lleno de los personajes que veía demasiado cerca; le parecían demasiado grandes, y el diplomático no percibía toda la serie de hombres y de hechos que había preparado este pontificado, todas las causas históricas cuyo remate fué la obra de los Borgia. Más daño hicieron á Italia que á la cristiandad. El Occidente había perdido desde hacía mucho tiempo la noción del Pastor universal, que la sociedad católica volvió á encontrar más adelante, después de la Reforma, sobre todo tras el Concilio de Trento, con gran claridad. Que los Borgia estuviesen fuera del cristianismo; que el Tabernáculo de su Iglesia estuviese vacío; que el Papa romano estuviese marcado con el signo de la apostasía, como lo creyó Savonarola, la conciencia religiosa del Renacimiento aceptaba este accidente sin ninguna turbación. Lutero y sus discípulos, los humanistas alemanes, los escritores calvinistas franceses, fueron los primeros en acusar al papado de traición para con Dios y la cristiandad; los católicos, los independientes, tales como Erasmo y Rabelais, y el conjunto de los escritores italianos, Maquiavelo como Cellini, no han creído que la indignidad de los pastores haya sido tan funesta al rebaño, y que la perversidad de los amos de la Iglesia haya hecho que pierdan á Dios las almas individuales. Los hombres de aquel tiempo sufrían, por lo demás, bastante poco con el espectáculo de una inmoralidad cuyos mejores ejemplares produjo la tiranía italia-

na, y que de Italia pasó por contagio á la Francia del siglo XVI. El sentimiento de la ley, el respeto del derecho ajeno, la disciplina personal, no eran compatibles con la codicia, el egoísmo y el orgullo sin límites que existieran entre las fuerzas vitales de aquella civilización. Los Borgia no han acusado, tanto por la licencia de su vida como por la crueldad de su gobierno, ningún espíritu de invención. En donde debe buscarlos y alcanzarlos el juicio de la Historia es en el terreno de la política. No fué por su doblez constante, por su impudor y dureza de corazón por lo que más dañaron á la Península, sino por la manera particular que tuvieron de comprender el papel de la Santa Sede en unos críticos momentos de la historia italiana. Quisieron que su casa fuese la dueña de Italia, no por su ascendiente sobre los principales rivales, sino por la destrucción de las tiranías, grandes y pequeñas. Heredaron, sin duda, malas tradiciones; el movimiento de extensión territorial y de nepotismo insolente, comenzado por Sixto IV, moderado con Inocente VIII, llegó á los Borgia. No hubieran podido detenerle en seco sin comprometer la situación del reino eclesiástico en Italia, y condenarse ellos mismos al papel borroso de un principado inerte, en el torbellino de lucha por la vida á que se entregaban los tiranos de un extremo á otro de la Península. Pero podían moderar y regular ese movimiento limitando sus propias ambiciones. Su delito fué el de ir tan lejos, que, para asegurar sus apetitos, tuvieron que apelar al extranjero.

Este atentado contra las libertades nacionales de Italia no era nuevo. Los Papas de la Edad Media habían llamado á los emperadores, después á Carlos de Anjou, luego á Carlos de Valois; Ludovico el Moro atrajo á Carlos VIII á la Península. Pero tratábase entonces, ya de llevar un amo á las Dos Sicilias, habituadas y resignadas al yugo extranjero desde fines del imperio romano, ya de restablecer el orden en el feudalismo italiano, ya de pacificar una provincia, la Toscaza, por ejemplo. El Norte italiano, la Lombardía, la frontera de los

Alpes, fueron siempre considerados por la Santa Sede y el resto de la Península como una región reservada, cuya autonomía importaba á la Península entera; para quitársela á los emperadores, la Santa Sede provocó, en tiempos de los Municipios, una verdadera sublevación nacional. Alejandro VI desconoció este interés secular y abandonó el Milanesado á Luis XII. No contento con establecer al extranjero en el Norte, entregó el Mediodía á dos naciones extranjeras. Necesitóse cuatro siglos y medio y la generosa intervención de Francia para borrar los últimos efectos de esta criminal política.

Puede objetarse que esta evolución histórica de la Península era inevitable, y que Italia, agotada por la guerra civil de sus tiranos, parecía condenada á la servidumbre. Pero no veo lo que ganarían los Borgia con ser considerados solamente como la causa ocasional á la vez y fatal de este gran desastre. Después de todo, un príncipe, un hombre de Estado, no obra nunca, en bien ó en mal, sino con la ayuda de fuerzas preexistentes, y la situación general de su país y de sus vecinos es lo que le lleva á elegir el papel útil ó nefasto al que consagra su vida. La responsabilidad histórica debe medirse por el grado de conciencia y de voluntad libre de los hombres que han precipitado los acontecimientos; para los déspotas, á quienes el egoísmo domina, y que no pueden excusarse con la ciega violencia de la opinión ó de la pasión pública, esta responsabilidad es absoluta. Pero esto no impide que los moralistas señalen diferencias en la perversidad de los hombres que han producido en común una obra mala y han sido lo suficientemente poderosos en el mal para perturbar toda una civilización. Claro está que estos dos Borgia no eran iguales en maldad. La inmoralidad política del padre fué aventajada por la feroz ambición del hijo. El Papa, después de 1497, fué el dócil instrumento del Valentinois. El duque era el principal refinado; el Papa, dominado por el espanto de aquel hijo, siguióle paso á paso hasta su último día por todos los derroteros de su camino sangriento. Es digno de alguna piedad. No

gustó, á causa de César, toda la satisfacción que se había prometido del pontificado; perdió, en la ruda labor á la que le sujetó su hijo, su natural alegría y un vago instinto de grandeza de alma que manifestaban todavía, en los primeros años de su reinado, algunas palabras verdaderamente nobles. César fué el demonio de la familia. Debe llevar la mayor parte de la gloria maldita de los Borgia.

EMILIO GEBHART

RECUERDOS

Los dos años de las Constituyentes fueron dos años de gran actividad, no sólo para los problemas políticos, sino para los problemas económicos y administrativos.

Empecé yo en el último artículo á enumerar algunos de los proyectos de ley que presenté y que fueron aprobados. Y con este motivo, y al encarecer la importancia de tales proyectos, algunos de los cuales, convertidos en ley, aun hoy subsisten, me adjudiqué, con cierto desembarazo modernista, los elogios y los aplausos de que me consideraba merecedor; pero como, á pesar de todo lo que dije para salvar mi inmodestia, colocándome al amparo de ciertas filosofías modernas, es procedimiento que, aun en burla, me es antipático, suspendo la enumeración cariñosa de mi labor administrativa, y suspendo la faena laudatoria, dejando aquélla y ésta para mejor ocasión; quiero decir, para cuando me asalten nuevas tentaciones; y paso, como se dice en los Cuerpos legislativos, á otro asunto, dando por terminado el incidente personal.

***

Tantas cosas sucedieron por aquellos tiempos, tantos problemas se plantearon, tantas sesiones ardientes agitaron á la Asamblea, tantos conflictos surgieron en provincias, y aun en la misma capital de la exmonarquía, que no es lo difícil escoger temas interesantes, sino resistir al torrente de mis recuer-

dos, tan vivos hoy como tales recuerdos después de cerca de cuarenta años, como eran vivos y palpitantes cuando fueron realidades en aquella trascendental y fecunda agitación revolucionaria.

Entre todos ellos escogeré uno de los que se refieren á la cuestión más trascendental y que más conflictos creó, no sólo en España, sino en Europa.

Me refiero á la candidatura del príncipe alemán.

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, que provocó la guerra franco-alemana, y que inundó de sangre y de ruinas la vecina Francia.

Mucho se ha dicho y se ha escrito, y muchos errores se han cometido al juzgar aquellos sucesos.

Y muchas responsabilidades se han querido arrojar sobre el general Prim, responsabilidades de todo punto injustas, y que como injustas las proclamo, á fuer de hombre honrado y de conciencia; porque así lo siento y así lo creo, y hasta pudiera decir que así lo vi en la realidad de los hechos, como ahora lo veo en el recuerdo de aquella época memorable.

No he de lanzarme ni á consideraciones abstractas, ni á teorías históricas, ni á hipótesis y suposiciones, sino que he de atenerme á hechos que presencié, á palabras que oí, á actitudes que observé, y que procuraré trasladar con fría exactitud.

Ni retóricas ni literaturas.

¿Cómo surgió la candidatura del príncipe alemán, cuál fué su historia, ya que el tristísimo desenlace todo el mundo lo conoce?

Sobre esto voy á decir lo que entonces supe, y nada más que lo que supe como ministro, y no lo que oí contar ó he podido leer como ciudadano independiente y lector aficionado á la prensa y á los libros.

Soy, pues, un testigo que declara en forma escueta los hechos, y nada más que los hechos que presenció.

Y cuenta que no oculto nada, porque en rigor nada tengo

que ocultar, y aun sin faltar á la discreción ni al secreto profesional, pude decir en el año 70 esto que voy dictando en el año 8 del siglo xx.

*
* *

Para comprender bien lo que voy á referir, es forzoso que explique el estado de la Cámara, las pasiones que en ella se agitaban, los intereses en ardiente lucha que hacían del problema regio, llamémoslo así, el eje alrededor del cual giraban los partidos y las fracciones de la Asamblea constituyente.

Y sobre todo, es necesario que explique la situación especialísima, difícil y comprometida en que se encontraba el general Prim ante la Asamblea constituyente y ante los partidos monárquicos.

Y cuenta que no me refiero á nada que el general Prim me confiase; ni él era hombre que fácilmente se espontaneara, ni era natural que tuviese espontaneidades conmigo, que, al fin y al cabo, era nuevo en la política.

Cito hechos y situaciones que eran de toda publicidad en aquella época, y que resultan evidentes con sólo recordar la composición de la Cámara.

Podía dividirse ésta en dos partes opuestas: irreconciliables y enemigas á muerte.

Por una parte, los republicanos, casi todos federales, sin más que dos excepciones: el Sr. Ruano y el Sr. García Ruiz, que eran republicanos unitarios.

Este gran grupo combatía á muerte y por todos los medios, el de la fuerza inclusive, cualquier candidatura monárquica.

Tan luego como se anunciaba el nombre de un candidato posible al trono, caían sobre él, con toda la ferocidad de los partidos extremos, analizándolo, triturándolo, poniéndolo en ridículo á él y á toda su familia, hasta arrastrarlo por el lodo.

El segundo grupo era el de los monárquicos.

En éste se encontraba un pequeño grupo, dirigido por Cánovas del Castillo, cuyo candidato era D. Alfonso; los demás

monárquicos, como hemos indicado varias veces, se dividían en tres fracciones que, unidas, habían realizado la revolución de Septiembre.

Que unidas, aunque con mucho trabajo y á fuerza de transacciones, habían elaborado la Constitución democrática de 1869; pero que, al llegar al magno problema de la elección de rey, se dividían profundamente y se hacían la guerra con más encono que el de los republicanos contra los monárquicos.

Casi toda la unión liberal, que es una de las tres fracciones á que antes nos referíamos, tenía ya su candidato, lo tuvo aun antes de que la revolución estallase; su candidato era el duque de Montpensier. Montpansierista era, como se decía en tonces, el regente del reino. Montpansierista era Topete, y aun entre los progresistas y los demócratas afirmaba la murmuración que había algún montpansierista de fuerza y de valer.

El resto de los progresistas, casi en su totalidad, no tenía ningún candidato determinado; pero estaban dispuestos á recibir con disciplina inquebrantable al que D. Juan Prim señalase.

Y otro tanto puedo repetir del grupo democrático y economista, que era la tercera de las tres fracciones á que antes me referí.

El general Prim era, pues, el árbitro de aquella situación.

Arbitro indiscutible por su talento, por su energía, por sus grandes condiciones de hombre de estádo y porque, además, era el dueño absoluto del ejército y ocupaba el ministerio de la Guerra.

Por convenio tácito puede decirse, el general Prim estaba encargado, por ser Presidente del Consejo de ministros, y sobre todo, por ser quien era, de buscar un rey para el trono vacante.

—Yo me encargo de este difícil problema—había dicho;—pero estoy aleccionado por la experiencia, y ni soy tan inocente ni soy tan torpe que entregue mis trabajos á la publicidad, ni que de antemano arroje al candidato que escoja á los

ataques envenenados, á las violencias sin límite, al escarnio y á la burla de los republicanos federales, y á la enemiga sistemática de los partidarios del duque de Montpensier.

Yo no me duermo, yo trabajaré sin descanso; yo soy el primero en reconocer que la interinidad en que vivimos es la muerte por aniquilamiento de la revolución de Setiembre; pero en adelante, mi candidato ó mis candidatos y mis esfuerzos diplomáticos ó de otro orden para buscar un rey que ocupe el trono de España, serán absolutamente secretos.

Nadie sabrá cuál es el candidato que yo escoja hasta la víspera, por decirlo así, de la elección; cuando los federales y los montpansieristas no puedan ya destruir mi obra.

Esto dijo una y muchas veces; esto repetía de continuo, no con las palabras que acabo de dictar—claro es que mi memoria fonográfica no puede llegar á tanto,—pero sí con palabras equivalentes.

En suma, la idea fundamental era ésta: el secreto y el silencio, y la candidatura presentada de pronto, para que la rapidez del golpe sorprendiese é inutilizase á los adversarios.

Las tres candidaturas anteriores, la de D. Fernando de Portugal, la primera; la del duque de Génova, aquélla que se fundaba en el matrimonio del duque con la hija de Montpensier, la segunda; y la tercera, es decir, la del duque de Génova, sin compromiso de ningún género; las tres, repito, habían fracasado.

D. Juan Prim se encargó personalmente de la cuarta, que también fracasó en medio de una gran catástrofe, y luego se encargó de la quinta, que dió por resultado la elección de D. Amadeo.

*
* *

Pero detengámonos en la cuarta candidatura: la del príncipe alemán.

De ésta nadie supo nada; quiero decir que, en el público, ni aun los hombres políticos de mayor altura tuvieron noticia ni sospecha de los trabajos del general Prim.

En Consejo de ministros, jamás, ni directa ni indirectamente, se habló de la candidatura del príncipe alemán.

Cuando le preguntábamos:—¿Cómo van esos trabajos para la solución del gran problema? ¿tenemos ya rey?—contestaba sonriendo: No falta mucho; ya saben ustedes que yo soy terco; que no abandono las empresas por difíciles que sean, y el día menos pensado les doy á ustedes la gran sorpresa.

De todos los ministros, ninguno sabía una palabra, exceptuando Sagasta, para quien las gestiones de D. Juan Prim no podían quedar ocultas, porque en aquella época Sagasta era ministro de Estado.

Además, lo he dicho varias veces: Sagasta era el hombre de confianza de D. Juan Prim, y era el ministro que le inspiraba más cariño; como era Moret el ministro que le encantaba con sus discursos sobre Hacienda.

Moret—decía—me consuela y me ensancha el corazón, que los demás hacendistas me meten en un puño. Además, á Moret le entiendo perfectamente y me convence, porque lo que dice es de sentido común, al paso que no entiendo una palabra de todo lo que me cuentan los demás. En suma: que le inspiraba grandísima simpatía y era su Mentor en materias de Hacienda.

Volviendo ahora á mi asunto, afirmo una vez más que, exceptuando Sagasta, los demás ministros nada supimos de la candidatura Hohenzollern, que él estaba trabajando por aquel entonces.

Por ejemplo: tengo la seguridad que D. Nicolás María Rivero, que por su alta personalidad y por su significación revolucionaria, y por su gloriosa historia parlamentaria, era el ministro más caracterizado y de más importancia, la ignoraba por completo.

De igual ignorancia participaba Martos; si Martos hubiera sabido algo, lo hubiera sabido yo, porque no tenía secretos para mí.

Es más, y este ejemplo baste de las gestiones de D. Juan Prim en pro de la candidatura alemana: no supo nada, hasta el

último momento, el presidente de la Cámara, D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Tanto es así, que la opinión dominante en la Cámara era la de que D. Juan Prim se había fatigado de buscar candidatos inútilmente, y daba treguas y descanso por algún tiempo al magno y difícil problema.

Claro es que las imaginaciones volaban, que las invenciones eran muchas y que la murmuración no se daba punto de reposo.

Todos los días en los pasillos del Congreso circulaban multitud de candidaturas: un candidato en Inglaterra, otro en Alemania, otro en Italia.

Algunos afirmaban que D. Juan Prim no rechazaba en absoluto la candidatura de Montpensier, y no faltaba quien asegurase que había hecho gestiones para traer al trono á Don Alfonso.

¿Qué más? Llegando al absurdo, hasta se sostenía que andaba en tratos con D. Carlos.

En suma: todas las candidaturas posibles é imposibles, incluyendo la del general Espartero.

Y esto mismo prueba el secreto absoluto que en sus trabajos en pro de la candidatura alemana guardó siempre el general Prim.

Esta reserva absoluta le facilitaba la maniobra diplomática, en la que sólo intervenían Sagasta, como ministro de Estado, y nuestro representante diplomático en Alemania, que si no recuerdo mal, porque mi memoria en punto á nombres propios flaquea, era el Sr. Salazar y Mazarredo.

Pero si el secreto en que se envolvía el general Prim era prudente y hasta cómodo, este mismo secreto hacía su posición falsa ante la Cámara, y le creaba, como antes dije, muy serias dificultades.

*
* *

D. Juan Prim en aquella época era todopoderoso, hablando en términos humanos; quiero decir, que era el amo de España, y, por decontado, el candidato que él presentase tenía asegurada la elección, exceptuando candidaturas absurdas ante la Cámara revolucionaria, como la del pretendiente don Carlos.

Pero, ¡ay!, que los poderes humanos, por firmes que parezcan, tienen su carcoma, que poco á poco les roe los cimientos, y D. Juan Prim tenía muchos enemigos, que estaban en acecho, y que explotaban bajo todas las formas su aparente inacción.

Decían los montpansieristas: el juego está visto; D. Juan Prim no se propone traer un rey, no busca candidato, quiere fatigar al país, dar tiempo al tiempo, y hacer imposible toda candidatura monárquica, para decirnos dentro de un año: «Ya ven ustedes; no encuentro candidato, nadie quiere venir al trono de España; estoy harto de sufrir repulsas y humillaciones; la monarquía es imposible, una triste experiencia nos lo prueba; no queda más recurso que proclamar la república, y proclamada la república, ¡es claro!, D. Juan Prim sería el Presidente. Esta es su ambición, y esta es su labor artificiosa y traidora; y por eso, aunque nos asegura que busca candidato, nosotros tenemos la seguridad de que su afirmación es de todo punto falsa.»

Y no es extraño que así pensasen y que esto propalaran en todas las formas los montpansieristas, creyendo lo que decían, ó no creyéndolo, que en política la calumnia es un arma que las pasiones no desdeñan, ó creyéndolo quizás, por aquello que dijo un gran poeta:

Persuade tanto un deseo.

No es extraño, repito, que los enemigos natos de Prim, quiero decir, los partidarios del duque de Montpensier, le acusasen en esta forma; singular es que sus calumnias tuvieran

eco en otros grupos de la mayoría, sobre todo en el grupo democrático.

Dudaban de la lealtad del general Prim muchos demócratas; acaso dudaban, no lo afirmo, pero no era imposible, el mismo Rivero, y hasta D. Manuel Ruiz Zorrilla, cuyos lazos con el general se iban aflojando, como lo demostró más tarde en su brindis de la fragata *Zaragoza,* en aquella alusión á los puntos negros.

Y, sin embargo, todas estas dudas eran infundadas, todas estas acusaciones eran calumniosas: el general Prim procedió con absoluta lealtad; podría tener otras ambiciones más nobles, no tenía la ambición que se le atribuía.

Quizás su exceso de lealtad fué contraproducente; si hubiera acariciado el pensamiento que en él suponían sus adversarios, lo más cómodo, lo más práctico y hasta lo más hábil hubiera sido ir presentando candidatos á la luz del día para que entre republicanos y montpansieristas los fueran inutilizando.

Pues qué, ¿en los pocos días que estuvo sobre el tapete la candidatura alemana no se desencadenó contra ella el elemento popular avanzado, poniendo en ridículo hasta el nombre del príncipe, al que ya en los clubs, en los periódicos republicanos y hasta en las plazuelas llamaban el rey *Hole-hole, sin narices,* como habían llamado en otro tiempo á José Bonaparte «Pepe Botellas»?

No, lo repito; el general Prim no era el ambicioso vulgar que se suponía; de buena fe buscaba candidato, y lo encontró y lo hubiera presentado, como más adelante explicaré, en el momento que él creía oportuno y con las seguridades y garantías que él esperaba obtener, seguridades y garantías absolutamente necesarias, como lo demostraron tristes acontecimientos.

La fatalidad, ó la ligereza, ó la precipitación, ó lo que fuese, dispusieron las cosas de otro modo y destruyeron el plan meditado y justo de aquel insigne hombre político.

Pero ¿que más? Aún, anulada y hundida con estrepito trágico la candidatura alemana, D. Juan Prim no cedió en su empeño, y siguió buscando candidato y cumpliendo su compromiso, hasta que obtuvo de la casa real de Italia el consentimiento en favor de D. Amadeo de Saboya.

La desconfianza en política, como en la vida ordinaria, puede ser un arma defensiva; pero llevada al exceso, puede provocar daños mayores que los que se pretenden evitar, imaginando en todas partes y en todos los hombres traiciones y añagazas.

Ciertos filósofos dirían que la idea del mal crea el mal.

Pero sigamos haciendo la historia de la candidatura de Alemania, y demostremos con hechos, por lo menos con los hechos que yo presencié, que el general Prim no pecó de imprudente, ni puede ser responsable ante jueces imparciales de la tempestad que más tarde se desencadenó sobre la nación vecina.

Quede, pues, para el artículo siguiente la continuación de mi relato.

José Echegaray

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPITULO XIII

Mientras las damas, en los respectivos cuartos dispuestos para su llegada, descansaban de la fatiga y calor del viaje y arreglaban su *toilette*, Guido había corrido junto á la condesa, aun con el polvo del camino, que esperaba en el salón situado al Norte, sobre la terraza, á sus huéspedes. Encontrábase en una de las ventanas abiertas, su sitio favorito, y sonrió cariñosamente cuando sintió el paso apresurado de su hijo en la antesala.

—¡Mamá, querida mamá! ¡Ya está aquí!

—Ya me lo han revelado tus ardientes labios—contestó la condesa, retirando dulcemente su mano, que Guido besó repetidas veces.

—¡Ay, mamá mía! Estoy muy excitado; y tú...

—Hijo mío; uno de los dos debe conservar su serenidad. Pues que no eres tú, lo cual comprendo, tengo que ser yo.

—¡Ah, mamá! Si tú no te...

—¿No me enamoro de ella en seguida? Estate tranquilo; yo me enamoraré de ella... perdidamente. ¡Ah! Te iba á decir: si, contra mi costumbre, me encuentras algo fría, no te inquietes. Es por las otras. ¿Está Brita con las señoras?

—Sí, mamá.

—Bueno. Pues ahora, hijo mío, desnúdate, y date prisa para estar aquí cuando vengan las señoras.

Guido salía aprisa; la condesa quedóse recostada en su sillón, con las manos en el regazo, mirando fijamente ante ella. Su espíritu no estaba tan tranquilo como se esforzaba en asegurar á su hijo. Su corazón latía con ansiedad. ¿Si se habría equivocado el buen muchacho? Y aunque no se hubiese equivocado, aunque fuese tan bella y tan simpática como él la describía, si no le amaba, ¡pobre chico! Al fin y al cabo, se hubiera sobrepuesto á su dolor; pero ¿qué madre no trata de evitar á su hijo un dolor, aunque sea pasajero?

Aún tuvo que esperar algún tiempo, durante el cual creció su impaciencia. Por fin oyóse ruido en la antesala, y la voz de Guido que iba al encuentro de las damas. Al levantarse para recibir á sus huéspedas, su corazón latía hasta ahogarla.

Es singular, pensó: parece que tengo diez y ocho años, y espero á mi novio.

Eleonora y Clementina pronto estuvieron listas; pero la generala siempre encontraba algo que perfilar en Kitti, hasta que por fin ésta perdió la paciencia, y dijo en tono agrio, que si su mamá se había propuesto ponerla nerviosa, podía estar satisfecha de haberlo conseguido; con lo que la mamá dijo no sé qué de ingratitud que laceraba el corazón de una madre.

No estaban las dos, pues, de muy buen humor, cuando Brita, la antigua criada de confianza de la condesa, apareció acompañada de Eleonora y Clementina, y las condujo, primero, por una alta y fría habitación; después por una escalera de mármol, que conducía á una pequeña rotonda abovedada, con estatuas en nichos, en cuyo lado izquierdo había una puerta cubierta con riquísimo tapiz, que daba acceso á una especie de sala, donde Guido esperaba, y se encargó de seguir conduciéndolas mientras Brita se despedía. Había trocado su traje de camino por uno de verano de color claro, ya que las damas, para complacer á la condesa, habían ido en traje de paseo. Su

rostro, generalmente encarnado, estaba pálido, y el brazo que ofreció á la generala temblaba. Él lo advirtió, y para disimular, habló del calor tropical, que le había puesto un tanto nervioso. La generala sonrió bondadosamente, y dijo que á Kitti le pasaba lo mismo. De buena gana hubiera alentado al tímido joven; pero no se atrevió, en consideración á las muchachas que iban detrás de ellos. Ya habían llegado á la puerta que, como ella sabía, daba acceso á la sala de la condesa. Era indudable que ésta apadrinaba el proyecto. Pero en el carácter de la condesa, incomprensible para ella, no se sabía cómo pensaría mañana, y el buen Guido era cera en las manos de su madre. ¡Tenía miedo!

Tampoco los demás estaban muy serenos; Guido, porque sometía su amor al arbitrio de un juez, supremo para él; Eleonora, porque comparecía ante la dama que había dado su bendición á un proyecto rechazado por ella; Clementina, porque lo sabía todo desde el día anterior, y empezaba á comprender la importancia del día en un asunto en que tan cordial parte tomaba. La más tranquila relativamente era Kitti. Consciente de su triunfo, le salía la satisfacción á la cara, á la cual sólo faltaba para mostrarse radiante que Guido hubiese hecho su declaración oficial.

En las habitaciones que habían atravesado, cuyas cortinas estaban corridas, reinaba cierta oscuridad crepuscular, mientras que en el salón de la condesa entraba la luz á torrentes por las ventanas y la puerta de cristales, abiertas de par en par. En el centro de la magnífica habitación, radiante de luz, estaba la condesa. Eleonora se estremeció. Por la deficiente descripción de Guido, se había imaginado á su madre pequeña, enfermiza y vieja, de rostro arrugado y amable, ojos bondadosos, enrojecidos bajo unas gafas verdes. Por el contrario, se encontraba ante una señora de majestad nunca vista. Su cuerpo, de estatura más que mediana y de esbeltez juvenil, estaba cubierto por un vestido sencillo, pero elegante, de seda gris plata; la cabeza, no muy grande, cubierta de pelo gris,

abundante, peinado con raya en medio, y sujeto por detrás con un moño casi exuberante, estaba noblemente conformada como por el pincel de un pintor griego; las facciones de su rostro, blanco mate, ligeramente coloreado por las mejillas, en plena armonía con la forma de la cabeza, imponían por su severa belleza, iluminadas, sin embargo, por un rayo de bondad; los grandes ojos azules bajo las pronunciadas cejas, miraban poderosamente, á la vez que con seductora amabilidad. En consonancia con esta majestuosa bondad de su aspecto, además, estaba el tono de su voz al disculparse de que por estar casi ciega no hubiera salido á recibirlas. Estrechó la mano de todas las señoras, y besó á las jóvenes. Eleonora había tenido horror siempre á besar la mano de nadie; sus padres en vano se esforzaron por inculcarla esta costumbre cuando la llevaban al castillo los príncipes. Ahora, cuando le tocó su turno y sintió en la suya la mano delgada, suave y fría de la anciana, bajó de buen grado su cabeza. Cuando la levantó, estremecióse bajo la mirada firme y penetrante que sus grandes ojos azules fijaron en su rostro; la bondad había desaparecido de ellos, y sólo expresaban dignidad y altivez, pero no más que por un momento; después volvió otra vez como el sol en un cielo azul; la severidad se disolvió en una bondadosa sonrisa, y soltando su mano, que había tenido cogida, dijo la condesa con su dulce y armoniosa voz, que una ligera acentuación extranjera hacía aún más graciosa, medio vuelta á las demás señoras:

—Esta señorita dispensará mi indiscreción; pero tengo que acercarme mucho á una persona si he de conocerla.

Clementina, que esperaba secretamente en su cariñoso corazón que la condesa confirmaría la distinción que su hijo hacía con Eleonora, se vió chasqueada. Y no fué la única. Ninguna de las damas podía jactarse de que la condesa la distinguiese de las demás. Su amabilidad aristocrática era la misma con todas; sus palabras salían con fluidez, melódicas, de sus labios, y se dirigían tan pronto á una como á otra.

Entretanto, ya habían traído refrescos los criados, y pronto empezaron á llegar los demás convidados: el barón de Trottau, su vecino; un viejo muy jovial con un sobrino suyo, joven oficial que sustraía ocho días de permiso á las fatigas de las maniobras para pasarlos con su tío; el director de bosques, Wittmams, administrador del patrimonio real, lindante con los bosques de Wendelin; por último, el Sr. Busse, un joven que recientemente había comprado unas tierras vecinas, y que hacía á la condesa la obligada visita.

En esto dieron las cuatro, hora fijada para la comida. Unos minutos antes, Guido charló con cada uno de los señores, con expresión aparentemente natural, hablándoles de negocios, en tono importante é íntimo á la vez, cuando dos criados abrieron las puertas del comedor.

—¿Tienen ustedes la bondad?—dijo Guido con voz un tanto insegura, al mismo tiempo que ofrecía el brazo á Clementina. La generala no dió crédito á sus ojos. Debía haber error. Pero ni siquiera tuvo tiempo de cambiar una ojeada con Kitti, que estaba tan desconcertada como su madre, pues ya el señor de Trottau estaba delante de ella ofreciéndola el brazo. A éstos siguieron la condesa con el director de bosques, Kitti con el joven Trottau, Guido con su dama, Eleonora con el señor de Busse. Después Brita cerrando la marcha.

El comedor era de tan grandes dimensiones, que la mesa del centro, dispuesta para once personas, casi desaparecía. A la impresión imponente que producía, contribuía no poco el haber sido cuidadosamente corridas las cortinas de damasco de las cuatro ventanas para impedir que entrase el sol de la tarde. La araña del centro estaba encendida, como también numerosos candelabros hábilmente repartidos en las paredes. La plata de los cubiertos refulgía sobre la mesa. A los dos criados de librea habíanse unido otros dos, mientras que el maestresala, con el obligado frac, calzón corto, medias de seda, zapatos de hebillas, servía el *buffett,* que ocupaba casi todo un testero de la habitación. Desde que Eleonora abandonó Inglate-

rra no había visto tanto lujo. La anchurosa habitación inmediata al comedor, con sus altos paneles, sus gobelinos y sus valiosos cuadros de marcos dorados y emblemas caballerescos en bronce oscuro, recordábale el castillo de Elenmore. Despertóse en ella cierta melancolía no exenta de dulzura. Las horas tristes y alegres de su existencia pasaban por su mente como veladas por el claro-oscuro en que estaba sumido el fondo de la habitación. La misma herida de que sangraba su corazón parecía dolerle menos. En aquel ambiente aristocrático, la resignación parecía el sentimiento más noble de todos los humanos, el único digno de su alma altiva. Involuntariamente, sus miradas se dirigían á la dueña de la casa, que estaba sentada junto á ella, y sentía que el encanto que la noble dama ejerció sobre ella desde el primer momento, aumentaba. ¿De dónde provenía la claridad y firmeza de aquella delicada frente? ¿Y el profundo brillo de aquellos ojos medio ciegos? ¿Y la sonrisa que se dibujaba á veces en sus labios y la seductora gracia que aparecía como un rayo de sol que resbalase sobre una profundidad insondable? Pudo abandonarse á sus pensamientos, merced á la circunstancia de que su compañero de mesa más parecía preocuparse de hacer los honores á la comida que de proporcionarla una amena conversación, así como Guido, que estaba á su derecha, si bien apenas tocaba los manjares, parecía haber perdido su habla candorosa. Apenas si alguna que otra vez se volvía á ella para hacer una insignificante observación; y no dejaba de advertir Eleonora que, de cuando en cuando, tomaba fuerzas en una mirada alentadora de su madre. En cualquier otro caso, aquella ciega dependencia en un hombre de la edad del conde, de una mujer, aunque fuera su madre, le hubiera parecido ridícula, si no despreciable; en el caso presente era una excepción; no se podía rechazar el influjo de una personalidad tan poderosa, al menos el hijo. Se sintió conmovida por la respetuosa cortesía que expresaba cada una de sus palabras ó miradas, como si la pidiera perdón por la situación penosa de haber tenido que hacerle daño. De

buena gana le hubiera dicho una palabra de consuelo; pero no podía, pues él rehusaba entrar cortésmente en conversación íntima.

Con esto y con el silencio de su vecino, hubiera podido abandonarse á sus pensamientos, si el el señor de Trottau no hubiera tenido á bien hacer una observación con respecto á ella. Al principio no había entendido el nombre de Eleonora, y hacia el fin de la comida se lo hizo repetir la generala, que añadió algunos detalles de su juventud. Antes de retirarse á sus posesiones había sido diplomático, y durante la niñez de Eleonora, cuando ésta vivía con sus padres, fué Enviado en la pequeña corte del duque. Entonces le llamaban el «hermoso Trottau», y recordaba aquella época como la edad de oro de su vida. No desperdició la ocasión que se le presentaba de refrescar sus recuerdos ante aquella reunión. Dijo que conoció al padre de Eleonora; había sido más de una vez vecino suyo en las cacerías del duque, y debía la vida á su resolución y valentía. En un espesísimo bosque, donde no había refugio posible, le acometió un jabalí, que el padre de Eleonora tendió en tierra de un tiro, mientras que los demás cazadores no se atrevían á tirar, por miedo de herir al hombre en vez de herir á la fiera, Esta anécdota fué referida por el señor Trottau con gran prolijidad de detalles, é hizo que todos los comensales se convirtieran en oyentes, merced á su poderosa voz y al interés emocionante con que la relató. Entró después en la descripción del padre de Eleonora, hombre ejemplar en todos conceptos, y que gozaba de gran prestigio ante el Serenísimo. Así como también la gratitud con que se conservaba en los alrededores del castillo y en la villa el nombre de su señora esposa. De ello tuvo ocasión de persuadirse cuando, dos años antes, á su regreso de Kissingen, visitó aquellos lugares, para él de gratos recuerdos.

Y ahora renacía ante él una figura de aquellos recuerdos, que, como era fácil comprender, tenía especial gusto en recordar, en vista de las circunstancias.

—Sí, amigos míos—exclamó;—al mismo tiempo que he disfrutado la honra y el placer de sentarme á esta mesa al lado de nuestra ilustre huéspeda, he vuelto á ver á la bella dama que se sienta frente á mí, que conocí en su niñez cuando tenía seis años, y jugaba en los bosques del castillo con el príncipe heredero, hoy reinante. Llevaba un vestido blanco con un cinturón azul; el pelo negro en bucles, que flotaban alrededor de su cabeza. Pudiera contar más; pero los favores que se reciben de una dama, aun cuando sólo tenga seis años y se pueda muy bien ser su padre, es deber de honor guardarlos en el más profundo silencio, sobre todo, cuando, como aquí, se trata de un solterón con el pelo blanco, cuyos recuerdos en este punto pueden ser más ó menos sospechosos. Así, pues, señorita, no como premio á una discreción que se impone por sí misma, sino en señal de que no veis con disgusto á un antiguo amigo de vuestros señores padres, os ruego me permitáis vaciar esta copa á vuestra salud.

El viejo caballero tenía en la mano rebosante copa de champagne; se inclinó ante Eleonora con la elegancia de un exdiplomático, y como Guido y su vecino solicitaran el honor de brindar, los dos señores restantes se inclinaron también con la copa en la mano ante Eleonora, y la condesa, pocos instantes después, dió la señal de abandonar la mesa; el banquete terminó dignamente con esta pequeña ovación para Eleonora.

CAPÍTULO XIV

Los convidados volvieron al salón inmediato á la terraza, que ocupaba toda la parte trasera del edificio. Allí se tomaría el café bajo el toldo. El señor de Trottau había vuelto á reunirse con Eleonora. Como no era conveniente estrechar otra vez su mano y asegurarla cuán feliz le hacía su encuentro, empezó, para retenerla á su lado, á explicarla la situación del palacio, uno de los más notables del mundo.

—Habrá usted notado, señorita... ¿verdad que no se enfadará si alguna vez, por descuido, la llamo «querida niña?...» ¿qué iba á decir? Sí, que el camino del bosque al castillo forma una suave pendiente. Es el principio de la colina que se alza á espaldas del palacio, en gradual bajada por aquel lado y por éste en escarpado corte que da al río. Lo mandó construir Guido Wendelin (los primogénitos de la familia se llaman todos Guido), general que fué bajo el gran Elector, y fué elevado por él á condado, y, lo que era más importante, medía unas cuantas leguas de bosque y tierra laborable; toda la que había entonces por aquí. Naturalmente, el conde debía tener un palacio para sus posesiones. Y como había estado muchas veces en Italia, se inspiró en los palacios y castillos edificados en las vertientes de las montañas. Esto ya no está de moda aquí. Así, pues, tuvo que construir una colina, esta que ve usted, que no es de granito ni de mármol, ni siquiera de grava, sino de pura arena apisonada. La arena es un buen cimiento, á condición de que no pueda moverse, á lo cual tiene una natural inclinación si se la carga demasiado, en cuyo caso puede ceder; este era el caso. Así, pues, se decidió que la colina de arena sustentara necesariamente un castillo. Había precisión de enmurallarlo en cierto modo. Era rudo trabajo y exigía sumas locas; pero al conde se le había metido en la cabeza. ¡Pero la estoy aburriendo á usted con estas explicaciones!

—Nada de eso, excelencia—contestó Eleonora;—sabiendo su origen se mira todo esto con otros ojos.

—¿Verdad, verdad?—exclamó el vehemente anciano.—Desde que yo conozco la historia del castillo me interesa más. ¡Dios mío, puedo decir que he recorrido el mundo!... Tívoli, ¡un *tour de force!* Cuando se tiene tras sí una masa ingente de rocas, y delante la campiña, en donde crecen los cipreses y los pinos como espárragos; cactus, áloes, rododendros, camelias, magnolias, que crecen como la mala hierba. ¡Y todo ello de la nada, por decirlo así! ¡Haga usted el favor de volverse! ¡Vea usted qué hermosa fachada Renacimiento! Como que mandó

venir un arquitecto de Italia. ¡Y ahora póngase usted aquí! ¿No es todo esto maravilloso?

Condujo á Eleonora á la balaustrada de la terraza, que, mediante cuatro ó cinco atrevidos tramos de escalinata, descendía hasta la orilla del río, cuyas aguas se veían brillar entre los árboles. Un puente de piedra unía la escalera en un arco algo ostentoso, pasando por el riachuelo, con un jardín á la inglesa, cuyos macizos se ocultaban unos á la sombra del boscaje, y otros se ofrecían á pleno sol. Sobre el parque tendíase la vista, cuando no lo impedían los elevados árboles, por la llanura que se extendía como un mar, en la cual, el edificio, rodeado de sus jardines, se hubiera tomado por una isla.

—Y ahora, ¡piense usted—exclamó el anciano—que todo esto, hace doscientos años después de la guerra devastadora, no era más que un desierto de arena y bosque agreste habitado por lobos y osos!

—Y no olvidemos—dijo Eleonora—lo mejor y más honroso: que tales edificios, entre nosotros, se edifican para alivio del pobre, y no á su costa, como sucede á menudo en Italia, donde yo, á la vista de tales magnificencias, pensaba siempre dolorosamente en la miseria que se extiende en torno, y de la cual el constructor no sabe ó no quiere saber ó no puede saber nada; pues si la conociera, tal vez perdería el valor de construirlos.

El anciano la miraba con ojos muy abiertos.

—¡Sí, sí—dijo,—tiene usted razón, mucha razón; no pueden saber nada! Usted ha puesto el dedo en la llaga. En suma, ¡usted... usted debe darme la mano otra vez! Yo me alegro mucho haber tenido la dicha de... iba á decir de conocerla, siendo así que la conozco desde... desde... ¿cuánto tiempo hace? ¿Unos diez y seis años? Y aun... ¡oh Dios mío, no comprendo á los jóvenes de hoy en día! Si ¿yo... querido conde?

—Perdone—dijo Guido, que estaba ya hacía medio minuto detrás de ellos.—Mamá quiere saber si su excelencia quiere ser

de la partida que se va á organizar á las tumbas ciclópeas. Ha sido proposición de mamá.

—Si es cosa de su mamá de usted, equivale á una orden. Voy al momento...

El señor de Trottau voló á buscar á la condesa, que conversaba bajo el toldo en un extremo de la terraza con la generala y dama Brita. Guido quedó de pie al lado de Eleonora, con una sonrisa un tanto vaga y embarazosa en su bondadoso rostro.

Ahora no sabe cómo empezar la conversación que la ha dicho su mamá que debe darme, pensó Eleonora.

—Cuán pequeño es el mundo—dijo ésta.—Dos personas que nunca se han visto, se encuentran en el ferrocarril; pasan una hora de amena conversación; se despiden con la idea de no volver á verse, y cinco semanas después se vuelven á encontrar, por disposición del mismo acaso que la primera vez los reunió.

—¿Sería indiscreción, si yo añadiese que le estoy reconocidísimo al acaso?—dijo Guido.

—Nada de eso—contestó Eleonora;—en todo caso, á mí me sucede lo propio. Me alegré muy sinceramente, señor conde, de haberle visto ayer por la tarde, y he venido aquí con mucho gusto.

En las mejillas de Guido asomó un ligero rubor.

—Me proporciona usted una dicha, señorita—murmuró.—También mi mamá...

—Quería hablarle á usted de ella. Yo no sé si sabrá usted que nunca adulo á nadie. Por esto me atrevo á decirla que todos deben envidiarle á usted por tener tal madre, y que considero el mayor placer de mi vida haberla conocido.

—¡Ah! Si usted la conociera á fondo.... Usted precisamente, usted.

Calló de pronto, y parecía no poder reanudar el hilo de la conversación.

—¿Qué partida es esa de que usted hablaba antes?—dijo Eleonora.

—La visita á las tumbas ciclópeas—contestó Guido con ve-

hemencia, visiblemente aliviado.—Un lugar digno de ser visitado en el bosque por que hemos pasado. Dos sepulcros rodeados de inmensas piedras erráticas. Virchow, hace dos años, las estudió á ruego mío, y halló una multitud de cosas interesantes.

—¿Está lejos?

—No llega á un cuarto de hora.

—No es mucho. Pero, francamente, estoy un poco mareada, y preferiría queda rme aquí. ¡Es esto tan bello!... ¡Pero si es preciso!...

—No, no es preciso—dijo Guido con vehemencia.— Al contrario, tengo que darle á usted un recado de mamá, un ruego...

—¿A mí? ¿De su señora mamá?

—Sí. Que si tiene usted la bondad de hacerle compañía mientras los demás hacen la excursión. ¿Querría usted?...

—¡Oh, señor conde!... ¿Y usted me lo pregunta?...

—Entonces, con el permiso... pues me parece que ya vamos á partir.

Fueron á unirse con los demás, que rodeaban ya á la condesa, con excepción de Kitti y del teniente Trottau, que, apoyados en la balaustrada, sostenían animada conversación, interrumpida frecuentemente por las carcajadas de Kitti.

—Yo... tenía que pedirla á usted aún un favor—dijo Guido, después que hubieron dado unos pasos en silencio,—que usted me negará, naturalmente, si...

—¿Qué es ello, señor conde?

—Pasado mañana es nuestra fiesta del lago. ¿Vendrá usted?...

—No sé. Depende de la señora generala.

—Si viene usted... como se bailará... ¿querría usted concederme el honor del primer vals?

—Con el mayor placer.

Guido volvió á ruborizarse y quiso contestar algo; pero en aquel momento se dirigieron hacia ellos Kitti y el teniente;

Kitti, presa de nerviosa excitación; el teniente, retorciéndose el bigote, con risa de satisfacción.

—¡Mire usted, conde Guido!...—exclamó Kitti.—¡El señor de Trottau ha estado en el último baile de corte y no ha hecho que me le presentaran! ¿Qué le parece á usted?

—Incomprensible, naturalmente—murmuró Guido.

—¿Verdad?... En castigo, tiene que llevarme del brazo toda la tarde, al ir y al volver.

—¿Acaso es eso un castigo?—preguntó Guido, distraído.

—Por lo menos, yo conozco personas para quien lo sería—contestó en su tono más satírico.

—¡Kitti! ¡Kitti!—dijo la generala.

—¡Ya voy, mamaíta!—contestó Kitti, corriendo hacia ella, seguida del teniente.

—Me parece que pierde usted el favor de Kitti—dijo Eleonora riendo.

—No puede usted figurarse cuán sin cuidado me tiene—contestó Guido íntimamente.

La generala fué á su encuentro, separándose del círculo que rodeaba á la condesa. Sus duros ojos brillaban horriblemente y sus delgados labios se comprimían más fuertemente que nunca contra sus grandes dientes.

—La señora condesa desea que se quede usted con ella, querida Eleonora—dijo en un tono afectadamente indiferente;—una horita de conversación en inglés. He dado mi permiso gustosa.

—Se lo agradezco á usted, señora—contestó Eleonora tranquila, mientras Guido arrojaba una furiosa mirada á la generala, que ésta felizmente no notó por haberse vuelto de espaldas.

—*Shocking*—murmuró Guido.

—*Why, dear count*—dijo Eleonora negligentemente;—*she is the mistress, and I am used to be treated as governess.*

—*But you shuldn't*—balbució él.—*I can't stand it. And I have a great mind to tell that... that womau.*

No pudo continuar; llegaron los demás ya dispuestos á partir; las damas, con sombrillas; los señores, con bastones, que Guido había mandado llevar de su colección. El director de bosques era el guía. Su excelencia el señor de Trottau, llevó aparte á Eleonora, y la aseguró, en tono medio agriado, medio humorístico, que si él hubiera sabido que ella no era de la partida, no le hubieran llevado á tres tirones á las dichosas tumbas, que ya había visto una docena de veces, y que maldito lo que tenían de particular. Kitti cumplía su amenaza dando el brazo al teniente y echando á la generala una mirada de insubordinación, á que ésta respondió con una mueca que pugnaba por ser una sonrisa. Guido fué el último que abandonó la terraza, después de haber dicho á su madre unas palabras en voz baja. Los criados llevároнse los utensilios del café; dama Brita colocó el sillón de la condesa junto á la balaustrada, y, por último, se alejó también. La condesa y Eleonora estaban solas.

CAPÍTULO XV

—¿Le parece á usted bien que nos quedemos aquí fuera?—comenzó la condesa, cuando Eleonora se dispuso á sentarse, invitada por un signo de aquélla.—No todos tienen mi pasión por el aire fresco.

—Yo, señora—contestó Eleonora.

—Perfectamente—dijo la condesa.—Así, pues, podremos gozar de lo que los ingleses llaman un *chat*. Nos queda bastante tiempo. Necesitan un cuarto de hora para ir, otro para volver, y el director no empleará menos de media hora en su discurso. Es su tema favorito. Además, para que no se mueran de aburrimiento, les he dispuesto una pequeña merienda.

Dijo todo esto en tono vivo, casi alegre, con una sonrisa picante, casi maliciosa. A pesar de que Eleonora no conocía la timidez, cuando se quedó sola con la condesa no pudo menos

de sentir cierta zozobra, que por fin se disipó en una risa en voz baja.

—Ría usted á su gusto—dijo la condesa;—me gusta oir reir cuando se ríe como usted ríe. Las personas que, como yo, casi sólo se sirven del oído, llegan á adquirir una sensibilidad que no siempre produce placeres. Una voz como la de la generala es capaz de ponerme enferma. Y además, estoy persuadida de reconocer á las personas por la voz, en cuanto á nosotros, pobres gusanos, nos es dado conocernos, lo que después de todo es poco agradable. Usted tiene una voz que acaricia el oído verdaderamente: la voz de Cordelia. Me molestaba cuando estábamos en la mesa que el señor de Trottau apenas dejase la palabra. Ahora podemos desquitarnos. Todo lo que dijo de sus padres de usted, y de usted misma en su niñez, me interesó mucho. Me gustaría saber más detalles. ¿Perdió usted pronto á sus padres?

Eleonora, sin saber cómo, sin que la condesa hubiese mostrado una curiosidad impertinente, que más bien la hubiera dejado muda, sentíase atraída por una fuerza simpática, contra la cual no podía ni quería resistir, á la cual se entregaba sin reservas. Mientras contaba la historia de su vida, le parecía verla á una nueva luz que iluminaba con rara claridad partes que hasta entonces le parecieron oscuras. Las atinadas observaciones y las oportunas preguntas que su oyente la dirigía en el curso del relato, más que de interrupción, le servían de aliciente para proseguir éste. Por fin, cuando llegó á su vida de Inglaterra, la condesa apoyó la mano en su rodilla, y la dijo en inglés:

—La suplico que continúe usted en inglés. ¡Me gusta tanto oirlo cuando lo hablan tan bien como usted! Parece que oyendo hablar el idioma de una nación se evoca el país y la gente. Además, mi disculpa para retenerla á usted ha sido la necesidad irresistible de tomar una lección de inglés; y yo no puedo engañar á esas buenas gentes.

Al decir esto rió de corazón, y Eleonora rió también y si-

guió contando en inglés, que poseía como la lengua materna, su historia, y volvió á reir cuando la condesa, que la seguía con la más viva atención, en inglés fluido, sólo con un ligero acento murmuró:

—¡Es precioso! Es un capítulo de Dickens.

Por fin terminó sus episodios de Inglaterra y toda su historia. Lo que restaba no era ya su propia vida, de la cual pudiera hablar, y hablar con gusto: era su vida fatalmente ligada con la de otra persona, un santuario cuyo dintel no tenía derecho á trasponer ella ni nadie, ni siquiera la noble dama que se sentaba enfrente de ella.

—Le doy á usted las gracias. ¡Gracias de todo corazón!—dijo la condesa.—Me ha proporcionado usted una hermosa hora; puedo decir á usted que su aspecto, su carácter, su lenguaje, su voz, todo me ha sido desde el primer momento extraordinariamente simpático. Sin embargo, todo esto no eran más que acordes sueltos; ahora he oído la sinfonía completa, y puedo decir que la amo á usted.

Eleonora trataba de hallar una respuesta. También la condesa calló un rato; después prosiguió en tono dulce:

—Me ha dicho usted, ya lo sé, todo lo que puede decirse. Si usted me ha callado algo que en la vida de una joven es de mucha importancia; si ha callado sobre su corazón, yo sé, por una boca que me es querida, el por qué. ¿Quiere usted decir á una mujer que puede ser su madre, que es vuestra amiga, y aún más, quiere usted decirle una cosa: es vuestro amor feliz?

—Es un amor sin esperanza, enteramente sin esperanza—contestó Eleonora, con voz apagada.

—¡Lo sospechaba!—dijo la condesa.

Y, después de una pequeña pausa:

—Puedo contarle á usted la historia de otro amor sin esperanza. Pues oiga usted:

En Noruega vivió, hace treinta y tantos años, una joven, á quien llamaremos Federica, que también es mi nombre de bautismo. Su familia era, después de la reinante, la primera en el

país, y aun podía preciarse de no menos ilustre que aquélla, pues sus antepasados dominaron en el país en tiempos remotos. Realmente, de su esplendor no le quedaba más que el nombre, que todo noruego pronunciaba, y aun hoy pronuncia, con respeto; por lo demás, el padre de la joven, hija única, no vivía peor ni mejor que cualquier paisano vecino suyo. De cuando en cuando tenía que ir á la corte como representante de su comarca y porque pertenecía á la grandeza del reino. Cuando la hija fué crecida, llevóla con él á la corte. Esto la proporcionó un rudo contraste con su vida habitual. Yo no sé si las gentes tendrían razón, pero las gentes decían que Federica era bella. Supongamos que tenían razón. En todo caso, siempre que se mostraba en público se veía colmada de ardientes homenajes, que si no llegaban á su corazón, ocupaban su fantasía. Nunca volvía á su casa sin haber traspasado algún corazón, como decían sus adoradores. Esto no le gustaba á su padre. Ya no era joven, y quería ver asegurada la suerte de su hija antes de morir; como ya he dicho, era pobre, y deseaba para su hija una felicidad mundana de que él supo prescindir con dignidad. Cuando la joven apareció por cuarta vez en la corte y cumplió los veintiún años, presentóse un pretendiente, que debía ser tomado más en serio, ó, por lo menos, que ella tomó más en serio que los precedentes. No porque fuese más rico que aquéllos, esto no hizo en Federica la menor impresión, sino porque, con su escrupulosa honradez, su infinita bondad, y, no en último lugar, por su indudable y sincero amor, fidelidad y nobleza, parecía garantizar un matrimonio dichoso, si es que existen garantías de esta clase. Dióle respuesta favorable después de una terrible batalla con su corazón, que amenazaba romperse en mil pedazos, pues amaba á otro hombre con ardiente, loca pasión. Este hombre era el hijo de un vecino, unos años mayor que ella. Habían crecido juntos, estudiado juntos, compartido sus aficiones musicales, pues ella era gran aficionada y su alma estaba llena de música. Su padre le envió, para formar su educación musical, pues allí, como entre nosotros, los artis-

tas, sabios, empleados y militares salen casi todos de los aldeanos, primero á Cristianía y Stokolmo; después á París, donde su extraordinario talento hizo furor; así que, realmente, era un hombre célebre cuando volvió entre nosotros... para casarse con una muchacha igualmente hija de un vecino, mi principal y casi maternal amiga. Ella era un año mayor que él, y la amaba hacía largo tiempo, mientras que conmigo no había hecho más que jugar. Poco tiempo después de sus esponsales, á los cuales yo no asistí, mi padre me llevó á Cristianía, y allí nos volvimos á ver. Nos saludamos como antiguos amigos, y él, para estar cerca de su novia, permaneció en el campo con nosotros, reanudando nuestra antigua vida de lecturas y música. Era el hombre más guapo que pueda verse, y no necesitaba de su genio para que las muchachas se enamorasen de él. Revelóme sus mejores talentos. Yo no había vuelto á oir nunca tocar el violín, y yo no sé si, al cabo de unas semanas ó días ú horas, le amaba y él me amaba á mí. Yo lo hubiera sabido, aunque él no me lo hubiera dicho; pero me lo dijo en una hora de transporte, al cual yo pude arrancarme despedazando mi corazón. Ya no podía ser. Su novia, llamémosla Brita, era una criatura sin defecto, era mi amiga, que había hecho infiníto bien al niño que perdió prematuramente á su madre.

Y amaba á Hialmar con todo su corazón; rechazó por causa de él más de un buen partido; arrebatársele hubiera sido matarla; yo hubiera preferido robar una iglesia que robarle á ella su prometido. Esto le dije. El respondió que si Brita no podía vivir sin él, él no podía vivir sin mí; que todo su arte sólo había sido un presentimiento de su amor hacia mí, y que en este amor había alcanzado su cima, que cada vez era más irresistible, y que caería sin fuerzas en tierra si yo no le aceptaba. Yo le dije que lo que yo perdía con él no era para mí lo que para él su arte; pero que más alta que la felicidad, y que el arte, y que todo en el mundo, estaba una buena conciencia, imposible de conservar si se menospreciaba el deber, y los dos sabíamos cuál era este deber. Exigí de él la prueba de que sin

mí no podía ser un gran artista. Debía hacer una *tournée* por Europa con tal motivo. Cuando volviese hablaríamos. Un año después volvió cargado de gloria y oro. No había conseguido realizar la prueba que yo exigía. Los periódicos de todos los países afirmaban que era el primer violín del mundo; pero yo no había vencido aún su pasión, era más fuerte, más salvaje, más absorbente qme nunca.

No alargaré la triste historia más de lo preciso para su comprensión. Pasaron tres años, en los cuales mi corazón no tuvo una hora de sosiego; ¡cómo había de tenerle, si contemplaba la lucha que Hialmar sostenía entre su pasión y su deber! Su siniestra profecía de que sin mí declinaría su arte, parecía cumplirse. La pobre, la confiada Brita, poco á poco se fué dando cuenta de la horrible situación, sin tener fuerzas para renunciar á una felicidad de que aun creía poder participar. Yo no tenía derecho á segar esta esperanza por poco que participara de ella. El siguiente cálculo no entraba en mi mente, á pesar de que él se esforzaba por demostrarle. Si Hialmar y yo satisfacemos nuestra pasión, sólo habrá una víctima. Mi eterna contestación era esta: «Yo no puedo ser feliz á costa de Brita.» Al mismo tiempo hubiera sido un terrible golpe para mi leal padre, que no habría podido bendecir semejante unión. Algo decisivo debía ocurrir. Si yo tomé el partido que debía tomar, no lo sé; ¡debemos contentarnos tantas veces con haber querido lo mejor! Pensé que mientras Hialmar conservase una chispa de esperanza, no podría dominar su pasión; y que si yo me casaba, esta chispa se apagaría. Así llegué á ser la novia y luego la esposa del conde.

La condesa calló; llevóse el pañuelo que tenía entre sus manos, en el regazo, á los ojos, y miró persistentemente al campo. Eleonora no se atrevía á moverse, ni siquiera á respirar. Aun cuando la condesa, impensadamente, no hubiera identificado en su propia persona la Federica de su relato, hubiera ella adivinado que la heroína de su historia la tenía ante sí en aquella venerable y amable figura. ¡Y la historia se parecía

tanto á otra que ella podía contar, á veces con las mismas palabras! Esto no podía saberlo la condesa. Sin embargo, parecía como si hubiese puesto delante de Eleonora con mano amiga un espejo en que contemplase su propia faz con un dolor que, sin embargo, ya no era la amargura de antes; parecía como si los años, con dulces alas, pasaran ante ella y refrescasen su abrasadora herida.

La condesa se volvió á mirarla; sus párpados estaban rojos de llanto contenido; pero la voz, que en sus últimas palabras temblaba un poco, era firme cuando prosiguió con una sonrisa:

«Extraña recompensa ¿verdad?, contarle á usted esta triste historia, á cambio de todo su hermoso y agradable relato. Sin embargo, por lo menos, termina mejor que empezó. No he tenido que arrepentirme de mi elección ni un instante; mi marido no era, como no es su hijo, ningún genio; pero sí un buen hombre, en el más bello sentido de la palabra. Y si usted me pregunta que si he sido feliz, la preguntaré yo á mi vez: ¿qué es la felicidad? ¿Ha nacido el hombre para ser feliz? Para la felicidad que presiente en sus años de pasión juvenil, no, ciertamente. Eso es un dulce sueño, del cual ¡ay! se despierta harto pronto. ¿Y qué es el dolor, cuándo se vence, y qué dolor no se vencerá? Sólo un sueño también al cabo de los años, del cual se despierta para dar gracias á Dios ó no dárselas. Por esto, no debemos ser débiles ni cobardes si queremos vivir. Y si nos preguntamos por fin, ¿y por qué vivir? A menudo me lo preguntaba yo, y sólo he podido hallar una respuesta que, si no disipa toda duda, nos hace llevadera la existencia: para hacer en todo momento lo que tengamos, según nuestro leal saber y entender, por nuestro deber. En el caso de que la existencia sea una invención, no de Dios, sino del diablo, por lo menos le habremos defraudado. Así, pues, no preguntemos si esto ó lo otro nos causa placer ó alegría. Nos habremos emancipado del dolor, y hasta (no tome usted esto por una blasfemia, pues no lo es), si hay un Dios, nos habremos emancipado de él. Hasta

creo que debe ser esto conforme á su divina voluntad: siendo como es, Libre, debe odiar la Esclavitud. ¿Y qué otra cosa son los hombres que buscan el placer y tiemblan ante el dolor, si no esclavos? Hialmar lo dijo con tristeza; pero ya pertenece á la historia; Hialmar era un esclavo. Así como la dicha le daba valor, no podía soportar la desgracia.

Si hubiera sido suya, más tarde ó más temprano se hubiera demostrado esto, y nuestro destino quedaría resuelto. Puede no amarse á una persona á quien se estima; pero si se ama á alguien, debe estimársele. Si hubiera sido el genio que realizaba los ensueños de mi juventud, pues creo que puedo llamarle así sin faltar á la verdad, no hubiera caído en el abismo del vicio nunca.

¿Qué ha sido de Brita? Es la silenciosa y dulce criatura que habéis visto aquí como un buen espíritu doméstico. Dama Brita, como yo en broma la llamo, y como la llaman en serio todos, hasta los criados. Yo no sé lo que será de mí si ella muere antes que yo; pero creo que si yo muero antes que ella, no tardará en seguirme.

Así, pues, termino. ¡Dios mío, sólo me falta mostrarla una cosa! Mostrar lo que parece una persona que ha dominado un amor sin esperanza. ¡Míreme usted una vez siquiera con sus grandes y bellos ojos! ¿Verdad que no tengo un aspecto tan espantable? Eleonora obedeció. Pero no pudo ver aquel noble, pálido y dulce rostro sonriente más que un momento. Después se le ocultó un velo de lágrimas que brotó de sus ojos. Y por fin, resbaló de la silla en que estaba, y cayó de rodillas, sollozando y apoyando su pálido rostro en el regazo, en las manos de la condesa.

—¡Hija mía! ¡hija mía!—oyó que decía la dulce voz sobre su cabeza.—¡Oh, Dios mío! ¡Con qué gusto me llamaría su madre! Prométame usted, prométame una cosa: Si la herida de tu desesperado amor llega á cicatrizarse, y llegará, créeme, y puedes casarte con mi Guido, jamás él te atormentará con una palabra, con una mirada hasta tanto, sino que esperará pacien-

temente, con la fe del creyente, la tierra prometida; si llega ese caso, escríbeme sólo una palabra: ¡que quieres ser mi hija! ¿Quieres?

Eleonora no pudo contestar con palabras, pero hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sellemos el pacto—dijo la condesa. Levantó con sus pálidas manos la cabeza de Eleonora dulcemente, y la besó en la boca.

—Y ahora, en pie, hija mía. Oigo que vuelven. No deben saber lo que ha pasado entre nosotras.

CAPÍTULO XVI

Una hora después, la generala y sus damas encontrábanse de regreso para su casa. Habían vuelto en el coche de la condesa, pero sin que les acompañara Guido, el cual se quedó en Wendelstein. El regreso no fué alegre, á pesar de que todo el camino estaba iluminado, primero, por los últimos rayos del sol, y después por una magnífica luna. La generala, recostada en un rincón del carruaje, parecía dormir, aunque en realidad no hacía sino devorar en secreto la rabia que sentía. Kitti recapitulaba sus conversaciones interesantes con el teniente Trottau, persuadida de que había hecho bien, á pesar de las exhortaciones de su madre, en castigar á Guido por su indolencia. Su *flirtation* con el teniente era un golpe maestro. Sin género de duda, el hermoso joven se había enamorado de ella *prima vista* hasta los tuétanos, y como presunto heredero de su tío, era siempre *Fant de mieux,* un partido aceptable. La había pedido para la noche de la fiesta del lago todos los bailes que tuviera libres, y ella esperaba seguramente «arreglar el asunto» en la primera ocasión. Clementina, por su parte, pensaba en Guido y Eleonora. Henchido su corazón de orgullo, veía en aquellas dos personas queridas sus protectores, á quienes podía ahora ayudar en su felicidad, que consideraba

próxima desde que vió su cordialidad con la condesa. La razonable Eleonora debía comprender que el bueno y excelente Guido, por lo menos valía tanto como el hijo del lord, cuya pálida imagen preocupaba su hermoso corazón desde Inglaterra.

Como la madre y la hija, la una sumida en sus tristes pensamientos y la otra entregada á sus esperanzas, callasen, Eleonora sintióse á gusto con aquel silencio, que sólo rompía de vez en cuando alguna insignificante observación de parte de alguna de ellas.

Cuando bajaron del coche, que debía quedarse allí hasta la mañana siguiente, púsose de manifiesto que á causa del estado de ánimo que reinaba, la tan ponderada hora de conversación de la noche se quedaba reducida á una simple taza de té. Con lo cual separáronse en la sala, marchando la generala y Kitti á sus habitaciones del mismo piso, y subiendo Eleonora y Clementina la escalera que conducía á sus habitaciones.

Clementina renunció con gusto á la conversación de abajo, en la esperanza de una larga charla en su cuarto con Eleonora. Sintióse, por tanto, chasqueada, cuando Eleonora, al llegar á la puerta de su cuarto, se contentó con un «¡Buenas noches, Clementina!», y se despidió con un beso, que á ésta le pareció muy frío.

Aquello no había ocurrido desde que Eleonora llegó, desde que se llamaban amigas. Clementina encendió la luz de su alcoba, que puso sobre la mesa, y se arrojó en una silla llorando. ¿La ingrata, la pícara Eleonora? Pero quizá estaba enferma. ¡Abajo en el vestíbulo estaba tan pálida! O quizá la había molestado la conducta de mamá y Kitti, que también á ella le parecía aborrecible. Ella, ¡ah! ella estaba acostumbrada á este trato, y tenía derecho á que no se la mirara como si no fuera nadie. No tenía la culpa de que su excelencia, el señor de Trottau, la hubiese hecho tan descaradamente la corte, ni de que la condesa la hubiera distinguido, ni de que Guido la prefiriese á Kitti, como ya empezaban á comprenderlo; y Eleo-

nora lo sentía, comprendiendo quizá que en semejantes circunstancias no podía ni quería estar mucho tiempo entre ellas.

Cuando Clementina llegó á esta conclusión, que le parecía indudable, se levantó, y retorciéndose las manos, empezó á pasear por su cuarto. ¡Eleonora se marcharía! ¡Qué sería de ella sin Eleonora! ¡Prefería morir! Sí; era mil veces preferible volver á arrastrar su miserable vida. Seguir siendo tratada por su madre como la última criada, y por Kitti como una débil criatura, cuyos caprichos más groseros quedaban impunes. Debía llamar á la puerta de Eleonora, y arrojarse á sus pies, y decirla: «Eleonora, si tú te vas y no me llevas contigo, corro á arrojarme al lago.»

De pronto sintió algo que detuvo por un momento los latidos de su corazón, que luego golpeó con más fuerza. Había oído en el cuarto de Eleonora un ruido hacia el lado de la escalera que conducía al jardín. No podía ser nadie más que Eleonora; sin duda abandonaba la casa. Tenía de su parte al rentero Bessekow, á quien había hechizado en tres días como nadie ignoraba, excepto mamá y Kitti. A un ruego suyo, habría enganchado el coche, á pesar de lo avanzado de la hora, y la conduciría al pueblo. Allí pasaría la noche en la fonda, y al día siguiente, en el primer tren de Berlín, desaparecería para siempre.

Todo esto pasó como un relámpago por la mente de Clementina, sin pararse á pensar ni un momento en su poca verosimilitud. Debía detener á Eleonora, ó, mejor, huir con ella.

El sombrero y la manteleta se habían quedado abajo, por lo que tuvo que coger un pañuelo, el que primero encontró, que se echó por la cabeza y por los hombros, y voló tras de Eleonora, á quien esperaba encontrar en el pasillo ó en la escalera. Pero debía haber perdido mucho tiempo; el corredor y la escalera, iluminados por la claridad de la luna que por una estrecha ventana penetraba, estaban vacíos, así como la parte de jardín que pudo inspeccionar desde la puerta, que Eleonora había dejado abierta. Pero no cabía duda sobre la dirección

que la fugitiva tomara; dando vuelta á la casa, habría atravesado la plazoleta de delante del portal; ó si, como era de suponer, la había querido evitar, cruzar el jardín por el camino de las puertas laterales, por donde la tarde anterior salieron y volvieron de paseo. De allí se llegaba al camino del campo, del cual distaba la cochera cinco minutos.

Clementina tomó esta dirección, segura de que seguía una buena pista, caminando despacio, sentándose en un banco cuando su corazón palpitaba con demasiada violencia hasta que pasaba el ataque. Además, si el señor Besekow no se daba mucha prisa, debía invertir una media hora en enganchar.

Eleonora no había podido sufrir la cárcel de su cuarto. Ya en el camino, la había acometido el anhelo de saltar del coche y echar á andar entre las sombras de la noche. Todo lo que oyó de labios de la condesa de cumplimiento del deber y de sacrificio, le parecía muy hermoso, y ya se lo había dicho ella cien veces. Pero en el fondo sólo era cobardía y traición al amor, que sólo podía cometer el que no amase de veras, con todas las fuerzas de su alma, con todos sus sentidos. Así, no había podido amar la condesa, era imposible. Pudo renunciar á Hialmar porque su inteligencia dominaba á su corazón, y Hialmar sucumbió porque su corazón era más grande que su inteligencia. La condesa había dicho bien: «hubiera sucumbido también conmigo; pues no era un genio». ¿Cuándo se ha alimentado el genio del verdadero artista de otra cosa que de su corazón? Rompe su corazón, y has roto su genio. ¿Qué objeto tendría entonces toda la suprema sabiduría? Para que Guido tuviera la esposa que amaba, como aman los hombres vulgares, y llevara una vida honorablemente aburrida, era preciso destrozar un corazón que era para ella el centro del mundo.

Estos pensamientos agitaban el alma de Eleonora mientras atravesaba el jardín, á trechos inundado por la deslumbrante blancura de la luna, á trechos sumido en la oscuridad, de modo que la sombra de su cuerpo, tan pronto se dibujaba detrás de ella como se alargaba delante de su paso. No llevaba objeto

determinado. Inconscientemente llegó á la puerta donde la tarde antes, al separarse, la dirigió él aquella terrible mirada de cólera por despedida. ¡De sus queridos ojos! ¡Ah! ¡Mirarle otra vez, sólo otra vez, implorando perdón con la mirada! ¡Y si le perdonaba y le amaba con el amor mortal y anhelante de Norderney, poder morir en un último beso!

El camino terminaba en la puerta, fuertemente defendida por espeso follaje, entre el cual había una especie de gruta con banquillos. Repentinamente, oyóse el débil relincho de un caballo, y en el mismo momento apareció en el camino la figura de un hombre que se dirigía á la gruta. Un grito de loca alegría se escapó de su pecho. ¡No podía ser otro que él! Entonces el hombre extendió los brazos, y ella, con un dulce sollozo de júbilo, se arrojó á ellos, devolviendo sus besos con embriaguez.

Y luego (ninguno de los dos sabía cómo había llegado hasta allí) sentáronse en la gruta, estrechándose el uno contra el otro, diciéndose mil veces, entre besos, que se amaban y que no podían vivir el uno sin el otro.

Después evocaron los dulces recuerdos de los días de Norderney, la tormenta que los juntó, las deliciosas comidas en la mesita del comedor de Otterndorf, entre los mil cachivaches y *bric-à-brac* que le adornaban; con el adusto fondista, que trataba á sus huéspedes con tan ingenua brusquedad, y que tenía á Eleonora en continuo sobresalto de un encuentro entre Ulrico y él; y sus paseos por la isla y su descanso en las dunas ante la perspectiva del mar; él siempre á los pies de ella, de modo que la pudiera ver los ojos; y el último día, la gran excursión á las dunas, donde tan precioso tiempo perdió pintando y donde él no pudo hacer más que mirarla con la boca abierta. ¡Oh! ¡Muda, adorable contemplación! ¿Qué hechizo tenía para que la mirara tanto?

Y lo que el uno y el otro, en esta ó en aquella ocasión, se habían dicho: ¡Qué ingeniosa ella, qué infinitas tonterías él! Cómo habían luchado desesperadamente, cediendo él siem-

pre... no por convicción, por cierto, nunca, sino por cortesía y compasión, con la carencia femenina de lógica y las faltas horrendas de su instrucción fragmentaria. ¡Ni la más pequeña escena ni la más insignificante palabra habían olvidado!

Y después empezó la disputa de quién de los dos había amado primero. Según Ulrico, él, que la amó desde que por primera vez la vieron sus ojos, en lo cual ella, aunque quisiera, no le podía llevar ventaja. Lo único que podía concederle á ella era que hubiese empezado dos minutos después, en el momento en que el viento la arrojó en sus brazos y sintió que no la oprimía más de lo preciso para sostenerla. Caballerosidad que ella recompensaba ahora con un tardío beso.

—Y este es el último, querido. Tengo que volverme á casa. De lo contrario, pudiera sospechar Clementina. Duerme en el cuarto de al lado.

—¡Pobre muchacha! ¿Sabe que nos amamos?

—¡Dios nos libre!

—Pero yo sé de otro. No te inquietes. El hombre no ha divulgado un secreto, pues yo mismo lo he adivinado: el conde Wendelin te ama.

—Al menos, me lo ha dicho.

—¡Traidora! ¿Cuándo?

—¡Oh! Ya hace ocho días, poco más ó menos... en Berlín.

—¿Y tú? ¿Qué le has contestado?

—Que no era dueña de mi corazón. Que amaba sin esperanza. Desgraciadamente. Querido, debes irte; tu Robín se impacienta.

—Déjale.

—¿Y en casa?

—Yo no tengo casa.

—¿Y tu mujer?.

—No tengo mujer. Querida: ¿puedes tú creer que mis labios hayan tocado los de otra mujer después que tú los has besado?

—¡No, por Dios, no! ¡No! Déjame esa única dicha.

—Pero esto no puede quedar así.

—¿Pues cómo?

—Es preciso. No debes separarte de mí; debes seguirme. ¿Dónde? ¡A cualquier parte. Lo mismo da; pero debes seguirme! ¡Al momento! El rentero es un buen amigo mío. Nos dará un coche. Mañana temprano estaremos á cien leguas de aquí. ¡Ven, yo te lo suplico: ven!

—¡Ulrico, ten piedad! Mira, yo lo haré si tú quieres; pero tú no debes quererlo.

—Entonces no me amas.

—Más que tú á ti mismo. Si sucediese lo que tú quieres, te convertirías en el más miserable de los hombres.

—¡Más miserable de lo que soy!

—Mil veces más. No olvides, Ulrico, que yo soy tan miserable como tú.

—Tú no lo eres; tú eres libre; no tienes que dar cuenta á nadie; no tienes que contemplar á tu lado la desesperación. ¡Ah!

—¡Pobre, pobre Ulrico mío! Sí, eres más desgraciado que yo; mucho, mucho más. Pero eres un hombre.

—Y he sufrido lo que un hombre puede sufrir. Ya no puedo más.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Lloraron los dos abrazados. Eleonora fué la primera que se separó.

—Debemos separarnos, querido. Todavía te queda buen camino.

—No voy á casa; al pueblo, á cualquier parte, menos á casa.

—De todos modos, debes partir. Y no debes volver aquí. ¿Verdad que es imposible? Pasado mañana es vuestra fiesta. Creo que nos veremos. Estarás allí. Ya hablaremos. Si no, te escribiré. ¿Puedo?

—Sí, al pueblo: *poste restante.*

—Bien. Te acompañaré hasta el caballo. ¡Ven!

Abandonaron la gruta, enlazados el uno al otro.

Clementina había llegado por un estrecho sendero hasta la

gruta, cuando oyó voces dentro. Detúvose asustada. Sería una pareja del pueblo, que en el parque reservado, siempre abierto, se habían dado cita. Fatalmente tenía que pasar por delante de la gruta ó volver el camino andado. Esto era imposible. Podía darse por contenta si reunía fuerzas para llegar hasta la cochera.

En la gruta de follaje había un agujero. La luna, últimamente cubierta por una nube, iluminaba ahora el interior. Sus rayos fueron á dar en el banco en que estaban Eleonora y Ulrico. Clementina los vió.

—¡Era verdad! ¡Imposible!

Pero no había lugar á duda; podía distinguir todos los detalles de su fisonomía.

Y ahora, en el completo silencio que reinaba alrededor de ellos, oía cada una de sus palabras; palabras dulces, apasionadas, recuerdos, confesiones, juramentos y besos, besos.

Quiso huir; pero su corazón enfermo latía despiadadamente; temía meter ruido al andar, y caer desplomada al primer paso y revelar su presencia. No pudo hacer más que apoyarse en el tronco de un arbolillo con ambas manos, y permanecer así inmóvil. ¿Cuánto tiempo? No lo supo. Le pareció que horas, pero pudieron ser minutos, hasta que abandonaron la gruta.

Aún permaneció inmóvil: Eleonora debía recorrer el mismo camino.

Y volvió, en efecto, la esbelta figura con paso apresurado, pasando tan cerca de ella, que fué un milagro que no la viese.

Después dejó de percibir su elástico paso y pudo arrojarse al suelo, y fijando los abrasados ojos en el suelo, tratar de coordinar en su perturbado cerebro lo que había visto y oído.

Era el amor, no el que tantas veces había leído descrito en los libros, sino el real, de carne y hueso, de dos personas sanas, bellas, que podían beber la dulce bebida hasta apurarla. ¡El amor, del cual ella estaba desterrada, deforme, tullida, con el pie torcido y el hombro aplastado! ¡Ah! ¡Cómo odiaba á Eleonora, á la dichosa Eleonora, la amada de Ulrico! ¡Que le

amaba como se debe amar á un Ulrico, como ella le amaría, como le amaba! ¡Si Ulrico la hubiese dicho á ella: Huye conmigo! ¡Sí, Ulrico, sí, hasta el fin del mundo! ¡Para hacerte feliz, si puedo; si no, para morir! ¡Y no preguntar á nadie del cielo ni del infierno si debía hacerlo!

Y ahora, ¿qué? ¡El lago! ¡Era lo más sencillo; podría arrastrarse hasta allí! ¡O permanecer allí en la tierra húmeda! Moriría antes de que saliese el sol.

Por fin fundióse su rudo dolor en un torrente de lágrimas, y el torturado corazón volvió á sentir su antiguo dulce y amoroso latido. ¡Ah, los dos queridos! ¡Que tan infinitamente desgraciados eran! ¡Si ella los pudiese ayudar! ¡Con gusto daría su vida!

Por eso no podía morir aquella noche. Debía volver á su casa, á su cama. Iría muy despacito para que Eleonora no la oyese.

Y aunque la oyese, ¿por qué no había de haber tenido el capricho de dar un paseo en aquella noche de luna?

¡Ya podía permitírsele este placer á una pobre tullida, aun cuando no tuviese ningún amor secreto, y estar segura de permanecer sola, completamente sola, sola y abandonada, como las piedras del camino... en la hermosa noche de luna!

ALDEBARÁN

Rubí encendido en la divina frente,
Aldebarán,
lumbrera de misterio,
perla de luz en sangre,
¿cuántos días de Dios viste á la Tierra,
mota de polvo,
rodar por los vacíos?
¿Viste brotar al Sol recién nacido?
¿Le viste acaso cual diamante en fuego
soltarse del anillo
que fué este nuestro coro de planetas
que hoy ruedan en su torno,
de su lumbre al abrigo,
como á la vista de la madre juegan,
pendientes de sus ojos,
confiados los hijos?
¿Eres acaso un ojo del Señor en vela,
siempre despierto,
un ojo escudriñando las tinieblas
y contando los mundos
de su rebaño?
¿Le falta acaso alguno?

¿O alguno le ha nacido?
Y más allá de todo lo visible,
¿qué es lo que hay del otro lado del espacio?
Allende el infinito,
¿dí, Aldebarán, qué queda?
¿Dónde acaban los mundos?

Todos van en silencio, solitarios,
sin una vez juntarse;
todos se miran á través del cielo
y siguen... siguen...
cada cual solitario en su sendero.
¿No anhelas, dí, juntarte tú con Sirio
y besarle en la frente?
¿Es que el Señor un día
en un redil no ha de juntar á todas
las celestes estrellas?
¿No hará de todas ellas
una rosa de luz para su pecho?
¿Qué amores imposibles
guarda el abismo?
¿Qué mensajes de anhelos seculares
trasmiten los cometas?
¿Sois hermandad? ¿Te duele,
dime, el dolor de Sirio,
Aldebarán?
¿Marcháis todos á un punto?
¿Oyes al Sol?
¿Me oyes á mí?
¿Sabes que aliento y sufro en esta tierra,
—mota de polvo,—
rubí encendido en la divina frente,
Aldebarán?
Si es tu alma la que irradia con tu lumbre,
lo que irradia, ¿es amor?

¿Es tu vida secreto?
¿O no quieres decir nada en la frente
del tenebroso Dios?
¿Eres adorno y nada más que en ella
para propio recreo se colgara?

¡Siempre solo, perdido en lo infinito,
Aldebarán,
perdido en la infinita muchedumbre
de solitarios,
sin hermandad!
¿O sois una familia que se entiende,
que se mira en los ojos,
que se cambia pensares y sentires
en lo infinito?
¿Os une acaso algún común deseo?
¿Como tu luz nos llega, dulce estrella,
dulce y terrible,
no nos llega de tu alma el soplo acaso,
Aldebarán?
Aldebarán, Aldebarán ardiente,
el seno del espacio,
dí, ¿no es regazo vivo,
regazo palpitante de misterio?

Tú sigues á las Pléyades
siglos de siglos,
Aldebarán,
y siempre al mismo trecho te mantienen!
Estos mismos lucientes jeroglíficos
que la mano de Dios trazó en el cielo
vió el primer hombre,
y siempre indescifrables
ruedan en torno á nuestra pobre Tierra.
Su fijidez, que salva

el cambiar de los tiempos agorero,
es nuestro lazo de quietud, cadena
de permanencia augusta;
símbolo del anhelo permanente
nos son esas figuras que no cambian,
Aldebarán.

De vosotros, celestes jeroglíficos,
en que el enigma universal se encierra,
cuelgan por siglos,
los sueños seculares;
de vosotros descienden las leyendas
brumosas, estelares,
que cual ocultas hebras
al hombre cavernario nos enlazan.
Él en las noches de tormenta y hambre
te vió, rubí impasible,
Aldebarán,
y loco alguna vez, con su ojo en sangre,
te vió al morir,
sangriento ojo del cielo,
ojo de Dios,
Aldebarán!
¿Y cuando tú te mueras?
¿Cuando tu luz al cabo
se derrita una vez en las tinieblas?
¿Cuando frío y oscuro
—el espacio sudario—
ruedes sin fin y para fin ninguno?

Este techo nocturno de la Tierra
bordado con enigmas,
ésta estrellada tela
de nuestra pobre tienda de campaña
es la misma que un día vió este polvo

que hoy huellan nuestras plantas,
cuando en humanas frentes
fraguó vivientes ojos.
Hoy se alza en remolino
cuando el aire lo azota
y ayer fué pechos respirando vida.
Y ese polvo de estrellas,
ese arenal redondo
sobre que rueda el mar de las tinieblas,
¿no fué también un cuerpo soberano,
sede no fué de un alma,
Aldebarán?
¿No lo es aun hoy, Aldebarán ardiente?
¿No eres acaso, estrella misteriosa,
gota de sangre viva
en las venas de Dios?
¿No es su cuerpo el espacio tenebroso?
Y cuando tú te mueras,
¿qué hará de tí ese cuerpo?
¿Adónde Dios, por su salud luchando,
te habrá de segregar, estrella muerta,
Aldebarán?
¿A qué tremendo muladar de mundos?

¡Sobre mi tumba, Aldebarán, derrama
tu luz de sangre;
y si un día volvemos á la Tierra,
te encuentre inmoble, Aldebarán, callando
del eterno misterio la palabra!
¡Si la Verdad Suprema nos ciñese
volveríamos todos á la nada!
¡De eternidad es tu silencio prenda,
rubí encendido en la divina frente,
Aldebarán!

MIGUEL DE UNAMUNO

EL ALMA ÚLTIMA

(De Catulo Mendes.)

Ya no quedaban en el mundo altares,
ya no quedaban dioses en el cielo;
no había ya, tras la existencia breve,
eterna vida. Los antiguos sueños,
disipados, sólo eran inmortales
para los hombres el Temor y el Tedio.
Visitaba, no más, chacal inmundo
la vieja tumba donde largo tiempo,
juntas las manos, la marmórea estatua
durmió tranquila, del difunto abuelo;
y corroída la devota efigie,
hechos ya polvo los piadosos dedos,
hasta la profanada sepultura
olvidó la oración. Nadie el recuerdo
guardaba de que un alma generosa
hubiese dicho alguna vez:—«Yo creo».
Tenaz olvido sepultó por siempre
las divinas leyendas. Postes hechos
en figuras de cruz, lonjas de carne
al comprador mostraban en los puestos
de los mercados públicos. Cansado

estaba el sol, cruzando el firmamento,
de iluminar vulgares muchedumbres...
Un hombre, que venía de muy lejos,
me dijo:—«Hay en mi patria todavía
un templo y un altar. Último resto
de remotas edades, se derrumba
entre rocas y hiedras, y aún excelso,
en su ruina majestuosa guarda
la memoria de un Dios, á quien, incrédulo,
olvidó el mundo ya».—Dejé yo entonces
las ciudades sin aras y sin templos;
dejé los corazones desprovistos
de Esperanza y Amor, en los que ha muerto
hasta la misma Duda, y los sosiega
la Certeza fatal. Pasaron lentos
los días tras los días. Yo iba siempre.
Al triste borde de los ríos secos
las vetustas ciudades perecían.
Visitaban las ráfagas del viento,
por los rotos portales penetrando,
á la callada Soledad, que dentro
de los viejos alcázares yacía.
Con firme paso, mi camino incierto
emprendí, mozo audaz; con pie cansado
y con trémula marcha llegué al término.
Coronaban mi sien cabellos blancos
al llegar al ruinoso monumento.
Estremecido, atónito, radiante,
la mustia frente, ya doblada al suelo,
alcé dichoso ante el altar augusto;
arrojé un grito de éxtasis supremo,
y exhalé en aquel grito el alma mía:
¡para el último dios, último incienso!

Teodoro Llorente

CRÓNICA LITERARIA

Ojeada á la dramática.—Balance de la temporada teatral.

Vamos á echar en esta Crónica una rápida ojeada á la temporada teatral. Entre los estrenos verificados en los teatros grandes y chicos desde la *rentrèe* ó apertura del otoño, podrá señalarse media docena de obras dotadas de interés literario. De ellas hablaré principalmente en este artículo.

Las de Caín, comedia en tres actos de los Sres. D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero, fué la primer obra importante de la temporada. En sí no tiene *Las de Caín* gran importancia, pero en ella se refleja la que han adquirido sus autores en la dramática contemporánea. Los Sres. Alvarez Quintero son de los autores dramáticos más celebrados, y figuran entre los príncipes del trimestre. Su fama es verídica y sólida, fruto del gusto del público, fama espontánea, rodeada del general asentimiento; no de las que fabrica un grupo de intelectuales, una minoría literaria, que son, á veces, famas de más porvenir, pero por lo general de menos presente. Su teatro no es profundo, no agita grandes problemas; pero tiene los dones de la discreción y de la gracia, observación sagaz y animada pintura de las costumbres. No hay que buscar en ese teatro grandes vuelos líricos ni hondos atisbos de la psiquis humana; pero la frescura y la espontaneidad de sus creaciones, la fácil presentación de tipos y de escenas, la maestría con que suele desarrollarse la acción, hace gratas y comprensibles estas obras para los públicos contemporáneos. Gran parte del éxito de los

Quinteros se debe á su consonancia con el público, á que interpretan maravillosamente el sentido estético actual de la burguesía ilustrada, de la clase media social é intelectual. Su teatro no es siempre el teatro de los críticos, pero casi siempre es el teatro del público.

Las de Caín es una comedia que tiene un mínimo asunto, si lo miramos desde el punto de vista del interés dramático, del estudio de almas, de los caracteres y las pasiones que forman la base del teatro duradero. Pero ese asunto crece si se considera su generalidad y difusión, y se observa que refleja los cuidados cotidianos de infinitas gentes. En esta comedia se pintan los afanes de un matrimonio pobre para casar á una dilatada serie de hijas. Gracias á ser tantas las hijas casaderas, puede la comedia llenar tres actos, con lo cual queda dicho que el argumento se diversifica en una serie de episodios semejantes, y que el mismo motivo teatral se repite constantemente con diversos personajes.

Las de Caín no tiene más argumento ni más enjundia dramática que cualquiera de los sainetes ó zarzuelas cómicas de los Alvarez Quintero, como *La Patria chica* ó *La mala sombra*. De ellas podría sacarse igualmente una comedia en tres actos por el estilo de *Las de Caín,* sostenida á fuerza de factura, de habilidad, de gracia, de un nimio realismo, bien observado, pero sin nada dentro, á la manera de un guiso en que hubiese una ilusión de manjar con una agradable salsa.

Este teatro costumbrista está demasiado apegado á lo presente; es demasiado histórico y actual para que dure. Citemos el ejemplo ilustre de Bretón de los Herreros. ¿A quién no fatigan ya sus comedias? ¿Cuán envejecidas no parecen? Probablemente ese es el destino del teatro de los Quintero, que no es al cabo tan mal destino, puesto que habrá disfrutado del aplauso de una generación.

Muy inferior á *Las de Caín* es *La Nube,* de D. Ceferino Palencia. *La Nube* es un drama anticlerical. El carácter social del teatro lleva á él á veces el eco de las disputas de la calle ó

de la agora, que diría un clásico. La escena se convierte en ocasiones en tribuna, pocas veces en provecho del arte, frecuentemente en su daño. El Sr. Palencia es un autor dramático muy estimable, que tuvo sus horas de éxito. Es á la vez empresario del Teatro Español en una interinidad nada gloriosa, que empezó con *La Nube* y acabó con un mediano arreglo del vaudeville *Encárgate de Amelia,* representado, sin duda, á la mayor gloria del Teatro Nacional, que ahora nos ocupamos en fomentar. La naturaleza de empresario ha vencido á la de autor en *La Nube*. Es una obra que, salvando el sagrado de las intenciones, parece escrita con vistas á la contaduría, pensando en los éxitos de *Electra,* de *Ruido de campanas* y *Las bribonas*. El Sr. Palencia se ha equivocado de medio á medio. No ha tenido en cuenta que *Electra,* además de llevar impresa la garra de león de un autor como Galdós, en plena fama de novelista y dramaturgo cuando la escribió, nació en un momento especialmente propicio, en que la atmósfera de la calle estaba cargada de esa electricidad en que fácilmente se desarrollan los entusiasmos escénicos y oratorios. No ha considerado tampoco, que si la tesis anticlerical puede resultar divertida con música de Calleja ó de Lleó y con la colaboración de unas cuantas tiples bonitas, vestidas con trajes sugestivos, y de unos números de *machicha* ó de *cake*, á palo seco, sin estos aderezos, no entretiene ni conmueve á las gentes, á menos que esté hecha con arte. Descubrámonos ante *Los malhechores del bien,* obra que, sin ser propiamente anticlerical, pertenece á esa tendencia, en cuanto satiriza el tartufismo y la práctica indiscreta y fanática del bien. *Los malhechores del bien,* y pongo este ejemplo para demostrar que no me asusta esa tendencia, ni influye en mi juicio la orientación política ó religiosa del teatro, tiene lo que le falta á *La Nube:* un profundo sentido de observación, gracia alada y aguda, poesía sentimental, maestría dramática; en una palabra, arte. El éxito teatral de los dramas y comedias anticlericales, como el de todos los dramas y comedias, depende de sus condiciones literarias y escé-

nicas, no de su tesis; de lo dramático, no de lo anticlerical. Por eso *La Nube,* como obra drámática, estaba condenada á irremediable fracaso.

Es una obra anticuada, que nos lleva á los tiempos de Eugenio Sué. Pero ¡qué diferencia entre Sué y estos sus continuadores modernos! Al menos, poseía él en máximo grado el ingenio folletinesco, y sabía revestir á sus jesuítas de la aureola de una temible potencia oculta. El jesuíta de *La Nube* es una caricatura, un personaje completamente ridículo, cuyo arte de intriga se reduce á inducir á una criada á que emplee los periódicos liberales en chamuscar una gallina, y á captarse la voluntad de un librepensador muy mal criado, acompañándole, de sotana y todo, ¡á cazar codornices! Además de su pesadez escénica y de su vulgaridad, *La Nube* revela un completo desconocimiento del problema del clericalismo en España. Las mujeres son allí los espíritus despreocúpados; el tópico manido de la oposición entre el clero secular y el regular hace también de las suyas. ¿Conocerá el Sr. Palencia las asambleas de la buena prensa y los periódicos integristas y carlistas, donde generalmente son curas y no frailes los que dan la nota de la más extremada intransigencia? ¿Tendrá idea del espíritu del clero rural? Conteste quien haya visto *La Nube,* y haya observado un poco la realidad española. Por otra parte, el cura de aldea del Sr. Palencia es una figura completamente convencional: Pérez Escrich y Víctor Hugo echados á perder, y perdone el autor de *Nuestra Señora de París* el emparejamiento.

La representación de *La Nube* ha demostrado también que los efectos del bombo periodístico son mucho más limitados de lo que se cree. Desde antes del estreno, á raíz del estreno y mientras han durado las representaciones, el parche no ha dejado de sonar en obsequio de esta obra, pero han sido vanos sus redobles y llamamientos. Sueltos de contaduría, artículos de crítica benévola hasta la ceguera, reproducción de escenas, nada ha faltado para crear en torno de *La Nube* una atmósfe-

ra de notoriedad. Todo ello ha sido ineficaz para atraer el voto favorable del público ó siquiera público. La obra se ha sostenido trabajosamente en los carteles. Y es que el público es menos necio de lo que se supone, y no comulga con todas las ruedas de molino que se le presenten.

Benavente, el primero de nuestros autores dramáticos en la actualidad y uno de los primeros dramaturgos europeos si le ayudase la difusión de nuestra lengua y literatura, ha dado tres obritas á la escena: *El marido de su viuda* (representada en el Príncipe Alfonso), *La casa de la dicha* (en el Ideal Polístilo) y *La fuerza bruta* (en Lara). *El marido de su viuda* es una obra insignificante en el teatro de Benavente. Es un *vaudeville* comprimido, de corte enteramente francés, y que hubiera ganado desenvolviendo el asunto en dos ó tres actos, en vez de reducirle en los breves límites de uno no largo. El asunto es muy cómico. El posesivo *su*, en *El marido de su viuda*, indica que el difunto tiene bastante importancia para seguir absorbiendo, aun después de muerto, la representación de la que fué su mujer. La heroina de esta novela está casada, á la vez que con un hombre vivo, con una sombra, con un prestigio. Se puede decir que, después de casada en segundas nupcias, sigue siendo viuda, la viuda del hombre célebre. En esta situación, un poco ridícula para el segundo marido y un tanto difícil para la mujer, está basada la comedia. El personaje más gracioso de ella es, sin duda, el segundo marido, admirador del primero, hasta el punto ser el más penetrado de que su mujer es *su* viuda, la viuda del hombre famoso de quien él fué satélite, sin perjuicio de cortejarle la señora en vida. Tiene esta obra pinceladas demasiado gruesas que disuenan del fino ingenio de Benavente, tan delicado y sutil psícologo por lo general. Es obra entretenida, pero epidérmica, superficial, de un cómico algo tosco, sobre todo para la firma que lleva.

La casa de la dicha es un intenso drama, concentrado en muy pocas escenas. Habíase publicado ya en la colección de obras dramáticas de Benavente, y su lectura me produjo honda

emoción, reproducida al ver la obra en escena. Aquí encontramos en toda su plenitud el genio dramático del autor de *Los intereses creados,* el cual, con elementos sencillísimos, ha sabido construir un drama verdaderamente conmovedor, de avasallador interés dramático. Todo es allí sencillo, natural, humano, observación de la vida. El dolor se presenta sin afeites, ni máscara trágica, y por eso nos impresiona más su terrible belleza. En *La casa de la dicha* vemos una fugitiva visión de felicidad doméstica, amenazada por un fatal misterio. Vemos allí la casa feliz, envidiada por los vecinos; el matrimonio modelo que se mira en la hija única, una chicuela encantadora; el marido trabajador y cariñoso, la mujer hacendosa y amante, la holgura del hogar, el dulce calor de una intimidad dichosa. Ese es el cuadro que nos ofrece al empezar *La casa de la dicha.* Y he aquí que de repente resulta que el marido modelo es un falsificador de billetes. Un soplo trágico barre la ilusión de la casa de la dicha; los padres presos, la niña abandonada, toda aquella apariencia de felicidad destruída por una realidad amarga y desconsoladora. El contraste no puede ser más dramático, ni se puede pintar mejor que ha pintado Benavente en este breve drama lo falaz y engañoso de las apariencias de la dicha. ¡Hay tantos felices por fuera que llevan dentro una inmensa angustia, una zozobra, un drama interior que no se ve debajo de su sonrisa! La sencilla acción de esta obrita está desarrollada con verdadera maestría, y el conjunto resulta de una asombrosa objetividad, de un realismo insuperable.

La fuerza bruta es, hasta el momento en que escribo estas líneas, el éxito más legítimo de la temporada. Ha hecho llorar á mucha gente, en época en que las lágrimas son difíciles y no se rinden así como así á los simulacros del arte. Es una comedia dramática, compuesta de dos elementos que no suelen andar juntos; un elemento satírico, de observación y crítica de costumbres, y un elemento sentimental. En el primer cuadro de esta obra traza Benavente un animado cuadro, rebo-

sante de realidad y de gracejo, de las costumbres de una *troupe* de circo. Allí todo es donaire, sagaz y penetrante observación de tipos. El segundo cuadro es de una intensa poesía idealista. Uno de los artistas de la *troupe* ha quedado inútil en un ejercicio peligroso. ¿Qué va á ser de él? Joven, robusto, imprevisor, no ha pensado nunca en lo porvenir, en la eventualidad de una desgracia. Sus compañeros le compadecen, le auxilian en la medida de sus fuerzas, pero les es forzoso abandonarle. La errante *troupe* tiene otras contratas, y no puede llevar consigo á un hombre inútil. Pero hay quien no abandona al inválido: es una mujer que le ama y es amada por él. Nell se separa de la compañía para atender al pobre gimnasta inutilizado, y hasta realiza el milagro de llevar consigo, para formar un embrión de compañía de saltimbanquis vagabundos, á un su enamorado platónico, que se sacrifica con una nobleza de ánimo rara en la realidad. El inválido quiere rechazar aquel sacrificio, que le hace feliz, pero le humilla, y es una hermana de la Caridad del hospital donde ha sido asistido quien le convence de que debe aceptar; de que debe desoir las sugestiones del orgullo; de que no es tan inútil como parece, aunque haya quedado inhabilitado para sus ejercicios. Algunas inverosimilitudes hay en este cuadro. Acaso la hermana de la Caridad tiene una filosofía demasiado mundana y tolerante para su estado; acaso Nell tiene una incomprensible crueldad cuando hace creer al hombre por quien se sacrifica, que le abandona como todos. Mas la belleza y la elevada poesía del conjunto aparta la atención de estos pormenores. La misión del idealismo en el arte es embellecer y sublimar la realidad. Los pequeños reparos que podrían hacerse á una obra que tan hondamente hiere la fibra sentimental como *La fuerza bruta*, si la examinásemos con frialdad analítica, desaparecen y se funden en la intensa emoción del espectador.

Dos obras de ambiente histórico se han representado en el Español: *Gerineldo,* poema de amor y caballería, de los señores Castro y Alarcón, y *La Corte de Carlos IV,* adaptación á

la escena del primer episodio nacional de Galdós, llevada á cabo con más estudio que fortuna por el Sr. López Roberts, que ha conquistado un puesto distinguido entre los novelistas jóvenes. *Gerineldo* no es una obra histórica propiamente dicha. Es el espíritu del romance caballeresco llevado al teatro. Sus fuentes son tres de los más celebrados romances: el de Gerineldo, el paje ó camarero polido, el del Conde Sol y el del Conde Claros de Montalbán. Para dar alguna unidad á este tríptico romancesco, los autores han atribuído las aventuras á un mismo personaje. Además de la bella y brillante versificación, es de alabar en esta obra el instinto dramático con que están tejidos los materiales, algo heterogéneos, aunque conformes en lo sustancial del espíritu legendario, que han tomado de la inagotable cantera de los romances caballerescos los señores Castro y Alarcón. Una obra de esta especie no puede ser juzgada con el mismo criterio que una comedia realista ó un drama estrictamente histórico, ligado á sucesos ciertos y que tienen una precisa determinación de tiempo. Hay que apreciarla con el espíritu del Romancero y de la Caballería, que no nos da una visión histórica precisa (hablo del Romancero caballeresco), sino un ambiente de época poetizado. ¿Qué es la leyenda sino la versión poética del espíritu de una época? Eso es *Gerineldo*: una leyenda dramática basada en el Romancero, y por eso no sería discreto aplicar á su examen estrictas medidas históricas. Basta con que nos dé, como efectivamente nos ofrece, la emoción de lo caballeresco tal como se les representaba á los poetas, y por conducto de ellos al público, cuando ya la caballería medioeval iba convirtiéndose en un recuerdo y un mito poético.

Mejor representado, y contando con un público más culto y más aficionado á la historia que el nuestro—que en el teatro suele ser un público actualista,— *Gerineldo* hubiera podido durar largamente en los carteles.

La Corte de Carlos IV es un ensayo dramático poco feliz de un literato distinguido. Lo que falta precisamente en esta

obra es técnica y habilidad dramática; no se ha operado en ella con fortuna el tránsito de la novela al teatro. Por seguro tengo que, leída, agradará más que representada la obra del Sr. López Roberts. Mucho contribuyeron, sin duda, al fracaso de esta obra, que sin ser una maravilla ni mucho menos, no era más indigna que otras de la tolerancia y la paciencia del público, lo deficiente de su interpretación y la falta de afición á la historia y de conocimiento de ella por parte del público. Evidentemente, ese período interesantísimo de la historia de España, en que se destaca la privanza de Godoy, y al que prestan tan dramáticos episodios el proceso del Escorial y el motín de Aranjuez, no interesaba al público que asistió al estreno de *La Corte de Carlos IV*. Quizás tenía de él muy vagas noticias. Hay en esta obra, como principales componentes, un cuadro de costumbres goyescas; duquesas con alma y desenvoltura de majas que enamoran á comediantes y caballeros; escenas de farándula y galantería, que sirven de fondo al drama de amor y celos de Isidoro Máiquez, enamorado de la Duquesa Silvia; drama que es como la cristalización individual de ese ambiente, y hay también el marco externo y público de la historia, las intrigas de la Corte, la lucha entre los partidarios del Príncipe Fernando y los de la Reina y Godoy en torno á la desdibujada figura de Carlos IV asistiendo indolente y soñoliento al ocaso de un régimen y al desprestigio de una Monarquía.

El Sr. López Roberts, que ha seguido con fidelidad á Galdós en lo tocante á los amores de Máiquez y Silvia, ha querido dar mayor relieve é importancia al cuadro histórico. Ese ha sido su error, porque las aficiones del público no van por ese camino. De ahí, que en las escenas mejor construídas de la obra, aquella en que Carlos IV, de regreso de una de sus cotidianas cacerías, se duerme escuchando el manifiesto en que se explica á los españoles el desenlace del proceso del Escorial, y aquella otra en que María Luisa reconoce y llora su envejecimiento, su decadencia de mujer, escena conmovedora y poética, el público *no entrase*, como se dice en la jerga teatral.

Nuestro público es, por lo general, un público anti-histórico. No le interesa en los dramas y comedias históricos más que la ropa. No sería justo, sin embargo, culpar al público en absoluto del fracaso de *La Corte de Carlos IV*. Es una obra lánguida, desmayada, sin vigor, escrita con discreción y galanura, pero que no ha acertado con la fórmula dramática. Con todo, creo que una obra semejante, con los mismos defectos, hubiese despertado mayor interés en Francia ó Alemania.

Pedro Minio, comedia en dos actos, de Pérez Galdós, fué escuchada en el teatro Lara con el respeto á que tantos títulos tiene el eminente novelista y dramaturgo. Pero ¿es que no se les debe la verdad á los genios? *Pedro Minio* es en el teatro de Galdós, del cual he sido uno de los más ardientes defensores, la obra más desdibujada é incolora. Es una comedia en que se refleja la tristeza del espectáculo de la vejez, que es su asunto. Encierra bellas y elevadas ideas. ¿Quién no aplaudirá la protesta contra el régimen semicarcelario de los asilos? ¿Quién no se sentirá conmovido por la aspiración á conservar la lozanía de la ilusión, el amor á la vida, hasta en el ocaso de la existencia? Pero aun en el teatro de ideas, las ideas por sí solas no dan el triunfo, necesitan encarnar en una adecuada representación dramática. El asilo presentado por Galdós, en que los pobres ancianos recogidos se divierten, tienen teatro, moneda convencional y hasta lotería, es una triste parodia de las alegrías de la vida, y da la sensación de una casa de locos. El flirt ó galanteo entre el sesentón Pedro Minio y la cocinera asilada, á pesar de la ternura que ha querido poner el autor en ese idilio de viejos, tiene también algo de grotesco, de un grotesco triste, de Tenorio con canas y arrugas, que se resiste á la pérdida irreparable de la juventud. Canas y arrugas tiene también la comedia, como si en ella se reflejara intensamente la sensación de ocaso irremediable de su asunto, en que juegan los personajes la farsa de la ilusión y de la alegría, cuya crítica hace la mera contemplación de los rostros seniles de los personajes. El contraste del millonario enveje-

cido prematuramente, con la verde vejez de Pedro Minio, no basta para despejar la atmósfera opaca, gris y pesada de esta obra. La impresión que deja *Pedro Minio* no es aquella impresión optimisma que ha buscado el autor, de la juventud perenne de las ilusiones. Esa juventud resulta contrahecha, afectada, vencida por la realidad, donde las horas son inexorables. Aunque Pedro Minio siga figurándose que es un conquistador, harto vemos que no es más que un viejo alegre, y sus alegrías tienen algo de triste y de burlesco. Cada edad pide lo suyo, tiene distintos sentimientos y costumbres. La vejez, por mucho que haga, no robará á la juventud su gallardía, que en ella embellece lo que en un anciano es ridículo.

Pedro Minio tiene la lentitud propia de las obras en que hay más intelectualismo que pasión y, en general, del teatro psicológico. Encierra bellezas parciales, como obra de tal autor, pero el conjunto no está á la altura de otras obras de Galdós.

Podría prolongar esta reseña hablando de *Mi cara mitad*, una honrada comedia burguesa de Ramos Carrión, que hace años hubiera gustado mucho, y que tiene su correspondiente moraleja contra el despilfarro y el lujo; de *Lo que no muere,* de los señores Alonso y Manzano, comedia discreta, bien hecha, pero de esas en que todo está tan visto, que nos dan la sensación de haber asistido á esa misma comedia infinitas veces; de *Sherlock Holmes,* arreglado por el Sr. Melgarejo, melodrama policíaco muy inferior á *Rafles,* y que es, como éste, una traslación del folletín al teatro. Sólo añadiré, por tratarse de un autor nuevo en el teatro, unas palabras acerca de *Nochebuena,* de D. Eduardo Zamacois, estrenada en Romea, después de escrito lo que antecede en esta Crónica. El Sr. Zamacois es conocido como cronista y novelador. Con esa obra ha hecho sus primeras armas en el teatro, y las ha hecho con fortuna, revelando certero instinto de la escena, además de las dotes de observación que por igual pueden aplicarse á la novela y el teatro.

El asunto de *Nochebuena* hubiera parecido atrevido hace algunos años, cuando parecía atentatorio á las conveniencias escénicas el sacar mujeres galantes al teatro, entre las *dramatis personæ*. Pero los novelistas y dramaturgos nos han curado de espanto. Todavía, sin embargo, á una parte del público le parecería osado el asunto si la obra se representase en un teatro menos popular que el de Romea. Esta *Nochebuena* es la de una pecadora elegante, que en esa noche, consagrada á la intimidad del hogar, se queda sola, aburrida, contrariada, triste. El protector, los amigos, el amado, hasta la misma doncella, cenan en familia, y dejan sola á la *cocotte*. Al gabinetito solitario y silencioso de la hermosa llega el alegre bullicio de la calle, el estrépito de panderos y zambombas, el desgarrado són de los villanciscos callejeros. Por medio de este contraste ha querido pintar el Sr. Zamacois la parte de dolor y de soledad afectiva que hay en la existencia de estas brillantes mariposas del placer.

No encierra sólo *Nochebuena* esta nota sentimental, que el autor ha contenido en discretos límites, sin hacerla lacrimosa y afectada. Encierra una sagaz observación del mundo galante. Las figuras de las *cocottes*—la heroína y sus amigas—están llenas de vida, son de un sobrio y seguro realismo, que recuerda el ambiente de *Todos somos unos,* de Benavente. La influencia del teatro benaventiano es manifiesta en la comedia de Zamacois, á quien no se podrá acusar de escoger mal sus modelos.

Cierto que la soledad de la pecadora es algo convencional. Ni en Nochebuena, ni en ninguna otra fecha de las que consagra el calendario doméstico, faltan en una ciudad populosa como Madrid hombres de placer, juerguistas, desgarrados de su hogar ó ausentes de él, muy dispuestos á hacer, en una alegre *reveillon,* la parodia de la cena familiar. Pero algo hay que conceder á la ficción dramática. El Sr. Zamacois ha hecho una obra que conmueve é interesa, y ha sorteado con habilidad y delicadeza los escollos del asunto.

En esta breve reseña, que casi es enumeración, he prescindido, fuera de alguna alusión accidental, de la interpretación de las obras mencionadas, con ser punto tan importante en el teatro y de tan notoria influencia en el destino de las comedias. Exigiría otro tanto espacio ese examen. Además, el juicio de la representación de las obras dramáticas está muy ligado á la actualidad. Por eso he preferido hablar de las obras en sí, suponiendo para juzgarlas una interpretación justa y aceptable, que no es poco suponer.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Higiene educativa: Prejuicios educativos perjudiciales.= Historia: El lema: «Libertad, igualdad, fraternidad».=Filología y lingüística: Las glosolalias y su interpretación psicológica.=Crítica: Mauricio Barrés pintado por sí mismo.=Costumbres: Las mudanzas.= Literatura: Las peripecias de un verso dantesco.

HIGIENE EDUCATIVA

Prejuicios educativos perjudiciales.—Se trata de un libro del Dr. Toulouse, que Emilio Faguet recomienda en *La Revue,* no porque esté bien escrito, ni menos por su originalidad ó su profundidad, pues nada tiene en ese sentido de particular, sino por estar inspirado en el buen sentido, y sus conclusiones son de provechosa aplicación práctica. El libro se titula *Cómo formar un espíritu;* título algo petulante, que pudiera ser reemplazado, según Faguet, por el de *Pequeña contribución al arte de la educación,* ó simplemente por el de *Manifiesto contra una docena de errores corrientes.*

Es, en efecto, muy buen consejo el de recomendar á los niños que observen, en lugar de contentarse con afirmarles verdades autoritariamente. Nótese que el niño de cuatro á siete años es profundamente observador; es la edad de los *por qué,* que indican el espíritu observador del niño y su deseo de darse clara cuenta de sus observaciones. ¿Por qué, desde los siete ú ocho años, cesan los *por qués* del niño? Porque nuestra educación les extravía, apartándoles del método espontáneo que hasta entonces habían venido empleando.

Dice Toulouse que «se puede sentir poco más ó menos lo que se desea sentir», afirmación que deja á Faguet completamente *ébouriffé*, aunque reconoce que la intervención de la inteligencia en la dirección del sentimiento para apartarle insensiblemente de su curso natural, es cosa muy buena y en ciertos límites bastante práctica. Toulouse aconseja suprimir la manifestación externa del sentimiento para reprimirlo. Es posible que esta sofocación redoble la viveza interna del sentimiento así reprimido exteriormente; pero poco á poco llega uno así á dominar sus impresiones, comenzando por los sentimientos menos vivos y concluyendo por los más violentos.

También es buen consejo el relativo al trabajo: «Hay que trabajar con lentitud, y con más calma cuanto más se tenga que hacer.» La lentitud *sin detención* hace ganar tiempo. Dupuytren decía á veces al empezar una operación: «Esta operación exige unos veinte minutos, y no tenemos más que un cuarto de hora; no nos precipitemos. La prisa por acabar es la que impide acabar.»

Faguet bendice á Toulouse, y nosotros unimos á las suyas nuestras bendiciones, por haber protestado contra el exceso y casi contra el uso de los ejercicios físicos. El axioma de los cursis: «hay que hacer que descanse el espíritu por medio de ejercicios corporales», no se sabe el número de enfermos que ha producido. La fisiología burguesa suponía que mientras el cuerpo se fatigaba, el espíritu descansaba. Los fisiólogos serios nos han prestado un buen servicio, demostrando que el esfuerzo muscular fatiga el cerebro, y por lo tanto, el intelectual que después de seis horas de trabajo cerebral hace otras seis horas de ejercicio muscular, aumenta su fatiga cerebral. Las mujeres hacen en general menos ejercicio corporal que los hombres, y viven más. «Para estar bien, conviene poco ejercicio físico.» El aire puro y el desentumecimiento, mediante un paseo de una hora diaria, es lo que necesitan los intelectuales. Los juegos y ejercicios musculares deben reservarse á los que no viven de la inteligencia.

El Dr. Toulouse no se cansa de repetir, y hace bien, que la castidad no ofrece absolutamente ningún peligro. El hombre sólo tiene tres verdaderas necesidades físicas: comer, beber y dormir. Las demás funciones son *funciones de lujo*, necesidades intelectuales, de imaginación, y nada más, aunque tan arraigada se halle la creencia contraria.

Tiene también razón Toulouse en criticar el empeño de muchos padres en enviar á los colegios, escuelas ó Institutos á los incapaces de enseñanza colectiva, que se conocen con el nombre de *retrasados*. Su escasez de inteligencia se agrava con la educación común, con las heridas de amor propio, y llegan al completo abandono por el convencimiento de la propia inutilidad. Para esos seres está indicada sin vacilación la educación privada, ó al menos—y esta es indicación que no hacen Toulouse ni Faguet—la educación en Colegios especiales, semejantes á los establecidos para los anormales, donde se sacaría todo el partido posible de los rezagados, hasta ponerlos al nivel de los normales.

No está Toulouse tan acertado al aconsejar que «no se debe llevar al ejercicio de la actividad ninguna parte de emoción, ningún esfuerzo de sentimiento». Si así fuera, no se haría nada ó se haría muy poco, pues lo que aligera el peso del trabajo es el placer con que se realiza; el trabajo sin emoción es el hastío. Si Toulouse quiere decir que no se debe trabajar con ansiedad, con angustia, con temor febril de hacerlo mal, eso es otra cosa; y así hay que pensarlo, pues Toulouse añade: «Se posee la buena técnica cuando algunos instantes después de haber suspendido un trabajo absorbente, se puede no pensar en él á voluntad.» ¡Muy bien! Los que tienen esa facultad están á salvo: los que carecen de ella están en peligro. Pero eso no quiere decir que durante el trabajo no deba sentirse ninguna emoción; los hombres de buena constitución intelectual son los que sienten una viva emoción (de investigación, de busca, de hallazgo, de nueva busca, de sensación, de progreso, etc.), durante el trabajo, y luego tienen el dón de no

pensar más en él en cuanto llega el momento en que lo suspenden á voluntad.

En lo que está acertadísimo Toulouse es en el modo con que distribuye el tiempo dedicado al descanso. Es absurdo, segun Faguet, el descanso prolongado por largos períodos, un día por semana, ó un mes ó dos por año. En esos períodos, ó se aburre uno, ó se adopta otro género de trabajo, y es dudoso que el cambio de trabajo sea reposo; es una distracción que da la ilusión del descanso, pero no la realidad. La naturaleza no obra así, y hay que imitar á la naturaleza. La fórmula de Toulouse para el caso consiste en «acercarse lo más que se pueda á las condiciones en que trabaja el corazón». Es un error creer que el corazón no descansa nunca; descansa después de cada esfuerzo; se detiene después de cada contracción esperando á recobrar su vigor, como si no hubiera latido nunca. Y eso es lo que debemos hacer: muchos pequeños descansos. Sucede con el descanso lo que con las comidas, y precisamente por las mismas razones, puesto que el reposo es la reconstitución de la actividad.

Viniendo á términos concretos, Toulouse y Faguet aconsejan que, en lugar de descansar diez y seis horas los domingos, se descanse cuatro medias horas al día; es decir, que la jornada de trabajo de diez horas debe cortarse por cuatro descansos de media hora; en lugar de las vacaciones de uno ó dos meses después de diez ú once de vida intensa, deben repartirse esos treinta ó sesenta días seguidos en sesenta ó en ciento veinte medios días de *dolce far niente* entre todo el año. ¿Qué diríamos de un hombre que trabajara seis años de un tirón, y luego descansara un año entero? Pues algo semejante es lo que venimos haciendo con nuestros domingos y nuestras vacaciones.

No; eso sería forzar el argumento, y forzándolo también en sentido opuesto, se llegaría á conclusiones que harían imposible todo trabajo serio. La fórmula de los pequeños descansos está bien; pero no hay que traducirla tan literalmente, y cada

cual debe aplicarla como sus condiciones individuales requieran: se debe descansar en cuanto se sienta la fatiga, y en todo caso no trabajar nunca más de dos horas seguidas, especialmente cuando se pasa de los cuarenta años, pues si antes se ha podido abusar sin grave trastorno, después todo exceso se paga, y la medida normal es esa.

Faguet felicita calurosamente á Toulouse por insistir con energía contra el sistema de ocultar á los adolescentes todo lo relativo á las relaciones sexuales, accidentes que de ellas pueden resultar, enfermedades que ocasionan, etc. Dejar que los niños lleguen á saber esas cosas por la enseñanza mutua es una cobardía, cuyos resultados espantan. Es preciso, según Toulouse y Faguet, que los niños, llegados á la edad de la pubertad, varones ó hembras, sean informados seriamente, gravemente, hasta tristemente, pero completamente, de todas esas cuestiones. Es preciso, sobre todo, que no las lleguen á saber por medio de confidencias, mezcladas siempre, más ó menos, con fines de depravación. Las madres deben instruir á las hijas, y los padres á los hijos, al llegar á la edad de la pubertad, y para ello nada mejor que encajar esas enseñanzas en un cuadro general, donde, hablando de antropología, se dedique una lección á las relaciones sexuales; hablando de higiene, se consagre otra á los cuidados necesarios, averías posibles, etc.

En principio hay que convenir en que Toulouse y Faguet tienen muchísima razón: todo, en efecto, antes que el aprendizaje por confidencias corruptoras, que despiertan apetitos y sensaciones que llevan más ó menos directamente á la depravación, con gravísimo daño de la salud y de la pureza del alma y del cuerpo. Pero, ¡cuán difícil es, aun para los que aceptan este modo de pensar, hallar la ocasión y el modo de hacer esas revelaciones! Jamás daríamos para ellas una regla general: cada padre y cada madre, estudiando á sus hijos, vigilando sus palabras y sus actos, debe espiar el momento oportuno, é ir preparándolo poco á poco, con suavidad, con lec-

turas adecuadas, para amortiguar el golpe y evitar en lo posible los muchas veces funestos resultados de tales conocimientos.

HISTORIA

El lema «Libertad, igualdad, fraternidad».—La divisa de la República francesa es la que expresan las tres hermosas palabras—no pasan casi nunca de palabras:—«Libertad, igualdad, fraternidad». Esta República las ha heredado de la República anterior, la de 1848, cuyo Gobierno provisional la adoptó en su primera proclama al pueblo, el 24 de Febrero, disponiendo dos días después que se inscribieran en la bandera tricolor.

¿Ha sido también esa divisa la divisa de la Revolución y de la primera República? Así se venía creyendo; pero Aulard ha dedicado al examen de este asunto un erudito trabajo en la *Revue Bleue*, y de él resulta que la elaboración del lema ha sido menos sencilla de lo que veníamos creyendo.

Realmente, ni la Revolución ni la primera República tuvieron divisa ó lema oficial, pues ni la Constituyente, ni la Legislativa, ni la Convención adoptaron, ni menos impusieron, divisa ninguna, como lo hizo el Gobierno provisional de 1848. Hubo, sí, usos ó prácticas determinadas, pero nunca se llegó á la adopción de un lema. Así, por ejemplo, cuando la ley de 22 de Diciembre de 1789 formuló el compromiso de fidelidad «á la nación, á la ley y al rey», se pusieron á veces á la cabeza de ciertos documentos las palabras: «La Nación, la Ley, el Rey», que formaban como una especie de divisa, como otras veces se ponía: «Vivir libre ó morir».

La primera palabra aceptada por todos, como consecuencia de la Revolución, fué la de *libertad*. Todos los franceses eran libres, pero no todos eran iguales; el censo los dividía en ciudadanos *activos*, con derecho á votar, y *pasivos*, sin ese derecho. El golpe de Estado del 10 Agosto de 1792, que derribó

á Luis XVI, suprimió aquella distinción, y la libertad vino entonces á robustecerse con la *igualdad,* dictándose el 14 de Agosto un nuevo juramento cívico, en el que se afirmaba la fidelidad á la Nación y el mantenimiento de la Libertad y la Igualdad. La ley de 25 de Agosto del mismo año, que ordenaba la acuñación de nuevas monedas, consagraba también las dos palabras, aunque invirtiendo el orden, pues disponía que la leyenda de las nuevas piezas diría: «Igualdad, Libertad». La inversión no fué del agrado del pueblo, y el club de los Jacobinos se tituló «Sociedad de los Amigos de la Libertad y la Igualdad». Puede decirse que desde el 10 de Agosto de 1792 esas dos palabras fueron la divisa preferida de los patriotas ó revolucionarios, sin que prevaleciera su inversión, á pesar de que el *Boletín de la Convención* la llevaba á la cabeza de cada número.

Libertad é Igualdad parecían los dos principios esenciales del programa revolucionario, de tal modo que en el preámbulo de la ley del 11 pradial (1) del año II se habla de «basar las leyes en los principios de la Libertad y la Igualdad». El uso de esta divisa, no prevista por ninguna ley, se mantuvo generalmente hasta mediados de la época del Consulado, y poco á poco fué cayendo en desuso, hasta que en los primeros años del Imperio acabó por desaparecer del todo, no encontrándose ya ningún ejemplo de su empleo posterior al año 1808. En el extranjero se la consideraba como divisa oficial de Francia, y las repúblicas fundadas á la sombra de la francesa la adoptaron también. Así se lee en el encabezamiento de los documentos de la república romana el membrete: *Libertà, Uguaglianza.*

Los aficionados á los lemas trimembres adicionaban el lema

(1) *Pradial* se ha traducido siempre *prairial,* pero es un solemne disparate castellano. Si se tratara de un vocablo intraducible por carecer de raíz propia en nuestra lengua, se comprendería el transporte al castellano de la voz francesa; pero si el francés sacó de *prairie prairial,* ¿por qué el castellano no ha de sacar de *prado pradial,* ó de *pradera praderial,* conforme á los principios de la evolución de sus voces?

corriente con otra palabra; pero esta palabra no era siempre *Fraternidad*. La Sociedad popular de Granville usaba la divisa *Libertad, Igualdad, Virtud;* la de Valognes, *Igualdad, Libertad, Virtud;* la del Departamento del Cher, *Libertad, Igualdad, Unión*; la del Herault, *Libertad, Justicia, Igualdad;* la más usada, sin embargo, era la de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, que al fin prevaleció.

La tradición atribuye á esta divisa origen masónico, y en la logia de las Nueve Hermanas, según Luis Combes, figuraba entre otras varias, aunque Luis Aimable no la cita en la monografía que dedica á la logia citada. Más positivo es el hallazgo de ese lema en una epístola de Voltaire, en que celebra, en 1755, el lago Lemán y las virtudes helvéticas. Según Larouse (¿es de Combes el artículo?), la fórmula trimembre apareció por primera vez en París el 14 de Julio de 1700, en la gran fiesta de la Federación en el Campo de Marte, pudiéndose ver inscrita en varias banderas, especialmente en las del Delfinado y Trascondado. Aulard no ha podido comprobar este aserto, y lo que puede asegurarse es que el lema no figuraba en ninguna de las 60 banderas de los distritos de París; estas divisas celebran la libertad, la unión, la ley, la patria y el rey; ninguna invoca la igualdad, y sólo en una, la de Val-de-Grace, se cita la fraternidad.

Hay que llegar á 1791 para encontrar el famoso lema trilógico. Entonces, el 29 de Mayo, el exmarqués de Girardin, el amigo de Rousseau, pronunció en el club de los Franciscanos un discurso, en el que hablaba de Igualdad, Justicia y Fraternidad, y á consecuencia del cual el club acordó que, debiendo convenir el uniforme nacional á toda clase de ciudadanos, es necesario que sea sencillo, sólido y de un mismo color, con una placa del lado del corazón que lleve estas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*». No por eso la fórmula se hizo popular, porque en aquellos tiempos de guerra civil y de lucha de clases, no era fácil que el aristócrata mirara al patriota como hermano, ni que los descamisados de los ejércitos

republicanos se avinieran á ver hermanos en los realistas de la Vendée ó en los emigrados de Coblenza; pero, de todos modos, ¡la palabra se abría camino y la fórmula estaba lanzada. El abate Gregorio, demócrata cristiano, decía de la religión el 26 de Septiembre de 1791: «Hija del cielo, nos trae la *Fraternidad*, la Igualdad, la Libertad.»

El Directorio del departamento de París fué quien popularizó la divisa en 1793, ordenando, á propuesta del ciudadano Momoro, que en todo el mes de Julio, como plazo, los propietarios ó principales inquilinos harían pintar en la fachada de sus casas, en nombre del patriotismo y de la libertad, estas palabras en grandes caracteres:

«Unidad, indivisibilidad de la República,
Libertad, Igualdad, Fraternidad ó la Muerte.»

Esta orden fué ejecutada en París y copiada en otras poblaciones, y hoy todavía existe, profundamente grabada, aunque encalada, por encima de la puerta de la Facultad de Derecho de la plaza del Panteón.

Chamford, según Mercier, decía, comentando aquellas inscripciones, que la famosa diosa, con su «Fraternidad ó la Muerte», quería decir: «Sé mi hermano, ó te mato.» Claro es que el sentido no era ése, sino el de la fórmula del juramento cívico «Vivir libre ó morir». Pero bajo el Terror, las palabras de la divisa, con su adición «ó la muerte», se tomaron en sentido de amenaza contra los aristócratas. De ahí que, pasado el 9 Termidor, empezó á sentirse el deseo de hacer desaparecer las palabras «ó la Muerte», y comenzaron las peticiones de las secciones con ese objeto, hasta que el Directorio declaró que no podía hacer más que dar el ejemplo á sus conciudadanos, reemplazando la palabra *Muerte* por las de *Justicia* y *Humanidad*, que figuraba en su casa de la plaza Vendôme. Poco á poco fué así desapareciendo la fórmula, y desde el Consulado dejó de inscribirse en los monumentos, hasta que la segunda República impuso su empleo.

FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA

Las glosolalias y su interpretación psicológica. — Muy interesante y original es el estudio que en el *Monitor de la Educación común,* de Buenos Aires, publica Rodolfo Senet sobre el curioso tema de Patología verbal, que sirve de encabezamiento á este artículo.

El término *glosolalia* — que, dicho sea entre paréntesis, no nos parece el más adecuado, ni tampoco el de *estoglosia,* que propone Senet, pareciéndonos preferible el de *puerilalias*—se usa en Psiquiatría para expresar el trastorno que da por resultado la producción de un lenguaje anormal por el empleo de automatismos fónicos, que tienden á revestir la forma de un idioma distinto del hablado normalmente por el sujeto.

Estos fenómenos pueden ser aislados ó colectivos. Lombard encuentra semejanza en todos ellos, á pesar de las diferencias de lugar y tiempo, y piensa que pueden englobarse en cierto número de grupos fijos, como lo había ya intentado Flournoy en 1900. La clasificación de Lombard abarca tres grupos: 1.° Fonaciones inarticuladas y fenómenos conexos, tales como los gritos, suspiros, sollozos, murmullos, etc. — 2.° Glosolalias propiamente dichas, producto de una actividad subconsciente, como en los casos de éxtasis alístico; á este grupo corresponden las voces ininteligibles de los poseídos, los casos de pseudolenguaje, en el que falta la correspondencia entre los sonidos y las ideas; los galimatías de los ensueños, y las formaciones neológicas ocasionales ó sistematizadas.—3.° *Fenoglosias* ó voces extranjeras, desconocidas del que las emplea, en cuyo grupo pueden figurar las irrupciones aisladas de palabras exóticas, las falsificaciones lingüísticas y el dón de lenguas de la tradición ortodoxa.

Extendido á la glosolalia fisiológica, podrían también dividirse las glosolalias en *normales* (propias del niño y de no pocos

adultos), y *patológicas,* que no son más que la exageración de las primeras, explicables por una involución psíquica, un retorno á la niñez. Las normales son un fenómeno general, estimado como cosas de chicos, pero que obedecen á un principio general.

Si se estudia el fenómeno atentamente, se observa desde luego que las glosolalias de los varones no son usadas por las niñas, y viceversa, siendo más frecuentes en las niñas que en los niños. Así, cuando los niños quieren echar suertes para saber quién es el último, á quién toca la *mancha,* el *mosquito bombo,* la *paja,* etc., dicen (todo en Buenos Aires, aunque el origen claro es que es español, y se encuentra igual ó con ligeras variantes en España):

Lori bilori,
Vicente colori,
Loribirín,
Contramarín,
Picarisote,
Afuera chicote. (1)

Las niñas, por su parte, para el mismo efecto, emplean esta otra fórmula:

Uni, duli, pimpolín,
cuatro letras en latín,
la coqueta estaba en ella,
salta tú la puerta afuera (2).

---

(1) En Salamanca solíamos decir:

«Zurrón,
butón,
de la buta butera,
cerriquili,
¡fuera!».

(2) En Guadalajara dicen las muchachas para echar suertes:

«Pití, capitón
de mi San Antón;

O bien esta otra:

Una, dona,
tena, catena,
somacarabaca,
debirabirón,
andaba la reina,
con cinta de oro,
para el toro.

Los juegos del corro están llenos de glosolalias, ya revistan sus cantos la forma de cuentos, ya otra cualquiera:

Esta era una madre que biraba, biraba
de pico y picotaba
de pomporerá.
Tenía tres hijos, berijos, berijos,
de pico y picotijos
de pomporerá.
El uno iba al estudio, berubio, berubio,
de pico y picotubio
de pomporerá.
El otro iba á la escuela, biruela, biruela,
de pico y picotuela
de pomporerá.

---

me dijo María
que en este ó en este,
estaría.»

En Badajoz se dice, pero por los muchachos:

«Uni, doli, teli, catoli,
quili, quileña,
estaba la reña
al pie de una peña;
vino Gil,
quebró un cuadril,
cuadril, cuadrilón,
cuéntalas bien,
que veinte son.»

Con variantes distintas se halla este tipo de glosolalia en casi todas las provincias.

El otro iba á perdices, berises, berises,
de pico y picotises
de pomporerá.
Y aquí se acabó el cuento, biruento, biruento
de pico y picotiento
de pomporerá (1).

En todas las edades de la vida se emplean las glosolalias; pero hay una edad especial, la segunda infancia, caracterizada por el mayor uso de este género de lenguaje. Unos se limitan á imitar siguiendo la corriente, y otros son innovadores, llegando á crear lenguajes especiales (*yopo-mepe-llapa-mopo-feper-napan-dopo,* y hasta simulando falsificaciones lingüísti-

(1) Por el estilo de éste es el conocido del gatito:

«Estaba el señor gatito
birulito,
en silla de oro sentado
birulado, etc.

Pero es más típico este otro del juego del corro:

«Ambo, ato,
matarilerilerile,
ambo, ato
matarilerilerón.
A *Fulana* quiero yo,
matarilerilerile,
á Fulana quiero yo,
matarilerilerón, etc.»

También merece consignarse el del juego del *Pin pin:*

«Pin, pin
zaramacatín,
la pega, la mega,
la tortolega
pasó por aquí
vendiendo los huevos
á maravedí.
El mortero
la cuchar
¡zape, aquí!
Vete á acostar.»

cas en indio, chino, etc.). Nada más conocido que las frases de cariño que las madres, las amas de cría emplean con los niños de pecho: «repiquirimititín, pirlonchimino, chichito, colito, remonononín, etc., voces que sirven para dar salida á estados emotivos ó afectivos intensos. Cuando el sujeto es indolente ó se halla en estado de anestesia psíquica, el lenguaje glosolálico no brota; pero cuando es sensitivo y en los estados de hiperestesia psíquica, la glosolalia surge espontáneamente, como la risa ó el llanto.

Es, pues, la glosolalia una forma de expresión eminentemente afectivo-emocional, y no exteriorizando sino afectos y emociones, hay que descartar de ella el factor intelectual, pudiendo compararse á la interjección ó á la frase interjectiva. Fisiológicamente son articulaciones reflejas, pero de origen emotivo. Por eso no significan nada, y es inútil tratar de interpretarlas ni explicarlas intelectualmente. No son realmente, como algunos quieren, un trastorno del lenguaje de transmisión, pues entonces se reducirían á *disfasias motrices;* no pueden confundirse con las *disartrias*, porque no hay en ellas síntoma alguno de parálisis; ni con *dislogias,* porque en ellas no hay propiamente ideas ni perturbaciones de ideación. Por todo esto, y para marcar su carácter puramente emocional, preferiría Senet que se llamasen *estoglosias:* variedad de las *estocinesias* de Sergí.

Las primeras palabras que el niño aprende, fuera de las que oye repetir con más frecuencia, *papá* y *mamá,* son sustantivos concretos, y apenas comienza á hablar, pasada la crisis de la dentición, entra en el período onomatopéyico; el perro es *guau-guau,* el gato *miau-miau,* el pájaro *pi-pí,* etc.; del mismo modo procura exteriorizar las sensaciones y percepciones, llegando hasta á formular juicios y raciocinios más ó menos aglutinados y sintéticos en expresiones onomatópicas. De aquí las *fasogenocusias* (palabras de origen auditivo, onomatopeyas propiamente dichas), *fasogenokinesias* (voces generadas por el movimiento, también abundantes), *fasogenopsias* (de origen

visual, muy corrientes), *fasogenestesias* (de origen tactil, no raras), *fasogenalgias* (originadas por el dolor), *fasogenogensias* (de origen gustativo, bastante oscuras) y *fasogenosmias* (de origen olfativo, tan oscuras como las gustativas).

La asociación de sensaciones y su trastrueque es fenómeno normal. Los fotismos y fosismos son fenómenos muy corrientes, y la audición coloreada es un hecho muy general, lo mismo que la cinética, menos estudiada. En las estoglosias la idea es un factor secundario ó nulo (1); pero su carácter emotivo obliga á relacionarla con las demás *glosias, fasias* y *lalias* para explicar su generación y su evolución.

Si quisiéramos establecer la graduación evolutiva de las estokinesias y sus modalidades, tendríamos las fases siguientes: 1.ª Estokinesias simples (reacciones del protoplasma). 2.ª Estokinesias complejas (actitudes estofosias). 3.ª Actitudes, gestos, estoglosias. 4.ª Lenguaje mímico eideosoráfico. Manifestaciones superiores del arte. Lenguaje racional.

CRÍTICA

MAURICIO BARRÈS PINTADO POR SÍ MISMO.—Pocos escritores han sido tan alabados como Barrès, á quien se han consagrado libros enteros de elogios, apologías tan exageradas, que una de ellas se titula *Nuestro Maestro Mauricio Barrès*, como si quisiera decir: «Nuestro Señor Jesucristo». La glorificación de Barrès es, sin embargo, exclamativa; se le enaltece sin demostración; y lo que sucede con estas exageraciones es que se excita á otros á llevar la contraria. Así ha sucedido con Pablo Reboux, que ha hecho un análisis de las obras de Barrès para

(1) Cuando ella prima, dejan de ser estoglosias, para ingresar al lenguaje racional, añade Senet, destrozando horriblemente el castellano: ¡Qué lástima de lengua! ¡Qué manía de decir en galiparla las cosas más lisas y llanas, convirtiendo en oscuro lo semiclaro.

reconstituir su personalidad, no quedando muy bien parada la figura del ilustre nacionalista con este análisis.

Anatolio France había ya calificado á Barrès de «Budha político y literario», y no deja de tener razón, pues Barrès se considera un ídolo: «Mi Yo, dice en *Un homme libre* (180), es celoso como un ídolo; no quiere que le abandonen; ese cansancio, esa hartura nerviosa me habían ya advertido cuando yo me descuidaba por adorar á otros.» «Los Sainte-Beuve y los Constant no valen sino como espejos de aumento para ciertos detalles de mi alma.» Tan penetrado está de su cualidad de Dios, que no vacila en escribir en sus *Amori e Dolori*: «Esas bolitas floridas (las mimosas) no sabían que estaban allí por mí tanto como por las abejas, para que su mirada y su soplo embalsamado me hiciesen aquella hora inolvidable.»

Su doctrina se condensa en estas fórmulas: «Tomar el pulso á nuestras emociones es digno y suficiente empleo de la vida (*Sous l'œil des barbares*, 20).» «Sólo dos cosas importan: 1.ª Desarrollarse á sí mismo para sí mismo. 2.ª Ser bien educado (*Ibid*, 126).»

Como Budha y como Jesús, Barrès se aisló también una temporada; pero se hizo acompañar por un amigo, del que dice, sin embargo: «¿Por qué me he de inquietar en explicar esa alma que no es la mía? Basta que os haga ver á Simón en los instantes en que, comparándome con él, sacaréis de ello el conocerme mejor (*Un homme libre*, 35).» Una vez metido en su retiro, hace bajar los stores «para ocultarse la ignominia del mundo»; permanece «acostado todo el día, cuidándose únicamente de interrogar á su conciencia», y se impone la ley cartujana del silencio, aunque para marcar ciertos días con algunos rasgos singulares, dispone que él y su amigo se vistan «de frac, con corbata negra y zapatos de charol, bebiendo té y tomando golosinas y no acostándose hasta el alba».

De aquel voluntario destierro salió Barrès hecho un patriota, refractario á todo lo extranjero: «¿Qué queréis que me importe todo Wagner?» dice en *Les Amitiés françaises;* ni Wag-

ner, ni nada que no sea francés. ¿Tienen acaso alma los alemanes?—«Escucha, papá, voy á decirte una cosa: si en Alemania no tienen alma los perros, ¿crees tú que la tienen las personas?—Es algo tonto lo que estás pensando; pero mira, quede entre nosotros: yo mismo pienso lo que tú.»

Sus ideas sobre la mujer son singulares: «Las jóvenes son animalitos burlones, egoístas y ardientes» (Prefacio de *Venus*, X). «Gocemos y bailemos, pero veamos claro: hay que tratar todas las cosas como los hombres de talento tratan á las jóvenes; las jóvenes, por lo menos en deseo, se entregan á todos los imbéciles; hay, pues, que hacer poco caso de las jóvenes (*Un homme libre*, 82).» Para disciplinar á la mujer debe acostumbrársela á todo: «Como ropa blanca, la había rogado que no llevara sino telas gordas y ásperas; le complacía que esta especie de cilicio atenuado le ligase constantemente en el espíritu de la joven á una molestia de orden tan íntimo. (*Du sang, de la volupté et de la mort*, 22).» Le gustaba hacer creer á su amante que se iba por dos meses para hacerla llorar, lo que le proporcionaba «una delicada sensualidad», cuando pensaba en volver á los dos días. Quiso mucho á una tal Berenice, y «para que se ennobleciese en una atmósfera adecuada á sus sentimientos melancólicos y acalenturados», la instaló en el país de Aguasmuertas (*Ibid*, 115). «Toledo hubiera sido para Berenice una jaula excelente; allí no hubiera tenido las fiebres que suben todas las tardes de los estanques de Aguasmuertas; pero para justificar su agotamiento habrían bastado aquellas estrechas callejuelas, y los chinarros puntiagudos del empedrado herirían á veces sus talones, hasta el punto de que sus ojos se llenarían de lágrimas.» Para el caso de agonía de la desdichada, tiene consuelos como éstos: «Vas á morir, perfección querida; la muerte vã á contraerte entre mis brazos; en estos últimos minutos confíame tu último aliento, para que yo lo eche en mis primeros suspiros de duelo; deja que mi cuerpo tome del tuyo el supremo calor, para que yo caldee algunas horas más tu cadáver (*Ibid*, 53).»

Antes de su sublime retiro, Barrès había gastado poca clemencia con los literatos: «En cuanto á Ohnet, espero que dentro de poco nos lo van á guillotinar» (*Taches d'encre*, 46). ¡El señor Deroulede! He ahí un mozo generoso que haría mejor en comprarse un buen tratado de versificación para aprender á no hacer más versos. ¡Y que patriótico sería esto!» (*Ibid.* 47).

Después ya es otra cosa. «A la hora en que Zola es aclamado en Italia, nos vemos forzados á reconocer con orgullo que hay todavía en nuestra raza hombres que saben imponer su admiración á los pueblos.» Recientemente, sin embargo (*Echo de París*, 10 Marzo 1908), decía: «Nada debemos á la labor de Zola, que siempre nos ha horrorizado, cuando no nos ha hecho bostezar.» Contradicción semejante se halla cuando trata de Taine: «el primero de los analistas de este tiempo» y «gran historiador de las pasiones intelectuales» por un lado, y «vieux cuistre (viejo pedante)» por otro. Pero esas son fruslerías. Otros pecados más gordos pueden descubrirse en sus obras.

Estos, por ejemplo: «He visto á una serpiente boa morir de hambre, arrollada en torno de una campana de cristal que encerraba un cordero» (*Un homme libre,* 100). ¿Qué tal? Para morir de hambre una boa necesita estar sin comer algunos meses. ¿Qué sería del pobre cordero entre tanto? ¡Bueno quedaría!» Este perro cobró afecto, sin embargo, al que le alimentaba con bondad, y una noche, habiéndose deslizado hasta la almohada de Andres, adormecido, le murmuró como una musa de la Restauración: «Soy yo, no lo digas» (*L'ennemi des lois*, 161). ¡Vaya un perro listo! ¡Ni la burra de Balaam! ¿Y esta imagen: «El altar de plata tiene menos brillo que esa roca, *helada* por besos *ardientes?*» (*Amitiés françaises,* 220). Corre parejas con esta otra: «Venecia tiene caprichos, pero no estaciones. Sólo conoce de ellas lo que le cuentan las nubes cuando *suben al cielo* para casarse con la laguna» (*Amori et Dolori Sacrum*, 142). ¡Vaya un matrimonio bien avenido el que van á hacer con la laguna las nubes subiendo al cielo!

En cuanto á delicadeza y gusto para la elección de imáge-

nes, hay que convenir en que Barrès suele estar poco afortunado: «Mi sueño fué siempre asimilar mi alma á un organillo, para que me cantara los aires más variados cuando me agradara oprimir tal ó cuál botón.» «Hay liras en todas las cimas de Francia.» «Hay penacho en una joroba.» «El cochero se puso á cantar por sí mismo una especie de queja gimiente y monótona que á pesar del aire vivo me trastornaba el corazón: era una canción tan agobiada y tan yacente, que temía uno se metieran en ella las moscas.» Esta afición de Barrès á la vagabundería cerebral le impulsa á confesiones como éstas: «Nunca he sabido comprender qué interés puede encontrarse en una narración, sea la que quiera.» «¿Habéis notado que la claridad no es necesaria para que una obra nos conmueva? El prestigio de lo oscuro en los niños y en los simples es positivo.»

La afición á apartar las palabras de su verdadero sentido y de atribuir á las anécdotas un sentido hermético, puede hacer creer que Barrès es un lujurioso. ¿Cómo si no explicar ciertas frases suyas? «De todos los cafés, el único admisible es el servido por mujeres.» «Hemos perdido la costumbre de la castidad. Por eso hemos ido á misa; y entre las jóvenes hemos distinguido á una muchacha por su fresca salud y su impersonalidad. Hicimos, pues, un arreglo con la familia de esta joven, y tuvimos por ello satisfacción.»

Ni siquiera como estilista puede pasar Barrès, pues realmente hay en sus obras descuidos de redacción tan patentes, que saltan á la vista del más miope: «En algunos paseos de salud, *cortados por frescas pastelerías* en la plaza de la Estrella, es donde yo», etc. «Es frecuente que un apasionado por los tulipanes raros se desinterese de sus más bellas *flores* desde el día en que mueren unos *señores* cuyos *amores* consistían en exasperar sus vanos *ardores*» (1). Hasta da tropezones de ma-

(1) El francés dice: «Se désintéresse de ses plus belles fl*eurs* du jour que m*eurt* un amat*eur* avec qui c'était son bon*heur* d'exaspérer sa vaine ard*eur*.» He tenido que modificar algo el original para que se perciba en

las concordancias y de mal empleo de los auxiliares y de los posesivos, como si se tratara de un estudiantillo poco aplicado.

En fin, que no hay por donde coger á Mauricio Barrès, á pesar de la mucha trompetería que han puesto á su servicio sus amigos personales y políticos, si hemos de creer (y las citas son exactas, pues hemos comprobado algunas para asegurarnos de su exactitud) lo que dice Paul Reboux, sin más que presentar sus propios textos.

COSTUMBRES

Las mudanzas.—Hacen mal los que se mudan, y sobre todo los que tienen la manía de las mudanzas; tal es la conclusión de Renato Boylesve. Llegado el otoño ó la primavera—sin contar las demás épocas del año, menos propicias al caso,—nunca dejan de verse parados en medio de la calle esos enormes vehículos que parecen de otro siglo, con sus ruedas enanas, su estiramiento gigantesco y sus abultados caballos, dispuestos á á llevarse una casa entera con sus muebles, sus ropas, sus trastos, sus cuadros y sus libros.

No es posible asistir á una mudanza sin enternecerse. «Mudarse—dice Boylesve—es morir tres días ó provocar tres semanas de convalecencia.» «Tres mudanzas, dice la sabiduría popular aquí en España, equivalen á un incendio.» Pero entonces, ¿por qué se muda uno? Generalmente, no es porque se esté mal, sino porque se quiere estar mejor. El deseo y el gusto por el cambio y la ilusión de mejorar, explican casi siempre el capricho de la mudanza. Se dedica todo el cuidado posible á instalarse uno bien, y cuando se ha llegado á crear un retiro delicioso, no se piensa sino en salir de él.

Todos ó casi todos los placeres de los ricos y los entreteni-

---

castellano el sousonete, haciendo sensible la falta de que se trata, pues traduciendo de otro modo no resultaba la murga en castellano.

mientos de los pobres tienen por objeto el atraerlos fuera de su casa; y sin darse de ello cuenta, todos tratan de huir del hogar, de pasar fuera de su casa el mayor tiempo, porque la casa, dice Boylesve, «no son sólo las piedras, los ladrillos, las colgaduras y los muebles, sino que es la mujer, el marido, los hijos, los hermanos y las hermanas; es la atmósfera de inquietante misterio formada en torno de las almas emparentadas». Por eso se va—habla siempre Boylesve—á la calle, á los almacenes, á los cafés, al paseo, al teatro, á todas partes, con tal de no estar en casa.

Y ¿por qué huímos de estar en casa? Porque la casa nos obliga á gastarnos, á fatigarnos, á hacer un esfuerzo sentimental y moral, porque nos obliga á reconcentrarnos. Por eso mismo huímos de la soledad. «Poned á un hombre sólo en su habitación, y se aburre», ha dicho Pascal. «Y no es porque esté solo, añade Vontade, sino porque la habitación ha hablado; hay en las habitaciones en que se ha vivido un murmullo incesante que nos dice: «Acuérdate de lo que fuiste, de lo que quisiste ser, piensa en lo que eres.» Y eso es lo que nos vuelve á nosotros mismos, al sentimiento de nuestra impotencia, de nuestra fragilidad, recordándonos que somos mortales y haciéndonos huir en busca de otras impresiones.»

Todo esto me parece alambicado y falso. Nos gusta salir de casa porque nos gusta variar de impresiones, porque la repetición de las mismas sensaciones, por deliciosas que sean, nos fatiga. Con eso basta y sobra para explicar el gusto por salir, no por huir de casa, pues sólo huyen los disipados, los viciosos y los desgraciados, unos para buscar placeres más ó menos lícitos y otros para escapar del infierno de su domicilio. Pero eso, dígase lo que se quiera, es la excepción. La regla general es que todos salgamos de casa sin huir, en busca de distracciones y movidos por la necesidad natural del cambio exigido por la complejidad de nuestra existencia.

En lo que sí hay que convenir es en que no hay mujer, á pesar del trastorno y de los malos ratos de la mudanza, que no

se complazca en disfrutar del placer de la nueva instalación. Es la ocasión de refrescar ó renovar el mobilario, de desplegar el gusto por la novedad, y todas son sensibles á este encanto, que es la compensación de los disgustos y trabajos de la mudanza... Alberto Flament ha tratado de guiar á las señoras en este terreno, hablándolas, en un interesante artículo, del «mueblaje de estilo».

Hace treinta años estaba en boga el Renacimiento, y para poner un cuarto á la moda había que atascar las habitaciones, si se quería pasar por puro, de objetos heteróclitos y negros, vistiendo de terciopelos, felpillas y pelusas las ventanas, cosa que, sin embargo, jamás se había visto en la época de los Valois, que se intentaba reproducir. Hoy todo se ha convertido en «fin XVIII», y para estar en estilo hay que vivir casi en el valois. Las paredes blancas sólo están guarnecidas de un pastel, de un retrato, género Nattier ó Fragonard, y algunos grabados, sacados de cobres viejos ó groseramente falsificados. Suelos desnudos, algunas *bergères* cubiertas de antigua, clara y fragil sedería, unas sillitas con respaldo de lira ó recostadas en guirnalda, y unas cónsolas de mármol blanco con un sólo objeto de valor encima, completan ese conjunto sin atmósfera ni vida, sin nada que denote la edad, ni aún el sexo del habitante, pues hay solteros que están alojados así. Las ventanas veladas con muselina unida y trasparente dejan ver la luz uniforme sobre esas cosas invariablemente blancas, porcelanas, telas y paredes, y no sabe uno ni donde sentarse ni donde recogerse. Fuerza es confesar que entre decoraciones tan *puras* se siente indefinible tristeza, algo así como una sensación de vacío y de muerte, de país abandonado y desierto.

Si resucitaran nuestros abuelos, se quedarían asombrados, con razón, los del tiempo de Luis XVI sobre todo, al ver cómo nos imaginamos copiar sus interiores. ¿Cómo habían ellos de vivir en piezas tan sosas y tan frías como esas, què parecen salas de museos pobres? Ellos amaban la vida y vivían de otro modo. Lo que crea una atmósfera, lo que *habla* en las casas,

son los muebles legados por las generaciones precedentes, de los que no se desembarazaban las gentes como lo hacen hoy. Claro es que la mujer joven se arreglaba un cuartito tocador ó un gabinete á su gusto ó á la moda del día; pero el resto de la casa conservaba su antiguo mobiliario, sillerías anticuadas, cofres añejos, cuadros de familia; y no se temía mezclar lo antiguo con lo moderno, porque cada cosa tenía su utilidad, su gracia particular, sus recuerdos, y todas se respetaban porque todas eran amistades antiguas y probadas.

¡Cuántas veces se oye decir á una señora en casa de un mueblista: «Sí, este mueble es precioso, este juguete es lindísimo, pero no puedo comprarlo porque no iría bien en mi cuarto; no es Luis XVI»! ¿No sería conveniente reaccionar contra semejantes tendencias? Hemos sido *Imperio,* hemos sido *Renacimiento,* hemos sido *Luis XIV.* ¿Por qué no atrevernos á ser «sin estilo» y querer lo bonito de todos los tiempos? Hay que querer todos los estilos, y poseer, cuando se puede, todo lo que han dejado de bello el siglo XIV y el XIX, la Antigüedad y el Renacimiento. Puede uno tener gusto de agrupar las cosas de la misma procedencia, pero sin olvidar que no llevamos ya calzón de seda, ni pelucas empolvadas, ni casacas, ni corazas. Claro es que se necesita gusto para colocar una fotografía al lado de una figurita de Tanagra, para no dar en la cursilería del bazar; pero eso ya es asunto de otro orden, y un ama de casa ilustrada tiene casi siempre el tacto necesario para disponer las cosas de modo que no choquen al buen gusto.

LITERATURA

LAS PERIPECIAS DE UN VERSO DANTESCO.—Se trata del famoso verso de la *Divina Comedia (Infierno,* VII, 1), que dice:

Pape Satan, Pape Satan, aleppe,

una vez más interpretado en el *Corriere d'Italia,* de Roma, por Gabriel María de Aleppo, profesor de árabe en las escue-

las de misiones de Italia, del convento de Capuchinos de Palermo, y en *El Monitor de la Educación común,* de Buenos Aires, por Rodolfo Senet.

Para este último, el verso dantesco es sencillamente una frase glosolálica, y el Dante en este caso un estoglósico. Quería producir una impresión, y la produce. No es una frase que suene á cólera, á furor, ni provoca ninguna idea semejante, sino sólo la de vaguedad, misterio, nebulosidad. Es empeño inútil buscar la lengua á que pertenece, porque no corresponde á ninguna, y es y debe ser intraducible. Esas palabras las dice Plutón, y el Dante no puede hacer hablar á Plutón en ninguna lengua conocida; trata de producir una impresión y acude á una glosolalia, único modo de lograr su propósito y única solución posible del problema de hacer hablar á Plutón.

No han pensado así los comentaristas del Dante, ni lo piensa tampoco el Capuchino Aleppo, ni el mismo Galli, que en la *Rivista d'Italia* pasa la vista á todas las opiniones emitidas por los eruditos sobre este asunto. Veamos cómo surgen esas palabras en el poema, para darnos cuenta clara de la situación.

El Dante, al entrar en el infierno, se ve rodeado de terribles amenazas y de espantosas visiones. En la puerta de ingreso tropieza con la tremenda inscripción del *Lasciate ogni speranza;* avanza, y se encuentra con los gritos y aullidos de Caronte, Minos y Cervero; en el quinto círculo le aterra Flegias; en el sexto tropieza con las tres furias y con los diablos; en el séptimo, con el Minotauro; en el octavo, con el monstruoso Gerión, y en el noveno, con los bestiales gigantes. Plutón, que es el guardián del cuarto círculo, grita furiosamente y sale al paso al Dante y á Virgilio, aullando así:

Pape Satán, Pape Satán, aleppe...

Claro es que Plutón, con esas misteriosas palabras, amenaza á los dos poetas; pero ¿qué les dice? Y aquí es donde la exégesis dantesca despliega todas sus galas de erudición, torturando el ingenio de los dantófilos.

De los antiguos comentaristas, Pedro de Dante, Guiniforte, Landino, Vellutello y Daniello, sin meterse en honduras, se limitan á declarar que Plutón quería expresar con aquellas palabras el asombro que le causaba el atrevimiento del Dante y de Virgilio, pidiendo auxilio al Padre Satanás, como demonio mayor y jefe del infierno. Así el Ottimo decía: «Pape es una parte de la gramática que demuestra aquella afección del ánimo propia del estupor y del asombro, y se repite dos veces para expresar aquel asombro; *Satán* es el gran demonio, y *aleppe* es una dicción para demostrar el efecto del ánimo cuando se duele; de modo que, en suma, puede decirse que el padre de las riquezas, Plutón, gustaba maravillándose y reclamando ayuda á su jefe.» Boccacio, Benvenuto y Buti vieron en aquel *aleppe,* más que una petición de ayuda, una exclamación de dolor, algo así como un *¡ay!* ó un *¡heu!*

Pero he aquí que un día Cellini, hallándose ante un tribunal de París, oyó decir, ó creyó oirlo á un juez para calmar á gente que asistía á la Audiencia: *Paix paix, Satan! Paix, paix, Satán, allez paix!* (¡Paz, paz, demonio, den paz!), y entonces se le ocurrió encontrar en aquellas palabras la explicación del verso dantesco, resultando de aquí que Plutón había hablado francés sin saberlo, y que el Dante había disfrazado con otra escritura homófona las voces de Plutón. Tan buena parecía la explicación, que no dudaron en aceptarla el canónigo Dionisi de Verona y Perazzini; Scolari también admilió la lengua, pero varió la lectura para mejor ajustarla á los términos dantescos, y el *Pape* lo leyó *pas paix,* el *aleppe à l'epée,* resultando el verso citado reconstituído así:

Pas paix, Satan! pas paix, Satan! à l'epée!

lo cual no estaba del todo mal discurrido, aunque no se ve bien por qué Plutón había de gritar aquello. Otro comentarista, Venturi, encontró de perlas la interpretación de Scolari, declarando que así se tiene «sin retóricas ni reticencias lo que verdaderamente dijo Plutón á su señor pidiéndole soco-

rro.» El mismo Scartazzini aceptó esta lectura, sosteniendo que debía mantenerse ortográficamente la ortoepia francesa.

Vicente Berni estimaba también que Plutón había hablado en francés; pero estaba por la paz y no por la guerra, y entendía que lo dicho por Plutón era *Paix, paix, Satan! paix, paix, Satan, à l'epée* (¡Paz á la espada, Satanás!). Tantoni vuelve á la idea de guerra, pero desecha la espada y quiere que el *aleppe,* en lugar de *à l'epée,* se entienda *à l'épais* (á lo espeso), siendo el *espeso* el mismo Dante, que peregrinaba entre las sombras. ¿Puede concebirse cosa más descabellada, ni explicación más alambicada?

Pues á todo hay quien gane; y el doctor Coltelli, descubriendo, ó pretendiendo descubrir, que en algunos manuscritos la segunda *p* de *Pape* era una *y (Paye),* discurrió la siguiente lectura: *Paye ça tant, paye ça tant, alles paix* (paga eso tanto y vete en paz). ¡Esto sí que es un colmo!

No todos, sin embargo, podían conformarse con que Plutón hablara en francés, lengua desconocida y nonnata en los tiempos mitológicos. Ya á los más antiguos comentaristas, como Buti, les había sonado el *aleppe* á algo hebraico, recordándoles la primera letra del alfabeto hebreo *aleph.* El gran descubrimiento, sin embargo, estaba reservado al docto orientalista del siglo XIX, José Venturi, que consiguió leer en las palabras del verso dantesco otras tantas voces hebreas que querían decir *aquí, aquí, Satanás; aquí, aquí, Satanás emperador.* Benassuti acogía esta interpretación diciendo que era la única que hacía sentido, y que se maravillaba de que, «después de tan bello descubrimiento, los modernos comentadores sostengan todavía las insubsistentes interpretaciones pasadas».

No á todos, sin embargo, parecía lo mismo, y otro emérito orientalista, Miguel Angel Lanci, descubría que el verso dantesco quería decir, en hebreo también, *Resplandezca la faz de Satán príncipe,* versión aceptada, entre otros, por Rosell en sus notas á la magnífica edición de Montaner, con ilustraciones de Gustavo Doré. Otro orientalista de Leipzig, el protes-

tante Carlos Schier, leía por su parte lo siguiente, también en hebreo: *Boca de Satanás, Boca de Satanás, echa fuera la llama.*

Lo gracioso en todas estas versiones hebraicas es que el Dante no sabía hebreo, ó por lo menos, nadie ha demostrado que lo hubiera estudiado ni lo supiera, aunque quizá ese fuera un motivo para emplear esa lengua, pues pudo pedir á cualquier judío que le dijera tales ó cuales palabras, y luego él las transcribió en su verso caprichosamente.

Hablando en serio, lo positivo es que tales versiones hebraicas no tienen sentido común. Por eso otros comentadores, echando por otro camino, acudieron al griego en busca de nuevas luces, y no tardó en figurar al lado de las versiones francesas y hebraicas la clave griega del enigma. El profesor Olivieri, de Roma, leía así:

Παπαι Σαταν, παπαι Σαταν, αλεπτε,

es decir, *¡Ah, ah, Satanás; ah, ah, Satanás invicto!* José Puccianti mantenía la lectura de Olivieri en las cuatro primeras palabras; pero sostenía que el *aleppe* no era otra cosa que una variante de la primera letra del alfabeto, y que *aleph, alfa*, y *aleppe* eran la misma cosa, debiéndose entender el verso en este sentido y traducirse así: *¡Ah, ah, Satanás! ¡Ah, ah, Satanás príncipe!*

Todo esto es fantasía pura. Pero siquiera tiene la base de una investigación lingüística. Dejándose de buscar analogías con otras lenguas, otros comentaristas se han lanzado á las más atrevidas suposiciones; así, Jacinto Carlona y Víctor Bacci han visto en cada palabra de Plutón el nombre de un demonio, siendo *Pape*, *Satán* y *Aleppe* tres diablos llamados por Plutón para cortar el paso á los Vates; Mazzoni Toselli ve en esas palabras una fórmula de conjuro mágico usada en el siglo XIV entre la plebe toscana; Rosetti escribe *pape* con æ, y dice que el verso debe traducirse así: *Al Papa, Satanás prín-*

cipe, este imperio es sagrado. Picci, por su parte, supone que el verso en cuestión es un anagrama italiano escrito así:

PApe saTAN, PApe saTAn aLEPpe,

y que debe leerse, deshecho el anagrama, de este modo: *Pesa, pesa tanta pena pel Papa.* ¡Qué galimatías, y cuánta necedad!

Afortunadamente, semejantes dislates no encontraron émulos, y Volpi y Lombardi se inclinaron á ver en las palabras de Plutón una «mescolanza de varios idiomas para hacer borrosa el habla de Pluto ó por mostrar que era perito en varias lenguas», cosa natural en el infierno, donde, como dice sabrosamente Biagioli, entran gentes de todos los países. Monti, Delatre, Tommaseo y Fraticelli vuelven á buscar explicaciones en el latín, el francés y el hebreo, pero mezclados en el verso discutido; Baratta halla en él una mezcla de griego y de lombardo; Scolari relaciona el *aleppe* con la palabra veneciana *slepa,* y Altri da á *Satán* el sentido de adversario, hace *pape* genitivo de *papa* y *aleppe* forma verbal del arcaico *aleppare*, huir, largarse, y saca de todo esto la traducción *¡Largo de aqui el enemigo del Papa!*

Más reservados otros, como Romani, Foscolo, Costa y el mismo Monti, reconocieron que las palabras de Plutón son voces brutales é infernales fuera de todo humano concepto. El buen sentido se fué así abriendo paso, y los últimos y más autorizados dantófilos, Blanc, Campi, Cassini y Poletto, estiman aquellos términos intraducibles, viendo sólo en ellos una amenaza del demonio hecha en lenguaje diablesco. Así, parecía ya todo concluído, cuando salta el P. Gabriel María de Aleppo con su nueva versión, poniendo otra vez sobre el tapete las debatidas palabras de Plutón, en las que él ve una frase árabe *(Babus Sciaytan, Babus Sciaytan galaba),* que significa *la puerta de Satanas, la puerta de Satanás está.*

¿Merece ser tomada en serio esta nueva tentativa de traducción del enigmático verso dantesco? No más que las otras. Ni el Dante sabía árabe, ni le hacía falta saberlo, como quie-

re Aleppo para escribir su opúsculo *De vulgari eloquentia,* ni en todo caso sé le habría ocurrido poner en boca de Plutón, que no era árabe, dirigiéndose al diablo, que tampoco es árabe, ó á Virgilio, que tampoco era árabe, términos árabes que dijeran lo que pretende. Ya hubiera discurrido, si tal hubiera sido su propósito, algo mejor. Déjese en paz el *Pape Satán aleppe,* y no se empeñe nadie en descifrar lo indescifrable.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los Sitios de Zaragoza, según la narración del oficial sitiador Barón Lejeune.—Versión, prólogo y notas de Carlos Riba, Catedrático de la Universidad de Valencia.—Zaragoza, 1908.—Un volúmen de XVI-368 páginas. Precio: 2,50 pesetas.

No es ya sólo un testigo, sino un actor verdadero de la tragedia desarrollada en 1808 en Zaragoza, el mismo oficial que llevó á Napoleón la noticia de que la tragedia estaba consumada, quien nos cuenta en este libro todas sus emocionantes escenas.

«El general Lejeune—nos dice Carlos Riba, su traductor y crítico, en el prólogo de este libro,—siendo oficial del cuerpo de ingenieros zapadores, formó parte de las tropas imperiales que pusieron sitio á Zaragoza y se enseñorearon de sus ruinas. Los esfuerzos titánicos que aquellos ingenieros, acostumbrados á rendir con la zapa y con la mina todas las plazas fuertes de Europa, necesitaron poner en juego para destruir á Zaragoza, y la intervención personal y activa de Lejeune en estos trabajos, dan á sus palabras y á sus juicios un interés excepcional. Lejeune sirvió á las inmediatas órdenes de Lacoste, general en jefe del Estado Mayor, quien murió en Zaragoza dirigiendo una mina, y el mismo Lejeune fué herido en dos asaltos diferentes. Grandmaisson, autor afortunado de un estudio conciso y magistral acerca de nuestros Sitios, dice que sólo un hombre del oficio como Lejaune, actor y testigo á la vez de aquellos titánicos esfuerzos de los ingenieros franceses, ha podido apreciar y referir todo su mérito.

El relato de lo que hizo y de lo que vió hacer se ajusta esencialmente al Diario oficial de operaciones del ejército sitiador, igual que otros relatos franceses y españoles contemporáneos de los Sitios, pero se distingue entre todos ellos por estar salpicado de escenas y de episodios dramáticos que hacen más sugestiva é interesante su lectura y más completa la apreciación del conjunto.

Durante el segundo Sitio, recogió Lejeune, en los mismos lugares de los sucesos, los materiales para su trabajo, el cual contrastó con las noticias escuchadas de los sitiados, y completó después con los documentos oficiales reunidos en la obra de Belmás.»

Tenía, por estas circunstancias, sobrados títulos el relato de Lejeune, para que su versión por vez primera á nuestro idioma fuese una tarea útil, interesante, substantiva. Pero Carlos Riba ha hecho una labor más fecunda y de mayor relieve. Dedicado por vocación y por deber á los estudios de investigación histórica de la edad moderna y contemporánea—es catedrático de ellos en la Universidad de Valencia,—y cultivador especial de los referentes á los Sitios de Zaragoza, teniendo á la vista cuanto se ha escrito acerca de esta materia, ha incorporado á la traducción, en forma de abundantes notas críticas, una copiosísima serie de investigaciones, de materiales, algunos inéditos, de datos y noticias interesantes para la labor de aclarar, rectificar y robustecer la historia de los Sitios de Zaragoza.

En esta época en la que la forma poética, lejos de desaparecer, como auguraban los espíritus mal avenidos con las musas, parece revivir con lozanía avasalladora, la presentación de un nuevo poeta lleva al ánimo del lector la sospecha de si el presentado pertenecerá á la categoría de los llamados ó de los escogidos.

Sólo el tiempo es juez competente para fallar tan grave

pleito; pero nosotros sí podemos afirmar, sin temor á equivocarnos, que D. Cristóbal Pellegero, autor de *Soñación,* libro que recientemente ha llegado á nuestras manos, es uno de los jóvenes que puede aspirar, si sigue trabajando con constancia y sin desmayos, á que su nombre ocupe, con el tiempo, puesto preferente en el Parnaso español.

Las poesías que contiene *Soñación,* si no están exentas de las vacilaciones que se observan en todo principiante, tienen cualidades que las hacen muy recomendables para los aficionados á esta clase de lecturas, y en todas ellas campea la moralidad y la delicadeza más exquisitas.

(Comunicado.)

ÍNDICE

Págs.

Los jardines de Granada, por Havelock Ellis 5

La literatura moderna en Francia: Transición, por la Condesa de Pardo Bazán 16

De la huerta de Murcia, por Rodrigo Amador de los Ríos 27

España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia: Los Borgia, por Emilio Gebhart 62

Recuerdos, por José Echegaray 107

El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen 118

Parnaso español.—Aldebarán, por Miguel Unamuno 148

Parnaso internacional.—El alma última, por Teodoro Llorente .. 153

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 155

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 168

Notas bibliográficas, por P. Dorado 197

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6. — Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.--La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Krópotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos. 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. — El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.— Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas. —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas. —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor. — Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer?, 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORANEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korólenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 242.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1909

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN NUEVO CISMA RELIGIOSO

LA IGLESIA FILIPINA INDEPENDIENTE

I. *Antagonismo histórico entre los sacerdotes regulares españoles y los seculares filipinos.* — II. *Mons. Gregorio Aglipay y Labayan.*— III. *Isabelo de los Reyes.*—IV. *Doctrinas de la nueva Iglesia.*—V. *Sus obispos y sus publicaciones.*—VI. *Porvenir de la Iglesia Filipina Independiente.*

I

Si investigáramos las causas que hayan podido motivar la fundación de la Iglesia Filipina Independiente, tendríamos que toparnos con el antagonismo que en todo tiempo ha existido en aquel país entre el clero regular *(español)* y el secular *(indígena)*. Apenas quedó asentada la dominación castellana en el Archipiélago, abrióse un seminario — posteriormente se abrieron otros — en el cual se daba ingreso á los hijos de la tierra, y no tardó en haber numerosos sacerdotes filipinos que compartían con los peninsulares la administración espiritual de aquellos habitantes. Frailes y jesuítas, sin embargo, tuvieron buen cuidado, alegando privilegios históricos y de casta, de adjudicarse para sí casi todas las parroquias de las Islas, dejando reducidos á los sacerdotes seculares á la simple condición de *coadjutores;* y como no podía menos de suceder, en estos últimos germinó el descontento, siquiera no se exteriorizase por entonces. Después de todo, más de un filipino fué

exaltado á la prelacía, y entre los varios que en los más elevados puestos descollaron merece especial mención D. Manuel José de Endaya, natural de Manila, hombre de raro talento y gran cultura, que en Méjico, en Roma y en Madrid hizo un lucido papel. Frailes y jesuítas, comprendiendo que la sistemática preterición de los sacerdotes naturales del país no era política, pero comprendiendo á la vez que á sus respectivas Corporaciones no les convenía de ningún modo desprenderse de las parroquias que gratuitamente se habían adjudicado á sí mismos, recurrieron al ardid de admitir en sus noviciados á los filipinos, y no pocos de los que sentían la vocación religiosa vistieron el hábito de los regulares, y sólo como tales *regulares* pudieron desempeñar ciertas parroquias.

Pero no en balde los hechos de la Historia, maestra de experiencia de los pueblos, iban señalando nuevas orientaciones al pensamiento humano: por de pronto, la expulsión de los jesuítas, verificada en Filipinas el año de 1768, hizo ver á los hijos del país que podía un monarca tan católico como Carlos III barrer en un solo día toda una Orden religiosa, por añadidura la de mayor poderío; después, la independencia de los Estados Unidos les hizo comprender que las dominaciones logradas por los conquistadores europeos no eran eternas; y, por último, la Revolución Francesa persuadió á los que podían discurrir por cuenta propia de cómo en un momento la voluntad de unos cuantos, no solamente cambiaba un régimen secular, sino que, sobreponiéndose y avasallándolo todo, alteraba radicalmente las ideas más fundamentales. Los frailes entendieron que era llegada la hora de aminorar el clero filipino, y á este fin comenzaron por cerrarles para siempre las puertas de los noviciados conventuales. Se equivocaron.

Pero si mal había concluído el siglo XVIII, no comenzaba mejor el XIX. El movimiento insurreccional de la América española y la Constitución de 1812 que, como es sabido, se hizo extensiva á las Colonias, causaron honda impresión en Filipinas, mayormente en su clero, que era al fin la clase más ilus-

trada. Y así, al verificarse las primeras elecciones, á las que acudieron en reñida lucha tan sólo dos partidos, el de los frailes y el de los antifrailes, el partido de los antifrailes triunfó de una manera absoluta, merced, principalmente, á las predicaciones de los curas del país, uno de los cuales, D. José de Vergara, salió diputado, causando con ello la desesperación de sus contrincantes. A partir de esta lucha electoral, el antagonismo entre los cleros regular y secular se acentuó, y llegó un día en que se hicieron irreconciliables. En todo el siglo XIX no se halla ya ni un solo prelado nacido en el país: los frailes pusieron en Roma toda su poderosa influencia á fin de que nunca jamás el sacerdote filipino llegara á ser obispo.

La vuelta de los jesuítas en 1865 agravó la situación. Volvían con una real orden en que se disponía que ocupasen ellos las parroquias de Mindanao, servidas á la sazón por recoletos, á los cuales, para compensarles, se les daban casi todas las de la provincia de Cavite, que venían sirviendo los seculares filipinos; y esta fué la gota de agua que hizo rebasar la copa de la paciencia de aquel clero secular: el margen con que contaba, lejos de ensancharse, como lo aconsejaba la equidad, se estrechaba más aún, sin contar con que llevaba un siglo sin ver á uno solo de sus miembros ocupando una diócesis. La vindicación se imponía, y el cerebro de la misma lo fué el sabio Dr. Peláez, natural de la Laguna, en quien sus compatriotas depositaron toda su confianza y su esperanza toda.

La campaña había que librarla en Madrid, y en Madrid se libró: ambos bandos defendieron apretadamente sus derechos en la prensa, en el libro y en las más elevadas esferas oficiales. Lo que con más ahinco perseguían los filipinos era que los curatos, *secularizados*, se proveyesen por oposición. Por fin la Revolución se puso de parte de los filipinos, cuya causa era la más razonable; pero el gobernador general del Archipiélago, D. Carlos María de la Torre, temeroso de que la reforma acarrease un trastorno de suma gravedad (ninguno, probablemente, hubiera causado), no se determinó á poner el «Cúmplase» á

la disposición soberana. El Dr. Peláez había muerto, y quien llevaba entonces la dirección del negocio era el Sr. D. José Burgos, tres veces doctor, en Teología, en Filosofía y en Derecho; hombre joven, de voluntad atesonada y cultura nada común entre los de su oficio. Mas he aquí que surge en Cavite, en Enero de 1872, un motín militar, y, sin que todavía se haya sabido cómo, van al palo afrentoso del garrote los Padres Burgos, Gómez y Zamora, y á presidio algunos otros, los PP. Dandán, Guevara, Mendoza, Sevilla, Del Pilar, Rosario, Guazon, etc.; los más inteligentes, los más dignos, los más prestigiosos en sostener los derechos del clero secular, fueron eliminados de escena. Y los sacerdotes filipinos quedaron ante la disyuntiva de ser siervos de los frailes, ó pasar por enemigos de España. Por de pronto se resignaron con su suerte, y optaron por la servidumbre; mas como nadie se esclaviza contra su voluntad, ¿cuántos no habría que acariciasen en sus adentros un ideal vindicatorio, ya que no de venganza?...

Cuando en Agosto de 1896 estalló el *Katipunan*, como aquel movimiento revolucionario iba señaladamente contra el régimen tradicional, personificado por las Corporaciones religiosas, gran número de curas del país simpatizó con el movimiento, si bien fueron rarísimos los que en él tomaron parte, acaso porque comprendían que España acabaría por aplastar la rebelión. Pero dueños del Archipiélago los americanos, por virtud del Tratado firmado en París á últimos de 1898, al dividirse los filipinos en dos bandos, los resignados con la nueva soberanía y los partidarios de la independencia, no puede negarse que el clero secular vió con gusto el cambio trascendental efectuado, porque ya quedase Filipinas por América, ya quedase independiente, después de ese cambio radical creía llegada la hora de la redención, creía llegada la hora de usufructuar las parroquias, los beneficios, las mitras de Filipinas.

No fué así, sin embargo. El Pontificado, atento á los informes de los frailes, obstinóse en no atender las pretensiones, tantas veces expuestas, de los sacerdotes filipinos, y la conse-

cuencia de esta obstinación fué que sobreviniese: primero, la indisciplina; después ¡el Cisma! Á todo este movimiento trascendental, que ha dado por resultado la creación de la *Iglesia Filipina Independiente*, va íntimamente unido el nombre de D. Gregorio Aglípay y Labayan: veamos quién es este personaje que, como todo reformador, se ha asegurado un puesto en la Historia; á lo menos en la de su patria habrá de tenerlo necesariamente.

II

Gregorio Aglípay y Labayan nació en Batac (provincia de Ilocos Norte, de la isla de Luzón), el 7 de Mayo de 1860. Desde pequeño se dedicó á las faenas del campo, labrando un terreno que sus padres poseían en dicho pueblo. Un año, á causa de la escasez de lluvia, retrasó la siembra de tabaco (cada labrador tenía entonces la obligación de sembrar y cultivar cinco mil plantas), y fué reducido á prisión. Esta contrariedad, juntamente con la que su padre le proporcionara arreglándole un casorio que no era del agrado del muchacho, movióle á dejar los aperos de labranza y trasladarse á Manila. El joven Aglípay contaba entonces diez y seis años. En Manila estudió en un colegio particular durante dos años, al cabo de los cuales ingresó en el de San Juan de Letrán, regido por dominicos, en calidad de sirviente, á cambio de la educación y el alimento. Su abuelo, que en el beaterio de Santa Catalina, de la misma capital, desempeñaba el cargo de mayordomo, ayudábale con algunos recursos, para que, con ellos, el criado estudiante adquiriese libros y ropas, que sus amos no le daban.

No tardó el estudiante-criado en distinguirse por su personalidad, por su aplicación y por su inteligencia, y los frailes acabaron por nombrarle *pasante* ó profesor auxiliar de la clase de Lógica, precisamente cuando Aglípay cursaba esta asignatura. En todas obtuvo las primeras calificaciones, y, como el más aventajado que venía siendo, los profesores le concedie-

ron la señalada distinción de que fuese «sustentante» en acto público y solemne. La ejemplaridad de su conducta habíale valido otro título además: el de *mayor* ó inspector de sus condiscípulos. Así que se hubo graduado en Filosofía y Artes, pasó al seminario de Vigan, capital de Ilocos Sur, la provincia hermana de la suya, con el propósito de hacerse sacerdote. Mientras fué seminarista, su nombre figuró constantemente en los cuadros de honor. En 1889 se ordenó de sacerdote en Manila; cumplía entonces veintinueve años.

Sucesivamente desempeñó los cargos de coadjutor en Indang (Cavite), San Antonio (Nueva Écija) y Vitoria (Tárlac). Tal era su humildad, que ninguno de sus párrocos se vió nunca en el caso de reprenderle por nada. Hasta el año de 1897, la vida del P. Aglípay se deslizó mansamente, tan mansamente como su sumisión á los frailes de quienes había venido dependiendo.

Llegó el pacto de Biac-na-bató (1897), mediante el cual el generalísimo Aguinaldo y algunos de los suyos se expatriaron voluntariamente á cambio de un millón largo de pesos que les dió el Gobierno español; entre los guerrilleros filipinos que no aprobaron ni explotaron aquel *pacto* (paz conseguida con un dinero que sirvió más tarde para reanudar las hostilidades), figuraba Makabulos, quien no tardó en formar una Junta Revolucionaria en Tárlac, cuya existencia, una vez conocida, preocupó hondamente al gobernador militar de la provincia. En el pueblo de Victoria hallábase á la sazón el P. Aglípay, y á éste acudió nuestro gobernador militar con el ruego de que atrajese al general Makabulos, á quien ofrecía armas y el mando de un cuerpo de voluntarios que ayudase á rechazar á los americanos, que estaban para llegar. Aglípay tuvo la fortuna de atraerse á Makabulos. Este excelente servicio le fué, no obstante, perjudicial al humilde coadjutor de Victoria: los frailes le acusaron de *insurrecto*. Entonces se trasladó á Manila, y siguiendo el consejo de su padrino de misa, el magistral D. Faustino Sánchez de Luma (español), pretextó que se hallaba enfer-

mo de la vista, y se quedó en Manila, donde procuró hacer vida en la que no hubiera la más leve nota reprochable. El arzobispo de la diócesis, Fr. Bernardino Nozaleda, hizo que Aglípay tradujese al ilocano la pastoral bélica que acababa de dar contra los yanquis.

El espíritu revolucionario de muchos filipinos se mantenía latente, y acabó por estallar. Entonces Augustí, nuestro gobernador general, echó mano del último recurso: ofreció, en nombre de España, la más amplia autonomía á la Colonia; y para que este ofrecimiento fuese sabido de los insurrectos, diputó (entre otros) al P. Aglípay, el cual marchó á avistarse con ellos, llevando también poderes del P. Nozaleda. En Bigáa (Bulacán) fué capturado el tren en que iba Aglípay con algunos soldados españoles: y Aglípay quedó prisionero de los insurrectos. Pero llegó luego el general filipino Hizon, y éste ordenó, como gobernador militar que era de aquellas provincias, que el P. Aglípay quedase en libertad. Y el P. Aglípay regresó á Manila, huelga añadir que sin haber sacado nada en limpio, fuera de los sobresaltos y molestias que hubo de costarle su infecunda comisión.

Con su regreso á Manila coincidió la vuelta de Aguinaldo al país. Aguinaldo había sido sugestionado por los yanquis, y volvía á proseguir sus empresas libertadoras, curándose en salud en lo tocante al cumplimiento del *pacto;* porque, según él, el *pacto* no se había cumplido por el Gobierno español, por cuanto seguían los frailes en el país, y, á lo que parece, se le ofreció solemnemente al pactar que los frailes serían expulsados. La Revolución, no se olvide, habíase hecho, más que contra España, contra el regimen de la soberanía frailuna. Uno de los primeros cuidados de Aguinaldo fué enviar á su general San Miguel á que se viese secretamente con el P. Aglípay y le rogase que se encargara de sublevar las provincias del Norte de Luzón. Aguinaldo había tratado mucho en Indang (Cavite) al P. Aglípay, y desde entonces existía entre ambos una buena amistad; allí también, mientras fué coadjtutor, le

trataron Mariano Trías, Severino de las Alas y otros que más tarde fueron figuras relevantes de la Revolución.

Aglípay comunicó á Nozaleda la proposición de Aguinaldo, y Nozaleda le instó á que la aceptase; porque con el salvoconducto de Aguinaldo podía llegar impunemente al campo insurrecto y, una vez en él, procurarse atraer á los filipinos á la causa de España. Trasladó Aglípay esta respuesta á Aguinaldo, y Aguinaldo le dió otra parecida:—«Acepte usted (le dijo); no puede un cura del país rechazar de plano lo que le manda su señor el Arzobispo: el salvoconducto de Nozaleda le servirá á usted para atravesar las provincias que aún permanecen en poder de los españoles.»

Pero Aglípay rechazó semejante doble comisión, no sólo porque constituía una indignidad, sino porque lo mismo los filipinos que los españoles podían fusilarle por traidor. La orden de Nozaleda llegó á ser terminante, según dicen, y Aglípay obedeció; es decir, partióse llevando ambos poderes. Llegado que hubo al cuartel general de los rebeldes, explicó lo ocurrido; presentó los poderes de ambas partes, y concluyó exponiendo esta sencilla consideración:—«Ahora, hermanos míos, escoged lo que creáis más beneficioso para la patria: aquí me tenéis, entre la espada y la pared.»—Y les mostró la excomunión que el Arzobispo fulminaba á los que peleasen contra España. Los presentes, que eran todos de calidad, le contestaron:—«¡No haga caso, padre, de Nozaleda! ¡Muy pronto le sustituirá usted en el Arzobispado de Manila!»

Aglípay se dirigió á la capital á dar cuenta al Arzobispo del fracaso de la misión que le había llevado al campo insurrecto; pero no pudo llegar, porque la plaza de Manila acababa de ser sitiada por el ejército americano, y entonces resolvió ir adonde estaba Aguinaldo, para ver á éste y darle las gracias por la confianza que le había dispensado.

«Así lo dice Mons. Aglípay—léese en uno de los documentos que sirven de guía para la redacción de este apunte biográfico;—pero lo cierto es que él, desde un principio, simpati-

zó con los revolucionarios: Makabulos, siendo presidente de la Junta secreta, le había consultado algunas veces en el pueblo de Victoria. En su doble misión, todo induce á creer que sirvió á Aguinaldo, y no á Nozaleda.»

Como los americanos no se presentaron en Filipinas con la pretensión de quedarse con el Archipiélago, cuya independencia ofrecían á los hijos del país, Aguinaldo, apenas vuelto á su patria, se proclamó Presidente de un *Gobierno Dictatorial* bajo el régimen republicano; y entre sus ministros descolló desde el primer momento Apolinario Mabini, joven abogado que dió muestras de poseer talento organizador; era además un patriota exaltado, que suspiraba por la independencia. Mabini vió en Aglípay un sacerdote modesto, discreto é instruído y que, en punto á criterio filosófico-religioso, parecía que lo tenía rayano en el libreexamen, y aconsejó á Aguinaldo que le nombrara capellán del Ejército revolucionario, con facultades para reorganizarlo. Nombrósele, en efecto, y al propio tiempo se le comisionó para que recaudase fondos en las provincias del Norte. Una de las causas que más contribuyeron á estrechar las relaciones entre Mabini y Aglípay fué el hecho de no querer Aglípay asociarse á la protesta de cierta parte de los abogados filipinos contra el decreto de aquél favorable al matrimonio civil: Aglípay, por el contrario, elogió esa disposición de Mabini, por entender que, separándose el Estado de la Iglesia, la Iglesia recobraba la plenitud de su libertad. A partir de entonces, Mabini y Aglípay marcharon siempre de acuerdo. Y aunque los revolucionarios nombraron al principio secretario de Cultos al Br. Manuel Roxas, y probaron la capacidad del Dr. Mariano Sevilla para ponerle al frente del clero, Mabini acabó por imponer á Aglípay, por conceptuarle el más idóneo para dirigir la Iglesia Nacional; y por decreto de 20 de Octubre de 1898, el dictador Aguinaldo le nombró Vicario general castrense para todo el Archipiélago.

Aglípay recaudó y envió muchos miles de pesos á Aguinaldo para sostener la guerra contra los americanos, una vez

que éstos, á raíz de firmado el Tratado de París, manifestaron que se adueñaban de las Islas; rechazó la intromisión de los militares en los asuntos de la clerecía; consiguió la libertad de los jesuítas prisioneros, PP. Rosell y Mir; mejoró las condiciones de los demás prisioneros españoles, logrando de los jefes militares que todos los frailes pudieran pasear por las calles y que el obispo Hevia Campomanes dijera misa y ejerciera de obispo, aunque secretamente, entre los eclesiásticos; abrió el seminario de Vigan—clausurado hacía tiempo,—donde ingresaron como aspirantes á sacerdotes algunos soldados españoles (entre ellos el hoy canónigo Torres), á los cuales costeó de su peculio propio los gastos de estancia en dicho centro de estudio; volvió á abrir el colegio de niñas de Vigan, que corría bajo la dirección de monjas españolas, á quienes él procuró la libertad, é hizo otras cosas que han dejado buen recuerdo.

El 15 de Diciembre de 1898, el obispo de Nueva Segovia, Fr. José Hevia Campomanes, nombró al P. Aglípay Gobernador eclesiástico. Nozaleda aprobó este nombramiento, é hizo todavía más: recomendarle que cuanto antes tomara posesión del cargo. Verdaderamente, Aglípay daba señales de no ser un sacerdote del montón. En efecto, queriendo entenderse directamente con el Vaticano, comisionó á su paisano D. Isabelo de los Reyes, que estaba en España, para que conferenciase con el Nuncio y obtuviese de Roma la tan ansiada reivindicación del clero filipino.

Reyes habló con el Nuncio, Mons. Nava di Bontifé, de quien recabó respetuosamente el derecho que tenían los sacerdotes filipinos á ocupar los obispados, canongías, parroquias, dirección de los seminarios, etc., ofreciéndole de paso la libertad de los muchos frailes que á la sazón se hallaban prisioneros. —«El nuncio Nava de Bontifé (escribe Reyes) me contestó que, aunque degollásemos á los frailes, Roma no nombraría obispos filipinos, pero es que ni siquiera nombraria un delegado especial que fuese á examinar la capacidad de nuestros sacerdo-

tes.»—Transmitió Reyes esta respuesta á los Sres. Aglípay y Agoncillo (plenipotenciario este último de la República Filipina en Europa), y al transmitirla aconsejaba que desde luego se fuera al Cisma; idea que expuso asimismo en el periódico quincenal que en Madrid acababa de fundar, titulado *Filipinas ante Europa*. El Dictador, por su parte, enterado de cuanto pasaba, aconsejó también que se fuese resueltamente al Cisma, por entender que no de otro modo podía sostenerse la dignidad del clero del país: ¡resultaba inconcebible que á fines del siglo XIX no mereciesen los sacerdotes filipinos un concepto igual por lo menos al que habían merecido en los siglos XVII y XVIII, en que fueron aptos para todo! Aglípay, sin embargo, se resistía á ir al Cisma. El 23 de Octubre de 1899 reunió y presidió, en Tárlac, una Asamblea, á la que asistieron representantes de todas las diócesis; la Asamblea sancionó su nombramiento de Jefe supremo de la Iglesia Filipina; formuló unas Constituciones provisionales, y acordó continuar bajo la potestad del Papa.

En esto, los americanos, que estaban haciendo una guerra de conquista (ya que los antiguos revolucionarios querían la independencia á toda costa), se hallaban á dos pasos de Tárlac, capital de la efímera República Filipina, y viéndose Aguinaldo, con todo su cuartel general, obligado á refugiarse en las provincias ilocanas, comisionó á Aglípay para que reconociese las vías de retirada por Pangasinán, yendo de paso á apaciguar á los ilocanos, que, exaltados, querían á todo trance vengar el asesinato de su paisano el general Antonio Luna; asesinato que atribuían á Aguinaldo, Buencamino y otros que con Luna se hallaban enemistados. El coronel ilocano Anacleto, segundo jefe de la división Makabulos, quiso entonces, por la razón dicha, sublevarse contra Aguinaldo; pero le contuvo Aglípay. Éste protegió la retirada del Dictador en el mes siguiente de Noviembre, y gracias á Aglípay no cayó Aguinaldo en poder de sus perseguidores. Y, á partir de entonces, Aglípay tomó parte muy activa en la campaña, con lo que dicho

se está que pasó mil penalidades, todas las inherentes á la vida del guerrillero que es objeto de persecución.

Nuevamente comisionado por Aguinaldo, Aglípay avanzó hasta Ilocos Norte, organizando los pueblos en guerrillas. Luego acudió al Abra, en socorro de Aguinaldo; pero tuvo que retroceder, porque ya estaban allí los americanos. El general Tinio, que mandaba los pueblos de Ilocos, desesperanzado, disolvió sus huestes. No conforme con ello el P. Aglípay, reorganizólas por sí mismo y, al frente de ellas, luchó meses enteros denodadamente, hasta alcanzar una gran autoridad.—En los *raports* del Departamento de Guerra de los Estados Unidos el nombre de Aglípay figura repetidas veces, considerándosele siempre como un enemigo de importancia.

Pero capturado ya Aguinaldo y presentados todos sus generales (excepto Aglípay en Ilocos Norte, Malvar en Batangas y Lukban en Sámar), el belicoso presbítero aceptó la proposición que los americanos hacían al país, de darle la autonomía manteniendo el pabellón de la Unión tan sólo temporalmente, ínterin el pueblo aprenda á gobernarse por sí mismo; y se presentó al general Mc Kaskey, quien le cobró tanta estimación, que poco después, á ruego de Aglípay, apadrinó á Mons. Narciso Hijalda en la ceremonia de la consagración de este sacerdote filipino para el Obispado de Panay por la Iglesia Nacional. También el gobernador Taft, que acaba de ser exaltado á la Presidencia de la República de los Estados Unidos, distinguióle; y hasta llegó á creerse que le propondría para el Arzobispado de Manila, cosa imposible, porque ya el P. Aglípay estaba excomulgado por el P. Nozaleda, tiempo hacía.

Aceptó Aglípay humildemente la excomunión; vistióse con gran modestia de seglar, y, lleno de incertidumbre, dejaba que su existencia se deslizase en la penumbra. En esto llegó de España (1901) el ya citado D. Isabelo de los Reyes, grande amigo suyo, y paisano, como es dicho. Y Reyes, al ver anulado al que tanto había luchado por la independencia del país

y por los derechos de su clero, así que hubo establecido la Unión Obrera (primer germen de socialismo sembrado en Filipinas), proclamó en un mitin el Cisma, á la vez que proclamó obispos á unos 20 sacerdotes filipinos, designando como Jerarca á Mons. Aglípay. (Esto fué el 3 de Agosto de 1902.) Cuando Reyes se lo comunicó á Aglípay, éste lloró al ver dividido el catolicismo, y le dijo:—«Si sólo por mí ha hecho usted lo que ha hecho, no lo apruebo; yo estoy resignado con el sacrificio á que me han arrastrado las circunstancias. Conste que desautorizo el Cisma.»—Pero Reyes le replicó que había que aprovechar la libertad de cultos puesta en planta por los americanos en el Archipiélago, sin contar con que era cuestión de honra acreditar la capacidad del clero del país. Con todo, Aglípay dió un manifiesto (20 de Agosto de 1902), que fué repartido profusamente, desautorizando el Cisma.

Entonces Reyes se vió en el caso de prescindir de Aglípay; no tenía aquél otra obsesión que la de restaurar los prestigios de los sacerdotes de su patria, y persuadido íntimamente de que á la sombra de Roma no podría lograrlo, insistió en mantener la Cisma, y con su prodigiosa actividad dedicóse á la propaganda de esta idea. Muy pronto recogió el fruto, porque muy pronto reconocieron muchos la Cisma: todo el clero de Ilocos Norte (capitaneado por su gobernador eclesiástico don Pedro Brillantes), parte del de Ilocos Sur y Pangasinán, y algún que otro sacerdote de Camarines, Unión, Antique, Iloílo, Negros, Cebú y otras provincias. Reyes juega, por consiguiente, en esta revolución religiosa, un papel trascendental, decisivo: como que sin su intervención tenaz y propaganda incesante, acaso no existiera hoy la Iglesia Filipina Independiente, no obstante los merecimientos de D. Gregorio Aglípay. Vertiginoso y enérgico en la acción, y en su calidad de presidente del Comité Ejecutivo Supremo, ordenó inmediatamente consagrar al mencionado Sr. Brillantes obispo de Ilocos Norte, por doce presbíteros, como antiguamente se hacía, y el acto se verificó con toda solemnidad ante las autoridades de la pro-

vincia. Los filipinos, que llevaban más de un siglo sin ver á ningún paisano suyo mitrado, lo vieron al fin, siquiera no lo fuese por la voluntad del Papa.

Los jesuítas, llenos de buen deseo, lograron atraerse al P. Aglípay, consiguiendo de éste que hiciera con ellos ejercicios espirituales, para obtener el perdón de Roma. Pero en el confesonario, á lo que se cuenta, diéronle á entender que en Roma perseveraban en el criterio de no confiar ninguna mitra á ningún sacerdote filipino, y esto debió de desanimar al modesto ex coadjutor, no mirando su propio porvenir, sino mirando el de sus compatriotas. ¿Qué maldición pesaba sobre ellos? ¿Cómo la raza que antaño había dado obispos inteligentes y dignos, no podía darlos hogaño? Si se les declaraba incapaces, ¿por qué se les ordenaba de sacerdotes? ¿No había filipinos generales, magistrados, etc.? Pues si el militar llegaba á ceñir la faja y el abogado la toga con encajes en las bocamangas, ¿por qué el cura no podía llegar á ser obispo, siendo así que había ya habido algunos, y ninguno de ellos incapaz? Este *lasciatte ogni speranza* lanzado al rostro de toda una clase, precisamente la más numerosa y respetable de todo el Archipiélago, justo es confesar que contribuyó poderosamente al Cisma ó, lo que es igual, á que se separaran de Roma muchos de los que hasta entonces habían servido á Roma con fervor.

Reyes proseguía su campaña: en la prensa, en los mitines, en todas partes salía por la honra del clero de su país; y pues que para sostenerla se hacía preciso el Cisma, el Cisma predicaba sin descanso, con la satisfacción de ver que no pasaba día sin lograr adeptos. Aglípay entonces comprendió la gran responsabilidad que contraería si un seglar conseguía salvar los derechos canónicos del clero filipino, que la Asamblea de Tárlac había precisamente confiado al mismo Aglípay; comprendió además que su sacrificio era de todo punto estéril, y acabó por avistarse con Reyes, quien se apresuró á entregarle la Jefatura, que antes Aglípay había declinado.

El 17 de Octubre de aquel año aparece por primera vez la

firma de Mons. Aglípay suscribiendo la *Epístola III* de la nueva Iglesia, por la que ésta hace profesión de principios más ó menos librepensadores y cientificistas, y el 26 del mismo mes celebró misa por primera vez, como *Obispo Máximo,* en el paseo de Azcárraga, de Manila, ante numeroso público. Y á partir de ese momento, muchos municipios y particulares fueron entregando templos ó edificándolos para la Iglesia Filipina Independiente.

El Cisma quedaba consumado en regla.

III

Hase visto que D. Isabelo de los Reyes desempeña un papel muy principal en la creación de la Iglesia Filipina; ahora debe añadirse que continúa desempeñándolo en el desenvolvimiento de la misma. Téngase en cuenta que D. Isabelo de los Reyes es uno de los mayores representativos de su país. Su vida es por demás singular; hay en ella no pocos episodios de verdadero interés dramático. Ilocano, pasó á Manila muy joven, casi un niño, y en Manila estudió la carrera del Notariado, Dios sabe cómo, porque, á la manera que Aglípay y tantos otros héroes de la aplicación, carecía de recursos. Veinte años tendría cuando la suerte le deparó una plaza de auxiliar en la Administración del diario *La Oceanía Española,* que dirigía el prestigioso periodista gallego D. José Felipe del Pan. En sus ratos de ocio, Reyes se dedicó á hacer trabajitos literarios para el periódico, y comenzó cultivando lo que en Filipinas constituía una novedad completa: el *Folk-lore.* Puesto en relación con Machado y otros folk-loristas notables de la Península, y por ellos estimulado, prosiguió estos estudios cada vez con más provecho, hasta reunir materiales suficientes para un libro, tanto más importante, cuanto que es el único que sobre tal materia se ha publicado en aquel país. En la Exposición general de Filipinas celebrada en Madrid en 1887 valióle esta

obra una medalla de plata. Además cultivó la Etnografía, la Lingüística y la Historia, y llegó á publicar monografías de interés. Pero acertó á infiltrar en algunas de ellas un tinte nacionalista desusado, y quien tales cosas escribía acabó por ser mirado de reojo por los españoles patrioteros. Reyes, sin embargo, era un gran amante de España, y no hay en ninguno de sus numerosos escritos un concepto siquiera del que trascienda la menor aspiración separatista. Toda su producción de entonces vale más por el fondo que por la forma: el joven escritor no tuvo á su lado á una persona verdaderamente competente que le aconsejara. Con todo, sus trabajos folk-lóricos y etnográficos, y aun algunos históricos, serán siempre consultados provechosamente; que no en balde le valieron títulos de corporaciones sabias: Reyes pertenece á la Academia Indo-China de París, á la Sociedad Geográfica de Viena, á la Geográfica Comercial de Madrid y á algunos otros Cuerpos, donde todo afiliado significa algo en el mundo de la inteligencia.

A pesar de la enemiga de ciertos periodistas españoles de la prensa manilense, que sabían menos que él, no tardó Reyes en adquirir notoriedad, y no hubo periódico de orientación *filipina* que no solicitase su colaboración. Él tuvo además la gloria de fundar (en 1889) *El Ilocano*, que en aquella prensa representa el primer periódico bi-lingüe de provincias. Hacíalo en Manila, y en sus columnas dejó no poca simiente redentora de sus compatriotas, tan hábilmente esparcida, que casi no hubo español que se percatase de ello: en *El Ilocano* hay que ir á buscar los primeros gérmenes de nacionalismo periodístico compatible con el régimen castizamente español. Después fundó otros periódicos, y en todos ellos vulgarizó cultura, pero señaladamente aquélla de carácter político-administrativo que enseñaba á las gentes del pueblo cuáles eran sus derechos como ciudadanos.

Espíritu independiente, rebelde en muchas cosas, rehusó incorporarse á ninguna de las varias asociaciones secretas que hubo en su país durante el período de intenso laborantismo,

de 1892 á 1896. No obstante, á poco de estallar el *Katipunan,* Reyes, denunciado como *cómplice,* fué á dar con sus huesos en la cárcel de Manila, donde pasó algunos meses confundido con los *katipuneros* auténticos. Otro hombre, bajo el peso de la iniquidad, se habría abatido, habría hecho los imposibles por obtener la libertad, aun á costa de exteriorizar sentimientos de servilismo hacia sus perseguidores. Pero Reyes, lejos de acobardarse, en la creencia de que al fin sería fusilado (como lo fueron tantos otros que con la insurrección nada tuvieron que ver), á pesar de que no existía contra él la más leve prueba de complicidad, tuvo un rasgo de gallardía verdaderamente épico: dirigió al general Primo de Rivera, gobernador supremo á la sazón, una *Memoria* fuerte, sincera, «sensacional» (que así la llamó después el propio Reyes), escrita á hurtadillas en la cárcel, en la que el preso exponía las causas de la insurrección, cuáles eran las legítimas aspiraciones del país, cómo los frailes resultaban incompatibles con el bienestar del pueblo, y cómo el fusilamiento de Rizal—ejecutado muy poco antes—había sido un error de funesta trascendencia. Luego de presentada la *Memoria* (que andando el tiempo publicó en Madrid), muchos creyeron que Reyes sería fusilado, pues que al fin exponía oficialmente en Filipinas los mismos principios que Rizal había sustentado desde Europa en sus novelas. El general Primo de Rivera no quiso extremar las cosas, y se contentó con mandar á Reyes á España, como reo político, y Reyes fué encarcelado en el odioso Montjuich, donde, á cambio de *katipuneros,* halló anarquistas, verdaderos ó supuestos. Más de un año pasó Reyes bajo la presión de un dolor moral indefinible: la firmeza de su carácter y el poder de su talento impidiéronle que perdiera la razón: ¡porque no fueron pocos los días en que creyó que al siguiente sería fusilado!...

El pacto de Biac-na-bató había restablecido la paz en Filipinas. Desempeñaba el Ministerio de Ultramar D. Segismundo Moret; y estimando éste que era de suma conveniencia

atraerse á Reyes, gestionó su libertad, que le dieron, y acabó por entenderse con él. Reyes hizo cuanto humanamente pudo por mantener la soberanía de España en su país; pero no ocultaba que esta soberania no sería duradera si en la Colonia no se implantaban *inmediatamente* reformas trascendentales, entre ellas la relativa á la secularización de los curatos. ¡No le oyeron!... Sobrevino el conflicto con los Estados Unidos, y los nacidos en Filipinas, desengañados, no apoyaron la causa de España frente á los yanquis. ¡Y España perdió aquel hermoso archipiélago! Entonces Reyes, que hasta el último momento había trabajado en pro de Filipinas española, se declaró *independista*. Fundó en Madrid, donde seguía, el quincenario *Filipinas ante Europa,* y desde sus columnas se declaró enemigo de los americanos, con los cuales se ha mostrado siempre irreconciliable. Viajó por Europa, y por dondequiera que iba, iba difundiendo con gran fe sus ideales. Al propio tiempo, y por encargo de D. Gregorio Aglípay, gestionaba con el mayor tesón la reivindicación de los derechos del clero de su país, según queda ya indicado. Mas al cabo, persuadido de que su acción sería allá más provechosa que acá, partióse para su patria en 1901.

El padre del folk-lore filipino, el historiador y literato nacionalista, el que ya comenzaba á señalarse por sus estudios religiosos y como traductor de la *Biblia* por encargo de las Sociedades Bíblicas Británica y Americana, apenas llegó á Manila, dió en Manila otra nota nueva y vibrante, que realzó su figura de luchador: fundó la Unión Obrera, primer germen de socialismo sembrado en Filipinas. Faltábale tan sólo destacarse como revolucionario religioso, y no tardó en conseguirlo. Sus campañas le acarrearon frecuentes sinsabores. El Gobierno americano le persiguió y encarceló. Reyes sabe, pues, lo que es luchar, y sabe también lo que es sufrir por mantener con entereza los ideales. Es un gran *pendant* de Rizal. Sólo que Rizal fué pensador de gabinete, y Reyes es un propagandista de acción, afortunado en medio de todo, porque ha lo-

grado salvar la vida después de habérsela jugado muchas veces. Estando preso en Malabón, los insurrectos le enviaron el título de Presidente de la República Filipina, firmado por todos los jefes; los obreros le adoraban: gozó de una notoriedad extraordinaria.

Pero consolidada la vida de la Iglesia Filipina Independiente, el mayor de sus ideales, y siéndole difícil la existencia con tranquilidad en su país, á causa de lo indomable de su carácter, que jamás claudica, decidió venirse á España, donde continúa, y aquí trabaja, día por día, con ardiente fe, con la fe de un iluminado, especialmente en lo atañedero á la Iglesia de su patria. Ha estudiado é investigado con tesón; sostiene correspondencia con los principales tratadistas de Religión de Europa y América, y su sueño dorado es ver á Filipinas libre y *original en todo*. Isabelo de los Reyes es uno de los nacionalistas más calificados del mundo.

Tendrá ahora unos cuarenta y cuatro años; es fuerte, bien complexionado y animoso; sabe varios idiomas, y en ciencias filosófico-religiosas posee una cultura nada común. Casado con una española, y enamorado de España casi tanto como de su país, desde Barcelona, donde reside, influye con su pluma en el curso de la política filipina, con justicia, ya que con su ejemplo y con sus escritos se ha hecho acreedor á la consideración de sus compatriotas. Reyes ha llegado á ser más que *un representativo;* es *un gran representativo;* y así, cuando á la vuelta del tiempo sus paisanos escriban la historia de su renovación, la personalidad de Reyes ocupará en ese libro muchas y brillantes páginas.

Reyes es el único *obispo honorario* con que cuenta la Iglesia Filipina Independiente; su título le faculta para asistir á las sesiones del Consejo de Obispos de esta Iglesia.

IV

De la doctrina de la Iglesia Filipina Independiente pudiera decirse que, comprimida por derecha é izquierda por el catolicismo y el protestantismo, se dilata hacia arriba hasta internarse en el racionalismo. Renán afirmó que en religión triunfa el que más avanza, y se conoce que los reformadores filipinos han tenido muy presente este dicho sentencioso de Renán. Leyendo las publicaciones de la Iglesia Filipina Independiente, adviértese en seguida: primero, propósito de conservar de la Romana una buena parte de su ritualismo, dando, por lo tanto, importancia á lo que pudiéramos llamar formas extrínsecas; después, cierto deseo de no dejarse ganar por la mano por los protestantes, los cuales, á partir del cambio de dominación, se esfuerzan cuanto les es posible por atraerse á la masa común de aquel país, poniendo en juego los recursos de todas clases con que cuentan sus poderosas Sociedades Biblicas, y, por último, un vivo afán de infiltrar las ideas más radicales del progreso moderno en la mente popular. «Nuestra Iglesia, dice Reyes, predica la comunión de bienes, el amor sin fronteras y la ciencia libre, y no admite dogma alguno.» ¡Difícilmente se hallará otra religión que avance más!

Niegan los de esta nueva Iglesia el credo romano y el protestante, y el pecado original, por considerarlo contrario á la justicia y misericordia de Dios y á lo dicho por el profeta Ezequiel, de que ni el padre es responsable de las faltas del hijo, ni éste de las de aquél. Moisés, aseguran, había dicho lo mismo en el Deuteronomio.

Niegan el Infierno después de la muerte, fundándose en que Moisés no lo nombró para nada. Creen que no hay culpa que no se pague en esta vida, en cuerpo y alma, más ó menos inmediatamente después de su comisión, en disgustos, desgracias, percances, etc. Lo que faltare de castigo, «Dios lo liqui-

dará paternalmente con la muerte». «Si el hombre de recta conciencia (dicen) no se siente capaz de ensañarse con el muerto, ¿cómo ha de hacerlo Dios, que es la Suma Bondad?» Esta consideración nos trae á la memoria ciertas palabras del gran literato y pensador ecuatoriano Juan Montalvo: «El ir y venir continuo de la vida (escribió) no es sino fluctuación horrible, en la cual todos los días son vísperas del naufragio; y ¡quién lo creyera! el día del naufragio es el primero de la felicidad, supuesto que *tumba* es campo de paz y olvido.»

Niegan en los Sacramentos lo que es esencial para el criterio romanista, ó sea la ritualidad: para los romanos la validez de los Sacramentos depende precisamente de esa ritualidad. La Iglesia Filipina, por no ir contra la costumbre, sigue las prácticas; pero la esencialidad de los Sacramentos la atribuye á lo espiritual, *á la intención*. Son, pues, los Sacramentos espirituales antes que rituales.

En el bautismo no se dice: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Según el Evangelio de la Iglesia Filipina Independiente, la idea de la Trinidad no es bíblica; considérala como interpolada posteriormente en el evangelio de San Mateo. Sostiene que es de origen indio, aceptada por los griegos, especialmente por Platón, y los helenizantes del siglo II la introdujeron en el cristianismo. «Jesús, agrega, no habló de la Trinidad; los Apóstoles no bautizaban en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; bautizaban en nombre de Jesús, según los *Hechos de los Apóstoles*. Su espíritu es el que convirtieron en Tercera persona, dándole personalidad, como la dieron á la Sabiduría, idea abstracta del libro de los Proverbios.»

Para tomar el Pan eucarístico, basta un acto previo de contrición; es decir, no es indispensable la confesión. De la confesión auricular no ha podido tampoco prescindir la Iglesia Filipina Independiente; sus principales hombres no ignoran cuán apegados son á sus costumbres los filipinos, y suprimirla hubiera sido contraproducente: la admiten, pues, *por ahora;*

«pero prohibimos á nuestros sacerdotes hacer preguntas al penitente. Éste tiene obligación de abandonar el confesonario en el momento en que le insinúen cualquier concepto indecoroso. El confesor no tiene necesidad de saber más que aquello acerca de lo cual el penitente reclame sus consejos».

No rinden culto á los santos; pero hacen novenas. Son éstas á manera de reuniones, en las que se lee el evangelio del día, pudiéndose hacer la apología del santo festejado. Predican los sacerdotes, y en las funciones femeninas evangelizan también las diaconisas. La *Revista Cristiana*, de Madrid, órgano oficial de la Misión general alemana, reprodujo no hace mucho, con elogio, las ceremonias de la consagración de las diaconisas filipinas. Las cuales pueden casarse, «aunque, si tuvieran el dón de la continencia, sería preferible que estén libres de los cuidados de la familia, para poder consagrarse por completo al servicio del Señor». También los sacerdotes se pueden casar. «Es mejor casarse que quemarse.» Recomiéndase, sin embargo, el celibato; la nueva Iglesia entiende que es preferible que el sacerdote sea soltero. Hasta el presente, sólo se han casado tres: uno de la Pampanga, otro de Leyte y el ex agustino español D. Salvador Pons.

El divorcio no lo admite de ninguna manera la Iglesia Filipina Independiente, fundándose en estas palabras de Jesús: «Lo que Dios une, no lo separe el hombre.» A lo que añade Reyes en uno de sus escritos: «Ni siquiera por adulterio, según nuestra interpretación; porque Jesús decía que con el divorcio se hacía más adúltera la mujer, teniendo libertad para ello. Consideramos las dolorosas consecuencias de un divorcio, habiendo ya hijos, y creemos que será menor el mal conservar la unión conyugal, aunque hubiere adulterio; como Jesús perdonó á la adúltera después de haberle recomendado que no reincidiera.» Conviene advertir que hay muy poco adulterio, por parte de la mujer, en Filipinas.

En la predicación se aconseja moderación y unción evangélica. «El predicador se ajustará á la seductora sencillez del

Evangelio, evitando el defecto en que suelen incurrir los que, deseando mostrarse grandilocuentes, resultan unos pobres cursilones... Y sobre todo, *se prohibe en absoluto atacar á las demás Iglesias,* bajo ningún pretexto, porque eso no es cristiano ni mucho menos, y sólo se permitirá defender la nuestra, pero siempre con el debido respeto y razonamiento serenos.»

Tienen, eso sí, para las demás religiones un profundo respeto. Ellos sostienen que todas las que se profesan de buena fe, son buenas, invocando el dicho de Jesús: «Llegará un tiempo en que no se ha de adorar á Dios en esta ó en aquella iglesia, sino en cualquiera parte, con tal que se le adore en espíritu y en verdad.» — Budha escribió: «Debe practicarse la misma tolerancia, la misma indulgencia, el mismo amor fraternal, hacia todos los hombres indistintamente.» Al fin y al cabo, según el mismo fundador, «todos los hombres son iguales; no hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen».— Y Mahoma, por su parte, dijo: «¡Sed tolerantes! Si Dios lo hubiese querido, todos los habitantes de la tierra habrían seguido su ley.» Del mismo Mahoma son estas palabras: «La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente; piadoso es el que socorre á los huérfanos, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna y es paciente en la adversidad; el que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.»—En todos los grandes fundadores hay pensamientos comunes, inspirados en el más sublime altruísmo.

Finalmente, los misterios de la Encarnación y de la Virginidad de María los bordea la nueva Iglesia diciendo: «Si bien Jesús tenía las apariencias de hombre, nunca dejó de ser Dios; no era hombre como nosotros, sino *Dios entre nosotros.* Hasta su aparente humanidad era divina; nada tomó de María, y, por consiguiente, la maternidad de esta bienaventurada criatura fué solo aparente.»

La Iglesia novísima rechaza todo milagro: Jesús es Dios. Y acepta al propio tiempo la maternidad posterior de María, en cuanto mujer, siguiendo á Strauss. La *Biblia* la considera

únicamente como un documento histórico, que se debe someter á la crítica como cualquier otro, «y la completamos, dice Reyes, con las tradiciones ó libros sagrados de los pueblos más antiguos que el hebreo, como China, India, Persia, Caldea ó Babilonia y Egipto, y aun de los filipinos y americanos primitivos».

En una palabra: en el ritualismo, mucho de lo extrínseco del catolicismo; en el fondo, cierta analogía con la doctrina protestante, y en conjunto, un eclecticismo en el cual se percibe la influencia de Kant, de Proudhon, de Renán, de Strauss y otros pensadores avanzadísimos. Con la *acción* procura esta Iglesia quedarse á corta distancia del catolicismo; pero con la *intención* va todo lo lejos que puede: llega al librepensamiento.

V

La Iglesia Filipina Independiente ha llegado á tener hasta treinta obispos. En la actualidad cuenta con veintiuno. Entre los fallecidos merece especial mención D. Pedro Brillantes, ilocano, el primero de todos que fué proclamado (según queda dicho). Desde su juventud se distinguió por sus virtudes y talento; y en la revista *Iglesia Filipina Independiente* ha dejado de ello repetidas muestras. «Mientras los demás sacerdotes filipinos (leemos), á quienes la opinión señalaba como capaces de llevar á puerto seguro la nave de la nueva Iglesia, por sus títulos académicos, andaban aturdidos y miedosos, Mons. Brillantes aceptó resueltamente el Cisma, y así lo participó al clero y á todas las autoridades civiles de Ilocos Norte» (donde estaba de gobernador eclesiástico romano). — Murió el 25 de Diciembre de 1906.

De los vivos, merecen citarse:

Mons. Ramón Farolan, ilocano, maestro de ceremonias, que fué, y actual delegado apostólico en Cagayán.

Mons. Fortunato Clemeña, caviteño; fué capellán del ejército revolucionario. Por sus años é ilustración, es de los que infunden mayores respetos.

Mons. Gregorio Dizon, pampango. Pasa por un distinguido tratadista de Teología y Cánones. Defendió á Mons. Aglípay cuando éste fué excomulgado por el P. Nozaleda.

Mons. José Evangelista, ilocano; fué cura párroco y vicario por Roma en Ilocos Sur, amén de catedrático del seminario de Vigan, todo ello debido á su buena reputación de hombre virtuoso é instruído. En la actualidad es obispo de Cebú y Mindanao.

Mons. Lorenzo Paloma, bisaya; fué el primero que en las islas Bisayas secundó el movimiento reformista. Desempeña actualmente el obispado de Negros.

Mons. Vicente Ramírez, bicolano; fué cura párroco, por Roma, del pueblo de Lagonoy (Camarines Sur). Tiene fama de instruído, y hoy se halla al frente del obispado de Camarines (Norte y Sur).

El número de sacerdotes se aproxima á cuatrocientos. Todos ellos son filipinos, salvo contados extranjeros. De éstos, son españoles los ex agustinos D. Salvador Pons, D. Rafael Murillo y D. Ricardo Sánchez; el ex dominico D. Agustín de las Heras, y algún otro. El primero de los mencionados, señor Pons, tiene una bibliografía propia muy compleja y muy extensa; posee una gran cultura.

Los fieles suman unos tres millones. Todo el país no llega á tener ocho millones. De modo que, si descartamos los mahometanos, los gentiles y los protestantes, resulta que la Iglesia reformada, á pesar de su cortísima existencia, cuenta con un número de fieles próximamente igual á la Romana. Hay provincias que son casi íntegramente de la Reforma. En las restantes, ni en una sola deja de tener representación la nueva Iglesia.

Lleva ésta publicados algunos libros y folletos, entre los cuales descuellan:

Seis *Epístolas* fundamentales, ó manifiestos relativos á la fundación de la I. F. I.—1902-1903.

Doctrina y reglas constitucionales.—1904.

Catecismo de la I. F. I.—1904.

Lecturas de Cuaresma.—Colección de sermones, por varios obispos.—1906.

Oficio Divino. Contiene: el *Evangelio,* la *Misa* y el *Ceremonial.*—1906-1907.

Biblia Filipina.—En publicación.

Los periódicos afectos á la Reforma son los siguientes:

Iglesia Filipina Independiente. Manila. Revista semanal. Organo oficial fundado en 1903.

El Grito del Pueblo. Manila. Diario.

Kapatid nag Bayan. («El Grito del Pueblo», edición tagala.) Manila. Diario.

La Asamblea Filipina. Manila. Diario.

El Republicano. Sampáloc (Manila). Semanario en tagalo.

El Pueblo. Cebú. Diario.

Ang Sugá. Cebú. Diario.

El Tiempo. Iloílo. Diario.

La Aurora. Iloílo. Semanario.

La Verdad. Manila. Semanario.

Todos redactados y dirigidos por filipinos, excepto el último, *La Verdad*, que lo dirige el pastor americano Mr. Prautch. Y nótese que fuera de tres periódicos escritos en lengua indígena (dos en tagalo y uno en bisaya), los restantes van en lengua castellana, que es la *oficial* de la nueva Iglesia; la cual ha proscrito el latín, aun para las ceremonias, porque dice que es *pagano;* de suerte que la nueva Iglesia contribuye á mantener y desarrollar en Filipinas el idioma de la antigua Metrópoli. Este particular, para nosotros los españoles no puede ser visto con indiferencia: la vida de esa Iglesia garantiza la vida del castellano en el Archipiélago de Legazpi.

VI

Leer en el porvenir es muy aventurado. Sin embargo, todo induce á creer que la nueva Iglesia subsistirá. Aun en el supuesto de que Roma transigiera, proveyendo todas las mitras en sacerdotes allí nacidos (últimamente ha nombrado obispo de Camarines á un filipino), sobre que la satisfacción llega ya tarde, no debe perderse de vista cuán esenciales son las diferencias de las doctrinas de ambas Iglesias; y las sembradas por la Reforma van penetrando incesantemente en la conciencia popular. Bastarán pocos años para que se extiendan más aún de lo mucho que ya se han extendido, y, una vez arraigadas en toda una generación, se hará muy difícil desarraigarlas. La nueva Iglesia tiene sus seminarios, y lanza frecuentemente á la predicación nuevos sacerdotes. El odio al fraile es irremediable, por hallarse basado en antecedentes políticos llenos de pasión, que han tomado naturaleza histórica; y como frailes y jesuítas son casi los únicos que allí trabajan por sostener el catolicismo, esta circunstancia no deja de contribuir á favorecer el desarrollo de la Reforma. En cuanto á los sacerdotes americanos, pocos en número, son la mayor parte de ellos propagadores del protestantismo, que allí no hará prosélitos por dos razones: la primera, porque la austeridad del culto protestante no se compadece con el carácter del pueblo filipino, y la segunda, porque éste repele la psicología yanqui. De suerte que todo parece que redunda en beneficio de la nueva Iglesia.

Nadie ignora las vicisitudes por que pasó la Reforma en Alemania, en Inglaterra y, sobre todo, en los Países Bajos: miles y miles de víctimas produjeron aquellas luchas; y, sin embargo, la Reforma luterana prevaleció: actualmente hay 170 millones de protestantes. En Filipinas, sin luchas cruentas, sin probabilidades de que las haya (pues que el siglo xx

no es el siglo XVI), ¿por qué no ha de prevalecer la Iglesia Nacional? La religión, como todo sentimiento íntimo, tiene algo en su fondo que armoniza con el espíritu de raza; y así, el protestantismo, con su austeridad extrínseca y su gran base racionalista en lo intrínseco, es la que predomina en los pueblos de sangre anglo-sajona; del propio modo que el catolicismo, con su fastuosidad externa y su sentimentalismo interno, es el que predomina en los pueblos de origen latino. Pero ni el catolicismo ni el protestantismo han podido vencer—al cabo de algunas centurias de perseverante trabajo—en los pueblos orientales: así lo acredita la estadística mundial (1). El único pueblo de todo el Oriente ganado para el cristianismo, ha sido Filipinas, á lo que contribuyó por cierto de una manera decisiva la oportunidad con que llegaron á las Islas los misioneros españoles. Los naturales del país eran *gentiles* casi todos ellos, y fué empresa fácil darles una religión. La parte del país que era mahometana, mahometana continúa, no obstante la perseverancia, digna de todo elogio, de los celosos padres jesuítas, por convertirla. (Hablen Mindanao y Joló.)

Ahora bien; Filipinas atraviesa actualmente una crisis que hace época en su historia. Ha pasado brusca é inopinadamente del régimen absolutista al régimen liberal-democrático más avanzado: la Iglesia ha sido separada del Estado; existe libertad de cultos y de pensamiento; y los filipinos han experimen-

(1) El Barón de Sacro Lirio, en su excelente obra *El Mundo en 1908*, da la siguiente estadística religiosa, para los 1.559 millones de habitantes de la Tierra:

Budistas y sectarios de Confucio	460.000.000
Católicos, Apostólicos y Romanos	263.000.000
Armenios y Coptos	7.000.000
Mahometanos	220.000.000
Brahmanes	297.000.000
Protestantes	170.000.000
Griegos ortodoxos	110.000.000
Judíos	11.000.000
Gentiles y sin religión conocida	108.000.000

tado una completa transformación: lo leen todo y lo discuten todo. Y ha venido á resultar que apenas existe uno verdaderamente culto que continúe católico *á la antigua*. Repugnan, eso sí, el protestantismo, pero aceptan la mayor parte de las afirmaciones del racionalismo. La juventud culta de hoy es resueltamente partidaria del libreexamen, como lo es la japonesa. Al compás de tales circunstancias, surge una Iglesia Nacional, cuyos sacerdotes, salvos rarísimos, todos son del país; Iglesia ecléctica en sus doctrinas... Los intelectuales no llegarán á ser, en general, prosélitos de la nueva Iglesia; pero la masa común, ya es otra cosa: porque en último término, esos mismos intelectuales hacen y harán todo lo posible por desviar al pueblo de lo que ellos califican de «rutina». De suerte que todo induce á creer que, si los hombres que mantienen la Reforma perseveran, la Reforma prevalecerá, ó, cuando menos, que ha de causar un daño considerable al catolicismo, que tan arraigado se suponía en Filipinas.

Si la Reforma de que tratamos ha sido una sentencia de la Historia (en la que tanta responsabilidad alcanza á los frailes, pues que, bien mirado, la nueva Iglesia ha nacido al calor del odio á ellos), no se olvide que la Historia es, como dijo Kant, *la justificación de la Providencia*. Por lo demás, «Dios no tiene pueblo predilecto; pueblo de Dios es toda la humanidad», léese en el *Corán;* uno de los apotegmas que nadie con buen sentido dejará de aceptar como axioma. Y viva ó no la Iglesia Filipina Independiente, *¡Dios sobre todo!*

W. E. Retana,
C. de la Real Academia de la Historia.

Madrid: Enero de 1909.

DE LA HUERTA DE MURCIA

Sobre fondo en grado tan superior pintoresco y feraz como lo es el de la *Huerta* de Murcia; respirando aquel ambiente, literalmente embriagador en ocasiones, saturado de aromas siempre, y siempre encantador y risueño; recogiendo cual premio y recompensa de su trabajo y sus afanes el fruto por la tierra producido en alumbramiento esplendoroso y fértil; nutriéndose, como parte integrante de la vegetación, casi con la savia misma de que se nutre aquélla, y cultivando la fecunda tierra hoy, conforme la cultivaban sus abuelos — vive tranquilo el huertano, bien que no tan feliz y tan dichoso cual en otros tiempos, á causa de la alteración que ha ido introduciendo en sus costumbres poco á poco la influencia política, elemento perturbador que ha dado al traste con la pacífica vida de las poblaciones rurales y del campo.

Si no del *pater familias* latino, con todas sus derivaciones y consecuencias, aun conserva algo del jefe de familia el huertano, en la forma oriental musulmana, del mismo modo que, bajo relación determinada, en la *Huerta* se conserva el culto del varón, observado en todos los países islamitas. Claro es que no se manifiesta semejante culto de igual manera que en el Africa, por ejemplo, donde es tan superior el concepto que merece el hombre; pero no por ello deja de existir y de influir á veces en las relaciones conyugales. Es, por otra parte, preocupación tan irreductible la que se apodera del hombre al fundar la familia,

y es tanto lo que le obsesiona y subyuga, que, generalmente, en los países civilizados, parece natural en cierto modo el frío recibimiento que á las hembras se hace; y si no llega el caso, como entre los muslimes, de que sea el nacimiento de las hijas causa legítima de divorcio, como si de ello fuere la mujer responsable, y dependiera de su voluntad el sexo de la criatura que arroja al mundo,—no me negará nadie que entre nosotros, el nacimiento de la hembra da con frecuencia origen á graves desavenencias y disgustos en los matrimonios. Recuérdese, si no, lo que en tiempo de las vinculaciones acontecía; recuérdese la famosa *Ley Sálica,* que tantos y tan profundos trastornos políticos originó en nuestra desventurada España; de la cual surgieron las dos nefandas guerras civiles que ensangrentaron casi en totalidad el siglo XIX, y á todos nos han hecho verter amargas lágrimas y vestir de duelo, y de la cual procede la amenaza constante bajo cuya pesadumbre vivimos todavía en este siglo XX.

Por que, á despecho de la más ó menos refinada galantería con que el hombre ha mirado y mira á la mujer, principalmente desde que elevó el Cristianismo la condición de la que por antonomasia decimos «bella mitad del género humano»; á despecho de los poetas de todos tiempos, que enaltecieron y sublimaron la mujer en sus versos, es el egoísmo varonil tan poderoso y tan grande como para que, — como dicen, no sin razón, las mujeres,—todo esté hecho para los hombres y á favor de los hombres... Y así, y lo mismo que los musulmanes y que todos los pueblos,—pues este sentimiento es universal y cosmopolita, sin distingos en el espacio ni en el tiempo,—nosotros, los que pertenecemos á países civilizados, seguimos creyendo, como en la antigüedad, que el varón es el sér perfecto, la representación genuina y acabada de la fuerza, de la energía, de la inteligencia y del poder; el continuador y representante de la estirpe; la encarnación de la personalidad de la raza; el anillo fecundante que enlaza y mantiene indisoluble la gran cadena de la humanidad; el sér á quien Dios ha dota-

do de superioridad incuestionable sobre todo lo creado; á quien ha favorecido con cualidades eminentes, y á quien ha escogido para intérprete de su voluntad en la tierra; quien ha difundido y ha defendido sus doctrinas por todo el mundo, y quien ha sabido encadenar y someter á su arbitrio los elementos y los ha convertido en humildes esclavos suyos, y ha señoreado triunfante el Universo por la virtud de su inteligencia, el prestigio de su palabra, y la fuerza de su brazo.

Él es quien dirige y gobierna las naciones; él, el que trabaja y sostiene la vida social; él, quien no rehuye las obligaciones y hace á todo cara, y consume la vida en las rudas faenas de la industria, y en las superiores, auque no menos rudas, del arte, de las letras y de las ciencias, que comparte á veces con el elemento femenino, aunque no muy gustoso, por juzgarlo usurpación insólita. Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, el Sér Supremo y Omnipotente, es del género masculino; masculina fué la creación de la humanidad; hombre se hizo Dios en el vientre de la Inmaculada; de elementos masculinos se rodea con preferencia Dios en los cielos; varones son los ángeles, los querubines, los arcángeles que cantan las alabanzas del Altísimo, cumplen sus órdenes y derraman los beneficios de la gracia sobre las criaturas. Varones fueron quienes designó para predicar Jesús su doctrina salvadora sobre la tierra, como fué varón el Precursor; varones son los sacerdotes de la Ley Cristiana; varón el enemigo de Dios, *et sic de coeteris.*

Todo esto está muy bién; pero en la vida de la familia encumbrada y poderosa, lo mismo que en la de la trabajadora y humilde, el hombre, en realidad, representa mucho y muy importante, y aun de trascendencia. La soberbia y el desvanecimiento quisieron hacer, contra la ley natural, perpetua la vida social del individuo con el nombre, é idearon el vínculo para que la estirpe no se extinguiera nunca, ni desapareciese el apellido del fundador, ni se amenguaran su fausto y su grandeza. El hijo varón era quien únicamente podía por naturaleza realizar en la sucesión de los tiempos el milagro; y por ello,

el nacimiento del primogénito era recibido con incomparable júbilo; pero como no siempre la naturaleza respondía á los deseos del fundador, hubo precisión de suplir las deficiencias por medio de subterfugios legales que el nombre perpetuasen por lo menos. En la familia trabajadora y humilde, la necesidad y la conveniencia hicieron preferible el varón, pues éste es quien ayuda al padre, aumenta con su trabajo los ingresos, y por ello, la distinta condición legal entre las que se dijeron *artes liberales* y *artes serviles*. Y en todas las categorías sociales, por los peligros, las contingencias y las incertidumbres que la vida de la mujer trae consigo, el nacimiento del varón, quien puede *sacudir la capa,* es como una bendición de Dios mirado, prescindiendo de la preocupación tan extendida de que acusa mayores energías en el progenitor, y halaga su amor propio.

Por manera que, en justicia, no debe de extrañar lo que en la *Huerta* de Murcia ocurre, pues ha acontecido, acontece y acontecerá hasta la consumación de los siglos en todas partes. Mucho podría decirse respecto de las preeminencias del varón en la familia; pero no creo necesario insistir en ello, conviniéndome dejar sentado, por lo que al huertano de Murcia se refiere, que estas preeminencias no proceden directamente de la tradición latina, sino de la musulmana, y que prueba fué bien expresiva de ello,—hoy algún tanto debilitada,—el hecho de que mientras el padre y sus hijos varones, mancebos ó zagales, es decir, púberes ó impúberes, se sentaban á comer á la mesa, pequeña y baja, como en toda Andalucía,—la mujer y las hijas comían de pie, en el suelo, sobre el arca ó andando, al mismo tiempo ó después de haber servido á los varones.

En las bodas había también grandes reminiscencias del propio origen. En el campo de Murcia, y ya probablemente en la *Huerta,* la novia sale de la barraca para hablar con el preferido de su corazón, como en las grandes poblaciones la obrera y la doméstica, aprovechando todos los instantes que pueden. Para obtener la aquiescencia y la autorización paternales, que son la sanción ambas de los amoríos y la formalización de las

relaciones, había dos procedimientos: uno, bien sencillo y fácil de cumplir, pues llegadas las cosas á tal extremo y concertados los amantes,—el día convenido asomaba el novio á la puerta de la barraca donde con sus padres vivía su adorado tormento, y sin trasponer el umbral, decía solamente:

—¡Dios guarde!

—Pasa alante—le contestaban de adentro.

Entonces, el galán se dirigía sin pronunciar más palabra al *jarrero* que hay en las barracas todas sobre el *tinajero,* echaba allí largo trago de agua fresca al aire, y gallardamente se limpiaba después los labios con el envés de la mano, afectando calmosa indiferencia. Si los padres de la muchacha, que estaban ya al tanto, eran gustosos en el noviazgo de la *zagala,* por convenirles á ellos y á ella aquel hombre,—invitaban al pretendiente para que tome desde luego asiento, lo cual verificaba éste sin otras ceremonias, ocupando la silla baja de esparto, inmediata á la de la moza por quien penaba, y así quedaba todo sin más conversación arreglado; pero si, por el contrario, el padre no hacía la invitación, ni decía nada, aquel silencio era más elocuente que un discurso, revelando que no aceptaba ni autorizaba las relaciones, por no creer el novio bueno para su hija, y entonces, el pretendiente, luego de haber con todo despacio bebido el agua del *jarrero,* abandonaba silencioso la barraca, saliendo de ella cabizbajo y triste.

El otro procedimiento no fué sólo privativo de la *Huerta* de Murcia, pues se acostumbró y aun parece se acostumbra en varias regiones de Andalucía. Descríbelo Serrano de la Pedrosa en su novela *El Emperaor,* en *El Cuento Semanal* publicada. Según dicha costumbre, el peticionario se persona en la casa de la novia, llevando «una cayada ó una tranca, adornada con cintas de colores vivos», la cual presenta «al futuro suegro», invitándole «á que acepte ó rechace el compromiso». «Si el padre de la novia lo acepta, toma la porra, la entrega á la novia, y ésta la cuelga de las paredes de la casa.» «Este es el *¡porra adentro!,* que reciben con estruendosa algazara los

testigos de la ceremonia.» «En el caso contrario, el padre toma la cayada, y la arroja lejos de sí, diciendo: *¡porra afuera!*»

«Pero este caso, que equivale á mandar al novio *á la porra*—concluye,—no sucede nunca.»

Suele ocurrir que aun aceptado por los padres, ya en una, ya en otra forma, la zagala *le dé torta* ó *calabazas,* por causas y razones especiales que ella tenga, ó porque el comportamiento del pretendiente, después de formalizadas las relaciones, no haya sido lo que debiera ser y esperaba *la nena.* Mas si nada de esto hay, y los novios continúan entendiéndose, una vez declarados *de oficio*, que podría decirse, los amores,—iba el amante huertano á ver la novia «de quince en quince días ó cosa tal»; y aunque se veían tan de tarde en tarde, no importaba: que «ellos se quieren así *mesmo*, y ni se hacen traición, ni saben qué es eso..., como no vaya el *señorico* á la barraca, cosa que suele hacer las más tardes», según escribía en 1845 D. Luis Alarcón y Fernández Trujillo (1). No tiene hoy ni tanta parsimonia ni tanta paciencia la gente moza, al cabo de más de medio siglo que ha transcurrido desde que fué consignada tal costumbre; y muy poco ha de quedar también de aquella otra, según la cual, los domingos y días de fiesta, después de oída en la Catedral de Murcia la misa, y luego de comer, iba el mozo á casa de la novia, y se sentaba á su lado, «sin más que decir á los padres y demás personas que estaban con ellos: *güenas tardes»,* siempre «con la *montera,* y la *manta* y el *palo* encima». Así solían estar «juntos *mano á mano,* tres, cuatro ó más horas», durante las cuales hablaban «media docena de palabras cada media, si llegaban; ella, mirando el suelo, se componía los alfileres del pañuelo, y alguna vez ojeaba al novio, el que, por su parte, estaba con su palo monstruo haciendo un hoyo en el suelo, muy capaz... de plantar en él un *llorón* joven, una *morera* ó unas *parras*» (2).

(1) *El Huertano de Murcia,* artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español* del año referido.

(2) Alarcón y Fernández Trujillo, art. cit.

¡Dichosos tiempos de candidez aquéllos, que ya pasaron!

Aquí en la *Huerta,* como en todas partes, es el padre del novio, si vive, quien hace oficialmente la petición de mano, cuando las cosas han seguido la marcha natural, ordenada y conveniente. Y en tal ocasión, hogaño como antaño, y puestos de acuerdo en los preliminares los que han de ser consuegros, llámase á la zagala, quien aparece toda ruborosa y trémula, é impuesta de lo que significa solemnidad tan ceremoniosa como indispensable, de la cual tiene ella de sobra noticia previa, una vez enterada del beneplácito y de la aquiescencia de sus padres, sin más rodeos y en su presencia y con su intervención las más de las veces,—pues pasión no quita conocimiento,—se entra de lleno en la cuestión metálica, que es la principal y más importante en el matrimonio, lo mismo que en todas las cosas de la vida.

Es en ésto,—bien que con alguna alteración, sin embargo,—en lo que se ha perpetuado con mayor prestigio la tradición musulmana. Más galantes las costumbres muslímicas en el particular que las nuestras, establecen sea el presunto marido quien dote á la mujer, y debe darle «cama ó *axuar* con cumplimiento de casa; sy fuere aldeana, quel den *axuar* segunt usan en las aldeas; et sy fuere de la villa, quel den *axuar* asy como de la villa», conforme se expresa terminantemente en el título XV de las muy curiosas *Leyes de Moros*, dadas á conocer por el maestro inolvidable D. Pascual de Gayangos en el *Memorial Histórico Español*, que sigue publicando la Real Academia de la Historia.

En la Huerta de Murcia, es la novia quien lleva el *ajuar;* y éste, con arreglo á los medios de que disponen los padres de aquélla, y á su categoría y á su rango, es ó el que llaman *ajuar entero,* ó el que dicen *ajuar doble,* ambos los de mayor rumbo,—y que parece han de concertar con el *axuar* que debían recibir del pretendiente las mujeres musulmanas que en la villa ó en la ciudad habitaban,—ó es, por último, el humilde *medio ajuar,* con el que la mayor parte de las lindas huerta-

nas ha de conformarse á la fuerza por no haber otra cosa, y que, salvo las alteraciones de los tiempos, como una gota de agua á otra, ha de asemejarse, ó mucho me equivoco, al que podían aspirar las aldeanas, según las *Leyes de Moros* que he mencionado.

La zagala, que ha tratado largamente ya este asunto con sus padres, y sabe lo que pueden hacer éstos, y por tanto, la clase de *ajuar* que lleva,—toma la palabra entonces, hace relación al futuro suegro de lo que al matrimonio aporta, y como según sea el dicho *ajuar* habrá de ser lo que han de regalarle los padres del venturoso mortal que ha de poseerla honradamente y según manda la Iglesia,—pide ella, y los otros conceden ó regatean, hasta venir á un acuerdo, conseguido el cual, tiene desde aquel momento el novio autoridad para hablar con su prometida por las noches, avisándola de su presencia por medio de los característicos *relinchos,* que así se llaman las inarticuladas y agudas señas que resuenan estridentes en medio del silencio nocturno é imponente de la *Huerta,* y hacen palpitar de dulce emoción á la niña enamorada.

Fijado el día en que ha de recibir ésta los regalos convenidos, y siempre con arreglo á la categoría del *ajuar,* acompañada de su madre, y con el padre del novio comúnmente,—aunque puede también concurrir la futura suegra,—va la novia á la ciudad, á Murcia, *á tiendas*, como dicen. En otros tiempos, era en tal ocasión cuando se compraba la *basquiña,* ya hoy no en uso, y la *mantellina;* y hoy como ayer, cuando se compra las *arracadas* y demás cosas concertadas y prometidas, que vienen á ser al igual de las que podrían llamarse donaciones *propter nuptias,* y de las cuales hace entrega de presente entre los musulmanes el novio, y suelen consistir en alhajas de más ó menos precio, según la clase de los contrayentes. Nuestro Aly Bey el-Abbasi nota que «la familia del pretendiente envía comúnmente regalos á la casa de la novia», los cuales en la ciudad y en las bodas de rumbo «son conducidos durante la noche en ceremonia, con gran número de fa-

roles, bujías y hachas, en medio de músicas», y de una banda «de mujeres dando gritos» (1).

Después ó antes de hacer las compras convenidas, y si el tiempo es para ello, han de descansar, y tomar la indispensable *agua de espejiquios,* nombre que dan los huertanos al limón helado, lo cual no impide que á continuación sorban sus vasos de café con leche, y luego otros de horchata; y confortados de tal suerte, es piadosa costumbre la de ir á la Catedral á rezar una salve á la Virgen de la Fuensanta «pa que *ensolline* á los zagales, y dempués les haga bien casaos». Verificadas las compras, yantan juntos en cualquier bodegón ó casa de comidas, y regresan contentos y satisfechos á sus *barracas,* señalando el plazo entonces, dentro del cual han de ser felices los *muchachos;* y como todo llega en este mundo, llegado á la postre el día del casorio, después que el señor cura ha echado la bendición á la dichosa pareja y le ha leído los latines del caso, los novios, con los convidados y parientes— que van de rigurosa etiqueta, llevando sobre los hombros la luenga y parda capa, así haga sol como para pillar un tabardillo, — se encaminan, en pintoresco y regocijado grupo, á la *barraca* de los padres de la recién casada, para celebrar la *boa* con todo el aquél posible que consienten sus recursos, y en la cual son indispensables el arroz con leche, las natillas y el vino.

Los festejos de la boda entre el huertano de Murcia y los musulmanes duran varios días, según la mayor ó menor riqueza de las familias de los novios, si bien son distintas, naturalmente, las ceremonias; pero por lo común, sólo se celebran la *boda* y la *torna-boda,* aquélla, cual queda dicho, en el domicilio de la recién casada, y ésta en el de los padres del novio. En la *boda,* si hay *plato,* una vez apurado el último de los manjares del festín, colocan sobre la mesa una fuente de loza ó una bandeja, en la cual, los padrinos primero, y después los parientes y convidados, van depositando el dinero ó los ob-

(1) *Viajes por África y Asia,* t. I, págs. 30 y 31.

jetos con que obsequian al novel matrimonio, distribuyendo entonces entre aquéllos la madre de la novia, rosquillas fabricadas por ella, para que las den á los ausentes en memoria de tan fausto día.

Entre los muslimes, el *plato*, que dicen en la *Huerta* de Murcia, no se expone sino en el cuarto día, llamado *Juarí*, porque precisamente en él es cuando se forma el *axuar* particular de la novia, independiente del que ya entregó á su tiempo el novio.

Durante el día mencionado, las parientes, amigas y conocidas de la recién casada y de la familia, acuden, en Marruecos, á visitarla, y conforme las visitas van entrando en la habitación, van individualmente depositando alguna cantidad de dinero en una bandeja, dispuesta al propósito en medio de la estancia. Semejante ofrenda constituye cierta especie de caja de ahorros, porque cada joven que toma estado, recibe en aquella ocasión de sus amigas el equivalente de todas las cantidades que ella les ha regalado en las propias circunstancias y condiciones, para lo cual se toma nota escrupulosa de lo que cada mujer echa en la bandeja, á fin de devolvérselo el día que se case, si es soltera, repudiada ó viuda. En realidad, lo mismo entre los marroquíes que entre los huertanos de Murcia, tal costumbre no es, con diferente forma, sino la que se observa en todas partes, y que tantas veces he leído en los periódicos, en orden á personajes y familias de alta alcurnia social, política, militar, aristocrática ó bancaria, y todos recordarán conmigo, no sólo las aparatosas exposiciones del *ajuar* de la novia, el *trousseau,* que decimos en buen castellano, sino las largas relaciones de regalos hechos á los futuros y publicadas por la prensa, listas en que figura por su nombre cada uno de los donantes, todo ello á los cuatro vientos difundido por las trompetas de la fama, y que no es, en resumidas cuentas, sino el humilde *plato* de la *Huerta,* ó su equivalente la bandeja de Marruecos, pues la humanidad es siempre la misma, vístase como quiera.

Ritual ceremonioso é imprescindible, que tiene mucho casi de sustancial, es éste de las *bodas* y *torna-bodas,* que termina siempre con el indispensable bailoteo bajo el emparrado de la *barraca,* después del cual, y cuando han caído ya las sombras de la noche en día tan solemne, como lo es el de la *boda,* es alegremente acompañado el nuevo matrimonio á su vivienda, si es que la tiene, ó se despide de los enamorados cónyuges la concurrencia, si, en caso contrario, han de comenzar aquéllos á vivir en la *barraca* de la desposada, siendo de advertir que, celebrada la *torna-boda,* y reunidas amigablemente las dos familias emparentadas por el casorio de los *zagales,* se ajusta á conciencia entre ellas la cuenta de los gastos ocasionados por la *boda* y la *torna-boda,* y se parten y distribuyen entre una y otra familia con toda equidad y á *prorrata,* quedando ya el matrimonio para en adelanse establecido, una vez completamente cumplidas estas formalidades de rúbrica.

De igual manera que tiene el huertano repartidas sus labores agrícolas conforme á las estaciones, tiene también por temporadas repartidos sus diversiones y esparcimientos, no faltando nunca á la costumbre, observada religiosamente, y como lo son en la *Huerta* las fiestas de mayor precepto. Por ello, y conforme recuerda el ilustre murciano D. Lope Gisbert en sus *Historias, escenas y costumbres murcianas,* hace «en rigurosa alternativa *tostones* en Enero, *morágas* en Mayo, *monas* por Pascua de flores, *hogueras* por la Cruz y por San Juan, *tortas* por Navidad, y *bailes* por todo el año» (1); y así,

(1) En la *Huerta* murciana, del mismo modo que en varias comarcas andaluzas, llaman *tostones* á los granos de maíz socarrados dentro de la sartén con un poco de agua y aceite, y que no se abren formando *rosas;* la *moraga,* que en los pueblos costeños de Andalucía consiste en cierta manera de asar las sardinas recién salidas del copo, atravesándolas con una caña, y poniéndolas á la lumbre hecha en el hoyo abierto al propósito en la arena de la playa en disposición de que no se ahumen,—en la *Huerta* de Murcia se hace abriendo también un hoyo de poca profundidad en la tierra, depositando en él un puñado de espigas de trigo frescas, cubriéndolo luego de rescoldo, sacándolo después de cinco ó menos minutos, y

entregado de lleno á sus faenas, procurando dar esparcimiento al ánimo como puede, y cumpliendo con todo rigor los hábitos consuetudinarios de la tierra,—nada se le daba de nada antes de la invasión malhadada de la política en los campos, si no se le *corrían* los trigos, le cortaba el *callueso* los pimentonares ó se le colgaba el gusano de la seda, gruñendo y renegando, en otro tiempo, al ver llegar «á la era la mula del diezmero», quien le arrebataba una parte del fruto de sus sudores, hoy, cuando le apremia el pago de la contribución y el del rento, y entonces y ahora, cuando «la quinta le roba los mejores mozos».

Pero á bien que en todo lo restante del año sabe dar al olvido tragos de tanto amargor cual los citados, recurriendo á sus famosos *juegos,* de que hablaré adelante, y zarandeando el cuerpo á su gusto en continuo bailoteo, pues el *baile* viene á ser para el huertano elemento de vida, y tanto, que hasta en aquellas tan solemnes y tan tristes y tan poco apropiadas ocasiones, como la de la muerte de algún *zagal* de poco tiempo, el dichoso baile es ceremonia indispensable y complementaria. Ya en uno de sus lindos cuadros de costumbres murcianas, lo

---

limpio el grano de la cascarilla, queda suavemente asado aquél, y resulta, según dicen, muy agradable; son las *monas* un equivalente de los que en otras partes llaman *hornazos*, sino que en la *Huerta* y en Murcia conservan la denominación arábiga, pues esta especie de tortas, con los huevos enterosy encascarados que entre la masa se colocan, eran, y siguen siendo entre los hijos de Mahoma, objeto de regalo que se hacen recíprocamente las familias en ciertas festividades, y tienen también nombre de *monas*, por lo que, aludiendo á ellas y á los demás presentes de la misma condición que es costumbre cambiar en los países musulmanes, se conserva entre nosotros el retraire de *ir á Tetuán por monas*, el cual se ha entendido de otra suerte, creyendo que realmente se trata de ximios; de las *hogueras* no hay que hablar, pues no son sólo privativas de Murcia, y en cuanto á las *tortas* de Navidad, las hay *bastas,* que son bocado exquisito cuando están bien preparadas y bien hechas, y con las cuales obsequia en aquella ocasión entre otras cosas el propietario á sus labradores, y las hay *finas*, de manteca, que no son tampoco especiales de la tierra, sino comunes en toda Andalucía, sin llegar á la exquisitez de los *polvorones* de Sevilla y los mantecados de Antequera.

describió Martínez Tornél al trazar el del *Velalorio de un ángel,* y recientemente, el autor de *Vida huertana,* á quien he citado varias veces, lo describe a su vez en el artículo que titula *Los Auroros,* haciendo constar que la noticia del fallecimiento de un niño, acaecido en cualquier *barraca* ó caserío, circula «como un relámpago, por los cuatro vientos del Partido, y la gente joven» se da «cita en la casa mortuoria para pasar una noche de diversión á costa de tan sensible desgracia, sin tener en cuenta para nada el dolor... de los desconsolados padres.»

«Poco antes de las ocho—escribe el Sr. Orts, pintando un caso,—empezaron á llegar las familias del vecindario, predominando los mozos y las mozas, que iban provistos de guitarras y castañuelas; en la fachada de la casa se colocó un quinqué de pared como una iluminación de fiesta; todas las sillas... se sacaron á la replaceta, donde la gente joven, ávida de bullicio, formó ancho círculo, después de haber proferido mil lástimas alrededor del muertecito; luego, se oyeron los primeros compases de la guitarra y la primera copla del huertano, y por último, dió principio la velada con un golpe de baile que daba la hora, según el común sentir de los testigos presenciales.» «Las tandas de malagueñas—prosigue—se sucedían vertiginosamente; unas parejas eran relevadas por otras parejas, hasta que no quedó muchacha en el corro que no hiciese alarde de sus habilidades de bailadora, con mil variaciones ó mudanzas.» «Así transcurrieron algunas horas, hasta que las madres de las muchachas concluían por dormirse ó por retirarse al interior de la vivienda, dando al traste con la vigilancia que ejercen de ordinario sobre sus hijas, y entonces se convirtió la reunión en algo así como un berengenal, donde iban manga por hombro ciertos respetos y miramientos de la juventud.»

«Lo extraño es—observa,—que á las muchachas de la *Huerta* se les deje la soga larga en noches de velatorio, sin temores ni precauciones de ningún género, cuando todo el año viven esclavizadas dentro de sus casas, sin que les sea permi-

tido ir solas ni al portal de la calle; cuando se les censura hasta el simple hecho de que pasen por la puerta de la casa del novio, y cuando no pueden sostener conversación con los hombres sino á presencia de la familia.» «La tal costumbre—concluye—es sin duda una reminiscencia de aquellos usos antiguos, cuando todo el mundo vivía á la buena de Dios en este paraíso del Segura (1).»

Yo no sé de qué raza ni de qué tiempo sea, no la costumbre de que las madres en los velatorios descuiden la vigilancia de sus hijas mozas, sino la de que la muerte de un niño sirva de pretexto para que los muchachos de ambos sexos pasen una noche de jolgorio cantando y bailando regocijadamente. Ello, sin embargo, ha de tener un origen y una explicación piadosos. Es un ángel que vuela al cielo. Es un alma que, limpia y pura de toda mancha, sin haber experimentado ninguna de las miserias terrenales, vuelve á la mansión celeste sin tribulaciones ni responsabilidades. Dios la recibe y acoge piadoso en su santo seno, y los cristianos, que en ÉL tienen puestas su fe y sus esperanzas, manifiestan su regocijo por ello... Tal parece hubo de ser el origen de este inoportuno bailoteo, acompañado del cante; pero como todo se pervierte y se desnaturaliza, lo que debía ser expresión de cristiano regocijo, puro y sin mezcla de livianda-des, se ha convertido con el tiempo en cierta manera de saturnal impía, que debe acibarar la honda pena de los padres, para quienes no hay consuelo en la pérdida de un hijo.

No tengo tampoco noticia de que en la Huerta de Valencia —que tantas analogías ofrece respecto de la de Murcia—exista costumbre semejante, aunque hay otras que no se practican ó no son conocidas, en el que llama Orts «Paraíso del Segura». En éste, «en medio de la entrada [de la vivienda] sobre una *mesa de cocina* cubierta con un paño blanco», se coloca tendido «el cuerpecito exánime» de la criatura fallecida, «con la cabeza reclinada en la misma almohada de la cuna..., amortajado con un

(1) *Vida huertana*, págs. 27 y 28.

sudario de zafiro de color de cielo; las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud piadosa; los labios entreabiertos, como si le hubiese sorprendido la muerte en el momento de modular una sonrisa; los ojos cerrados por las propias manos de su madre..., y la pálida frente ceñida con una corona de rosas del Borneo», y «todo el tablero de la mesa... cubierto de geráneos y pensamientos (1).»

La elegante pluma de Blasco Ibáñez, novelista insigne, y tan profundamente conocedor de las costumbres de su tierra, nos hace saber que, también como en Murcia, se coloca en la Huerta valenciana, «en el centro de la entrada» de la vivienda, «la *mesita blanca de pino*», en la cual come la familia, y que es equivalente á la *mesa de cocina* de Murcia; que si en ésta se cubre con un *paño blanco,* en Valencia se tiende primero sobre dicha mesa «*una sábana*», cuyos extremos son recogidos convenientemente con alfileres, «encima... una colcha de almidonadas randas, y sobre ella el pequeño ataúd», llevado de la ciudad, «una monada...; un estuche blanco galoneado de oro, mullido en su interior como una cuna», y en el cual es depositado el cadáver, cuyas últimas galas consisten en «la mortaja, de gasa tejida con hebras de plata, las sandalias, la guirnalda de flores, todo blanco, de rizada nieve, como la luz del alba».

Respeta religiosamente el huertano de Murcia las huellas aterradoras de la muerte, con caracteres indelebles impresa en el semblante de la criatura; pero en la Huerta de Valencia, después de vestido «el cuerpecillo frío» con aquellas galas que simbolizan la pureza del *albaet*, y de haber ceñido sus sienes con la mencionada «guirnalda, un bonete de flores blancas con colgantes... sobre las orejas; un adorno de salvaje, semejante á los de los indios de ópera», como escribe Blasco Ibáñez,— la «piadosa mano» de la madre, siguiendo tradicional y cruel costumbre, cuyo origen no se me alcanza, pero que tiene algo de profanación y mucho de gentilismo á lo que parece, «em-

(1) *Vida huertana,* pág. 26.

peñada en terrible batalla con la muerte», pugna por dar apariencias de vida á aquel semblante amarillento y helado, tiñéndole «las pálidas mejillas de rosado colorete», y los labios ennegrecidos, «con una capa de encendido bermellón», como pugna por abrirle «desmesuradamente los flojos párpados», que vuelven «á caer, cubriendo los ojos mates, entelados, sin reflejos, con la tristeza gris de la muerte»; de manera que con la «guirnalda extravagante» y la «cara pintada», queda la pobre criatura hecha «un mamarracho». Luego, y concluído de aquella suerte el fúnebre tocado, llenan «de flores los huecos de su caja; flores sobre la blanca vestidura, esparcidas en la mesa, apiladas formando ramos en los extremos... la vega entera, abrazando el cuerpo» del niño, «extendiendo sobre» él «una oleada de perfumes y colores» (1).

Por lo aficionada que es la gente moza de la *Huerta* á divertirse con cualquier pretexto, sacándole punta á todo, según en todas partes también ocurre, pues la juventud tiene sus fueros naturales, y porque no descuida aprovecharse de cualquier ocasión que para ello se presente,— díjose un tiempo en Murcia, y no sé si se seguirá diciendo todavía con relación al huertano, que

el que va á San Cayetano,
sale de Nazareno,
y pasa la canal,
es asno cabal;

pero á pesar de este retraire, tan poco lisonjero para la gente de la *Huerta*, los murcianos mismos no desdeñan tomar participación bien activa ni en la famosa fiesta de los *Alcázares*, ni en la romería de San Cayetano, el 7 de Agosto en Monteagudo, ni el día de la Vírgen de la Asunción, ni en casi ninguna de las festividades, principalmente, aunque ya con carácter más señoril, en las de Semana Santa, en que se lucen los famosos *Pasos* de Salzillo, en la *Cabalgata* que les sucede inme-

(1) *La Barraca*, págs. 166 á 168 de la ed. económica.

diatamente, y en la *Batalla de Flores* que se celebra en la *Glorieta* desde hace algunos años, como término, remate y complemento de las solemnidades del tiempo santo, y que tanto forastero lleva á Murcia.

Ocasión en la cual se halle junta la gente moza, motivo es en todas partes de regocijo, de broma y de alegría; así es que la operación del *desperfollo*, en la que se hace la limpia de las mazorcas ó *panochas*, arrancándoles la hoja que envuelve las espigas, y que se verifica en las hermosas noches veraniegas, aquí como en las Asturias, donde tiene nombre de *esfoyaza,* da pretexto para que se reúnan zagalas y zagales y procuren divertirse como pueden. En la replaceta de la *barraca*, ó en el interior de la vivienda, si tiene capacidad para ello y la cosecha del *panizo* lo consiente, y en derredor del montón más ó menos voluminoso formado por las *panochas* recién cogidas, acomódanse los *desperfolladores*, sentados á la oriental usanza, y mezclados los dos sexos. Componen la reunión ya individuos de la misma parentela, ya los de familias amigas, y no hay que decir cómo los novïos aprovechan la coyuntura para sentarse juntos y cambiar entre sí, cuando les es posible, algo más que palabras.

La animación y el bullicio, entre risotadas, gritos y parloteos inacabables, dan á la operación especial carácter desde un principio. Las *panochas* menudas son así completamente despojadas de los apretados cendales que las oprimen, y separadas en espuertas nuevas, colocadas al propósito; las más gruesas, libres de la envoltura, quedan, no obstante, con «un mechoncito de *perfollas*, para ensoguillarlas después en grandes *horcos* ó rastras, que los labradores cuelgan en la *cámara* para que se vayan secando.» Cuando sale alguna panocha *colorá*, se abrazan y aun se besan con grande algazara y bulla los *desperfolladores* de ambos sexos, persiguiendo los mozos á las mozas que se resisten á la costumbre, y dando carreras detrás los unos de las otras, con escenas que, al decir de los escritores locales, «pasan de castaño obscuro», sin que nadie se dé por

ofendido á causa de semejantes libertades, que, en otras circunstancias, no serían en modo alguno toleradas (1). El *desperfollo* termina comúnmente con un *baile,* el cual suele tener á veces remate no del agrado de los bailadores, bien por alguna demasía, bien por celos de algún mozo, bien por *gracia* de cualquiera, ó por otra causa análoga, caso en el cual, y al percatarse de ello, *echa* el *cantaor* el *roque* con la copla:

Por allí viene Roque
por el cabezo,
con unos calzonazos
que mete miedo.

Al escuchar el *roque*, enarbolan sus *plantones* los mozos, matan la luz del primer golpe, y llueve sobre los circunstantes, sin distinción posible, espesísima nube de *plantonazos,* siendo maravilla que no salga á relucir alguna navaja ó algún cuchillo, y que alguno ó algunos de los *desperfolladores* no pague el pato, llevando para toda su vida, si la cosa no es más grave, señal indeleble de la fiesta.

Reminiscencia harto pervertida y degenerada de costumbres cristianas, que arrancan desde los mismos tiempos medioevales, son, sin duda, los *juegos* proverbiales en la *Huerta,* cuyo tiempo natural era el de la Pascua que á la Cuaresma sigue, los cuales no son privativos ciertamente de Murcia, pues han existido en toda Andalucía casi con igualdad de caracteres, según demuestra el docto y malogrado académico de la Historia D. Emilio Lafuente y Alcántara, en el erudito *Discurso preliminar* con que encabeza la *Colección escogida de segui-*

(1) En Asturias, para hacer la *esfoyaza,* cada día acuden los vecinos, generalmente los jóvenes, «á casa de uno de ellos, para ayudarle», igual que en Murcia. Palacio Valdés dice que se reúnen «en una estancia mozos y mozas á la luz de un candil», y pasan «la velada alegremente, bromeando, cantando, requebrándose, mientras poco á poco las doradas espigas» salen «de su envoltura, y se enristran para adornar después los corredores y los hórreos», como se ensoguillan y se cuelgan en la *cámara* de la barraca murciana. *(La Aldea perdida,* cap. XIV.)

dillas y coplas que, con el título de *Cancionero Popular,* dió á luz en 1865. Generalmente aprendidos y ensayados, constituyeron la delicia de otras generaciones; y aunque en su principio fueron inofensivos y tolerables, han ido poco á poco degenerándose y descomponiéndose, hasta el extremo de que no sea posible asistir á ellos, pues los salpimentan de tal suerte en palabras y ademanes, que producen, en realidad, escándalo.

Entre otros muchos *juegos* que podrían ser citados, son de recordar el del *Embozado,* cuadro mímico, de un solo personaje, el cual se presenta ante la concurrencia completamente envuelto en una larga capa que le encubre todo, y cuando mayor es la expectación, se desemboza de repente, apareciendo en cueros vivos, y echando á correr después de haberse dado en espectáculo; el *juego del Galápago,* el *del Licenciado,* en el que el principal papel corresponde á una vasija de retrete; el *de la Zorra,* que corre parejas con el del *Embozado,* y el famoso pasillo *El Paje de la llave.* Analogías presenta con el juego de *El reinado,*—del que todavía se conserva en los pueblos del alto Aragón vivo recuerdo, como hace constar mi Padre en el tomo VII de su tan explotada *Historia crítica de la Literatura Española* (págs. 467 y 468),—la tradicional fiesta *de los Reyes,* que se celebra en el Palmar ó Lugar de Don Juan, así llamado por haber pertenecido en el siglo XVI ó el XVII á D. Juan Berástegui.

La farsa, que es todo lo primitiva que teatralmente puede considerarse, es parte de cierto poema dramático de D. Gaspar Fernández y Ávila, que constituye el coloquio de la *Adoración de los Reyes.* Para formar idea del aparato escénico, copiaré aquí las indicaciones hechas al pie del manuscrito del coloquio que poseo, según las cuales, «los tres reyes magos salen montados en sus caballos, y cada uno de ellos lleva un volante agarrado del diestro.» «Uno viene por el Mediodía, otro por Levante y el otro por Poniente, y en el Calvario del Palmar se halla un ángel á caballo, con una estrella en la mano, suspendida por un alambre, que figura estar en el aire.» «Los

reyes se dirigen á la estrella, y al llegar al punto donde ésta se hallaba, se les pierde, marchando por las calles en su busca.» «El pueblo, al verlos, los victorea, y entonces, Herodes, que está en su palacio, sale al balcón, y se encuentra con sus ministros; les pregunta la novedad, y le dicen que hay tres reyes extranjeros; y viendo las grandes aclamaciones, manda á sus guardias que los lleven á su presencia.» «Enfrente del balcón del rey Herodes hay un tablado, desde el cual hablan los ministros con el rey.» «Después de dichas las relaciones, se van á Belén, que figura ser la iglesia; se reúnen en ella los tres reyes, y el ángel, antes de empezar la misa, dice su relación, que empieza con los siguientes endecasílabos:

Oye, pueblo gentil, enjuga el llanto;
deja ya de sentir, cese el quebranto;
conviértase la pena en alegría,
pues del claustro virgíneo de María
el de nueva salud, Autor divino,
ha nacido á enseñaros el camino, etc.

Los trajes, tal como los describe otra nota del manuscrito, son: «Herodes, un túnico talar, corona y espada.—El primer ministro, *traje hebreo,* y el segundo, *traje judío.*—El rey Baltasar, *vestido de moro,* con turbante y media luna.—El rey Gaspar, con corona y capa, y el rey Melchor, igual al anterior.—El Angel, *el propio suyo,* con dos grandes alas.» «Las capas de dichos reyes son blancas, verdes y coloradas, con pantalón largo y ancho, del mismo color de las capas, con petos del mismo color, bordados con *antejuela*», esto es, lentejuelas.

Por esta descripción de la indumentaria de los personajes en el coloquio á que aludo, puede el lector formar juicio de lo que será la fiesta. Pero así y todo, es tradicional, como los trajes, y la concurrencia se entusiasma y se conmueve. Quien suele pagar por todos es el pobre *Angel,* que tirita de frío dentro de las mallas que constituyen el traje *propio suyo,* y suele coger una pulmonía que da con él en el cementerio...

Bien quisiera haberme detenido algo más en los *juegos* y en esta fiesta del Palmar, como me propuse; el temor de hacer demasiado largo y erudito el presente trabajo me lo han impedido, siendo suficiente lo indicado para que se evoque el recuerdo de aquellas *farsas* y de aquellas *églogas* de los tiempos medioevales, con las que celebraban los magnates y los pueblos ciertas solemnidades. También me había propuesto hablar del *gusano de la seda,* de la antigua industria textil casera, ya abandonada, y de otras cosas curiosas de la *Huerta* de Murcia; pero las razones indicadas me lo impiden. Doctores tiene la Iglesia, y escritores Murcia, que han sabido, saben y sabrán pintar con propio colorido todo esto, y mucho mejor que podría hacerlo yo por mi parte, murciano honorario, á quien encanta aquella bendita tierra. A ellos me remito, con la esperanza de que si en las producciones de Martínez Tornél, de Gisbert, de Marín Baldo, de Díaz Cassou y de otros autores locales hubiere deficiencias, que no lo creo,—el moderno pintor de las costumbres de la *Huerta,* D. Luis Orts, habrá de salvarlas discretamente, sobre todo, si se aparta del espíritu tendencioso de su *Vida huertana*, y se limita á reproducir lo que subsiste de aquellos hábitos singulares, que se van poco á poco esfumando á influjos de la vida moderna.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

MÉJICO

(ESTUDIO GEOGRÁFICO, ECONÓMICO Y POLÍTICO)

Voy á dar á los lectores de La España Moderna algunas impresiones sobre aquel país, recogidas por mí en observación personal y directa durante el año que permanecí en la República mejicana (Octubre de 1906 á Septiembre de 1907), en cumplimiento de la misión científica que allí me llevó.

La República de los Estados Unidos Mejicanos, que así se titula oficialmente, figura hoy con la República Argentina á la cabeza de todas las modernas naciones hispanoamericanas, y no es aventurada la afirmación de que, siguiendo su marcha progresiva actual, figurará muy pronto entre las primeras naciones del mundo.

La extensión territorial de la República mejicana es de dos millones de kilómetros cuadrados, es decir, cuatro veces mayor que España, y su población, según los últimos datos, de 13 $^1/_2$ millones de habitantes, resultando, por lo tanto, una población relativa de siete habitantes, próximamente.

Su situación geográfica está comprendida entre los 32°,25 y los 15 latitud N. y los 98° y los 117 longitud O. de Greenwich. Hay que advertir que por la costa oriental, ó sea la bañada por el Océano Atlántico (golfo de Méjico), la latitud máxima apenas llega á los 26°.

La climatología de este país es de una variedad tal, que difícilmente llegará á igualarla ningún otro país del mundo. Es esto debido á la combinación de los efectos resultantes de la situación geográfica del país y de su sistema orográfico, el cual presenta grandes y variadas altitudes. Así resulta que, situado Méjico en la zona tórrida y en la templada del Norte, en la proporción aproximada de las dos terceras partes y una tercera parte, respectivamente, y no debiendo tener, por este motivo, más de dos climas, caliente y templado, haya, sin embargo, cuatro regiones climatéricas distintas, y son las siguientes: calientes, templadas, frías y glaciales. Todos los climas del mundo, desde el tórrido al glacial, se encuentran en este país.

Es muy difícil señalar las partes del territorio á las cuales corresponden las diversas regiones climatéricas, porque la irregularidad de la orografía mejicana determina variadísimos accidentes en la naturaleza del terreno, en el régimen de las lluvias y en el de los vientos reinantes, factores todos que tanto contribuyen á modificar aquellas condiciones climatológicas que se derivan de la situación geográfica y de la altitud.

De un modo general puede decirse que son *zonas calientes* las costas y todas aquellas regiones situadas desde el nivel del mar hasta los 500 metros de altitud. Pertenecen, por lo tanto, á *tierra caliente,* como allí se dice: en el litoral del Atlántico (golfo de Méjico), los Estados de Tamaulipas, Veracruz, Tabasco y la península de Yucatán; en el litoral del Pacífico, los Estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Colima, Guerrero, Oaxaca, Chiapas, el territorio de Tepic y parte de la Baja California; en la parte central del país, el istmo de Tehuantepec y los planos bajos de la Sierra Madre, así como la mayor parte de la cuenca del río Balsas. Hay que advertir que los Estados litorales, así del Atlántico como del Pacífico, sólo pueden ser comprendidos en la región caliente en la parte bañada por el mar. De los Estados situados en el centro del país, y en la meseta del Sur, pertenece á tierra caliente el de Morelos, cuya capital, Cuernavaca, al mismo tiempo que una población hermosa, es una ani-

mada estación de invierno, muy favorecida por excursionistas extranjeros, norteamericanos principalmente. En las zonas calientes, la temperatura media es de 30° centígrados.

Se considera como *zonas templadas* aquellas en las que la temperatura media oscila entre los 20° y los 25° centígrados. Pertenecen á ella, en general, los lugares y regiones situados entre los 500 y los 1.500 metros de altitud. Poseen territorios comprendidos en las zonas templadas, además de la mayoría de los Estados antes dichos, los de Nuevo León, San Luis de Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo y Michoacán.

Por *zonas frías* se entiende aquellas cuya temperatura media oscila de los 10° á los 20° centígrados, y á ellas pertenecen las regiones situadas entre los 1.500 y los 3.000 metros de altitud. Son muchos los Estados cuyo territorio corresponde en gran parte á las zonas frías, pero más señaladamente los de Chihuahua, Coahuila, Méjico y Puebla. Estos dos últimos Estados, sobre todo, tienen un clima tan variado, que en ellos existen regiones pertenecientes á las cuatro zonas.

Como *zonas glaciales* se considera á las regiones cuya altitud excede de los 3.000 metros, y son, en general, las cumbres de las montañas más elevadas, verdaderas regiones de las nieves perpetuas algunas de ellas. Tales son las *Cumbres de Maltrata* y el *Pico de Orizaba,* en el Estado de Veracruz; el *Popocatepetl* y el *Yxtacihuatl* entre los Estados de Méjico y Puebla; todos ellos con alturas que exceden de 5.000 metros; el cerro *Nevado de Toluca,* en el que se encuentra la linda ciudad de Toluca, capital del Estado de Méjico; *La Malinche* y el *Cofre de Perote,* este último en la Sierra Madre oriental; la altitud de todos los cuales excede de 4.000 metros, y el volcán de Colima en la Sierra Madre occidental, *Ajusco* y el *Pico de Tancitaro,* cuyas alturas se aproximan á 4.000 metros.

La sucesión de las estaciones se verifica con bastante regularidad en las zonas frías. En las templadas y calientes puede decirse que, como en las regiones tropicales, sólo hay dos esta-

ciones ó períodos: el de las lluvias, que dura generalmente de Mayo á Septiembre, y el de la sequía, el resto del año.

La ciudad de Méjico, capital de la República, es una gran población. Se halla situada en plena zona tórrida (18°, 40 latitud N.) y casi en el centro de un gran valle circular (el valle de Méjico), que forma un ligero plano inclinado, cuya parte más baja es el lago de Texcoco.

La altitud de la ciudad de Méjico es enorme. Se eleva á 8.400 pies ó sean 2.300 metros próximamente. Esta circunstancia modifica por completo el clima de aquella capital, que, aunque los naturales del país lo consideran como extremoso, de frío en invierno y de calor en verano, á mí me ha parecido de una continua primavera. Sin embargo, una mañana del mes de Enero del año que yo estuve allí, aparecieron las calles cubiertas de una ligera capa de nieve, cosa excepcional y extraordinaria en aquella capital.

El perímetro de la ciudad es inmenso, porque las casas son, por lo general, de poca elevación. Las calles son anchas y rectas, de longitud interminable y, en su mayoría, bien urbanizadas. El movimiento, durante el día, es muy grande, y los tranvías electricos, con carruajes de grandes dimensiones, vienen y van constantemente por todas partes, circulando casi siempre llenos por todas las líneas y á todas las horas. Durante la noche, el movimiento cesa desde las primeras horas, pues el comercio cierra en su mayor parte entre siete y ocho, y la animación callejera desaparece casi totalmente.

Fuera del casco principal de la ciudad han sido edificadas barriadas de elegantísimos hoteles, entre las cuales merecen ser citadas la colonia de San Rafael, la de Santa María y las de Juárez y Roma. También existen alrededores muy pintorescos, como Tacubaya, Mixcoac, San Angel, Popotla, Atzcapozalco, Coyoacán, Churubusco y Tlalpan.

Todos estos alrededores están unidos á la capital por frecuentes y rápidos servicios de tranvía.

Es digno ornato de la ciudad el bosque de Chapultepec,

donde también se encuentra el castillo de su nombre, que sirve de residencia veraniega al presidente de la República y de albergue á la Escuela Militar. Chapultepec es el más favorecido de los paseos de Méjico, y á sitio tan pintoresco conducen tres grandes vías diferentes: la del tranvía para Tacubaya y San Angel, la magnífica Avenida de la Reforma, camino que siguen todos los carruajes, y una carretera alquitranada especial para automóviles.

Por el número y la variedad de los carruajes y por el lujo y elegancia de las damas, el paseo de Chapultepec resulta por las tardes de un efecto sorprendente.

Pero hagamos alto ya en esta labor descriptiva de Méjico, y entremos en la vida del país.

***

El que visita por primera vez la capital de Méjico recibe una gratísima impresión. Esto sucede, por supuesto, en el caso de aquellas personas que llevan su ánimo libre de preocupaciones y de cuidados apremiantes. Aquellas otras cuyo espíritu está dominado por los anhelos de la aspiración todavía no lograda y por las inquietudes que produce la escasez de medios frente á la urgencia de las necesidades, como en general ocurre con nuestros emigrantes, no pueden recibir impresiones gratas ni allí ni en ninguna otra parte, mientras no se vean colocadas en el camino de la realización de sus deseos.

Pero aquella agradable impresión se convierte en un verdadero estado feliz desde el momento en que, comenzado el trato social, dan principio también las relaciones y las amistades. Yo puedo asegurar que durante el tiempo que permanecí en Méjico, ni un momento siquiera tuve ocasión de pensar que me hallaba fuera de mi patria y á mucha distancia de ella.

Y esto se debe al trato afectuoso y finísimo de los hijos de aquel país, como consecuencia de su carácter dulce y hospitalario y de su cultura.

Por aquí se tiene la idea de que la cultura, en general, sólo se encuentra en Alemania, Inglatera ó Francia, así como en la joven República hispano americana se considera también que es inútil pretender buscarla en España. Esto constituye un doble y notorio error, que todos los que hemos hecho estudios y observaciones sobre este particular debemos procurar desvanecer.

Nada voy á decir ahora de lo que se refiere á España, porque no es el objeto de este artículo, en el cual sólo se trata de Méjico. Para mis trabajos de colaboración en la prensa mejicana reservo el dar á conocer allí á nuestro país, como en mis publicaciones en España procuro dar á conocer á Méjico, y así, de este modo, contribuyo en la medida de mis fuerzas á estrechar las relaciones entre ambos países.

La instrucción pública en la nación mejicana es uno de los objetos de mayor y más constante atención, así por parte del Gobierno federal, como de los Gobiernos de cada uno de los Estados de la República.

La enseñanza pública se divide en tres grados: elemental ó primario, secundario ó preparatorio, y superior ó profesional. Es gratuita la enseñanza en todos sus grados, y obligatoria además en el grado elemental.

Se da en Méjico una gran importancia á la enseñanza primaria, la cual se divide en dos períodos, elemental y superior, y este último en dos clases, general y especial.

El período elemental y la clase general del período superior en la enseñanza primaria ofrece mucha analogía con el cuadro de estudios de nuestras escuelas.

La enseñanza primaria superior especial comprende para los varones estas cuatro secciones: industrial y de artes mecánicas, comercial, agrícola y minera, y para las hembras, las dos primeras solamente.

Con esta organización, claro es que no existe allí el tipo del maestro único, enciclopedista de ocasión, al frente de cada escuela. El personal docente en las escuelas de primera ense-

ñanza superior se compone de un director ó directora, un profesor ó profesora por cada grupo de cuarenta alumnos en los cursos de enseñanza general, y otro por cada grupo de treinta en los cursos de enseñanza especial. Además, hay profesores especialistas para aquellas materias en las cuales su concurso se considere necesario.

Siguiendo en esto el ejemplo de los Estados Unidos, no sólo se procura en Méjico la instrucción de la infancia, sino también su robustecimiento por medio de la educación física. Por eso en todas las escuelas, además de los cursos generales y especiales, son obligatorios los ejercicios físicos, militares, gimnásticos, trabajos manuales, canto y juegos libres. En estos ejercicios se invierte hasta la cuarta parte del día escolar.

La enseñanza secundaria, también llamada preparatoria, tiene como fin pedagógico el desenvolvimiento y difusión de la cultura general por otros métodos distintos de los seguidos en la enseñanza primaria y la preparación, además, para la enseñanza superior, ó sea el último grado de la instrucción pública.

El plan de estudios es parecido al de nuestra segunda enseñanza, y los establecimientos á cuyo cargo corre este segundo grado de la instrucción pública son: en la ciudad de Méjico, la Escuela Nacional Preparatoria y algunas más de la misma clase, distribuídas por los diferentes Estados de la Federación, en número de 67.

La enseñanza superior comprende los conocimientos necesarios para el ejercicio de las diferentes carreras ó profesiones.

No existe allí la Universidad, y cada carrera ó profesión es objeto de una escuela ó establecimiento especial, con organización y funcionamientos propios é independientes. Hasta la fecha, el número y clase de estos establecimientos que funcionan en la ciudad de Méjico son los siguientes: Escuela Nacional de Jurisprudencia, Escuela Nacional de Medicina, Escuela Superior de Comercio y Administración, Escuela Normal para profesores, ídem para profesoras, Escuela Nacional de Inge-

nieros y Arquitectos y Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, la cual se ha reorganizado recientemente por decreto de 10 de Diciembre de 1907.

También existen algunos establecimientos de esta clase en varios de los diversos Estados de la Federación.

Todos los establecimientos de enseñanza superior, iguales en categoría, funcionan, como ya he dicho, independientemente, disponiendo cada uno de su local propio y de todos los medios materiales aconsejados por la moderna pedagogía.

Hay, además, en Méjico numerosos é importantes centros científicos, en los cuales se realiza una labor tan activa como constante. Son dignos de notar, entre ellos, la *Sociedad Astronómica de México*, que celebra importantes sesiones mensuales, y la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* que se reúne semanalmente, y á cuyas interesantes sesiones públicas acude todo el mundo científico de Méjico. Porque esta prestigiosa Sociedad, que es la más antigua del país, no se limita en sus tareas á los estudios geográficos ó estadísticos, sino que sus investigaciones versan sobre toda la materia del humano conocimiento.

En resumen: la cultura, ó sea la riqueza inmaterial de un pueblo, alcanza hoy en Méjico un grado muy notable de florecimiento.

Y en lo relativo á riqueza material, es incalculable la que en germen encierra en su territorio la joven República hispanoamericana, siendo ya muy grande la que tiene en desarrollo y movimiento.

Hasta hoy ha sido la minera la principal de las riquezas de Méjico. Los metales de todas clases, pero muy particularmente el hierro, el cobre, el plomo y el mercurio, y los metales preciosos, oro y plata, esta última, sobre todo, suministran á Méjico una riqueza inagotable. Recientemente han sido descubiertos riquísimos criaderos de carbón en la parte Norte del país, en la cuenca del río Bravo, los cuales han empezado ya á ser objeto de explotación por una importante compañía in-

dustrial de Monterrey, capital del Estado de Nuevo León; y ahora mismo, apenas abierto al servicio público el ferrocarril de Tehuantepec, acaban de aparecer en la región del istmo yacimientos petrolíferos, que prometen resultados grandiosos. Hay también grandes canteras de mármoles riquísimos, entre cuyas variedades más importantes figuran el blanco de *Galeana*, que se obtiene en el Estado de Chihuahua, y que es muy parecido al de Carrara, y el jaspeado de *Tecali* (Estado de Puebla), del cual todos los que hemos visitado aquellos lugares traemos siempre alguna muestra, en cualesquiera de los muchos objetos que la industria fabrica, para recuerdo.

La explotación de las minas de plata merece renglón aparte. Puede decirse que en todos los Estados de la República hay minas de esta clase; pero sobresalen en la producción argentífera los Estados de Chihuahua, Durango, Hidalgo, San Luis Potosí, Zacatecas y el mismo Estado de Méjico. La producción de plata en la República Mejicana es hoy la primera del mundo, habiendo aventajado ya á los Estados Unidos, que ocupaban hasta ahora el primer lugar (1).

La agricultura, aunque desarrollada, dista mucho de ser hoy lo que será en un porvenir, quizás no lejano. Puede asegurarse que en lo futuro la riqueza agrícola será la primera de Méjico y una de las más importantes del mundo. No puede suceder de otro modo, si se tiene en cuenta la fecundidad extraordinaria de aquel suelo, virgen todavía en una gran parte, y sus privilegiadas condiciones climatológicas.

Los productos agrícolas que actualmente produce Méjico son tan variados como las zonas climatéricas del país. Así, la zona caliente produce el arroz, cacao, café, caña de azúcar, vainilla, añil, maderas finas y palos tintóreos. Las zonas templadas producen riquísimas frutas, como el plátano, la chiri-

(1) La producción media anual de plata en todo el mundo ha fluctuado, en el último quinquenio, de 169 á 170 millones de onzas troy, de las cuales corresponden á Méjico 60 millones contra 55, término medio, á los Estados Unidos.

moya, el mango y el chico zapote; y entre las plantas textiles, el algodón, cuyo cultivo ha de llegar á tener en este país una importancia mucho mayor todavía de la que hoy tiene. En las zonas frías, además de obtenerse algunas de las frutas de Europa, se producen los cereales, trigo, cebada y, principalmente, el maíz, de cuya harina se hacen las *tortillas*, que son el pan de las clases populares. También en estas zonas es donde se da el *maguey*, de cuya planta, una de las más ricas por sus numerosos y útiles aprovechamientos, se obtiene el *pulque*, que es la bebida alcohólica del país. De las allí llamadas plantas industriales, es hoy el *henequén* una de las que representan mayor riqueza, especialmente en Yucatán, cuyo territorio apenas produce otra cosa que esta importantísima fibra, que tantas aplicaciones industriales tiene, sobre todo en la cordelería.

También la industria, aunque importante, puede decirse que todavía en Méjico está empezando. Alcanza un gran desarrollo la fabricación de tejidos de algodón, lo mismo en géneros blancos que en estampados. Más de 160 fábricas de esta clase existen esparcidas en todo el país; pero los centros industriales más importantes en este ramo son los de Río Blanco, en Orizaba (Veracruz) y Atlixco, en el Estado de Puebla. Son también muy importantes la fabricación de alcoholes, la de cervezas y la de papel. Esta última explotación industrial corre á cargo de una poderosa compañía, denominada «Compañía de las fábricas de San Rafael y anexas», que posee dos grandes fábricas y extensos bosques maderables, de donde se extrae la primera materia para la pasta, que á su vez sirve de primera materia para la fabricación del papel.

Por supuesto, que en materia industrial figuran en primera línea aquellas explotaciones derivadas de la agricultura y de la minería, como las fábricas de azúcar de caña, las de tabacos y las industrias metalúrgicas. Estas últimas se hallan establecidas en las llamadas haciendas de beneficio, de las cuales existen más de 500 en todo el país.

El comercio está muy desarrollado en Méjico. El comercio interior es activísimo, siendo sus centros principales la ciudad de Méjico y otras importantes poblaciones, como Puebla, Guadalajara, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí, Saltillo, Torreón y Monterrey. El comercio exterior es muy importante, como lo atestiguan las siguientes cifras: las importaciones en el año fiscal de 1906-07 se elevaron á pesos, 232.229.578,68, y las exportaciones, á pesos 248.018.010, resultando la balanza mercantil con un saldo de pesos 15.788.431,32 á favor de las exportaciones. Las plazas mercantiles más importantes para el comercio exterior son las siguientes: en el litoral del Atlántico (golfo de Méjico), Veracruz, Tampico y Progreso; en el litoral del Pacífico, Mazatlán y Guaymas, y en la frontera del Norte, ó sea en el límite de los Estados Unidos, Nuevo Laredo, Ciudad Juárez, Ciudad Porfirio Díaz y Nogales. En la frontera del Sur se hace algún tráfico por las aduanas establecidas en Soconusco y Zapaluta, pero es poco importante.

Son muy numerosas las vías de comunicación existentes en la República Mejicana, aunque también en este punto quede todavía mucho por hacer, dada la gran extensión territorial del país. En cuanto á navegación interior, hay algunos servicios en varios de los diferentes ríos y lagos del país; pero si se exceptúa la que se hace por el río Papaloapan, que pone en comunicación á Tuxtepec en el interior, con Alvarado, en la costa, ambos pertenecientes al Estado de Veracruz, todas las demás son verdaderos servicios de recreo y no de tráfico, como sucede con la navegación por el lago de Chapala, punto favorito para las excursiones de primavera.

Las líneas de navegación marítima son las siguientes: En el golfo de Méjico hay ocho servicios regulares de navegación á cargo de otras tantas grandes empresas. De estos ocho servicios son cuatro para los Estados Unidos y otros tantos para Europa. Los buques que hacen el servicio de navegación á los Estados Unidos tocan en los puertos mejicanos de Progreso, Veracruz, Campeche y Tampico. La empresa Ward es la prin-

cipal de las cuatro que hacen este servicio. La navegación entre Méjico y Europa, y viceversa, corre á cargo de la Compañía Transatlántica Española, de la *Compagnie Générale Transatlantique*, de la Compañía alemana *Hamburg Amerika Linie* y de la inglesa *Royal Mail Steam Packet*. De estas cuatro Compañías son las tres primeras las que principalmente se dedican al transporte de pasajeros. Los vapores de la Compañía francesa recorren la siguiente línea: Veracruz, Habana, Coruña, Santander y Saint-Nazaire (Francia). Los de la Compañía alemana tocan en los puertos de Tampico y Progreso, y siguen esta línea: Veracruz, Habana, Coruña, Santander, Plymouth, Havre y Hamburgo. Los de la Mala Real, como llamamos en España á la Compañía inglesa, recorren el siguiente itinerario: Veracruz, Habana, Vigo, Coruña, Santander, Bilbao, Southampton y Amberes. Estos vapores, en el litoral mejicano, tocan, además de Veracruz, los puertos de Tampico y Coatzacoalcos, ó sea Puerto Méjico, como al último de los dos citados se le llama desde la inauguración del ferrocarril de Tehuantepec. Los buques de nuestra Transatlántica siguen estas dos líneas: una de Veracruz, Habana, Coruña, Santander y Bilbao, y otra de Veracruz, Habana, Nueva York, Cádiz y Barcelona, llegando á veces, y como escala facultativa, hasta Génova. Desde hace poco tiempo, estos vapores tocan también, á la llegada y á la salida del litoral mejicano, en el puerto de Tampico.

En cuanto á comunicaciones terrestres, sólo voy á ocuparme en este trabajo de las vías férreas. La red ferrocarrilera de Méjico excede ya de 20.000 kilómetros, á pesar de que el servicio de ferrocarriles es allí muy reciente, pues data de poco más de treinta años.

Las líneas principales son las siguientes:

Ferrocarril Central, desde la capital de la República hasta la frontera norteamericana, ó sea desde la ciudad de Méjico hasta Ciudad Juárez (Estado de Chihuahua) y El Paso (Estados Unidos).

Ferrocarril Nacional, también desde la ciudad de Méjico hasta la frontera norteamericana por Nuevo Laredo (Estado de Tamaulipas) y Laredo (Estados Unidos).

Ferrocarril Internacional, desde Durango á la frontera norteamericana por Ciudad Porfirio Díaz (Estado de Coahuila) y Eagle Pass (Estados Unidos).

Ferrocarril Mexicano, de la ciudad de Méjico á Veracruz, por Apizaco, Esperanza, Maltrata, Orizaba y Córdoba.

Ferrocarril Interoceánico, también de la ciudad de Méjico á Veracruz, por Puebla y Jalapa.

Ferrocarril de Sonora, desde Guaymas, puerto del Pacífico, hasta Nogales, en la frontera norteamericana, y pertenecientes ambas poblaciones al Estado de Sonora.

Ferrocarril Mexicano del Sur, desde Puebla hasta Oaxaca, capitales ambas de los Estados del mismo nombre.

Ferrocarriles Unidos de Yucatán, que tienen varias divisiones, siendo las principales la de Mérida á Progreso y la de Mérida á Campeche.

Ferrocarril nacional de Tehuantepec, inaugurado durante mi estancia en Méjico, el cual recorre todo el istmo de Tehuantepec, poniendo en comunicación el Atlántico con el Pacífico, desde Coatzacoalcos ó Puerto Méjico (Estado de Veracruz), como ahora se le llama, hasta Salina Cruz (Estado de Oaxaca). Este ferrocarril es de una importancia extraordinaria, considerado desde el punto de vista comercial, y con él ha creado Méjico por anticipado una formidable competencia al futuro canal de Panamá.

El ferrocarril Central es el que recorre la línea más larga, salvando la distancia de Méjico á Ciudad Juárez, 1.970 kilómetros en cuarenta y ocho horas. Sigue después en extensión el ferrocarril Nacional, con 1.290 kilómetros, desde Méjico á Nueva Laredo, que recorre en treinta y tres horas. Este ferrocarril suele ser el preferido para los viajes á los Estados Unidos. Tiene dos trenes diarios para viajeros: uno que sale de Méjico (estación de Colonia) por la mañana, y otro por la no-

che; pero el tren diario directo hasta Nueva York es el nocturno. En el trayecto de este ferrocarril se cruza el trópico de Cáncer entre las estaciones de La Maroma y de Wadley, ambas enclavadas en el Estado de San Luis Potosí. El viaje directo de Méjico á Nueva York puede hacerse sin salir del mismo vagón, pues siendo las vías de Méjico del mismo ancho que las de los Estados Unidos, se puede cruzar de uno á otro país sin necesidad de cambiar de tren.

La mayor parte de las líneas ferrocarrileras antes citadas, explotadas hasta poco hace por distintas compañías, forman ahora una sola empresa, en la cual la mayor participación corresponde al Gobierno federal. En el último período de mi estancia en aquel país se realizó en Méjico la nacionalización de sus ferrocarriles, mediante la constitución de una gran compañía, denominada de las *Líneas Nacionales de México*, de cuyas acciones se reservó el Gobierno federal la cantidad suficiente para tener asegurada su intervención y dominio, ó sea el *control*, como allí se dice.

Durante mi permanencia en aquel país, formaron parte de la nueva empresa las compañías de los ferrocarriles Nacional, Internacional, Interoceánico, y las de los pequeños ferrocarriles de Hidalgo y del Nordeste. A la hora presente debe haberse ampliado la fusión con el ingreso de las compañías del Central y del Mejicano.

Y aquí doy por terminado el extracto descriptivo de la riqueza moral y material de Méjico, para pasar á describir rápidamente cómo dicha riqueza se administra y fomenta en aquel país.

*
* *

La República federal de los Estados Unidos Mejicanos se compone de 27 Estados, tres Territorios y un Distrito federal.

La mayor de los Estados los he mencionado ya en este trabajo. Los Territorios son el de la Baja California, que forma una estrecha península en el Pacífico; el de Tepic, también en

el litoral de aquel gran Océano, y el de Quintana Roo en Yucatán, limitando con el Estado de este nombre y con el de Campeche. El distrito federal lo componen la ciudad de Méjico y sus alrededores, ya citados al hablar de la capital de la República.

El Supremo Gobierno de la nación se compone de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial.

El poder legislativo lo forman dos Cámaras: la de Diputados, que representa la soberanía popular, y la de Senadores, que representa á los Estados de la Federación. Ambas Cámaras componen juntamente el *Congreso de la Unión*.

El poder ejecutivo está personificado en un solo individuo: el presidente de la República, quien asume todas las facultades necesarias para el gobierno y representación del país. Entre sus principales atribuciones figura la de nombrar y separar libremente á los ministros, al Cuerpo diplomático y consular, á los oficiales superiores del ejército y, en general, á todos los empleados de la Federación. Los ministros tienen el carácter de secretarios de despacho, y se denominan «Secretarios de Estado».

El poder judicial está formado por la Suprema Corte de Justicia y por Tribunales de circuito y Juzgados de distrito. El ministerio público federal está representado por el procurador general de la República y por agentes del ministerio público adscritos á los Tribunales y Juzgados.

Cada uno de los Estados de la Federación, que son soberanos, según la Constitución, para todo lo que no afecte á la unidad nacional y á la suprema representación de la misma, posee también sus poderes públicos propios. Estos poderes son, como en el Gobierno federal, el legislativo, compuesto de una Cámara de Diputados llamada *Legislatura;* el ejecutivo, representado por el gobernador del Estado, y el judicial, formado por un Tribunal Superior y varios Juzgados de distrito y locales.

Los Territorios no tienen soberanía, y carecen, por lo tan-

to, de poderes públicos. Están regidos por el Gobierno federal, nombrando el presidente de la República á los jefes políticos encargados de recibir y ejecutar las órdenes del Poder central.

El Distrito federal es la capital de la República, y se le considera como el lugar destinado para residencia de los Poderes generales de la Federación. En el orden legislativo, el Distrito federal depende del Congreso de la Unión, y en el político-administrativo del gobernador del distrito, que ejerce sus funciones por delegación del presidente de la República.

La política está inspirada y dirigida personalmente, de hecho y de derecho por el insigne estadista que ocupa, desde hace treinta años, la presidencia de la la República, por el ilustre general D. Porfirio Díaz, árbitro supremo de todas las voluntades en aquella nación.

Difícilmente podrá darse el caso de otro jefe de Estado que haya sabido reunir, por su acertada gestión política, tantos prestigios personales.

En Méjico no se oye hablar de política. Se *hace* política, buena política, y no se *habla* de ella, y como no hay partidos, con su obligado cortejo de egoísmos y ambiciones, no se pierde allí ese precioso tiempo que en otras partes se emplea en luchas estériles. Así todo el mundo se entrega por completo y tranquilamente al cuidado y desarrollo de sus negocios particulares. De la cosa pública nadie tiene que ocuparse ni se ocupa, siendo esto debido á la absoluta y bien merecida confianza que tienen todos en la persona del presidente y en las que éste, con tacto verdaderamente excepcional, designa para colaborar con él en las tareas del gobierno. Por eso es Méjico un país privilegiado para la vida de negocios. Por eso prospera allí, de ordinario, cualquier iniciativa, y por eso toda labor resulta siempre fecunda.

La política que Méjico sigue en la actualidad es esencialmente financiera. La Hacienda pública, confiada desde hace algunos años al Sr. Limantour, hacendista de universal renom-

bre, es objeto principalísimo del gobierno del general Díaz en la presente etapa.

Pero esta política financiera no se desenvuelve dentro de un estrecho criterio que abarque sólo los pagos y los ingresos del sistema económico nacional, sino que el espíritu que la informa es amplio y creador, como dirigido que está á fomentar, además de los recursos fiscales, todas las manifestaciones de la pública riqueza.

El sistema tributario reconoce como fundamentos estos dos principios: tipos de imposición suaves y procedimientos sencillísimos.

Dado el régimen político del país, existe completa independencia entre la Hacienda federal y la de cada uno de los Estados de la Federación.

Estos últimos disfrutan de plena autonomía para establecer su régimen económico, cuyos ingresos se alimentan principalmente de una contribución directa sobre la propiedad inmueble y un impuesto de patente sobre el ejercicio de las industrias y profesiones. También pueden fijar impuestos sobre las explotaciones mineras, sin que los tipos de imposición excedan del 2 por 100 de los metales extraídos, ni del 6 por 1.000 del valor del oro y la plata afinados en las llamadas haciendas de beneficio. Además, los Estados tienen diferentes recursos extraordinarios, como la tercera parte del valor en venta de los terrenos baldíos enajenados por el Gobierno federal, y los Ayuntamientos de los puertos y de las poblaciones fronterizas perciben el impuesto adicional sobre los derechos de importación, el cual se eleva del 1 $^1/_2$ al 2 por 100 sobre lo recaudado por este concepto por las aduanas respectivas.

Les está prohibido á los Estados imponer gravámenes de ninguna clase sobre la entrada, salida ó tránsito de las personas y de las cosas en el territorio nacional, ni gravar la circulación ó consumo de las mercancías con impuestos cuya exacción se efectúe por fielatos ó aduanas locales, ó que requiera inspección ó registro de bultos ó documentación que acompa-

ñe á la mercancía. También se les prohibe la acuñación de moneda, facultad reservada hoy al Poder Ejecutivo Federal, la creación de papel sellado ó timbres y la emisión de Deuda pública pagadera en moneda extranjera ó fuera del territorio nacional.

Los principales recursos de la Hacienda federal son el *impuesto sobre el comercio exterior,* así se llama el impuesto ó renta de aduanas, y el del timbre, organizado este último sobre bases tan equitativas, que sus rendimientos son de los más productivos, y no ha dado lugar á quejas ni reclamaciones de los contribuyentes, quienes, por el contrario, lo elogian á cada paso. Existe, además, una contribución federal, otra de patentes sobre el ejercicio de industrias y profesiones lucrativas y varios impuestos menores. También cuenta el Tesoro federal con los recursos que le proporcionan diferentes servicios públicos, como el de correos, que siendo el de Méjico uno de los mejores del mundo, deja rendimientos importantísimos, que en el año fiscal de 1906-07 se elevaron á cerca de 4 millones de pesos (pesos 3.994.795,80); los telégrafos, que produjeron más de 2 millones de pesos en igual período (pesos 2.016.177,42), y otros de menor importancia.

En el sistema rentístico de Méjico no existen los monopolios; así que es libre la fabricación y venta de tabacos, cerillas, alcoholes y azúcar, que en otros países suelen figurar —como en el nuestro los tabacos y las cerillas, é indirectamente, el alcohol y el azúcar—entre las rentas estancadas. Existe, en cambio, allí como aquí, la Lotería nacional, de no muy grandes rendimientos, por cierto (pesos 575.548,70 en el año fiscal de 1906-07), sin duda por la competencia de otras muchas que de los Estados y de los particulares hay autorizadas.

Floreciente en extremo es la situación de la Hacienda pública mejicana en estos úlimos años. Sus presupuestos se liquidan con cuantiosos y constantes excedentes, habiéndose elevado el del ejercicio de 1906-07 á pesos 29.950.368,89 como resultado de haber ascendido los ingresos realizados á pesos

115.027.009,40, y los pagos satisfechos á pesos 85.076.640,51.

En confirmación de lo que ya he dicho anteriormente sobre el criterio en que se inspira la política financiera del Gobierno mejicano, sólo tengo que trasladar aquí algunas de las palabras del ministro de Hacienda, Sr. Limantour:

«De los *ciento once millones y medio* de pesos—dice hablando de la aplicación de los excedentes (1)—á que ascienden los excedentes que figuran en el cuadro arriba inserto, *treinta y ocho millones y medio* se han gastado fuera de presupuesto en grandes obras de utilidad pública, obedeciendo á leyes especiales que ordenaron se dispusiese de las reservas del Tesoro para dichos fines. El resto de los excedentes está incluído en las existencias disponibles, de las que faltan por invertir en las obras que se ejecutan con cargo á las mencionadas reservas, pesos 23.000.000 aproximadamente, según el detalle que se verá al tratar del presupuesto de gastos.»

La Deuda pública por todos conceptos se elevaba en 30 de Junio de 1907, fecha de cierre del año fiscal, á la cantidad de pesos 444.530.711,99 contra pesos 446.760.455,51 en 30 de Junio de 1906, ó sea una disminución en el año de la cantidad de pesos 2.229.743,52.

La clasificación de la Deuda es la siguiente:

Deuda pagadera en moneda extranjera:	
Valor nominal de los títulos en circulación.. *Pesos.*	307.333.121,55
Cupones no cobrados.....	3.182.457
Deuda pagadera en moneda mejicana:	
Valor de los títulos en circulación.....	131.962.325
Cupones no cobrados.....	1.328.675,52
Deuda flotante:	
Saldos no cobrados de presupuestos anteriores....	724.132,92
TOTAL.....	444.530.711,99

(1) *Nota con que se remite á la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión la cuenta del Erario Federal, correspondiente al año económico de 1906-07*, pág. 6.

Los títulos de la Deuda pagadera en moneda extranjera y los de la Deuda interior amortizable se van reembolsando con la cantidad correspondiente de la anualidad consignada para el pago de amortización é intereses. Los de la Deuda interior consolidada se van extinguiendo por medio de su admisión, conforme á ley, en las cajas públicas en pago de terrenos baldíos comprados al Gobierno federal.

Dos signos representativos tiene la Deuda pública pagadera en moneda mejicana: el consolidado al 3 por 100 y el amortizable al 5 por 100. El primero se cotiza á 68 por 100, y el segundo á la par, ambos aproximadamente.

Para terminar, voy á dedicar algunos renglones á la organización bancaria de Méjico, como parte importantísima de su sistema económico-financiero.

El régimen bancario establecido en Méjico es el de la pluralidad de Bancos de emisión, cuyas operaciones están regidas por la *Ley general de instituciones de crédito* de 1897, la cual recientemente ha sido modificada, aunque no en su parte esencial.

Funcionan hasta hoy en todo el país 29 Bancos de emisión, con un capital suscrito de 121.400.000 pesos, de los cuales falta solamente desembolsar 400.000 pesos al Banco de Zacatecas y 250.000 al Banco de Guerrero, ó sean pesos 650.000 en junto.

El importe de los billetes en circulación, cuyo límite legal es del triplo del capital desembolsado por los Bancos, ascendía en 31 de Marzo último á 94.410.475 pesos; es decir, que todavía no iguala siquiera al importe del capital efectivo de los Bancos. Los depósitos y cuentas corrientes á la vista ascendían en dicho día, 31 de Marzo, á pesos 23.904.544,59, cuya cantidad, como se ve, no llega á la *quinta parte* del capital de los Bancos.

Estos dos hechos, que forman un contraste singular con sus análogos de la economía bancaria europea, en la cual la suma de billetes emitidos y la de las cuentas corrientes y depósitos excede varias veces á la del capital de los Bancos, prue-

ba claramente que en Méjico hay pocos capitales ociosos, y que es allí mayor el número de los negocios que el de los capitales disponibles, de los cuales hay siempre mucha demanda porque, siendo todavía muy joven la nación mejicana, no ha podido alcanzar esa cifra de grandes reservas sociales con que cuentan las naciones de Europa, y que sólo se llegan á formar en el curso de mucho tiempo y con el esfuerzo de varias generaciones.

Por esta circunstancia se ha sentido en aquel país, quizás más intensamente que en los mismos Estados Unidos, donde tuvo su origen, la grave crisis económica que en el año último apareció, y que todavía tiene trastornados á los principales mercados financieros, así de América como de Europa.

Las existencias metálicas, que, como límite legal, han de representar por lo menos la mitad de la suma de los billetes emitidos y de los depósitos y cuentas corrientes á la vista, se elevaban en 31 de Marzo ya citado á pesos 70.800.837,09, de los cuales son en oro pesos 47.764.068,82.

Además de los Bancos de emisión, y sometidos á la misma ley de instituciones de crédito, existen dos Bancos hipotecarios, con un capital en junto de 10 millones de pesos, y cuatro Bancos refaccionarios, ó sea de crédito industrial y agrícola, con un capital total de 46.200.000 pesos.

El sistema monetario del país ha sido objeto de una reciente y trascendental reforma, por virtud de la cual se ha establecido allí el patrón oro.

Y como de este estudio, objeto principalísimo de mi viaje á Méjico, me he ocupado extensamente en una Memoria oficial y en diferentes trabajos periodísticos, me considero relevado de entrar aquí en nuevas consideraciones sobre la materia.

RAMÓN PÉREZ REQUEIJO,

Profesor en la Escuela Superior de Comercio de Santander.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

"LA DEVOCIÓN DE LA CRUZ„

DE

CALDERÓN [1]

El alma humana—á pesar de lo que Voltaire dijera —no es la misma en todas las épocas, ni en todos los lugares del universo. La mentalidad de un castellano, súbdito de Carlos II ó de Felipe IV, de un veterano de Lepanto, de un labriego de la Mancha ó de un conquistador á caza de aventuras lejanas, no se puede comparar en modo alguno con la de un francés moderno que vive en el París de los aeroscafos y de los coches eléctricos, de un hombre de mundo, adaptado á las elegancias del siglo XX, con su día de Ópera, su día de Circo y su día de Comedia Francesa.

Para entender las obras piadosas de los maestros españoles; para identificar nuestros espíritus con sus imaginaciones chocantes y sublimes, tenemos que renunciar por un momento á nuestros prejuicios mundanos y escolásticos; olvidar en el umbral de un teatro lo que hemos aprendido de nuestros maes-

(1) En *La Grande Revue*, de 10 de Diciembre último, ha visto la luz esta preciosa conferencia, dada en *El Odeón*, de París, en los días 19 y 26 de Noviembre.

tros y de nuestras relaciones; abdicar de toda idea preconcebida; ignorar las obras modernas y las obras clásicas; no fijarse ni en las obras de Mirabeau ó de Capus, ni en la tragedia raciniana, y, sin buscar el estilo Luis XIV ó el *modern style,* entrar en esos robustos poemas como en una catedral, la de Burgos, de Toledo ó de Zaragoza, llena de luz y de claros oscuros, de Cristos iluminados, de vidrieras relampagueantes y de ramajes abiertos. La voz de los chantres salmodia. A la sombra de los pilares, exhálanse suspiros, y, en pie ante el altar mayor, entre el tembleteo de los cirios embalsamados de incienso, el sacerdote, con casulla morada ó grana, pronuncia las palabras supremas que hacen descender á un Dios.

Así como, pertinentemente, en su bellísimo estudio sobre el *Teatro edificante,* lo hace observar M. Marcel Dieulafoy, cuyo gusto perspicaz y cuya erudición fijan, en páginas definitivas, todo lo que importa saber sobre los hierodramas del siglo XVI, durante el período comprendido entre Lope y Calderón, los espectáculos en España son autos de fe, de igual suerte que las sombrías fiestas de la Inquisición, regocijos de la muerte, en los que la presentación de la hoguera hace gesticular á las víctimas y reir á los asistentes. Ambos espectáculos son manifestaciones de actos gratos á la piedad pública. De éstos toman el nombre: *auto sacramental, auto de fe.*

La Inquisición, cuyos comienzos coinciden en España con los primeros ensayos dramáticos, sujetó, tanto á las compañías regulares como á los histriones nómadas, al yugo de una severa disciplina. La escena ortodoxa pone en diálogos y lleva á la calle, ante las muchedumbres recogidas, las exhortaciones de los frailes, de los predicadores que, bajo la negra capa del dominico ó el sayal del franciscano, preconizan con palabras de fuego los horrores de la condenación, las glorias de la salvación; amonestan á los empedernidos, y hacen brotar las aguas vivas de la penitencia al choque de sus discursos. El teatro los sigue. Da vida á las controversias teológicas. Presenta al lado de Arlequín las Virtudes teologales, que replican

á la Tarasca y contienden con los Pecados capitales. Confunde tan estrechamente el amor temporal con el amor celeste, las aventuras de los capitanes, de los pícaros, bergántes en Monipodio ó barones del rayo de luna; mezcla de tal suerte sus hazañas con los milagros de la gracia, las apariciones de ángeles, de espectros, de demonios y de almas en pena—en los momentos precisos en que la cátedra cristiana se engalana con los atavíos profanos y con la antigüedad vuelta á hallar,—que no se sabe en verdad si la edificación no abunda en las proezas de los bellacos tanto, y tal vez más, que en las pláticas y oraciones de los sermonarios. La fe es demasiado ardiente, absoluta; es demasiado robusta para que las cosas ingenuas que inducen á la sonrisa á los hombres de ahora, pueda ser aquí objeto de ninguna mofa. Los herederos de Carlos V— sombría posteridad de Juana la Loca y de Felipe II, el fraile coronado,— confinados en la devoción, rudos para sí mismos, rudos para el pueblo dócil, al que conduce el teocrático cayado del clero; aquellos reyes fantasmas del Escorial abríanse las venas, como el padre de Don Carlos, si creyesen contaminada su pureza por una gota de sangre herética. Hay, en estos sombríos soberanos algo del asceta católico, del fakir musulmán, y sobre todo esto, una imaginación fecunda en espejismos; la aceptación del absurdo, el espíritu novelesco, la facultad de soñar en pleno medio día, la cual no tardará en hacer derivar Loyola en provecho de la dirección espiritual. Don Quijote no es una excepción. España entera está enamorada de las quimeras. Ultima prolongación en el mundo occidental del Oriente, padre de las fábulas, sueña, durante un siglo, sus *Mil y una noches*. Para ella nada hay tan normal como lo extraordinario; nada tan exacto como lo maravilloso: *La leyenda dorada,* con sus leones arrepentidos y sus cuervos teológicos, hará hacer gestos á Voltaire. El buen Gargantúa, con sus dichos rudos, no dejará de burlarse de «San Guodegrín, que fué martirizado con manzanas asadas». Mas, para los perpetuos creyentes de la España católica, estos cuentos pueriles de los hagiógrafos iluminan

con un resplandor de espanto los antros infernales y divulgan en su eterna fiesta la morada de los Bienaventurados.

Estas almas heroicas soportan sin temor ni desmayo la familiaridad del misterio. El temblor, el horror sagrado de la duda, la necesidad de conciliar la razón con la fe, que destrozan el gran corazón de Pascal, y hacen prosternar ante el Crucifijo rígido y desnudo de Port-Royal á pensadores selectos, no hace mella en la católica España. Fieles en espíritu, fieles en verdad, son estos vencedores de los moros y los judíos. Su adhesión es tan perfecta, su yo se encuentra tan lleno del dogma, su conciencia bautismal es tan respetuosa con sus enseñanzas, creen con tanto fervor en la inagotable misericordia de un Padre buenísimo, que el infierno no les asusta nada, y llegan hasta transformar á los demonios en *graciosos* de comedia. El mismo cielo les inspira menos respeto que alegría. Hijos obedientes de la Iglesia católica cristiana, viven sin terror en el prodigio, sin temor sobre las cosas divinas, llenos de ternura y abandono, en el corazón mismo de su Dios.

***

Los autos sacramentales: El truhán santificado, de Cervantes; el *Condenado por desconfiado,* de Moreto; *El esclavo del demonio,* de Mira de Amescua; el teatro piadoso de Lope, de Tirso de Molina, de Moreto, de Solís, poetas revestidos con las Órdenes sagradas, y todos más ó menos ligados al Santo Oficio, concurrían con mucho á las pompas de la Iglesia romana. Durante la Octava del Corpus es cuando se daban las representaciones más magníficas, festejo augusto y popular, digno de todo punto de esa ruda y sublime España, en donde el ardor seco del clima exalta aún la vehemencia de las cóleras, los transportes del amor, la fiebre de los entusiasmos y la riqueza de los colores.

Es una tarde de primavera, cuando el sol de Mayo despide sus rayos jóvenes. Las campanas, á todo vuelo, lanzan á lo

azul repiqueteos tumultuosos, anunciando á los fieles que la procesión sale de las iglesias; que llegan los regios estandartes, y bajo el palio de terciopelo carmesí, el *Corpus* mismo, en la custodia de perlas, de esmeraldas y de oro. Las Vírgenes, vestidas de brocado y de raso, con sus mejillas pintadas y sus pupilas de esmalte; los Cristos lúgubres, cuya desnudez sangra, cuyas espaldas están amoratadas por el látigo, con la faz amarilla, y cuyos ojos vueltos lloran lágrimas de cristal; los San Sebastián, con los costados atravesados por las flechas; Santa Inés, con dos pétalos de rosas, señalando en su blanco pecho los lugares de los senos arrancados por el verdugo; los bienaventurados caballeros de la Reconquista, Santiago Matamoros, San Jorge y San Alfonso, cabalgando en sus corceles, van en el cortejo; dan al Rey del Cielo una escolta majestuosa y temible. Llamea una gran luz, iluminando en las paredes de la ciudad las telas preciosas, las porcelanas moriscas, los cuadros ahumados, los tapices seculares, con trama de lana y seda, con personajes en relieve bordados, tejidos con metales preciosos. Las capillas abiertas dejan evaporarse bocanadas de órgano y vapores de mirra. El perfume del incienso sube con los aromas más delicados de los lirios, de las tuberosas, de los claveles de Granada y de las almizcladas rosas. La procesión camina sobre una alfombra de flores y ramaje. Y cuando ante los altares elevados, lo mismo en los suntuosos paseos que en las calles pobres y en los barrios sospechosos, el obispo ha bendecido al pueblo y prosigue lentamente su marcha triunfal, de repente rasguean las guitarras, palpitan los abanicos. La muchedumbre se desparrama por calles y por plazas. Va á los toros, á la taberna. Canta, ríe, bebe. Baila, al son de las castañuelas, las jotas, los jaleos, bailes lascivos de Aragón ó Andalucía, animada al placer, como antes celosa en los ritos santimoniales.

Entonces, bajando con lentitud de sus carros pintarrajeados, los comediantes toman puesto, suben al estrado construído para ellos, lo mismo en los pueblos y aldeas más insig-

nificantes que en Madrid ó en Barcelona. Representa la degollación de un mártir, la enmienda de un alma pecadora, los conflictos entre la Gracia y la Tentación, entre los Angeles buenos y malos, el duelo permanente entre las Tinieblas y la Luz, el Infierno y el Cielo, el Odio y el Amor.

Reina una emoción profunda en el auditorio. Un actor interrumpe el espectáculo, se arrodilla, reza el *Confiteor*. Las lágrimas corren por los rostros; transportes de fanatismo, suspiros, gritos de éxtasis ó de fervor animan aquellos pechos tempestuosos, ascienden en el crepúsculo de coral, de cobre y de oro. La representación dramática concluye en oración.

En los poemas de estos perfectos creyentes, el Demonio ocupa un papel subalterno, exento de todo encanto y de toda grandeza. No seduce ni por la inteligencia ni por la belleza. Es el traidor maldito y escarnecido; más adelante, los ángeles de Gœthe le ahogarán casi bajo rosas, porque el mal es vencido por la Belleza; en Calderón, infesta el olor sulfuroso de las «infernales ciénagas». No se ve ni la escultural majestad de Lucifer, en Milton, ni la risa sarcástica de Mefistófeles, en la epopeya de Fausto. No es el Angel caído ni el Espíritu de la Tierra *(Erdgeist)*, sino el Diablo sencillamente, fétido, caricaturesco, oscuro, el Prevaricador inmundo rebelado contra la salvación del género humano.

*
* *

No obstante el dogmatismo, la teología y la carencia de móviles inmediatos, nada tiene de lánguido ó de enojoso un poema como *La devoción de la Cruz*. No es una obra «edificante», en el sentido que hoy lo entendemos, ni siquiera una obra «moral», como el teatro de los jesuítas en el siglo XVIII. No hay en sus tendencias ningún fin apologético. No predica, y se puede admirarla con toda franqueza sin correr el riesgo de ser estigmatizado con el nombre de clerical. Depende esto de que el catolicismo está tan perfectamente amal-

gamado con la vida social de España, durante los siglos XVI y XVII; de que forma de tal manera cuerpo con los hábitos, los usos, las costumbres íntimas, que no se la puede aislar como en los pueblos y en las épocas en que la diferencia existe, en que el hecho civil es distinto de hecho religioso. En tiempos de Cervantes, de Calderón, los sacerdotes no están separados de los laicos. El disfraz del cura Curiambro en nigromante de Carnaval—cosa que hoy nos escandalizaría,—aparece completamente decoroso entre los villanos y los muleteros de *Don Quijote*. Las nuevas costumbres sacerdotales que trajeron la lucha contra el protestantismo y la preponderancia de la Compañía de Jesús; la alta reserva, el recogimiento sombrío del sacerdote, no han llegado todavía.

El concilio de Trento no ha modificado aún el estatuto de los laicos y los clérigos.

Al mismo tiempo que funcionaban las compañías regulares, los comediantes ambulantes divertían al pueblo. A través de los caminos pedregosos, por los puertos y las pendientes de las sierras, el carro de Thespis vagabundeaba de lugar en lugar, haciendo alto en los bosques de encinas, ofreciendo espectáculos á los destripaterrones, á los barberos, á los domésticos, ingeniosos de pueblo, á los noveleros de provincia, compadres de Sancho Panza. La compañía de Angulo el Malo discurría por la Mancha, por las dos Castillas, por Andalucía y y el reino de Valencia. Representaba, durante la Octava del Corpus, *Las cortes de la muerte*, en donde figuraban, como en la *Danza macabra* de Basilea, ó en las series de Hulbein, con la Eterna segadora, el Emperador, los Angeles y el Amor. Instalaba sus decoraciones en las ventas en donde Ginés de Pasamonte volvía á encontrar, para su daño, al Caballero de la Triste Figura. Y mientras que Felipe IV, en su fúnebre Escorial, entre los locos de corte, las meninas, los enanos gratos á Velázquez, improvisaba con el gran Calderón autos sacramentales, charadas que figuraban la creación del mundo, y reemplazaba, con la animación ficticia del teatro, la facultad de

obrar que se retiraba de él—todo el pueblo español, de Gibraltar á Pamplona, de Murcia á Santander, se embriagaba con fantasmagorías infernales—celestes, proseguía su marcha á través de las sorpresas, los golpes de fortuna, las intrigas sabias y los crímenes feroces que poetas y comediantes le presentaban.

* * *

La Devoción de la Cruz pone en escena una de esas vueltas de la Gracia, inesperadas y fulgurantes como un trueno, con las que nada tienen que ver la razón ni la crítica. Eusebio, víctima del puntillo de honor que le incita á matar en singular combate al hermano de la dama que eligiera, se hace bandido, huye á la montaña, lejos de los arquerós de la Santa Hermandad y de los alguaciles, puestos en su persecución por la familia, desesperada. Su adversario pertenecía á esa sombría falange de locos furiosos que tienen á la mujer por una propiedad, perteneciente á su familia primero, después á su marido; maníacos que castigan con la muerte, como Don Gutierre de Solís á la esposa infiel de *El médico de su honra,* ó bien, como el Alcalde de Zalamea, teniendo por culpable, caída y deshonrada á la infeliz que no ha cometido otro delito que sufrir una violación odiosa. Esta mentalidad paradógica, que hace de la mujer una esclava al mismo tiempo que un ídolo, y de su esposo un verdugo sin piedad desde que deja de ser un adorador arrodillado, parece hoy tán loca como perversa. El «matar por amar demasiado», de Otelo, parece, en este negro, una frase de canibal, hoy que la igualdad de los sexos, ese derecho común á la riqueza, al trabajo, á la justicia, á la felicidad y al amor se nos muestra como una verdad primordial, como una ley de los tiempos nuevos.

Los desafueros de Eusebio aumentan, se escalonan á la vista. La embriaguez del crimen ofusca su razón; se ha apoderado de él el vértigo sanguinario de matarle. Homicidios, robos á mano armada, atentados á los bienes y á las personas, em-

boscadas, asesinatos, caminantes desaparecidos, peregrinos puestos en apuro, nada falta á su carrera de foragido. Pero, en medio de tantos horrores y tinieblas, un punto luminoso permanece brillante y puro en esta alma desordenada; una devoción ardiente y honda, un amor infantil por el patíbulo sagrado en el que Jesús salvador, «impasible y animoso, al morir triunfó de la muerte». Por respeto al sagrado emblema, perdona la vida al teólogo Alberto, mediante la promesa de ir á asistirle y absolverle en la hora de la muerte. Apártase con espanto de su dama, entrada en religión y ahora seducida; se aparta antes de consumar la unión incestuosa y sacrílega, al descubrir en la garganta de su amiga una cruz marcada, que la denuncia como hermana de él. En efecto; desde el día en que, bajo el Árbol de salvación, recién nacido, fué puesto al abrigo de las fieras y las tempestades, ha experimentado siempre su benigna influencia. Ahogamientos, tiros, naufragios, incendios, ha desafiado todas las catástrofes, esquivado todas las emboscadas, milagrosamente defendido por el signo redentor, cuya imagen, con misteriosa insistencia aparecía, en el momento mismo del peligro.

Acosado por el padre de la hija culpable y del hijo muerto; perseguido en la montaña; pronto reunido con Julia, á la que las rejas del convento no defienden ya contra el mundo y el pecado, Eusebio concluye por sucumbir bajo el número. Cae herido de un tiro en pleno corazón. Pero la confesión, que concedió cristianamente á cada una de sus víctimas, á Tisardo, su enemigo, durante el duelo del primer acto, la confesión no le será negada. Ha plantado cruces en las tumbas de los viajeros á quienes dió muerte; ha venerado con ardiente amor el celestial madero por el que fué protegido su primer sueño. La Cruz será de nuevo para este penitente monstruoso, pero leal; para este bandido lleno de sangre, de crímenes y de vergüenzas, pero en quien arde como una lámpara de altar una esperanza indestructible en el Cordero mediador; la Cruz será de nuevo el instrumento de redención y de perdón, el Arbol á

cuyo pie brotan las fuentes de la vida eterna, el pináculo luminoso del que sube, entre las estrellas, entre los cantos de júbilo y los cánticos de los ángeles, el camino de la beatitud, el camino de flores del Paraíso.

En el mismo momento en que el bandido exhala su último suspiro, Alberto, el sacerdote cuya debilidad respetara aquél, vuelve al desierto. Cumplirá su promesa. El cielo permite que el alma de Eusebio permanezca envuelta en su envoltura mortal, permaneciendo en ella hasta que no haya confesado sus pecados. En cuanto el santo anciano hace la señal de la absolución, Eusebio cae muerto á sus pies, mientras que Julia, convertida y purificada al contacto de tan gran milagro, vuela como una llama pura por encima de la Cruz tutelar que santificó la muerte de su amante. No es dudoso que, para los espectadores de Calderón y para Calderón mismo, los crímenes y los delitos que en la sociedad moderna entrañan penas graves, apareciesen como pecados veniales al lado de ciertas faltas juzgadas por nosotros sin importancia. Los «casos reservados» forman aquí un grupo de atentados mucho más graves que la rapiña ó el homicidio. La ofensa á Dios, la transgresión de las leyes eclesiásticas: he aquí el supremo delito que castigará la llama expiatoria de la hoguera. La herejía es el crimen por excelencia, crimen de lesa majestad divina que atenta al bien más precioso, puesto que afecta á la doctrina de la Iglesia, á la integralidad misma de la fe.

*
* *

No se podría hablar del teatro católico en este Odeón en en donde los antiguos poetas encuentran cada año un nuevo frescor por la juventud de sus intérpretes; en este Odeón en donde hemos pasado las mejores veladas de los veinte años, y del que Antoine nos narraba los fastos en elocuente y persuasivo lenguaje, sin nombrar, al lado de las obras maestras españolas, esos poemas cristianos, honra de la escena france-

sa. *Poliuto, Atalia, Ester,* esa armoniosa Ester que hizo llorar hasta á la seca Maintenon.

Si la creencia es una, en Racine, Corneille y en los dramáticos españoles, ¡cuánto difiere su práctica!, ¡cuánto sus personajes y sus resortes! Contraídos al respeto de las unidades aristotélicas, al orden pomposo de un espectáculo de corte, á las conveniencias áulicas, no tienen, para sostener el interés, ni lo divertido de lo pintoresco, ni los prestigios de lo sobrenatural. Toda la acción está encerrada en el fuero interno de los protagonistas. Los acontecimientos son estados de alma. No ocasionan peripecias ó catástrofes, sino en lo ideal y en lo abstracto. Como lo decía festivamente Vacquerie, los héroes trágicos del siglo XVII «no beben sino veneno, y no comen sino á sus hijos». La lealtad de Abner, el cielo «obrando sobre el corazón» de Asenerns, el estoicismo de Poliuto, determinan el triunfo de Ester, la caída de Atalia y la conversión de Paulina. Los personajes de Corneille razonan, discuten, hablan como Séneca ó Cicerón. Conocen el *Tratado de los deberes*, frecuentan la sabiduría del Pórtico. Han recibido de ella el amor de la verdad, una fe razonadora que parecía á la Inquisición contaminada de herejía ó de racionalismo. La obra de la salvación no preocupa de una manera exclusiva á Joad ni Mardoqueo. Se trata, para el uno, de asegurar á la casa de David la supremacía política; para el otro, de obtener, en beneficio de los judíos inmigrados en Persia, un conjunto de garantías económicas y sociales. No hay nada parecido en los autos sacramentales. El hombre, en presencia de la divinidad, previsto de la gracia que pueda hacer eficaz, hasta en la hora suprema, con un acto de arrepentimiento y de amor, no tarda en olvidar las contingencias que le rodean. No dirá como Poliuto:

«Lazos vergonzosos de la carne y del mundo,
¿por qué no me dejáis cuando yo os he dejado?»

Las «engañadoras voluptuosidades» no extravían ya su conciencia. Reconquista sin esfuerzo el candor bautismal, en-

trega á los ángeles de la muerte un alma libre de pecado. Ni Lutero ni Jansenio perturbaron á estos fieles creyentes con los ingeniosos sofismas sobre el libre albedrío ó el pequeño número de los elegidos. Con una sencillez de catecúmenos, no aceptan del cristianismo sino las promesas de redención, una indestructible esperanza que la eternidad no confundirá.

***

El signo de la cruz, antes de proporcionar al drama de Calderón un motivo conductor y—puede decirse—un centro de gravedad, ha precedido al cristianismo, ha marcado con su huella los monumentos de pueblos desaparecidos.

Ya ideograma, ya simple motivo de ornamentación, aparece sucesivamente en el alfabeto fenicio, en las esculturas de Egipto, en las orejas de Diana efesiana y en el traje de Sakya-Muni (Buda). El Amubi de Tebas, conductor de las almas á los subterráneos del Amenti, lleva la cruz de asas, que tienen como él todas las divinidades funerarias, mientras que el martillo de Thor, cruz que, más adelante, el Blasón llamará «recrucetada», se emplea en el Indostán, como representación venerable, mil y más años antes de la Era cristiana. Un guerrero de los *Siete jefes,* un hijo de Edipo, en la copa exhumada en Volterra, está figurado con el disco solar, que lleva á su vez una cruz en aspa, mientras que, en los pueblos semíticos, la Cruz, imagen del sol, da su energía al mismo tiempo creadora y devoradora, se identifica con el Tau, representativo de la generación humana.

Los espíritus dóciles que, para comprobar estas reliquias inmemoriales, parten de un punto de vista confesional, doctores profanos ó sagrados, hugonotes ó católicos, paleógrafos, historiadores y hasta periodistas, no se muestran desconcertados ante ellas. Motivan, por una especie de intuición, de movimiento profético, esa unanimidad de los pueblos en elegir,

como atributo permanente de la fraternidad humana, dos palos superpuestos (1). Inventan la palabra «prefiguración».

Voltaire se burla de ellos; compone á su costa el *Coloquio divino entre un mandarín y un jesuíta*. Aún nos reímos con esto, á pesar de que la ciencia del gran libelista nos parece un poco rancia. Pero el espíritu subsiste, y como lo atestigua Luis Bouillet:

Sans être accablé, Voltaire a sur son dos
La haine des cafards avec l'amour des sots.

Los que prefieren á estas explicaciones una exégesis al mismo tiempo más humana y más científica, relacionan la cruz de los diferentes símbolos que en las razas indo-europeas se refieren á la invención del fuego. Tal, por ejemplo, fué el *nartex* de Prometeo ó el *swastika* del Indostán védico; es decir, los troncos de sauco que, secos al sol con su corteza, después frotados violentamente uno contra otro, hacen brotar de un montón de hojas secas el Agni: la llama deificada y purificadora, la llama que lleva hasta los dioses los vapores del sacrificio y las oraciones diligentes, exonera á la Humanidad de las servidumbres primordiales del Invierno y de la Noche, expulsando á las tinieblas y á las fieras temibles, erigiendo el hogar, abriendo, á los pasos aún inciertos del pastor que vaga por las pendientes del Himalaya, el augusto camino de las Artes y de la Civilización.

A esta cuenta, la Cristiandad puso con justicia la caña de Prometeo en la techumbre de sus basílicas. Con razón formó de ella su *labarum*.

El ajusticiado del Cáucaso, muerto también «por haber te-

(1) Mourant Brock, en A., miembro de la Universidad de Oxford: *La Croix paienne et chretienne*, Leroux, edit.—Sodi-Colbert: *Le Signe de la Croix*, tomo IV de *La Sangue sacrée* (Leroux, edit.)—André Lafèrre: *La Religion* (Reinnald, edit.)—Chantapie de la Sannaie: *Manuel d'histoire des religions* (Armand Colin, edit.)—Malvart: *Science et Religion* (Société d'éditions.)

nido piedad de los Efímeros» á través de los siglos, y el bosque de los mitos complicados en la sombra de las leyendas, responde al ajusticiado del Gólgota. Ambos, el Previsor y el Redentor, nacido el primero de Themis, y el hijo de Maryem, el titán y el Dios, aceptaron con corazón magnánimo la infamia y los tormentos. Sufrieron una misma pasión por la justicia y por la verdad, abrasados uno y otro por ese amor inextinguible que hace á los inmortales.

El signo redentor, la férula, que sirvió á Prometeo y ocultó el fuego de Zeus, después de haber conferido al hombre la claridad del antro, el tizón del horno y la amistosa suavidad de los penates, engrandecido ahora, santificado por la voluntaria inmolación de un Dios, por un heredero supremo de las teogonías declinantes, de los cultos moribundos y de los santuarios abandonados, derramará en el corazón del hombre una llama pura, y para mejores destinos recreará al viejo Adán. Después de haber disipado las sombras de la noche, la cruz expulsará tal vez á los fantasmas del error,

Procul recedant somnia
et noctium phantasmata,

despertará en la conciencia humana una hoguera de inextinguible amor, hoguera de la que quince siglos no podrán amortiguar la gloria ni aminorar la irradiación.

***

Los modernos han ilustrado con leyendas suaves ó trágicas *la devoción de la Cruz*. Cada uno de los instrumentos que concurrió al divino suplicio se ha convertido en objeto de una latría y de un culto particulares. En la Cena del Viernes Santo, el cáliz en que José de Arimatea recogió su Preciosa Sangre, flamea é irradia como un carbunclo en el altar de Monsalvato. La lanza que atravesó el costado de Jesús, infiere y cura heri-

das, como las armas de Hércules, de tal suerte, que el desenlace de *Filoctetes* es idéntico al de *Parsifal*. Las espinas en corona proporcionan á los arquitectos de la Santa Capilla un tema de ornamentación, tan rico como el loto egipcio ó el acanto helénico. Y el mismo Salvador, en un abrazo, imprime á los elegidos de su corazón, luminoso ó desgarrador, los estigmas de la Cruz. Determina la forma de las catedrales; abre, en lo alto de la nave los brazos místicos de la bóveda. Los caballeros la ostentan en sus armaduras. Conviértese, por excelencia, en la divisa de los cruzados, en la bandera de las ciudades cristianas. Montmorency timbra audazmente con una cruz de oro su escudo de plata. La cruz florentina mezcla, más adelante, con las rosas ensangrentadas del Calvario, los lirios abiertos en las márgenes del Arno.

Y cuando, sucediendo al éxtasis modioeval, al sueño paradisíaco desaparecido para siempre, renace la bienhechora Naturaleza, llena de fuerza y de inmortales encantos; cuando, después de la cuaresma de mil años, que termina en la aurora del Renacimiento, Rabelais toca á maitines en la atalaya de Thelemo; la Cruz sigue ofreciendo una sombra deliciosa, un refugio de calma y de propiciación á las almas delicadas, á las que el tumulto del siglo importuna, y que se niegan á tomar parte en las luchas, en las mentiras del mundo. Ya no es, ciertamente, la única esperanza de la tierra; pero muestra á los corazones apenados, á las inteligencias dolorosas que no saben, ni conformarse con las leyes del universo, ni pedir á la vida activa sus tónicos y su orgullo, el camino que conduce á la paz interior, al olvido resignado de los males inevitables, de la redelincuencia y de la muerte.

***

He aquí que el poeta, inclinado hacia ella, encuentra en el augusto simulacro que yace entre sus brazos, una promesa de amor y de inmortalidad. Las fúnebres delicias de la tumba

sobreviven á la amorosa muerte que llora Jocelyn (1) con lágrimas de ternura y los sobrehumanos anhelos de una invencible esperanza:

«¡Tú sabes morir! Y tus divinas lágrimas,
en aquella terrible noche, en que rogaste en vano,
tiñeron las raíces del olivar sagrado
de la noche á la mañana.
Desde la cruz en que sondasté el gran misterio,
viste á tu madre y á la Naturaleza acongojadas.
Dejaste—como nosotros—amigos en la tierra
y tu cuerpo en el sepulcro.
En nombre de esa muerte que mi flaqueza obtenga
el exhalar en tu seno el doloroso suspiro,
cuando tu hora llegue, acuérdate de la tuya,
¡oh, tú que supiste morir!
Yo buscaré el lugar en donde su boca expirante
dió en tu seno el irrevocable adiós;
y su alma vendrá á guiar mi alma errante
en el seno del mismo Dios.
¡Ah! Que pueda, entonces, en donde yo yazca,
triste y tranquila á la vez como un angel dolorido,
una figura enlutada recoger de mi boca
la sagrada herencia.
Sostén sus últimos pasos, guía su última hora
y, como prenda sagrada de esperanza y de amor,
del que se va al que se queda,
pasa así sucesivamente.
Hasta el día en que, atravesando la bóveda sombría de los muertos,
una voz, en el cielo, llamándoles tres veces,
despertará á todos los que dormían á la sombra
de la eterna cruz.

Y nosotros, que guardamos en el fondo del corazón, en los secretos repliegues y bajo las puertas del jardín cerrado en donde duermen, con nuestras ilusiones muertas, los dioses y los cultos abolidos; nosotros, que conservamos en el Ideal una fe

(1) Poema de Lamartine.—*N. del T.*

consoladora, no nos creemos desterrados para siempre de esa «devoción» milagrosa que, entre los senderos oscuros, las espinas desgarradoras y las travesías diarias bajo la injuria, la mentira, la calumnia y la estulticia desencadenadas, permite que se luche todavía y que se tiendan los brazos hacia un alto luminoso de armonía y de belleza. Los símbolos se transforman. Las religiones envejecen como los pueblos, ¡ay! y como nosotros. Pero, con cualquier nombre que se la llame, brilla sobre nuestras frentes una luz imperecedera. Es la Cruz de Eusebio, es el Graal. Es el Toisón de Oro, es el sueño sublime, más elevado, mejor y más duradero que la cosa humana. Es la estrella que lleva en su blasón, Canalis, el poeta de Balzac con esta noble divisa: «*¡Fulgens, sequar!* ¡Tú que brillas en pleno azul, yo te seguiré!»

LAURENT TAILHADE

RAIMUNDO LULIO EN PALMA

Raimundo Lulio es, acaso para mucha gente, poco más que un nombre romántico. Nos lo figuramos vagamente como una figura medioeval, trovador, alquimista y santo á la vez, ó bien nos trae á la memoria leyendas que tan fácilmente brotan y con tanta vida florecen en torno á las grandes personalidades del pasado remoto.

Pero en los últimos años, después de un intervalo de seis siglos, la figura de Raimundo Lulio ha empezado á adquirir por vez primera su realidad y determinación. Sus obras auténticas, convenientemente separadas de las espúreas, van apareciendo en edición crítica moderna, y al mismo tiempo la importancia extraordinaria del hombre y su obra va poniéndose en claro, merced á las investigaciones estudiosas del día (1). Lulio aparece ahora como campeón brillante é iniciador de tantas cosas, que es fácil entender ya el dictamen entusiasta de los que lo pregonan como una de las figuras más salientes

(1) No sólo como objeto de estudio se intenta conocer actualmente en España á Raimundo Lulio. Entre los regionalistas catalanes, que por cuantos medios pueden procuran realzar los antiguos signos de la vida nacional, se observa un movimiento de atención hacia la doctrina de Lulio. De esta resurrección de la filosofía luliana da cuenta Palacios («El Lulismo Exagerado», *Cultura Española*, 1906, II. p. 533), y la expresión de este entusiasmo se ve en un libro catalán titulado *Homenatge al Beat Ramon Lull* (1901), en que colaboran los principales autores catalanes.

de la Edad Media. Para los filólogos, es el primer poeta catalán. En filosofía, es el gran sabio español, pensador, original y de altos vuelos. En religión, por el lado espiritual, es el fundador del misticismo español, el padre de los místicos españoles y de casi todos los místicos modernos de Europa; y por el lado práctico, el tipo más acabado del apóstol moderno, admirando y aprendiendo de aquéllos á quienes trata de convertir, aun cuando muere por su propia fe. Pero por encima de todos estos aspectos fué, ante todo, español entre españoles. En este sentido es mi intención estudiarle, porque si logramos comprender el carácter de Lulio, llegaremos á la misma esencia del genio español, y veremos cómo ha sido el papel que este genio ha representado en la civilización humana.

II

Por muchos años me ha estado asediando la visión de las Islas Baleares, paraíso terrenal que para los mismos españoles que allí van tiene algo de extraño y exótico. No es el menor de los atractivos que para mis ojos tiene Mallorca, el haber sido patria de Raimundo Lulio, y es rara coincidencia que el barco en que yo salí de Barcelona para Palma fuese el vapor *Lulio,* que atestigua la gran celebridad que la figura romántica del insigne sabio medioeval posee todavía entre sus paisanos. Dejamos Barcelona, y llegaba á bordo el rumor del viento que agitaba las palmas del Paseo de Colón, impresión completamente nueva en mi vida; una brisa fuerte empezó á soplar con rabia durante la noche, y á la mañana siguiente, al fondear en Palma, una suave neblina velaba el horizonte.

La primera impresión, y quizá la más dominante que produce Palma, es su fisonomía morisca. Esta particularidad no reconoce como causa la existencia de monumentos moriscos de importancia como los que encontramos en Granada y Sevilla. Seguramente, esta impresión no es asequible al viajero,

como no haya visitado con anterioridad á Marruecos. Pero no es menos real, y se percibe en innumerables pormenores de la vida de aquel pueblo. No sé de ciudad ninguna del mundo cristiano que tan sutilmente inspire la idea de la persistencia que ha logrado la influencia morisca. En Granada, que posee los monumentos más perfectos del arte moro, se da cuenta uno de la división súbita de la historia de la población; allí notamos dondequiera la presencia de la feroz contienda que terminó con el triunfo de los cristianos, la expulsión de los moros y el desdeñoso abandono á que fué á parar lo que antes se respetaba por sacrosanto. No se imagina uno en Palma tal división; las antiguas costumbres moriscas se han ido amalgamando mansa é imperceptiblemente con las nuevas tradiciones cristianas. Vemos la persistencia de la influencia morisca bien claramente en esas solanas en que se juntan las mujeres á solazarse cuando sus quehaceres han terminado, en las galerías de ladrillo en las iglesias, en el uso universal de los azulejos en las escaleras de las casas y en dondequiera que pueden ser utilizados.

Aun se percibe con más claridad esta influencia en la gente misma. Los tipos baleáricos que se ven en Palma la tienen muy marcada. Los ejemplares castizos donde mejor pueden estudiarse siempre es en las mujeres, y las de Palma valen muy bien la pena de ser observadas. No es imposible encontrar todos los grados de fealdad en las mujeres de Palma; pero la proporción de las que son hermosas, graciosas y agradables me parece extraordinariamente grande—por más que no fuera ésta la opinión de Jorge Sand, que siempre estuvo algo predispuesta en contra suya.—Es ley general, que se verifica lo mismo en el hemisferio Norte que en el Sur, que en las islas se crían mujeres lindas, y esta ley se cumple muy fielmente en Mallorca. El predominio definido de un tipo exclusivo de belleza, como tiene lugar en Arlés, no se puede afirmar de Palma. Hay, sin embargo, una nota peculiar tan generalizada, que puede considerársela como característica: me refiero á la

expresión extraña de los ojos que allí se ven, y de que no hay cosa parecida (por lo que yo he podido advertir) en las mujeres de la Península; estos ojos son oscuros, por lo común, dirigidos hacia el suelo; al parecer, no miran; tienen una expresión como de dolor, pero son dulces y tiernos, á lo que contribuye principalmente el velo de sus pestañas negras y largas. Junto á mujeres muy morenas, verdaderos tipos del Norte de Africa, se encuentran en mayor proporción que la que he podido apreciar en el Mediodía de España, mujeres muy blancas, de cabellos rubios, casi como la estopa—peinados en largas trenzas que les cuelgan por la espalda,—y de tez como nieve. Se ven allí mucho más que en el resto de España cutis sonrosados, que recuerdan los de Inglaterra, aunque los ojos azules ya no abundan tanto; son más bien de un color intermedio ó, como vulgarmente se dice, garzos. Las caras son muy acabadas, de un dibujo perfectamente clásico, y al mismo tiempo llenas de animación y vida; son de un tipo, ni bien rubio, ni bien moreno, sino intermedio. Como he advertido en Polonia, también aquí las jóvenes de los mercados tienen caras más bellas, distinguidas é inteligentes; y la presencia de tipos aristocráticos en las clases bajas es señal de civilización muy antigua. Al revés de las catalanas, las mallorquinas son generalmente muy esbeltas, más parecidas á las de Provenza. Son activas y prontas en los movimientos; el andar rápido, apresurado, solícito de las señoritas en el paseo de moda de la tarde, en la Plaza de la Constitución, es absolutamente inglés; por otra parte, muchas—sobre todo las que van con mantilla y otras prendas españolas—gesticulan y accionan con exquisita gracia y belleza.

Todas las cualidades baleáricas, la historia toda de este pueblo tan complejo y al mismo tiempo tan individual, están impresas en el modo de ser de las mujeres de Palma. Mallorca, joya espléndida del Mediterráneo, está demasiado cerca del Continente para poder ser invadido por los cuatro costados, en condiciones nada propias para desarrollar una civili-

zación independiente dentro de sus propios derroteros. Feuicios y cartagineses, griegos y romanos, vándalos (no visigodos) é imperio de Oriente, todos sucesivamente la conquistaron y dominaron hasta que, al final del siglo VIII, vinieron los moros para levantar la isla en la medida de sus fuerzas, y dejar un sello indeleble de su paso en su población y costumbres. Aquí dieron muestra, como en el resto de España, de su civilización brillante, su humanitarismo, su amor á las artes, su higiene exquisita, sus perfectos conocimientos agrícolas. A ellos se les debe el cultivo de muchas plantas, que sus sucesores del día han abandonado. Así, la palmera, que en el siglo XVII tan importante fué, que dió su nombre á la capital de la isla (antes de llamarse Palma se llamó Mallorca), ya no se la atiende nada. Sólo bajo la dominación de los moros, y durante cuatrocientos años, poseyó Mallorca historia real como estado poderoso más ó menos independiente. Gobernado primero por un wali de Córdoba, y constituyendo accidentalmente un reino moro, adquirió Mallorca, merced á su posición y al temple enérgico de su gente, un gran poder en el Mediterráneo. Tomó parte con sus navíos en las expediciones musulmanas del Mediterráneo, y excitó el terror de los cristianos vecinos con sus hazañas impetuosas y piráticas. Se ha llegado á decir que la flota mallorquina devastara una vez á Barcelona. Las potencias marítimas cristianas de la parte occidental del Mediterráneo se aprestaron al fin á un esfuerzo poderoso. En el siglo XII, los catalanes, bajo el mando del Conde de Barcelona, aliados á los pisanos y florentinos, juntaron una gran flota, y conquistaron la capital de las Baleares, dando así golpe terrible al prestigio de la Mallorca musulmana. La conquista definitiva de las islas tuvo lugar un siglo después, cuando D. Jaime I, rey de Aragón y Conde de Barcelona, con poderosa escuadra de 150 galeras, triunfó al fin de la resistencia musulmana y agregó las Baleares á la corona de Aragón. El segundo hijo de D. Jaime gobernó las islas como reino tributario separado; pero en tiempos de Pedro II se unieron las

islas con Aragón, Valencia y Barcelona para formar en adelante parte del gran dominio español.

Bueno será insistir un momento en la relación que de antiguo existía entre Mallorca y Valencia. Si Palma á primera vista sorprende con su aspecto morisco, principalmente á la segunda — por lo menos así me lo ha parecido á mí, — revela curiosas características valencianas, cosa á que no va uno preparado. Lo cercanía de Barcelona y el tráfico constante con este gran centro de vida y actividad, parece que debía haber hecho de Mallorca, descontando las influencias moriscas, población catalana más que valenciana, aunque no es mucho más lo que dista Valencia tampoco. Pues bien: la civilización mallorquina es netamente valenciana, y no catalana, quizá porque los valencianos, al contrario de los catalanes, tienen poderosas afinidades con los moros. Los mallorquines tienen la animación y energía personal de los valencianos, entre los cuales encontramos algo del contraste de que hablé, de tipos morenos y tipos rubios de ojos claros y pelo estoposo. Unos y otros tienen predilección oriental por los colores brillantes y chillones; en ambas regiones, los hombres del campo han conservado la costumbre, que va desapareciendo ahora, de llevar bombachos, como los que llevan las mujeres en Oriente. El cántaro de Mallorca—panzudo y de doble asa, como el ánfora griega, que llevan casi siempre en el hombro derecho, sujeto por la mano izquierda — es el mismo que el de Valencia, y no de otro sitio de España, bien distinto del catalán, menos bello, pero mucho más útil. En la arquitectura de iglesias de Mallorca ya se ve semejanza con la catalana; pero la antigua Lonja, perla de la arquitectura de Palma, tiene rival en su gemela, aunque menos acabada, Lonja de la Seda, de Valencia (1).

(1) Guillermo Sagrera, por contrato, reproducido en *Gothic Architecture in Spdin*, de Street, empezó, en 1426, á edificar la Lonja en Palma, haciéndolo á su costa por doce años. Sagrera fué el gran arquitecto de Perpiñán, que logró persuadir al Cabildo de la Catedral de Gerona á adoptar el plano atrevido de una gran nave sin alas.

Tampoco hay duda en que los aragoneses, conquistadores de Mallorca, han dejado señal duradera en estas islas, aunque en lo exterior de la civilización es menos fácil de reconocer, porque los usos y costumbres de los aragoneses y valencianos en muchas cosas se confunden. Pero sin las condiciones morales del aragonés — su intensa energía, su indómita independencia, su devoción reconcentrada, — no se pueden explicar muchas en la historia y en el genio de Mallorca cristiana. Nunca podré olvidar la impresión que me produjo, al visitar por primera vez á Zaragoza, la gente aragonesa; esa gente que, á mi ver, no se parece á ninguna otra del mundo por su temple recio y firme, tenaz en su independencia personal é indiferente al juicio ajeno. Una aragonesa entregada á la oración, con actitud patética y ademanes que revelan el olvido de sí misma, y una pareja bailando la jota del país, con la vehemencia desatentada de energía muscular reconcentrada tan enormemente distinta del baile andaluz, cualquiera que sea, da idea también de este temperamento, dotado de fuerza y y originalidad especiales. Cuando se llega á conocer su valor, ya no sorprende que el pueblo aragonés, inspirado por unos curas, aldeanos y mujeres, haya sido capaz de hacer frente en la indefensa Zaragoza al aguerrido ejército de Francia, acaudillado por los primeros generales de Napoleón. Sin duda entra por mucho este pueblo en la formación de las cualidades más privilegiadas del espíritu mallorquín.

Conversando con la gente, y estudiando la impresión que los aragoneses han dejado en su capital por espacio de muchos siglos, va poco á poco esclareciéndose la idea del carácter mallorquín. Raza independiente, original, casi escéntrica nos parece; enérgica, pero impulsiva, deja á otros la libertad que para sí también reclama. Son también manifiestamente pueblo activo y comercial. Los que han escrito sobre Mallorca, le presentan como un edén indolente de la antigüedad. Cuando Jorge Sand y Chopin fueron á Palma, no encontraron ninguna fonda en toda la población, ni en casas particulares quien

quisiera de buena gana alojar á un inválido. Ahora hay de todo esto cuanto se quiera; la ciudad es muy limpia, urbanizada, y libre de malos olores—cosa difícil de hallar en Cataluña mismo.—Los chicos vendedores de periódicos animan con sus voces las calles; hasta los más pobres pueden escuchar las piezas del gramófono al tiempo mismo que están paladeando su café ó vermut. La energía venturosa de Mallorca se manifiesta en el febril ardor por las restauraciones arquitectónicas. La Casa Consistorial del siglo XVI, con sus grandes aleros salientes, tan característicos de Palma, está ahora en obra, y la catedral famosa ha estado en restauración muchos años. La actividad eclesiástica de Palma se nota en todo, y muchas congregaciones religiosas de frailes y de monjas tienen su residencia en la isla. En ninguna parte de España he visto tantos sacerdotes y tan distinguidos é inteligentes como allí; parece, según estoy escribiendo, que los veo pasar á cada momento.

Son también los mallorquines artistas por naturaleza. Compiten en gran proporción el gusto por la misma que distingue á catalanes y valencianos, y en general, á todos los pueblos marítimos de España. Siempre han tenido poetas en su propia lengua, que es la catalana, hablada aquí con más fuerza que en otras partes, y no pocas veces acontece que un poeta de Mallorca reciba el primer premio, la «flor natural», en los Juegos Florales, en que los poetas catalanes compiten en la ciencia del «gay saber». Pero principalmente son los mallorquines, arquitectos y escultores. Aunque la rudeza latente de su temperamento—que es en el fondo el elemento africano que persiste—implica cierta falta de sensibilidad estética. En parte alguna oí jamás órganos más chillones y estridentes como los de las iglesias de Palma, ni vi tampoco vidrieras con más colorines y adornos anaranjados y grana más barrocos, que traen á la mente las disparatadas combinaciones de un caleidoscopio. La originalidad atrevida, casi extravagante, de los mallorquines se manifiesta con más fortuna en los trabajos de talla, en que claramente se han complacido más sus artistas. Ejemplo

de esta originalidad es el que ofrece la puerta Norte de Santa Eulalia, en que la talla de los capiteles es una hilera de monstruos alados esculpidos en alto relieve.

Son valientes y originales, aunque no muy inspirados en su arte, excepto en el de la construcción, pues su catedral es uno de los ejemplos más imponentes de la arquitectura lemosina.

III

Raimundo Lulio nació pocos años después de la conquista de Mallorca por los cristianos. Conquista que se llevó á su término con la mayor humanidad, que aún no se había desarrollado el fanatismo feroz de siglos posteriores. Cuando se apoderaron de la isla los musulmanes, toleraron á los cristianos y permitieron al Obispo de Barcelona que ejerciera jurisdicción sobre ellos, ni habían por su parte los cristianos inventado todavía el instrumento de la Inquisición que había de ser algún día aplicado sin contemplación á destruir radicalmente la civilización musulmana. Hecho digno de recordar, porque dado que Raimundo Lulio nació en la ciudad más musulmana de las cristianas, puede comprenderse cuán influída estuvo su vida y obra por lo morisco y arábigo.

Fué su padre un caballero de los que acompañaron á Jaime I en su gran empresa de la conquista de Mallorca. Así, Raimundo Lulio fué criado en el ambiente caballeresco y romántico de la corte aragonesa, por los días en que caballeros y trovadores rivalizaban en brillantes empresas de armas, amor y poesía. En esta corriente de vida se arrojó Raimundo con todo el ímpetu y energía denodada de su ascendencia aragonesa, y toda la brillantez de su temperamento (1). Fué

(1) Sin duda, que este temperamento cuadra admirablemente al español en general, pero parece especialmente concentrado en forma típica en

el primer poeta catalán, consumado en la cítara y hábil igualmente en las artes de la navegación, equitación y combates. Nombrado Senescal de la corte de Palma, se casó y tuvo un hijo. Toda su vida le estuvo tiernamente encariñado. Uno de sus libros más célebres, el *Liber de Miraculis Cœli et Mundi,* que es á modo de novela en que un hombre lleva á su hijo amadísimo por bosques, sierras y llanuras, ciudades, villas y aldeas, para mostrarle las maravillas de Dios en el Universo, parece haber sido escrita para su propio hijo. En todo este primer período de su vida, no parece que Lulio sintiera la percepción del mundo espiritual. *Lascivus et mundanus* se representa á sí mismo en las pocas líneas que constituyen lo único que de su biografía queda. La historia corriente acerca de su conversión, que es una anécdota, por la que es conocido de muchos el nombre de Lulio, es muy dudosa porque no figura entre los recuerdos de su vida. Conforme á esta leyenda conocidísima, el joven poeta perseguía obstinadamente con su pasión y con sus poesías á una señora muy hermosa de Palma, que siempre resistió á sus solicitaciones; y se dice que, en cierta

---

los valerosos é indomables isleños de Baleares. Cinco siglos más tarde nació en esta isla otro hombre que, por diferente estilo, revela exactamente el mismo temperamento versátil, pero vigoroso. Orfila, distinguido profesor de Medicina legal en París, nació en Menorca en 1787; aprendió Humanidades y mucha filosofía escolástica de Cordelier, su maestro; y á la edad de catorce años fué capaz de tratar en discusión pública problema tan altamente metafísico como éste: «si puede una cosa ser y no ser al mismo tiempo». Aprendió también los principales idiomas modernos, así como las Matemáticas, y se hizo marino; pero al zarpar el buque en que navegaba, fué apresado por piratas berberiscos, que quisieron empalarle y decapitarle. Estudió luego Medicina en Valencia; más tarde en Barcelona, y por último, en París, donde llegó á ser un químico famoso, dedicándose después á la Medicina legal, en que se le tuvo por la primera autoridad de su tiempo, igual que en Toxicología. Era también consumado músico y poseía una hermosa voz, que le valió al principio de su carrera una oferta de cinco mil duros por año en la ópera de París, la cual renunció. Después de la Revolución fué separado de su cargo de decano y perseguido sin tregua hasta su muerte, motivada por un derrame seroso.

ocasión, la siguió á caballo hasta dentro de la iglesia de Santa Eulalia, con gran horror de los fieles. Por fin, un día, no encontrando manera de resistir al afán de su amante, le llamó la señora y le enseñó su pecho roído por un cáncer. Desde aquel momento fué tan intensa la mudanza de sentimientos en el corazón del joven trovador, que acabó para él todo anhelo de goce terrenal. Si existe algo de verdad en la leyenda, ó si le sucedió que en medio de su vida de amoríos y canciones, alguna voz interior más espontánea, le llamó á la vocación verdadera, como á San Francisco de Asís, á quien en tantas cosas se asemeja (aunque exento de ese hechizo infantil é idílico, y dotado de más fuerza intelectual y originalidad), es lo cierto que pronto abandonó su carrera mundanal y casi toda su fortuna, buscando dirección espiritual en una peregrinación á los dos santuarios de Roque de Amadour y Santiago de Compostela, y adelanto intelectual en las universidades de Montpellier y París; se hizo al fin franciscano y encaminó sus energías por nuevos cauces.

Llámasele á Raimundo Lulio Doctor Illuminatus. El epíteto le conviene admirablemente dentro de la ciencia escolástica. Abelardo, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino y Duns Scoto fueron los mayores filósofos, respectivamente, de Francia, Alemania, Italia é Inglaterra. Lulio, llevado al terreno de la filosofía escolástica, por su iluminación interior en período relativamente tardío de su vida, siempre dotado de carácter vigoroso y original, representa exactamente al escolástico español. Falto de la disciplina que la educación monástica imponía, tanto que su latinidad descubre á cada paso los idiotismos catalanes, se instruyó á sí mismo, viviendo en su celda, que miraba hacia aquel mar de zafiro, en las proximidades de Valldemosa, sitio de los más amenos de su isla nativa, y en sus perpetuas peregrinaciones por las grandes ciudades de Francia é Italia, no menos que por el Norte de Africa. Mas fué esta educación lo que le dió carácter personal, y libre de prejuicios á su manera de ser y que no hubiera obtenido si se hubiera educa-

do en un claustro; y esto le valió un cultivo variado del corazón y de la suerte, dirigido á fines prácticos, que ha dado lugar á comparársele con Anselmo, aunque no fué tan sutil pensador como él, y fué, en cambio, personaje más extraordinario y brillante.

Mucha gente que tiene noticia de Raimundo Lulio por los rumores vagos de la tradición, recuerda acaso su nombre como alquimista. Leyenda inevitable que envuelve á cuantos en aquellos siglos de ignorancia y superstición se dedicaban al estudio del saber. Muchos escritos de alquimia se han atribuído en los últimos tiempos á Lulio; pero aunque escribió con la energía apasionada y devoradora que consume á veces á los españoles, unos trescientos tratados sobre inmensa variedad de asuntos, no hay motivo para suponer que en alguno tratase de alquimia. Luanco, que se dedicó por entero á examinar la cuestión de si Lulio trató ó no de alquimia, enseña que desde 1272 hasta su muerte, ocurrida cuarenta años más tarde, casi todas las citas del filósofo prueban su incredulidad en esa parte. Repite muy á menudo en sus innumerables obras que no hay ciencia ninguna en esto, que la trasmutación de los elementos es imposible, y que el arte no puede mejorar las operaciones de la naturaleza. En su *Arbor Vitae,* compendio voluminoso de todo el saber humano, se habla de la alquimia como de cosa vana, y aun la ciencia química es desconocida.

El brillante y joven caballero mallorquín, el trovador consumado, se ha convertido ahora en maestro de ciencia enciclopédica. Era época la suya en que tal saber era posible á hombres de entendimiento llameante y energía irresistible como los de él. Y á pesar de esto, la multiplicidad de conocimiento de Lulio es pasmosa. Escribió, magistralmente sin duda, de metafísica, lógica, retórica, gramática, dogmas, ética, cosas todas que se incluyen en la rama escolástica. Y á más de esto, trató de geometría, astronomía, física, química, antropología, leyes, política, navegación, guerra y equitación. Previó el problema de la termo-dinámica,

la cuestión del gusto de color en el principio del movimiento; discutió las propiedades esenciales de los elementos; tuvo noticia de la propiedad del hierro que se ha tocado con el imán de volverse hacia el Norte; quiso explicar las causas de los vientos, lluvia y hielo, y trató también de los problemas de la generación. Predijo la invasión tártara antes de la venida de los otomanos, y creía firmemente en la existencia de un gran continente á la otra banda del mundo, siglos antes que Colón navegara con rumbo hacia el Ocaso. No fué gran descubridor é investigador científico, ni tuvo el temperamento exclusivamente científico de otro compañero de su orden, Rogerio Baçon; pero su inteligencia, aguda y penetrante, le colocó á la cima del saber más preciado de su tiempo, y no se puede menos de admirar que un hombre que empezó su vida como cantor alegre de un apartado centro de costumbres caballerescas, y la terminó con el martirio por la fe, poseyera tan serena agudeza intelectual, tan templada energía, para emplearlas en la interpretación del mundo visible.

Mas por encima y fuera de sus estudios filosóficos, Lulio fué criatura de emoción y pasión, no tanto en la ciencia como en las cosas religiosas—que restituyeron á su antiguo ardor por la poesía y el amor,—señalándose en las últimas como grande iniciador. No es lo más el que se le haya tenido por precursor del dogma de la Inmaculada Concepción, aunque esto importe para su crédito con una Iglesia que ha estado siempre indecisa en calificarle de santo ó de hereje. Lo de más es que Raimundo Lulio pasa por el padre del misticismo español, es decir, de la escuela más poderosa é influyente de pasión religiosa, de que el mundo europeo puede dar muestra.

En esta parte se patentiza la medida en que Raimundo Lulio, con toda su personalidad individual y ardorosa, ha sido influído por el ambiente mahometano en que naciera. Hermano de la venerable Orden Tercera fué, pero su gusto personal le condujo á la vida eremítica, y á pesar de sus frecuentes peregrinaciones por Europa y Africa, halló evidentemente tiempo

que invertir en la soledad, y especialmente en la exquisita amada soledad de su celda entre los riscos de su isla natal. Mas no fué nunca el típico anacoreta cristiano, ávido de macerar la molicie de su carne ó de vivir de hierbas, con la sensibilidad muerta para los halagos del mundo. Lulio fué no tanto anacoreta cristiano como *Sufi* mahometano. Para lo mejor de la gente árabe, la vida del ermitaño representa un cultivo delicado del entendimiento y de las emociones religiosas. Si Lulio leyó, como quizá lo hiciera, la preciosa novela psicológica el *Filósofo Autodidacto*, en que un musulmán español, Aben Tofail, desenvuelve la historia de un Robinsón espiritual, abandonado de niño en una isla desierta del Océano Indico, amamantado por una cierva compasiva, y convirtiéndose poco á poco, mediante el observar y el meditar, en un sabio docto y piadoso, encontró en ello el ideal que por entero le cuadraba. La iluminación divina era una realidad para los místicos mahometanos que acostumbraban también á simbolizar las relaciones del Creador con la criatura en una serie de imágenes orientales, sacadas valientemente de la relación humana amorosa (1). Lulio, cuya divisa era «no vive el que no ama», el trovador enamorado que se despidió del amor mundano, se apoderó de este aspecto extático de la adoración religiosa con instinto ardoroso é inevitable. Arrancólo á viva fuerza del fondo de los sentimientos musulmanes para aplicarlo al cristianismo (2). Digno es de notar que el *Sufi* ha aprendido el secreto de su misticismo, de los neoplatónicos cristianos de los primeros tiempos,

---

(1) En la *Revue Philosophique*, de Mayo de 1906, se encuentra una noticia sucinta del sofismo, por Probs-Biraben, que ha estudiado sus manifestaciones en el Norte de África.

(2) Adviértase que la extremada amplificación cristiana del amor desinteresado á Dios que informa el soneto *Á Cristo Crucificado* (publicado en todos los libros de himnos protestantes, traducido de una versión latina, erróneamente atribuída á San Francisco Javier), fué obra de un español desconocido. (Foulche-Delbosc discute su autoridad en la *Revue Hispanique*, 1895-1899.)

dándose el caso de que el musulmán empuñara la antorcha que había recibido de manos cristianas.

Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, y Ribera, docto español que ha puesto en claro recientemente la conexión íntima entre Raimundo Lulio y el misticismo musulmán, han evidenciado que su obra, mejor y más característa, el *Libro del Amigo y el Amado* (*El Libre d'Amic e d'Amat*), fundamento del misticismo español, fué escrito á imitación directa de los ermitaños musulmanes. Lulio mismo ha dicho repetidas veces que él era un *Sufi*, cuyo amado era Cristo. Por seguir las maneras del *Sufi* cristiano abandonó la compañía religiosa á que pertenecía, y prefirió llevar vida eremítica, peregrinando de tierra en tierra pobremente, predicando en las calles y en las plazas donde quiera que llegaba, retirándose algnnas veces á una cueva, entregándose á la contemplación extática en compañía de su Amado. Vida esta que muchedumbre de moros llevaban en la costa opuesta del Africa. La misma doctrina especial de Lulio, de que toda ciencia no es sino iluminación divina, fué enseñada por los mahometanos mucho antes de que él naciera. Su tendencia al panteísmo, su quietismo, su creencia en que el Amigo, el amante espiritual, es uno en esencia con el Amado, doctrina musulmana era también. El filósofo Abensabín, el escéptico Aben-Hard, y más que nadie, el poeta místico y maestro universal, Mohidin Aben-Arabi—españoles musulmanes todos del reino de Murcia que habían llegado al Norte de Africa, y pertenecientes al período inmediatamente anterior á Lulio,—presentan anticipaciones de su propia vida, oposiciones y sistema que, como Ribera ha demostrado, no pueden ser fortuitas (1).

Los sofíes escribieron parábolas de amor divino, valiéndose de la alegoría del amor humano, y parece que bajo la influen-

(1) Ribera «Origen de la Filosofía de Raimundo Lulio» (*Homenaje á Menéndez y Pelayo*, vol. II.)

cia de un libro de Mohidin, de este género, nació en Lulio la inspiración de escribir el *Libro del Amigo y del Amado*, punto de partida del misticismo cristiano español que, cuatro siglos después, encontró su apogeo soberano y representativo en Santa Teresa (1). En la parte religiosa práctica se aparece Lulio á los ojos del protestante como campeón y apóstol principalmente. Es el primero entre cierta clase de misioneros que rara vez se encuentran ya, que salen por el mundo, no con idea de su propia superioridad sobre los entenebrecidos infieles á quienes su destino lleva á catequizar, sino con la convicción de que pueden aprender mucho de los mismos á quienes intentan enseñar. Lulio tenía tal deuda con el mundo musulmán, en cuyas fronteras había nacido, que quería devolverle en pago su fe cristiana, como perla que con inestimable valor se presentaba á sus ojos. No había tono de superioridad en sus maneras. Antes por el contrario, profesaba admiración particular por la ciencia y virtudes de los moros. En su *Félix* hace la observación de que ellos son más reflexivos y discretos en sus maneras de vida que los cristianos. Admiraba también sus métodos de ordenada devoción y el como atendían á su predicación. Ribera no ha encontrado un solo pasaje en el que Lulio no hable de los musulmanes con afecto, salvo de Mahoma, y aun de éste recomienda no se hable mal si se desea convertir á los moros. La única cosa de que los moros carecen es la fe cristiana, al parecer de Lulio; y hablando con ellos en su lengua y su tierra, pensó este fervoroso misionero obrar la hazaña de convertirlos. Fué objeto preferente de su vida establecer enseñanzas de lenguas vivas, especialmente de la ará-

(1) Se ha de observar que el concepto de devoción mística y pasional á causas abstractas que excluyen afecto terreno, es fácilmente accesible á la mente del español, aun fuera de la esfera religiosa. Pecchio habla en sus cartas de una joven española entusiasta y bella, que decía del gran héroe popular Riego, en 1821: «Dicen que se va á casar; ¡qué desventura! ¿No vive acaso solamente para el país y su libertad? No debe casarse, porque su matrimonio es una infidelidad á la nación. ¿No es acaso el amante de ella?»

biga, en que pudieran instruirse misioneros competentes. A este fin, como él mismo refiere, dedicó su actividad por cuarenta y cinco años. Tres veces fué á Roma á presentar sus planes al Papa, que le recibió amablemente, pero no hizo nada. En este punto estuvo Lulio muy por encima de todas las universidades, sin que hasta tres siglos después de su muerte se estableciera el Seminario de *Propaganda fide*.

Los esfuerzos personales de Lulio no por eso dejaron de ser muy importantes. Si su energía y su habilidad triunfaron ó no en el empeño de convertir á los musulmanes, no podremos saberlo, y aun puede ponerse en duda. La religión de los mahometanos es posterior á la de Cristo, y rara vez una religión nueva cede á otra más antigua. Aun hoy los mahometanos rara vez se han convertido, ni aun rindiéndose á la espada. Los secuaces de una fe nueva rehusan aceptar lo que les parece un paso hacia atrás. Lulio se había preparado para esta misión con notoria buena maña. Sus estudios de lengua árabe no eran, ni mucho menos, superficiales. La aprendió de un esclavo sarraceno, á quien había educado, y debió conocer algo más que la lengua familiar. En su colegio de Miramar, en Mallorca, instruyó á los frailes, no sólo en el idioma, sino además en los sistemas filosóficos árabes. Se afirma que escribió más de una obra, y entre ellas, la principal de las místicas en este idioma. En una de sus numerosas visitas á Africa disputó en Bona con cincuenta doctores musulmanes. En Bugia discutió de asuntos religiosos con los más profundos pensadores del Islam. Con esto no hay para qué decir lo amenazada que estaría su vida. En las primeras visitas menciona que ha sido encarcelado y golpeado. Contra el fanatismo de las turbas no hay devoción que prevalezca, y así fué que, en Bugia, en 1315, á los ochenta años de su edad, fué asesinado, y de allí se llevó su cuerpo á Palma, donde desde entonces ha obtenido gran consideración y honor, como el más insigne de los mallorquines.

Raimundo Lulio fué el primero de los grandes españoles—si prescindimos de los que en épocas más lejanas pertenecen á

la historia del mundo romano,—sin que español ninguno después haya cifrado en sí, de manera tan completa y brillante, todas las cualidades que se juntan para formar á España. Amante, soldado, un tanto hereje, un mucho santo, tal ha sido siempre el verdadero español. Energía ardiente, para la que no existen obstáculos; predisposición al apasionamiento místico, tanto en amores como en religión, junto á cierta fortaleza que no teme afrontar el dolor ni la misma muerte, cualidades son que reaparecen constantemente en los hombres que engrandecieron á España. Lulio pasó sucesivamente por todas las fases del alma española, y en todas las ocasiones de su larga vida perseveró en él la misma fibra y temperamento invariable, en lo que más que en nada se mostró español. El joven caballero y poeta, que amaba la música, las mujeres y los caballos, cuando por repentino choque de su vida se volvió violentamente á una dirección nueva, conservó el mismo espíritu caballeresco, la misma devoción ferviente enderezada hacia otro amor, y hasta siguiendo el mismo lenguaje en su servicio. En su celda de anacoreta y en su separación ascética del mundo le seguían acompañando se educación caballeresca y su carrera cortesana, siendo su *Blanquerna* (el más memorable de sus libros, que incluye el *Libro del Amigo y del Amado)*, así como su *Félix*, una especie de novela de Caballería cristiana. En todas sus cosas la pasión era su fuerza motriz; en Lulio, como trovador y como santo, hay siempre ocasión para decir con él: «No vive quien no ama.»

IV

En una capilla oscura, de los Franciscanos en Palma, arde constantemente una lámpara mortecina ante la tumba de Raimundo Lulio. Es esta tumba un monumento trabajado en alabastro, que un hábil escultor mallorquín ejecutó más de un siglo después de la muerte de Lulio, y ocupa toda la pared orien-

tal de la capilla mencionada. Encima hay un sarcófago, en el que yace la figura de Lulio cara al cielo; pero á la extraña manera baleárica, según la cual el lecho en que la figura reposa se inclina en ángulo recto con el sarcófago, en términos que resulta perfectamente visible para el espectador (1). Es un rostro grave, sereno, varonil, de larga y venerable barba; un yelmo cubre su cabeza, recostada en un almohadón, y el cuerpo está envuelto en un hábito liso y luengo y un gran rosario da vuelta á su cintura. Así debió ser el solitario cuando vivía.

Yo no me saciaba nunca de pasear por el variado y desigual pavimento de la iglesia de los Franciscanos. No es de las mejores iglesias de España, pero para mí pocas hay más interesantes, ni concibo que conozca ninguna otra para santuario de Raimundo Lulio más que ésta. Está situada en una plaza tranquila, en el centro de la ciudad, y desde la ciudad misma no llama la atención. Pero cuando salimos de la muralla hacia la carretera de Valldemosa, empieza á verse la torre de los Franciscanos, dominando á la ciudad, y á lo lejos se distingue el grácil torreón de verdes tejas con su terraza, que se ofrece á los cuatro puntos cardinales, como el alminar de una mezquita, reminiscencia feliz del mundo mahometano que Lulio tanto amara y en el que diera su vida (2).

Parece que en la actualidad la marea del favor popular ha ido retirándose de la iglesia de San Francisco. El fervor de los mallorquines por las restauraciones no se ha acordado de ella; ligeras reparaciones, de que se halla muy necesitada, se han llevado á cabo moderadamente; pero en conjunto, la iglesia ha perdido mucho y se halla muy abandonada. Los fieles que á ella concurren son pocos y pobres; los claustros, con su do-

(1) No es, sin embargo, único este método en Palma, pues también he visto disposición semejante en las esculturas sepulcrales de la catedral de Zamora; por lo común, está disminuída la abertura del ángulo (como en Salamanca), lo que es menos desagradable.

(2) Torreón algo parecido, con tejado de tejas de vidrio, se ve en la iglesia de San Pablo, de Zaragoza.

ble fila de arcadas encantadoras y delicadas, son casi inaccesibles y están cubiertos de hierbas: apenas si hay sacristán que se encargue de custodiar y mostrar los tesoros del lugar (1). Bien puede decirse que la mayor parte de la sombría iglesia pertenece á uno mismo si la quiere disfrutar como museo de antigüedades, como patria de lo romántico, que invita al ensueño.

En otro tiempo, sin embargo, la iglesia de San Francisco debió haber sido la más de moda y más popular en Palma. En todas partes presenta arruinadas reliquias de pasada riqueza y poderío. Es una rica colección de antigüedades, no acopiadas artificiosamente, sino acrecentadas poco á poco durante varios siglos, conservándose al parecer intactas por espacio de tanto tiempo. Sin belleza notable ni excepcional en la construcción, preséntase adornada la iglesia con tallas plateresca por fuera, y dentro con variedad de mármoles, que las devastaciones del tiempo han destrozado. Los habitantes más ricos de Palma preferían evidentemente ser enterrados aquí, pues la iglesia está llena de inscripciones mortuorias; á los lados hay grandes enterramientos, y en el suelo hay esparcidas innumerables losas sepulcrales. Las capillas, pavimentadas y enlosadas, por lo común de azulejos, están cuajadas de altares de ricas labores y suntuosos túmulos. Amplios y hermosos bancos de variada hechura se hallan distribuídos por toda la iglesia, concesión á la comodidad, que sorprende encontrar en santuario tan antiguo. Ninguna iglesia de Mallorca es más rica en cuadros, no ya religiosos, sino profanos—sobre todo una vista

(1) Parte de este antiguo monasterio, con sus hermosos claustros, pertenece al Estado. Se ha permitido á algunos franciscanos ocupar cierta parte del convento. Poco después (en 1906), al año de mi visita, fueron acusados destempladamente, en uno de los principales periódicos de Mallorca, de haber hecho obra en la parte del edificio que pertenece al Estado; paréceme el cargo infundado, y viene á significar principalmente el resentimiento creciente que las Órdenes religiosas van inspirando á la gente en España.

de Palma antigua, y de gran tamaño, que hay detrás del altar,—no de gran valor artístico, pero de considerable interés. Hay también mucha escultura del estilo de Palma, original y atrevido.

La Iglesia ahora, es lugar desierto y agradable para la meditación; en los días de su prosperidad, no siempre fué santuario inviolable de paz. La marejada de las pasioñes humanas se estrelló alguna vez contra sus puertas. Un episodio trágico en la historia de Palma alcanzó su proporción más considerable en esta iglesia. En el siglo xv, cierto noble ciudadano de Palma se dirigía á casa de otro ciudadano, cuando una sirvienta, abriendo las maderas de una ventana alta—como es costumbre todavia en ciertas calles de algunas ciudades españolas,—vertió una olla en la cabeza del transeunte. Irritado éste, entró en la casa, queriendo castigar él mismo á la imprudente doncella, sin cuidarse de las advertencias de la señora de la casa. El dueño, ofendido por la violación de su domicilio, tuvo consejo con sus amigos, y ayudado de ellos, vengó la injuria, matando al agresor y á su mujer. Los matadores fueron detenidos, pero al fin perdonados. Pero entretanto, los allegados de una y otra parte fueron agrupándose, formándose dos partidos, y al fin estalló la contienda en esta iglesia de San Francisco, donde los dos bandos, en número de trescientas personas, se atacaron un día con encarnizamiento. La sangre corrió, y el suelo se llenó de cadáveres; en vano hicieron los frailes por restaurar la paz, y fulminaron anatema contra los combatientes. De esta clase es la violencia de carácter de los baleares, que puede apreciarse todavía en sus obras de arte (1). Ahora, frailes y guerreros, y hasta los mismos fieles, han dejado en paz el convento de San Francisco. Sólo la

(1) No sucede ya esto en lo que se refiere á la criminalidad; según las últimas estadísticas, las Baleares figuran en situación menos grave, en crímenes violentos, que el resto de España.

memoria de Lulio sigue viviendo en la iglesia, en el sitio en que la lámpara de tibia luz se balancea perpetuamente ante la tumba en que reposa, y desde el bello alminar de matices encarnados y verdes parece aún anunciarse su testamento al mundo.

V

Tranquila y plácida era la tarde en que, á bordo otra vez del *Lulio*, zarpamos del puerto de Palma. Hundíase el sol majestuosamente en una de las puntas de la rada semicircular, y en la otra la luna llena empezaba á tender sus argentados rayos por las centelleantes aguas. Nápoles no es, al lado de esta pequeña y linda bahía, más que un paseo á la moderna á la orilla del mar. Aún creo ver la bahía de Palma como en las visiones encantadas del hada Morgana. A la izquierda dejamos el famoso castillo de Bellver, guardián de Palma, firmemente asentado en su colina; casi en la cumbre aparece su linda y elegante Lonja, con las atrevidas almenas de sus fuertes dirigidas al cielo. A la derecha, surgiendo de las macizas murallas medioevales, que aún rodean á la ciudad, se contempla la romántica ciudadela de Palma, la amplia cúpula de la Catedral, y bajo ella, la Almudena, de morisco dibujo, que ha sido en todo tiempo el pálacio de los distintos gobernadores de Mallorca. Las sierras onduladas le sirven de fondo á este cuadro, que se disuelve en un paisaje fantástico á los trémulos resplandores de la luna así que el *Lulio* vira hacia el Norte, bajo los muros de Bellver.

Aún seguimos por varias horas bordeando la costa. Los riscos, revestidos de hierba, avanzan hasta el callado mar en reflujo, y á trechos, por ciertos pasos, se ofrecen á la vista imágenes de paz idílica; pasamos las alturas que sombrean á Valldemosa y su arruinado Monasterio de cartujos, en que Chopin, inspirado por la solemnidad del sitio, compuso sus *Prelu-*

dios. A la izquierda, la enorme masa de Ibiza asoma por entre la oscuridad, que se acrecienta como el vértice de una montaña. La impresión de hechizo va lentamente amortiguándose. Mis compañeros de viaje, en su mayor parte curas, calladamente se van retirando, antes que la hora se haga excesivamente tarde. A la mañana siguiente nos encontramos en el mundo bullicioso y regocijado de Barcelona.

HAVELOCK ELLIS

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

—Está enferma ó lo finge, para dejar su puesto á la otra; créeme—dijo la generala la mañana del día de la fiesta del lago á Kitti. ¡Qué ridículo! ¡Como si la hubiéramos llevado nunca en tales ocasiones!

—¿Por eso no le has tomado la palabra cuando te pidió permiso para quedarse con Clementina?—preguntó Kitti.—No la puedo ver.

—Querida mía—dijo la generala, aceptando el brazo de su Kitti, mientras se paseaba por la terraza;—está segura de que la detesto tanto como tú, y que en la primera ocasión tomará el portante. Pero la condesa se ha chiflado por ella, y mientras pienses en Guido...

—¿Cuántas veces te he de decir que ya no pienso en él?—exclamó Kitti.—¿Timidez?... ¡Qué estúpida cualidad! No me habléis más de él. Anteayer se portó conmigo indecentemente.

—También coqueteaste tú de lo lindo con Trottau.

—Después de ver que Guido.... ¿Pero no quieres creerme?

—Eso es una locura, querida mía.

—No lo es. Lo que hice, hecho está. No la perdió de vista en todo el día; ¡parecía tonto! Apostaría á que se enamoró de ella en el ferrocarril. Quizá empezaría ella. ¡Cualquiera se fía de ella!

—Sería escandaloso—murmuró la generala,—verdaderamente escandaloso. Y nosotros hemos echado leña al fuego.

—Completamente—dijo Eleonora.—Ella seguramente sabía que vivíamos cerca de él. Estarían de acuerdo.

—¡Escandaloso—repitió la generala.—Si al menos tú estuvieses segura de Trottau...

—Tan segura como de que es de día. Ya lo verás esta tarde.

La generala suspiró, pero no se atrevió á contradecirla. Kitti había demostrado de nuevo ser la más sagaz. Ya había sucedido en los últimos tiempos más de una vez. Sólo que no quería confesarlo.

Se habían quedado en pie delante de la balaustrada, sumida cada una en sus pensamientos, mirando á Juan, que preparaba el bote para la excursión por el lago.

Eleonora había vuelto al lado de Clementina, á quien desde la mañana anterior sólo dejaba cortos momentos, á pesar de que la generala y Kitti aseguraban, que no necesitaba cuidados. Ya había tenido cien veces aquellos ataques.

Clementina lo confirmaba: seguramente, se había enfriado un poco al volver de Wendelstein, á pesar de que había pasado la noche tranquila, hasta que por la mañana sintió su antiguo dolor en el corazón. Había que guardar el plan que el doctor Baltasar le indicó para estos casos.

Pero el plan no se había guardado, y á las enérgicas instancias de Eleonora se había avisado al doctor. La había auscultado, no hallando complicación inmediata. La recetó una nueva medicina, recomendando el sosiego y el más extraordinario cuidado.

Habló bastante consolador, sin tranquilizar por completo á

Eleonora. En el curso del día no había experimentado ningún alivio; su estado hoy, como dijo el doctor Baltasar cuando volvió, era el mismo. Y hasta era de temer empeorase. Pero, de todos modos, la señorita Ritter podía irse descuidada á la fiesta del lago. Era muy interesante, y hasta única en su género. Persuadía á todos de que fuesen, incluso á la baronesa Randow, que, en sus eternos cuidados por la hacienda, tenía necesidad de distracción. Las murrias es lo peor á que puede entregarse una persona.

A pesar de esto, Eleonora rogó á la generala que la permitiera quedarse.

—¡Bueno! ¿Y qué dice mamá?—preguntó Clementina, cuando su amiga volvió á sentarse á la cabecera de su cama.

—Quiere á toda costa que vaya. No sé para qué—contestó Eleonora.

—Creo que puedo decírtelo—dijo Clementina, con una sonrisa de sus pálidos labios;—porque no ha dejado de notar, por mucho que la contraríe, que la condesa te distingue y que Guido, á su manera tímida, te hace la corte.

—Estás loca, niña; se te ha puesto esa idea en la cabeza.

—No soy, seguramente, una vestal como tú. En serio: si Guido viniera un día á ofrecerte una corona condal, ¿la rechazarías?

—No vendrá.

—¿Y si viniese?

—Entonces ya tendría tiempo de pensarlo. Por el momento, debes dormir, como te ha dicho el doctor.

—¡Quién pudiera dormir!—murmuró Clementina, mirando obstinadamente á la colcha.

Eleonora la observó largamente en silencio, con mirada seria é interrogadora. Después dijo:

—Clementina, confiesa que te atormenta algo, además de tu enfermedad, que te ha puesto así. ¿No quieres decírmelo?

—Me preocupas tú—dijo Clementina, mirando siempre á la colcha.

—¿Yo?.. ¿Cómo?... ¿Por qué?...

—Tengo la idea de que no vas á estar mucho tiempo con nosotras. No he de ocultártelo. A pesar de sus amabilidades, se mueren de envidia hacia ti. Y en la lección de inglés, no hay que pensar. Kitti es muy holgazana; nunca ha aprendido nada. Si tú te marchas, y yo me tengo que quedar con ellas... es un pensamiento horrible. Y mira, tú serías tan buena si te casaras con Guido, y fueras condesa, y necesitaras una señorita de compañía para tus ratos de ocio, y pensaras en la pobre Clementina, y la llevases contigo por pura compasión, ¿sabes? Así tendrías una dama Brita, como tu señora suegra, y...

Cubrióse el rostro con las manos y rompió en llanto.

—¡Niña, niña!...—exclamó Eleonora, asustada.—A callar; no te agites. Ya me casaré con tu conde si pone de nuevo su corona á mis pies. Ya lo hizo en el ferrocarril: la corona de su maleta. Me hizo poner los pies sobre ella. Pero como comprendes, esto no basta. Tiene que ser la verdadera corona condal, de oro puro, de diez y ocho quilates, con que se acuesta por la noche. Ya ves tú, tú misma te ríes de tus disparates. Sé buena y trata de dormir. Tengo que escribir unas cartas. Tengo que llevarlas yo misma al correo. Te dejo la puerta abierta. Si quieres algo, me llamas.

Eleonora sentóse ante el cartapacio, y estuvo largo tiempo sin poder escribir una palabra. En su corazón reinaba la tristeza. Aún le preocupaban sus recuerdos de la noche pasada. Había hecho lo que no podía ni quería: alimentar con su propia pasión la pasión de Ulrico, que ella creía transformada en odio y cólera por la escena de la primera noche. Le había escrito diciéndole que le agradecía con toda su alma su amor, á que ella correspondía, como habría podido persuadirse; pero que le suplicaba de rodillas que no pensara en hacerla suya. Era completamente imposible. No podía ser feliz á costa de su esposa y de sus hijos. Por dura que fuese la elección, prefería parecer á sus ojos cobarde y miserable, y que dudase de su amor, á faltar á su propia conciencia.

Eran las mismas temerosas quejas de la carta de la última noche de Norderney, condensadas en un grito desesperado.

Había llevado la carta al correo, que todos los días á la misma hora llegaba á Seehausen. Le dió la carta en secreto, permaneciendo detrás de él mientras tartamudeaba que había olvidado algo, y el hombre, sin decir nada, ó como ella creyó notar, echando una mirada de extrañeza á la dirección *poste restante,* se metió la carta en el bolsillo; nunca había pasado mayor vergüenza. No, no; aquello no podía prolongarse más tiempo; no lo soportaba su orgullo. Aunque su corazón se hiciera mil pedazos, debía marcharse.

La tía se quedaría asombrada al verla volver después de tan pocos días. Allí estaba su carta de anteayer sin contestar. Era una carta triste. Don Fernando se había despedido. Quería marcharse el día quince. Chile necesitaba de todos sus hijos, decía, según escribía la tía. Pero sé que no se va á su país; sino que ha alquilado un cuarto con muebles en la calle de Krausen. No lo sentiría, pues era el menos simpático de todos, si mi proyecto de volver, como en otro tiempo, á admitir niños se realizase. Pero, á pesar de mi anuncio en tres diferentes periódicos, hasta, ¡me da vergüenza el decirlo!, en un periódico de oposición, nadie se presenta. Dinero tirado á la calle, como yo temía. Como la pobre Tila, tan débil, necesita cuidados, no puedo despedir á Augusta (Emilia ya se fué), á pesar de que en mi situacion, una criada es un lujo. Y, á primeros de Octubre, me tendré que mudar á un cuartucho cualquiera, vendiendo la mitad de mis muebles, que tantas raíces han echado en mi corazón. Si Dios no nos ayuda, no sé qué va á ser de tus pobres parientas.

—¡Pobre anciana! Cómo saltaría de júbilo su anticuado corazón si la pudiese escribir: «Querida tía: te anuncio mi próximo enlace con el conde Guido Wendelin, y creo que no se ofenderá tu orgullo si, de ahora en adelante, tu sobrina la condesa... ¡Ah!

Eleonora llevóse las manos á los ojos, como para disipar

una imagen que no debiese contemplar, y escribió con mano apresurada unas líneas en que trataba de dar valor á su tía, añadiendo que probablemente volvería á Berlín dentro de unos días, pues ya le pesaba su situación, y prometiéndola que entre las dos verían de resolver la situación del momento y de asegurarla para el porvenir.

Eran vanas palabras; ya lo sabía ella; pero cuando nada se tiene que decir, ¿qué remedio si no hacer frases?

Se asomó á la puerta; Clementina estaba tranquila y parecía dormir.

Otra que necesitaba su ayuda, que la imploraba, y á quien no podía concedérsela. ¡Ah, qué espantosa y abrumadora la idea de la impotencia cuando la fantasía concibe el bien sumo y la suprema belleza, y se siente que no sería un vano ensueño la miserable realidad no condenase á la inacción las fuerzas del alma!

Volvió otra vez al escritorio y tomó la carta de Borikin, recibida en los últimos días de su estancia en Berlín, y á que no había contestado por su insensatez. Hoy experimentaba simpatía por aquella insensatez, la cual corre parejas con la vida, que no ofrece nada de razonable.

Y es una carta de insensata valentía, un elogio del nihilismo, no del ruso, que en vano aspira á poner un orden en aquel caos, sino del nihilismo universal; rompe con todo, absolutamente con todo: amor y odio, alegría y dolor, dicha y desgracia, y no halla otra salvación que el Nirvana, que acalla todo impulso del alma, apagándolos todos.

Una larga carta, que no quería volver á leer cuando la acabó. Ya estaba harto cansada de decir una cosa, para contradecirse al instante; de hacer una cosa, para arrepentirse después de haberlo hecho.

Unas horas después, estaba vestida para la fiesta, ante el lecho de Clementina.

—¡Qué hermosa estás! — dijo ésta; — no es maravilla que las mujeres te odien y los hombres te amen. Hoy te espera uno

bueno y modesto, y del que puedes estar segura que no te atormentará con celos y no querrá sino amarte y hacerte feliz.

—Temo que la fiesta me resulte un poco aburrida; pero quiero ver; por supuesto, á condición de que seas juiciosa, y que cuando vuelva, me mires con tus queridos ojos sonrientes.

—Haré todo lo posible. ¡Y ahora otro beso! ¡Querida, preciosa, tú eres todo para mí!

CAPÍTULO II

La fiesta estaba hacía horas en todo su apogeo. Con arreglo al programa, una hora antes de la puesta del sol, dos morteros en la playa de delante de la fonda de «Los tres peces» habían dado la señal para que los señores de las orillas del lago subieran sus botes. Antes era aquel viaje obligatorio, hiciera bueno ó mal tiempo, y cuanto peor fuera, más divertida era la fiesta. Pero ya hacía algunos años que no se solían emplear las embarcaciones sino cuando el tiempo, como aquel día, era hermoso. También había perdido la fiesta su carácter simbólico, desde que los convidados no se reclutaban entre las siete familias nobles de la orilla del lago. Se creyó necesario invitar también á los colonos de las tierras de Voigt y Waldow, que ahora pertenecían al pueblo; á las autoridades y oficialidad de los dos escuadrones de guarnición en el pueblo, y por último, á los propietarios que vivían lejos del lago, como el Sr. de Trottau, y otras. Así, pues, hasta el nombre de «Fiesta del lago», debía entenderse *cum grano salis*. Por otra parte, la circunstancia de que para aquella tarde la fonda y sus dependencias con el bosque anejo, puesto á disposición de los invitados por el director de bosques, pertenecía exclusivamente á los festejantes, y el haberse comprometido el fondista á no admitir á ninguno otro huésped bajo ningún pretexto, era lo único que recordaba el rigor de los primeros tiempos.

Eleonora tenía que agradecer estos detalles al señor Joa-

quín de Brandt de Postow y Semlo, que, como organizador de la fiesta, se esforzaba en hacer los honores á la señorita Ritter, que por primera vez asistía, sobre todo desde que Guido le dijo que la dama era una particular protegida de su mamá, y le rogó que la atendiese. Hubiera sido para Guido una indecible alegría poderlo hacer en persona; pero comprendió que debía delegar en otro tan agradable ocupación, y esperó pacientemente el comienzo del baile, que le debía acercar á ella. Pronto se vió Eleonora, merced á los esfuerzos del señor de Brandt, rodeada de un enjambre de obsequiosos caballeros, entre los cuales se distinguían especialmente por su celo algunos oficiales. Esto en otras circunstancias le hubiera sido bastante molesto; hoy aceptaba las pequeñas contrariedades con gusto para evitar otra mayor: la de estar siempre con la generala y Kitti, que no se separaba de su mamá, como tampoco de ella el teniente Trottau, aquella tarde de uniforme.

Acercóse entonces á ella de nuevo el infatigable señor de Brandt, separando á algunos oficiales que hablaban con ella.

—Perdonen ustedes, señores; tengo que hablar un momento con esta señorita. ¡Eleonora! Mi esposa arde en deseos de conocer á usted. La estoy á usted buscando hace un cuarto de hora. ¿Puedo ofrecerla mi brazo?

Eleonora se encontraba en compañía de los referidos caballeros á la parte del lago, adonde la multitud se apiñaba en busca de sitio para ver los fuegos artificiales; pero faltaba aún media hora. Ya cuidaría él de que la señorita volviese en seguida, aseguraba el señor de Brandt á Eleonora, al paso que la guiaba por la casa frente á la puerta del comedor, en donde gran número de mesitas estaban dispuestas para la comida al otro lado de la plaza, donde, bajo los árboles, adornados con farolillos, paseaba gran parte de los contertulios, recreándose con los acordes de la banda militar ó charlando en bancos y sillas.

—¡Allí está mi mujer!—exclamó el señor de Brand—indicando uno de aquellos grupos formado por dos ó tres señoras.

Eleonora se estremeció. Al lado de la que el señor de Brandt señalaba como su esposa, estaba sentada Herta. Como había tardado en verle aparecer, temía y esperaba que no tendría lugar aquella noche un encuentro, para ellos dulce y triste á la vez. Ahora no había más remedio que afrontarle.

—Aquí te traigo, querida Eduvigis, á esta dama; señora baronesa, ¿puedo presentarla á la señorita Ritter?—¡Ah, ustedes ya se conocen! Con permiso de ustedes, yo me eclipso; tengo hoy un mundo sobre mí...

El señor de Brandt desapareció. Su señora invitó á Eleonora á que se sentase á su lado, y se engolfó en una conversación cuyo tema era la educación de los niños. Era imposible oir distintamente, por la proximidad de la banda que tocaba un vals de Strauss. No parecía incomodar esta circunstancia á la dama; hablaba con bastante agililidad de lengua, indudablemente convencida de que proporcionaba á la señorita de compañía de Seehausen un honor y un raro placer. Eleonora dejó hablar á la locuaz interlocutora con gran placer, pues así tuvo tiempo de reponerse un tanto de la impresión nerviosa que había sentido al ver á Herta, y se preparó para el momento en que apareciese Ulrico. Entretanto, no dejaba de inspeccionar á hurtadillas el rostro de Herta, que atendía poco ó nada á la conversación. Las quimeras son mala cosa, había dicho el doctor Baltasar aquella mañana. El aspecto de Herta denotaba que se trataba de algo más grave. Estaba muy pálida, con grandes ojeras. Su mirada estaba apagada é indiferente. Sus marchitas facciones no revelaban ya la energía varonil que distinguía á la baronesa. Parecía diez años más vieja de la edad que, según la cuenta de Eleonora, debía tener; también parecía haber adelgazado desde la primera vez que la vió, y no tenía nada de festivo, á no ser su elegante *toilette*. En suma: causaba el efecto de una mujer á quien agobia una tremenda desgracia, y que no tiene tiempo ni humor para pensar en quimeras.

Su aspecto traspasó el corazón de Eleonora. Sabía el ori-

gen de aquella amargura, y temblaba ante la idea de que la desgraciada levantase repentinamente los ojos hasta ella, la causa de su desgracia, y de quien dependía que su amargura se convirtiese en entera desesperación. «Esto no se puede soportar», pensaba.

La señora de Brandt se levantó, con el pretexto de saludar á una amiga que veía en un grupo. La silla entre Eleonora y Herta quedó vacía.

—¿Quiere usted sentarse junto á mí?—dijo Herta.

La música continuaba su vals; las otras dos damas continuaban muy engolfadas en su conversación. Si Eleonora y Herta deseaban hablar íntimamente, no podía presentarse mejor ocasión.

Eleonora no había buscado esta ocasión; mas puesto que se ofrecía, había que aprovecharla. Había hablado hasta entonces con Herta en presencia de otros, y no se había formado exacta idea de ella. Ahora quería conocerla á fondo; quería saber quién era la que en diez años de matrimonio no supo conquistar el corazón de Ulrico ó no supo conservarle después de conquistado. Y su experiencia habíale demostrado que á veces se conoce mejor á una persona por fugaces palabras escapadas en una insignificante conversación, que por una larga serie de observaciones.

Ya en su primera entrevista tenía Eleonora que agradecer á la baronesa el no haber en modo alguno tenido en cuenta la diferencia de posición social; hoy, su conducta para con ella, á pesar del peso que oprimía su alma tan visiblemente, podía considerarse como amigable y hasta cordial. La enfermedad de Clementina, referida por Eleonora, excitó su viva compasión.

—¡Pobre muchacha!—dijo:—cuando estuve allí, me dijo confidencialmente que su compañía era bienhechora para ella. La felicité de todo corazón. ¡Lleva una vida tan triste en casa de mamá! Yo debía habérmela traído hace mucho tiempo. Es puro egoísmo no haberlo hecho. En los primeros tiempos de

matrimonio da no sé qué tener una tercera persona á su lado, aunque sea una hermana. Mi marido me ha dicho á menudo: ¿por qué no tienes una amiga? Y no le gustaba que le contestase: no necesito ninguna. Usted no me comprenderá quizá; usted no ha estado casada.

—Sin embargo, señora, la comprendo á usted.

—Después de casada se piensa de muy otro modo que antes, y cuando se lleva mucho tiempo, de diferente manera que al principio. Desgraciadamente, las faltas que se cometen al principio, por inexperiencia y tontería, no se pueden luego reparar.

—¿Ni siquiera cuando por ambas partes hay buena voluntad?

—¡Por ambas partes! Sí, quizá. Pero regularmente, sólo la hay por una parte, y esto no basta. Al principio, no ve la mujer joven que su marido tiene necesidades espirituales más altas que ella, y vive como si todo marchase á las mil maravillas. Quizá trata él de elevarla hasta sí; pero no lo consigue, porque ella no sabe de qué se trata; se resiste. Después de algunos asaltos, él se rinde, pierde la paciencia y la declara incapaz. Por fin, ella llega á reflexionar; pero es tarde. Todavía podía hacer algo de ella si quisiera, si aún la amase. Pero ya no se ocupa de ella, ya no la quiere; todo está perdido.

Su voz, de ordinario ya poco dulce, se había enronquecido desagradablemente. Lloraba.

—¡Estoy tan nerviosa de algún tiempo acá!—prosiguió, como disculpándose.—Antes no sabía lo que eran nervios. No hubiera venido esta noche si el doctor Baltasar no se hubiera empeñado. ¿Ha conocido usted á mi marido?

—Sí, señora.

—Anteanoche me lo dijo. ¿Le ha visto ya hoy?

Eleonora, ya desde hacía un minuto, había visto á Ulrico, que estaba á alguna distancia hablando con unos señores, y su secreto deseo era poderse separar de Herta antes de que él llegase, ó que no las viese y se perdieran entre la gente. Pero

Herta, en el momento de hacer la última pregunta, miró en la misma dirección; casualmente, Ulrico miró también hacia allí, y vió á Eleonora al lado de su mujer. No era posible que escapase, tanto menos, cuanto que Herta le llamó. Separóse del grupo y llegó, saludando á Eleonora.

—¿No quieres sentarte con nosotros?—dijo Herta.—La señorita Ritter me contaba que Clementina está enferma.

—Ya se lo he oído á mamá—contestó Ulrico;—cree que no es nada de importancia. Realmente, nada de lo que á Clementina se refiere tiene importancia para ella. Si la señorita Ritter lo asegura, yo lo creeré, naturalmente.

—Me ha inspirado temores—contestó Eleonora;—esta tarde estaba indudablemente mejor. Yo me hubiera quedado de buena gana á su lado.

—La señorita Ritter y Clementina son íntimas amigas—dijo Ulrico, volviéndose á su mujer, y en un tono burlón que desagradó á Eleonora.

—¿Puedo preguntar al señor Barón cómo lo sabe?—repuso ella tranquila.

—¡Dios mío!—exclamó:—se cree fácilmente cuando se desea, como yo deseo á Clementina, una buena amiga; enemigos jurados tiene bastantes. Por lo demás, es, en la mayor parte de los casos, locura, tener por real lo que se desea.

Ahora fué Herta la que se extrañó del tono especial en que hablaba su esposo. Le parecía inconveniente que pegase también su mal humor con aquella dama.

—Debe usted saber que es un gran cumplimiento el que le hace á usted mi marido—dijo amistosamente á Eleonora.—Delira por Clementina.

—¡Naturalmente!—dijo Ulrico.—A los ojos de la mujer, siempre delira el marido, si involuntariamente se fija en que hay otras mujeres en el mundo.

—No te debes alabar de tu perspicacia—contestó Herta, decidida á que Ulrico no pegase su mal humor con Eleonora;—de lo contrario, no hubieras dejado pasar dos semanas sin ad-

vertir que la señorita Ritter estaba en Norderney. ¿Es tan grande la isla?

—No tanto como la sociedad que allí acude.

Eleonora se había inclinado, fingiendo arreglar una arruga de su vestido, para ocultar el rubor que quemaba sus mejillas. Hubiera dado cualquier cosa por cortar aquella terrible escena; pero no halló modo, y tuvo que continuar sufriendo aquel interrogatorio.

—Es realmente una lástima—prosiguió esta—que no conocieses á la señorita Ritter. Hubieras encontrado con quien pasar á gusto una hora de charla.

—Falta saber si esta señorita se hubiese prestado á ello—dijo Ulrico.

—¿Puedo creerlo, querida mía?—dijo Herta.—Si no recuerdo mal, me parece haber oído decir á usted que no conocía á nadie allí. Esto me pareció desconsolador. Nada más que cielo y mar. ¿Sabe usted, querida mía, que su boceto de usted que vi en Seehause era ciertamente muy hermoso y correcto? Ulrico, el dibujo que tú tienes en tu escritorio, ¿es también de Norderney, verdad?

—Al menos por tal lo he comprado—dijo Ulrico.

—¿En Norderney?

—Sí; encontré una especie de bazar, donde no sabía uno qué elegir entre tantos objetos: gaviotas disecadas, conchas bruñidas, fósiles, zapatillas y no sé cuántas cosas más. Pero creo que van á empezar los fuegos. Todo el mundo está en movimiento.

En aquel instante apareció el señor de Brandt.

—Señores, no hay momento que perder si quieren coger buen sitio. Querido Randow, haga usted el favor de acompañar á estos señores.

Corrió al interior de la casa, á cuya puerta se apiñaba la multitud que salía del jardín. Ulrico se había puesto en pie.

—Á la disposición de ustedes.

—Prefiero quedarme aquí. No estoy muy bien de la cabeza.

—¿Me permite usted, señora, que la acompañe?—contestó Eleonora, que también se había puesto de pie.

—¡No, no, querida!—dijo Herta con vehemencia;—no se moleste usted por mí. Francamente, quisiera estar sola unos minutos. Mi marido tendrá un placer en acompañarla á usted.

Eleonora no podía vacilar: Herta la despachaba; ¿y para eso estaba allí, para explicarse con Ulrico?

—¿Tiene usted la bondad?—dijo Ulrico.

Eleonora tomó el brazo que éste la ofrecía.

CAPÍTULO III

Herta se había quedado sentada casi sola en el jardin; sólo unos cuantos señores y señoras, á quienes no conocía, charlaban en una mesa retirada, sin cuidarse de los fuegos que empezaban á estallar y á silbar por el lado del lago.

La soledad y el silencio que reinaban en torno de ella la sirvieron de alivio, por más que no hicieran sino sumirla en sus tristes pensamientos. Pero éstos eran su única compañía, día y noche, durante semanas enteras. ¡Cuán doloroso eran sus recuerdos! Él, que siempre había sido el ideal de la cortesía caballeresca con ella, ¡qué triste variación había sufrido! Que no tuviera ninguna palabra de cariño para ella; que se enfadase con los niños al más pequeño motivo, ya no era nuevo para ella. ¡Pero que ni en presencia de los demás se pudiese contener! ¿Qué pensaría la señorita Ritter de él? Había estado casi grosero. Y como le conocía, sabía que la joven le había gustado por sus bellos ojos, por su gracioso rostro y por todo lo que sabía. Ya había pensado en tomarla si, lo que era muy probable, á la corta ó á la larga abandonaba Seehausen. Ulrico, que se aburría en su casa, tendría con quien entablar conversaciones como él deseaba, y ella se habría ganado una amiga en aquella joven, si es que aún podía tenerla. Además, podría aprender el francés y el inglés, para que Ulrico no la

despreciase en silencio, como ahora lo hacía. ¡Sí; haría eso! Ahora mismo, en cuanto volviese de los fuegos, la dirigiría un par de insinuaciones. Vería cómo las tomaba. Tan discreta joven comprendería que con ella no tendría que alimentarse de vanas palabras, como en Seehausen con su mamá. Y pobre y sola en el mundo como estaba, entraría con gusto en una casa en que no iba á ser subordinada, sino amiga.

—¡Qué pensativa está usted, señora!

Herta alzó los ojos: era el señor de Odebrecht.

—¡Y tan solitaria! ¿Puedo hacerle á usted un rato de compañía? Un placer que hace mucho tiempo que no disfruto.

Sentóse, sin esperar el permiso de Herta, en una silla á su lado. El encuéntro no le agradaba mucho á ella. No guardaba contra su antiguo pretendiente ninguna enemistad; pero Ulrico no podía ver á su antiguo compañero de Universidad, y si no había roto formalmente con él, rehuía en lo posible todo contacto. Pero allí, en aquel terreno neutral, no había que tomar la cosa tan en serio, y así debió pensarlo también Odebrecht; de lo contrario, no se hubiera acercado á ella.

—¿No es usted aficionado á los fuegos?—dijo ella, apoderándose de aquel tema indiferente de conversación.

—No diría que sí—contestó Odebrecht;—es un espectáculo que me pone nervioso. Además, como estos y mejores se ven en Baden-Baden. Así *en gros* comprendo que gusten; pero estas imitaciones infantiles son ridículas. ¿Conoce usted á Eleonora Ritter?

—Sí; ¿por qué?—contestó Herta, un poco asombrada de tan inesperada pregunta.

—¡Oh! Lo preguntaba sólo porque la había visto con usted y Ulrico... usted perdone... y su señor esposo, al parecer, en sabrosa conversación.

—¿Usted la conoce?

—¿Yo? ¡No! No he tenido la fortuna que su señor marido.

—¿Qué fortuna?

—La de conocer á la señorita Ritter en Norderney; cono-

cimiento envidiable, si he de juzgar por la asiduidad con que su señor esposo le cultivaba.

Si el cohete que subía por encima del techo de la casa hubiera caído á los pies de Herta, no hubiera experimentado tal conmoción. Sabía, por casualidad, que Odebrecht había estado en Norderney por la misma época que Ulrico. Ni por un instante pensó que el hombre pudiera haberse equivocado ó que mintiese deliberadamente. Era como él decía, y había querido expresamente decírselo, porque lo ignoraba, y así gozaba en el triunfo de ser el primero que la pusiese al corriente de la infidelidad de Ulrico. Quiso hacerle ver que se había equivocado.

—Ciertamente—dijo,—Ulrico me ha hablado de ella con gran entusiasmo. Yo me alegré mucho de que la encontrara, pues si no hubiera muerto de aburrimiento.

Esto no lo esperaba Odebrecht. El resultado de sus secretos y asiduos espionajes de Norderney había sido el adquirir la convicción de que entre la joven y Ulrico se estaba representando la correspondiente novela amorosa. Lo hubiera jurado. Naturalmente, al tener la frescura de instalar en casa de su suegra, como señora de compañía, á su querida, importábale á todas luces decir una parte de la verdad, confesar que la había conocido en Norderney; conocimiento... sí, sí.

—Una vez hecha esta amistad, ya no era posible morir de aburrimiento. Los dos fueron inseparables, naturalmente, dentro de los límites de una amistad de balneario. Vea usted, señora; la envidia en persona habla por mi boca. Pero, ¿cómo no ha de sentir envidia un pobre soltero, abandonado como yo, al ver que un hombre, que tiene en su casa una mujer y unos hijos adorables, se divierte en una playa con una joven bella y espiritual, mientras él, el soltero, se tiene que contentar con su suerte? ¡Gran Dios, ya no hay justicia en la tierra! Mi único consuelo es que nosotros, que ya nada deseamos ni esperamos, volvamos, tras corto reposo, como paciente rocín, á tirar de la noria, mientras que su señor esposo echará bastante de menos los

confortables *petits soupers* en su escondido rincón del restaurant Ottendorf y sus hermosos paseos *en deux* por las dunas al atardecer? ¿Soy amargo, verdad, señora? Efectivamente, lo soy y no lo disimulo. Pero también es terriblemente amargo vagar hambriento alrededor de la mesa en donde otros con tanto gusto se regalan. ¡Y pensar que alguna vez se ha soñado con la felicidad! ¡Y que esta felicidad está tan cerca que parece que no hace falta más que extender la mano para estrechar cierta mano querida!... ¿Dónde va usted, querida mía?

—Á buscar otro sitio—contestó Herta, que á las últimas palabras se había puesto de pie, y separándose de su interlocutor, dirigióse á un grupo de señoras de edad, que departían tranquilamente, para sentarse entre ellas.

El señor de Odebrecht, que, al verla levantarse, se había puesto de pie de un salto, quedóse allí, mordiéndose el labio inferior y temblando de cólera.

—¡Orgullosa mujer! Antes morir que confesar que el granuja de su marido la engaña! ¡Pero se lo ha tragado! Estaba pálida como la muerte. Ahora sólo falta que, en pago de haberla yo batido las cataratas, se cuelgue del cuello del canalla. Por mi causa. Por lo menos, he tenido una legítima ocasión de pintarle una vez como es. ¡Quién lo hubiera pensado!

Y el señor de Odebrecht entró despacio en el edificio, donde encontróse con los primeros que venían de los fuegos.

CAPÍTULO IV

Ulrico y Eleonora dieron unos pasos en silencio; tampoco Eleonora hubiera podido hablar; apenas la llevaban sus pies. Su respiración era corta y difícil. Tuvo que apelar á toda su energía, para no romper en llanto. Ulrico lo notó pronto.

—¡Querida mía!—murmuró.—Yo hubiera querido ahorrarte este paso. Era una triste comedia.

Estas palabras sublevaron á Eleonora. ¡Cómo podía hablar

así, cuando ella tenía el corazón deshecho de pesar y de vergüenza! Él sintió al punto que había empleado una expresión inoportuna.

—¡Perdona!—dijo;—pero veros juntas á las dos, es más de lo que yo puedo soportar.

—No te volverás á ver más en este apuro—murmuró Eleonora.

—¡Que no volveré á verme!... ¿Qué quieres decir?

Eleonora se vió relevada de contestarle. Habían llegado, con el resto de la gente, á la plazoleta. Todos se apiñaban buscando sitio. No había necesidad de precipitarse. En el jardín, y en el ancho desembarcadero, había sitio bastante para todos, puesto que una parte no escasa de la sociedad había tomado los botes para ver los fuegos desde el agua. Toda una flotilla, en que cada embarcación llevaba una ó varias linternas, circuía, á respetuosa distancia el teatro de los fuegos, un tablado levantado en una islilla del lago, á unos cien pasos de la orilla frente al jardín, sobre postes hundidos en la tierra. Así, pues, tanto desde los botes como desde la tierra, se podía disfrutar con toda comodidad y seguridad del espectáculo, que dió principio con tres disparos de mortero, que resonaron en toda la extensión del lago, y con la repentina iluminación de un letrero de fuego que decía: «Fiesta del lago». A esto siguió después una gran rueda, que chisporroteó con gran estrépito en todas direcciones.

Mientras estuvieron detenidos por la muchedumbre, tuvieron que contentarse con ser meros espectadores. Después acechó Ulrico una brecha, por la cual pudieron escapar en busca de un sitio más cómodo, hasta que, después de dar unos doce pasos, pudieron estar seguros de que nadie les oía. La precaución no era necesaria; nadie se ocupaba de otra cosa mas que de los fuegos, cuyos dramáticos episodios eran acompañados por un general ¡Ah!... de la multitud.

—¡Te amo Eleonora!—fueron las primeras palabras que murmuró Ulrico cuando se encontraron solos.

—Ya lo sé—respondió Eleonora con el mismo tono;—y yo á tí. Sin embargo, Ulrico, esta es la última vez que nos lo diremos.

Ella se cogió de su brazo, y allí en la penumbra miraba al vacío con sus grandes ojos, que parecían dos chispas de raro fulgor. Y como Ulrico callase, conmovido por la terrible seriedad de sus palabras, continuó:

—¿Leíste mi carta de ayer?

—Sí—contestó Ulrico.—En Norderney, el último día, me escribiste otra igual: es preciso que no nos volvamos á ver. Y, sin embargo, nos hemos visto. ¿Qué es lo que ha cambiado en nuestra situación desde ayer?

—¿En nuestra situación?—repuso Eleonora dolorosamente. —¿Cómo puedes preguntármelo después de lo que ha pasado? ¿Nuestra situación? Por Dios, ¿no comprendes que es indigna, insostenible? Pues qué, ¿podré mirar otra vez á tu mujer de frente y engañarla sin pudor? Y tú, Ulrico... ¡Ah, cómo me avergüenzo de nosotros dos!

—¡Por Dios!—exclamó Ulrico sordamente; ¿qué es lo que quieres? ¿qué es lo que pides? ¿Acaso he de decir á mi esposa: esta es la mujer á quien amo?

—Sí, sí; sería mil veces mejor que lo que tú... que lo que nosotros hacemos.

—Pues bien; estoy dispuesto.

—No lo estás. Podrías decir mejor: estoy dispuesto á clavar á mi mujer un puñal en mi corazón, ó ver en calma cómo se arroja al lago y se ahoga ante nuestros ojos. Ulrico, yo he podido observarlo ya otra vez antes de ahora. Te juro que está á punto de quitarse la vida. Un paso más, y se mata.

—Bueno; yo también puedo hacer esa prueba conmigo mismo.

—¿Qué dirías tú si yo te amenazara con matarme?

—Pero yo no puedo vivir sin tí.

—Podrás, si comprendes tu deber. Ahora que conozco á su mujer, siento por ella la más profunda estimación; es, en

muchos, muchos conceptos, mil veces mejor que yo. Y tú debes haberla amado en otro tiempo.

—Nunca.

—Entonces fué un delito que te casaras con ella. Pero eso lo crees tú ahora solamente. Piensa que entre vosotros hubo amor en otro tiempo, y la amarás de nuevo.

—¡Eleonora, eso es un delirio, es burlarte de nuestro amor! Di sencillamente: «ya no te amo».

—O «ya no nos amamos». Un amor compuesto de traición, de mentira y de crueldad; eso es indigno de nosotros.

—Así, pues, te desligas de nuestro amor y me envías á mi mujer.

—Pues bien, ¡sí!

—Y tú... ¿tú tienes valor de decírmelo?

—Un valor que he cobrado por horas, pues tú, según parece, no tienes el valor de mirar de frente.

—¡Ah!

Retrocedió un paso, levantando el brazo como para prevenir un golpe que le hiriese, en el mismo momento en que un cohete ascendió silbando y dibujó sus juguetonas líneas en el oscuro cielo de la noche, para estallar arriba en estrellas de fuego que se apagaron después dulcemente. La sombría mirada de Leonora se dirigió á lo alto; la imagen de aquellos fuegos que se apagaban, apagó su cólera y comunicó á su corazón dulce melancolía. Avanzó hasta Ulrico, y dijo en voz baja, estrechando su mano:

—Debemos, pues, separarnos. No es que te envíe con tu mujer. Es que te suplico recuerdes lo que la debes por la fidelidad con que te ha amado tantos años, por los adorables hijos que te ha dado; por el gran pesar que ahora la ocasionas, y que ella sólo te pagará con fiel amor. ¡No pienses en mí! Yo soportaré mi suerte si veo que tú soportas la tuya como un hombre.

Él sonrió amargamente, y murmuró, soltando su mano:

—Esas son palabras, nada más que palabras, que no alteran el hecho real de que yo, por todo mi indecible, delirante

amor, esperaba encontrar amor, y veo que he sido un loco, y como á tal me tratan.

—¡Ulrico!

—¡Terminemos! Esto no conduce á nada.

—Ulrico, esas no pueden ser tus únicas palabras.

Ulrico contestó vivamente algo que no se oyó, á causa del estrépito que hizo el último mortero. Ya poco antes, los espectadores comenzaban á moverse en el jardín y en el embarcadero, para dejar sitio á los de los botes que, como terminase el espectáculo, se apresuraban á saltar á tierra para coger sitio en el comedor. Así es que Eleonora y Ulrico se vieron cercados de una multitud que reía y hablaba, por entre la cual apareció repentinamente el señor de Trottau, tendiendo ambas manos á Eleonora.

—¡Querida mía! Por fin, por fin. La busco á usted hace un cuarto de hora. No; hace más que estoy aquí. Mi embarcación ha sufrido averías. *Bon soir, cher baron!* Ya he ofrecido mis respetos á su esposa de usted, al pasar, y también he secuestrado una silla; el conde Guido la guarda. Señorita, ¿tiene usted la bondad, con el permiso de la generala, naturalmente, que se encuentra en el bote con su hija y Hans y unos oficiales? Querido barón, dese usted prisa á ir con su esposa, que le espera, y únanse ustedes á nosotros. Aún tengo dos sitios en mi mesa. Pero corra usted, corra usted señorita; ¿puedo ofrecerla el brazo? Aquí están ya los demás. ¡Busse! ¡Busse! ¡Aquí! ¡Querido Brandt, aquí! Ya encontraremos á los demás. Conque ¡vamos, vamos!

Eleonora se vió rodeada de los señores citados por Trottau, á los cuales se unieron pronto dos oficiales. Los militares presentaron á sus compañeras; la señora Ozamki, una joven y bonita viuda, según susurró el señor de Trottau al oído de Eleonora, y su sobrina la señorita de Paalzow, menos bonita, pero, según afirmó el mismo señor de Trottau, enormemente rica.

Cuando Eleonora volvióse buscando á Ulrico, éste había desaparecido.

CAPÍTULO V

En el comedor halló el señor de Trottau mesa libre para él y sus amigos, gracias á la energía con que Guido la había defendido de la irrupción de la multitud que regresaba de los fuegos. No todos habían sido tan dichosos; muchos hallaron ya ocupado el puesto que esperaban; los intrusos no querían cederle; en la fiesta del lago rige *abonnement suspendu*. Esto ocasionó gran algarabía y confusión, y más de una disputa aquí y allá, que hubiera tenido quizá graves consecuencias si el señor de Brandt, que se multiplicaba, no hubiera acudido oportunamente.

Por último, llegó sin aliento y juntó las manos con gesto de cómica desesperación cuando vió á la izquierda de Eleonora á Su Excelencia y á su derecha á Guido.

—No—exclamó,—¡esto pasa de la raya! Yo había ganado, como premio á mis esfuerzos, un sitio al lado de la señorita Eleonora. De Su Excelencia no hay que hablar: á gran señor, gran honor; pero usted, conde, á usted tengo que ajustarle las cuentas.

Guido le miró desconcertado con sus ojos saltones.

—Excelencia es mi testigo—murmuró.

—¡Sí, sí; yo soy su testigo!—exclamó el anciano.—El conde no ha reclamado ningún premio por su heroica defensa de la mesa, y hasta afirma que no sabe si es bien acogido aquí. Por tal modestia, yo le he premiado con el sitio que ambicionaba. ¡Siéntese usted ahí, frente á esta señorita! Así tendrá usted al mismo tiempo el honor de un *dos-á-dos* con su señora esposa.

—¡Hola! ¿Estás ahí tu también?—dijo la señora de Brandt desde la mesa vecina, volviendo la cabeza.—¿Estás bien colocado?

—No puedo estarlo mejor—exclamó el señor de Brandt con

entonación solemnemente cómica, que hizo sonreir á la misma Eleonora, mientras los demás reían á carcajadas.

En el curso de la comida se siguió riendo con frecuencia. Excelencia de Trottau era inagotable en sus historias cómicas; el señor de Brandt no desmintió su fama de animadísimo contertulio; los dos oficiales, de los cuales el de más edad, un caballerizo, hacía asiduamente la corte á la hermosa viuda, mientras el más joven, por discreta, pero decidida manera, cortejaba á la riquísima sobrina, mostrábanse como inofensivos y amables convidados, que reían todas las bromas y no dejaban de contribuir á la común alegría; el señor de Busse, casi siempre mudo, reía ahora complacido, bajo su espeso bigote rojo, no sabemos si del último chiste ó de complacencia por el último bocado que atrapara su tenedor. Guido estaba silencioso, como en la mesa de su mamá; pero tan pronto como Eleonora le daba ocasión, aventuraba una modesta frase.

Eleonora, al principio de la comida, estaba como atontada por la terrible crisis qué había sufrido, incapaz de pensar, incapaz de sentir su propio dolor. En tanto, oíase á sí misma hablar y reir como si no tuviese corazón ni cerebro, y sintiendo sobre su pecho una piedra que la oprimía.

Luego volvió en sí, y dióse cuenta de que el papel que hasta entonces había desempeñado mecánicamente, lo representaba ya conscientemente; después tomaba gusto en la representación; después se dijo á sí misma que ya no era una comedia la que representaba; era su propio yo, su actual manera de ser y lo que sería en lo futuro. Y esto ya lo presintió aquella tarde al escribir á Borikin; un hombre de inteligencia no se contenta con ser nihilista ruso, que al fin y al cabo es un grado inferior de la escala, sino que se confiesa nihilista universal. Su Excelencia, sí, un poco fatuo, ¿por qué hacérselo notar? ¿Por qué no fingir que le admiraba como él se admiraba á sí propio, y reir con sus historias, que ya había oído en Wendelstein, como si las oyese por primera vez? Guido no era ningún genio; no era más que un buen muchacho, amable,

que montaba muy bien á caballo, por cuyos dominios se podía cabalgar al trote durante hora y media, y que... naturalmente, se dejaría matar por ella; entonces, ¿por qué no casarse con él? El resto de la sociedad que ocupaba la sala, jóvenes de sangre azul con sus mujeres é hijas, ¿por qué preocuparse de sus ideas antediluvianas? ¿Porqué no alternar con ellos sin quebrarse la cabeza, y beber champagne en su compañía?

Los comensales no sabían cómo expresar su admiración por tan hermosa, amable y espiritual dama, cuyas ocurrencias, ingeniosidades y anécdotas de viajes no se agotaban, y que, sin buscar el aplauso, le encontraba cada vez más entusiástico. La misma linda viudita y su sobrina, que de buen grado la cedían el primer puesto, y sus vecinos, declaraban que era un «fenómeno». Su Excelencia el señor de Trottau no trataba de disimular que estaba perdidamente enamorado de ella, y lamentaba, por primera vez en su vida, sus años, que le imposibilitaban formar en las filas de sus adoradores, bajo cuyo nombre comprendía á todos los jóvenes. El buen viejo decía esto en tono tan cómico, y con discurso tan pomposo, galante y anticuado, que nadie podía tomarlo á mal, ni siquiera Guido, que, en su estilo callado y celoso, no permitía que su diosa fuese profanada con la menor mirada ó frase.

Pues ciertamente le parecía una diosa, que se dignaba descender al pueblo, en el cual él se incluía lleno de humildad. En tanto que su discreta mirada rozaba sus amadas facciones, siguiendo las delicadas líneas que dibujaban su figura, y escuchaba devotamente su discurso, preguntábase maravillado dónde encontraría valor para pretender su mano; y cuando ella fijaba de tiempo en tiempo, con amable expresión, sus grandes y luminosos ojos sobre él, estremecíase en lo más profundo de su alma. En vano su madre le exhortaba á que tuviese valor, y trataba de consolarle diciendo que aún podía arreglarse todo; él no lo creía.

De nuevo habíase vuelto Eleonora hacia él.

—Todavía no he podido decir á usted cuánto me ha gusta-

do Wendelstein, y, sobre todo, cuán profunda admiración y respeto ha despertado en mí su mamá de usted. ¡Qué feliz debe usted ser con una madre así!

—Sí, cierto—contestó Guido:—me hace muy feliz, mucho... ¡naturalmente!

—¡Y usted también es un buen hijo!

—Trato de serlo; pero con eso no basta.

—¿Cómo puede usted pensar eso?

—Creo que, á pesar de mi buena voluntad, no soy yo el hijo que mi madre soñó.

—¡Es usted muy modesto!

—¡Ah! Nada de eso; es que no me forjo ninguna ilusión sobre mí mismo. Veo claro en este asunto: nada de lo que poseo, nada lo he adquirido por mérito propio; todo ha sido un presente del destino. Se lo confieso á usted; esto me pone con frecuencia muy triste.

—Otros mil, en su situación, pensarían de muy distinto modo. No por esto quiero decir que usted deba pensar como ellos; es decir, tratar de ser como ellos. Cada hombre tiene, no sólo el derecho, sino el deber de ser quien es. Y con querer ser como los demás, no se alcanza sino engrosar el número de tristes imitadores, que tan crecido es en el mundo.

—¡Habla usted muy bien, señorita! Usted no necesita ser más que usted misma para causar admiración.

—¿Sabe usted, querido conde, que está usted en camino de hacer competencia á mi vecino de la izquierda?

—No; pero no es posible que el señor conde quiera á la señorita Ritter para él solo—exclamó el señor de Brandt inclinándose sobre la mesa.

Guido echóle la peor mirada de que sus amables ojos eran capaces. Desde las inolvidables horas del coche del ferocarril no había tenido otra conversación más íntima con su amada que aquella, ¡y ahora le hablaba con tanto cariño y bondad! ¿Tendría mamá, esta vez, como siempre, razón? ¿Sería posible?

Guido no permaneció mucho tiempo pensativo sobre la más

importante cuestión que en su vida se le había presentado. Ya repetidas veces se habían acercado varios jóvenes á la silla del señor de Brandt, preguntándole si no se levantaba de la mesa. Este había vacilado; debía, por fin, decidirse.

Lo hizo, después de suplicar á sus amigos que le dejasen brindar á la salud de las damas, y no sentarse más, también en favor de las damas, que ardían ya en deseos de lanzarse á bailar.

Los vasos chocaron unos con otros: todos querían chocar el suyo con el de Eleonora; siguióse gran ruido de sillas y mutuos saludos. Mientras Su Excelencia besaba la mano á Eleonora, con floridas alusiones al alto honor que le concedió de niña vestida de blanco y con banda azul, oyó ésta decir tras de sí: —¿Dónde diantre están los Randows? Y la voz del señor Brandt contestó:—Se marcharon ya antes de la comida; la baronesa no se encontraba bien.

Eleonora respiró penosamente. Había creído que Ulrico y su mujer habían encontrado sitio en el comedor de al lado; ahora se le evitaba encontrarse con su amado, al cual había ella enviado con su mujer. ¡Ah!

—¿Puedo ofrecerla mi brazo?—dijo Guido. Y cuando estuvieron un poco apartados de la multitud:

—Yo no sé, señorita, si recuerda usted la promesa que me hizo en Wendelstein.

—¡Ciertamente: el primer vals! Con mucho gusto. ¿No se ha comprometido usted con Kitti para una contradanza?

—¡Oh, Dios! ¡No!

—Yo le ruego que lo haga usted. Deme usted ese gusto. Está allí con la generala. Yo debo hacerme presente con las damas. ¿Quiere usted?

—¡Usted manda, señorita!

INTROITO

(De Federico Plessis.)

Enfermo, solo, triste,
Ningún alivio mi dolor alcanza;
Ni maternal solicitud me asiste,
Ni de salud abrigo la esperanza.
Un amor casto me robó el sosiego,
Y he de ocultar su fuego
Como explosión de ardores criminales.
Fáltame aliento ya para la vida,
Y veo, en sucesión no interrumpida,
Venir las horas con mayores males.
A mi duelo profundo
Remedio inútil son, que en vano imploro,
Frágiles amistades de este mundo;
Y puesto que á través de amargo lloro
Que mis pupilas vela,
Aún veo el signo que al mortal consuela,
En la iglesia entraré, donde mi amada
A los pies de Jesús el alma vierte
De cristianas virtudes perfumada.
¿Cuándo entreabierto vuestro cielo santo
Podré ver, oh Señor? Triste es mi suerte;
Mucho pequé; pero ¡he sufrido tanto!

La sangre, que en mí hervía
Y el orgullo del mundo maldecido
Postraron el rigor del alma mía.
Mas ¡cuánto, noche y día,
He clamado por vos arrepentido!
Mis propias culpas, pecador, condeno,
Y bendigo la mano que me hiere.
Si vuestra compasión salvarme quiere,
Dadme alas de paloma, y de amor lleno,
Volaré á descansar en vuestro seno,
Y tú, ministro del altar bendito,
Que al Verbo, por tu espíritu invocado,
Haces bajar, cumpliendo el sacro rito,
En la doble substancia consagrado,
Mírame: á tu presencia
Vengo infeliz, perdidas dicha y calma;
Lástima ten de la que sufre mi alma.
Prolongada indigencia.
No soy ya el niño indócil é indiscreto
Que nada amado había,
Que exaltaba en secreto
Espíritu de loca rebeldía,
Vanidoso, y ufano
Del audaz blasfemar irreverente,
Ajeno á la virtud y á la fe ardiente
Que Dios infunde al corazón cristiano.
¡Mira cuál llego hasta el umbral del templo!
Aunque menos creyente,
No tan duro y altivo me contemplo;
Humilde en mi esperanza,
Resignado en la queja y el gemido
Que opreso el pecho lanza;
Por amor conducido
Adonde fuí por el temor movido.
Sois, Señor, en verdad, un Dios oculto.

Por eso, largo tiempo os he buscado
Para rendiros culto,
Y las noches insomnes he pasado,
Ardiendo en vuestra sed el labio acerbo,
Cual por la clara fuente brama el ciervo.
Débil luchaba en pavoroso abismo;
Os hallé, al fin, saliendo de mí mismo.
Mi iniquidad proclamaré sincero:
La corona de espinas dolorosa
Que hirió cruel vuestra cerviz gloriosa,
En mi abatida frente clavar quiero.
Y como, al sér rendido y extenuado,
El místico alimento da energía,
Fuerza y vigor, un día,
Junto á mi buena madre arrodillado;
Ante el altar divino
Del Juez eterno, cuya gracia imploro,
Mis manos sostendrán el blanco lino
Sobre la santa balaustrada de oro.

TEODORO LLORENTE

RECUERDOS

La misma duda de siempre sobre el punto en que quedé en el artículo anterior; el mismo esfuerzo para recordar recuerdos; la misma inseguridad sobre el resultado del esfuerzo, y la misma resistencia de siempre para consultar lo ya escrito.

Método perezoso, que á veces me conduce á repetir lo ya dicho; que otras veces me obliga á dar saltos y á dejar en claro períodos más ó menos grandes de mi vida pasada.

Me parece que hablaba de la solución llamada del príncipe alemán, de las acusaciones que con este motivo han dirigido, sobre todo algunos escritores franceses, á D. Juan Prim, y de la defensa que emprendí, por creerla justa y fundada, del general ilustre que por aquellos años del 69 y 70 representó la fuerza política más eficaz y más poderosa de la Revolución de Septiembre.

Dudaban muchos de la lealtad del general Prim, cuando afirmaba á todo el mundo, y en todos los instantes necesarios, que sin cesar se ocupaba en buscar candidato para el trono de España.

Se le atribuían ambiciones que no tuvo y planes maquiavélicos para hacer imposible toda solución monárquica, llegando á imponer con el cansancio, y por una serie de fracasos, la solución republicana, en cuyo caso, decían sus adversarios po-

líticos, él y no otro será el presidente de la nueva república.

La experiencia, los hechos, hechos que, por desgracia, tuvieron resonancia en toda Europa, demostraron prácticamente lo infundado de semejante acusación.

Cuando le creían descansando tranquilamente de la difícil empresa, dejando correr el tiempo y haciendo que la solución republicana madurase á fuerza de cansancio, el general estaba preparando la candidatura alemana, aunque observando el silencio y la prudencia que se había impuesto.

Yo recuerdo perfectamente una escena, que he de referir, y que en rigor era repetición de otras muchas análogas.

Se trataba de un proyecto de ley, insignificante por sí, pero que estaba enlazado con cuestiones más graves, y cuya aprobación, por este motivo, importaba mucho al Gobierno.

La comisión de la Cámara, compuesta de diputados de segunda ó tercera fila y sin importancia política de ningún género, quiso hacerse valer, quiso hacerse rogar, y puso grandes dificultades para la presentación del dictamen, hasta tal punto que fué preciso jugar la última carta, y el general les reunió en el ministerio de la Guerra, celebrando con ellos una larguísima conferencia, en la cual agotó todos sus recursos persuasivos.

Fué cariñoso, dulce, insinuante, y al fin prometieron presentar el dictamen que el Gobierno deseaba.

Pero otros muchos diputados, que estaban esperando el resultado de la conferencia, y sobre todo los íntimos del general, entraron en el salón en que el general descansaba de discusión tan larga, y entraron indignados, coléricos y en son de guerra.

—Esto es intolerable—decían en todas las formas imaginables.—Que unos cuantos diputados sin importancia, ni elocuencia, ni prestigio, sólo por darse tono y hombrearse con el Gobierno resistan un día y otro día los ruegos y hasta las súplicas del general Prim, sometiéndole á esta humillación, que casi

hemos presenciado, esto no pueden tolerarlo los que son verdaderos patriotas, verdaderos liberales y verdaderos revolucionarios.

Y otros agregaban, forzando algo más la nota:

—Desengáñese usted, general; la Cámara se ha hecho vieja, la Cámara está gastada, y si al principio la gobernaban hombres de verdadero valer, hoy está entregada á medianías ambiciosas, que ni le quieren á usted ni le respetan. Las Constituyentes deben concluir, porque si no se convertirán en un cadáver putrefacto.

Y los más exaltados levantaban el tono, repitiendo á su vez:

—Mi general, disuelva usted las Constituyentes, que de nada sirven, y que para usted y sus proyectos, que los buenos liberales no necesitamos conocer para aprobar, son un obstáculo en que no debe reparar un hombre de las energías de usted: el país liberal está con el general Prim; basta de Constituyentes.

Y los que querían demostrar aún mayor entusiasmo por el general, le rodeaban con ademanes coléricos.

—Mi general—gritaban,—la dictadura del general Prim es lo que todos deseamos; una dictadura revolucionaria, que és la verdadera libertad, sin tiranuelos con pretensiones de legisladores.

Algunos de los más tímidos, apuntaban, pero sin convicción:

—Pero si no hay Constituyentes no hay rey; y los demás le contestaban en coro:

—Ya no es posible rey; de esto debemos estar convencidos; nada de rey; la república, una república de orden, fuerte é implacable, con el general Prim de presidente.

Yo presenciaba la escena, y recordaba la escena de las brujas de *Macbet*.

La tentación, sí; era la tentación.

Y el general Prim, tendido en un sofá, les oía impasible, y al fin, dijo cosas muy parecidas á las que voy á repetir: de las

palabras no respondo, ni puedo responder después de cuarenta años; pero del sentido de la réplica del general, de sus ideas y conceptos, y sobre todo de su actitud, en que se revelaba la verdad, no la comedia, respondo con seguridad absoluta, porque para estas cosas mi memoria es buena, y de ella me fío y me he fiado siempre, y sé que no ha de inducirme á error.

Dijo, pues, el general con acento enérgico:

—Todos esos son disparates, locuras, aventuras insensatas, que comprometerían mi nombre ante la Europa, y que me conducirían al abismo, y quién sabe si al ridículo.

Nosotros no tenemos más que una legalidad ante la Historia: las Cortes Constituyentes; si yo la destruyo, soy un aventurero como tantos otros de las repúblicas hispano-americanas en sus períodos más turbulentos y más desatrosos.

Con las Cortes Constituyentes, digan lo que quieran nuestros enemigos, representamos la voluntad de la Nación; sin ellas, ¿á qué quedaría yo reducido? A un turbulento más, á un ambicioso vulgarísimo.

No me asusta la palabra ambición; pero es cuando la victoria es probable, y sobre todo cuando conduce á algo grande.

Y le interrumpió uno de los aduladores:

—Mi general, con usted la victoria es segura.

—No diga usted desatinos; el resultado, yo sé cuál sería.

Por el momento, podría yo establecer la república y hacerme presidente; pero ¿y después?

Hoy, como ministro de la Guerra, y con los amigos con que cuento, tengo al ejército en mi poder, es mío, lo puedo manejar como quiera; si llegara á presidente de la república, ese ejército, no sólo no me respetaría, sino que á la vuelta de dos años se sublevaría contra mí.

Muchos que hoy me obedecen y son leales, en cuanto vieran que un general podía llegar á presidente de la república, dejarían de serme leales y se convertirían en mis competidores. Yo conozco á los hombres, y todo eso que ustedes me cuentan me parecen delirios.

No soy un santo; tendré ambiciones, las tengo, pero mis ambiciones son de otra clase.

He subido hasta donde se puede subir; tengo un nombre que suena mucho; tengo honores de sobra; soy rico; los destinos de España están en mi poder; pues ¿qué gano con ser unos cuantos meses ó unos cuantos años presidente de una república, que al fin se me desharía entre las manos?

No hablemos, pues, de cosas fantásticas; lo que yo quiero hacer, ya lo verán ustedes á su tiempo.

—Pero esas Cortes...—empezó á decir uno de sus íntimos.

—Esas Cortes Constituyentes — le interrumpió el general—no son tan malas ni tan intratables como ustedes suponen, y el que, entre trescientos ó cuatrocientos hombres, tropecemos con una docena de díscolos ó de impertinentes, nada supone.

Hay que tener paciencia. Yo sé manejar soldados; estoy ahora aprendiendo á manejar otra clase de tropa—agregó sonriendo.

—¡Pero si no es posible traer un rey!—insinuó uno de los más recalcitrantes.

—¿Y usted qué sabe?

—¿Pero usted lo busca, mi general?

—¿No he repetido cien veces que sí? ¿Qué quiere usted—agregó irritándose algo,—que suelte un nombre, para que entre todos, y ustedes los primeros, me lo conviertan en un guiñapo?

Cuando yo diga: «este es el candidato», será *que todas las dificultades están vencidas;*—y acentuó particularmente estas últimas palabras.

—¿Y si no se vencen esas dificultades?

—Buscaré otro candidato que no las tenga; y basta ya, y no me mareen ustedes con proyectos de locos ó de insensatos. Yo, gracias á Dios, conservo mi juicio, y voy adonde voy.

Y aquí concluyó la escena que he descrito, y algunos meses después, cuando brotó de repente la candidatura del prín-

cipe alemán, recordé en todos sus pormenores, y fijé en mi memoria para siempre, hasta sus más insignificantes pormenores.

*
* *

La situación política, ya he dicho cuál era. Dudas, desconfianzas y temores, cuando no hostilidades, respecto al general Prim.

Los republicanos alentaban, con la esperanza de que no se encontrara candidato para el trono.

Los montpensieristas, acusaban al general de no querer buscarlo, y le suponían ambiciones, que, como hemos visto y demostrado, y como demostraron hasta la evidencia hechos posteriores, eran ambiciones falsas y supuestas.

Otros muchos elementos de la mayoría, y entre ellos, algunos muy valiosos del grupo democrático, tampoco tenían mucha confianza en la sinceridad del general Prim.

Sus amigos andaban desconcertados, y no sabían cómo defenderle.

Y el general, impasible, frío, y trabajando con ahinco, como luego se vió, cerca del rey de Prusia y de Bismarck, la candidatura Hohenzollern.

Y esta candidatura continuaba en el misterio y en el secreto más absoluto.

Y de pronto, de una manera inesperada, cuando todos los elementos políticos se preparaban á descansar, según costumbre en la tregua del verano, la candidatura hizo explosión.

Esta es la palabra propia; hizo explosión en sólo un día; dijera mejor en unas cuantas horas.

¿Cómo fué ello?

¿Reveló el nombre del nuevo candidato el general Prim á alguno de sus íntimos?

No, seguramente.

El general fué el más sorprendido entre todos los habitantes de Madrid.

Sorprendido y profundamente apesadumbrado, como indicaré luego.

Para él fué un verdadero golpe de maza.

Pues ¿cómo se descubrió negociación tan secreta y tan trascendental?

Yo sólo refiero en estos desordenados recuerdos lo que he visto, lo que he llegado á conocer personalmente, lo que me consta que es cierto.

Lo que he sabido por referencias, por conversaciones particulares, por el murmullo de un mentidero, por los salones del Congreso ó por las revelaciones de los periódicos en todo caso, nada digo, nada afirmo.

Allá que el historiador de aquella época estudie documentos, recoja datos y memorias, y concentre ecos perdidos.

Yo, ni soy historiador, ni mis pretensiones llegan á tanto.

Soy testigo presencial de aquellos años que siguieron á la Revolución de Septiembre; cuento buenamente y á la buena de Dios lo que recuerdo de mis impresiones personales.

Mís aficiones matemáticas no me permiten dár por cierto sino lo que en conciencia creo que lo es.

Y, por lo tanto, cuando ignoro una cosa, digo sencillamente que la ignoro.

Y en este acontecimiento de que voy tratando, con toda sinceridad declaro que ignoro en absoluto cómo estalló la bomba, que, en rigor, bomba incendiaria fué; y en estos tiempos que corren, se diría que fué bomba inmensa de dinamita que provocó destrucción y muerte.

Sí; más tarde, destrucción y muerte, y por el pronto, inmenso regocijo entre muchos elementos de la Cámara, y entre todos los elementos monárquicos que á todo trance querían salir de la interinidad, y que andaban confusos y avergonzados de su impotencia para llenar aquel trono vacante.

Pocos fueron, aun entre estos últimos, los que en el primer instante pudieron medir las consecuencias del suceso y los efectos desastrosos de aquella candidatura.

Somos raza impresionable y nerviosa; nos entusiasmamos de pronto, y no siempre medimos las consecuencias del entusiasmo.

La mayor parte de los monárquicos, exceptuando naturalmente los partidarios del duque de Montpensier, acogieron con aplauso la candidatura alemana.

Era el desquite de una serie de fracasos y humillaciones; era la Revolución de Septiembre aceptada, sancionada por el reino de Prusia, por la nación más poderosa de toda Alemania, por los vencedores de Sadowa, por los que comenzaban á hombrearse, valga la palabra, ante el emperador Napoleón.

Los destellos de aquella corona se convertían en fuego en las venas de nuestros organismos meridionales.

Prusia nos daba una de sus familias más gloriosas para ceñir nuestra corona, que durante dos años se bamboleaba en el vacío.

Esto se decía, y esto se pensaba en una ú otra forma.

El orgullo se mezclaba con la alegría, y arrojaba á un lado toda duda y toda angustia.

Esta candidatura, además, mataba para siempre la candidatura del duque de Montpensier.

Y, cosa extraña, los elementos más democráticos encontraban muy de su gusto, temiendo las turbulencias de los federales, la férrea autoridad de un príncipe alemán.

—Ya tenemos libertad y democracia—decían;—ahora hace falta mucho orden. Con un príncipe alemán en el trono y con el general Prim en el ministerio de la Guerra, la Revolución corona su obra, y esta situación provisional se convierte en definitiva. Ni tememos las turbulencias de los federales, ni las ambiciones de los montpensieristas, ni la restauración tampoco, ni siquiera la guerra civil de los carlistas.

Así discurrían: no digo que discurriesen bien ó discurriesen mal; recojo y evoco los sentimientos de una gran masa de los revolucionarios de mi tiempo.

Y de los amigos del general Prim no se hable; su entusiasmo rayaba en el delirio.

—Este es el general Prim—decían,—el héroe de siempre, el vencedor de Africa, el caudillo de la Revolución de Septiembre, que, cuando se lanza á la diplomacia, es más diplomático que todos los diplomáticos de Europa. Y además, ¡qué carácter y qué lealtad!

¡Cómo sabe guardar un secreto!

¡Cómo sabe resistir impasible las murmuraciones, las calumnias, los insultos, sin defenderse, sin pronunciar una palabra que pueda comprender su difícil negociación!

Todos estaban entusiasmados con el general Prim.

Sólo el general Prim estaba triste, más que triste, desesperado.

* * *

Pero, ¿cómo se supo la noticia?, vuelvo á preguntar.

Yo no lo sé.

Es decir, sé lo que se dijo.

Se habló de ligerezas de lenguaje de uno de los diplomáticos que habían mediado en la negociación.

Había llegado á Madrid, y en confianza dió cuenta, de la candidatura y de la aceptación del rey de Prusia y de la familia del príncipe, á un eminente hombre político.

Y éste, en el acto, y con el mayor secreto, le refirió el suceso inesperado á otro eminente hombre político.

El cual, ardiendo en entusiasmo, comunicó la buena nueva, en secreto, por de contado, á varios personajes.

Los que, de buena fe, ó por darse tono y demostrar que estaban en el secreto de los grandes misterios de la política, murmuraron á cada uno de sus amigos, con la mayor reserva: «Ya tenemos rey, un rey de cuenta y de prestigio; familia reinante de Alemania; solución admirable; triunfo del general Prim, y es seguro, seguro; esta mañana no lo sabía nadie, pero yo lo sé.»

Y en pocas horas, la noticia era del dominio público; circu-

laba entre los monárquicos con el calor del entusiasmo, entre los montpensieristas con los estremecimientos del despecho, y entre los republicanos con el fuego de la ira.

Y aun en las masas neutras produjo buena impresión.

Todo el mundo estaba cansado de la interinidad.

Y todo el mundo repetía: «El general Prim se ha portado bien: por lo visto, lo que de él contaban era mentira; no pensaba en traernos la república.»

—¡Buen cambiazo!—decían muchos.

Juraban que iba á traernos la federal, y nos trae un rey del Norte.

Y agregaba alguno, picado de republicanismo: de los que mandan á latigazos:—¡Ya verán, ya verán los señores demócratas!

A lo cual le oponía otro:—Para evitar eso, está el general Prim.

*
* *

Y no fué esta la única versión con que pretendió explicarse aquel inesperado suceso.

Algunos dijeron que, enterado cierto personaje de los adictos al duque de Montpensier del buen camino en que marchaba la candidatura del príncipe alemán, quiso entorpecerla, entregándola al público antes de tiempo, para que los enemigos la maltrataran y escarneciesen, dificultando las negociaciones y acaso haciéndolas imposibles.

No tengo ningún dato positivo para asegurar que esto fuese cierto, y me limito á referir una de tantas historias de las que circularon, con más ó menos crédito, en aquellos días.

Y todavía los inventores, ayudados por los crédulos, propalaron combinaciones aún más sutiles, con sus puntas y ribetes de maquiavélicas.

Se dijo, aunque esto en verdad no se creía, ó sólo lo creían los que estaban dispuestos á creerlo todo, que se había dado al público en forma tan inesperada la candidatura del príncipe

alemán, por la misma corte de Prusia, que, temiendo que el general Prim retrocediese en el camino de las negociaciones, quiso cortarle la retirada dándoles pública sanción; ó acaso para evitar á Napoleón...

Todo esto se decía y se contaba, y aun se daban nuevas explicaciones del hecho, á cual más rebuscadas é inverosímiles.

Sea de ello lo que fuere, ya se admita una ligereza ó indiscreción, acaso por exceso de entusiasmo de tal ó cual diplomático; ya se suponga que fué una contramina de los montpensieristas; ya un maquiavelismo de los alemanes, ello fué, como antes referíamos, que en breves horas el secreto fué público: el príncipe alemán fué entregado al entusiasmo de unos, á la enemiga de otros y á la voracidad de todos.

Porque es lo cierto, que la curiosidad de las gentes es vorаz, y mucho más, tratándose de noticia de tanta magnitud y de tan apetitoso sabor.

Dije antes que entre los monárquicos y, sobre todo, entre progresistas y demócratas, el entusiasmo fué extraordinario, y apenas pudiera anotar contadísimas excepciones.

Si alguien apuntaba tímidamente que la candidatura del príncipe alemán pudiera traer complicaciones por parte de Francia, los incondicionales de entusiasmo se burlaban de tal hipótesis.

Recuerdo á este propósito una opinión curiosa, la del diputado de procedencia unionista, pero adicto hasta cierto punto al general Prim, y que fué de los que después de la noche de San José, en que dió el general aquel grito de combate: «¡Radicales, á defenderse!», cayó, como vulgarmente se dice, del lado del Gobierno.

Me refiero á D. José Luis Albareda, andaluz, ocurrente, hombre de sociedad, buen mozo en su tiempo, elegante de primera, jinete sin segundo, con mucho talento natural y voz poderosa; todo lo cual hacía que la Cámara le oyese con agrado y le aplaudiese con frecuencia.

Pues José Luis, que así le llamaban sus amigos, en cuanto supo la noticia, acogió, si no con entusiasmo, con gran benevolencia, la candidatura del príncipe alemán.—Me parece buena candidatura—decía,—y yo la votaré con mucho gusto si prospera; pero no creo que prospere, ó mejor dicho, temo que no prospere.

—Pero, ¿por qué?—le preguntaban.

¿Tiene usted alguna noticia particular que justifique esas dudas que manifiesta?

—Ninguna.

—¿No la ha preparado, y no la presenta el general Prim?

—Bien presentada está, y buen padrino tiene.

—¿No la aceptan el rey de Prusia y Bismarck?

—¡Qué más quisieran!

—¿No están terminadas las negociaciones?

—Eso dicen.

—Pues entonces, ¿de qué nacen sus preocupaciones de usted?

—Del agente diplomático que ha mediado en el asunto.

—Pues ¿qué tacha le pone usted, querido Albareda?

—Ninguna. Yo no pongo tachas á nadie, y menos á una persona digna como él y de sus condiciones. Lo que yo digo es que ese mismo fué el que nos metió, no por falta suya, sino por mala suerte, en aquella funesta complicación con las repúblicas hispano-americanas. Yo pienso, mejor dicho, yo siento que la suerte y ese buen señor no se ven con buenos ojos. En una palabra, y á estilo de mi tierra, ese hombre tiene *jetatura*, ó mala sombra, como ustedes quieran. Y la candidatura del príncipe aleman, gestionada por él, *va á traer algo gordo*, yo no sé qué, pero algo muy gordo; y ya verán ustedes como no prospera.

—Cosas de Albareda—dijeron todos.

Y resultó que Albareda, con sus presentimientos de imaginación andaluza ó con los atisbos de su buen talento, tenía razón. No prosperó la candidatura, y trajo una catástrofe.

A todo esto, ¿cuál era la actitud del general Prim?

Esto lo explicaré en el artículo próximo, acudiendo á recuerdos personales, á observaciones propias, á palabras que oí al general Prim cuando, pocas horas después de conocida la noticia, fuí á darle la enhorabuena.

José Echegaray

CRÓNICA LITERARIA

La guerra carlista: *Los cruzados de la causa*, novela por D. Ramón del Valle Inclán.

Don Ramón del Valle Inclán comienza con su libro *Los cruzados de la causa*, una serie de novelas consagradas á la última guerra carlista. Las guerras carlistas son una parte importante de la historia de España en el siglo XIX, y una manifestación muy expresiva de la psicología nacional. Se explica que la novela, naturalmente curiosa de la historia y de la psicología, recoja ese asunto y le alumbre con la luz del arte. Los *Episodios* de Galdós no han llegado aún más que á los prodromos de esa guerra, y eso solamente en su último volúmen *España sin Rey*. Hasta ahora, *Paz en la guerra*, de Unamuno, es, entre las novelas modernas de importancia, la que mejor ha explotado ese filón histórico.

En las anteriores novelas de Valle Inclán hay algunas referencias á las guerras carlistas. El espíritu aristocrático y amigo del pasado de este notable escritor, se ha complacido alguna vez en visitar esos recuerdos. Así como el espíritu vendeano tiene su representación en la literatura francesa del pasado siglo, y la tiene en muchos literatos que no eran legitimistas, ó lo eran sólo de un modo fantástico y caprichoso, el espíritu carlista se ha asomado á la nuestra, en las novelas de Valle Inclán, como un tema estético. Dudo que pueda dársele otro alcance.

Los cruzados de la causa es un libro que tiene clara rela-

ción de descendencia y parentesco con las novelas de Bradomín, con esas sonatas de las estaciones de la vida en que el Sr. Valle Inclán nos narró elegantemente las aventuras amatorias y heroicas del Marqués de Bradomín. Todavía el parentesco es más cercano con las novelas dramáticas: *Aguila del Blasón* y *Romance de lobos*, donde el autor nos ha presentado la dura é hidalga estirpe de los Montenegros, en ese momento de degeneración en que los caballeros se tornan pícaros. Los personajes son los mismos, el mismo el espíritu, el mismo el escenario.

Un acontecimiento tal como la guerra carlista, puede ser considerado por la novela objetivamente, con intencion épica, como manantial de descripciones, que den una fórmula de arte á la plástica exterior de los sucesos, y al par infundan en esa primera materia de la historia el alma colectiva de la época. O puede ser mirado por el novelista, como una concreción material de estados de espíritu de gentes y clases sociales diferentes; como una cantera de análisis psicológicos, de tipos morales, de ideas-fuerzas y de costumbres; como un conjunto de elementos morales, cuya proyección material más exterior y grosera es el hecho, las vicisitudes de la discordia civil. El hecho y el espíritu nunca podrán separarse en absoluto en una novela histórica, regularmente equilibrada, ni se podrá omitir ninguno de ellos; pero según predomine uno ú otro, el tipo de la novela será diferente.

En la suya, el Sr. Valle Inclán ha reflejado, principalmente, un estado de espíritu. Teatro de la acción de *Los cruzados de la causa* es Galicia, distante de los lugares donde se encendió la llama de la guerra, y los soldados de las dos Españas, vieja y nueva, lucharon con igual fiereza y desigual fortuna. Esta lejanía del teatro de la guerra, dice lejanía de los grandes sucesos. En realidad, el asunto *exterior* de *Los cruzados de la causa* no puede ser más modesto; se reduce á un alijo de armas.

Pero en torno de ese episodio sencillo y vulgar, ¡qué noble y altiva poesía ha desarrollado este novelista, que es, ante todo,

un poeta refinado y señoril! ¡qué tipos tan bravíos y enteros! ¡qué honda expresión de sentimientos! La novela es breve, sucinta en hechos. El Marqués de Bradomín ha llegado á su tierra natal, con la misión de allegar recursos para sostener la guerra. Una de las providencias que toma, es la expedición de un lote de fusiles, que se guardan enterrados en un convento. Mas ha habido una delación, y un destacamento de la marina de guerra registra con rigor militar el convento, sin dar con las armas. El pueblo es hostil á los soldados del gobierno constituído, que se le antoja un poder tiránico y hereje, enemigo de Dios. No osan, sin embargo, los aldeanos, lanzarse á la resistencia material; se palpa empero el ambiente de hostilidad, de protesta y desafección, y las mujeres, amparadas en su debilidad, que es en estos casos un escudo, son las que más atrevidamente exteriorizan el común sentir. Un pobre marinero de aquella matrícula es la víctima propiciatoria del choque de ideas, de sentimientos y preocupaciones. Es un recluta joven, á quien el azar de la distribución del servicio ha puesto de centinela en una de las entradas del convento. Su madre le reconoce, le suplica, le insulta, llora y se arrastra ante él; le habla del infierno, de la fe de la infancia; quiere apartarle de la que juzga segura pérdida del alma. Él, consternado, removido en sus convicciones, quebratado en la adhesión al deber marcial, contesta al principio obstinadamente: «es la ordenanza»; pero al cabo la sugestión maternal se impone, es más fuerte que la disciplina y el temor al castigo. El marinero tira el fusil y huye. Sus compañeros le persiguen, le intiman la rendición; él, loco, aterrado, sigue huyendo, hasta que unos cuantos tiros de fusil le hacen caer, atravesado á balazos, en una calle del pueblo, y allí queda en un charco de sangre como víctima propiciatoria de los odios civiles. El fiero hidalgo D. Juan Manuel de Montenegro, hace que saquen de su casa unas luces para alumbrar en la negrura de la noche el cadáver del pobre mozo. Cuando la fuerza militar abandona la población, *Cara de plata*, uno de los hijos del hidalgo, uno de

los lobos del *Romance*, de aquel *Romance de lobos* en que ha pintado Valle Inclán la degeneración de la sangre patricia de D. Juan Manuel de Montenegro, es quien conduce á la playa los carros cargados de fusiles, en demanda del buque que ha de llevarlos al teatro de la guerra.

*
* *

Las tres escenas capitales de la novela son el registro del convento, la muerte del marinero desertor y la conducción de los fusiles; por eso los he citado al reseñar por encima el argumento. Puede decirse que la novela se encierra en esos tres episodios, y gracias al arte con que están presentados y á la fuerza de evocación que les anima, bastan para dar al libro, en que hay muy corta copia de hechos, muy escasa materia novelesca, un alto relieve dramático y una honda y verídica emoción.

Tienen estas escenas una sobria y penetrante expresión. En la del registro del convento se oyen las pisadas de la patrulla militar, prolongadas por el eco en los claustros solitarios; se ve el espanto y la indignación de las monjas al ver rota su clausura; la rudeza soldadesca se descata vigorosa; todo sin rasgos de animosidad, con una adivinación ó una observación de la realidad que la reconstituye enteramente ante el lector. La caza del marinero desertor y su muerte; las voces de ¡alto! ¡date! de los perseguidores; la carrera desesperada del pobre mancebo; el disparo seco de los fusiles, y el espetáculo lastimoso del cadáver tendido en medio de la calle en un charco de sangre, dan una impresión de realismo trágico llena de noble sencillez antigua. Y en la escena de la conducción de los fusiles en carretas cubiertas de heno, al frente de las cuales cabalga el intrépido *Cara de plata,* surge como en un romance moderno de caballería la figura castiza del guerrillero, adalid de facción, campeador empequeñecido, héroe con sus puntos á veces de salteador.

Como en la de las escenas, sobresale Valle Inclán, en esta

y otras de sus novelas, en la pintura de los tipos. Sus figuras son de un realismo noble que, sin desfigurarlas, las embellece. El realismo no agota nunca la realidad. Toda representación artística supone una selección de los materiales objetivos; por eso puede haber un realismo noble, que tome de la vida rasgos de belleza y armonía. Nadie, entre nuestros escritores modernos, ha pintado con tanta dignidad y al mismo tiempo con expresión tan viviente, como lo hace el Sr. Valle Inclán, las figuras de aldeanos, de mendigos, de gentes humildes que pululan en sus últimas novelas. Todo lo que tiene de noble la raza se refleja en ellas, y no resultan contrahechas ni artificiales, sino como arrancadas de un lienzo de Velázquez ó, mejor, del mundo real, visto con mirada penetrante de artista que descubre la armonía de las formas y embellece las imágenes, no porque las retoque, sino porque ve más rasgos en ellas, y las ve mejor, con una visión más comprensiva, serena y luminosa. Este poeta y novelista aristocrático resulta un gran pintor del pueblo.

Sus figuras son á la vez actuales y antiguas. Tienen la gravedad española de los tipos de la antigua España, hidalga y picaresca, en que hasta los pícaros y vagabundos presentan algo de señoril, y á par de esto son figuras del día, reales contemporáneos nuestros. Pero donde más se acentúa la noble pátina del tiempo, es en los tipos patricios. El Marqués de Bradomín es una figura del siglo XVIII, menos frívola y cortesana que las del siglo XVIII francés, de un siglo XVIII españolizado. Esta expresión que empleo: españolizado, podrá parecer extraña. ¿Acaso no hubo un siglo XVIII español? Pero ¿quién negará que era un reflejo mitigado, por multitud de causas locales, del francés? En el curso del tiempo y en los períodos de la historia se suceden las hegemonías nacionales, y por eso se puede decir que el siglo XVIII es un siglo francés y el siglo XVI un siglo español; porque lo que el apelativo nacional expresa, es el predominio de la influencia de un pueblo en el mundo, el tono y el carácter que una nación imprimió á un período determinado de la historia.

En *Los cruzados de la causa* hallamos al Marqués de Bradomín, ya viejo, pero todavía arrogante, pulcro, galán. Es un viejo guapo y atractivo, de esos á quienes un pasado de amor y de aventuras de las que exaltan y subliman el ánimo, parece otorgar una prolongación de la juventud, que dora todavía con su luz el ocaso de los años. Un fisiólogo se sentiría tentado á refutar esta explicación; pero la experiencia y el conocimiento de la vida abundan en casos que la confirman, demostrándonos una vez más que el hombre no es una máquina de nervios, músculos, huesos y humores sabiamente montada, sino que, perecedero ó imperecedero, dependiente del fenómeno orgánico ó capaz de sobrevivirle, hay un fuego interior que le anima, y que es la causa primera de todo lo humano. No hay nada que conserve la juventud y el vigor como las impresiones que hacen exultar el alma, las vidas nobles, libres, llenas de aspiraciones cumplidas, ni nada que nos encoja y envejezca como la humillación y el abatimiento de nuestras ansias.

De distinta índole que el Marqués de Bradomin, es el otro hidalgo, su pariente D. Juan Manuel de Montenegro. Ved ahí una figura completamente castiza, hondamente española, que tiene en su psicología rasgos de los personajes más exaltados y arrogantes de nuestro romancero y nuestro teatro; de los burladores, de los nobles que rompían el homenaje á los reyes y se iban á campear por tierras de moros ó de cristianos, de los que pusieron por encima de todas las pragmáticas su voluntad y su espada. El héroe de Valle Inclán ha nacido en tiempos poco propicios á estas gallardas rebeldías; en tiempos prosaicos, en que hay guardia civil y curia, códigos y procedimientos que estorban grandemente el desarrollo de estas indómitas voluntades. Desde que los Reyes Católicos establecieron la Santa Hermandad, estos tipos bravíos han venido en natural decadencia; pero el D. Juan Manuel de Montenegro de *Aguila de blasón*, de *Romance de lobos* y de *Los cruzados de la causa,* es digno del marco medioeval y del romance.

Más acaso por adivinación poética que por inquisitivo y frío estudio, el autor de *Los cruzados de la causa* ha visto con claridad, y expresado con arte superior en sus mentadas novelas, la inevitable degeneración de estos tipos de arcaica fiereza. Los hijos de D. Juan Manuel son facinerosos que conservan algún original destello de hidalguía. Es la evolución del tipo. El barón feudal era una mezcla de héroe y de bandido. En un ambiente de aventura, de lucha, de valor y arrogancia, las cualidades heroicas se desarrollaban frondosamente y cubrían los vicios bandoleros, en los cuales no reparaba demasiado la moral reinante. En una atmósfera de orden, de paz, de normalidad jurídica, en que los medios de adquirir se vuelven pacíficos é industriosos de violentos y guerreros, aquellas cualidades caballerescas y épicas se marchitan y atrofian, ó al degenerar se funden con los instintos de bandidaje, en que repara más y que repugna resueltamente una conciencia social burguesa, metódica, donde el espíritu jurídico ha sustituído al espíritu bélico de rapiña y conquista. Así como á los romances caballerescos suceden en la evolución literaria los del hampa y la germanía, cuyos héroes son rufos y valentones, candidatos á las galeras ó á horca, al altivo y noble D. Juan Manuel, que todavía es águila, suceden los lobos del romance, los hijos degenerados, en quienes la paternal fiereza se ha soltado ya de las ligaduras del honor y navega por las aguas de la picardía.

Esta consideración acerca de los personajes, nos lleva de la mano á examinar el espíritu de la novela. ¿Es *Los cruzados de la causa* una novela carlista? Sólo muy relativamente se puede decir que lo sea. Sin duda, Valle Inclán siente esa adhesión romántica á lo pasado, á las causas vencidas, al ambiente de distinción y de nobleza de los legitimismos, que fácilmente florece en las almas de los poetas, aun con independencia de sus ideas. Pero de esta simpatía aristocrática no se deben sacar consecuencias doctrinales, sino estéticas. Una causa política como el carlismo, que ha podido provocar y sostener largas guerras, lo que supone haber conseguido la adhesión apasionada de una

parte del pueblo, tiene que ser necesariamente muy compleja. Hay en él factores religiosos, regionales, de tradición política, de adhesión dinástica, hasta económicos. En el curso de cerca de un siglo, que es una bella duración para un partido, el carlismo ha ido elaborando una doctrina política, que ha evolucionado, y se ha ido aproximando al Derecho público moderno más de lo que se cree. Muchas de las cosas que sostiene el Sr. Mella, por ejemplo, podrían suscribirlas hombres de espíritu liberal. La fuerza de la realidad y del insensible y continuo cambio histórico que se opera en todos los minutos, es tan grande que, si por un azar, que á mí me parece improbable, viniese á reinar D. Carlos en España, su gobierno no se diferenciaría mucho de los actuales. Un cambio, al parecer tan radical, no introduciría gran variación en la vida española.

El espíritu de la novela de Valle Inclán está, á mi parecer, reflejado en las ideas de D. Juan Manuel de Montenegro. Para él la guerra no es una guerra dinástica, sino una guerra social, al revés de las que han sido en la historia; una guerra social de señores contra vasallos encumbrados y ensoberbecidos, una rebelión de la gente patricia, desposeída de sus antiguos privilegios y amenazada de extinguirse en un régimen plebeyo. Tal como él la siente, la guerra es una guerra contra raposos y garduñas, contra indianos y compradores de bienes nacionales, curiales, alguaciles, «criados que se han vuelto amos».

Yo creo que esta idea, que sobrenada en la novela y que se encarna en su tipo más vigoroso, está muy distante del carlismo como doctrina política. No es espíritu carlista, sino espíritu feudal, espíritu de protesta de aristocracias moribundas, el que alienta en el bello libro de Valle Inclán, que tiene, sobre todos sus méritos, el de una impecable prosa, de sobria elegancia estatuaria.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Pedagogía: Los ojos de los niños.=Bellas Artes: El sentimiento religioso y la música de Iglesia.=Crítica: El estilo de Pablo Bourget.=Periodismo: El Vaticano y la organización de la prensa.—La filosofía en los periódicos.=Humorismo: Brómidos y sulfitos.=Impresiones y notas: La isla de los pingüinos.—Cromoterapia.—El paganismo contemporáneo.—La cuestión de Oriente y Dios.—El Padrenuestro.

PEDAGOGÍA

Los ojos de los niños.—El Dr. Chevallereau ha hecho interesantes observaciones en la escuela de niños de la calle de San Sebastián, de París, tomada como tipo medio que representa bastante bien la población escolar de las grandes agrupaciones urbanas, siendo por lo mismo aplicables sus conclusiones á la generalidad de las escuelas de las ciudades grandes. Estas observaciones han versado especialmente sobre la visión, y *El Monitor de la Educación común,* de Buenos Aires, las recoge en sus páginas.

Chevallereau ha tomado ante todo separadamente la agudeza visual de cada alumno por medio de la escala decimal de Monoyer, empleada por las grandes administraciones, especialmente en ferrocarriles y en marina. Es un cartel, en el que hay impresas diez líneas en tamaños progresivamente mayores. La primera línea debe leerse por todo ojo normal á distancia de cinco metros; la última, á 50 metros. El ojo que, co-

locado á cinco metros, sólo puede leer la última línea, tiene una décima de agudeza visual; el que sólo puede leer la antepenúltima, tiene tres décimas, y así sucesivamente.

Hay que colocar el cartel en sitio bien alumbrado y poner á cada niño aisladamente á cinco metros, diez, etc., haciéndoles leer el cartel de modo que los otros niños no puedan aprender de memoria lo escrito, y decirlo sin verlo bien cuando les toque la vez. Cada niño debe leer primero con un ojo y luego con otro, para poder apreciar las diferencias que haya en la visión de cada uno.

Tomada nota de la agudeza visual de cada ojo de todos los alumnos, se examinan los órganos de la vista de los mismos con el oftalmoscopio para anotar los defectos del globo del ojo, y con la regla oftométrica para clasificar á los examinados como míopes, hipermétropos ó astigmáticos; es míope todo el que, viendo bien de cerca, necesita un cristal más ó menos cóncavo para la visión á distancia; padece hipermetropía el ojo cuya visión es más perfecta con un cristal convexo; tiene astigmatismo el ojo cuyos dos arcos principales, vertical y horizontal, no ofrecen la misma curvatura. La presbicia, conforme al sentido etimológico, se aplica al ojo fatigado y viejo que necesita un cristal convexo para ver de cerca; en la escuela, entre los niños, la presbicia es defecto del que no hay que hacer mención.

El examen hecho por Chevallereau se aplicó á 202 niños de seis á catorce años, considerándose normales todos los que alcanzaban 0,8 de agudeza visual, pues aunque el tipo completamente normal sin ningún defecto es el que alcanza á 0,10, el defecto de que puede adolecer el que sólo tiene 0,8 es tan delicado, que requiere un estudio clínico, impracticable en la escuela. Por eso pueden estimarse esas dos décimas como cantidad insignificante para la práctica.

De los 202 niños examinados, 100 tenían la vista normal; de los 102 restantes, 17 tenían un ojo normal y otro defectuoso, 6 por miopía ó astigmatismo miópico, 4 por hipermetropía

ó astigmatismo hipermetrópico, 3 por traumatismo, 2 por catarata, 1 por estrabismo y otro por inflamación de las membranas profundas del ojo. Los otros 85 niños tenían ambos ojos defectuosos, y sus vicios de conformación ó enfermedades podían clasificarse del modo siguiente:

Miopía y astigmatismo miópico, 42.—Hipermetropía y astigmatismo hipermetrópico, 35.—Conjuntivitis granulosa, 2.—Cataratas, 11.—Coroides retínica, 3.—Estrabismo, 3.

La diferencia entre 85 (niños defectuosos) y 96 (defectos anotados), es debida á que á veces el defecto de un ojo es distinto del de otro, ó á que el mismo ojo puede ser defectuoso por varias causas (catarata ó estrabismo, por ejemplo, ó miopía y coroides retínica), etc.

Si el examen se hubiera aplicado á niños de otra edad, los resultados habrían variado seguramente, pues la miopía no suele manifestarse sino á los doce ó catorce años, y aumenta hasta los veintiuno ó veintidós, y claro es que los mismos niños, dados como normales de seis á diez años, presentarían diez años después numerosos casos de miopía.

La conclusión que puede sacarse del examen hecho, es que cerca de la mitad de los niños que asisten á las escuelas tienen visión defectuosa en grado suficiente para impedirles aprovechar las lecciones que reciben. Muchos niños parecen indolentes y perezosos, y no lo son, sino porque les es materialmente imposible interesarse por cosas que no alcanzan á ver. Un buen par de anteojos valen más en tales casos que todas las amonestaciones. El maestro más celoso verá siempre estrellados sus esfuerzos ante una causa material que impide al niño ver lo que escribe en el tablero ó lo que enseña desde la plataforma.

¿Qué hacer para remediar esto? Puede colocar en los primeros bancos á los más míopes, pero esto no basta, pues hay que atender á muchas otras cosas, á la audición, á la fuerza de atención, á la agudeza de percepción, á una serie de datos complejos que suministran á veces conclusiones contrarias. Por eso el Dr. Chevallereau se limita á señalar el mal, y aun-

que dice que tiene remedio, no lo indica, so pretexto de que eso incumbe á la Administración, y no es cosa de invadir sus atribuciones.

BELLAS ARTES

El sentimiento religioso y la música de Iglesia.—José Trillet dice en *La Grande Revue,* de París, que hace veinte años conoció á un sacerdote ferviente, maestro de capilla, que, afecto á la tradición, estaba, sin embargo, al tanto de todas las novedades musicales, y sin disputar al canto llano su puesto de honor, sabía adaptar á las exigencias del culto las producciones más elevadas de la música moderna, sometiendo las melodías profanas á la prueba de los textos litúrgicos: así Mozart, Beethoven, Chopin eran santamente saqueados y rendían homenajé á Dios en *Aves Marías, Tantum ergo, Salutaris,* etc., en que jamás habían pensado; las romanzas de Mendelssohn se veían dotadas de palabras, y con exclusión de toda reminiscencia del repertorio dramático, toda música grave y sencilla era puesta á tributo para formar en el cortejo del canto litúrgico con admirable gusto y excelente atisbo. ¿Hace otra cosa el arte en todas sus formas que revelar y exaltar el pensamiento de Dios?

Pero he aquí que con el nuevo siglo sopla el espíritu de reforma, y se citan en son de censura esas hazañas de adaptación de los «musicastros», ese paganismo inconsciente de los miniadores de la liturgia; los maestros de capilla no pueden ofrecer á los fieles la sorpresa de rezar con Mendelssohn ni convertir en ejercicios devotos las diversiones de salón. Una verdadera cruzada de infieles vino en socorro de la cristiandad para salvarla del abismo en que se hundía, y lo gracioso ha sido que los más fervientes cruzados han sido precisamente gentes mundanas para quienes se adornaban las arideces de la liturgia á fin

de hacer menos pesadas sus ceremonias; todos se fijaron entonces en que la música impía les impedía rezar, y con celo de entusiastas neófitos reclamaron el rigorismo más austero y la más intransigente ortodoxia, en materia ritual, pues en cuanto al dogma, les era indiferente. Hacía siete siglos que se cantaban las melodías gregorianas, y se imaginaron que hasta entonces no las habían oído y que entonces se habían descubierto, quejándose de que se les hubieran ocultado.

Verdad es que este apostolado profano se apoyaba en la consigna dada desde lo alto. El Papa había hablado, y su *motu proprio* de 22 de Noviembre de 1903 era la nueva fórmula de belleza de la música religiosa. Pero se sabe mejor lo que el Papa ha querido decir que lo que ha dicho: el repertorio gregoriano es la forma ideal del canto litúrgico, pero no es el único canto litúrgico; la Iglesia no rechaza la música moderna si ofrece «la bondad, la seriedad y la gravedad que la hacen digna de las funciones litúrgicas.» La Iglesia ha reconocido y favorecido siempre el progreso del arte, admitiendo al servicio del culto todo lo que el genio ha sabido encontrar de bueno y de bello en el curso de los siglos, bajo la reserva de las leyes de la liturgia.» ¿Habrá que recordar que el cardenal Sarto, hoy Pío X, fué protector del abate Perosi, maestro de capilla de San Marcos de Venecia y director de la Sixtina, músico ecléctico y original, organizador de conciertos religiosos?

No se trata de disputar al canto llano sus derechos, nacidos de su pura belleza y de la tradición; sus formas venerables, desgastadas por el uso; sus modulaciones lentamente cadenciosas, cual gesto que bendice; la carencia de efectos y hasta de invención musical: la absoluta pureza de ese estilo ornamental, comunican al canto llano una virtud propia y hacen de él la lengua maternal de la Iglesia. Ni siquiera se trata de aminorar la importancia de la reforma, tan felizmente acometida por los benedictinos de Solesmes; los músicos pueden discutir el valor de la música, no el del método.

Pero es comprometer la vitalidad artística de la Iglesia el

pretender absorberla en un estudio de arqueología. Si la música religiosa no va á participar de la vida moderna sino por las pacientes investigaciones de los archiveros, la lengua de la Iglesia se hace una lengua muerta, indiferente al movimiento intelectual; la Iglesia seguiría acogiendo las demás artes y repudiando la música. ¿Sería por rencor á una forma de arte que, brotando de la Iglesia, se ha desarrollado fuera de ella? ¿Sería por no sé qué pudor que cerrara el santuario á las melodías profanas? ¿Hay alguna impiedad de melodía, alguna diabólica y maligna virtud de la música que nada puede regenerar?

La cuestión no es de orden estético, sino moral y litúrgico: la música no es en la Iglesia un accesorio ni un lujo, sino parte esencial del oficio divino y forma consagrada de la oración colectiva. El sentido de la santa palabra, encerrada en formas herdticas, envuelta en misterio, no se revela por sí mismo á los fieles. Aun hoy, que el sacrificio se representa á su vista y que ha caído el velo que les ocultaba el altar, se les admite á creer y á adorar, no á interpretar ni á comprender. Mejor que el texto sagrado, la música establece la comunión de las almas, expresando á la vez, en sus gritos de llanto ó de triunfo, la humildad de la razón que se calla confundida, y el fervor iluminado del corazón que ve y que sabe.

No hay demarcación entre la Iglesia y el mundo; la civilización se refiere naturalmente á Dios, como su principio y su fin. El sentimiento religioso aspira á la comprensión de la belleza perfecta, ó se deshace en una especie de desfallecimiento, aniquilado en el éxtasis. Lo infinito no se contempla cara á cara; por eso la imagen de la divinidad apenas se ha modificado á través de los siglos, y el dios del cristiano, representado por la pintura y la escultura, sigue siendo hombre, como Zeus ó Júpiter. Pero el sentimiento religioso se ha complicado y refinado, y los místicos de hoy tienen de la divinidad visión muy distinta de la que tenían los cristianos de las Catacumbas ó los monjes de la Tebaida.

Pues del mismo modo que hay un sentimiento religioso moderno, puede haber y hay una música moderna de la Iglesia. Ningún arte se adapta tan bien á las impresiones más ondulantes y profundas del alma: la música dispone de la línea melódica, que marca el relieve, y de la armonía, donde se refleja la tonalidad íntima, la realidad viviente. Aplicada á la expresión del sentimiento religioso, la música le da una forma poética y exacta. En cierto sentido, toda música pura es religiosa, si la suprema aspiración del alma piadosa es aislarse para comprenderse, escuchando en el fondo de sí misma la palabra que va de corazón á corazón. Puede decirse que el arte se aleja de aquel ideal á medida que más se transparenta y que la sinceridad del pensamiento se debilita. En otro sentido, la música dramática debe ser excluída de la Iglesia, no tanto por su convencional estilo, cuanto porque evoca recuerdos inoportunos; aun así, su inconveniencia es relativa, pues la asociación de recuerdos sólo es sensible para los que frecuentan los teatros. Los aires de repertorio no tienen por sí mismos virtud de expresión, y son apropiados á veces á ciertas formas inferiores del sentimiento religioso.

Claro es que no es ese el verdadero y puro espíritu del cristianismo, y que la devoción inspirada por ese sentimiento es superficial; pero la Iglesia fué siempre indulgente con él, y á falta del corazón, acepta el gesto y las apariencias de la piedad, como el de una medicación externa. Si esas almas tibias reclaman de la Iglesia una música acomodada á su sentimentalidad, porque la severidad y las tonalidades mismas del canto llano les sorprenden, ¿en nombre de qué snobismo nuevo se ha de hacer tragar á esos snobs anticuados la música gregoriana, lengua de iniciados, como nota Ecorcheville, inaccesible en su esencia á la comunidad de los fieles? La melodía profana, utilizada para el culto, pierde su origen y se regenera.

¿Es que la música de la Iglesia es tal, á condición de haberse escrito para la Iglesia? El repertorio religioso es grande y de desigual valor. Saint-Saëns hace notar que las pavanas y

los madrigales de Palestrina no difieren de sus melodías religiosas; Bach, en su *Oratorio de Navidad,* toma aires enteros del *Drama per música* y de la *Elección de Hércules,* cantatas profanas. ¿Cuál es la causa de que el órgano, que tiene tal poder de serenidad y de fuerza en la Iglesia, se preste tan mal á las audiciones de concierto? Su encanto parece desvanecerse en ellas; las sonoridades se apagan, los timbres se velan, su languidez resulta monótona. Y es porque el alma de la música religiosa sólo se revela en la Iglesia; si la música crea la comunión de los corazones, también esa comunión crea la música; es una penetración recíproca y una doble corriente de arte y sentimiento.

Toda reglamentación de la música es arbitraria. Instituir como ideal artístico la restauración del canto gregoriano, es limitar el campo del arte y establecer una ficción como ideal. Renan se burlaba de «las modernas iglesias góticas edificadas por un arquitecto de levita, juntando fragmentos de dibujos tomados de los viejos tiempos». A un esfuerzo y á una falsificación semejante nos convida la restauración gregoriana. ¿Por qué han de ser religiosos los conciertos de música arcaica? La música religiosa en que todos los estilos se funden, tendrá siempre más verdad que ese arte de reacción producto de una fé inmovil y gruñilona.

Es lástima que el problema se haya planteado mal, y la culpa la tiene cierta literatura neocatólica á lo Huysmans. La religión está mal defendida contra sus amigos. León Bloy ha desenmascarado con crudeza la falsa devoción del que se llamaba «el morfinómano del oficio». Al catolicismo poético de Chateaubriand ha sucedido una apologética de verduleras, que ha declarado la guerra á la buendiosería iluminada, para sustituirla con la buendiosería simbólica. Se han tomado las impertinencias de lenguaje de su pretendido apóstol, por efusiones exuberantes de fervor místico, y el mundo católico se ha lanzado en pos del falso profeta por caminos extraviados.

El arte religioso no perecerá, como no perecerá el senti-

miento religioso. Se desarrollará, pero á condición de no aislarse de la vida moderna, de estar abierto á las curiosidades del espíritu y á las aspiraciones del corazón humano. «No hay que presentar á la Iglesia, dice José Serre, como un poder de negación y de anatema, sin mostrarla al mismo tiempo como un poder de bendición y de fecundación intelectual, cuidadosa de no extinguir, hasta el mismo error, ningún pensamiento, ningún rayo del humano espíritu.»

CRÍTICA

El estilo de Pablo Bourget.—En todas partes cuecen habas, y así como en España tenemos la sociedad de bombos mutuos, gracias á la cual ciertos sedicentes literatos, sociólogos, ateneístas, etc., se han impuesto al público ignaro y candidote—¿quién no recuerda el colmo de aquel tonituante americano, cuyo nombre ya se ha olvidado, que iba á traernos la Universidad hispanoamericana y á renovar la oratoria castelarina, y á quien se festejó y banqueteó en Cádiz y en Barcelona, en Salamanca y en Madrid, soltando en todas partes el mismo discurso hueco, que dejaba turulatos de asombro por lo vacuo y rimbombante á los embaucados oyentes, y cuyas excelencias pregonaban luego á todos los vientos los rotativos para agigantar la pigmeica figurilla del ramplonesco orador?—también en Francia, ¿y donde no, si es fruta de todos los tiempos y países? nacen y prosperan reputaciones del mismo origen, invadiéndolo todo, avasallándolo todo y logrando gloria y dinero, que es lo que se busca, gracias á esos procedimientos de cábalas y camarillas literarias. Por fortuna, si el número de los tontos es infinito, y merced á lo difundido del género pueden arrigar esas reputaciones, nunca falta, acá y allá, algún alma consciente de sus deberes y con valor para cumplirlos, que reduce la talla exagerada de esos figurones á su tama-

ño natural, que no pasa de ordinario. Así, en *La Grande Revue*, de París, nos revela Ernest-Charles la existencia de la Escuela—quiere decir camarilla—de Tarascón, compuesta de Pablo Bourget, Carlos Maurras, León Daudet y Enrique Vaugeois, cada uno de los cuales, con su grupo de amigos, cantan la gloria incomparable del jefe. Ernest-Charles admite que Bourget sea su gran psicólogo, pero afirma que es un mal escritor.

Y no es lo peor que lo afirme, sino que lo pruebe. Recordando el éxito colosal de *Mentiras*, es lícito exigir de libro tan celebrado que esté escrito correctamente; la menor falta de estilo en libros de ese fuste, es un crimen de lesa literatura. Pues bien: al principio de *Mentiras*, Bourget cuenta el hecho sencillísimo de que un joven, de levita y con gabán, porque hacía frío, baja de un coche. Como lo que hay que decir es esto, cualquiera escribiría: «Un joven baja del coche; estaba de levita, y como hacía frío, llevaba puesto el gabán.» Como no debe uno ponerse el gabán sino para defenderse del frío, sería mejor decir: «Un joven baja del coche; su gaban ocultaba su traje de etiqueta.»

Pero así lo escribe cualquiera, porque no todos son novelistas psicólogos, familiarizados con las gracias del estilo; Bourget es otra cosa, y dice así: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven que levantó frioleramente el cuello de nutria de su gabán, y avanzó sobre el pavimento escarpines descubiertos. Los zapatos de charol, los calcetines de seda con flores, el pantalón negro y el sombrero de tela atestiguaban que, bajo las pieles, aquel personaje ocultaba su traje completo de etiqueta.»

Y vamos á cuentas: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven.» ¡Oh, portezuela, que te abres para dar paso á un hombre joven! ¿Cómo se abrió esa portezuela? ¿Por sí sola ó con ayuda de alguien? ¡Misterio! «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven;» la mejor portezuela del mundo no podría hacer más: abrirse para dar paso; es su oficio.

Pero sigamos: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven, que levantó frioleramente el cuello de nutria de su gabán y avanzó sobre el pavimento escarpines descubiertos.» Ese hombre joven, que avanza escarpines descubiertos sobre el pavimento, nos hace reir. La duquesa, querido Bourget, jamás ha dicho á usted al invitarle á bajar del coche: «¡Eh, marqués, avance usted sobre el pavimento escarpines descubiertos!» Y no lo ha dicho porque no es usted marqués; porque entre aristócratas no suele llamarse á nadie por su título; porque los escarpines son siempre descubiertos, y porque no es usted tampoco ningún zapatero para salir del coche avanzando escarpines. Escarpín, en todas partes, del latín *scarpus*, significa zapatito descubierto de suela delgada. La duquesa que suponemos le diría únicamente: «Pablo, avance usted sobre el pavimento sus escarpines.» Y para eso necesitaría ser tan ridícula como el que escribe de ese modo; pues en otro caso, no se le ocurriría esa tontería de avanzar escarpines.

Pero no nos detengamos demasiado en estos avances escarpinescos, y pasando por alto la piel de nutria del cuello, que no suele ponerse á los gabanes de pieles, prosigamos: «Los zapatos de charol, los calcetines de seda con flores, el pantalón negro y el sombrero de tela, atestiguaban que, bajo las pieles, ese personaje ocultaba un traje completo de etiqueta.» Ese personaje, con sus pueriles calcetines de seda con flores y su ingenuo sombrero de tela, es una delicia. Hay que contar con que la cosa ocurre á las nueve y media de la noche, en una callejuela alumbrada tan sólo por una linterna colgada de una cuerda transversal: ¡ya se necesita vista para apreciar en tales condiciones que los calcetines del personaje eran de seda y tenían flores! Pero había que reunir en una frase enrevesada todas las simplezas que constituyen el fondo del talento de un observador de costumbres mundanas, y todas las impropiedades de expresión que descubren la pobreza de recursos del autor y su ignorancia del vocabulario, para que resultara ese

amasijo de tonterías que sirve de distracción y hace pasmar de gusto á los lectores, y sobre todo á las lectoras de Bourget.

Para muestra basta un botón, pero Bourget nos ofrece botonaduras completas en cada una de sus obras. Ahí está la última, *Les détours du cœur,* libro de *nouvelles,* que es donde mejor se despliegan los encantos del estilo. Ernest Charles toma una de estas historietas al azar, la última, *La palabra dada,* y no hay por donde cogerla.

«Muy cerca el río, que ha tomado de los glaciares el reflejo puro de su agua rápida, corre entre los enormes troncos de árboles seculares, nogales lustrosos, fresnos argentados, tilos embalsamados.» ¡Un río que toma de los glaciares el reflejo puro de su agua rápida! El glaciar no puede dar lo que no tiene, ni las aguas rápidas suelen tener reflejos puros, ni Bourget, por lo visto, sabe lo que es un glaciar, ni sabe lo que dice. Y luego, ¡qué epítetos! «Seculares, lustrosos, argentados, embalsamados»: uno referente á la duración, otro al pulimento, otro al color, otro al olor, todos intercambiables y ninguno necesario, por consiguiente.

«Algunas semanas habían bastado para que la influencia emanada de aquella tranquila y salvaje naturaleza comenzase á calmar un poco aquel organismo devorado por los disgustos, estragado de insomnios y de pesadillas, en el cual *(chez lequel)* la idea fija ejercía el estrago de un verdadero emponzoñamiento.» ¡Qué de catástrofes, ¿no es verdad?, en aquel organismo! ¿Y por qué está devorado por los disgustos y estragado de insomnios, en lugar de estar devorado por los insomnios y estragado por los disgustos? ¿Y qué idea fija es esa que ejerce el estrago de un verdadero envenenamiento en un organismo ya estragado y devorado? ¡Vaya una idea impertinente!

«A cada segundo, un funesto proyecto puede surgir en aquel pensamiento apenas convaleciente, otra desgracia producirse, más irreparable que la otra.» Pero, señor; una desgracia es reparable ó irreparable, sin que pueda nunca ser más ó menos irreparable. Esto es como aquello que dice en otra

parte el mismo Bourget: «La fuerza de un sistema nervioso muy intacto,» olvidando que un sistema nervioso está ó no está intacto, pero no puede estarlo menos ni más.

Basta; evidentemente, Pablo Bourget no puede ser considerado como un estilista; hay en sus obras construcciones incorrectas, locuciones viciosas, palabras apartadas de su verdadero sentido, todos los defectos de estilo posibles. Ernest-Charles dice que escribe como un bárbaro. La expresión es quizá fuerte, pero no cabe duda de que Bourget no escribe bien, y es un mal maestro. Cuando actuó de diablo, la influencia de sus novelas fué desmoralizadora; hoy, que se ha metido á ermitaño, sólo hace daño á la lengua; siempre es un progreso, y algo es algo.

PERIODISMO

El Vaticano y la organización de la prensa.—Granvelle, en *La Grande Revue*, relata la historia del periodismo vaticanista. Esta historia es bien moderna. El primer periódico católico italiano fué *L'Osservatore Romano*, que nació en Roma en 1860, seguido en Bolonia por *L'Eco*, cambiado, poco después en *Eco delle Romagne* y en *Patricta Católico;* casi al mismo tiempo se fundó en Turín la *Armonía,* y añadiendo la revista boloñesa *Conservatore* y una hoja satírica, *La Marmita*, se tiene la lista de todos los periódicos católicos italianos anteriores al 1870; el órgano oficial del papado y de los Estados pontificios era el *Giornale di Roma.*

Derrumbado el poder temporal de los Papas, sólo sobrevivió *L'Osservatore Romano,* no como órgano oficioso de la Santa Sede, sino en su primitiva forma de periódico conservador y católico. Para Pío IX y para los primeros colaboradores de León XIII, la prensa era esencialmente un poder laico y liberal, simbolizando la revolución. Este concepto equivocado no

tardó en modificarse, y en 1875 la *Obra de los Congresos*, de Florencia, trató de organizar en Italia la prensa católica, y León XIII mismo, por propia iniciativa, se decidió en 1890 á crear un «Diario de la Santa Sede», comprando, al efecto, *L'Osservatore Romano,* y confiando su dirección á Casoni. En sus *Cinquant anni di giornalismo,* cuenta Casoni que el Papa le dijo: «Todo el mundo tiene su periódico, y es preciso que la Santa Sede tenga el suyo; haceos independiente de todos, pues en adelante sólo dependeréis de mí y de mi secretario de Estado.» No le trazó un programa detallado, pero le dió á entender que quería se estudiaran á fondo las cuestiones, se evitaran polémicas acerbas; no se hiciera caso de ataques personales, y se respetara escrupulosamente á los pueblos y á los gobiernos, especialmente á los bien relacionados con la Santa Sede.

El programa era excelente, pero difícil. El director apenas veía al Papa; sus intermediarios eran muy exigentes. En las cuestiones de política apenas le dejaban libertad, pues si se podía combatir al gobierno italiano, había que ponerse guantes para hablar de los demás gobiernos, «aunque cometieran faltas que hubiera convenido criticar y condenar». Estas dificultades eran cada vez mayores, cuanto más se olvidaba la cuestión romana, pues había que censurar agriamente en Italia lo que se aprobaba en otras partes y había que cuidarse de no herir la susceptibilidad de ningún pueblo; así sucedió que cuando la guerra anglo-boer se publicaron algunas correspondencias favorables á los boers, y hubo que suprimirlas porque se quejaron los católicos ingleses, y no era cosa de descontentarlos.

En cuanto *L'Osservatore* se apartaba de su intransigencia, los otros periódicos católicos independientes se indignaban, y *La Voce della Veritá,* órgano de los jesuítas, le llamaba al orden; los redactores pedían algo de libertad para poder contestar, pero no la obtenían, y así fué perdiendo autoridad y prestigio; continuaba publicando los comunicados de la Santa

Sede, pero bajo epígrafe especial; hoy mismo no es órgano oficial sino en la parte del texto impresa en grandes caracteres con el título de *Informaciones*, y ha perdido toda su importancia.

León XIII, en sus últimos años, pensó en suprimirlo. Pero ¿cómo reemplazarlo? *La Voce della Verità* recibía del Vaticano noticias y subvenciones, pero no publicaba más que noticias religiosas; *La Vera Roma* no tenía condiciones de periódico de gran circulación, y en estas dudas la muerte sorprendió al Papa. Pío X y Merry del Val se preocuparon desde un principio de la reorganización de la prensa católica, especialmente de la romana, y en 1904 se anunció la publicación de un gran diario clerical; *L'Osservatore* desaparecía; *La Voce della Verità*, á la que se había retirado toda subvención, dejó de publicarse, y *La Vera Roma* parecía deber ser el núcleo del nuevo diario, que debía comenzar el 1.° de Enero de 1905. El proyecto se hizo público, se organizaron las suscripciones, y cuando todo estaba dispuesto, la combinación fracasó.

Durante dos años y medio pudo creerse que el Vaticano había renunciado á toda tentativa de reorganización. Pero en el mes de Julio de 1907, á consecuencia del ruido que hizo la revelación escandalosa de la existencia de una Liga de católicos alemanes «contra el Indice y por la civilización», revelación hecha por la *Corrispondenza Romana*, supo el mundo entero la existencia de este periódico, órgano oficioso de la Secretaría de Estado, que llevaba ya publicados 45 números, y que estaba dirigida por Benigni, oscuro sacerdote periodista, con quien Merry del Val se había entendido perfectamente.

La base del nuevo servicio de prensa era, en efecto, la *Corrispondenza Romana;* de los informes de este periódico, no impreso, sino repartido en hojas poligrafiadas, á 80 liras al año, sacaban los periódicos sus noticias, y para mayor seguridad, cada diario tenía un redactor impuesto por Benigni para tratar todos los asuntos relacionados con el Vaticano. El servicio internacional telegráfico lo suministra la rica Asociación de

Coblenza, «Zentral-Auskunfstelle der katolischen Presse», y Benigni se ha entendido, además, con un sacerdote bávaro, mediante el cual se halla en relación con los principales órganos de la opinión de Alemania. La policopia de Benigni se transmite así por telégrafo á la mayor parte de los diarios alemanes, que reproducen lo que se les manda.

La organización, como se ve, no puede ser más sencilla ni menos costosa; las hojas de la *Corrispondenza* se hacen pagar bien, pues cada número cuesta 10 liras, y por suscripción, 80; los gastos son pequeños, pues el personal es reducido, y la Sociedad de Coblenza paga casi todo el servicio telegráfico; los periódicos que quieren tener información fresca y auténtica del Vaticano tienen que aceptar un redactor especial escogido por Benigni, pues de otro modo no hay noticias, y así se asegura el concurso de la prensa para los fines que se desean y se cuenta con el máximum de publicidad sin necesidad de montar la costosa organización de un gran diario.

Lo que cabe dudar es si esta organización es cosa de Benigni ó ha sido autorizada por el Papa. Los hechos citados por Granvelle y la coincidencia de las campañas de la *Corrispondenza* con la orientación política del Vaticano, hacen creer que la *Corrispondenza* cuenta con el apoyo del Papado ó, por lo menos, con el de la Secretaría de Estado; pero ciertas triquiñuelas á que en ocasiones apela la *Corrispondenza*, enviando á Coblenza textos distintos de los que se publican en Roma y hasta repartiendo en la misma Roma hojas cuyo texto es diferente según quienes las reciben, hacen pensar que si Benigni recibe inspiraciones del Vaticano, obra también muchas veces por cuenta propia y goza de una libertad que nunca tuvo *L'Osservatore*. Se han dado casos, como el ocurrido al abate Lemire, diputado francés, que fué objeto de rudos ataques en la *Corrispondenza* por haber sostenido en la Cámara una enmienda que tendía á salvar parte de los bienes de la Iglesia, y que se atrevió á negar carácter oficioso á la hoja romana, que prueban cumplidamente la autoridad de la *Corrispondenza*

Lemire, en efecto, fué á Roma, y no logró ser recibido por el Papa, ni siquiera por Merry del Val, haciéndosele entender que la puerta á que tenía que llamar ante todo era la de Benigni. El mismo monseñor Turet, arzobispo de Ruan, autor de un proyecto sobre *Mutualidades eclesiásticas*, que fué á Roma y mereció ser aprobado por el Papa, le desautorizó la *Corrispondenza* del modo más terminante, desmintiendo que el Papa hubiera podido aprobar las mutualidades, y no tardó, en efecto, en publicarse en el *Osservatore* una carta de Pío X condenando aquel proyecto. Benigni triunfó en esta y en todas sus demás campañas, y ya nadie se atreve á entrar en lucha abierta con la *Corrispondenza*. Pero, como dice Granvelle, una cosa es la intriga y otra la verdadera política; la intriga ha triunfado, pero los resultados obtenidos de ese triunfo por la política romana son, hasta el presente, harto medianos cuando no negativos.

***

La filosofía en los periódicos.—Dice bien César Ranzoli en la *Nuova Antologia:* Filosofía y periodismo son conceptos antagónicos, si se consideran en sus notas típicas y características. En la filosofía, la meditación de los problemas eternos de la materia y el espíritu, el ser y el conocer, lo real y lo ideal, la vida y la sociedad, los más altos problemas del pensamiento humano, tan altos que á veces se pierden en las nubes; en el periodismo, el dominio de la política menuda, de los intereses materiales y mudables, de los sucesos del momento, de todas las menudencias; en la filosofía, el procedimiento fatigoso y lento de la reflexión; en el periodismo, la elaboración fulmínea, la ideación rápida y tumultuosa; en la filosofía, la busca desapasionada de la verdad, la valoración larga y serena de los seres, personas y cosas; en el periodismo, el imperio de las acres pasiones de partido; en la filosofía, el estilo oscuro, los términos heteróclitos y monstruosos, incomprensibles

para los profanos; en el periodismo, el lenguaje sencillo y llano, al alcance de todo el mundo, aun á riesgo de atropellar la gramática.

Esta oposición da mayor relieve á un suceso que ha venido madurándose hace tiempo, y cuya importancia ha pasado desapercibida para los más: el acuerdo entre la filosofía y el periodismo, en cuya virtud los grandes diarios han empezado á otorgar espacio en sus columnas á la discusión y estudio de los altos problemas especulativos. Las revistas filosóficas podrán, en lo sucesivo, transformarse en una sección de los diarios, y si el periódico ha matado el libro, acabará también por matar la revista, que hasta aquí ha sido su cómplice en ese delito.

Nuestros periódicos están todavía lejos de ofrecer al público artículos como los del suplemento literario del *Times* ó el folletín de la *Neue Freie Presse,* pero empiezan á poner cátedra de filosofía, á tener su redactor filósofo y á decidirse por tal ó cual sistema; los clericales, por el tomismo ó el fideísmo; los radicales, por el positivismo; los republicanos, por el materialismo; los socialistas, por el evolucionismo spenceriano; los moderados son los más indecisos, pues aunque un gran periódico conservador italiano se declara por el neo-idealismo, ¿de qué neo-idealismo se trata, si con este nombre se comprenden tendencias tan distintas como el neo-hegelianismo, el neokantismo, la filosofía de la contingencia, la de la inmanencia, la de la acción, el moralismo, el inmoralismo, el pragmatismo, el humanismo, el solipsismo, el personalismo, el energismo, el voluntarismo, el sensacionalismo y otra multitud de ismos, capaces de hacernos recurrir á los gargarismos?

El redactor filósofo de nuestros diarios—el último aparecido tras el político, el literario, el financiero, el teatral, el artista y el higienista—se ocupa de la llamada literatura de ideas, de la crítica de obras filosóficas, de las conferencias de índole ético-social y psico-biológica, de la necrología de los filósofos, del modernismo y de las cuestiones religiosas. Hoy, como se ve, es algo compleja su tarea; pero la ley de especialización se impon-

drá, y con el tiempo cada periódico tendrá un redactor para la teología, otro para la psicología, otro para la ética, y así sucesivamente.

Los últimos en maravillarse de la alianza son los filósofos. ¿No está demostrado desde Hegel que el progreso surge, precisamente, de la síntesis de los contrarios? El filósofo sabe acoger serenamente lo inevitable, y complaciéndose en indagar las causas de las cosas—*felix qui potuit rerum cognoscere causas,*—había previsto el abrazo del periodismo con la filosofía. La novela psicológica y el teatro social; la vulgarización de multitud de problemas que tienen en la filosofía su arranque y su solución; la preocupación, siempre viva, de todo pensador por las cuestiones del espíritu y de la materia, obligaban al periódico, reflejo fiel de la vida, á prestar atención á todos esos problemas y á recoger en sus columnas opiniones y argumentos, hechos é hipótesis. Sólo un redactor filósofo podía tratar de todo eso con verdadera competencia, y de ahí lo inevitable de la alianza del periodismo con la filosofía.

¿Es un bien ó es un mal esa alianza? Ranzoli examina el pro y el contra del hecho: la filosofización del periódico debe acogerse como el mejor de los sucesos posibles en la mejor de las sociedades posibles, desde el momento en que es un hecho necesario. Esto es optimismo, pero el optimismo es el postulado de la filosofía; hasta los pesimistas dejan de serlo cuando se dedican á elaborar su sistema; no hay más doctrina pesimista verdadera que el escepticismo, que es la negación de toda filosofía.

Las sociedades humanas presentan no pocas analogías con las sociedades de las hormigas, según han demostrado Lubbok y Romanes: en ambas hay individuos dedicados á la propagación de la especie, otros á su mantenimiento y otros á su defensa; estos últimos se distinguen por su robustez y por el gran desarrollo de sus mandíbulas, aptas para despedazar al enemigo, pero impropias para comer, hasta el punto de que para alimentarse necesitan que sus compañeras les trituren la

comida y se la metan en la boca. Si se observa con paciencia un hormiguero, se verá alguna hormiga en actitud de profunda meditación—en todo esto habla solo Ranzoli, y yo me limito á transcribir—y de completa inmovilidad, sólo quebrantada por el rítmico vibrar de las antenas; es la hormiga-filósofo. ¿Qué suerte sería la de un hormiguero en que las proletarias dejaran de prolificar, las obreras de trabajar, las guerreras de combatir, y todas se abandonaran al filosófico ejercicio de mover las antenas?

Pues lo mismo le pasaría á una sociedad humana compuesta sólo de filósofos: se extinguiría. Los obreros, los agricultores, los industriales, los comerciantes, los políticos proveen á las exigencias de la vida social, y la hacen posible á unos cuantos que pasan la vida filosofando ó moviendo las antenas. Pero, por otra parte, no sólo de pan vive el hombre. Hay problemas de que no se puede prescindir, y en nuestros días de vida compleja las preguntas crecen y hay que contestarlas. Si en la hora que el hombre moderno puede dedicar á la lectura, no se encargase el periódico de hablarle alguna vez del evolucionismo spenceriano, de las hipótesis psico-físicas sobre el genio y los fenómenos mediánicos, de la concepción cósmica de Le Bon, del pesimismo schopenhaueresco, del superhombre nietzscheano, ¿cuándo sabría nada de todas estas cosas? Claro que todo ello es superficial; pero más vale algo que nada, y por ese camino puede descubrir, si quiere, nuevos horizontes ampliando sus estudios en lo que le interese. Ranzoli conoce un ferretero, sin estudios ni cultura, que sintió la curiosidad de leer á Gioberti, solo por unas líneas de un periódico; y lo ha leído y releído de cabo á rabo, y para él la fórmula de «el ente crea el existente», encierra todas las verdades pasadas, presentes y futuras; de diez ideas giobertinas, no acierta á tomar bien la embocadura más que á una; pero esa no se le escapa, y le sirve de ayuda hasta para sus negocios.

Hay otras personas, más de las que puede suponerse, á quienes sobra tiempo para todo; la filosofía sería un gran recurso

para distraer los ocios de tales personas. Pero el lenguaje filosófico no está al alcance de todos, y espanta á la mayoría; por eso los libros de filosofía son inaccesibles á la generalidad. Pero donde no llega el libro, llega el periódico, distribuyendo el pan de la sabiduría medio digerido á quienes no tienen dientes para masticarlo por sí solo. Este oficio de vulgarización es uno de los grandes servicios de la prensa periódica.

Pero si la profundidad es la mayor virtud del filósofo, la claridad es la mayor virtud del periodista; se puede resistir la lectura de un libro fatigoso, pero se salta todo artículo de la misma clase. De ahí que el redactor filósofo no puede ser un escritor profundo, una persona de gran competencia, sino un aficionado que, más que de razonamientos, se sirva de metáforas y paradojas, y este es el reverso de la medalla. Se pide al filósofo no que piense bien, sino que escriba bien; no que haga pensar, sino que deje al lector satisfecho; y eso es un mal, porque el periodista falseará muchas veces las doctrinas para hacerlas claras, y atenderá más á la forma que al fondo, y así contribuirá á difundir la superficialidad.

Aun así y todo, y con todos sus inconvenientes, la creación del redactor filósofo en la prensa periódica constituye un positivo progreso, y debe ser recibida con aplauso por cuantos se preocupan por la difusión de la cultura.

HUMORISMO

Brómidos y sulfitos.—Se trata nada menos que de una nueva clasificación social, cuya primera idea corresponde á una señora, y cuya vulgarización es debida al periodista neoyorkino Gellet Burgess y al articulista Alberto Schinz, de *La Revue de París*. La señora—una propietaria de ingenios de azúcar en Luisiana—descubrió en un momento de lucidez que todas las personas del mundo podían clasificarse en dos fami-

lias ó grupos: los *sulfitos* y los *brómidos;* y el periodista encontró la revelación convincente y apodíctica. Los *brómidos* en química son sustancias neutras, insípidas y vagamente dulzonas; y los *sulfitos* son sustancias ácidas, picantes y hasta mordentes. ¿No son, en efecto, de una ú otra de estas clases todos los espíritus?

El brómido, como de esencia inferior, no puede comprender al sulfito; pero el sulfito comprende perfectamente al brómido, y puede describirlo; descrito el brómido, no hay necesidad de describir el sulfito, pues basta proceder por eliminación para clasificar á cada cual en uno ú otro grupo: el que no sea brómido es sulfito.

Ahora bien: según Burgess, el carácter esencial del brómido consiste en la acción psicológica refleja de su cerebro bromídico, manifestada por la creencia de que cada uno de los actos de la vida está y debe estar necesariamente acompañado de una observación ú opinión particular, siempre la misma, pues la asociación de ideas la produce espontáneamente, y así puede creer cada brómido que es invención suya.

¿No habéis oído decir: «Si se viera esta puesta de sol pintada en cualquier cuadro, nadie creería que era verdad»? Pues esa observación inevitable es propia de un brómido, que la hace siempre como cosa meditada y profunda, con toda seriedad, creyéndola original y digna de aplauso. También es bromídica esta otra observación del que vuelve empapado á su casa, después de una carrera: «Naturalmente, basta que uno se deje el paraguas en casa, para que llueva»; ó con más gracia todavía: «¡Claro! El barómetro anunciaba buen tiempo, y ¿qué había de suceder sino la lluvia?» Otro verá á dos pilletes darse de bofetones en la calle, y exclamará: «¡Siempre pasa lo mismo! Basta que se necesite un agente de orden público, para que no parezca por ninguna parte.» Otro, el que ha hecho poner teléfono en su cuarto, dice satisfecho á los suyos con aire sentencioso: «Si hace unos cuantos años hubieran dicho que podía uno hablar desde una ciudad á otra, le hubieran to-

mado por loco.» El que discute sus experimentos de viaje en materia de propinas, dice: «Ese sistema de propinas es sencillamente irritante; pero jamás conseguirá uno que le sirvan bien si no diese nada»; y luego añade siempre: «No es por el dinero, entiéndase bien, por lo que yo hablo así; es por cuestión de principios.» También es brómido el que, pasando de los veinticinco, exclama veinte veces al día: «¿Qué quiere usted? Se va uno haciendo viejo.» Y el hombre de casino que, doblando su periódico, reflexiona así en alta voz: «Son un pueblo interesante estos japonesitos.» Como el amigo que os escribe: «Observo que se me acaba el papel, y como no vale la pena de empezar otro pliego, termino mi carta...»

Como La Rochefoucauld coleccionaba máximas, puede convertirse en juego de sociedad el coleccionar bromidiomas (así llama Burgess á estas salidas, aunque sería mejor llamarlas bromidifonias ó bromidifrases). Así entre los *sportsment,* cualquier jugador de *golf* descubrirá su carácter bromídico, diciendo: «¡El billar! ¡Vaya un juego estúpido! ¿Cómo puede uno entretenerse horas enteras en chocar unas con otras tres bolas de marfil?» Hablad con una Eva nueva, y no tardará en descubrir la hilaza de su bromidismo diciendo: «Verdaderamente, no comprendo por qué no se ha de aplicar la misma ley al hombre que á la mujer en materia de moralidad sexual»; ó bien aquello de «¡qué injusticia la de que una mujer que tiene casas y tierras no pueda votar», y mil otras vulgaridades por el estilo. ¿Y las frases bromídicas de los pedagogos? Esas sí que son típicas y petulantes: «La escuela no debe formar sabios, sino hombres»; «es un error desarrollar solamente el espíritu; hay que desarrollar también el cuerpo, como los griegos»; «¿habéis visto alguna vez que los hijos de un hombre ilustre no sean nulidades?», etc.

El brómido es, pues, un individuo á quien todo lo que es perfectamente evidente, le parece siempre nuevo; un gran inventor de vulgaridades y de muletillas, que exclama con entusiasmo que dos y dos son cuatro, defendiendo sus observa-

ciones con elocuente lógica; un charlatán que se dispara, con la precisión de un despertador, en cuanto se presenta ocasión de colocar una de sus venerables frases. Los brómidos piensan por el método del sindicato; marchan con la multitud, obedecen á la ley de los promedios, y pueden pronosticarse sus opiniones sobre cualquier cosa. Prosaicos, viviendo por regla y por rutina, se hacen cortar el pelo todos los meses, y tienen el culto del dogma; «puede uno estar seguro de que siempre serán cargantes, vulgares y cualesquiera».

Y ahora, ¡oh lector!—concluiremos diciendo con Schinz,—si á la pregunta del libro de Burgess: *¿Sois un brómido?*, vaciláis en contestar, he aquí un criterio para la respuesta: Si, después de leído el libro ó este articulejo solamente, os preocupáis de no volver á ver puestas de sol, ni á decir ninguna vulgaridad, entonces es seguro que sois bromídicos. Si tras esta lectura no os turbáis, y seguís ocupándoos de vuestras cosas como de ordinario, entonces... ¡no hay que perder las esperanzas! En todo caso, si vuestra conciencia os impusiera la contestatación afirmativa, no hay que desesperarse por eso. También el brómido tiene su parte buena. Según Burgess, «puede sentir amor y hasta casarse». Los brómidos son pacíficos y soporíficos. Antes de haber oído hablar de ellos, estabais aburridos de su monotonía, de su dogmatismo; pero á la luz de esta teoría, añade Burgess, los aceptaréis en adelante por lo que son, y gozaréis de ellos en nueva paz y alegría, no esperando nada de ellos.

IMPRESIONES Y NOTAS

La isla de los pingüinos.—Anatolio France, incansable y genial, ha enriquecido con una obra más, editada por Calmann-Levy, su ya rico equipaje literario. *La isla de los pingüinos* es una alegoría, es la reconstitución de la historia de la humanidad, hecha por un literato de primer orden, erudito y humorista.

San Mael, uno de aquellos celosos apóstoles de los primeros tiempos que iban predicando á todos los pueblos el Evangelio de Cristo, conquistando almas, avasallando corazones y arrastrando conciencias, visita la isla de los pingüinos, y engañado por la apariencia casi humana de las pacíficas aves que escuchan atentamente su predicación, los toma por seres humanos y los bautiza. El Padre Eterno se ve en grave apuro con el bautismo de los pingüinos, hecho nada menos que por un santo y con todos los requisitos del ritual. El único medio de salir del paso es convertir en hombres á los pingüinos, y eso es lo que hace Dios, y así empieza la historia del pueblo pingüino, que no es otro que la humanidad misma.

La historia de los pingüinos es digna de este comienzo cómico. Anatolio France declara que la historia es difícil de escribir porque «nunca se sabe con seguridad cómo han pasado las cosas», y aprovecha esta dificultad para hacer á la vez la sátira del hombre y la de la historia misma, con cierto humorismo filosófico que hace pensar en Voltaire, en Swift y en Rabelais. El origen de la propiedad lo relaciona con el hecho de hacerse dueño el más fuerte de la tierra y del trabajo de los demás: el del poder, con el del reconocimiento y afirmación de esa fuerza; y el de la religión, con el terror de lo desconocido, mantenido por los sacerdotes pingüinos.

La obra es desigual, pues como labor de fantasía no se halla sometida á método ninguno científico, y mientras episodios de escasa importancia aparecen extensamente desarrollados, sucesos trascendentales figuran en forma sumaria, siendo frecuentes las digresiones, que suelen ser las más interesantes.

*
* *

Cromoterapia.—Sabido es que los rayos del espectro solar obran sobre el cuerpo humano de diferente modo: el rojo es excitante; el naranjado y el amarillo lo son menos; el violeta, el azul turquí y el azul celeste calman; el verde, según Wund, proporciona alegría y tranquilidad.

Se ha comprobado, según el Dr. Caze, que los hombres prefieren el azul, el violeta y los colores oscuros, mientras que las mujeres prefieren el rojo y el amarillo. La cromoterapia está basada en el influjo que los colores ejercen sobre los enfermos. Da resultados favorables en la neurastenia cuando se aplica progresivamente, sin cambios bruscos y sometiendo al enfermo durante cierto tiempo á la acción de la luz coloreada, que se ha reconocido serle más favorable. El exceso de luz aumenta, por el contrario, la neurastenia.

Estas observaciones han sido hechas principalmente en los países tropicales, y de ellas ha sacado Deschamps interesantes enseñanzas. En primer lugar, el aumento de luz acrece generalmente la actividad, pero el sistema nervioso se afecta en seguida, especialmente entre los obesos; los rubios son en esto más sensibles que los morenos. Se ha notado también que los meses de verano en que la luz es más viva, los suicidios son más frecuentes que en invierno; observación que lo mismo puede aplicarse—con perdón de Deschamps y de Caze—á la luz que al calor, y que sin necesidad de acudir á los trópicos, podemos comprobarla en Europa mismo.

Los neurasténicos deben evitar la vivacidad de la luz coloreada, y se les puede aconsejar que habiten cuartos cuyos revestimientos no sean excitantes. Si están sujetos á gran sobrexcitación, harán bien en no tapizar su cuarto de trabajo ni su alcoba de rojo, sino de verde, azul ó violeta, que calmarán sus nervios. La experiencia ha demostrado, según Deschamps, que, acomodando el papel de las habitaciones al temperamento de la persona que las ocupa, se moderan y se corrigen los accesos de impaciencia ó de melancolía.

***

El paganismo contemporáneo.—Dice Sebillot que después de veinte siglos de cristianismo, el paganismo apenas ha sido atacado en su parte esencial, y que bajo el barniz cristiano, el

paganismo sigue viviendo con sorprendente vigor en los pueblos celto-latinos, en los que todas las circunstancias importantes de la vida se hallan marcadas todavía por ritos y ceremonias puramente paganos, restos de tradiciones profundamente arraigadas en el alma de los pueblos.

Como ejemplos, entre otros muchos, cita Sebillot los relativos al matrimonio y á la muerte. No hay práctica más curiosa de las que preceden al matrimonio, que la que hace intervenir la saliva como testimonio de amor ó como confirmación del compromiso adquirido. En el Sur de Italia, cuando un novio se presenta á la ventana de una joven para hacer su declaración, ella le escupe en la cabeza si acepta su amor. En Francia, el galán invita á la joven á que le escupa en la boca, costumbre comprobada en Aunis, Saintonge, Deux-Sévres, Vendée, Ille-et-Vilaine, etc.; á veces el acto es recíproco, como en la Charenta; en Plessala vá precedido de una ceremonia que termina diciendo el joven: «copie me dans la goule, je serons fiancé» (escúpeme en la boca, y quedamos casados).

En cuanto á la muerte, Sebillot describe los diversos métodos de embrujamiento usados en Europa, y menciona los que pueden observarse en el mismo París. En París, cuando se quiere embrujar á una persona, se enciende en casa ó en la iglesia un cirio con tres agujas ó alfileres; si caen las tres durante la operación, la persona de que se trata muere á las tres semanas, á los tres meses ó á los tres años.

Por lo que hace á lo que pudiera llamarse terapéutica supersticiosa, los hechos citados por Sebillot son inumerables, y prueban efectivamente que hay todavía en nuestros campos y en nuestras ciudades mucha ignorancia, pero nada más. Eso realmente no vale la pena de llamarlo sub-religión ni darle otro alcance que el que tiene: prácticas groseras tradicionales, actos aislados que no responden á ninguna concepción general, y que sólo revelan la ignorancia de quienes los practican. Mayores pruebas de paganismo inconsciente nos suministran la generalidad de nuestros cristianos con sus concepciones antro-

pormóficas de la divinidad, con las ideas de venganza y de ira que prestan á Dios y con su culto fetiquista á la imagen tal ó cual (la que priva en cada pueblo con esta ó la otra denominación).

*
* *

La cuestión de Oriente y Dios.—Es una leyenda búlgara, recogida por la *Revue Hebdomadaire*.

Cuando Dios distribuía sus dones, los primeros que llegaron al trono supremo para pedirlos fueron los turcos. Dios, por propia iniciativa, les dió el *Poder*.

Los búlgaros, sabiendo que Dios hacía regalos á los pueblos, acudieron á Él para obtener algo.—¿Y qué deseáis?—les preguntó Dios.—Señor, hemos sabido que repartes regalos, y por eso venimos y te rogamos que nos des alguna cosa.—¿Y qué cosa queréis vosotros, los búlgaros?—El Poder.—Ya se lo he dado á los turcos; pedidme otra cosa.—¡Qué trabajo has hecho, Señor!—Ya no tiene remedio. Benditos seáis, pero no retiro mi palabra. Os haré otro regalo: el *Trabajo*. Idos en paz.

Los hebreos olieron la cosa, y acudieron también.—¿A qué venís aquí?—les preguntó Dios.—Hemos venido en busca de nuestra parte de regalos.—¿Y qué regalo queréis?—El Poder, Señor.—¿El Poder? Ya lo tienen otros.—¡Ah! ¡Qué mal cálculo, Señor! ¿Por qué se lo has dado á otros, cuando tanta falta nos hacía?—Ya no tiene remedio. Os daré á vosotros el *Cálculo*.

Después llegaron los franceses.—¿Á qué habéis venido?—les dijo el Señor.—Á buscar un regalo.—¿Cuál?—Pues... el Poder.—¡Caramba! Se lo he dado á los turcos.—¡Curiosa invención!—Sea la *Invención* vuestro regalo.

Los griegos se presentaron los últimos.—¿Qué venís á buscar, griegos?—les preguntó Dios.—Hemos venido, Señor, para que nos hagas un regalo mejor que á todos los demás.—¿Qué regalo queréis?—Queremos el Poder.—¡Ay, griegos! Venís

demasiado tarde. Ya he distribuído todos los dones y no tengo ya nada que daros: el Poder lo han llevado los turcos; el Trabajo, los búlgaros; el Cálculo, los hebreos, y la Invención, los franceses. Ya no me queda nada para vosotros.—¡Somos víctimas de una intriga!—gritan los griegos con rabia.—Andad, no os apuréis; tengo todavía un medio de contentaros, y no os dejaré marchar con las manos vacías. Sea la *Intriga* para vosotros.

Y ninguno se fué satisfecho.

***

El Padrenuestro.—En la *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft*, de Giesen, trata Klein de la forma originaria del Padrenuestro. Sabido es que sólo San Mateo y San Lucas traen esta oración en sus Evangelios; en San Mateo forma parte del sermón de la Montaña; en San Lucas, Jesús lo enseña después de su visita á Marta y María. En el texto lucánico falta la súplica de «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» y la final de «líbranos del mal»; en San San Mateo, en cambio, falta la palabra «cotidiano» que la liturgia toma de San Lucas, y además en la petición «perdónanos nuestras deudas», San Mateo dice «como nosotros las hemos perdonado», y San Lucas «como nosotros las perdonamos».

¿Cuál es la verdadera forma originaria, la más auténtica y autorizada, la de San Mateo ó la de San Lucas? Los críticos y exégetas se dividen; pero Klein sostiene que es la de San Mateo. El texto de San Mateo tiene toda la perfección técnica de una plegaria judaica. Consta de tres partes: invocación, súplica y doxología, y encierra siete peticiones, como la oración hebraica modelo, la *Birkath Shebá*. Como los primeros discípulos de Jesús fueron fieles á las costumbres sinagogales y nacionales, el texto de San Mateo es evidentemente el que mejor representa la tradición evangélica, porque conserva mejor las

huellas del judaísmo de las primeras generaciones cristianas; á lo que podemos nosotros añadir, que siendo la fórmula de San Mateo mucho más perfecta que la de San Lucas, no debe haber duda en que aquélla es la auténtica, pues se explica fácilmente una omisión cualquiera por olvido, pero no una adición de la cosecha del evangelista á palabras emanadas del divino Maestro.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El Código penal, conforme á la doctrina establecida por el Tribunal Supremo, por Juan Antonio Hidalgo García.—Tomo I, XXIV-1.061 págs. Madrid. Hijos de Reus, editores, 1908; 15 pesetas.

Para la elaboración doctrinal del derecho penal español, que apenas se puede decir iniciada, lo primero que se necesita, como para otras análogas empresas, es la recolección y publicación de los materiales que han de servir de base al trabajo. La mayor parte de este material, que debe de ser abundantísimo, sobre todo el histórico, está todavía desconocido, y por lo mismo, inédito, esperando quien lo vaya descubriendo y sacando á luz ordenadamente. Otro tanto cabe decir del estudio relativo á nuestra jurisprudencia penal, ó sea á las prácticas seguidas en los diferentes tiempos por los tribunales de esta clase, á la aplicación más ó menos rigurosa y fiel que de las leyes vigentes en cada época han hecho, y al sentido con que al aplicarlas las han interpretado.

La obra cuyo primer tomo acaba de dar á la estampa el magistrado Sr. Hidalgo, representa un auxilio de bastante importancia para la labor aludida. Sólo abarca la jurisprudencia (que ya se sabe no es obligatoria, como lo es en lo civil y por el Tribunal Supremo sentada, no por los demás tribunales del orden criminal, donde ha de haber no poco aprovechable en varios sentidos) desde la publicación del Código de 1870, en interpretación de sus disposiciones y en resolución de las du-

das y controversias que la aplicación de las mismas ha suscitado desde que está vigente, pero no es poco. Decirlo, se dice en cuatro palabras; hacerlo, y hacerlo con escrupulosidad y tino y de manera que resulte útil al esfuerzo en ello empleado, ya es otra cosa. Y esto es lo que nos trae el libro del Sr. Hidalgo, el primero en su clase entre nosotros, hecho con la paciencia y la escrupulosidad que necesariamente han de acompañar á trabajos de esta índole, si han de ser verdaderamente fructíferos, y no simples manuales improvisados, puros sacacuartos y engañabobos, como pasa con un número no pequeño de ediciones del Código penal, «con la correspondiente jurisprudencia del Tribunal Supremo», que por ahí pululan.

El Sr. Hidalgo no ha construído ningún arco de iglesia, no; no debe tampoco habérselo propuesto (él no explica, verbi gracia, en un prólogo, los fines con que publica la obra); pero le da juntos ya, y colocados en cierto orden, elementos bastantes á quien tenga deseos y alientos para levantar la construcción. Con menos datos de los que en el volumen publicado se encuentran, se escriben infinidad de disertaciones, artículos, monografías y aun tratados, que sus autores califican de filosóficos, de sintéticos, de doctrinales, de teóricos. Un espíritu perspicaz puede, con el trabajo del Sr. Hidalgo á la vista, hacer mucha psicología criminal, según los juzgadores españoles, y también no poca de los juzgadores mismos.

El orden que el Sr. Hidalgo sigue es el de los artículos del Código penal. Al pie de cada uno agrupa, cronológicamente, las sentencias dadas por el Tribunal Supremo en diversas épocas para explicarlo é interpretarlo. Quizá hubiera sido preferible otro criterio de ordenación. El cronológico empleado debería ir acompañado de una indicación numeral de las sentencias referentes á cada artículo, con lo que se habría dado mayores facilidades para las citas, y aun para la utilización del libro, sobre todo en el caso de que éste llevara (que no sé yo si llevará en el segundo tomo) un índice detallado de materias.

Además de la jurisprudencia, hay frecuentes alusiones y

citas de disposiciones legales ajenas al Código penal, pero complementarias de él.

En suma, un libro de provecho, tanto para la práctica judicial y abogadil, como para el estudioso de lo que se suele llamar ciencia y filosofía jurídica y penal.

P. Dorado

***

« LA VIDA AUSTERA »

Más ó menos, según la capacidad moral de cada uno, pregúntanse los hombres de inteligencia clara y despierta, los que cren en la eficacia de la voluntad y la personal energía, qué entraña el *problema de la vida*, en qué consiste *la felicidad*, qué norma de conducta nos imponen la *razón* y la *vida social*. Ninguno de los seres que piensan y sienten, y atribuyen al vivir otras misiones que el goce material por los sentidos, puede ni quiere sustraerse al íntimo examen de su *yo* y de la posible influencia de ese *yo* en nosotros mismos y en los que de cerca ó de lejos nos rodean.

A partir de los tiempos más remotos en la historia del humano pensamiento, en variedad de lenguajes y desde múltiples puntos de vista, es incalculable lo que se ha escrito acerca del destino del hombre y de la huella que acá pueda dejar su paso. La filosofía y la ética, la psicología y la sociología, de no bien concretados límites, han pretendido abarcar y definir el concepto de la existencia humana y trazar reglas de conducta á la conciencia individual. Y esos estudios, que diríanse abstrusos y que en sí mismos quizás lo sean, adquieren indecible atractivo y llegan á sugestionarnos cuando nos los ofrecen aquellos que, dotados de una personalidad poderosa y bien acentuada, no se desdeñau de «humanizarse» y, pareciendo compartir en mucho nuestras flaquezas, vienen á ser en realidad, si amigos íntimos del ector, mentores simpáticos, pero

mentores al fin, de los que, con ánimo sereno y deseo de aprender, leen y meditan las páginas de sus obras.

He ahí una parte de lo mucho que ha herido nuestra reflexión al recorrer pausadamente los capítulos de la obra de don Pedro Corominas, que lleva por título el mismo de estas líneas (1). Sí — nos hemos dicho; — esta vez es verdad que *el libro es el hombre*. En estos párrafos palpita sin trabas el alma de su autor; son éstos sus íntimos pensamientos, y es suya, sin duda, personalísima suya, la ética en ellos difundida, aunque con facilidad puedan hacerla propia cuantos emprendan y terminen su estudio con buena voluntad y sin prejuicios de escuela.

Descartando la cuestión de las religiones positivas, remontándose á mayores alturas, y no menos descendiendo á las más hondas profundidades del espíritu, el Sr. Corominas ha dado, á nuestro entender, con el medio de hacer agradable á la mayoría de los hombres pensadores y prácticos, y de igual manera á los de «sentimiento», lo que él considera preciso para vivir y morir bien, esto es, inspirar en la austeridad todos los actos é ideas de la vida. Creemos no engañarnos al decir que aquellas mismas disquisiciones filosóficas que en los libros de autores celebrados de antaño parécennos desabridas é indigestas, y como tales, sentímonos inclinados á dejarlas de lado, adquieren, al remozarlas con su pluma nuestro compatriota, formas atractivas, aspectos que seducen, y llevan al lector, sin percatarse él mismo, á apurar el volumen hasta su última palabra.

Lo agrio, ese componente inseparable de toda austeridad, resalta con frecuencia en el grave y reposado estilo de la obra; mas, por encima de ese sabor, que no á todos gusta, dominándole, ahogándole, por así decirlo, es una dulzura, una trau-

(1) *La vida austera*. Edición catalana. Barcelona, Tip. L'Avenç, 1908. 359 páginas, 3 pesetas.

quilidad, una serenidad rara y gratísima, lo que inunda nuestra alma siguiendo al escritor en su osada excursión á lo más profundo de nuestro sér. Con él nos sentimos eternos, y, sugestionados por su vibrante y á menudo, casi siempre, poética frase, hacemos propósito de ser lo que él nos dice, de vivir y morir como él quiere y tiene por bueno vivir y morir. En más de una ocasión recelaremos que no nos sea posible mantener aquella su rigidez de principios, aquella su severidad de doctrina de acción; así y todo, seguiremos leyendo, y á vuelta de pocas páginas, nos encontraremos de nuevo identificados con su tan *humana* visión de los problemas que cada uno de nosotros es llamado á resolver, mal de su grado, antes ó después en sus terrenos, luchas por sí, por la familia, por la patria ó por la humanidad.

¿Hay que decir que no todos considerarán artículo de fe lo que, por ejemplo, escribe Corominas respecto á las *delicias de la tierra?*; ¿que muchos discreparán de su comprensión de la eternidad?... Mas esto, que parece y es tan importante, no sé si diga que pasa á segundo término en *La vida austera;* queda como semiolvidado ante el hechizo de aquella dicción robusta, ya plácida, ya majestuosa, ora aforística ó bien semidogmática, que nos arrastra y fascina sin sentirlo, y á ratos—ratos que se suceden con frecuencia—nos transforma como si fuera en autores del libro que estamos leyendo. Es que ese libro no es de hoy; su actualidad durará lo que dure entre los hombres el afán de ver á través de las brumas de su ser, del tiempo y del espacio. Es que la producción de Corominas se refiere desde el principio al fin, con ser catalana hasta la medula en su estilo y en su lenguaje y en su propia estructura, á cosas que son *humanas* en el más amplio sentido de la palabra. Es que la activa contemplación del mundo la realiza el reflexivo escritor de tal modo, y el punto donde se coloca para realizarla es tal, que hombre alguno de uno ú otro hemisferio, cualquiera que sea su raza, podrá creerse ajeno á las verdades allí estampadas, verdades de todo tiempo y de todo lugar, sentidas y compren-

didas *naturalmente* por cuantos hagan de su entendimiento y de su espíritu el uso á que están destinados uno y otro.

No es posible, para mí cuando menos, analizar una obra como *La vida austera*. Hay que leerla, mejor que esto, hay que estudiarla y meditarla; porque tengo para mí que en una sola lectura es punto menos que imposible hacerse cargo de *todo* el sentido que en ella se encierra. Para esto preciso es recogerse cada uno en sí mismo, hacer examen de la propia conciencia, registrar en los recuerdos personales y ver cómo esta vez y la otra vez aquellos recuerdos y aquel examen responden á las claras y parlantes notas del libro. No vacilamos en decirlo: los que esto hagan, los que serenamente lean el de Pedro Corominas, adquirirán el pleno dominio de sí mismos, y si ya están en posesión de este dominio, robustecerán en gran manera su fe en la «austeridad» y su creencia en la eficacia definitiva de la voluntad y la rectitud para cumplir los fines de la vida humana.

Dijera mucho, muchísimo más; pero por mucho que dijera, no habría de llegar, es seguro, á traducir fielmente la impresión que *La vida austera* producirá en quien lea sus páginas con sincero «humanismo» en su corazón y su intelecto.

B. Santos y Vall

ÍNDICE

Págs.

Un nuevo cisma religioso: La Iglesia Filipina Independiente, por W. E. Retana..... 5

De la huerta de Murcia, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 34

Méjico (estudio geográfico, económico y político), por Ramón Pérez Requeijo..... 55

España fuera de España: «La devoción de la cruz», de Calderón, por Laurent Tailhade..... 76

Raimundo Lulio en Palma, por Havelock Ellis..... 93

El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen..... 116

Parnaso internacional: Introito, por Federico Plessis 142

Recuerdos, por José Echegaray..... 145

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 166

Notas bibliográficas, por P. Dorado y B. Santos y Vall..... 196

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6. — Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Iherlng. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas,

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Barces, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.— Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
Anónimo.—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
Antoine.—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1,50.
Arnó.—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 ptas. —Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 ptas.
Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts. —La Oposición bajo los Césares 7 pesetas.
Bréal.—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
Brédig.—La elocuencia política en Grecia, 7.
Bret Harte.—Bloqueados por la nieve, 2 pts.
Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Bunge.—La Educación, 12 ptas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps. —Pasado y presente, 7 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Champcommunale.—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pts.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
Colombey.—Historia anecdótica de el duelo, 6 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2.
Conperus.—Su Majestad, 3 pesetas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
Dœllinger.—El Pontificado, 6 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
Dumas: Actea, 2 ptas.
Eitzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La Ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas. — Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ptas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fichte.—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas. —La Ciencia social contemporánea, 8 ptas. —Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas. —La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
George.—Protección y librecambio, 9 ptas. —Problemas sociales, 5 pesetas.
Giurlati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts. —Sociología inductiva, 6 pesetas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Gonblang.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas. —Las Favoritas de Luis XV 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
Goodnow.—Derecho Administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
González.—Derecho naval, 5 pesetas.
Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas. —La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Höffding: Psicología Experimental, 9 ptas.
Hume.—Historia del Pueblo Español, 9 ptas. —Historia de la España Contemporánea, 8.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Jitta.—Método de Derecho internacional, 9.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Wilrzburg. —Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Korolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Larcher y P. J. Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 ptas.
Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.
Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 ptas.
Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.
Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Florettl.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.
Mandnca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.
Martín.—La moral en China, 4 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 ptas.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 ptas.
Meneval y Chantelance.—María Estuardo, 6 pesetas.
Mercier.— Lógica, 8 pesetas. — Psicología, 2 tomos, 12 pesetas. — Ontología, 10 pesetas. —Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses, 2.
Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 t., 15 p
Mommsen.—Derecho público romano, 12 ps. —Derecho penal romano, 2 tomos, 18 ptas.
Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas. —La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Ultimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Potapenko.—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
Prévost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 12 tomos, 83 ptas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Rod.—El silencio, 3 pesetas.
Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
Roosevelt.—Nueva-York, 4 pesetas.
Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza. —La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5.
Sansonetti.—Derecho Constitucional, 9 ps.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.—Eudemonología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 ps. La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 ptas.
Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 pesetas.
Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.
Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Sombart.—El Socialismo y el Movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.
Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.
Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 ptas.
Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pts.
Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho Internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 2 tomos, 17 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
Tchekhof.—Un duelo, 1 pta.
Turgueneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.
Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Arumburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida.)—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bauces, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pelló, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos (Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.
Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.
Wallace.—Rusia, 4 pesetas.
Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa. 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
Whitman.—La Alemania Imperial. 5 ptas.
Willaughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.
Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vols., 15 ps.
Wundt.—Compendio de Psicología, 9 ptas. —Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por la Administración de LA ESPAÑA MODERNA

Max-Muller: La Mitología comparada, *7 ptas.*—**Emerson:** Los veinte ensayos, *6 ptas.*—**Green:** Historia del pueblo inglés, 2 tomos, *18 ptas.*—**Schopenhauer:** Estudios de historia filosófica, *4 ptas.*—**Mac-Donald:** El criminal tipo, *8 ptas.*—**Ricci:** Derecho civil, tomos X y XI, *12 ptas.*

LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintiún años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

En España, seis meses, **10 pesetas**; un año, **18 pesetas**.—Fuera de España, un año, **24 francos**. El número suelto en España **1,75 pesetas**, en el extranjero **dos francos**. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid.—**Director: J. LAZARO.**

LA ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AÑO 21. NUM. 243.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1909

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

EL DESASTRE DE CAVITE

SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS

Preliminares.

A muchos parecerá ocioso ocuparse de un suceso ocurrido hace cerca de once años, sobre el cual ha formado su juicio la opinión pública, culpando del resultado adverso á los Gobiernos anteriores y contemporáneos de aquella fecha de triste recordación. La opinión pública, én este caso, no ha sido bien informada. Ha admitido como ciertas, noticias inexactas, y se ha contentado con tener lástima á los que expusieron su vida en la desigual contienda con la escuadra norte-americána, y á lo sumo declarando víctimas á los que se vieron obligados á luchar sin barcos de combate, sin artillería de buen alcance y sin el personal indispensable para el completo de las dotaciones.

Por otra parte, las Islas Filipinas están muy lejos, y lo que en aquellos remotos países pasaba no podía interesar, ni con mucho, como si se tratara de la Isla de Cuba, con la cual eran frecuentes las comunicaciones y muy estrechos los lazos de amistad y de comercio que la unían con España.

La imprevisión española seguía siendo la misma de siempre. Mientras que los Estados Unidos norte-americanos acometían con afán y sin descanso su propósito de regenerar y aumentar su marina de guerra, España perdía cada vez más su importancia como potencia naval, sin darse cuenta de que

la gran república americana era su enemigo natural, puesto que, «*de grado ó por fuerza* (según decía el general Grant), debía ser suya la Isla de Cuba, la llave del seno mejicano.

Por los años de 1858 revistó el almirante Farragut la escuadra de los Estados Unidos en Cayo Hueso, y, haciendo comparación con los buques de guerra españoles que había en la Habana, se asegura que informó á su Gobierno que en aquella escuadra no había organización ninguna, hasta el punto de que no podía sufrir competencia con la española. Desde entonces data el impulso que se dió á la Marina en los Estados Unidos, hasta ponerla en el estado floreciente actual, sin olvidar la constante aspiración de poseer la Isla de Cuba á toda costa.

En Noviembre de 1896 fué nombrado el que esto escribe para el cargo de comandante general de Marina de Filipinas, y, sin pérdida de tiempo, se dispuso para emprender su viaje. Se despidió de la Reina Regente Doña María Cristina, oyendo de sus labios frases de afecto y de agrado. Se despidió igualmente de los ministros de Ultramar y de la Guerra, así como del Presidente del Consejo. Al primero, D. Tomás Castellanos, le dijo: «que sería muy conveniente que el cable submarino amarrado al cabo Bolinao (Luzón) se fijase en Manila, donde estuviese á la disposición inmediata del Gobernador general, sin temor de que lo inutilizara alguna partida insurrecta al cortar el telégrafo terrestre, apoderándose de la caseta del cable, hecho que no sólo acarrearía la incomunicación con la Metrópoli, sino que además podría ocasionar un conflicto internacional, por ser ingleses los empleados del cable. El señor Castellanos ofreció ocuparse con sumo interés de tan importante asunto, poniéndose de acuerdo con los ministros de Marina y de la Guerra, á fin de que un buque del Estado protegiera por mar la caseta del cable, mientras que lo haría por tierra un destacamento de cazadores de Caballería.

El general Azcárraga (ministro de la Guerra) confirmó lo ofrecido por Castellanos, y D. Antonio Cánovas del Castillo (Presidente del Consejo), contestando á la petición que le hice

de más buques de guerra, y, á ser posible, alguno de combate, dijo que ya había pensado en ello; que el transporte *Alava* (!), recién construído en Inglaterra, saldría en breve para Manila, siguiéndole los cruceros protegidos *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*. Observé respetuosamente al Presidente, que estos dos buques, llamados pomposamente cruceros, eran simples cañoneros, y no serían de gran auxilio á las escasas fuerzas navales de Filipinas; á lo que replicó Cánovas «que Beránger le había asegurado que eran muy útiles, y como tenían *cubierta protectriz*, servían más para la guerra que otros de mayor porte (*sic*). Por lo demás—añadió aquel eminente hombre de Estado,—si bien el Japón puede inspirar temores, no hay que preocuparse de ello por ahora, y en cuanto á las demás potencias, con todas nos hallamos en cordiales relaciones.

Salí de la Presidencia poco satisfecho del aumento que iban á tener las fuerzas que debía mandar pronto, reducido á dos pequeños buques, de dudosa utilidad, y á un transporte, mediano nada más.

Ciertamente, por el momento, nada hacía temer una guerra con el extranjero; pero hallándose el Archipiélago Filipino á 3.000 leguas de España, ¿no era prudente situar en él una escuadra respetable, ó al menos eficiente, en previsión de las eventualidades del porvenir?

No se podía entonces profetizar lo que aconteció después; pero muchos veían como yo dibujarse negros nubarrones que amenazaban convertirse en una terrible tempestad.

Ya no existía en las Islas Filipinas aquella tranquilidad que se disfrutaba tiempos atrás. Los indígenas no inspiraban confianza; la humildad que afectaban respecto á los europeos era aparente, ocultando su odio contra *los castilas*, explotado por los corifeos de la insurrección, más ó menos encubiertos, que aspiraban á verse libres de toda tutela y á gobernarse con independencia, poniendo en práctica sus ideales utópicos los más, haciendo responsables á los españoles de las faltas cometidas por algunos, debidas, por desgracia, triste es confesarlo, á la

desacertada elección del Gobierno central para los destinos de Ultramar.

El 9 de Diciembre salí del puerto de Barcelona en el vapor correo *Isla de Mindanao*, llegando á la bahía de Manila el 7 de Enero de 1897.

El vapor conducía de transporte un batallón de cazadores de los llamados expedicionarios, formado por muchachos, la mayor parte sin haber terminado su desarrollo, quienes, como otros muchos, fueron al Archipiélago Filipino á encontrar allí una tumba ignorada, ó á hallarla más tarde en la Península, unos en los hospitales y otros al lado de sus atribuladas familias, sin contar los que fallecieron en la travesía, siendo sepultados en el Océano, ese inmenso sepulcro sin lápidas ni rastro de lo que guarda en su hondo seno.

Bajo favorables auspicios, emprendí la navegación á Manila, adonde iba por cuarta vez. El ilustre teniente general D. Camilo Polavieja acababa de encargarse del mando superior del Archipiélago Filipino, en relevo del general Blanco, cuya conducta indecisa lo había hecho inconveniente en aquel alto puesto para los intereses de España. Polavieja, antes de dar comienzo á las operaciones por la provincia de Cavite, toda ella dominada por los insurrectos, dando prueba de previsor y estratega, dió una batida por Bulacán y la Laguna, situó alrededor de Manila suficientes fuerzas para defensa de la capital, y se ocupó del abastecimiento de boca y de guerra para el ejército expedicionario. Con un tacto muy digno de elogio, para que la marina cooperase con toda eficacia á las operaciones de la campaña, me dió el mando de la plaza de Cavite, con los fuertes avanzados de Binacáyan y Dalahícan, sabia medida que contribuyó al buen éxito de las operaciones militares, pues que, promoviendo un noble estímulo entre los marinos, evitaba todo motivo de rozamiento y de disgusto.

Diariamente nos veíamos el general Polavieja y yo, perfectamente de acuerdo. Seguramente se hubiera vencido por completo la insurrección bajo el mando de aquel caudillo. Pero,

por desgracia, disgustado con el Gobierno de Cánovas del Castillo, á causa de la desafección con que lo trataba, principalmente por haberle negado los refuerzos de tropa que consideraba necesarios para mantener los lugares recuperados, y recrudecido su padecimiento del hígado con el paludismo, tuvo que trasladarse á Manila, quedando de hecho en suspenso las operaciones.

El 13 de Abril de 1897 salió para España el general Polavieja, y el 23 siguiente llegó en su reemplazo el capitán general D. Fernando Primo de Rivera, que, en general, fué bien recibido. Era la segunda vez que iba á Manila con el mando supremo, y á su gran experiencia del país, unía un carácter afable y bondadoso, un talento claro y perspicaz y otras condiciones naturales que le conquistaban el afecto de cuantos le trataban.

Primo de Rivera no descansaba un momento: infatigable en el trabajo, trataba con maña de suavizar asperezas y de captarse las simpatías de los filipinos, afable con todos y enérgico cuando convenía. Con algún tiempo más del que permaneció en Filipinas, hubiera podido acabar probablemente con la insurrección; pero el Gobierno liberal, que mandaba desde la muerte traidora de Cánovas, quería la paz á toda costa, y el ministro de Ultramar (Moret) decía en cablegrama de 4 de Diciembre: «Dado estado financiero y complicaciones posibles, pacificación es importantísima.»

Apresuróse, pues, el general Primo de Rivera, y después de algunas negociaciones preliminares, el 12 de Diciembre se firmó el pacto de Biac-na bató.

Entretanto, España se hallaba como sobre un volcán. Las relaciones con los Estados Unidos estaban muy lejos de ser cordiales. La gran República norte-americana no esperaba más que una ocasión y un pretexto para declararnos la guerra, mezclándose de una manera encubierta en los asuntos de Cuba y censurando abiertamente los procedimientos de las autoridades españolas.

La voladura inexplicable del crucero *Maine*, que ocurrió en el puerto de la Habana el 15 de Febrero de 1898, llenó de indignación á los *yanquis*, y aunque de las investigaciones oficiales de los americanos y de los españoles no se encontró nada que diese motivo para acusar á ninguna personalidad determinada del atentado supuesto, el pueblo de los Estados Unidos y las Cámaras pidieron la guerra contra España. Este resultado venía preparándose de larga fecha, y á nadie extrañó más que á España, que, como de costumbre, se hallaba desprevenida.

El 21 de Abril se declaró la guerra, y el ministro de Marina de los Estados Unidos dictó con antelación á las estaciones navales de su país órdenes reservadas, para tomar con rapidez las medidas convenientes.

Las relaciones diplomáticas de España con los Estados Unidos se iban haciendo muy tirantes; y si bien los telegramas que recibía el gobernador general de Filipinas del ministro de Ultramar (Moret) eran tranquilizadores, no sucedía así con los del ministro de la Guerra (Correa), quien el 12 de Marzo expresaba claramente sus temores de *reyerta* (palabra textual del despacho). El día 15 siguiente reunió el general Primo de Rivera, en su palacio de Malacañang, junta de autoridades y notables, á la que asistí con mi jefe de E. M. (Boado). Hizo presente aquel general que ante los temores no justificados suficientemente de guerra con los anglo-americanos, era necesario prepararnos, sin poder contar más que con los escasos recursos de que se disponía; y como la Marina había de desempeñar un papel importante, invitaba á hablar al almirante, para que emitiese su opinión antes que nadie. Así lo hice, manifestando que, según cartas de nuestros cónsules en Shanghai y en Hong-Kong, se estaban concentrando en este puerto los buques de la escuadra, que los Estados Unidos tenían destacada en Asia, distribuída en los puertos de China y del Japón, y que indudablemente se disponía á batirse, porque en Shanghai y en Yokohama se habían desembarcado las señoras que

se hallaban con sus maridos en algunos buques. Estos eran modernos, de gran marcha, todos protegidos, provistos de poderosa artillería, con muchos cañones de tiro rápido. Que se había unido á la escuadra el hermoso crucero *Olympia*, llevando á su bordo al comodoro Dewey, oficial general muy acreditado, y que en Honolulu se hallaba el acorazado *Oregón*, buque formidable, dispuesto á salir para Hong-Kong al primer aviso. En cambio, nuestra pobre escuadra, sin un solo acorazado, compuesta de buques viejos, de poco andar y mal artillados, contando como únicos buques modernos los mal llamados cruceros *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*, no podría resistir seguramente el empuje de los americanos; añadiendo, por último, que irremediablemente sería destruída.

Preguntándome el general Primo de Rivera qué medidas creía que debían tomarse, contesté: «Que, de acuerdo con lo que le había oído á él mismo, el hermoso y seguro puerto de Súbic, que se halla á 30 millas al Norte de la bahía de Manila, debía ser refugio para casos extremos, conceptuándolo de excepcionales condiciones como puerto militar; proponiendo que, sin pérdida de tiempo, siquiera provisionalmente, se defendiese para que se situara en él nuestra escuadra aguardando allí al enemigo, dispuesta para en el caso de ser hostilizada Manila, acudir de noche en su defensa, atacando por sorpresa á los americanos en detall cuando un aviso telegráfico indicara el momento oportuno para esa evolución.»

El general Primo de Rivera, conforme en todo con mi opinión, me pidió informara sobre lo que convenía hacer en Súbic. En contestación, indiqué la conveniencia de cerrar su entrada oriental con barcos echados á pique, defender el canal del Oeste con cañones montados en la isla Grande y en la costa Norte, cuyos fuegos se cruzarían fácilmente, y fondear en línea por la parte interior los catorce torpedos Mathieson, únicos que teníamos en Cavite, y, hecho ésto, situar en línea los buques de la escuadra por dentro, pudiendo resistir á los americanos al amparo de las baterías establecidas y de los torpe-

dos fondeados. Mi proposición fué aceptada por el general, manifestándose de acuerdo con defender á Súbic, que ya debía estarlo hace muchos años según había expuesto por extenso en 1880. Incontinenti, dió orden á los subinspectores de Ingenieros (Rizzo) y de Artillería (Arizmendi), para que fuese á Súbic una comisión mixta para estudiar el emplazamiento de los cañones de á 15 cm. Ordóñez que había en Manila, y que dos de ellos se montaran en la punta Sangley (Cavite).

El general Primo de Rivera, al ver palpablemente que, lejos de haber mejorado la situación, había empeorado realmente, por causas ajenas á su voluntad, se hallaba profundamente disgustado. Se oía decir por todas partes que los jefes insurrectos habían licenciado por seis meses á sus secuaces. En suma, que los rebeldes admitían un armisticio y nada más. Entretanto, los cabecillas que habían ido á Hong-Kong con Aguinaldo, conspiraban allí, utilizando el dinero que habían recibido como premio á su aparente sumisión.

Vacilaba Primo de Rivera en la resolución que debía tomar; el ministro de Ultramar (Moret) no contestaba claramente á su propuesta de quedarse, si había guerra, en cualquier puesto que se le designara. Por fin, el 11 de Abril de 1898 entregó el mando al teniente general D. Basilio Augusti, que acababa de llegar de Barcelona.

Las noticias que tenía de Súbic no me satisfacían. Decidí marchar á dicho puerto para enterarme del estado del emplazamiento de los cañones, y antes hice remitir allí 600 toneladas de carbón y víveres en abundancia, y dispuse, además, que inmediatamente se echaran á pique tres buques en la boca del Este para inutilizarla, bajo la dirección del capitán de navío Del Río, el cual tenía empleados 200 hombres para montar los cuatro cañones, que debían emplazarse en la isla Maquiting solamente, porque la costa del Norte era muy escarpada y no podía admitir artillería. Facultado por el capitán general (Primo de Rivera) para emplazar algunos cañones en la isla del Corregidor y en el islote Fraile, como medida provisional,

y de fondear en el canal algunos torpedos, preparados como se pudo, en Cavite, se comenzaron los trabajos necesarios el 29 de Marzo, dirigidos por el coronel de Artillería de la Armada (Garcés).

En los primeros días de Abril reuní en mi casa de Manila una junta, compuesta del comandante general del Arsenal, de los jefes militares del mismo establecimiento, del comandante de las fuerzas de infantería de Marina y de los comandantes de los buques. Se trató de la eventualidad de que los Estados Unidos nos declararan la guerra, en cuyo caso no podíamos contar con más recursos que los limitados que poseíamos, ni con más buques que los deficientes que teníamos, ni más torpedos que los catorce que había en el Arsenal, en mal estado, por cierto. Además, el ministro de Marina no daba instrucciones de ninguna especie, dejando á mi arbitrio, celo é inteligencia las determinaciones que habían de tomarse.

Las opiniones estaban divididas. El general del Arsenal y tres jefes más optaron por que la escuadra se quedase en la bahía de Manila, ya sobre el Arsenal ó bien á la entrada por boca chica; pero la mayoría, en la que yo me contaba, se inclinaba á ir al puerto de Súbic, con tal de que se hallase ya suficientemente defendido.

Se aprovecharon las puntas de combate de los torpedos que tenían algunos buques de la escuadra, que se fondearon cerca de Pulo Caballo hacia dentro de la bahía, formando una superficie triangular.

El 12 de Abril, al embarcar para España el general Primo de Rivera, aún no se sabía con certeza si había ó no guerra.

El ministro de la Guerra se mostraba pesimista, mientras que el de Ultramar, siempre optimista, abrigaba la esperanza de llegar á una avenencia con los Estados Unidos.

En cuanto al de Marina (Bermejo) contestaba á mis cablegramas pidiendo auxilios, diciendo que nada podía enviar, porque lo poco de que disponía lo necesitaba en la Península, donde era más perentorio que en las Filipinas (¡!).

En tal incertidumbre, mi situación era muy penosa. Me hallaba sin instrucciones ni auxilio de España. Sin más buques que cuatro, dignos de ese nombre, pero no de combate; sin torpedos, con pocos cañones, de mediano calibre, y mucha falta de personal idóneo para su manejo. Con tales elementos, tenía por segura la destrucción de mi irrisoria escuadra si llegaba á tener un choque con la enemiga. Así se lo manifesté al ministro de Marina y así lo hice presente en la Junta celebrada el 15 de Marzo.

¿A qué puerto me dirigiría que no dieran con mis buques los americanos?

Si diseminaba los barcos, irían cayendo uno á uno en poder del enemigo, superior en marcha á los míos.

Por lo demás, tal recurso no era factible emplearlo, porque el Gobernador general se opondría seguramente á que me ausentara de Manila, de lo que me hallaba convencido.

En tales circunstancias aflictivas, y cuando de un momento á otro, según toda probabilidad, entrarían los americanos en el puerto de Súbic, lo indicado era rehuir el combate, diseminando los buques. Pero, ¿cómo hacerlo, si el ministro no lo ordenaba? En manera alguna podía tomar esta resolución por mí, exponiéndome á un serio conflicto con el Gobernador general, cuyas ideas me eran conocidas.

Las baterías de la entrada de Manila se hallaban casi completamente listas, y aún se esperaba recibir de España los 70 torpedos (¡!) anunciados por el ministro (que no llegaron nunca).

Por fin, el 25 de Abril por la noche salí para Súbic con la escuadra, después de visitar al Gobernador general (Augusti), el cual me dijo que no se oponía á mi marcha, por ser acuerdo de la Junta presidida por Primo de Rivera. Le manifesté que quedaban á sus órdenes, en disposición de hacer fuego, las seis baterías provisionales que defendían las bocas de la bahía, constituídas como sigue:

En el islote *El Fraile*, tres cañones: uno de á 12 cm., Hontoria (del *Ulloa*), y dos ídem (del *Lezo*).

Su comandante el teniente de navío de primera clase Benavente.

En Pulo Caballo, tres de á 15 cm. (del *Velasco*).

Su comandante el capitán de fragata, Menacho.

En la isla *Corregidor*, tres de á 180, Armstrong.

Su comandante el teniente de navío de primera clase, Miranda.

En Mariveles, *Punta Oeste*, tres de á 16 cm., Palliser.

Su comandante el teniente de navío, Rodríguez de Castro. En la punta de *Lasisi,* dos de á 16 cm., Hontoria.

Su comandante el capitán de Artillería de la Armada, Rivera. Además, tenía el coronel Garcés en lo más elevado del *Corregidor,* para señales, un cañón de tiro rápido.

El cañonero *Arayat*, su comandante el teniente de navío, Cearro, para el servicio de las baterías y vigilancia exterior.

El cañonero *Leite*, su comandante el teniente de navío, Peral, para la vigilancia interior.

La lancha *Sansón*, su comandante el teniente de navío, Suanzes (D. Carlos), que se había ocupado en la colocación de los torpedos provisionales (?).

Cuando llegué á Súbic, y vi que los cuatro cañones de á 15 cm. aún no estaban montados, mi desengaño fué muy grande, y decidí volver á Manila, porque hubiera sido locura esperar allí al enemigo, puesto que, además de ser destruída la escuadra, las pérdidas de vidas serían grandes por el mucho fondo.

En contraposición á lo que pasaba en España, voy á extractar, del Anuario del Ministerio de Marina de los Estados Unidos para 1898 (1), algunos despachos telegráficos, que prueban la prosecución de un plan decidido para hacer la guerra á España, sin perdonar medios.

Ya en 11 de Enero decía el ministro de Marina, Mr. Long,

(1) Appendix to the Report, of the Chief of the Bureau of Navigation.

á Mr. Seldfridge, que mandaba un buque de estación en Villefranche-sur-Mer: «Suspenda licenciamiento de marineros. Instrucciones detalladas por correo.»—El mismo decía el 17 á Mr. Wilmington, de estación en la isla de Guadalupe: «...Cruzar sobre islas barlovento, sin tocar puertos españoles...» El 27 de Enero, al comodoro Dewey, que estaba con el *Olympia* en Yokohama: «Suspenda licenciamiento tripulaciones cumplidas.» Al mismo, 25 de Febrero, á Hong-Kong: «Reservado y confidencial. Concentre escuadra, excepto *Monocacy*. Mantenga relleno carbón. Si ocurre declaración guerra España, debe, principalmente, evitar que escuadra española deje costa asiática, y luego procederá operaciones ofensivas en Filipinas.»

Mr. Long ordenaba por telégrafo, el 26 de Febrero, á las estaciones navales de los Estados Unidos en La Guaira, Barbadas, Honolulu, Lisboa, Hong-Kong y Cayo Hueso, que los buques estuviesen abarrotados del mejor carbón que pudiesen adquirir. Disponía la admisión pronta de fogoneros y de otros individuos de clases subalternas, y que se proveyese á los buques de las municiones de guerra necesarias.

Los americanos sabían adónde iban, y obraban en consecuencia; mantenían en el engaño al Gobierno español, reservándose declarar la guerra cuando y como les conviniera.

En España se ignoraba todo, y nada se hacía en previsión de lo que pudiera suceder.

El pueblo y la mayoría de los españoles no ven en la Marina más que una corporación de lujo, y en los barcos, máquinas complicadas muy costosas. Además, hay en el país una ignorancia crasa acerca de la utilidad de la Marina y de su objeto, así como de la influencia que puede y debe ejercer en la vida de la nación.

Todo español es militar por instinto, pero en tierra. El toque de un tambor ó de una corneta lo exalta y anima; la música militar y lá vista de un batallón marchando, le enardece y entusiasma.

La glorias del Ejército le entusiasman y admiran.

Los hechos notables de la Marina, ni los conoce, ni le conmueven aunque oiga hablar de ellos.

A raíz de la voladura del *Maine* en el puerto de la Habana, empezó á preocuparse la atención general en España, por la eventualidad de una guerra con los Estados Unidos. Lo primero en que pensó el Gobierno fué en mandar soldados y más soldados á Cuba, la mayor parte mozos sin desarrollo físico ni instrucción militar de ninguna clase.

¿A qué iban á Cuba? ¿A evitar que se emancipara aquella isla codiciada de los yanquis? ¿A batirse con estos últimos?

Nada ni nadie podía impedir que un pueblo, separado por una gran extensión de mar de la metrópoli, consiguiera su independencia, después de una obstinada lucha y de repetidas insurrecciones.

Y en cuanto á combatir con tropas en tierra á los buques, sólo podría ocurrirse á españoles fanáticos é ignorantes.

Aquellos héroes ignorados, aquellos dóciles instrumentos de un Gobierno torpe, fueron á morir, no en los campos de batalla, sino en los hospitales, ó á su regreso á la patria, más tarde, de enfermedades y de mala y escasa alimentación.

Las noticias iban siendo más alarmantes cada día.

El 11 de Abril dije por el cable al ministro de Marina: «...Están en Hong-Kong los cruceros protegidos *Olympia, Baltimore, Boston* y otro, con tres cañoneros. Artillado, más de 50 cañones. Velocidad media, 17 millas. Vendrán tan pronto se declare la guerra...» El 12 siguiente, contestó el ministro: «Enterado... espero que celo y actividad V. E. suplirá deficiencias» (!).

El 16 telegrafié de nuevo: «Tengo para combatir *Reina Cristina, Austria, Isla de Luzón, Isla de Cuba....* sólo para estar á la defensiva. Con dos acorazados hubiera podido tomar

la ofensiva y hasta hostilizar California.» Contestación: «Quedo enterado...» (!)

Los comentarios no son favorables para el Gobierno, ciertamente.

Las personas sensatas no desconocían que la guerra, que ya se vislumbraba, sería esencialmente marítima; pero en periódicos importantes se aseguraba que la escuadra de Filipinas constaba de más de 30 barcos (!), todos ellos nuevos, de mucho andar; mejores que los americanos y en mayor número (¡!).

Llegó el 21 de Abril, y el ministro de Marina de los Estados Unidos (Mr. Long) dirigió al comodoro Dewey, en Hong-Kong, los siguientes despachos: «1.° Desembarque todo el maderamen que pueda entorpecer operaciones de guerra.—2.° La escuadra del Atlántico está bloqueando Cuba....—3.° Ha comenzado guerra entre Estados Unidos y España. Diríjase inmediatamente á las Islas Filipinas. Emprenda operaciones, particularmente contra escuadra española. Capture ó destruya buques. Con el mayor empeño.»

Contestó Dewey el 25: «La escuadra saldrá para Filipinas en cuanto llegue cónsul de los Estados Unidos en Manila.»

Y el 27: «Llegado de Manila cónsul Williams. Inmediatamente saldrá escuadra para las Islas Filipinas.»

Mr. Oscar Williams, cuya procedencia era la de profesor de un colegio, llevaba poco tiempo de residencia en Manila. Hombre activo y astuto, logró pronto entenderse con algunos de los corifeos de la insurrección, siempre en pie, aunque encubierta, y no perdonaba cuantas ocasiones se le ofrecían para enterarse de los proyectos de la primera autoridad, y de lo que pensaba hacer en previsión de que llegase la guerra con los Estados Unidos. Aunque tenía autorización de su Gobierno para ausentarse, atento á su espionaje, se mantenía en su puesto, hasta poder dar noticias completas al comodoro Dewey, con quien estaba en correspondencia frecuente.

Comprendiendo que los paseos que solía dar Williams á la entrada de la bahía, en una lancha de vapor, tenían por ob-

jeto enterarse de los trabajos de defensa, aconsejé al Gobernador general (Primo de Rivera) que le diese pasaporte, pero no lo creyó conveniente.

Por último, el 24 de Abril, provisto sin duda de datos interesantes, y llegado ya el momento de obrar, salió Mr. Williams en el vapor inglés *Esmeralda*, para Hong-Kong, dejando encargado del despacho al cónsul de S. M. B., en Manila, Mr. Rawson Walker.

Con Williams marcharon dos filipinos, muy prácticos de la bahía de Manila, concertados con otros insurrectos, que deberían hacer señales en lo alto de la punta de la *Restinga* á los buques americanos, al intentar entrar en la bahía.

El 27 de Abril encontró el *Esmeralda*, pocas millas al Sur de Hong-Kong, á la escuadra de los Estados Unidos, y, según lo convenido con Dewey, transbordó Willians al *Olympia*, conferenciando extensamente durante la navegación, que fué próspera.

El comodoro Dewey se había dejado decir en Hong-Kong: «No espero que los buques españoles presenten combate al *Olympia*, al *Baltimore*, al *Raleigh* y al *Boston*, cuya superioridad considero extraordinaria sobre aquéllos.»—Sin embargo, para dar importancia á su victoria, tuvo Dewey la osadía, después de la acción, de asegurar que los españoles tenían superioridad en buques y hasta en torpedos (¡!).

Por orden de Dewey, entraron en el puerto de Súbic el crucero *Boston* y el cañonero *Concord;* lo reconocieron minuciosamente; pero ya no encontraron nuestros buques, que el día anterior habían regresado á Manila.

El cónsul español en Hong-Kong (Navarro) me avisó por el cable de la salida de los americanos, añadiendo que su objeto era destruir nuestra escuadra, y luego tomar á Manila.

Desde Olongapó (Súbic) me comunicó además del *Del Río* los movimientos del enemigo.

El contralmirante,
PATRICIO MONTOJO

(Continuará.)

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPITULO VI

El teatro de la fiesta era de nuevo la plazoleta de delante del edificio, adornada con guirnaldas, farolillos de colores, y el pabellón ricamente engalanado, erigido en una especie de pradera bajo los árboles, y en donde se había de verificar el baile. Después del caldeado ambiente del comedor, las puras emanaciones del aire libre produjeron en la multitud acción bienhechora, y la templada y tranquila noche, aún completamente estival, alejaba el temor de un enfriamiento aun del ánimo más apocado. Los viejos, sentados en torno de las mesas, charlaban vivamente; los hombres, chupando sus humeantes cigarros y refrescando con buenos tragos de vino. Del pabellón salían los ecos, interrumpidos sólo por breves instantes, de la orquesta municipal que, para satisfacción de los oídos delicados, había sustituído á la estridente banda militar.

Guido abrió el baile con Eleonora. Como en aquel círculo era, sin disputa, la persona principal, le correspondía este derecho; pero la elección de pareja sorprendió bastante. Si bien

se trataba de una fiesta en el campo, en que se podía prescindir de una rigurosa etiqueta, no era posible olvidar las consideraciones debidas, y no pareció discreto en el conde Guido distinguir de tal modo á una dama, á quien era cuestionable si se podía considerar como tal, en el verdadero sentido de la palabra.

Positivamente, el suceso produjo comentarios de la índole expuesta, en el círculo, incluso entre los caballeros, comentarios cuyo centro de gravedad era Kitti, la única rival seria de Eleonora. En el grupo que rodeaba á Eleonora negábase esta rivalidad, pues entre una estrella de primera magnitud y una estrella de segunda, no podía haber disputa. La señora de Ozanski, que declaró estar completamente enamorada de la joven, lanzó la frase: «Primadonna y Soubrette», comparación que el señor de Brandt hizo comprensible á los hombres, diciendo: «Pura sangre y media sangre».

Poco le importaban á Eleonora estos comentarios; oía los aplausos como desde un carro triunfal. Eran los primeros de su vida, pues las estrechas relaciones en que se había desarrollado su juventud y después la dependencia de su posición social, no la habían proporcionado ocasión para ello. Esto pensaba mientras los caballeros pululaban á su alrededor pidiéndola una danza fuera de turno; atravesaba la sala, ora del brazo de éste, ora del brazo de aquél, oyendo atenciones y galanterías en los momentos de descanso. En su mano estaba, con una sola palabra, prolongar esta marcha triunfal y hacer con los años venideros una cadena de triunfos como aquél, y aun más brillantes. Y pensaba que era una tonta si no pronunciaba esta palabra, por respetar el prejuicio de que no se debe pronunciar si no la dicta el más apasionado amor, aquel amor que no la había proporcionado, fuera de unas cuantas horas dichosas, otra cosa que dolor y amargura, y aquella tarde tal vergüenza, que aún pensaba que le ardían las mejillas. Pero no quería pensar en esto; quería gozar del momento, quería sumirse en el vanidoso convencimiento de que podía

hacer felices á los hombres con una palabra, con una mirada, con una sonrisa.

Guido era sobrehumanamente feliz. Al ceñir con su brazo el esbelto y flexible talle, al sentir el pecho palpitante de su adorada latir contra su corazón, el hálito de su respiración en sus mejillas, su diosa no perdía su divinidad; por el contrario, la consideraba digna de adoración. Y mientras seguía considerando delirio su deseo y esperanza que en otro tiempo se aventuró á expresar de poder llamarla suya, sólo tenía un anhelo: que el cielo le proporcionase ocasión de poder demostrarla con cuánta locura la amaba.

El mismo pensamiento de que su muerte, pues no se trataba de menos, produciría profunda herida á su madre, no le espantaba. La vida no podía ofrecerle ya nada más grande que aquel amor. Morir por este amor le hubiera compensado del sentimiento de su vida al sentirse bajo su título de conde un hombre insignificante.

Por mucho que fuese su esfuerzo para no revelar á su adorada, ni con palabras ni con gestos su pasión, y por grandemente que contribuyera á encubrirla su habitual discreción distinguida y aristocrática, Eleonora hubiera podido decirle todo lo que pasaba en su alma. Y después de haber experimentado el infierno del amor, era para ella un alivio sumir la mirada en aquel dulce corazón que amaba pacientemente. Mientras hablaba con él en cada pausa del baile y escuchaba sus palabras, ciertamente no muy ingeniosas, pero leales y candorosas, y veía dirigirla su mirada con sumiso y resignado respeto, acordóse de una mañana en el Castillo Elenmore. Durante la noche había reinado gran tormenta, y vió á la luz de los relámpagos desde su ventana retorcerse las altas copas de los árboles del jardín como locos, y pegar latigazos unas ramas contra otras. Después llegó la mañana; los árboles, en profunda paz, absorbían los cálidos rayos del sol, y dibujaban su azulada sombra sobre la hierba, en cuyos tallos brillaban como diamantes las gotas que la furiosa lluvia de la noche

anterior había derramado. Los pájaros jubilaban en los tranquilos árboles, y Eleonora soñó vivir al lado de un hombre á quien amara.

En aquel momento sintió un dedo apoyarse en su espalda. Volvióse estremecida, y vió á la generala delante de ella con una mala sonrisa en su duro rostro.

—Tengo que hablarla á usted. Querido conde, con su permiso.

—¿Qué sucede, señora?—preguntó Eleonora.—Clementina...—¡Naturalmente! De ella se trata. Pero hablaremos mejor ahí fuera. ¡Por segunda vez, usted perdone, querido conde!

Salió apresuradamente, seguida de Eleonora. ¡La pobre Clementina! Si se hubiera quedado con ella...

La baronesa se detuvo un momento en la escalera del pabellón hasta que Eleonora la alcanzó.

—¿Por qué no se ha quedado usted al lado de Clementina? —dijo caminando aprisa en tono vivo, casi grosero.

—La señora olvida—contestó Eleonora—que me expresó su deseo de que viniera. Le ruego á usted que me diga qué le sucede á Clementina.

—Por eso me he tomado la libertad de distraerla á usted de su diversión—dijo la generala irónicamente.—Era de esrar. Clementina debía caer enferma. Las gansas de las criadas pierden pronto la cabeza. Han mandado al pueblo por el doctor Baltasar, al cual, en su acostumbrada pusilanimidad, no se le ha ocurrido otra cosa que enviarnos un mensajero á caballo para que llegase á nosotros prontito la noticia. ¡Antes de saber él mismo de lo que se trata! ¡Es rídículo!

—Temo, señora—dijo Eleonora,—que el doctor sepa perfectamente lo que se hace. Sabe, seguramente, que, si contra las esperanzas que abrigaba esta tarde, sobreviniese un empeoramiento en su estado, este empeoramiento envolvería grave peligro...

—¡Lástima que no me haya usted comunicado esta tarde su importantísima opinión!—observó la generala.

Eleonora, en su cuidado por su amiga, apenas hizo caso de la brutalidad de la dama.

—¿Qué ha decidido usted, señora?—dijo.

—No hay mucho que decidir; el coche que hemos enviado á buscar al pueblo no llegará antes de una hora; entretanto tendremos paciencia.

—Sin embargo, al venir hoy por el lago, no hemos empleado más de media hora.

—¿Por el lago? ¿Después de haber despedido el bote?

—Es fácil alquilar otro. Piense usted, señora, que de este modo ganamos por lo menos dos horas.

La generala vacilaba. Eleonora hubiera podido decir tres horas. Aun cuando el coche pedido al pueblo llegase puntualmente, antes de dos horas no se hacía el camino que bordeaba la mitad del lago, ya se tomase por este ó por el otro lado. Al recibir la noticia, se había puesto en el peor caso. Pero dar la razón á la odiada joven era imposible. ¿Y peor caso que aquél...?

—¡Cómo se le ocurre á usted eso!—exclamó,—por el lago en la oscuridad.—¡No, querida mía, no estoy de humor de exponer á mi Kitti, después de haber bailado al relente de la noche, sobre el lago. ¡Una muerte segura! Eso, ni pensarlo.

—Entonces permítame usted que vaya yo sola.

En esto no había pensado la generala. Tan continuada oposición, que no podía contrarrestar, la sacó de quicio.

—Por mi parte—dijo con desahogada grosería,—hágalo usted si quiere. Yo declino toda responsabilidad. Y usted se tomará el trabajo de buscar embarcación.

—Suplico á usted, señorita, que me permita usted encargarme de esa comisión—dijo Guido detrás de ellas.

Había seguido á las damas á respetuosa distancia, con el presentimiento de que la generala preparaba alguna inconveniencia, quizá algo peor, á Eleonora, y sólo se presentó cuando la generala elevó el tono de su voz, nada bajo desde el principio, y le hizo más vivo.

—¡Ah, el señor conde!—exclamó la generala.—¡Perdón! Yo ignoraba que no podía hablar á mi aya sin su acompañante.

Guido ardía en cólera; pero se contuvo, y contestó con su habitual distinguida cortesía:

—Perdón, señora. Nada de eso. Yo no he sido ahora más indiscreto que los señores de la mesa, á los cuales tampoco se les ha escapado ninguna de sus palabras de usted.

Y después, volviéndose á Eleonora:

—¿Tiene usted, señorita, la bondad de esperarme? Dentro de pocos minutos estaré de vuelta.

—Iré con usted—contestó Eleonora.—¿Tiene la señora algo más que mandar?

—No, gracias.

—¡Inaudito!—murmuró mientras entraba con Eleonora en la casa.—Señorita, perdone usted mi entrometimiento. Usted no puede permanecer en esa casa.

—¿Usted cree que después de esta escena he de permanecer una hora más de lo necesario? Esté usted seguro que no volvería á poner en su casa los pies. Pero yo no puedo abandonar á Clementina en el estado en que se encuentra.

—Sí, sí, lo comprendo—dijo Guido.—¡Naturalmente! Pero ¿después? ¿Y después?

—No lo sé; ya estoy acostumbrada á vivir al día.

Entraron en el edificio. Eleonora tuvo que ir al guardarropa á buscar su abrigo y su velo; Guido fué entretanto á buscar el bote.

Lo cual no le fué difícil; adelantóse uno de los mozos de la casa, que eran también boteros, para conducir á Eleonora á Seehausen. En menos de media hora estarían allí.

El bote estaba preparado; Eleonora no llegaba; el guardarropa debía estar muy revuelto. Mientras Guido paseaba impaciente por el embarcadero, acercósele el señor de Trottau, que fumaba cómodamente su cigarro en el oscuro jardín, ya desierto.

—¡Usted aquí, querido conde! Creí reconocer su voz. ¿Qué le trae á usted por aquí.

Guido le explicó en breves palabras de lo que se trataba. En su excitación no pudo contenerse y habló de la generala en términos que no convenían con su habitual carácter amable.

—Sí, sí, es un dragón, á pesar de su aspecto. ¡Pobre muchacha! Creo saber qué es lo que ahora le indigna. Pero le rúego á usted que reserve en el mayor secreto lo que voy á decirle. Pues bien: mi lebrel De Hans se ha desposado hace cuatro semanas con su prima Elisa. En el momento en que se iban á publicar los desposorios (las esquelas están ya tiradas), cayó la señora de Bärwald enferma de mucha gravedad. Hoy vive, pero puede morir de un momento á otro. Con este motivo se han suspendido las amonestaciones, y entretanto mi galopín se divierte en grande. Es natural, pero todo tiene sus límites. Con sus coqueterías con la pequeña Arnfeld, pasa de la raya. Yo he tenido que cantarle la cartilla. Y tengo por un deber hablar claro también á la generala. Sé de antemano que no le gustará, pero no hay otro remedio. No hay que pensar en que Hans retire su palabra. Además, él mismo me ha confesado que sus discreteos con la pequeña Arnfeld no hay que tomarlos en serio. ¡Sí, sí, así son los jóvenes de hoy! Y ya que hablamos de esto, ¿permite usted al antiguo amigo de su querida madre, que le ha visto crecer á usted, hacerle una pregunta con franqueza? ¿Usted tiene formalmente... ya sabe usted lo que digo... tiene usted intenciones formales...?

—¡Dios es testigo!—dijo Guido confidencialmente.

El anciano estrechó su mano fuertemente.

—Lo sabía. Lo sabía, y otra cosa me hubiera parecido odiosa. Usted no puede figurarse qué interés me inspira esa muchacha. Se harán cruces. Yo mismo no estoy por esos enlaces, pero hay excepciones... grandes excepciones. Y si está usted de acuerdo con su mamá...

—¡Naturalmente!—aseguró Guido.

—Entonces todo va bien. ¡Os felicito, os felicito de todo corazón!

—Pero, Excelencia, si no hay nada decidido.

—¡Nada decidido! Ya verá usted, querido Guido; estoy persuadido de que hace mucho caso de mí; la voy á hablar ahora mismo.

—Creo que no es el momento oportuno—dijo Guido apurado;—ahora, que con la pobre Clementina...

—Es verdad, lo había olvidado completamente—exclamó el anciano.—¡Pobre muchacha! En efecto. ¿Y va á ir ella sola hasta allí?

—De buena gana me ofrecería á acompañarla, pero...

—No, no es conveniente. De ningún modo. ¡Menudo escándalo! Sería echar agua al molino de la generala. ¿Quién la va á conducir?

—Yo, Excelencia—dijo el botero, que estaba junto á ellos y tenía en la mano la cadena del bote.

—¡Ah! ¿Tú, Cristián?—exclamó el anciano, reconociendo al hombre.—No tenga usted cuidado, querido Guido; puede usted confiar en él incondicionalmente. Conozco al viejo Cristián. Es fiel como el oro. A propósito... toma, Cristián.

—No, Excelencia—dijo el hombre, rehusando; el señor conde me ha gratificado ya.

—No importa; toma, tonto. Por mucho trigo, nunca es mal año.

—Ya viene la señorita.

El anciano salió al encuentro de Eleonora con viveza juvenil. Esta venía rápidamente de la casa. No había encontrado sus abrigos en el guardarropa; la amable fondista la había prestado un chal, en lo cual se habían invertido algunos minutos más. Eleonora dió las gracias á los caballeros por sus amabilidades; alargóles la mano, que besó el viejo y que Guido sólo estrechó en silencio, y saltó al bote.

—¡Dios la acompañe!—dijo el anciano.

Guido no dijo nada. Tenía el corazón oprimido.

Cristián dió impulso al bote, remando poderosa y acompasadamente. El viento rizaba de cuando en cuando las aguas. La luna, casi llena, iluminaba el cielo de un azul negruzco y apagaba el fulgor de las estrellas. A lo lejos se destacaban las orillas, ya iluminadas, ya oscuras, siempre silenciosas. Sólo de la plazoleta llegaban algunos ecos perdidos de la orquesta. Después también se apagaron, y Eleonora no escuchó más que el monótono ruido de los remos.

Cristián había preguntado á Eleonora, al empezar la travesía, si sabía gobernar; contestó que sí, pues había aprendido en Inglaterra, y sentóse envuelta en su chal, al lado del timón, mirando á veces al cielo ó á la superficie del agua, pero generalmente con los ojos fijos en la masa de árboles del jardín de Seehausen, que se destacaba en la parte occidental del cielo, en el cual, á pesar de haber pasado hacía tiempo la media noche, aún parecía verse un débil resto de la claridad rojiza del crepúsculo.

En aquel solemne silencio, bajo el elevado cielo, apoderóse de Eleonora el más extraño sentimiento. Al principio pasaron por su mente los recuerdos de aquella tarde: Ulrico la miraba con sus bellos ojos, amorosos é iracundos; Guido avanzaba hacia ella, y besaba su mano tímidamente; Kitti pasaba por su lado, del brazo de Hans, de Trottau, y la saludaba irónicamente; pero después desaparecía todo esto ante una sola y grande imagen: la nave de Carón, sobre las tranquilas aguas de Aqueronte, mientras su alma muerta, envuelta en su mortaja, conducía el timón; su alma muerta, que, gracias á los dioses, deja atrás la vida y camina hacia la región de las sombras, donde no se ama ni se odia, donde se descansa eternamente.

En esto atracó el bote al embarcadero del jardín. Cristián la ayudó á bajar. Ella quiso darle una propina, que él rechazó rotundamente. Excelencia y el conde le habían dado más de lo que podía ganar en todo un mes. Eleonora le encargó cuidase del chal de la fondista, que dejó en el bote, y voló á la casa, en cuyas ventanas rielaba la claridad de la luna.

CAPITULO VII

Cuando Ulrico, con el corazón lacerado por la dolorosa conversación con su amada, llegó al jardín, encontró á su mujer aún en compañía de las personas de edad que habían entrado en el comedor, y trataban de persuadir á Herta de que se quedase con ellas. Una mirada á su rostro pálido y demudado, cercioró á Ulrico que su disculpa de que se sentía mal no había sido ningún pretexto. Su estado le ahorró el trabajo de buscar un motivo para la partida, pues él también quería marcharse. No se había comprometido á quedarse á cenar, y aun en caso contrario, no podía dejarla sola en aquella situación. Dijo esto en tono casi cordial, y no tuvo que fingir para ello. El, acaso extrañamente, había exigido allí su ayuda, y el tener que prestar un servicio á Herta aminoraba en algo la conciencia de su culpa con respecto á ella, y tocaba una cuerda de su corazón que hacía mucho tiempo no sonaba.

Por esta causa, no le costó ningún trabajo mostrarse con ella amablemente atento en el camino de su casa, y colocarle bien el abrigo sobre su espalda repetidas veces, pues el coche abierto no ofrecía abrigo alguno contra el relente; preguntarla si se sentía más aliviada, ó si quería apoyar su dolorida cabeza sobre el hombro de él. Ella contestaba con un seco «no, gracias». Por lo demás, ella estaba acurrucada en su asiento, completamente muda. Para ella, toda la amabilidad de él era pura hipocresía. Él no pensaba más que en la otra, que comprendía tan bien como él la hipocresía y la mentira. Probablemente, le habría mandado que se fuera á su casa, porque temería que él, en su delirio amoroso, cometiese alguna impremeditación que los pusiera en evidencia. Ya se indemnizaría en otra ocasión del sacrificio de aquella tarde. Él era el seducido,

i bien no era menos doloroso que se hubiera dejado seducir. La principal culpa caía de parte de la traidora, que se daba tono de joven casta y altiva. ¡Casta y altiva! ¡Y que los hombres se dejasen deslumbrar por tales fantasmagorías! Pero con sólo adular su vanidad se los domina. ¡Y él no era mejor que todos los demás; él, á quien ella había amado tan locamente!

Se hubiera deshecho en lágrimas, hubiera prorrumpido en gritos para desahogar su dolor. Pero no quería dar esta satisfacción á la desvergonzada rival. Había podido hacerla desgraciada; pero humillarla, rebajarla á sus propios ojos, esto no lo conseguiría. Aunque la arrancara de su puesto del corazón de Ulrico, iría con la cabeza levantada. ¿Dónde? A la muerte.

Si hubieran hablado los dos en voz alta, sus pensamientos habrían coincidido. Ulrico, recostado en un extremo del coche y devorando su amargura, no encontraba solución á aquel problema. Eleonora no quería ser suya; ella había dicho, y tenía razón, cuando afirmaba que su corazón no podría soportar el ofender á Herta; él no podía vivir sin Eleonora; hacer su vida acostumbrada con Herta llevando el amor de Eleonora en el corazón, era un suplicio que acabaría con los dos. ¿Qué le quedaba, pues, sino la muerte? Si Herta huyese, lo que no era imposible, dado su carácter y energía, estaría salvada, al menos por el momento. El cuidado y el amor de sus hijos podrían con el exceso del tiempo cicatrizar la herida. Tenía veintinueve años; podía resistir el rudo golpe.

Pronto llegaron á Wustenei, pues Ulrico mandó al cochero que pusiera los caballos al trote. El coche subió la rampa de delante de la puerta. Ulrico ayudó á Herta á bajar; notó que todo su cuerpo temblaba. No obtante, cuando llegó á su cuarto, no aceptó ayuda ninguna. La misma doncella, que no los esperaba tan pronto, y que, cuando Ulrico tocó la campanilla, salió á abrirles con semblante somnoliento, fué despedida. Ni siquiera contestó á las suaves reconvenciones que Ulrico la hizo por esto; puso en orden, según su costumbre, algu-

nas cosillas en el cuarto, y pasó á su alcoba, contigua al salón y que daba al jardín. Ulrico la miraba turbado. Consideraba crueldad dejarla sola, pero no había pisado aquel cuarto desde su regreso. Cuando llegó á la puerta, quedóse allí, y dijo sin volverse:

—¡Qué va á ser ahora de los niños!

Ulrico se estremeció. ¿Tan lejos había ido? ¿Tan lejos la había llevado él?

—¿Qué quieres decir?—preguntó desconcertado.

Ella volvióse lentamente.

—Quiero decir — exclamó en tono sereno y con rara entonación—que así no podemos permanecer por más tiempo.

—¿Cómo por más tiempo?

Una sonrisa de dolorosa ironía se dibujó en su pálido semblante. Volvió á dar unos pasos, y prosiguió en el mismo tono:

—Yo, en tu lugar, me avergonzaría de hacer esa pregunta. Tú debes tenerme por una bestia ó por una piedra. Sin embargo, no lo soy, por muy tonta que sea. Tonta como el palo de una escoba. De lo contrario, habría visto claro hace tiempo. Que tú no me quieres, ya es palpable. Entre vosotros siempre hay la misma razón: amáis á otra. Así, pues, hay que atormentar á la mujer propia, hasta que ceda el puesto á la dama. Si es que se puede llamar dama á ciertas personas.

Cuando Herta empezó á hablar, Ulrico creía que iba á oir quejas por haberla abandonado durante los últimos tiempos; después fué viendo que sabía más, quizá todo; sus últimas palabras, pronunciadas con risa despreciativa, como dichas en general, disiparon en él toda duda, y le llenaron de ira. Contestó con bastante frialdad:

—Para vos, la dama empieza naturalmente en la señora baronesa.

—No sé qué tenga que ver con esto la baronesa. Para mí, significa lo mismo que tu querida sea una burguesa ó una baronesa.

La brutalidad de la acusación le puso otra vez fuera de sí.

—La dama de que se trata se avergonzaría de pronunciar esa palabra—dijo.

—¿De veras? Entonces puedo decir que es más pudorosa en sus palabras que en su conducta.

—¿Qué sabes tú de su conducta?... y, sobre todo, ¿quién te ha dicho?... ¡Ah!

Se interrumpió de pronto. Recordó haber visto un momento divagar á Odebrech por el salón. Según esto, sus temores de Norderney se habían confirmado; nadie más que Odebrecht podía haber sido el triador. Ya ajustaría cuentas con él más tarde. Por el momento, negar fuera locura. Y alguna vez había que abordar el asunto.

Herta habíase sentado á la mesa, apoyando la cabeza en la mano. Él había salido y vuelto á entrar un par de veces; por fin, permaneció de pie, y dijo:

—Pues bien; he conocido á la señorita Ritter en Norderney, y he trabado amistad con ella. Si ambos lo hemos ocultado, ha sido porque estábamos seguros de que nuestras relaciones iban á ser mal interpretadas.

Herta levantó la cabeza; sobre su pálido rostro veíase de nuevo la pétrea y sarcástica sonrisa.

—Creo que esas relaciones son bastante claras; tú la amas, y quieres casarte con ella en cuanto te deshagas de mí.

—¿Y si yo te jurase que ella no piensa nada de eso, que me lo acaba de decir?

—Mañana quizá pensará otra cosa. Mientras tanto, un poco de coquetería hace la cosa más interesante. El pez ha mordido. ¿Por qué no hacer que se retuerza un poco?

—Te envidio la elección de la imagen, así como la delicadeza de tu fantasía. Veo que es imposible hacerte comprender ciertas cosas.

—Quizá comprenderé si me dices qué es lo que has decidido. Esto no puede seguir así; yo no lo soporto.

—Yo tengo que soportar también.

—¿El qué?

—Ya lo has dicho; yo la amo; aceptémoslo por el momento. Y ahora te digo: que ella no piensa en amarme; que rechaza con horror el pensamiento de ser feliz á tu costa. La desgracia que pesa sobre todos me parece igual por muchos lados.

—¿Quién ha provocado la desgracia?

—De eso habría mucho que hablar. Yo no quiero representarme mejor de lo que soy. Yo no me quejo de ti. Es una desgracia que ha caído sobre nosotros.

—Por cierto que eso es muy cómodo. Así, tú no puedes cambiar las cosas. Y tendremos que vivir, de ahora en adelante, como dos personas extrañas; la gente nos señalará con el dedo, y los criados reirán á nuestra costa. Y los pobres niños...

No pudo seguir. Ocultando el rostro entre las manos, rompió en llanto convulsivo, que conmovió todo su cuerpo. Él paseaba desesperado, perplejo. Sentía que la situación no se conjuraba con frases. Y lo que él hubiera podido decir para tranquilizarla hubieran sido frases. Lo que ella hubiera querido oir, que él no amaba á Eleonora, que renunciaba á ella, no podía decirlo. Y con todo, sentía infinita compasión por la infeliz. Habría dado cualquier cosa por poder ayudarla.

Avanzó hacia ella, y le puso la mano en el hombro:

—¡Herta!

Al contacto levantóse ella, y le miró con ojos extraviados.

—¿Qué quieres de mí? Vete con la otra. No tengo nada que ver contigo.

—¡Herta! Hablemos como dos personas razonables.

—Yo no soy ya una persona razonable; no quiero serlo; lo he sido largo tiempo. ¿De qué me ha servido? Todos estos años te he amado; he visto en ti mi ideal; he creído que no habría sobre la tierra uno más bueno, más noble que tú. He hecho lo que en mis fuerzas ha estado para demostrarte mi amor, mi agradecimiento. ¿A qué llamas tú hablar razonablemente? Supongamos que todo ha sido locura. Bueno; te lo concedo; ha sido una locura ridícula, puramente ridícula.

Reía fuertemente, y cogíase la frente con ambas manos.

—¡Me voy á volver loca... loca! No, no puedo, por los niños. ¿Entonces...?

Púsose la mano sobre la frente.

—¡Entonces!—dijo otra vez.—Ya hemos hablado bastante. Debes estar cansado, y mi cabeza se trastorna. Mañana tendrás la bondad de decirme qué va á ser de nosotros dos y de los niños. Cogió uno de los dos candelabros que había en la mesa, y se dirigió á su alcoba. Ulrico la oyó cerrarse por dentro.

Estaba en el centro de la habitación de pie, mirando á la puerta cerrada, estupefacto y perplejo. ¡Qué suplicio había soportado aquella semana! Y el suplicio de ver sufrir á Herta de aquel modo, no era el menor. Él había siempre creído en su amor hacia ella. Ahora perdía la fe. Frente á este amor se levantaba otro con no menor fuerza, que llenaba su alma como el otro, que palpitaba en cada fibra de su cuerpo, y que ostentaba los mismos fueros. «En el camino de nuestra felicidad está el cadáver de tu mujer.» Con la clarividencia y perspicacia de las mujeres, lo había comprendido Eleonora cuando comprendió á Herta por las descripciones que de ella había oído. ¡Y cuán deficientes habían sido éstas! ¡Cuán turbada por la nueva pasión! No era verdad lo que decían de que Herta fuese una naturaleza vulgar. Las naturalezas vulgares no son capaces de tal energía en el amor y en el odio.

Pero ¿de qué servía todo esto? Compasión, estima, aun las más sinceras, las más profundas, no son amor. Y Herta quería amor; no el amor con que hasta entonces se había contentado, sino el amor cuya verdadera imagen veía ahora en el que Ulrico sentía por Eleonora.

Ulrico despertó con un profundo suspiro de sus sombrías reflexiones. Quizá la mañana, con su influjo bienhechor, le daría una solución.

Tomó la segunda luz y se dirigió á su despacho, cuyas ventanas y puertas daban, como las de la alcoba de Herta, á la te-

rraza, de la cual, dos ó tres escalones conducían al jardín. Al poner la luz en la mesa tropezó con el boceto de Eleonora, de la tempestad de Norderney. ¡Cuánta había sido su imprevisión al exponer su tesoro á las miradas de todo el mundo! ¿Pero había hecho otra cosa con su amor? En su sombría y turbada existencia, ¿no la había exhibido á Herta y á todo el mundo? ¡Maldita y miserable debilidad: acercarse á la felicidad, ocultarla y hacerla imposible por esto mismo! El mundo quiere que le engañen, pues á engañarle. ¡Y que se calle la conciencia tonta, que contra este engaño se rebela! Entonces se tendrá tranquilidad ante el mundo. *¡Reservatio mentalis!* Los jesuítas son las gentes más sabias.

Se acercó á la ventana que estaba abierta. Del cuarto de Herta salía la luz, iluminando la galería. Diez largos años había sido común á ambos. ¡El reflejo era tan vivo!; la puerta debía estar abierta como la del cuarto de Ulrico. Sólo había de una á otra veinte pasos. La estera de paja del piso de la galería apaga el ruido de los pasos. ¿Y si no lo había necesitado, si la puerta sólo estaba abierta para que entrase el aire de la noche? «¿Tú me envías con mi mujer?... ¡Pues bien, sí!»

¡Pues bien, no! Tú no puedes decirme eso de corazón; de lo contrario, no me has amado nunca. Y aunque así sea, yo te he amado y te amo aún; y puesto que tú me has traicionado, yo no quiero hacerme traición á mí mismo.

Apoyado en el quicio de la puerta, miraba al jardín. Sobre un macizo de delante de la galería caía la luz de la luna; la oscuridad reinaba entre los altos olmos que rodeaban la plazoleta. En la habitación reinaba aún el calor del día; en el jardín se respiraba el fresco agradable. Bajó la escalera, dió vuelta al macizo y se internó en una alameda que conducía desde la casa á la carretera. Si hubiera tenido la llave de la verja, hubiera corrido por el campo hasta donde le hubieran conducido sus pies. Desanimado, se internó en un paseo que cortaba en ángulo recto la alameda, y que desembocaba en un riachuelo que limitaba en toda su extensión el jardín. El paseo era más cor-

to que la alameda, y apenas hubo dado unos cuantos pasos en la oscuridad, cuando al fin del mismo, donde solía estar el bote con que se atravesaba el riachuelo, á la luz de la luna percibió un objeto claro, que no distinguía precisamente.

Cuando se acercó á él con paso ligero, que apagaba la arena, vió que era una figura de mujer. De un salto llegó á su lado y la puso la mano sobre el hombro.

—¡Herta!

Ella levantó la cabeza sin conmoverse, y le miró con ojos extraviados, en los cuales se reflejaba la claridad de la luna lúgubremente.

—¡Soy cobarde!—exclamó en voz no más alta que el murmullo del agua que espejeaba á sus pies.

—¡Ven!—dijo Ulrico, pasándola el brazo por la cintura y conduciéndola dulcemente.

Ella volvió á decir:

—Soy cobarde; y se dejó conducir sin resistencia de aquel siniestro paraje.

Sus ligeras ropas estaban cubiertas de rocío y de lágrimas. Temblaba. Él cubrió sus espaldas con su chaqueta. Ella no pareció notarlo: sus fuerzas físicas y morales estaban visiblemente agotadas. A pesar de que iba fuertemente apoyada, vaciló varias veces. Al llegar á la escalinata la subió en brazos, y por fin la llevó á su alcoba, dejándola en su lecho, que estaba sin deshacer.

Ella le dejaba hacer indiferente: Ulrico creyó que, sin estar completamente desmayada, no tenía conciencia de sí propia. La observó cómo permanecía, con los ojos abiertos, pálida é inmóvil. Un minuto después, y la hubiera encontrado en el fondo del río.

Cerró la puerta sin hacer ruido. Al lado de ella estaba su lecho cubierto. Dirigióse de puntillas al fondo de la habitación, á un ancho diván, desde el cual podía vigilar el lecho y la puerta.

Allí permaneció algunos minutos, cuando por fin la oyó

moverse y suspirar como quien despierta de un profundo sueño. Incorporóse sobre el codo y escuchó. Gemía y lloraba, murmurando palabras incomprensibles. Indudablemente se creía sola.

Y después, en tono desgarrador y angustioso, casi á gritos, exclamó:

—Ulrico quiere abandonarme. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Era demasiado. Voló á su lado é inclinóse sobre ella:

—¡Herta!

Ella le miró fijamente como si no diera crédito á sus ojos. Incorpórose, dando un grito de alegría; rodeóle el cuello con sus brazos y le estrechó contra su pecho con loca pasión.

—¡Ulrico! ¡Ulrico!

CAPITULO VIII

Eleonora no tuvo necesidad, al llegar á casa, de llamar á la puerta. Estaba abierta. Al entrar en el vestíbulo, débilmente iluminado, Elisa, que bajaba la escalera, corrió á su encuentro.

—¿Cómo sigue?—dijo Eleonora con zozobra.

—¡Nada bien!—contestó la doncella.—El señor doctor está arriba.

Y mientras subían la escalera:

—La he visto venir á usted, señorita, desde la ventana del cuarto de la enferma. Sabía que usted había de venir en cuanto supiera la noticia. ¿No vienen con usted las señoras?

—Han querido venir en coche.

—Esto no puede durar mucho ¡Si viera usted! ¡Ya no es la señorita Clementina!

Eleonora entró en su cuarto á desnudarse. Con sorpresa, vió la puerta que daba á la alcoba de Clementina abierta; la habitación estaba á oscuras y en silencio.

—El señor doctor—contó la doncella, que la ayudaba á

desnudarse—encuentra la habitación estrecha y calurosa. Me hizo que le enseñase el cuarto de los huéspedes... el grande... ¿sabe la señorita?... el del Norte. La hemos llevado allí. El mismo doctor nos ayudó. No hacía falta... ¡pesa tan poco ya la pobre señorita!

Eleonora mandó á la doncella anunciase al doctor su vuelta, y le preguntase si necesitaba de sus servicios. Después de un minuto llamó á la puerta el doctor.

—No puedo ocultárselo á usted—dijo después de un breve saludo;—¡está mal, muy mal! No piense usted mal de mí, si le confieso que esta mañana no me di cuenta de su estado. El pulso un poco movido y el ruido del corazón... Mas ¿para qué entrar en detalles? ¡No significan nada ante una complicación tan grave como la que ha sobrevenido. Ese viaje desgraciado á Wendelstein! Pero debe haber ocurrido algo que la haya emocionado profundamente. ¿Sabe usted lo que haya podido ser?

Eleonora bajó la cabeza.

—Lo mismo me ha parecido á mí esta mañana; mas no sospecho lo que puede haber sido.

—Tampoco puede haber influído gran cosa—continuó el doctor.—Lo principal es el gran enfriamiento que ha cogido. ¿Está usted dispuesta?

Ella salió al pasillo; el médico se detuvo.

—¿Sabe usted?—dijo;—un médico puede mucho. Pero una madre, á quien puede llamarse el médico, el viejo médico de la casa, que tiene á su hija enferma, enferma de muerte y que... ¡Oh, no se acaba nunca de aprender!

Avanzó unos pasos; estaban ante la puerta. El doctor puso la mano en el picaporte.

—La va usted á encontrar muy cambiada—dijo en voz baja.

Elisa, que entretanto estaba cuidando á la enferma, levantóse de la silla, en la cual se sentó el médico. Eleonora quedóse en pie; la cabecera del lecho estaba protegida por un esca-

bel. Eleonora veía á Clementina sólo de perfil; no parecía muy desfigurada; sólo estaba muy pálida.

El médico abandonó la cama y llamó aparte á Eleonora.

—Usted es una joven valerosa. Además, á nada conduciría que yo ocultase la verdad. Puedo equivocarme, pero temo una catástrofe. En el término de una hora, quizá de dos, no creo que se opere en la enferma variación de importancia. Quiero aprovechar el tiempo y ver otra vez á una niña de Besekow, la pequeña Greta, que también está muy mal. Dentro de una media hora, á lo sumo dentro de una hora, estoy aquí otra vez. Así, pues, hasta la vista... ¡Una verdadera bendición que haya usted vuelto!

El doctor Baltasar abandonó la habitación. Elisa le acompañó. La pobre y apurada sirvienta apenas podía tenerse en pie. Debía quedarse en el cuarto de Eleonora echada en el sofá. Eleonora la prometió llamarla en caso de necesidad.

Quedóse por fin sola con la querida amiga que iba á morir. Ya no lo dudaba ahora, sentada á la cabecera de su lecho, al ver la destrucción que el mal había operado en su feo, pero dulce rostro. Los pómulos se habían pronunciado fuertemente; sobre las pálidas mejillas aparecían y desaparecían manchas rojas. De los ojos, entornados, sólo veía Eleonora la esclerótica. Hubiera creído que estaba muerta, si de cuando en cuando no corriese un estremecimiento por todo su cuerpo, y por entre sus dientes, apretados, se escáparan ligeros gemidos y sollozos.

Pero aunque su aspecto no hubiera sido tan espantoso, y el médico no hubiera hablado en términos tan concluyentes, Clementina había dicho más de una vez: «Una cruel enfermedad acabará conmigo. Más vale así. ¿Qué hago yo en el mundo?»

—Sí, tienes razón, débil criatura: con tu gran corazón, ¿qué haces tú en el mundo? El mundo es sólo para los sanos y para los que, en vez de corazón, tienen una piedra en el pecho. En esto somos hermanas.

Como respondiendo á los pensamientos de Eleonora, los pálidos labios de la enferma pronunciaron unas palabras entre-

cortadas é ininteligibles, que primero querían ser palabras y después lo fueron, aunque entrecortadas, pero comprensibles para ella, que, anhelante, se inclinó para oir á la delirante... ¡terriblemente inteligibles! «Jardín y gruta, y rayo de luna, claro, muy claro rayo de luna... y ¡oh, Dios mio! ¡Cómo se aman! ¡Cómo se besan! ¡Sólo uno de aquellos besos, sólo uno! ¿Por qué no huyes con él si él te lo ruega? ¡Huye, huye! Yo no te necesito; yo lloraré sola, sola, completamente sola... hasta morir.»

Después, un doloroso gemido y gruesas lágrimas que rodaron desde los enterrados párpados por sus pálidas mejillas, de las cuales habían desaparecido las manchas rojas. Y de nuevo dolorosos gemidos. Después, el silencio de muerte de antes.

Así, pues, era aquello lo que tenía sobre su corazón, lo que había destrozado su pobre corazón, lo que le hacía languidecer. ¡Había visto con sus propios ojos la dicha del amor! Y los que la ofrecían este espectáculo eran su amado y su amiga.

Eleonora limpió las lágrimas de las mejillas de la infeliz; sus ojos quedaron secos. Provocar una desgracia tan terrible y luego llorar, le parecía miserable. Sentía como un acerado puñal penetrar en su pecho. Y en él debía quedar sepultado y matar su amor, aquel amor maldito, que sólo producía infortunio y miseria. Si dos días antes hubiese partido, se hubiera evitado el sacrificio de aquella inocente. De sucumbir alguna, ella debía haber sido la última.

Sumida en este éxtasis doloroso, sentóse y quedóse inmóvil, sin separar sus arrasados ojos de la enferma, que parecía dormir dulcemente, aunque sus blancas manos arañaban las sábanas. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que el doctor Baltasar estuvo de vuelta; pudo ser una hora, quizá hora y media. Después el doctor volvió á ocupar su sitio, y ella fué á sentarse algo lejos del lecho en un rincón oscuro. Así pasó bastante tiempo. De pronto vió al doctor junto á ella.

—Querida mía, sería mejor que usted se echase.

—No estoy cansada.

—Sin embargo, sería mejor.

Entonces ella comprendió.

—Déjeme usted estar aquí—dijo;—quiero ser fuerte.

Nunca había visto morir á nadie; entonces tampoco lo vió.

El médico, que estaba inclinado sobre la moribunda, le impidió verla. Todo su cuerpo temblaba conforme estaba al lado del doctor, pero no podía sentir ni comprender nada. Sólo tenía un oscuro presentimiento de que algo terrible pasaba ante ella. Después el médico se incorporó, después de haber acariciado dulcemente el rostro de la muerta.

—*¡Ave, pía ánima!*—murmuró.

—¿Puedo verla?—susurró Eleonora.

El médico tomó en silencio la lámpara é iluminó la faz de de la muerta.

—¡Nunca creí que la pobre niña fuese tan bella!—dijo en voz baja.

Eleonora inclinóse sobre el rostro de su amiga y besó sus pálidos labios.

En el momento de incorporarse resonó en el silencio de la noche el rodar de un carruaje, que al poco tiempo se detuvo delante de la puerta. Eleonora se estremeció; no podía encontrarse allí en aquellos momentos con las dos.

El médico pareció leer en su cara este pensamiento.

—¡Váyase usted!—dijo.—Ya nadie la ha de molestar. Yo cuidaré de todo lo necesario. Buenas noches.

La extendió la mano. Eleonora dirigió una última mirada á la durmiente. Después corrió apresurada á su cuarto, adonde llegó cuando ya en el vestíbulo se oía la dura voz de la generala decir:

—Vete á acostar en seguida, hija mía. Sin necesidad de esto, el día ha sido bastante malo para ti.

CAPÍTULO IX

El entierro debía efectuarse á las cinco de la tarde. El cortejo se dirigiría al cementerio de Salchow, cuya iglesia era la parroquia de Seehausen, así como de las demás casas de campo. El acompañamiento había de ser numeroso; en tales ocasiones, toda la vecindad del lago hacía gala de su solidaridad. En consecuencia, debía contarse con que de las treinta papeletas repartidas, por lo menos veinte habían de ser contestadas con la asistencia personal de las personas á quienes iban dirigidas, lo que equivalía á número igual de carruajes y un duelo de sesenta ó setenta personas, cuyos estómagos exigían, conforme á la costumbre de la comarca, después de un viaje de más de dos horas, ser atendidos, como lo demostraba la instalación de un *buffet* en un cuarto situado á la izquierda del vestíbulo, enfrente de la sala de la derecha, donde estaba expuesto el cadáver.

La generala no paraba. Aseguraba sin cesar que aquella continua agitación era un bálsamo para las heridas que Dios, en sus inexcrutables designios, había decretado contra su corazón de madre. No comprendía cómo podían soportar golpes tan terribles las personas que no tenían la fe tan arraigada como ella. Un golpe tan completamente inesperado, si bien la pobre niña, durante su corta vida, estuvo siempre muy enferma. Pero las personas enfermizas son á veces las que viven más. Sin esta convicción, ¿cómo hubiera permanecido un solo minuto en el baile después de recibir la noticia del enfriamiento de la niña? ¿Cómo hubiera tenido paciencia para esperar el coche del pueblo (por cierto, en sus maternales cuidados por la delicada salud de Kitti), en vez de hacer la travesía en el bote, como la señorita Ritter, á la cual estaba reconocidísima por el amor y fidelidad con que recogió el último suspiro de su hija? Y ahora, figúrense ustedes, la hermosa joven, que en po-

cas semanas se ha granjeado el aprecio de todos, quiere abandonarnos. Su tía, la viuda del consejero Bacher, en Berlín, la dice que vaya para cuidarla á ella y á su hija enferma. Un deber, al que no puede sustraerse. Lo comprendo perfectamente, pero esto nos produce, sobre la terrible pérdida, otra nueva, que tengo que llorar también.

Estos discursos, que la generala hacía á sus amigas las vecinas, con gran agilidad de lengua, durante las visitas de duelo, eran reforzados por Kitti, que de cuando en cuando deslizaba una frase ó palabra oportuna. Madre é hija habían convenido en que, dada la situación, debían dar á la separación de Eleonora el carácter más amistoso posible. El doctor Baltasar había tenido el atrevimiento de aventurar, en presencia de ellas, algunas palabras inconvenientes sobre su conducta, en la misma noche de la muerte. ¡Quién podía saber si el viejo hablador se habría contentado con eso, ó habría dado pábulo á las malas lenguas de la vecindad! Puesto que se había decidido que Eleonora, por decirlo así, se instalase como miembro de la familia, no podía decirse que Clementina hubiese muerto en manos de personas extrañas. No menos evidente era que al separarse con un rompimiento, de la persona con quien ya se sostenían muy tirantes relaciones, podía ser causa de muy desagradables consecuencias entre ellas y la condesa y Guido. En cambio, era de esperar que el ciego joven entraría en razón, una vez alejado el objeto de sus delirios, fingiendo compartir con él su locura, manera la más segura de curarle. Pero ¿se marcharía? La generala no veía imposible que á última hora cambiase de opinión y se quedase, mientras que Kitti se reía de estos temores ridículos. Sabía, con toda seguridad, que *la persona* había hecho todos sus preparativos y que después del entierro no volvería á casa, sino que iría desde el cementerio al pueblo en el coche de Besekow, que éste había puesto á su disposición, á ruego suyo. Su equipaje ya había sido conducido al pueblo por el mismo Besekow.

—¡Ojalá no te equivoques, hija mía!—dijo la generala.

—Yo nunca me equivoco, mamaíta—dijo Kitti.

—El negro es lo que mejor te sienta—dijo la generala, contemplando á su favorita, que se había presentado en traje de luto.—¡Estás encantadora!

—Me parece lo mismo—contestó Kitti, mirándose al espejo.—La condesa se ha excusado, ¡naturalmente! ¿Pero Guido vendrá? ¡Habrá que verle cuando sepa que va á ver aquí á su ídolo por última vez!

—Quizá lo sepa ya.

—¿Por quién?

—Por Herta. Dijo ayer que vería aún á Guido en el curso del día. Por cierto, no notaste qué cara puso Herta al saber que *la persona* se iba.

—Tiene sus motivos, si es verdad lo que me contó el señor de Odebrecht en la fiesta.

—¡No me has dicho nada!

—Le di mi palabra de honor de callarme.

—Esa no es razón para ocultármelo.

—Quizá. A ti se te va la lengua, y sabes que tenemos motivos para estar bien con Herta y Ulrico.

—¡Dios mío!—dijo la generala suspirando:—tenemos mucha necesidad de dinero. ¿Qué te dijo el señor de Odebrecht?

—En fin, si te empeñas en saberlo...

En aquel momento se detuvo un coche en el patio.

—¡Herta!—exclamó la generala corriendo al balcón.—¿Una hora antes del tiempo fijado? ¿Y sin Ulrico? ¿Qué significa esto?

—Apuesto á que se trata de *la persona*—dijo Kitti para sí.

Eleonora no había puesto en ejecución su pensamiento, formado la noche en que murió Clementina, de abandonar aquella casa; no pudo dejar á la querida muerta, hasta ser enterrada, en aquellas manos descariñadas. No había tenido ninguna explicación con la generala; unas y otra conocían sus recíprocos sentimientos sin manifestarlos. Por lo demás, Eleonora, bajo el pretexto de que se sentía mal, evitó todo contacto con

las damas, hasta el punto de hacer que Elisa le sirviese la comida en su cuarto. La buena muchacha había sido su intermediaria con Besekow y la espontánea reveladora de las intimidades de la casa. Eleonora sólo la oía á medias, pero puso atención al oirla contar que ayer la baronesa Randow había estado allí sin el señor barón, que hoy debía venir al entierro. ¿Por qué? Ella lo ignoraba. Eleonora, en cambio, lo sabía perfectamente, y la precaución que él tomaba, de evitar un encuentro con ella ó, por lo menos, de neutralizarle, la hacía sonreir dolorosamente. En otro tiempo hubieran dado años de su vida por poderse ver un instante; ¡hoy trataban de huir el uno del otro! El puñal que sintió la noche en que murió Clementina se encargaría de hacer lo demás.

Ya había decidido dónde ir cuando saliese de aquella casa. La carta de su tía, á que la generala aludió para explicar su repentina marcha, nó era una fantasía. La buena señora la rogaba, apremiantemente, dejar sin tardanza un puesto que no debía haber aceptado, y volver con ella y con Tila, que la recibirían con los brazos abiertos. Simultáneamente con esta carta, recibió otra que llevó un mensajero á caballo:

«Acabo de saber por Guido la triste noticia del fallecimiento de nuestra buena Clementina. Tengo el presentimiento que, después de una pérdida tan dolorosa para usted, no ha de permanecer usted mucho tiempo en Seehausen. ¿Puedo ofrecer á usted, mi dulce Eleonora, el palacio de Wendelstein con todo lo que contiene? No tema usted que su estancia en él (yo la fijo provisionalmente en medio siglo) la comprometa á usted á nada, fuera de las molestias que lleva consigo la compañía de una vieja. Bien que nos concederá usted á mí y á Guido el tacto que exigen unas relaciones tan delicadas como las nuestras. Así, pues, estará usted aquí tan libre como las águilas en las montañas de mi país.

»Conque venga usted y hará usted feliz á su maternal amiga,

FEDERICA WENDELIN.»

La carta exigía una contestación, que Eleonora todavía (una hora antes del entierro) no había podido formular. Sabía que la condesa y Guido cumplirían lo que la carta prometía. Pero, con todo, obraría ella con entera libertad. ¿No alimentaría su estancia en casa de la madre, esperanzas en el hijo, que ella no podía satisfacer en tanto Ulrico no la restituyera su liberdad? Pero ¿y si éste era el único medio de libertarle? La única posibilidad de que se reconciliara con su suerte y hacer de él un hombre que, aunque no sea feliz (¿quién lo es?), pueda soportar el peso de la vida y cumplir los deberes que ésta nos impone.

¿Tendría valor después para consumar el sacrificio?

No tuvo valor. Y sentándose delante de su álbum, que á todas partes la acompañaba, escribió á vuela-pluma un par de líneas diplomáticas, dando gracias á la condesa por sus bondades, que, por el momento, no podía aceptar, pues determinadas consideraciones le llamaban á Berlín. Si durante el invierno podía disponer de sí misma, y la condesa tenía gusto en verla (de lo cual no dudaba), tendría un gran placer en aceptar su invitación.

Sabía que era aquella una carta deplorable, como no la escribió en su vida, y era triste que fuese precisamente dirigida á la condesa; pero de nada sirvió escribirla de nuevo; la segunda era no menos desgraciada que la primera. Así, pues, la metió, suspirando, en el sobre, y escribió las señas.

Apenas había levantado la pluma del papel, cuando llamaron á la puerta. Creyendo que era Elisa, exclamó con naturalidad:

—¡Adelante!

—¡Perdón, querida mía!—dijo tras de sí una voz que no era la de Elisa.

Volvióse con zozobra.

¡Era efectivamente Herta!

CAPÍTULO X

—¡Perdón!—repitió Herta, avanzando hacia Eleonora, que se había puesto en pie, y tendiéndole la mano. Ayer pedí permiso para verla, pero me dijeron abajo que no se encontraba usted bien. Por lo mismo la hubiera visto con gusto, pero no hubiera tenido ocasión de darla á usted las gracias... las gracias de todo corazón.

—¿Por qué, señora?—dijo Eleonora.

Ofreció á Herta el más cómodo sillón, del cual se había levantado ella, y sentóse en una silla al lado de la visitante. Herta palideció al advertir el tono de frialdad en que Eleonora había hecho la pregunta. Eleonora sentía remordimientos. ¿Qué idea impedía á aquella mujer, que hasta entonces y en aquel mismo momento se mostraba amistosa con ella, á castigarla por interponerse entre ella y su dicha? ¿La dicha á la cual había renunciado?

—¡Ruego á usted que me perdone!—dijo antes de que Herta hubiese podido responder;— los sufrimientos de estos últimos días me han trastornado. Me es difícil distinguir el amigo del enemigo. Yo debía saber que usted no pertenece al número de estos últimos.

—No, contestó Herta: en efecto, no lo soy. ¡Ha cuidado usted á mi pobre hermana tan bien! Esto me ha dado valor.

—¿Para qué, señora?

Herta se ruborizó y deshizo con la mano una arruga de su vestido.

—He venido para pedirla á usted un gran favor.

—¿En qué consiste, señora?

Herta volvió á arreglarse el vestido, y prosiguió, siempre con los ojos bajos:

—Yo no sé si usted habrá notado que mi marido no está tan.... tan bien como era de desear. Por esta causa ha renun-

ciado á venir al duelo y quizá también al cementerio. El doctor Baltasar y yo le aconsejamos, desde hace mucho tiempo, que deje la administración de la hacienda y se procure alguna distracción; que emprenda un viaje ó cosa por el estilo. Nunca nos ha hecho caso, pero ahora parece estar de acuerdo con nosotros. No sabemos dónde ir aún; yo he propuesto alguno de los mares de Italia ó la Rivière, porque ya está muy avanzada la temporada. A mí me es completamente igual, pues tan poco conozco el uno como el otro; el caso es sacar de aquí á mi marido. La dificultad está en qué vamos á hacer de los niños. No hay que pensar en llevarlos con nosotros; son demasiado pequeños, y no se conseguiría el objeto apetecido de distraer á mi marido. Los niños están mejor en casa que en ninguna parte, siempre que queden en buenas manos; mademoiselle Didier tiene muy buenas cualidades, pero no es la persona indicada en este caso. Pensé en Clementina, la cual se hubiera prestado muy gustosa. No ha podido ser. Después me dijo mamá que usted se iba de esta casa con su tía á Berlín. Yo, perdone usted que sea tan franca, creo que esto es un mero pretexto; creo que lo que usted quiere es marcharse de aquí. Lo comprendo perfectamente; siempre he pensado que llegaría este momento. Pues bien, ¿quiere usted venir á mi casa?

Al decir estas palabras Herta, que hasta entonces tenía los ojos bajos, levantó la vista y lanzó á Eleonora una mirada escudriñadora. La expresión que encontró en ella la intimidó. La contestación que esperaba no vino. No tenía más remedio que proseguir.

—Yo le confiaría á usted mis hijos con mucho gusto; son, puedo decirlo, de buena pasta, y no le darían á usted mucha guerra. Elena, á quien yo le he dicho algo de esto, está fuera de sí, de alegría, creyendo que usted va. Estoy persuadida que no desea otra cosa sino que yo parta. ¿Verdad que no necesito asegurar á usted que consideraré como una gran amabilidad que usted acepte y quiera quitarme este cuidado? Esto

no se limitará al tiempo de nuestra ausencia. Todo lo contrario. Cuanto antes venga usted, tanto mejor para que usted esté habituada cuando nos vayamos. De buena gana me la llevaba á usted ahora mismo. Si no, cuando á usted le venga mejor. Y por el tiempo que usted quiera, naturalmente. Cuanto más, mejor. Yo la ruego, la ruego que usted acepte.

La alargó la mano, que Eleonora sólo rozó ligeramente. La expresión de su rostro, que ya antes había disgustado á Herta, se hacía más sombría, y su voz, siempre tan dulce y clara, estaba velada y ronca al preguntar:

—¿Debo creer que está usted de acuerdo, completamente de acuerdo, con su señor esposo?

—Pero... ¡naturalmente, querida mía! — contestó Herta desconcertada.

—¡En ese caso...! —dijo Eleonora.

Hubo una pausa. El pulso de Eleonora latía con violencia. Lo mismo era. Ya vería la otra cómo ella se arreglaba explicando lo que sólo tenía una explicación: ¡Esta mujer lo sabe todo! Y ¿quién podía habérselo dicho sino él? Y después habría seguido una reconciliación. Este proyectado viaje era una especie de viaje de novios; el rubor de sus antes pálidas mejillas; la triunfadora alegría de sus ojos en un día de duelo; de sus ojos, que dos días antes miraban con tanta desesperación y abatimiento, lo demostraban bastante claro. Y si se habían arreglado entre sí, ¡bueno! Estaban en su derecho. Pero llegarse á ella y decírselo en su cara, é invitarla á ser testigo de su *entente cordiale*, lo encontraba desvergonzado.

—Quiero serle á usted completamente franca — empezó á decir Herta de nuevo, en tono vacilante. — No, mi marido no estaba conforme con mi propósito. Creía que usted no debía venir. Pero si usted viene, yo estoy persuadida...

—¿Por qué creía su señor esposo que yo no debía ir?—interrumpió Eleonora.

—¡Dios mío!—exclamó Herta, que vió que no podía evadirse.—Perdóneme usted, perdónenos á los dos. Ante todo, le

juro á usted que no lo he sabido por mi marido. Un tal Odebrecht... usted no le conoce; es un condiscípulo de Ulrico, pero no están en buenas relaciones... les vió á ustedes juntos en Norderney, y me lo contó la noche de la fiesta del lago. Mi marido no negó que se había interesado por usted, y yo lo comprendí perfectamente. Sobre todo, ¡por Dios! Es muy natural; pero todo se arregla con un poco de buena voluntad. Dios sabe que yo la tengo y mi marido también, y yo no puedo creer que á usted le falte. Ahora comprendo (al principio no lo comprendía y me indignaba) por qué mi marido me lo ha ocultado todo; y ciertamente, hubiera sido mejor, y nos hubiera ahorrado muchas amarguras, si se hubiera llegado á mí y me hubiera dicho: «¡Mira, Herta, sucede esto y esto!» Pero desde el momento en que él tenía un secreto para mí, ¿qué había yo de hacer más que callar cuando se hablaba de Norderney? Ahora todo el mundo lo sabe, pues, como usted puede comprender, traté bastante mal al señor de Odebrecht por sus odiosas delaciones. Y luego, al pasar, oí de labios de Kitti una frase que no me podía dar á entender otra cosa sino que sabía más de lo que debía saber. Si usted viene á casa, todo el mundo se convencerá de que las odiosas murmuraciones no tienen ningún fundamento. Esto le conviene á usted, debe pensarlo así, tanto como á nosotros. Yo se lo he hecho comprender á mi marido. Y por lo que á mí hace, se lo he dicho á usted y lo repito: no tengo el menor encono contra usted; usted me ha proporcionado muchos disgustos; me ha costado muchas, muchas lágrimas; me he desesperado; no puedo vivir sin Ulrico; hoy mismo le amo como no le he amado nunca, mil veces más. Pero nos hemos reconciliado completamente; ya es mío otra vez, y sería odioso que yo no la perdonase á usted.

—¿De veras?—dijo Eleonora.

Herta la miró asustada de nuevo. Había hablado en el mismo tono cortante, y en su rostro había la misma expresión. Estaba pálida, y sus labios temblaban; su nariz fina palpitaba; las cejas tocábanse casi bajo sus órbitas; sus ojos miraban

fijamente y parecían completamente negros, á pesar de que brillaban siniestros.

—¿De veras?—repitió.—En efecto, yo le he robado á usted su marido. Esto es un pecado capital. ¡Qué viles artes debe desplegar una mujer para seducir á un hombre que tiene mujer é hijos! Porque es evidente que son malas artes las que yo he puesto en juego, por infame vanidad ó bajo egoísmo. ¿No tiene bastante con errar sola, desvalida, por el mundo una pobre muchacha, sino que tiene la frescura de querer ser amada, tener un marido que la defienda, una casa donde reposar tranquila, hijos que estrechar contra su pecho como las demás?

De un salto habíase puesto en pie, y paseaba por la habitación con paso veloz y descompuesto, con los brazos cruzados bajo el pecho palpitante, columpiándose en las esbeltas caderas, por las que resbalaba el borde de su chal negro á derecha é izquierda. A Herta que, llena de confusión, permanecía sentada, le parecía que Eleonora había olvidado su presencia y que sus apasionadas palabras se las dirigía más bien á sí misma que á ella.

—¿Pero la otra? ¡La otra está en posesión, y la posesión es sagrada! ¡Ha amado diez años largos á su esposo y le ha dado tres hijos; todo esto debe ser respetado! Que ha sido pura, ciega casualidad, la que le ha dado la posesión; que si su marido hubiese visto diez años antes á su rival, la hubiera colocado en el lugar en que está hoy la otra, en febril angustia, porque ve resbalar de sus débiles manos el precioso bien; tales pensamientos son criminales y deben desecharse. Pues bien; yo lo he hecho así; yo he respetado la santa posesión; yo he respetado el grosero derecho de los años. No he dicho: «Yo no puedo vivir sin ti»; lo cual no hubiera sido engañar á Dios; yo no he amenazado con tomar veneno ó tirarme al agua si él me abandonaba; yo he arrojado al hombre á quien amaba y amo con única, pura, santa y poderosa pasión, de un corazón al cual él se agarraba como un desesperado; he cerrado mis oídos

á sus ruegos y súplicas, á sus amenazas y furores, y le he enviado con su mujer.

Se había detenido dos pasos delante de Herta, y la miraba con terrible ironía.

—¡Sí, señora, le he enviado! No me ha sido muy fácil. No es fácil cuando se sabe que con una palabra se puede detener al amado, y con otra palabra se le puede ver de rodillas ante una. ¿Usted no lo cree? ¿Quiere usted verlo? ¿Debo pronunciar la palabra? ¿Debo...?

Con cada una de las terribles palabras que Eleonora había pronunciado, se había ido convenciendo Herta que estaba á merced de aquella joven, y que de su capricho dependía su vida ó su muerte. Con un grito de desesperación saltó de la butaca para arrojarse á sus pies, abrazándose á sus rodillas.

—¡Misericordia!—exclamó.—¡Tenga usted misericordia!

El huracán que agitaba el alma de Eleonora se apaciguó. Como si despertara de un profundo sueño, pasóse las manos por ojos y frente, y levantó á Herta, y abrazándola, apoyó la cabeza en su pecho y rompió en lágrimas, pronunciando en voz baja las siguientes palabras, que cayeron como bálsamo en el herido corazón:

—Estoy loca; perdóneme usted. Todo se arreglará, todo se arreglará; yo lo remediaré todo. Ahora no puedo ir á su casa de usted. Usted lo comprenderá; quizás más tarde, cuando estemos todos tranquilos. Yo quiero ser su amiga de usted, y no tema usted de mí nada malo.

—¡Oh, no, no! — exclamó Herta entre sollozos. — ¿Qué he de temer? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora veo claro. Usted ha sufrido horriblemente; sufre usted horriblemente todavía, ¡y yo he sido tan mala, tan cruel con usted! ¿De veras, de veras quiere usted ser mi amiga?

—¡Sí, sí!

Besáronse y se desasieron cuando llamaron á la puerta.

Era Elisa. La señora baronesa y la señorita debían bajar

en seguida. El señor Pastor estaba allí hacía diez minutos. Sólo faltaban las señoras.

La doncella se marchó; Eleonora rogó á Herta que bajara; ella tenía que ordenar algunas cosas antes de ir al cementerio.

—¡Tengo que pedirla á usted antes un gran favor!—dijo Herta cogiendo sus manos.—¿Quiere usted llamarme, de ahora en adelante, simplemente Herta, y tutearme y permitirme que yo haga lo mismo.

Eleonora respondió con una melancólica sonrisa. Herta la abrazó y besó por última vez antes de abandonar la habitación.

Eleonora se quedó en el mismo sitio.

—Ahora le he perdido para siempre—murmuró.

Sus ojos quemaban, su garganta estaba como agarrotada. Dió orgullosamente con el pie en el suelo.

—¿A qué viene esto? ¡Fuera lágrimas! No sirven de nada. ¡Seamos prácticos! ¡Arreglémonos! Es la orden del día.

Fué á la mesa, sacó del álbum la carta que había escrito á la condesa, la rasgó en dos pedazos, que volvió á guardar en el álbum, acercó la butaca de un empujón, y escribió:

«¡Señora condesa! No puedo, por el momento, aceptar su bondadosa invitación, pues tengo que ir á Berlín. Si luego puedo volver, sé que puedo confiarme á la delicadeza de usted y de su señor hijo, y si lo tiene usted á bien, aunque lo dudo, participele lo siguiente: Me encuentro en la misma situación de la joven de que usted me habló. Amo locamente, infinitamente, y tengo que renunciar á este amor. Tengo por imposible volver á amar otra vez así y poder ofrecer á otro hombre más de lo que después de un tal amor puede quedar de sentimiento amistoso en un noble corazón. Si este sentimiento, y la seguridad con que aquella joven de que usted me habló se alababa á sí misma y al hombre que fué su esposo, justifican en nuestro caso que yo pronuncie la palabra que usted quería oir de mí, y que para siempre me acercaría á ustedes, lo dejo á

su decisión. Si usted dice que sí, téngala por dicha con la presente. Si usted dice que no, no por eso dejaré de seguir respetándola y queriéndola á usted como á una madre.

ELEONORA.»

Dobló la esquela, guardóla en el pecho, miróse al espejo, se alisó mecánicamente el pelo, se puso los guantes y bajó al vestíbulo, por cuya puerta, ante la cual se apiñaban las criadas, se percibía la voz del sacerdote en la sala. Después pasó á la sala y se quedó cerca de la puerta, entre los caballeros vestidos de frac con cintas negras. El sacerdote, del cual sólo se veía el pelo gris, peinado con raya en medio, hablaba muy despacio, alto y enfáticamente. Pero ella sólo oía un murmullo sin entender las palabras. Tampoco podía pensar en la muerta. Sobre su frente tenía un plomo; las personas le parecían sombras, por más que las veía distintamente.

Después tomó asiento en un coche cerrado, al lado de la señora de Besekow. Al lado del señor Besekow, enfrente de ella, sobre el asiento vacío, había un pequeño saco de viaje que Elisa puso allí. La doncella había llorado; también la señora Besekow lloraba mientras el señor Besekow ponía cara larga. Ella no podía llorar, ni siquiera estaba triste: extraña rigidez se apoderaba de su alma.

Luego, en el cementerio, estuvo en un grupo de señoras y calleros vestidos de negro que rodeaban la fosa, mientras el sacerdote peroraba otra vez en un montículo cerca del hoyo.

Ella no se daba cuenta de nada. No veía más que manchas negras que bailaban ante sus ojos, pues inconscientemente había estado mirando al sol poniente con fijeza. Había oído decir á su padre que así podía quedarse uno ciego.

Le parecía verse de su mano, de niña en la cima de la montaña, en cuya falda estaba el castillo. Y los dos miraban el extenso paisaje, en cuyo horizonte el sol rojo vagaba, pintando las laderas de la montaña de púrpura, dejando caer azules sombras sobre la mansión señorial, mientras á lo lejos, en la

llanura, las sinuosidades del riachuelo que corría entre zarzas y malezas al desaparecer se despedía con reflejos rosáceos.

Cuando, al despertar de su ensueño, abrió otra vez los ojos, deseaba haber soñado más tiempo ó haberse quedado ciega soñando. Pero ya no soñaba, y le veía distintamente á él al lado de Herta, precisamente frente á ella; entre él y ella sólo había la sepultura, en la cual descansaba ahora para siempre Clementina, cuyo corazón había estallado al ver el espectáculo que ella y él ofrecían en la gruta á la luz de la luna.

Y mientras sus miradas, que se encontraron, quedáronse como por un hechizo fijas la una en la otra, oyóse la voz del sacerdote, que por última vez, pues hasta entonces sólo había murmurado en voz baja, entonó de pronto:

—Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal.

De nuevo oscureciéronse sus ojos, esta vez de lágrimas. Alguien la separaba de la fosa: era Guido. Ella no le había visto hasta entonces; de repente surgió ante ella y tomó su brazo. Recorrieron entre los demás, sin cambiar una palabra, el ancho camino que en línea recta conducía á la puerta del cementerio. Ante ésta desfilaban los coches del cortejo. Justamente cuando llegaron á la puerta pasó el de Ulrico y Herta. Ulrico ayudó á Herta á subir. Casualmente ésta, al mirar hacia atrás, vió á Eleonora, corrió hacia ella, la abrazó y besó y murmuró llorando unas palabras, de las cuales ella sólo entendió:

—¡Ayúdame en adelante!

Herta sentóse en el coche, apretándose los ojos con el pañuelo, y Ulrico á su lado, saludando á Eleonora y Guido con una inclinación.

Este había vuelto á dar el brazo á Eleonora. Pasaron algunos coches hasta que llegó el de Besekow, que esperaban, y que debía conducirla al pueblo. El señor y la señora Besekow

que volvían á pié á su casa por un corto camino, ya se habían despedido de ella en la puerta del cementerio.

El viejo cochero, que por excepción vestía una especie de librea, bajó del pescante y quitóse el sombrero, adornado con negra cocarda, saludando á la señorita que el señor conde llevaba del brazo.

Aún no habían hablado una palabra. Guido abrió la portezuela bajando sus ojos, desconcertado ante la melancólica mirada que ella le dirigió.

—¡Conde Guido!—dijo de repente.

—¿Señorita?

—Debo dar á usted las gracias, hoy como siempre. Perdone usted que no encuentre más que una palabra. Estos días me encuentro algo mal; estoy cansada, y mi cabeza no está firme. Yo no sé si es correcto darle á usted esta carta para la señora condesa, en la cual contesto á una invitación que me hace. Dígala usted... pero ya lo leerá. Así, pues, le ruego que no haga más que darle esta carta.

Guido tomó la carta que ella sacaba del pecho, y la guardó en un bolsillo del frac.

—¿Tiene usted otra cosa que mandarme?—preguntó con labios temblorosos.

—Nada; muchas gracias.

La dió la mano para ayudarla á subir al coche. Ella vaciló si tomarla ó no.

Así permanecieron un momento.

—¡Conde Guido!...

—¿Señorita?

—Es posible ó probable que la señora condesa conteste á mi carta, y no es imposible que usted crea oportuno llevarme la contestación personalmente á Berlín. Desde este momento le digo que le recibiré con mucho gusto.

Guido se ruborizó hasta la frente, y púsose de pronto pálido.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró—¿Será posible, señorita Eleonora?

—No, no, querido amigo—interrumpió ella con vehemencia;—¡ahora no, aquí no! ¡Quizá después en Berlín! ¡Adiós!

Subió al coche, desde el cual con animosa y amable sonrisa le tendió la mano, que él impetuosamente llevó á sus labios repetidas veces.

Después quedóse solo en la carretera, siquiendo con la mirada el coche, que desapareció pronto tras de una nube de polvo.

Un cuarto de hora después pudo verse al conde galopar en su caballo hacia Wendelstein, con tal prisa, que parecía ir á conquistar un trono.

Pero hubiera dado gustoso todos los tronos de la tierra á cambio de lo que él por fin se atrevía á esperar.

(Concluirá.)

RECUERDOS

Ni quiero pintarme como una excepción, ni quiero alardear de previsiones, que ni sentí ni tuve, ni *á posteriori* me daré por profeta.

El que vive en el seno de una masa humana y en contacto con ella, con ella se entusiasma y apasiona, participa de sus latidos, comparte sus amores y sus odios, y funde, por decirlo de este modo, su personalidad en el ambiente que las demás personalidades forman.

Quiero decir con esto, que si el partido á que yo pertenecía y la mayoría parlamentaria de que formaba parte se entusiasmó incondicionalmente con la candidatura del príncipe alemán, yo me entusiasmé otro tanto.

Ya comprendía que tal candidatura podría ofrecer dificultades por parte de Francia; para no verlas, hubiera sido preciso tener ojos de topo y cerebro de guardacantón.

Pero cuando la idea de tales complicaciones pasaba por mi pensamiento, la rechazaba, sin darle gran importancia y como idea molesta, porque yo discurría de este modo: estas dificultades ya las tendrá pensadas el general Prim; y cuando plantea la candidatura del príncipe alemán, las tendrá vencidas de antemano.

Y así me fuí á ver al general Prim y á darle la enhorabuena por su triunfo diplomático, que era un triunfo inmenso, á mi entender, ante enemigos y descreídos.

—Aquí vengo — le dije, — y traigo en mi compañía tres

enhorabuenas: la del ministro — (porque yo continuaba siéndolo, y continué hasta la muerte del general), — la del diputado y la del amigo.

Lo dije con entusiasmo y con sinceridad, pecando en aquel momento de inocente.

El entusiasmo de D. Juan Prim no correspondió al mío; le encontré nervioso y agitado como nunca, á aquel hombre dueño de sí mismo, y que sabía dominar sus pasiones

—Pues malas enhorabuenas me trae usted; y más acertaría si me trajera tres pésames; aunque esto, usted comprende que, en el punto á que hemos llegado, no se lo diría á todo el mundo.

Yo me quedé, como vulgarmente se dice, de una pieza, y, desconcertado y aturdido, le pregunté:

—Pero ¿por qué, mi general?

—Si no lo comprende usted, es que no se ha parado á discurrir lo que se nos viene encima.

—Pero, ¿no es usted el que ha gestionado esta candidatura?

—Y ¡quién había de ser!

—¿No ha conseguido usted el asentimiento del rey de Prusia y de Bismarck?

—Evidentemente.

—¿No cuenta usted con el asentimiento unánime del partido y con una mayoría brillante en la Cámara?

—¡Quién dudará que la Asamblea ha de darme sus votos!

—¿Teme usted acaso—pregunté con cierto misterio — que el Regente, por compromiso con Montpensier, se oponga al nuevo candidato, creándonos un grave conflicto? Porque si esto sucediese, reconozco que el conflicto sería grave.

—El general Serrano es un hombre leal y que sabe cumplir sus deberes; de ese lado nada temo.

—Pues entonces mis enhorabuenas están en su punto, porque su triunfo de usted es indiscutible.

—¡Mi derrota, mi conflicto, mi responsabilidad, éstas sí que son indiscutibles!

Yo no quiero decir que el diálogo entre el general Prim y yo fuera exactamente, palabra por palabra, el que acabo de dictar al ir evocando mis recuerdos.

He sido autor dramático, y me queda la afición de dialogar las escenas.

Pero, aun sin dialogarlas, afirmo que la contrariedad del general Prim era grande, sin que me explicara todavía el motivo.

El motivo yo lo solicité, en la forma discreta que correspondía al caso; y el motivo me lo explicó D. Juan Prim, en términos claros y precisos, que yo procuraré recordar con toda exactitud.

—Mire usted—me dijo;—lo que ha sucedido hoy, no sé ó no quiero saber por culpa de quién, me desconcierta en absoluto, me crea una situación dificilísima, y destruye por completo todos mis planes.

Yo quería conservar en secreto la candidatura. ¿Hasta cuándo? Ahora se lo diré á usted, y comprenderá la gravedad de mi situación.

La candidatura—continuó diciendo,—que á mí me parece excelente, y por eso la he gestionado, está aceptada por Prusia y por la familia del príncipe; por lo tanto, es un hecho, como usted decía; pero ¿la aceptará el emperador Napoleón?

—¿No lo sabe usted todavía, mi general?— le pregunté interrumpiéndole.

—No lo sé—me contestó.—Y ahora comprenderá usted mi ansiedad, y por qué todas estas enhorabuenas que recibo me enojan, me excitan y me ponen nervioso.

En suma, yo no quería en manera alguna lanzar la candidatura al público hasta no haber obtenido el asentimiento del emperador Napoleón; y yo no puedo pedir ese asentimiento, cuando hoy mismo se ha pregonado á los cuatro vientos la candidatura alemana.

Y continuó tristemente, como sintiéndose abrumado:—Mi plan era éste. En primer lugar, secreto absoluto; ni se arroja

el candidato al público para que lo destroce, ni de buenas á primeras se le dice á Francia que hemos resuelto traer un rey de familia prusiana.

Y ya con más calor, siguió expresando ideas de este orden:

—Decir al mundo que España ha elegido un rey, y pedir ante el mundo públicamente el asentimiento de Francia, es una humillación á que no estoy dispuesto á someter á mi patria, y á que yo no me someto tampoco. Y proclamar este candidato sin el asentimiento del emperador Napoleón, es algo así como un reto que le lanzamos; y es, en suma, una temeridad, porque si el emperador se opone, la candidatura no prospera.

Estoy entre la humillación y la temeridad; y mis enemigos me acusarán, por lo menos, de una incomprensible imprevisión.

Y ahora vea usted si hay motivo para darme nada menos que tres enhorabuenas.

Y el general empezó á dar paseos por la sala.

Yo comprendía que todo cuanto estaba oyendo era de una exactitud matemática.

Sin embargo, apunté esta observación:

—Pero si no empezaba usted por tratar con Napoleón el asunto, ¿no pudo usted temer lo que ha sucedido, que sus negociaciones se divulgasen? Porque al fin y al cabo, estas cosas no pueden permanecer mucho tiempo en secreto.

—Sí—me dijo,—eso parece natural; pero no era práctico, porque yo no podía dejar pasar los meses sin trabajar la candidatura, y al emperador no le tengo á la mano, ni puedo salir cualquier día del ministerio de la Guerra para hacerle una visita en las Tullerías, y, por lo demás, el asunto es de tal naturaleza, y mis relaciones con el emperador se han enfriado tanto desde la cuestión de Méjico, que nadie puede tratar con el emperador Napoleón III, con probabilidades de éxito, asunto tan delicado, más que yo en persona.

Por otra parte, si el rey de Prusia hubiera sabido que yo

comenzaba por pedirle permiso al emperador para solicitar un candidato alemán, no me hubiera recibido como me ha recibido ahora, y aun dudo que me hubiera recibido de ninguna manera.

Además, yo creía poder conservar el secreto en absoluto hasta avistarme con el emperador Napoleón.

En lo demás, tiene usted razón; pero lo último me parece difícil.

No ha sido difícil hasta hoy, hasta que la imprudencia inverosímil é inesperada de no sé quién lo echó todo á rodar.

Suprima usted esa imprudencia, con la cual yo no podía contar, y mi plan se cumple en todas sus partes.

En estas cosas, como en las batallas, una pequeñez, un incidente, la cobardía de un coronel ó la ligereza de un diplomático, inutilizan una negociación ó hacen perder una batalla.

Además, á mí no me importaba gran cosa, es decir, me importaba mucho, pero no como catástrofe definitiva, el que la candidatura alemana empezase á transpirar; que se supiera algo, que se dudase, que se comentara por unos, que se afirmara por otros. Tales rumores y hablillas políticas no se me hubieran impuesto, y yo hubiera seguido mi camino.

Pero no es esto lo que ha sucedido; ha sido un verdadero estallido. Esta mañana todo el mundo lo ignoraba; á esta fecha lo sabe toda España, y se sabe como cosa absolutamente cierta, y el mundo entero se me viene encima, y en este instante yo no soy dueño de la candidatura; la candidatura se ha hecho dueña de mí, cortándome toda retirada.

No sirven evasivas ni medias palabras; ó niego, y quedo en situación tristísima ante el rey de Prusia y Bismarck como hombre, más que tímido, cobarde, y ante mis enemigos como el que quiere y no quiere candidato, ó afirmo, y entonces, créame usted, la suerte está echada, y será lo que Dios quiera.

Usted conoce el estado de la política española; usted sabe cómo vengo trampeando dificultades desde hace un año. ¿Cree usted que ante mis compromisos en España y fuera de Espa-

ña, y ante el clamor que hoy me asalta con voces de mando, puedo yo achicarme, retroceder y decir cobardemente al público, y á mis amigos y á la Alemania entera: No, si todavía no hay nada seguro; si esa candidatura es un proyecto, y nada más; si todo es una broma que no puede convertirse en nada serio hasta que el emperador Napoleón III nos dé su permiso?

¿Cree usted que D. Juan Prim puede hacer todo eso, sin convertirse en un muñeco despreciable?

—No, mi general, no lo creo; en conciencia, no lo creo.

—Pues ahí tiene usted cómo estoy cogido en el lazo; cómo tengo que hacer de tripas corazón; cómo han desbaratado mis planes.

—Pero, dado que el secreto de la negociación no se hubiera descubierto, ¿contaba usted con haber convencido al emperador? ¿Tenía usted esperanzas? ¿Tenía usted medios?

Y si la pregunta es indiscreta, no me conteste usted.

—No lo es, y puedo contestarle concretamente. Mi plan era éste.

Y si en estos diálogos que voy reconstituyendo en sus líneas generales, la copia no es trasunto exacto de la realidad, porque claro es que no había ningún taquígrafo que los tomase, aunque las ideas son todas exactísimas, y yo nada invento por mi cuenta, en cambio, el plan que voy á referir, y que el general me explicó, es verdadero hasta en sus pormenores; porque yo le escuché con grandísima atención, y lo recogí en mi memoria con sumo cuidado y gran energía intelectual.

—Mi plan—decía el general—era éste: el verano se echa encima; yo padezco del hígado, como todo el mundo sabe, voy á Vichy, como he ido muchas veces, y este viaje á nadie le llama la atención; mis proyectos continúan secretos, y yo puedo maniobrar libremente.

Desde Vichy preparo una entrevista secreta con Napoleón III, sin que nadie la sospeche y sin que nadie adivine la escapatoria que proyecto. De este modo tratamos el asunto el emperador y yo.

En otro tiempo fuimos buenos amigos, y puedo asegurar que el emperador tenía gran confianza en mí. Desde la expedición de Méjico, claro es que nuestras relaciones se enfriaron mucho; y yo sé que el *entourage* del emperador le pintó los sucesos de manera que yo resultase odioso para él.

Pero el desenlace de aquella insensata aventura, que ha sido el primer tropiezo del Imperio, han debido convencerle que la razón estaba de mi parte, y que, en último análisis, Francia debió hacer lo que hizo España ó lo que hice yo por España, librándola de un grave conflicto y de grandes odios para el presente y para el porvenir.

Como el emperador es hombre de talento, creo que podré borrar toda esta historia pasada, y recobrar, al menos en parte, su benevolencia para conmigo de otros tiempos.

Y vengamos á la candidatura alemana.

—¿También en este punto—le pregunté—trataría usted de convencer al emperador?

—Confiaba también, y mucho; aunque la cuestión es tan delicada, que no podía tener una seguridad absoluta.

Yo me decía á mí mismo: Le haré observar que si pasa mucho tiempo sin resolverse en España este problema, mejor dicho, si no prospera la candidatura alemana, ó triunfará la República, ó se impondrá por la fuerza de los hechos la candidatura de Montpensier.

¿Y le conviene al emperador tener una República en la Península? ¿No sabe que queda en Francia una gran levadura republicana, y que un incendio tan próximo y tan violento puede invadir la casa propia?

Y si, por otra parte, ocupase el trono Montpensier, ¿sería cosa grata para la dinastía de Napoleón que reinase en España la familia de Orleans?

Yo procuraré convencerle que estas dos soluciones son muchísimo más peligrosas para el imperio napoleónico que la solución alemana.

Al llegar á este punto, el general desarrolló una serie de

razonamientos que hoy no tienen fuerza alguna, después de la guerra franco-prusiana, la derrota de la Francia, el sitio de París, la tremenda batalla de Sedán y la constitución del imperio alemán.

Pero en aquella época los argumentos del general tenían gran fuerza lógica, y gran fuerza humana, podemos decir, porque halagaban el orgullo de Napoleón.

Prim pensaba decirle, insistiendo en la misma idea: los Orleans ó la República en España son vecinos peligrosos para el Imperio, porque tienen fuerzas en el interior de la misma Francia.

En cambio, un príncipe alemán en España es mucho menos que el rey Guillermo en Prusia, y cuando más, podría ser un peligro exterior, no interior.

Pero esto tampoco puede admitirse, porque España es verdadera amiga de Francia, y en este punto yo puedo dar toda clase de seguridades al Imperio; ¿ni qué puede temer de Prusia, ni aun de Alemania el emperador Napoleón, que es el árbitro de los destinos de Europa, y cuyos ejércitos son invencibles, vencedores de Rusia, vencedores de Austria?

¡Desgraciada de Prusia el día en que locamente se precipitara ante la bayoneta de la infantería francesa!

Hoy todo esto suena á hueco, mejor dicho, parece una fanfarronada ridícula, porque los hechos con su brutalidad se impusieron pocos meses después; pero el general Prim, al decir todo esto al emperador Napoleón, se lo hubiera dicho, no como artificio diplomático, sino creyéndolo profundamente.

Se hubiera equivocado, pero no como traidor desleal ó engañador, sino como un hombre que se equivoca; que los hombres, aun los de más talento, no son infalibles.

***

Porque no he conocido á nadie más entusiasta de la Francia y de su ejército que al general Prim.

Aun más tarde, pocos meses después de desarrollarse la

guerra entre Francia y Alemania, el general Prim creía firmísimamente en el triunfo de los ejércitos franceses.

Presencié muchas discusiones entre Prim y Sagasta.

Sagasta sostenía que triunfarían los alemanes.

Prim, derritiendo su frialdad de costumbre con el recuerdo de sus ardores marciales, aseguraba con entusiasmo que Francia vencería.

—Yo he pasado mi vida—le decía á Sagasta—haciendo la guerra ó viéndola hacer; he visto batirse á los españoles, á los franceses, á los rusos, á los italianos, á todos los ejércitos del mundo pudiera decir, porque á todos los conozco.

Pues yo afirmo que los alemanes no resisten el empuje de la infantería francesa. Que una carga á la bayoneta de los zuavos arrolla cuanto tengan por delante.

Y le replicaba Sagasta, rascándose la barba, según su costumbre:

—Está bien, mi general, está bien; y si llegan á los prusianos, los prusianos no resistirán; pero ¿y si no llega ningún zuavo?

—¿Y quién les ha de detener?

—Las balas, mi general; que el armamento ha variado mucho desde que usted vió batirse á los franceses.

Y Prim, con supremo desprecio, le contestaba:

—Ya sé todo eso; pero esas cosas, para creerlas hay que verlas, y las balas no matan tanto como parece. Yo no niego los hechos, pero no los niego después de verlos.

Recuerdo todo esto para que se vea que el general Prim pensaba discutir con el emperador, de buena fe; que cuando daba importancia como un peligro para el Imperio al establecimiento de la República en España ó al de la casa de Orleans en el trono, señalaba males para el Imperio que consideraba graves.

Y que cuando achicaba el poder de Prusia, y aun de Alemania, ante la fuerza, para él incontrastable, del ejército francés, expresaba lo que lealmente sentía.

Pues estas y otras armas que no puntualizó, y que yo tampoco puedo puntualizar, pero que, en conjunto, eran armas de gran eficacia, eran las que él pensaba esgrimir ante el emperador Napoleón III, para obtener su asentimiento en favor de la candidatura alemana.

Por eso repetía una y muchas veces, con profunda tristeza, al ver desbaratados sus planes:—Sí, yo hubiera convencido al emperador; tengo medios para haber llevado á su ánimo el convencimiento; tenía fe en mí mismo; tenía confianza en el talento del emperador. Y todo inútil; ya todo imposible ante el escándalo que hoy resuena en Madrid; ante esos escándalos insensatos; ante la opinión, que se me viene encima; ante esa aceptación prematura de la candidatura alemana; ante el amor propio del emperador, que se sentirá profundamente herido al oirme proclamar, sin contar con él, una candidatura alemana.

Porque él creerá que yo soy quien la proclamo, arrojándosela al rostro, y no sabe que la proclaman á pesar mío, porque él no conoce nuestra vida interna ni la situación difícil en que me encuentro, y ha de imaginar que esta candidatura es el resultado de mi enemiga contra Francia, ecos, acaso, del asunto de Méjico.

Ahora sí que no encontraría manera de convencerle.

Y yo, aún me atreví á hacerle otra pregunta:

—Dígame usted, mi general, ya que ha sido usted tan bueno que ha querido usted desarrollarme su plan: ¿y si no hubiera usted logrado convencer al emperador, cuál hubiera sido su actitud?

Yo, en aquella conferencia, era algo así como un reporter á la moderna.

Preguntaba y volvía á preguntar, y ahondaba cada vez más en el asunto, y con toda la impertinencia de la curiosidad insaciable, ó con ciertas adivinaciones del reposterismo moderno, acosaba al general Prim hasta llegar á lo más íntimo de su pensamiento.

Ni él se resistía mucho, á decir verdad. Deseaba espontanearse, sincerarse acaso, hacer que sus amigos se hicieran cargo de lo difícil de su situación; dolerse, en suma, de aquel estallido de un secreto que él cuidadosamente guardaba, y cuyas consecuencias fueron tan dolorosas.

—¡Pensar—decía él—que la ligereza de un hombre y la estúpida curiosidad de muchos pueda crear situaciones tan graves como ésta en que nos encontramos!

Porque yo pregunto: ¿qué hará el emperador?

Y pregunto: ¿cuál será la actitud de Prusia?

Y, sobre todo, me pregunto con angustia: en este conflicto, ¿cuál debe ser, cuál será nuestra actitud?

Amigo mío—continuaba diciendo,—no creo que insista usted en sus enhorabuenas, porque yo, que no soy hombre pesimista, le juro á usted que todo lo veo muy negro.

Francia, Prusia, acaso Alemania, dispuestas á chocar, y nosotros, como quien dice, en medio.

—Tiene usted razón, mi general; pero, ¿me permite usted que repita mi pregunta?

—Ya lo creo. Si hoy estoy haciendo confesión general.

Y repetí mi pregunta.

La contestación merece capítulo aparte.

José Echegaray

«DON QUIJOTE»

Tres siglos hace que se publicó en Madrid una novela, titulada *Don Quixote de la Mancha*. El libro se había impreso sin esmero en humildes tipos y mal papel. No excitó gran admiración; que la mayor parte de los literatos de la época lo miraron con desprecio; parecía claramente que satirizaba algunos de los ideales más sagrados y serios de los españoles. Pero aunque la crítica literaria oficial y el espíritu menguado de algunos de sus compatriotas no lo estimara, pronto el libro se leyó por toda España. Y fuera de ella también, no sólo fué prontamente conocido y trasladado, sino altamente estimado, especialmente en Inglaterra, en donde los principales literatos, grandes filósofos y hombres eminentes en toda clase de ciencias, proclamaron su admiración por él (1). Más afortunada que el autor y su héroe, la novela ha emprendido su carrera de aventuras, conquistando al fin el universo.

No puede dudarse que el *Don Quijote* es la novela más grande y más típica de todas. Otras novelas hay que son más

(1) «Ninguna nación extranjera ha igualado á Inglaterra en el aprecio del mérito de Cervantes», escribe Navarrete, uno de sus mejores biógrafos. Así como la primera biografía de Velázquez fué escrita por un inglés, así, á excitación de un inglés, lord John Carteret, se escribió la primera biografía de Cervantes en 1738, mientras la primera edición de *Don Quixote*, preparada con el honor debido á un clásico, fué de otro inglés, el Rev. John Bowle, en 1781.

trabajadas en el estilo y de plan más perfectamente arquitectónico. Mas libros de éstos, menos atraen el interés universal que el estudio de los críticos; no son tan igualmente entretenidos, y al mismo tiempo profundos para gentes de todos los países y de todas las edades y grados de capacidad mental.

Aun si dejamos á un lado los grandes monumentos de perfección literaria, como algunas de las novelas de Flaubert, y consideramos sólo las grandes novelas europeas de interés más general é influencia más profunda, dista mucho de acercarse á la perfección de que este libro predecesor de todas las otras ofrece ejemplo.

Tristán Shandy, que es quizá la novela inglesa más cosmopolita, libro que en humorismo y discreción se avecina frecuentemente al *Quijote*, no posee la misma extensión de interés humano. *Robinsón Crusoe*, novela inglesa entre las inglesas, verdadera odisea del anglo-sajón, en su misión de colonizar el mundo—temeroso de Dios, positivo, inventor,—fascina por igual á los entendimientos más profundos como á los más simples. Mas, á pesar de su dilatada reputación, no tiene la espléndida afluencia, la humanidad universal del *Don Quijote*. *Tom Jones*, siempre gran novela en Inglaterra, no lo será jamás en el resto de Europa; el genio de Scott, verdaderamente ciudadano del mundo en su significación é influencia, fué, no sólo demasiado literario, sino que además se prodigó demasiado en una selva de novelas que labraron su gran fama. *La Nouvelle Heloïse*, que en su tiempo se extendió por todo el mundo y renovó la novela, era demasiado limitada en su espíritu, demasiado oportunista en su factura para lograr perpetuarse. *Wilhelmc Meister*, que es la obra quizá más profunda y más sabia de las de este género, sostiene cierta comparación con ella, sucediéndole lo que á Saúl, hijo de Kish, que saliendo á buscar los asnos de su padre, encontró un reino; cuenta una aventura que viene á ser el reverso del *Don Quijote;* pero en la forma de ficción presenta, como los libros de Rabelais, mucho que se escapa al juicio y gusto universal y no es propio

enteramente de la novela. *Las mil y una noches,* que es la única que supera á *Don Quijote* en variedad y universalidad de interés, no es precisamente una novela, sino una literatura entera. Es, pues, el *Don Quijote* la grande y verdadera novela por antonomasia. Es una invención genuina, que por primera vez junta las viejas historias de Caballerías de hazañas heroicas con las historias picarescas de su tiempo de aventuras vulgares, creando en tal combinación algo que es enteramente original en que á su contacto surge la vida siempre. Libro es que nos conduce á aquella atmósfera en que lo ideal y lo real viven como en su hogar. En donde se amalgaman las cosas más graves con las más regocijadas del mundo. En donde se alcanza la armonía recóndita, en que se acuerdan los contrastes más violentos de la vida, la armonía singular que en los momentos de más bella inspiración concebimos como posible, de la misma manera y en el tiempo mismo (pues, *Lear* apareció cuando *Don Quijote*) en que Shakespeare creaba sus locos y sus idiotas en concordia de humorismo divino. Historia que un niño puede con gozo entender, tragicomedia que al sabio solamente es dado á comprender en totalidad. Muchas obras maestras de la literatura ha inspirado; formando parte de la la vida d los pueblos en todo país civilizado, ha llegado finalmeenteá ser parte de nuestra civilización humana.

II

No se espere que autor de un libro como éste, que es la novela suprema de Europa, libro de aventuras de interés universal, pueda encerrarse en los límites de un ensayo, como Scott, Balzac ó Zola. Cervantes debió á la casualidad el ser hombre de letras. Antes que nada fué soldado y aventurero; en este concepto se atrajo la atención de sus contemporáneos,

y á esto se debe mucho de lo que de su vida conocemos. Los recuerdos de ella—sin contar con los informes que él mismo accidentalmente suministra acerca de su persona, y sin contar tampoco su fama de escritor en la posteridad—son minuciosos, aunque fragmentarios é imperfectos.

Hasta podía intentarse una pintura precisa del hombre tal como fué en su vida—ayudados en este particular por la descripción de sí mismo que hace en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*,—más precisa, desde luego, que la de aquel otro gran contemporáneo y pariente espiritual suyo, Shakespeare, aunque tampoco tengamos retrato auténtico de Cervantes. Debió ser de estatura mediana, cargado de espaldas, tez blanca, ojos vivos, pelo castaño, grandes mostachos y barba dorada, algo desmañado, á causa de la cortedad de la vista y lo ceceoso de su habla; pero, en fin de cuenta, ejemplar castizo del hombre de temperamento sanguíneo, audaz en el obrar.

Nació en 1547, probablemente en el día de San Miguel, en la antigua ciudad castellana Alcalá de Henares, famosa por su Universidad, próxima á Madrid, y fué hijo menor de padres hidalgos, cuya posición había decaído, avecindados en Alcalá. Cervantes tuvo suerte, no sólo en su nacimiento, sino en su crianza; su maestro de primeras letras era hombre de carácter firme y de competencia intelectual, meditado; concibió afecto por su discípulo, y quizá á la manera de inculcarle sus gustos se deba el poderoso desenvolvimiento que, andando el tiempo, alcanzaron. Cervantes, de joven, escribió versos muy malos, que quizá contribuyeron, cuando tenía veintidós años, á conseguirle el patrocinio y amistad del cardenal Acquaviva, de poca más edad que él, á quien acompañó á Roma. Para algunos de sus biógrafos hay misterio en su salida súbita de Madrid; no ha faltado quien crea que una riña ó una intriga con una dama de alto linaje, ó el haber sacado su espada en palacio—injuria grave que se castigaba con la pérdida de la mano derecha,—pudiera dar motivo á su fuga. Fuera ésta ú otra la causa, ello contribuyó á lanzar á Cervantes á la corriente prin-

cipal de la vida europea. Era aquella época verdaderamente grandiosa en la historia de Europa. Parecían haber resucitado los tiempos caballerescos. Se había predicado una gran cruzada contra el turco infiel, y bajo las inspiraciones del Papa y el mando de D. Juan de Austria, las fuerzas unidas de Roma, España y Venecia se dispusieron á ir al mar frente á una escuadra de incomparable grandeza. Cervantes, con sus instintos heredados de guerrero y poeta enamorado de excelsas aventuras, tuvo parte en el entusiasmo general. Dejó la casa del cardenal y se alistó como soldado de filas. Pero la compañía en que entró, constando sólo de jóvenes de buenas familias, era de gran distinción; representaba la flor de la infantería española, tenida como invencible, hasta que al siglo siguiente perdió su prestigio en la batalla de Rocroi. Esta inundación de caballeros cristianos, en que fué arrebatado Cervantes, llegó al apogeo de su grandeza en la batalla de Lepanto, combate naval de los primeros del mundo. Aquel día—el 7 de Octubre de 1571—fué el más hermoso de la vida de Cervantes. Enfermo y postrado por la fiebre que se apoderó de él al comenzar la lucha, recibió tres arcabuzazos y quedó para siempre manco de la mano izquierda; pero la gloria que ganó aquel día le fué toda su vida manantial de satisfacción y alegría. La parte que como soldado particular desempeñó, según los testimonios de la época demuestran, fueron suficientes para alcanzarle excelso honor. No hay cosa que más demuestre las extraordinarias condiciones personales que le adornaban. Cuando, al cabo de otros servicios que realizó en una expedición contra Túnez, obtuvo licencia para volver á España, llevaba consigo cartas de recomendación para el rey, á bordo de la galera *Sol*, de los primeros generales de aquel tiempo, conteniendo altísimos loores de su valor y merecimientos, así como de sus amables cualidades personales. Pero aquella ironía de la vida que siempre le persiguió en el mundo de la realidad—favorecida, según él creía, por su especial manera de ser,—y que en edad anciana iba á reproducir incompa-

rablemente en los límites del mundo ideal, había ya empezado á perseguirle. La galera fué apresada casi á la vista de España, por corsarios de Argel, y las cartas que llevaban hicieron á los piratas formar tan alta idea del valer de su cautivo, que exigieron un rescate incompatible con los escasos medios de su familia. Fué luego esclavo de un capitán pirata, de extraordinaria brutalidad, y llevado á Argel encadenado, donde había de permanecer cinco años.

En Argel, como podemos conocer con absoluta evidencia, desplegó Cervantes, en circunstancias impensadas y más dificultosas, las mismas cualidades personales extraordinarias. Esclavo y aherrojado, y en poder de un amo brutal, encontró modo de llegar á ser el alma y la inspiración de los cristianos cautivos en Argel, trazando planes de evasión y procurando osadamente ponerlos en práctica con denuedo y fertilidad de recursos inagotable. Por la traición de los otros, más que por culpa suya, se frustraban siempre sus proyectos; pero él cargaba con la responsabilidad, librando á los demás. Es maravilloso que sus carceleros, lejos de castigarle, parece que le trataban con gran consideración; pero en los hombres del Islam se reconoce y estima el valor donde quiera que se encuentre, siendo éste uno de los secretos de su vitalidad. Al fin, por los buenos oficios de un excelente fraile, se allegó la cantidad del rescate, y Cervantes pudo volver á España. Pero ahora sus servicios estaban ya olvidados; el triunfo de Lepanto no produjo provechos materiales, y D. Juan de Austria había muerto. Si Cervantes no hubiera tenido inconveniente en hacerse renegado, hubiera, sin duda, logrado una posición envidiable; en España, el espíritu de libertad y las iniciativas individuales quedaron aplastados bajo la arrogante autoridad de los Felipes. España no disponía de mercedes que distribuir entre sus hijos más valerosos y honrados, y Cervantes no encontró otra cosa ante sí á que dedicarse que lo mismo á que se dedicara diez años antes: hacerse soldado. Mas no con el entusiasmo que la vez primera, seguramente. Eligió ahora un regimiento en que,

por azar extraño, estaba también sirviendo Lope de Vega, que á la sazón contaba diez y seis años, digno compañero de gloria, que pronto iba á ser famoso como príncipe de las letras españolas. Cervantes iba ya cansándose de la vida penosa, brutal y sin recompensa de los campamentos; el entusiasmo caballeresco, y no el amor á la guerra, le había conducido la vez primera á las filas; y después de haber combatido tanto toda su vida, se retiró de las armas, cambiando la lanza por la pluma.

Por el año 1548, á los treinta y ocho de su edad, escribió su primera obra de fama, la novela pastoril de *Galatea*, y poco después se casó con la dama en cuyo obsequio se supone que escribió esta obra, paisana suya y de gran fortuna, con la que parece haber vivido dichoso hasta la muerte, siendo la voluntad de ella ser enterrada á su lado (1). Desde este momento su vida se dividió entre la literatura, especialmente la producción de obras para el teatro y variadas producciones de su ingenio—y el oficio de colector de impuestos para las órdenes religiosas, y también como rematante de suministro de granos y aceite para la flota,—lo que le puso en condiciones de conocer la vida española en sus aspectos más íntimos.

En 1597 fué encarcelado en Sevilla, por la quiebra de un hombre á quien había confiado una crecida cantidad de dinero que pertenecía al Tesoro. Ya era en literatura muy ventajosamente considerado, aunque todavía no había escrito ninguna de las obras que habían de alcanzarle nombre inmortal. Por último, si hemos de dar crédito á la leyenda, fué preso por motivos que se desconocen, en la celda de una casa de la pequeña población de Argamasilla, en la Mancha. Aquí es opi-

(1) Se ha dicho, sin embargo, que sus acciones manifiestan cierta aptitud de reserva hacia su marido y poca inclinación á subvenir á sus gastos. Deberíase esto tal vez á sus defectos de carácter, ó bien á que ella no pudiera olvidar que era mujer sin hijos, que había recibido en su casa la que su marido había tenido de otra mujer en la misma época en que andaba pretendiendo á ella.

nión que tuvo principio la concepción del *Quijote,* siendo Argamasilla la patria del héroe de la incomparable novela (1). En 1605 se publicó la primera parte. En 1618 aparecieron las *Novelas exemplares*, bella colección de relatos que, como cosa literaria, pueden colocarse en algunos respectos por encima de su misma obra maestra. Finalmente, en 1615, á la edad de sesenta y ocho años, publicó la segunda parte de *Don Quijote.* Durante todos estos años vivió Cervantes con su mujer, su hija, su hermana viuda y su sobrina, sustentándolas á su costa, cuándo en Sevilla ó en Toledo, cuándo en Valladolid ó Madrid (2), ciudades principales de la nación más grande, rica y brillante del mundo, como era España en aquella sazón. Murió en Ma-

---

(1) Si bien las tradiciones menos demostrables tienen generalmente un fundamento de verdad, debe advertirse que no había en aquel tiempo cárcel en Argamasilla, y no se ha encontrado, á pesar de las investigaciones llevadas á efecto, el menor indicio de que Cervantes fuera preso allí en manera alguna. Cierto, que la afirmación que el autor hace en el prólogo de la historia de que hasta «ha sido engendrada en una cárcel», puede dar alguna márgen á la tradición, y en esto estaría el origen. Algunos escritores, como Navarro Ledesma, deseosos de retener la leyenda de la cárcel, sostienen que durante su indiscutible encarcelamiento en Sevilla, escribió Cervantes el *Quijote.*

(2) En algunas de estas ciudades se conservan las casas en que vivió Cervantes. El lugar quizá más interesante de los que se relacionan con las casas de Cervantes, es la posada de la Sangre, en Toledo.

Está situado en la puerta de Zocodover, más allá del arco de herradura que mira al Tajo. En tiempo de Cervantes era uno de los mejores mesones de Toledo, y con su patio antiguo, su corredor con habitaciones en los pisos superiores (con la misma disposición que en las antiguas posadas inglesas) y sus columnas en que se apoya la galería, anteriores á la dominación de los moros, parece no haber cambiado de como era en la época en que Cervantes escribía. En esta posada conoció la escena de la bellísima narración de *La ilustre fregona,* dándole pie para idearla alguna doncella de la venta que le pareciera demasiado hermosa y fina para dedicarse á comunes menesteres, tal como las que Emilia Pardo Bazán ha visto en las cocinas de dicho mesón, ahora frecuentado por arrieros y labradores, aunque no les falte visita de distinguidos viajeros que allí acuden en homenaje á Cervantes.

drid, popular como autor, pero pobre y sin honores, en 23 de Abril de 1616, partiendo del mundo pocos momentos antes que su hermano de genio, Shakespeare.

III

Ha sido preciso recapitular los principales hechos de la vida de Cervantes—por más que sea ésta muy conocida,—porque es imposible comprender el *Quijote* si no se pone de relieve la persona que late bajo él. Es costumbre repetir que este libro es una sátira de las antiguas novelas de Caballerías. En cierto sentido, muy restringido, es verdad. Cervantes ridiculizó las extravagancias de la novela caballeresca en su decadencia. Pero para *Amadís* y otras grandes novelas de la primera época no tiene sino admiración y afecto. Eran ciertamente producto genuino de España; y aun de la misma Caballería podía decirse otro tanto, pues que aún seguía viviendo en España mucho después de haber ido desapareciendo de los demás países, alimentado por el luchar incesante con la morisma figura caballeresca también. Siendo el Cid legendario ó auténtico la representación suprema de la Caballería. Cervantes vivió toda su vida á la manera de un caballero andante, y *Don Quijote* acabó con las novelas de Caballería, no porque fuera sátira contra ellas, sino porque este libro era también una novela caballeresca, la mejor de todas, porque su acción estaba situada en el mundo real.

Hemos dicho que Cervantes debió á la casualidad el ser literato. Era soldado, hombre de acción, que jamás hubiera cogido la pluma, no siendo como entretenimiento, si larga serie de infortunios no le hubiera cerrado los demás horizontes de la vida. Hecho es bien singular que casi todos los grandes escritores españoles han sido soldados ó aventureros, tan familiares por lo menos con la lanza como con la pluma. «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», dijo Don

Quijote, expresando con esto la convicción de todos los escritores españoles. Los literatos italianos han sido, por lo general, sagacísimos políticos; los franceses, hombres para brillar en sociedad; los ingleses y americanos, gente de negocios y de capacidad en cosas prácticas; pero en ninguna parte, salvo en España, encontramos al soldado que triunfa en literatura. Sin mencionar los escritores del siglo de oro de España, durante el cual vivió Cervantes, encontramos soldados preclaros en las letras españolas desde la época de su origen. Merobandes, poeta cristiano del siglo v, fué también soldado distinguido; Jaime el Conquistador, ilustre monarca de Aragón, es casi tan famoso por su animada crónica como por sus hechos de armas; el obispo D. Rodrigo de Toledo, cronista principal del siglo XIII, blandía su espada en la guerra con la misma destreza con que manejaba la pluma con que describía después los combates; Santillana, gloria de la literatura española en el siglo xv, fué igualmente esclarecido en el campo, en el consejo y en la corte; Garcilaso de la Vega, uno de los personajes más salientes de España, dice de sí mismo que distribuía el tiempo «tomando, ora la espada, ora la pluma».

Siempre ha sido España el país de la espada: la antigua tizona es eminentemente española; los soldados de Shakespeare hablan con gran aprecio de sus Bilbo; las hojas de Toledo, tan estimadas por los romanos, siguen fabricándose en esta antigua ciudad. No ha de asombrar, pues, que estando tan familiazados con la espada y la tizona los literatos españoles, y más que ninguno, Cervantes, aunque éste era cuidadoso y esmerado en el escribir, desdeñaran las gracias más menudas del estilo y manejaran la pluma con algo de aquella libertad y fuerza que habían adquirido con el uso de arma tan brillante, varonil y flexible como es la espada. No ha de sorprender tampoco que aprendieran en el mundo de la acción á sentir y expresar una humanidad, percepción íntima y profundidad, que no aprendieron en el estudio. Las cualidades vivas, audaces y punzantes de la literatura española parecen demostrar que aquellos

hombres habían sido educados para la pluma por la espada.

En este caso, como en todo, fué Cervantes legítimo español. Fué una gran personalidad, un soldado esclarecido, mucho antes de idear su *Don Quijote*. Es interesante su comparación en este respecto con el escritor más grande de sus contemporáneos: un hombre que fué tan netamente inglés como Cervantes español, é igual á él en fama. En el temple mental, Cervantes y Shakespeare se asemejan, aunque éste fué incomparablemente más artista; ambos pasaron por el mismo género de evolución mental; ambos poseyeron la misma abundosa humanidad y ambos, en fin, alcanzaron la misma visión de la vida, sosegada, pero profundamente irónica. Sin embargo, cuán diferente hubiera sido nuestra concepción de ambos individuos si ninguno de los dos hubiera escrito cuando los anticuarios desenterraron sus historias. Uno y otro eran hijos de padres pobres, pero de buen linaje, y se vieron obligados á abrirse paso en la vida valiéndose de sus esfuerzos. Mas todo lo que se puede afirmar de Shakespeare se reduce á unos cuantos episodios bien dudosos de sus primeros años, y á que fué actor de tercera fila y empresario afortunado en el negocio. También se sabe que personalmente era de buen trato, aunque puntilloso en materia de negocios, y que la ambición principal de su vida fué retirarse pronto del trabajo, y poder escribir después de su apellido la palabra *Gentleman*. Poco más se puede decir sobre él que lo que se pudiera decir de millones de compatriotas suyos. En cambio, Cervantes, aunque no hubiera escrito una sola línea, seguiría siendo personaje importante y famoso. Antes de escribir de la vida gastó muchos años de ella en aprender sus lecciones.

Rara vez se han escrito grandes novelas por escritores jóvenes: *Tristán*, *Shandy*, *Robinsón Crusoe*, *Tom Jones*, *La Nouvelle Heloïse*, *Wilhelm Meister* fueron obras escritas por personas que habían pasado ya de la mitad de su vida. *Don Quijote*—y de él especialmente la segunda parte—fué publicado por su autor cuando ya era viejo, que había renunciado ya á sus

ideales y ambiciones, y se había establecido pacíficamente en su casita de Madrid, pobre de bolsa, pero rico de prudencia, atesorada en el transcurso de una vida variada y aventurera. *Don Quijote* viene á ser una autobiografía genial. Por esto es precisamente un libro español hasta la medula.

También su autor era español entre los más españoles. Y no siempre los escritores más grandes de una nación son los que más perfectamente la representan. Cierto que á Dante no se le concibe sin su sér de italiano, ni á Goethe de alemán; pero no los tenemos por representativos de su raza. A Shakespeare acudimos muchas veces para encontrar en él estereotipados muchos elementos castizos de la Gran Bretaña; pero Shakespeare, por su volubilidad y originalidad, su fuerza de expansión emotiva, su brillantez de rasgos, su jovialidad desenfadada y su ingenio, dista mucho de representar al inglés frío, práctico y serio. Cervantes es español de pies á cabeza. Sus ilusiones y sus desilusiones, su moralidad y su humorismo, sus procedimientos artísticos, lo mismo que su estilo—descontando algunas ideas que pudo tomar de Italia—son totalmente cosa española (1). Don Quijote y Sancho Panza, personajes centrales de la obra, no son ya españoles, sino la España misma. Viajando una vez de Madrid á Sevilla por el camino que atraviesa la Mancha, tan bien conocida de Cervantes, al ver en la gente del país aquellos rostros llenos de gravedad y de cortesía, aquellos ojos brillantes, que parecían fijos en visiones recónditas y ciegos para las cosas de la vida ambiente, y al encontrar como dondequiera por allí se encuentra al aldeano rechoncho, de alegre talante, de imperturbable cachaza, que para todos los infortunios y contrariedades de la vida opone

(1) Menéndez Pelayo, en una lectura interesante sobre la cultura literaria de Cervantes (publicada en la *Revista de Archivos*, 1905), dice que ningún prosista influyó tanto en Cervantes como Bocaccio; pero su influencia es simplemente exterior. En general, Cervantes sigue la *Celestina* y las comedias de Lope de Rueda; nunca imitó tampoco á los novelistas picarescos. Sancho tiene un precedente en la última literatura caballeresca: el *Ribaldo* de la *Historia del Caballero de Dios,* del siglo XIV.

un chiste ó una moraleja, no podía menos de gritar para mí mismo á solas: «¡Ahí está Don Quijote! ¡Ese es Sancho Panza!» Ambos personajes constituyen la España de hoy; porque aunque sigue siendo el español sano en su entraña, más por lo que toca al hombre de acción heroica, de ánimo denodado, el tipo del *conquistador* vese hoy rara vez en España, y las grandes cualidades de otros tiempos tienden á convertirse en simple charlatanería y en adornos retóricos de un sistema político corrompido. Don Quijote, con su idealismo, su altanería de abolengo y linaje, su conciencia más ó menos profunda de estar destinado al cumplimiento de una misión tradicional, en pugna con la época en que vivía, es tan impropio para dirigir el mundo moderno, como Sancho Panza con sus virtudes mismas, su valiente sumisión al deber que le ligaba con su amo, su docilidad mansa y silenciosa á las calamidades de la vida, es igualmente impropio para las tareas comunes del progreso y mejoramiento sociales. El genio de Cervantes escribió su historia para su propio país.

Hasta en los pormenores más menudos de su gran obra podemos descubrir el carácter exclusivamente nacional de la mente cervantina y de sus gestos españoles. Aduciré uno de los menos perceptibles que se ofrece en muchos lugares de la obra: la predilección que manifiesta por el color verde. Quizá los moros, para quienes este color era el más sagrado, legaron esta predilección á los españoles, aunque, en todo caso, es natural que plazca este color en un país seco y estéril como es España en gran parte de su término. Cervantes admiraba los ojos verdes como otros muchos poetas españoles, al revés que los sicilianos, para quienes sólo tienen mérito los ojos negros; los ojos de Dulcinea son *verdes esmeraldas*. Todo el que con cuidado lea el *Quijote* y conozca las cosas de España, no puede menos de encontrar á cada paso en Cervantes rasgos semejantes de españolismo (1).

(1) El escritor que se firma con el pseudónimo de «Dr. Thebussem», E. M.—*Marzo 1909.*

Mas, á pesar de esta base, intensamente nacional, es *Don Quijote* el libro más cosmopolita, más universal. Ni Chaucer ni Tolstoi ofrecen tan amplia humanidad. Á Shakespeare mismo le sería preciso, para ser completo, la creación de un tipo de villano, como á la vez sea cierto que no se encuentra un Yago entre los seiscientos sesenta y nueve personajes que según cálculo se introducen en el *Quijote*. No hay mejor testimonio de lo genuinamente humano que es un espíritu como la capacidad que posea para dominar las influencias inevitables del elemento religioso nacional. Cervantes, que había derramado su sangre en lucha contra los infieles piratas argelinos y había padecido los hierros de sus mazmorras, aun cuando compartiera todos los prejuicios nacionales que existían contra los moriscos en España, no sólo aprendió y aprovechó mucho de la vida oriental que entre amarguras sin cuento había conocido durante los cinco años de su cautiverio, sino que adquirió, además, un concepto comprensivo y amplio de los moros, que era, sin duda, bien raro que lo pudiera profesar un español por los enemigos tradicionales de su patria. También entre Portugal y España había entonces una tirantez de relaciones y un antagonismo mucho más considerable que el que hoy haya; Cervantes, sin embargo, no se harta de alabar á Portugal y á los portugueses. Si ha habido Nación á la que España pudiera aborrecer con más derecho en aquel tiempo, era Inglaterra. Aquellos piratas y herejes del Norte asaltaban continuamente sus costas, destruían sus galeras, devastaban sus colonias. Cervantes, que vivía en la época en que el poder naval de España fué destruído, tiene, sin embargo, para con Inglaterra una actitud mesurada y cortés.

Quizá se deba en algo á esta actitud tolerante y hasta benigna con los enemigos de España, así como al ridículo con que satirizó muchas flaquezas y prejuicios españoles el ser tan

---

ha tratado de la afición al color verde de Cervantes en un artículo titulado *Lo verde* (España Moderna, Marzo 1894).

tardíamente reconocido en su patria, con el puesto soberano que le corresponde en literatura. Por varios siglos se leía á Cervantes en España, como á Shakespeare en Inglaterra, en concepto de autor entretenido, antes de considerársele como uno de los genios supremos de la humanidad. Al mismo tiempo, fuera de España encontraba el *Quijote*, no sólo lectores entusiastas entre la gente de toda edad y condición, sino que se le empezaba á reconocer como una obra de arte maravillosa y varia.—Un depósito de riqueza en que cada cual podía hallar lo que buscaba; alegoría que se presta á las más múltiples interpretaciones.—Heine recordaba cómo, siendo muchacho, leía el *Quijote* con risa y lágrimas, y según iba creciendo, crecía con él la inspiración que encontraba en su lectura perpetuamente. A él acuden, no ya los héroes, los audaces reformadores, los caballeros del Espíritu; también los hombres de mundo, prudentes y sagaces, se vuelven con una sonrisa preñada de significación, como el sabio y escéptico Sydenham se volvía á la pregunta que su ayudante de medicina le hacía de lo que debía leer: «El *Quijote* que es un buen libro. Yo siempre lo estoy leyendo.» Al leer la gallarda oda—*Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*—que al inmortal caballero dirige Rubén Darío, el más inspirado de los que en lengua castellana escriben ahora, no puede menos de percibirse con toda verdad que, á más del tipo de novelesco, creó Cervantes una figura de significación profunda ó mejor, religiosa, para consuelo de los hombres. No es *Don Quijote* el tipo y patrón de nuestras más grandes novelas: es más bien una visión del alma humana, entretejida en el mundo de las tradiciones espirituales. El Caballero de la Mancha ha triunfado, á la verdad, en su empresa, pues que ha ganado una Dulcinea más inmortal que la que él nunca soñara.

HAVELOCK ELLIS

TESOROS ESPAÑOLES EN YANKILANDIA

EL MUSEO HISPÁNICO EN NUEVA YORK

Acerca de los Estados Unidos de la América del Norte, desde que empezaron á desempeñar papel importante en la política mundial, se han emitido múltiples juicios, más ó menos autorizados, unos acremente adversos, como los de Cárlos Dickens; otros hiperbólicamente laudatorios, como los de Pablo Bourget; así que aquella nación, tan pronto se ha considerado tierra de promisión y dechado de todas las perfecciones, como infierno moderno sin ideales delicados, morada de hombres egoístas, brutales, dominadores y descaradamente prosaicos. Este último concepto es el más generalizado en España; y no precisamente debido á influencia de lecturas internacionales, tan tenue y esporádica en este país, sino á circunstancias especiales de todo el mundo conocidas.

En realidad, los trágicos acontecimientos de 1898 no eran propios á inclinar á benevolencia el ánimo de los españoles para con la poderosa Unión federativa, y la gran prensa, muchas veces arrastrada por las corrientes populares, contribuyó no poco á la difusión de conceptos erróneos y apasionados, excusables en cierto modo, al calor de los que arraigó la convicción de que los *yanquis* eran hombres sin género alguno de escrúpulos, sórdidamente mercantiles y desenfrenadamente avaros, indiferentes é ineptos para todo lo que significa arte,

literatura, intelectualidad; sólo comparables con los ejemplares más bastos é incultos de las naciones del antiguo continente; en una palabra: positivistas, especuladores en trigos y lanas, veudedores de pieles y petróleo, tratantes en cerdos, y, como dijo el Dante de los odiados genoveses: *...uomini diversi d'ogni costume, e pien' d'ogni magagna.*

Esas figuraciones, excusamos decirlo, tienen el mismo valor para el psicólogo que las grotescas caricaturas que los *vaudevilles* franceses y las zarzuelas españolas nos han hecho del tipo inglés, presentado como flemático, seriote, grosero, excéntrico, cuando en realidad no hay gente más culta, elegante y finamente humorista que aquella entre la cual S. M. Alfonso XIII ha tenido el buen gusto de elegir esposa.

Cuando una nación es próspera y poderosa, es forzoso que sobresalga en todos los ramos de la actividad humana y cultive su espíritu. Ninguna sociedad humana numerosa puede constituirse ni existir sin ideales, sin intelectuales intereses, y es un contrasentido enorme el suponer la ausencia de los mismos allí donde florecen pujantes el comercio, la industria y la agricultura. Las bellas artes y la filosofía, las ciencias trascendentales son como el coronamiento imprescindible y la flor de toda civilización. ¿Cómo creer faltos de ellas á los Estados Unidos, á los que, hace más de medio siglo, un pensador español llamara «el país más libre, más humanitario y bien gobernado del mundo, águila soberana del Norte y garantía secular de la libertad presente y futura del antiguo y del nuevo continente»?

Para no citar más que al correr de la pluma, diremos que poetas como Longfellow, historiadores como Jorge Bancroft, William Prescott, John Mottey y Francis Parkman; literatos como Jorge Ticknor, novelistas como Hawthorm, cuentistas como Edgard Allan Poe y humoristas como Mark Twain, bastan para dejar bien plantado el pabellón intelectual de un país.

¿Quién no ha leído, por cuotidianas noticias de la prensa

de información, que dos multimillonarios americanos, aquellos *self-made-men* empeñados en la ímproba caza del *dollar*, los *Gould*, los Vanderbilt, los Rockefeller (1), los Pierpont Morgan, los Carnegie y tantos otros saben emplear sus enormes capitales en beneficio de sus conciudadanos y empresas científicas, fundando hospitales y laboratorios, escuelas y universidades, museos y bibliotecas?

Y aquí del objeto especial de estos renglones, que es reseñar acerca de una de aquellas grandiosas fundaciones, de especial interés para España: nos referimos al Museo Hispánico de Nueva York, creado por Mr. A. M. Huntington.

La prosperidad económica de la California, más que á sus *placeres* auríferos, pronto agotados, se debe al inmenso desarrollo de su agricultura é industria, al vuelo prodigioso de su comercio, consecuencia, á su vez, del ferrocarril interoceánico que enlaza á Nueva York, y, en cierto modo, á Europa con la magnífica bahía de San Francisco, en comunicación constante con China, el Japón y Australia. Ese ferrocarril, que, cual varita mágica, abrió el sésamo de inagotables tesoros, es obra de cuatro hombres de negocios: Stanford, Hopkins, Crocker y Huntington, á quienes acompañó en la magna empresa un éxito inaudito y que ganaron una fortuna fabulosa.

Ya no existe ninguno de aquellos cuatro, pero su memoria perdura inmarcesible por las innúmeras obras filantrópicas á que dedicaron una gran parte de sus caudales. En la América del Norte, los nombres de aquellos bienhechores son pronunciados con veneración y gratitud al recordarse la Universidad de Palo Alto, fundada por Stanford; la Escuela de Bellas Artes, creada por Hopkins en *Nob Hill* de San Francisco, y el Museo de Historia natural, anejo á la Academia de Ciencias de la Puerta de Oro, debido á la generosidad regia de Crocker.

(1) Rockefeller, en diferentes donaciones, ha regalado á la Universidad de Chicago la increíble suma de 50 millones de dolars.

Únicamente, dentro del célebre cuatrumvirato, el nombre de Huntington era el que no sonaba en aquellos monumentales legados, á favor de los descendientes de los modernos argonautas, como prueba de que el americano acumula riqueza, no tanto en provecho propio, como para adquirir con ella los medios de hacer el bien en gran escala. Huntington fué de los cuatro precitados el último que murió, después de fastuosa existencia en su palacio de la Quinta Avenida en Nueva York. No tuvo hijos, y adoptó á algunos sobrinos y sobrinas, y, finalmente, después de haberse casado en segundas nupcias con una viuda, adoptó al único hijo de ésta, á su hijastro, quien tomó el nombre y apellido de su padre adoptivo, el de A. M. Huntington. El magnate ferrocarrilero, al morir, dejó casi toda su fortuna, valuada en 100 millones de dolars, á aquel hijo adoptivo.

Éste supo dar digno empleo á tanta riqueza acumulada en manos de un solo hombre, pues se dedicó casi exclusivamente á intereses intelectuales, y el terreno de su predilección fué el arte y la literatura española. Con verdadera pasión coleccionó antigüedades, objetos de arte y cuadros de procedencia hispánica y libros españoles que han venido á formar la biblioteca más completa de esta clase que existe. Durante diez y ocho años viajó, no solamente por España, sino por todos los países de Europa, con el único afán de enriquecer su colección con valiosas adquisiciones. Como quiera que sus medios pecuniarios eran inmensos, y grandes también sus conocimientos arqueólogicos, literarios y artísticos, Mr. Huntington pudo ver realizado su sueño dorado, que consistía en reunir la colección de antigüedades, objetos de artes y libros españoles más grandiosa que hubiese en el mundo.

En el mes de Mayo de 1904 fundó la «Sociedad Hispánica de América», que contó en un principio 100 socios, y cuyo objeto era «el estudio de todo cuanto con España se relacionase». Mr. Huntington dotó á la Sociedad con 350.000 dolars, en dinero efectivo, y además le regaló 12 solares, sitos en el

parque Audubon, en la parte alta de Nueva York, en el cruce de la calle 157 con la de Broadway, en donde mandó construir el imponente palacio que ahora encierra las colecciones antes mencionadas, abriéndose hace cosa de un año al público aquel Museo y Biblioteca que en riqueza y extensión tiene analogía con el famoso *British Museum*, de Londres, y muy bien podría llamarse *Hispanic Museum*.

Los neoyorkinos lo llaman comúnmente la Nueva Biblioteca de la Sociedad Hispánica. Una idea del esplendor de aquel monumento la da el solo hecho de que la construcción y decorado han costado más de cuatro millones de dolars, ¡unos cien millones de reales!...

Es un grandioso edificio, estilo Renacimiento, de hermosa sillería caliza, extraída de las canteras del Estado de Indiana. Su fachada, la adornan columnas jónicas, y un airoso pórtico con cuerpo saliente y frontón rellenado de precioso bajorrelieve. Seis ventanales circulares prestan luz á los pisos inferiores, y siete ventanas de medio punto cumplen con el mismo fin en el frente del principal y segundo. En dirección al eje principal del edificio y á lo largo de la meseta debajo del pórtico, así como por los flancos de la gran escalinata que da frente á la calle, corre una balaustrada de mármol. La magnífica verja de hierro forjado que rodea la manzana ocupada por el edificio, realza no poco su aspecto suntuoso.

El interior está en armonía con motivos arquitéctonicos españoles, y el gran salón de lectura, que ocupa el mayor espacio de la espléndida construcción, tiene forma de patio, con sus arcadas y columnatas que sostienen una galería correspondiente al entresuelo. Las columnas llevan rico adorno de *terra-cotta*, con dibujos plateresco. En la citada galería se encierra, bajo vitrinas, un sinnúmero de rarísimos objetos de arte antiguos, y los muros están cubiertos con cuadros religiosos y tapices adquiridos en conventos é iglesias españoles.

No menos preciosa é interesante es la colección de piezas de cerámica hispano-árabe. Hay en ella azulejos de singular

belleza, platos, placas murales y jarrones de complicados dibujos é inscripciones y característicos reflejos metálicos. Contiene piezas de todos los períodos de esa industria artística, un día tan floreciente en la Península ibérica, y cuyos productos eran buscados en el mundo entero. Así, pues, esta colección sin par tiene un inmenso valor, no solamente intrínseco, sino también histórico, y está ordenada cronológica y sinópticamente de tal manera, que los que quieren estudiar la cerámica de referencia, pueden, sin gran trabajo, observar los principios, el desarrollo, el apogeo y la decadencia de tan exquisita industria.

Incomparable es también la colección de altares y sepulcros de mármol y alabastro que Mr. Huntington, á fuerza de perseverante labor y gastos sin cuento, ha podido adquirir en España y llevarse á Nueva York. Hay allí objetos soberbios. Al contemplar aquellos marmóreos sepulcros de personajes célebres, con sus figuras yacentes de tamaño natural, sus magníficos bajorrelieves y sus baldaquines de estilo gótico ó plateresco, los extranjeros quédanse pasmados; primero, ante la belleza de tales monumentos funerarios, y luego, porque se pregnntan con extrañeza: «¿Cómo habrá el fundador de este Museo podido adquirir y sacar fuera de España semejantes tesoros? ¿Qué diría Inglaterra si los sepulcros de la abadía de Wéstminster emigraran á América?» Más de un español también, sin duda, habrá contemplado esos vestigios de un glorioso pasado con una mezcla indefinible de orgullo y amargura, de contento y melancolía. Su primer pensamiento habrá sido lamentar que España haya permitido la exportación de esos tesoros; pero reflexionando en el lamentable abandono en que yacen infinitas obras de arte en la madre patria, se habrá consolado con la idea de que tal vez valga más que esos peregrinos sepulcros se hayan arrancado á la desaparición por la humedad, el polvo y la barbarie destructora de los hombres, para ser expuestos, bien conservados y cuidados, á la admiración universal. Y, por fin, España posee tan inmenso caudal de obras arqueológicas,

que bien puede, sin merma sensible del mismo, ceder algunas á una nación sin pasado artístico.

Muy notables son igualmente las secciones de esculturas y tallas en madera y marfil, hierros forjados y cerraduras, monedas, armas, armaduras, sillas de montar, etc., etc.

Suma importancia tiene la colección de libros españoles, formando una biblioteca tan numerosa y de tan preciosos ejemplares como fuera de España no se puede encontrar en ningún otro país del mundo, ni aun en el célebre *British Museum* ya citado, tan rico él en tesoros bibliográficos españoles. A los lectores é investigadores, el gran salón de lectura ofrece toda clase de comodidades. Cada lector puede disponer de una mesa separada, un sillón giratorio, papel y tinta y lámparas eléctricas de luz inmejorable. Los libros mismos, en su mayor parte, no están á la vista del público, sino colocados en estantes y armarios en el sótano, para desde allí ser transportados automáticamente, por medio de elevadores especiales, á la mesa de cada lector que los pide.

Entre las innumerables ediciones rarísimas que encierra la Biblioteca, no mencionaremos más que las siguientes: las *Tragedias de Séneca,* copia autográfica de Fernando Colón, hijo del gran navegante, quien, como es sabido, legó á la catedral de Sevilla su biblioteca, á estas fechas mermada, de 20.000 volúmenes; la *Historia de las guerras púnicas,* manuscrita, del duque de Wéllington, y la edición original de la primera parte del *Quijote,* del año 1605, cuyo valor bibliográfico no es necesario ponderar.

En la pared del lado Sur de la sala de lectura se ve un mapamundi antiguo, muy curioso, descubierto en la Biblioteca del Vaticano por el sacerdote alemán Joseph Fischer. Dicho mapamundi, parecido al célebre mapamundi catalán trazado en 1375, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, representa con singular relieve los diferentes países con su respectiva orografía, fauna, trajes característicos, etc. Citaremos aún, para concluir, una preciosa colección de rarísimos

libros iluminados, pertenecientes á los principios de la Edad Media, entre ellos, un gran número de voluminosos libros de coro, de canto llano, escritos por monjes españoles en su música y letra.

Renunciamos á entrar en más pormenores, para no hacer demasiado extensos estos ligeros apuntes. Sólo añadiremos que el catálogo de las diferentes colecciones del Museo Hispánico comprende 49 abultados tomos, lo que basta para demostrar la abundancia de objetos que atesora. Recordaremos que si Nueva York posee tan preciado Museo y Biblioteca Hispánica, también allí fué donde Jorge Ticknor editó su monumental *Historia de la literatura española* y sus *Romances españoles*. Entre los muchos templos en la metrópoli de Manhattan, erigidos á la Sabiduría y la Hermosura, este último que acabamos de describir bien merecía especial mención en una publicación española.

JULIO BROUTA

EL AÑO MUSICAL

MÚSICA DE CÁMARA.—La Sociedad Filarmónica Madrileña: artistas y obras; los Cuartetos de Max Reger y Hugo Wolf; el lied.—Las Filarmónicas de provincias.—El Cuarteto Francés: obras estrenadas.—El Cuarteto Vela.—Conciertos de Tragó, Saner y Manen.

MÚSICA SINFÓNICA.—La Orquesta Sinfónica: nuevas obras; *La entrada de la Maya*, de Arregui; *Prólogo á la Divina Comedia*, de C. del Campo. La Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Strauss.—En la Academia de Bellas Artes de San Fernando: la *Suite de Aires murcianos*, de Pérez Casas.

MÚSICA DRAMÁTICA.—El teatro Real: artistas y repertorio; estreno de *Enrique VIII*, de Saint-Saëns; las representaciones de *La Walkyria*.—Otros teatros: estrenos de género chico.

VARIA.—Conservatorio: composiciones de los alumnos; concursos y premios.—Ateneo: conciertos; María Luisa Guerra; conferencias de los señores Brandon y Chavarri. — El trío Iberia. — Necrología: Sarasate y Chueca.—Publicaciones.—El Congreso de Música religiosa de Sevilla.

BARCELONA: Opera.—Conciertos sinfónicos y corales.

LOS ARTISTAS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO.

El séptimo año de la Sociedad Filarmónica Madrileña prosiguió la interesante campaña artística acometida desde su fundación.

A los que vivimos fuera del radio de la cultura artística europea, nos interesa, más que oir las obras en una interpretación más ó menos afortunada, oirlas por aquellos intérpretes que mejor conservan la tradición y el sentido de los compositores.

Los cuartetos de Beethoven, por ejemplo, figuran en el repertorio de todos los Cuartetos del mundo. Todos los ejecutan

seriamente, según su intuición y su temperamento; pero cuando comienza á afinarse en la crítica, no puede menos de verse que los Cuartetos franceses envuelven esas obras en una cierta atmósfera no del todo extraña á la que constituye la característica de la música francesa, y que, aun los mismos Cuartetos alemanes, parece como si se dividieran en dos grupos: los de la interpretación caliente y vibrante, en la que pueden ofrecerse como tipos los Cuartetos Checo y Sevcik, y los que buscan esa mayor concentración del pensamiento, esa interioridad que, introducida por Joachim, ha sido continuada por la mayor parte de los Cuartetos alemanes.

Haydn y Mozart, sobre todo, aparecen en la interpretación de estos últimos Cuartetos más íntimos, más cerca de Beethoven que en las interpretaciones sentidas á la francesa ó á la bohemia. Su alegría, un tanto frívola; su sentimentalismo fácil, desaparecen, para transformarse en gravedad de pensamiento, en seria intimidad.

Estas observaciones se me ocurren al comparar los conciertos dados por el Cuarteto Petri, de Dresde, uno de los mejores de Alemania, y por el Cuarteto Checo, que, con razón, pasa hoy por ser el mejor del mundo.

El Cuarteto Checo, con su maravillosa técnica, con su perfecta unión, con ese calor juvenil, ardoroso, que comunica á todas las obras, paréceme insuperable cuando ejecuta las obras de sus compositores: las de Dvorak, sobre todo. De eterno recuerdo serán para mí las admirables ejecuciones de los dos cuartetos (en *do*, obra 61, y en *re* menor, obra 34) de este compositor. En los demás, en los de Beethoven, sobre todo, sin que pueda ponerse reparo alguno al ajuste perfecto, á la precisión rítmica, tanto cuando se mueve vigorosa y enérgica, como cuando se desarrolla en una cierta libertad de medida, al refinamiento de sonido y de expresión, mi temperamento me lleva á preferir el punto de vista en que se colocan el Cuarteto Petri y los otros Cuartetos alemanes que en la Filarmónica hemos podido oir; punto de vista de un idealismo vago, grave y

profundo, severo é íntimo, que hace surgir de la música ese mismo perfume, esa misma emanación de la literatura alemana, de su filosofía y de su pensamiento.

Entre las obras que figuraron en el programa del Cuarteto Petri, hay dos que es imposible pasar en silencio: los cuartetos en *re* menor, de Max Reger, y de Hugo Wolf.

Max Reger tiene treinta y cinco años. Sus partidarios, los que figuran en las *Regergemeinde,* lo proclaman el compositor más grande y profundo de la actualidad, el Bach moderno, el más calificado representante de la música pura: para sus enemigos, no es sino un teórico y un profesor, un calculista de contrapuntos y de armonías, un eterno compositor de fugas y de variaciones. Desde muy joven está dedicado á la enseñanza: actualmente desempeña la cátedra de Composición en el Conservatorio de Leipzig, quizá el más importante de Alemania.

Sus obras sinfónicas son totalmente desconocidas en Madrid. Su escritura, ó es de una sencillez extraordinaria, ó de una complicación extraordinaria también. Entre las de esta última clase figura el cuarteto en *re* menor. Dura más de una hora: los tiempos impares, el primer *allegro* y el *andante* con variaciones, alcanza cada uno muy cerca de los treinta minutos. En cambio, los otros dos son muy breves, imperando en ellos un humor grotesco, hermano gemelo del que inspira la caricatura alemana.

El efecto que produjo en el público fué casi de sublevación. Un auditorio menos culto que el que forma la Sociedad Filarménica, lo hubiera protestado, más quizá que por sus complicaciones, por su duración extraordinaria. Y, sin embargo, en mi opinión, es no sólo una obra complicada, sino una obra de poesía intensa y de profundidad espiritual, muy apartada del frío cálculo de un matemático y de un interés puramente científico. El tema y las variaciones del tercer tiempo parécenme—salvo la técnica — emanadas del mismo Espíritu que dictó á Beethoven sus cuartetos finales. El primer *allegro,* á pesar de

sus proporciones, me parece surgido de un alma trágica y poética.

Todo paso de avance, todo estilo nuevo que en el arte surge, inspira al principio un sentimiento de despego ó de repulsión. Max Reger, como Brahms no atraen en los primeros contactos, como no atrajeron en su tiempo, ni los diferentes avances de Beethoven, ni aun los mismos cuartetos de Mozart, tan severamente juzgados por sus contemporáneos.

El cuarteto de Hugo Wolf, en cambio, se hizo amar desde el principio. Las desconsoladoras palabras con que el autor rotuló su obra *Entbehren sollst du, sollst entbehren,* explican ese ambiente trágico y tormentoso del primer tiempo, en que por todas partes surge llanto, rebelion, amargura, lamentos que, ó gritan con rabia ó se retuercen con el dolor de la impoteńcia. El comienzo del *lento* parece como la visión del ideal: algo que se lleva el alma á esferas superiores. Los declamados del violonchelo, parece como si estuvieran abajo, en la tierra, dolorosamente resignados. Todo el tiempo es un canto de tristeza, suavizada por un sentimiento de rica poesía. Los tiempos finales no parecen alcanzar la intensidad de los primeros.

Estas fueron las obras más importantes que figuraron en los programas de la Sociedad Filarmónica. En el año actuaron el pianista ruso Ossip Gabrilowitsch, que nos dió á conocer la interesante sonata en *si* bemol menor, de Glasunoff, y composiciones de Rachmaninoff, Arensky y otros autores rusos; los Cuartetos Petri y Checo, el último de los cuales, después de actuar solo, dió tres conciertos con la cooperación del célebre pianista Schnabel; un trío, compuesto de dos virtuosos franceses—Alfred Cortot y Jacques Thibaud—y del célebre violonchelista español Pablo Casals, trío que nos sorprendió por la manera de apagar la personalidad de los ejecutantes en aras de la obra, y por su acierto al traducir el pensamiento del compositor dentro de un tipo estético de interpretación fiel; y la célebre *liedersängerin* Julia Culp, con la que alternó la deliciosa pianista Clotilde Kleeberg. Particularmente intere-

sante fué la sesión consagrada á Schumann, en cuyo programa figuraron las *Escenas de niños,* el *Carnaval* y la *Sonata en sol menor,* y entre otros, *lieder*, el ciclo *Amor y vida de mujer*, cantado por la señora Culp, con expresión íntima y penetrante.

Este género de *lied* va poco á poco abriéndose camino. Extraño por completo á nuestra vida musical, totalmente fuera de nuestras costumbres, no es fácil que un público habituado á los fulgores y deliciosas apariencias del repertorio italiano, pueda percibir á primera vista su belleza, máxime cuando lo más exterior de él suele pugnar y aun casi molestar á nuestro oído. El cantor á la italiana concentra toda su atención y cuidado en la belleza sonora, en que el timbre, la entonación, cuanto constituye la parte *acústica* de su arte, sea ya de por sí, independientemente de lo demás, de una belleza separada é individual. Si alguna vez quiere acentuar la expresión musical de las palabras; si en algún momento se propone ser, más bien que cantor, intérprete del sentimiento del poeta y del músico—caso no muy frecuente,—su tradición le lleva á agrandar sin medida ese expresivismo, ó hiperbolizarlo, con el empleo de esos recursos de escuela, que, como los sollozos, los *sospiri,* las filaturas, son bien conocidos de todos. Su sistema, sus procedimientos, tienen constantemente algo, y aun algos, de exageración y de artificio; su punto de vista mira al efecto; la finalidad de su arte responde á la sacudida de la sensación, no á la vibración espiritual.

En el arte del *lied,* todo es intensificación del sentimiento del texto poético, todo profundizar en su espíritu. Es una belleza que sólo puede percibirse escuchando las palabras y los conceptos, comprendiéndolos, dejándose penetrar por su emoción. Pero la escuela de canto de los cantores alemanes ha cuidado más de ductilizar y trabajar el instrumento expresivo que de refinar la belleza del instrumento voz, y de aquí, que parezcan á nuestro oídos las voces alemanas, en los agudos, sobre todo, ásperas, duras, desagradables y hasta con una cierta tendencia á separarse de la afinación exacta. Y como esto, lo

externo, lo que percibe el sentido, *llega antes* que lo que va al espíritu, que lo que constituye la verdadera esencia del arte; de aquí que la aclimatación del género deba de ser lenta y difícil, y que los que llegan á comprenderlo y á gustarlo, comiencen á mirar con disgusto ese arte italiano, que tan tiránica y exclusivamente ha predominado y predomina en las aficiones de nuestro público.

Las Filarmónicas de provincias—Bilbao, San Sebastián, Oviedo, Gijón, Santander, León, Salamanca y Zaragoza—han seguido trabajando en el año último, consagradas casi siempre al cultivo de la música de cámara. Además de los artistas extranjeros que por ellas han pasado, contrataron también al Cuarteto Francés y á algunos otros artistas españoles, entre ellos al célebre violinista Sr. Fernández Bordas, que, con el conocido pianista Harold Bauer, terminó el año musical en las Sociedades de Bilbao, Oviedo, Gijón y Zaragoza.

El Cuarteto Francés, aunque redujo á cuatro el número de sus habituales conciertos, incluyó en sus programas varias obras de nuestros compositores: dos ya conocidas; otras, presentadas por primera vez al juicio del público. Las dos primeras, el primer cuarteto de Chapí, con su lozanía y desparpajo, en esa alegre desenvoltura á lo Haydn que tan simpático lo hizo cuando se estrenó hace seis años, y el cuarteto con piano de Zurron, premiado en el concurso abierto en 1902 por la Sociedad Filarmónica, obra de arquitectura seria, bien trabajada, en un cierto ambiente que hace pensar en un Brahms más meridional, tuvieron el mismo éxito que antaño.

Las obras nuevas iban firmadas por los nombres de Bretón, Serrano y del Campo.

En el cuarteto, llamado dramático por su autor, el Comisario regio del Conservatorio, pudo advertirse la misma severidad de estilo y de procedimiento que caracteriza el resto de su obra. El añadido de «dramático» no pareció tener completa justificación. No hay en él un proceso de sentimientos que determine el calificativo, ni el Sr. Bretón se propuso hacer una

obra siguiendo el ejemplo de Smetana, en sus *Escenas de mi vida,* ó de Hugo Wolf, en el cuarteto anteriormente citado. Como estética, como sistema, su cuarteto más bien puede incluirse entre los que apuntan al libre juego de sonidos, que, si unas veces dramatizan, otras se mecen en melodías acompañadas vagamente con rítmica indeterminación de schumaniano recuerdo, rigiendo en el conjunto, más que un propósito ó un plan de expresivismo, el formalista proceso de la línea arquitectónica.

De naturaleza distinta es el primer cuarteto de D. Emilio Serrano, profesor de Composición en nuestra Escuela de Música. Es una obra fresca, graciosa, sincera, casi infantil, exenta de complicaciones. Más que la técnica, descuella la habilidad y el desenfado en un humorismo de marcado color español. El apunte de copla de malagueña que precede al *allegro* final, el *Intermedio en tiempo de minué* y algún otro momento, fueron muy justamente celebrados.

D. Conrado del Campo nos hizo oir seis *Caprichos* para cuarteto de cuerda, inspirados en las rimas de nuestro romántico poeta G. A. Becquer; el primero y último, sin determinación especial; los cuatro restantes, inspirados en rimas determinadas. Todas ellas muevénse en el ambiento elegíaco y melancólico, tan preferido por el alma de este compositor; todos son una nueva emanación del dolor que llora y que sucumbe, no del dolor que grita, se retuerce y se rebela contra el destino; y si por acaso, este ambiente pasa alguna vez á segundo término, es para dejar el puesto á una sensación vaporosa y fantástica, como la que impregna el número dos de estos *Caprichos*, y que trae á la memoria la manera fantástica de Berlioz. De los seis *Caprichos*, distinguése el primero por su solidez, el segundo por su encantador ambiente, el tercero por su hermosura y el quinto por su poesía.

Otro Cuarteto, sumamente simpático, hizo sus primeras armas en el teatro de Lara. Componénlo cuatro jóvenes—Telmo Vela, Francisco Cano, Enrique Alcoba, Juan R. Casaux,—el

mayor de los cuales, quizá no haya cumplido aún los diez y ocho años. Con ferviente entusiasmo, con esa abnegación que sólo se encuentra en los jóvenes, sin otro guía que su instinto musical, comenzaron á trabajar y se presentaron al público, modestamente, pero llenos de fe, de esa fe que obra milagros.

Dudo que haya en Europa un Cuarteto de muchachos más jóvenes y de más maravillosa intuición. Porque ellos, sin haber oído los Cuartetos que por la Sociedad Filarmónica han pasado; sin maestros que los adiestren en la técnica especial del género; sin haber estudiado en otros la manera de vencer las dificultades que á cada paso se presentan en el empaste, en la sonoridad, en los términos, en el estilo, no sólo han llegado á dar una interpretación suficiente en casi todas las obras, sino que algunos tiempos (los dos primeros del primer cuarteto de Beethoven, los dos centrales del de Tschaikowski en *re* mayor, ob. 11, etc.) los han presentado tan perfectamente, que poco ó nada habría que mejorar en ellos.

Los tres conciertos los dedicaron á obras ya conocidas del repertorio de cámara; sólo en uno hicieron oir una *Pequeña suite* del primer violín, D. Telmo Vela, un modestísimo ensayo, como proporciones y como vuelos.

De conciertos de otra índole, merecen mencionarse los dos que dió el Sr. Tragó, admirable profesor de Piano del Conservatorio, en el teatro de la Comedia; los tres que en el mismo teatro dió Sauer, con su acostumbrado éxito de virtuosismo; un *recital*, de la sala Æolian, por el pianista valenciano don José Bellver, cuyo estilo poético y suave se mueve siempre dentro de una media tinta de sonoridad; y los tres que, en el teatro de la Zarzuela, nos hicieron aplaudir á Manen, el violinista catalán de universal fama, cuya técnica, casi insuperable, admira y pasma.

Pocas de las obras ejecutadas en estos conciertos merecen la pena de ser consignadas aparte: casi todo lo oído pertenece al repertorio general, clásico ó moderno, ó al del más desenfrenado virtuosismo. No dejaré, sin embargo, de citar, como

oídas por primera vez, entre las ejecutadas por Sauer, el *Concierto* de Friedmann Bach, interesantísimo como composición, con su grande y majestuoso preludio, su deliciosa fuga y su *largo* encantador; y la *Nenia,* de Sgambati, uno de los pocos compositores italianos en los que parece seguir alentando el alma de aquellos célebres maestros de Italia en el siglo XVII; entre los ejecutados por Tragó, *Evocación* y *Almería* de la *suite Iberia*, de Albéniz (inferiores ambas, en mi juicio, á *Triana*, de la misma obra, dada á conocer el año último por Malats); la primera, *Evocación*, donde la melodía andaluza surge con su contorno propio y en su propio ambiente, oponiéndosele una nota de debussismo no muy justificado, mientras en *Almería*, ese mismo debussismo envuelve la idea principal, entre copla de jota y canto de malagueña, robándole parte de su carácter y personalidad. Por último, entre las ejecutadas por Manen, su transcripción de la jota de *El dúo de la Africana*, diabólico arreglo, donde, entre el cúmulo de dificultades, se mantiene siempre fresca la impetuosa y popular melodía del maestro Caballero.

* * *

Los conciertos sinfónicos del año último estuvieron reducidos á los seis que dió la Orquesta Sinfónica y á los tres de la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Richard Strauss. La Sociedad de Conciertos no dió señales de vida.

Nuestra Orquesta Sinfónica hizo oir por vez primera buen número de obras desconocidas en Madrid: *Nubes,* de Debussy, en el característico estilo de este compositor; *Finlandia,* de Sibelius; dos números de la *suite* de Glasunoff, *Edad Media,* el primero, el del castillo feudal, grandioso y robusto en su comienzo, con aquella impresión de fortaleza y aquel batir de las olas contra los muros del torreon; el segundo, *Danza de la Muerte*, colorista é interesantísimo por las combinaciones de timbres, á pesar de su analogía con la popular *Danza Macabra* de Saint-Saëns; la sinfonía en *re* menor de, César Franck,

fatídica, amenazadora en el primer tiempo, melancólica y seductora en el *allegretto,* elocuente y ardorosa en el final; y el cuarto *Concierto brandeburgués,* de Bach, para violín, dos flautas é instrumentos de arco, que hubiera preferido oir en sala más pequeña y con orquesta más reducida.

Sólo dos nuevas obras españolas tuvieron cabida en estos programas: la *Entrada de la Maya*, fragmento de una ópera que escribió años atrás el Sr. Arregui, cuando completaba sus estudios musicales como pensionado en Roma; fragmento tratado con poesía, con encantador acierto, aunque mirando muy de cerca al ambiente de *Parsifal,* y un *Prólogo* instrumental á la *Divina Commedia*, del Sr. del Campo, de color tétrico y sombrío, tratado con elevación de pensamiento, con espíritu de vidente, en esa nebulosidad melódica tan típica de este joven y fecundo compositor.

La Orquesta Filarmónica de Berlín fué un regalo digno del más exigente paladar artístico. Su repertorio se movió dentro del ya conocido y saboreado: las sinfonías *Júpiter,* de Mozart; quinta y octava, de Beethoven; los poemas de Strauss *Don Juan*, *Muerte y transfiguración;* y *Till Eulenspiegel;* fragmentos wagnerianos, oberturas, poemas.

Madrid está muy necesitado de que estas visitas no nos sean hechas tan de tarde en tarde: muy necesitado de que en el repertorio sinfónico se haga algo análogo ó lo que la Sociedad Filarmónica ha hecho en la música de cámara.

Mientras nuestro público no oiga más que una orquesta, ciertamente no de las peores de las que por el mundo tocan, pero ciertamente, también, no la mejor; mientras su impresionabilidad meridional continúe aceptando groseros efectos sonoros por efectos de arte; mientras achaque á deficiencia artística en el compositor lo que no es sino falta de convicción y de sentido en la batuta que rige la orquesta, seguiremos estancados, seguiremos con el mismo atraso con que caminábamos veinte ó veinticinco años ha.

Entonces, el repertorio con que se engolosinaba el público

era la segunda *Rapsodia* de Listz, el *Minuetto* de Bolzoni, la *Canzoneta* de Godard; la afición revoloteaba de preferencia hacia azucarados jugueteos, hacia los famosos *crescendi* de la *Rapsodia* y de la beethoveniana overtura de *Leonor*, siempre interrumpidas en el mismo momento, con el mismo ruidoso alarido: las sinfonías de Beethoven teníalas entonces gran parte de la gente por obras secas, tan llenas de ciencia como poco comprensibles; los fragmentos sinfónicos de Wagner eran aún la música del porvenir. Todo ello no obedecía más que á una causa: á que, solfeadas las obras más ó menos discretamente, su espíritu, su alma, su intención, su poesía, vagaban lejos, muy lejos del tablado de la orquesta.

Vino un director italiano, Mancinelli, que, adorando el arte alemán, puso cátedra de ortodoxia, y entonces el público corrió tras él, se apasionó de Beethoven, erigió á Wagner en ídolo. Llevóse luego á la orquesta el criterio artístico que inspiraba al teatro Real, la exhibición de celebridades que, desfilando como desfilan los regimientos, dejábanse ver, hacíanse aplaudir, pero no dejaban de su paso más que el recuerdo de un nombre, nunca el de una campaña; y cuando volvió á pensarse en una organización más seriamente artística, después de tantos años de infecunda labor, vinimos á parar al estado actual.

El público ha vuelto á su primitiva posición: los aplausos que antes arrancaba el *crescendo* de la *Rapsodia* ó el de la overtura de *Leonor*, los obtiene ahora el estruendo del metal en el final de las overturas de *Tannhäuser* y de *1812;* la preferencia de antaño por Bolzoni y Godard, recae hogaño en las pintorescas miniaturas de Liadoff ó de Tschaikowsky; Beethoven y Brahms se envuelven en una sequedad poco comunicativa; Bruckner, Mahler, Strauss, ó son totalmente desconocidos, ó no pasan, como el último, de su *Don Juan*.

De aquí la inenarrable delicia que fué para nuestros paladares el escuchar, al lado de una interpretación un tanto seca de las sinfonías octava y quinta de Beethoven, la chispeante,

humorística y maravillosa de la primera, y la grandiosa y emocional de la segunda en la Orquesta Filarmónica de Berlín; el gustar en la sinfonía *Júpiter,* no del Mozart sentimental y frívolo, con vistas á Rossini, sino del Mozart predecesor de Beethoven; el oir los poemas de Strauss en su vibrante y mágica expresión; el encontrar á Wagner restituído á su marco de poesía y de emoción, sin contacto alguno con esos espasmos de sonoridad tan favoritos de los modernos veristas.

Y si en el terreno expresivo la distancia era tan grande, en la mecánica de la orquesta pudimos aprender cómo el quinteto de arco se equilibraba y respondía á una sola voluntad; cómo la masa de violines hacía el efecto de un solo violín de sonoridad grande, sin esas indecisiones ni en el ataque ni en la entonación que en nuestra orquesta hacen el efecto de un continuo *vibrato;* cómo los contrabajos cantaban con la misma claridad de los instrumentos agudos; cómo los instrumentos de madera acomodaban sus timbres á una sola gama de color, prolongándose unos en otros y fundiéndose en una sonoridad común; cómo se dulcificaba el metal, y retiraba su sonido para encajarse en el puesto armónico ó decorativo, cuando así era menester; cómo se fundían los timbres de dos instrumentos desemejantes, de tal modo que de ellos surgía un timbre nuevo, y no la superposición de dos distintos; cómo daba expresión la cuerda sin acudir al *vibrato;* y cómo, en fin, en toda aquella legión de instrumentistas desaparecían las diferencias de personalidad, para fundirse exteriormente en una sola escuela de ejecución; interiormente, en un solo sentimiento, en un solo cerebro y en un corazón único.

La dirección de Richard Strauss tiene como distintivo el no abandonar jamás un punto de vista expresivo, con el expresivismo del moderno poema. Sin perder de vista las líneas arquitectónicas de la composición, ni las indicaciones de matices y de movimiento que el autor consigna, sírvenle de apoyo para envolver todo el proceso de la sinfonía en un ambiente de determinación que hace que sus ejecuciones vibren con extraor-

dinaria fuerza y riqueza de colorido. Más sobrio ahora que cuando hace diez años apareció en Madrid por vez primera, su batuta parece haber evolucionado hacia una dirección menos literaria, aunque sin dejar de mirar hacia su tipo anterior. Una de las interpretaciones que, en mi opinión, quedarán como inolvidables, es la del final de la sinfonía *Júpiter*, de Mozart, donde la labor contrapuntística del compositor fué presentada por Strauss en perspectiva tan admirable de términos sonoros, con vida tan intensa, que no parecía sino que por vez primera oíamos esa soberana creación.

Digna de figurar en este puesto es la sesión solemne organizada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que por vez primera se ejecutó la *Suite de aires murcianos*, de D. Bartolomé Pérez Casas.

Premiado en uno de los concursos que la Academia abrió, no había podido tener cabida en ningún programa destinado al público. La Academia la hizo ejecutar á su costa, y el éxito más franco coronó sus esfuerzos.

La obra, dividida en cuatro tiempos, es de una robustez y una poesía casi sin precedente en la historia de nuestra música sinfónica moderna.

El ritmo de seguidillas murcianas, base del primer tiempo, se descompone en formas variadas y graciosas, con verbosidad franca, sólo interrumpido por tres coplas, de las que la última, la triste, es un encantador poema popular. En el *lento*, un apunte morisco y un canto de trilla resuenan en el ambiente de un sol abrasador, de perezoso enervamiento, para terminar en una especie de himno á la luz. La deliciosa melodía del *paño moruno* sirve de base al *allegretto*. La alegría del principio domina de nuevo en el final, con el bullicio de las parrandas, á modo de fondo de una animada escena, que, aunque no necesitada de programa, sigue un proceso vívido. La escena última, de confusión, de lucha, describe, sin duda, una de esas fiestas que, según el dicho vulgar, terminan como el «Rosario de la Aurora».

Obra moderna, de corte y forma española, dentro de la tradición clásica, es, á mi juicio, la de más relieve y altura entre las de autores españoles que por vez primera se han ejecutado en los años últimos.

***

La campaña del teatro Real siguió principalmente consagrada á la exhibición de artistas, con el pretexto de la representación de óperas: hoy una tiple, mañana un tenor, otro día un barítono; nunca un conjunto que obedeciera á una dirección artística determinada. Por añadidura, la tradición italiana de canto y de interpretación ha seguido imperando constantemente, con excepción única de una sola obra, bañando en ella, no sólo las óperas de los compositores de Italia, sino también las de compositores franceses y alemanes.

Entre los numerosos artistas que por allí han desfilado durante el año último, merecen mención especial dos españolas: Beatriz Ortega Villar, tiple dramática de excelente temperamento, que, á pesar de su educación en la escuela italiana, tuvo merecido éxito en las representaciones de *Tannhäuser* y *Lohengrin;* y Engracia Pareto, tiple ligera, de voz pequeña, pero de timbre tan delicioso y de extensión tan grande, que alcanza á un *sol* sobreagudo perfecto de entonación y de claridad. Ambas pisaban la escena por primera vez en esas representaciones: la primera, á los diez y ocho años; la segunda, á los diez y siete.

Los mejores de los demás han sido excelentes cantores, excelentes maestros del *bel canto*. Battistini, Anselmi, etc., pertenecen á un arte que, si halaga y recrea al oído y entusiasma á las multitudes por la deliciosa perfección con que manejan el instrumento voz, distan mucho de acercarse al tipo que el arte actual exige en el intérprete de la ópera ó del drama lírico: siempre lejos de la intención del compositor, siempre divorciados de la situación escénica y del canto íntimamente ex-

presivo. De mejor calidad ha sido el arte de las señoras Storchio y Pandolfini y del tenor Sobinoff.

En cuanto á Titta Ruffo, ídolo actual del público madrileño, téngolo por un artista de condiciones curiosas: de una parte, excelente cantante á la italiana, con voz hermosa, con agudos espléndidos, con aliento poderoso; de otra, por actor de visual teatralidad, quizá un poco exagerado, que compone y adereza sus tipos previamente con cuidadoso esmero, pero que ó canta ó declama, sin que jamás funda el canto y la declamación en ese canto expresivo al que los antiguos italianos dieron el significativo nombre de *il buon* canto.

El repertorio ofreció muy pocas novedades: una representación desgraciadísima de la encantadora obra de Humperdinck, *Hänsel und Gretel,* el estreno de *Henri VIII,* de Saint-Saëns, y las representaciones finales de *La Walkyria.*

Sólo puede disculparse el estreno de *Enrique VIII,* atendiendo á que, en la crisis de tenores por que atraviesa el mercado musical, una ópera sin tenor es una joya para una dirección artística que, como la del teatro Real, sólo vive de la exhibición del cantante. El poco mérito de la obra, ya anticuada para los días en que nació, y la interpretación tan deficiente que obtuvo, se conjuraron para hacer que crítica y público la trataran menos que medianamente.

Acostumbrados á la interpretación italiana de Wagner, tanto en cantantes como en la orquesta, constituyeron una sorpresa las representaciones de *La Walkyria* con que terminó la temporada de 1907 á 1908. Un director de orquesta alemán—Rabl—y dos cantantes alemanes—la Sengern (Brunilda) y Schützendorf (Wotam), dieron una impresión de arte serio, de arte noble y elevado. Los artistas italianos cantaban en su idioma; los alemanes en el suyo, procurando acercarse los primeros á los segundos en la declamación y en el sentimiento artístico, y procurando los alemanes suavizar un tanto su escuela de canto para acercarse á la suavidad y pureza italiana. De todo ello resultó un conjunto, el único conjunto que en el

año tuvimos, y que se tradujo en un ferviente entusiasmo y en una serie de representaciones, si no perfectas, inolvidables para lo que en este género disfrutamos en Madrid. La temporada de 1908 á 1909 se inauguró también con representaciones de *La Walkyria* y de *Sigfrido*, dirigidas por el mismo Rabl y cantadas por artistas italianos, ninguno de los cuales había actuado en las representaciones de primavera. Distaron tanto estas últimas de aquellas primeras, que, sin miedo alguno, pueden incluirse entre las más deficientes para dar idea del drama lírico wagneriano.

En el teatro de Price hízose, á fin del verano, una temporada breve de ópera popular, cantándose algunas obras en castellano. El público la favoreció mucho, y, si no temiera hacer este resumen demasiado largo, insistiría sobre la necesidad de hacer cantar en nuestro idioma, como medio el más fácil y más rápido para hacer evolucionar el criterio artístico de la masa del público, que, ignorando el texto poético de las óperas, y aun muchas veces el argumento sobre que se basan, dedica todo su cuidado á lo más superficial, á lo más externo, á la afinación de las notas y á los efectos vocales, sin intentar penetrar siquiera en el expresivismo del intérprete, en el papel que hace y representa. La posición de nuestro público en esta rama del arte paréceme idéntica á la de aquel espectador que, asistiendo á una representación dramática, juzgara de la obra y del mérito de su ejecución, por los gestos que los actores hicieran ó por los gritos que hubieran dado.

A título de curiosidad, no estará de más mencionar aquí la visita de una compañía de opereta inglesa con su tradicional *light music*, y la de otra compañía de opereta italiana.

La producción musical española en el género dramático apenas merece unas cuantas líneas. El teatro Real había anunciado para principios de Diciembre el estreno de *Margarita la Tornera*, leyenda lírica en tres actos y siete cuadros, letra de Fernández Shaw, música del maestro Chapí; pero el año ha terminado sin que el estreno se verifique.

En los teatros musicales donde se cultiva el género español no ha habido en el año nada digno de figurar especialmente. Las firmas de mayor importancia — Chapí, Bretón, Vives, etc., — ó no han dado nada, ó sus obras han durado escaso tiempo en el cartel. Entre los compositores de menos relieve, sólo la zarzuela *Las Bribonas* arraigó en el gusto del público, en gran parte por la retozona música escrita por Calleja.

En París se estrenó nuestro *Pollo Tejada*, con el título de *Le beau Tejada*, alcanzando buen éxito, de creer lo que los periódicos dijeron. El popular Quinito Valverde sólo había conservado para esta nueva partitura dos ó tres números de la que en Madrid se estrenó.

*
* *

El Conservatorio ha ofrecido este año varias notas sumamente simpáticas.

Fué la primera y más importante, la de hacer oir en un ejercicio público de los que reglamentariamente celebra la casa, obras escritas por los alumnos de las clases de Composición: saludable práctica, no necesitada de encarecimientos, y en la que nuestra Escuela de Música se ha adelantado á lo que ya se proyecta hacer en el Conservatorio de París. Seis obras fueron ejecutadas por la orquesta de alumnos, entre ellas dos *Scherzi*, de los Sres. Calés y A. Bretón, fluyendo en el primero gran desenfado y desenvoltura rítmica de franco color español; revistiendo el segundo más clásica factura, aunque arrojando también una nota española caliente y ardorosa. Las demás obras habían buscado su inspiración en otros modelos, desde los misticismos de *Parsifal* hasta las graciosas coqueterías de Massenet ó las ampulosidades de la sonoridad verista.

Al terminar el curso, ejecutáronse también las obras de los que concurrían al premio de fin de carrera. Poco tino presidió en la elección de los textos para estos ejercicios; textos consistentes en un motete y en una escena dramática tratada en

forma de concertante, tal como la hubieran exigido de un libretista Donizetti ó Bellini, y que, naturalmente, había de llevar á los alumnos en busca de un modelo de inspiración poco conforme con el sentimiento moderno; pero á pesar de esa poco afortunada base, uno de los alumnos, D. Francisco Fúster, consiguió sobresalir entre sus compañeros, haciendo un trabajo no completamente exento de poesía.

En los otros concursos sólo apareció una gran figura, la del violonchelista Juan R. Casaux, á quien ya he citado con ocasión del Cuarteto Vela, casi un niño, pero de temperamento tan musical, de técnica tan perfecta, que no vacilo en señalarlo como orgulloso producto con el que puede envanecerse nuestro Conservatorio. En las otras enseñanzas sobresalieron, aunque en menor grado, la Srta. Pastell, de buen temperamento y sana escuela, y la tiple Srta. Felisa Fernández Orduña, que, al debutar con *Aida* en el teatro Real á fines de año, obtuvo un éxito sumamente halagüeño.

En los concursos extraordinarios para pianistas, abiertos por las Casas «Estela» y «Ortiz y Cussó», que ofrecieron como premio un piano por ellas fabricado, triunfaron, en el primero, la Srta. Pastell, y en el segundo, el alumno ciego D. Zacarías López Debesa, un pianista ya formado, de mediano temperamento y de no muy loable educación musical, distinguiéndose mucho en este último la Srta. Ignacia Parra é Iturría, que, aunque de técnica no tan hecha como la de su contrincante el Sr. López Debesa, acusó un temperamento de sensibilidad bien encaminado.

La vida musical en el Ateneo de Madrid no fué muy intensa. Aquí se dió á conocer una agrupación muy simpática, la *Sociedad de instrumentos de viento* (quinteto y piano), compuesta de jóvenes profesores que, luchando con las deficiencias de su instrumental, dieron una interpretación muy aceptable á los quintetos de Mozart, Beethoven y Taffanel.

Mayor resonancia obtuvo el concierto de piano dado por la Srta. María Luisa Guerra. Pocos serán los aficionados espa-

ñoles que ignoren el preeminente lugar que en el arte de la interpretación ocupa esta insigne pianista. Su temperamento musical es tan extraordinario, que cuando se posesiona de una obra y la ejecuta con la vibración de su espíritu, arrastra, hipnotiza, tiraniza los nervios de sus oyentes hasta hacerles prorrumpir en palmadas y griterío de entusiasmo. Más que la obra que ejecuta, seduce la manera de decirla, y en sus grandes aciertos, entusiasman por igual las creaciones de Beethoven que los *Estudios* de Thalberg, ó los *Morceaux de salón* de Gottschalck y Godard. Es el suyo un caso único de temperamento y de vibración. Más que por artista, podría ser tenida por vidente que obra bajo impulsiones de un alma extraordinaria.

El Sr. Brandon dió una interesante conferencia-concierto sobre los cantos gallegos. El Sr. Chavarri, el conocido crítico de *Las Provincias*, de Valencia, organizó otras cuatro con el título de «Tres momentos en la expresión de la música», dedicándolas á explicar en amenas *causeries* la expresión clásica, la romántica y el alma de los pueblos, y resumiendo en la última los tres momentos aplicados al piano y á los cantos de cuna. Para hacer oir los ejemplos prácticos, se valió de una pequeña orquesta de instrumentos de arco, corriendo parejas el interés del tema con el acierto en la elección de los ejemplos.

Mención muy simpática merece también el trío Iberia, compuesto de jóvenes granadinos (bandurria, laúd y guitarra) y sus finas y cuidadas interpretaciones de las obras inspiradas en la musa popular, que, escritas por Albéniz, Bretón, Guervós, etc., han adaptado ellos para sus instrumentos, con singular fortuna. Este trío, que ya se había dado á conocer en Londres, actuó en su solo concierto público en Madrid.

La necrología del año arroja, entre otras pérdidas no menos sensibles, las de Sarasate y Chueca.

De Sarasate no hay para qué hablar. Violinista único por su sonido, por su dicción y por su alma, intérprete sin rival de la música romántica, paseando triunfalmente su nombre es-

pañol por el mundo entero, todavía nuestro arte nacional tiene con él una mayor deuda de gratitud: la de haber popularizado nuestra música popular en sus interesantes y afortunados caprichos para violín, dándola como puede sentirla al alma de un español, sin postizos ni adulteraciones, vibrante, fogosa, tal cual es.

Chueca era un tonadillero del siglo XIX. Pocos como él supieron encarnar en sus obras el tipo musical del pueblo madrileño, sus salados desplantes, su alegría revoltosa, la seriedad achulada del majo moderno. Chueca mismo se hacía la letra para sus cantables, coincidiendo en el sentido de ellas con los poetas que suministraban el texto á Esteve, Laserna, Rosales y demás tonadilleros del siglo XVIII. Aquellas coplas antiguas del mercader que hurta, del peluquero que lleva recados, de la niña que está opilada, del cadete que se baldó en el portal, ha cíalos Chueca del *rata* que afana carteras, de la *menegilda* que sisa, del conquistador callejero; y sus tonadillas frescas, fáciles, rebosando alma madrileña, metíalas á martillazos en los libros que los autores le ofrecían, sin que vinieran á cuento la mayor parte de las veces; pero tal era su fuerza, tal la lozanía de su inspiración, que al poco tiempo no había casa madrileña donde su música dejara de sonar, cantada á gritos por la criada, canturreada por el señorito ó tecleada por la niña que estudiaba el piano. Este arte nada aristocrático, de la más pura democracia, era tan sincero, tan justo, tan bien sentido y tan bien expresado, que servirá de documento eterno á los que quieran estudiar el tipo musical del pueblo bajo de Madrid.

A la cabeza de las publicaciones del año, figura por derecho propio el *Cancionero salmantino*, de D. Dámaso Ledesma, ya anunciado en mi resumen del año último. Obra monumental por la riqueza de canciones y por la escrupulosidad con que están transcritas, es digna de ocupar puesto preeminente en la bibloteca de compositores y aficionados.

Esto, algunos *lieder* de Rogelio Villar sobre poesías de Répide, Mesa y Díez Canedo, algunas composiciones de Larre-

gla y de algunos otros, es lo único que en este lugar puede mencionarse.

En Sevilla se celebró el segundo Congreso de Música religiosa, con numerosa asistencia de prelados, organistas y maestros de capilla de nuestras catedrales, consagrado, como el anterior, á fijar y depurar la música que puede tener acceso en los templos, en cumplimiento del conocido *Motu proprio* de Su Santidad.

***

En Barcelona (1) como en Madrid, predomina la ópera sobre los conciertos, por exigencia y aficiones del público.

Las temporadas de ópera en el Liceo suelen ser hermanas gemelas de las del Real de Madrid, y aun coincidir en los nombres de los artistas contratados. De aquí que en este punto sólo merezcan indicación especial aquellas representaciones que se han destacado por su interpretación cuidada, y los estrenos de nuevas obras.

Entre las primeras sólo puede citarse la de *Tannhäuser*, bajo la inteligente batuta del maestro alemán Beidler, cantadas por la Sra. Pasini-Vitale, Viñas y Battistini, como principales intérpretes. Las otras obras de Wagner, *La Walkyria* y *Los Maestros Cantores;* la de Humperdinck, *Hänsel und Gretel*, y la única representación de *Emporium*, de Morera, adolecieron de esas deficiencias que roban todo su interés á la obra artística, y á laś que tan acostumbrados estamos en Madrid.

Como estrenos, sólo dos pueden citarse. El 22 de Febrero tuvo lugar en el Liceo la representación privada de una ópera, con un libro en el que se habían unido diversos fragmentos de la *Atlántida,* de Verdaguer, y música del compositor vascon-

(1) Como en el año último, me complazco en dar públicamente las gracias al reputado crítico del *Diario de Barcelona,* D. Francisco Suárez Brabo, que tan bondadosamente me auxilia con sus notas sobre la música en la capital de Cataluña.

gado D. Nicolás Urieu, quien cultiva al arte dento de la más pura tradición italiana. Al terminar el año, estrenóse la ópera de Saint-Saëns, *Los Bárbaros,* con éxito análogo al de *Enrique VIII,* en Madrid. No pasó de la segunda representación.

El año pasado hacía notar que si la música de cámara tiene poca expansión en Barcelona, en cambio los conciertos sinfónicos y corales revisten interés mayor que los de Madrid. El *Orfeó Catalá* ha construído una lujosa sala de conciertos, en la que ha instalado un hermoso órgano. Se inauguró en 26 de Febrero, y á ese concierto siguieron otros tres, en los que tomaron parte los coros del *Orfeó*, dirigidos por Millet; una buena orquesta bajo la batuta de Nicolau, y el organista alemán Alfred Sittard, ejecutándose, entre otras obras, la *Glosa* de Pedrell, y el *Magnificat* de Bach. En el mismo edificio dió sus tres conciertos la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Strauss, en la *tournée* artística que nos proporcionó su visita á Madrid.

La Asociación Musical de Barcelona organizó en el Liceo, durante la Cuaresma, ocho grandes conciertos sinfónicos, en los que, como obras de importancia, se estrenaron *Las Bienaventuranzas* de César Franck, y el *Manfredo* de Schumann. Dirigieron esos conciertos Croce-Spinelli, director del Conservatorio de Toulouse, Saint-Saëns y Lamote de Grignon, actuando como pianistas Saint-Saëns y los virtuosos catalanes Sres. Granados y Lliurat.

La temporada de otoño incluyó tres series de conciertos: dos dirigidos por Lasalle en el palacio del *Orfeó Catalá,* con la orquesta del *Sindicato musical de Cataluña,* en los que hizo oir, como obras nuevas, una deliciosa *Serenata* en cuatro tiempos, para pequeña orquesta, de Leo Weiner, moderna de factura, fresca de invención, *Gudrun,* poema sinfónico de Cords, y las dos overturas de Wagner, recientemente descubiertas, *Polonia* y *Colón.*

En el Liceo, bajo la dirección de d'Indy, Saint-Saëns y Lamote, se dieron dos sesiones, dedicada la primera á Beetho-

ven, Schumann, y Wagner, y la segunda á la música francesa moderna, figurando en el programa los nombres de Fauré, Duparc, César Franck, Debussy y d'Indy. En esta serie de conciertos tomaron parte como solistas Thibaud y Saint-Saëns.

Finalmente, el *Orfeón Catalá* dió cuatro conciertos, figurando en ellos, como solistas, Pablo Casals, Albert Schweitzer y el tenor Walter. Uno de esos conciertos estuvo dedicado á la ejecución de obras de Bach y de Händel, corales, fugas, arias y *lieder;* otro, á los compositores catalanes del siglo XVI, con varios madrigales de Ausias March, compuestos por Brudieu, con *La Viuda,* de Mateo Flecha, etc.

***

Aparte de los trabajos de Arbós y Rubio en Londres, de Albéniz, de Lasalle, etc., merecen aquí una indicación especial el estreno de *Acté,* ópera de Manen, en Dresde, y las obras de cámara dadas á conocer en París por el joven compositor y pianista Joaquín Turina, que completa sus estudios al lado de d'Indi.

Artistas de ópera de nuestra patria siguen figurando en casi todas las compañías que en italiano cantan por el mundo entero; nuestros instrumentistas, aunque menores en número, siguen escalando las cimas de la celebridad; el nombre de España, si en otros órdenes de la actividad aparece hoy algún tanto obscurecido, brilla al igual de los otros en todos los aspectos del arte.

Si nuestros compositores no dominan como dominan nuestros pintores, por ejemplo, débese, en mi opinión, á todo ese período de incultura y de atraso en que tanto tiempo hemos vivido con relación al arte del mundo. Por eso creo que el mayor beneficio que á España y á la cultura española puede hacerse, es acometer empresas como las que realiza la Sociedad Filarmónica Madrileña: traer á España el arte del mundo, vivir al día, progresar en unos cuantos años, aunque sea con la

lucha que trae consigo la aclimatación de cualquier dirección nueva: que al estar al día, al convivir con los demás en el mismo plano de cultura y conocimientos, no faltará quien eleve nuestro nombre como en el siglo XVI lo elevaron Guerrero, Victoria, Morales y toda la pléyade de vihuelistas que comienza en el admirable y admirado D. Luis Milán.

CECILIO DE RODA

PROBLEMAS ECONÓMICOS

En los *Principios de Economía Política,* de Schmoller, se fijan fechas, que son otras tantas lecciones (dudamos se tomen) para algunos hacendistas españoles que la suerte ó la desgracia pone en sus manos la dirección del Tesoro público español. Hacendistas de convicciones arbitristas ó de escuela, sus méritos no hay para qué discutirlos como orientación tomada desde puestos elevados, que, para llegar á ellos, es preciso reconocer, piadosa ó patrióticamente, meritos de historia pública. Ahora, sí, es muy difícil apreciar exactamente en los momentos que los sucesos se desarrollan, á saber: los acontecimientos de 1763 á 1773 en Inglaterra, los de 1783 á 1793 en Francia, los de 1868 á 1873 y los de 1877 á 1898 en España. Hacendistas como un Pitt y un Gladstone, se les entiende muy poco por su generación en general. La labor económica de Luis María Pastor en España fué muy modesta, para que se hayan parado en ella los presuntuosos.

Ahora los presupuestos del Estado requieren una estructura más cuidada que en los tiempos de la Edad Media y posteriores; no hay que decir los anteriores. Precisamente la justicia distributiva impone deberes, otorga derechos, que, en el orden económico, se hace imprescindible su cumplimiento, por lo mismo que la entidad *Estado* no está concretada á representarla un rey ó un dux. Las grandes propiedades (riqueza mueble ó inmueble), la burguesía, considerada en su sentido más general; la clase obrera, ensus divisiones y subdivisiones; las

ideas que la prensa propaga diariamente, el libro de tan diferentes matices, revistas y carteles, imbuyen pensamientos que, como pueden ser acertados, pueden no serlo.

Ello es que la técnica suele verse sustituída por el sofisma.

Y es muy peligroso ofrecer bienestar, y descuidar la moralidad; mucho más sin la preparación necesaria, que sólo da la cultura.

Desde luego, es preciso cuidarse mucho del antagonismo social predominante, que hace poner las miras ambiciosas en los presupuestos del Estado ó en los de la sociedad consumidora. Aforismo peligroso es el de Proudhon: *La propiedad es un robo.* Cuando su alcance es incalculable; como que puede llegar hasta los sagrados fueros de la conciencia; como que se atraviesan en el camino del progreso individualismo y socialismo; como que en los tiempos que alcanzamos, recurrir á la revolución, como serie de actos de fuerza, es entregarse torpemente á un dictador, como lo fué el dictador y gran capitán vencedor en los campos de Austerlitz.

Entendimientos como el de Burke, concibieron la advertencia sabia legada á la posteridad en forma de consejo, y tomando modelo de los grandes empresarios ingleses de su tiempo. Ellos y sus *similares*, en el extranjero, no tienen preferencias más que para la *Biblia,* interpretada mercantilmente; por eso, para los poderosos industriales, la Bolsa industrial es su iglesia. Y tomando ejemplo de ésta, los trabajadores tienen también su Bolsa del trabajo. Se señala la época presente. En este caso se cumple fatalmente la ley de la división del trabajo; sólo que cumpliéndose apasionadamente, con egoísmos de clase; á veces por apremios de la miseria en el seno de las familias; á veces á impulsos de la codicia, que ciega al avaro; á veces por exigencias de la política insana; á veces viene del extranjero el nublado, que trae horribles calamidades, de más ó de menos estragos.

Dos dominios sociales se distinguen en la vida presente.

Marx ha tenido que reconocerlo desde la gran altura que ocupa su distinguida personalidad en la tribuna popular.

La evolución va viéndose que es más eficaz que la revolución, tomada ésta en el sentido que tuvo la revolución inglesa, en el sentido que tuvo la sin igual francesa, en el sentido que se señaló la cantonal española. Claramente se ve cómo llegar al estadio de la burguesía es conseguir un triunfo social importante, que proporciona medios eficaces de presente y para el porvenir. No pasa desapercibido el fenómeno social al proletariado, el que tiene repetidos ejemplos que poder imitar por todo el globo, principalmente en los Estados Unidos, donde aparecen casos en los que, con fuerza mágica, se forman fortunas que constituyen una familia predilecta de archimillonarios, árbitros de intereses nacionales en las contiendas que sostienen los pueblos.

León Say está reputado como un hacendista internacional, en el sentido de que su sistema sobre presupuestos generales del Estado es un sistema aplicable á todas las naciones, en cuanto á orientación universal, con aquellas modificaciones secundarias de cada nación, y por lo que respecta á la manera especial de cada pueblo en el curso de la historia. Que el Japón como los Estados Unidos, Francia como Alemania, Inglaterra como Italia, Méjico como Chile, sus hacendistas han de reconocer, si quieren hacer una labor acertada en la gestión de la Hacienda pública, cada uno en sus respectivos países, que los gastos pueden ser reproductivos é improductivos, morales ó inmorales, posibles ó imposibles de ser atendidos; y que todo presupuesto con déficit revela deficiencias políticas, que serán más ó menos graves, más ó menos subsanables.

España es cierto que ha progresado su riqueza imponible. ¿Pero su progreso ha estado en proporción con las locuras ó imprudencias temerarias, con sus ignorancias ó sus jactancias, con sus descuidos ó perezas, con los apasionamientos ó soberbias, con las adulaciones ó inconsecuencias de tanto ministro de Hacienda como ha tenido España? Si unos flexibles en de-

masía para pequeñeces vergonzosas de parlamentarios influyentes, otros apegados á la rutina, desconocedores de que la vida pública tiene algún parecido con las olas del mar, que no hay dos que puedan verse iguales. Así son los días de la vida pública financiera.

A poco que se sepa, se sabe que cada industrial dirige su industria de distinta manera, y, sin embargo, cada industria, la de tejidos como la de azúcares, tienen, por ejemplo, que someterse á la ley de la oferta y la demanda en una ó muchas oscilaciones circunstanciales.

En España está tolerado un error lamentable, en el que tuvieron que incurrir Mon, Barzanallana, Bravo Murillo, Figuerola, Camacho, Villaverde, para no citar más nombres de hacendistas ilustres, por la fuerza de las circunstancias políticas, obligados por apremios. Apremios tales, que han costado la vida á algunos de los ministros de Hacienda. Circunstancias políticas, que obligaron á lucha titánica, lucha despiadada, en días aciagos para la riqueza pública española; días en los que un Mendizábal ó un Echegaray tuvieron que tomar medidas radicales, que no han podido juzgarse aún con la serenidad de ánimo y la competencia necesaria para hacer justicia con criterio competente. Días que han perjudicado mucho los intereses materiales españoles. Días, unos de guerras civiles, otros de legislación absurda, otros de reglamentos con tornillos inquisitoriales, otros de concesiones privilegiadas, opuestas á los intereses generales.

Sobre toda otra desgracia, ha tenido España las guerras civiles y la extranjera, desde el punto de vista económico. No es precisamente que pueda pretenderse estar preparado con toda previsión para guerrear. Es que la guerra tiene su valor económico. Lo tienen: la diferencia kilométrica de la distancia que media desde las naciones combatientes al teatro de la guerra; la organización administrativa y alta gobernación nacional; el número de habitantes que pueda contribuir á la pelea y la calidad de ellos; el poderío naval en condiciones de

escuela náutica y estrategia marítima; tener presente la nación con la que se va á combatir, cómo es considerada por las naciones poderosas. En una palabra: acogerse á la prudencia, y dejarse guiar por ella. Que la prudencia tiene también su representación económica en la vida de las naciones.

Camacho y Villaverde son dos nombres que, en la historia de la Hacienda de España contemporánea, tienen que aparecer unidos. Entre otras razones, á fuer de imparcialidad, porque han pertenecido uno á un partido y el otro á otro. Característica de esos dos hacendistas, laboriosidad y competencia. La primera, por anteponer el problema financiero al político; por estar solicitados por sus respectivos partidos para desempeñar el ministerio de Hacienda; porque las exigencias correligionarias fueron la determinante que los lanzó, desde puesto de tanto empeño, al ostracismo político. Por esos acontecimientos, los años 1880-1881, y los años 1899-1900, señalan desastres incalculables al país.

Este, sin crédito, no puede alternar con las otras naciones; la riqueza pública, sin orden en la Hacienda nacional, vive penosamente; y cuando la opinión no se preocupa de los intereses generales, los intereses particulares sufren detrimento.

Cánovas del Castillo estuvo dotado de más prudencia de la que aparecía á primera vista. Por eso mantuvo su prestigio político á una altura extraordinaria. No puede decirse que desatendió la normalidad de los ingresos y la normalidad de los gastos. Recomendación que hizo á Cos-Gayón.

La pasión política impide ver clara la situación, y en la oscuridad que se forma, el instinto á ciegas, y el egoísmo, que es innato en la naturaleza humana, todo influye para precipitar en la ruina; no se ve el escollo, y éste prepara cautelosamente el naufragio, que, en el orden financiero, puede consistir en la pérdida de miles de millones. España los perdió el año 1898, como antes dejaron de ganarse en el año 1882. Siempre en arreglos de Deuda pública, que fueron infructuosos, por influencias maquiavélicas ó desconocimiento de la realidad en su

pureza científica. Es lo cierto que el país tributa onerosamente, más que nada, por *desarreglos*... Onerosamente, puesto que en 1899 el presupuesto de *ingresos* importa 870 millones de pesetas, mientras que el presupuesto para 1900 resulta ser de 1.032 millones.

Aumento considerable, que parece sólido si se tiene presente que las contribuciones indirectas y las directas suman en junto 788 millones de pesetas, no obstante las ocultaciones que están supuestas y las que están justificadas en documentos oficiales. Tanto más, que del año 1899-900 á 1905 resulta un remanente de los presupuestos del Estado; en esos años, que importa 392 millones, para extinguir Deuda pública, cuyos intereses figuran por la cantidad de 408 millones próximamente, incluída la amortización. ¿Qué decir, y á quién ó á quiénes alcanza la responsabilidad de resultar una Deuda pública de 7.000 millones mal contados? ¿Á qué consideraciones y censuras no se presta esa cantidad de 7.000 millones (una liquidación exacta daría más), si han sido empleados en gastos improductivos? Que esto es cierto, basta para creerlo con fijarse en las leyes que emanaron del ministerio de Hacienda en los años siguientes: Diciembre 1881, Junio 1885, Julio 1888, Marzo 1900 Agosto 1893, etc., etc. Además, enterarse de los reglamentos para cumplirse esas leyes, y de la interpretación de leyes y reglamentos que hace la Administración pública. Aún más: hay que considerar la influencia del favoritismo y la presión parlamentaria. Todavía más: los frecuentes cambios de ministros de Hacienda, algunos sectarios, que no científicos, y aquella falta de sentido práctico que es tan necesaria donde juegan en la acción los números con mayor energía que las palabras.

La existencia del desorden es real (siquiera sea relativo y sabiendo que ha disminuído) en los tipos legales de tributación sobre las riquezas rústicas y urbanas. Porque la cartera de Hacienda no puede estar bien desempeñada más que ejerciéndola por años, y con preparación, independencia sensata y experimentada.

¿Qué significa haber conseguido, por la ley de Agosto de 1896, disminuir el tributo, á saber: en la riqueza rústica, de 20,25 por 100, á 19,66; en la riqueza urbana, de 23, á 21,50? ¿Qué significan las desgravaciones de impuestos ó la creación de los nuevos? ¿Qué los errores que por esas novedades resultan en la práctica, errores que son semilleros de perjuicios irreparables y de perturbaciones sociales que trascienden á lo más íntimo de la familia y hacen que en ella se reniegue de la orientación malsana de progreso?

Aquellas diferencias afirman que falta orden. ¡Ah! La libertad sin la justicia, lo nuevo que no está apoyado en la experiencia, el trabajo airado, las condescendencias mal tenidas, volver la espalda á lo que es de equidad mirar frente á frente y con respeto, la impunidad del gobernante ante el país, las palabras que se lleva el viento, escritos para los que no se encuentran censores, trabajar sin entusiasmo, que es lo mismo que ser indiferentes con el bienestar general. Actuar sin condiciones de carácter, llevando la ductilidad hasta una complacencia que traspasa los límites regulares; extraviarse hasta creer posible lo que es imposible, si ha de tener buenas condiciones en la realidad; tomar por hombre de Estado al político que no pasa de ser tribuno, vivir hábilmente con recursos de la intriga...

¿Para qué más? ¿No vemos que, con ser muchos los esfuerzos progresivos, el retraso nacional es lamentable?

II

Vanos serán los esfuerzos, cuantas energías y actividades haga influir el Estado, de su iniciativa particular y potente, para extender la esfera de acción de sus influencias, para conseguir el progreso de los intereses materiales, si ese progreso se contrarresta con gastos superfluos ó improductivos. No importa que hayan cesado las irrupciones de los bárbaros; que

no haya Cruzadas; que no tengan razón de ser las guerras religiosas, por estar en el ánimo de cada confesión religiosa el respeto á las respectivas creencias; que hayan cesado las contiendas bélicas cotidianas que tomaron por campo de Agramante el territorio de Italia. Si se quiere hoy sostener como axioma de saludable política y que continúe la diplomacia su labor maquiavélica, aquello de *vivir en paz y estar prevenidos para la guerra*. Porque ello implica gastos de armamentos formidables, construcción de numerosos acorazados, en los que se invierten fortunas inmensas; edificar fortificaciones con la pretensión de que sean inexpugnables.

La barbarie, ó sea la inhumanidad á impulsos de la soberbia humana, por vanidades transitorias á impulsos de la ira, el instinto mal reprimido soñándose en victorias, que alguna puede convertirse en otro Waterloó. Entonces la realidad no descubre soberanía de la conciencia con voluntad decidida para crear un estado de derecho que imponga deberes tales por los que se consiga que al contribuyente no se le emplee de mala manera su sacrificio pecuniario. Según la civilización va entendiéndose y la cultura demanda, no es patriótico imponer sacrificios estériles para intentar conseguir el bien, ni el entusiasmo debe guiarse á enardecer odios, ni los preceptos morales aconsejan la matanza entre hermanos. Los presupuestos del Estado tienen fines que son más elevados. No sirva de escabel magnífico el orden económico, al dios Marte, símbolo de desventuras innumerables.

La decantada libertad política, que encadena las demás libertades, de que se lamenta Molinari, y que demuestra viciosa orientación. Las muchedumbres que piden ó reclaman airadas pan por calles, plazas y paseos en Chicago ó Londres, mientras en los arsenales militares hay *puja* internacional. El presupuesto de la guerra más crecido que el presupuesto de la paz. España belicosa ó España pacífica; la labor industrial que esté dedicada á construcción de puertos y de faros, de caminos y de canales. Esto, ¿cabe dudar que sea beneficioso, mientras

que los gastos de la vida militar son evidentemente obstáculos puestos al desarrollo natural de la prosperidad pública? ¿No suponen las deudas públicas españolas peso abrumador, siendo en la mayor parte gastos invertidos en derrochar riqueza?

Los presupuestos del Estado, sus déficits ó sus superávits, reflejan aquéllos decadencia, éstos prosperidad.

Sin embargo, no es la cuestión tan sencilla como parece á primera vista. Ejemplo es nuestra España. Al oirse decir en el Parlamento por diputado competente, y de cuyo patriotismo no puede dudarse, que los presupuestos del Estado están en déficit y que la cuenta del Tesoro público es inexacta.

Al mismo tiempo, según estadísticas verídicas, contienen datos que no sólo son consoladores, sino que, además, pueden llamarse de grandes esperanzas y de porvenir risueño.

¿Cómo no, cuando en Mayo de 1908 se ha asegurado sincera y oficialmente, que estaba calculada la liquidación probable del presupuesto nacional de 1908 en 1.054.565.049 pesetas? Y el presupuesto nacional de 1888-89 fué de 832.988.392,71, de obligaciones que resultaron satisfechas.

Ciertamente que no puede gastarse en España, con carácter de utilidad pública, y en concepto de presupuesto nacional, en la proporción que tiene en otras naciones, con relación á las poblaciones respectivas; y lo mismo puede decirse del comercio exterior. Así, por ejemplo, este comercio es, á saber:

Francia (por termino medio anual), y según el año último, de

Importación.....	5.802.000.000 de pesetas.
Exportación.....	5.114.000.000

Inglaterra:

Exportación.....	10.935.000.000
Importación.....	15.008.663.000

España:

Importación.....	862.497.000
Exportación.....	900.869.000

Es posible que el movimiento mercantil de las tres naciones sea mayor; pero conviene, en cálculos rectificables, quedarse cortos, más que largos, porque si se calculó sobre aquéllos, resulta la satisfacción agradable.

El presupuesto del Estado que en España un día fué llamado de la *paz*. Entonces fué un buen deseo, que parece ser ahora hermosa realidad. Por cuanto se ha perfeccionado la estadística española, y parece asegurada la tranquilidad pública. Todo esto significa que la ley se cumple mejor, que las costumbres públicas han mejorado, que se trabaja con más actividad, y que los desengaños del *desastre*, hasta á los más incrédulos han convencido, y se ha variado de rumbo. Por lo menos, la orientación es mejor, menos mala.

Importa no olvidarse ó no postergar á segundo término, la ley del precio de toda clase de valores, que se cumple por otra ley de la oferta y de la demanda; la que á su vez está relacionada con la importancia de la producción y con los medios de satisfacer el consumo.

Como ha dejado dicho León Say, «la cuestión de los precios está siempre sobre el tapete, y se impone como fuerza mayor».

Desde luego en España, y en general los artículos de primera necesidad, su precio ha tenido una subida importante, por diferentes causas. La principal, que la reforma arancelaria no está en desarrollo progresivo popular.

No ha sucedido así con la cotización de los valores siguientes. Su precio en curso de Bolsa era el mes de Enero de 1892: 4 por 100 interior, 71,40; 4 por 100 exterior, 74,10. Acciones del Banco de España, 374. Acciones de la Compañía Arrendataria de Tabacos, 85. Compárense estas cotizaciones con las actuales, y podrá apreciarse la gran mejora que ha tenido la vida económica española en quince años, no obstante los muchos desaciertos que se han cometido. Entre ellos, la falta de unidad que han tenido los presupuestos del Estado, el descuido de la lógica en los procedimientos, los cambiantes de colo-

res á manera de múltiples arco-iris que ha presentado el ministerio de Hacienda.

¿Qué decir de los caminos de hierro, que puede calcularse sus ingresos, á saber: año 1907, 253 millones de pesetas; año 1908, 262 millones de pesetas? No obstante que existen tantos y tantos obstáculos para su grandioso y fecundo desarrollo. Dígalo si no el Congreso de exportación de Zaragoza, donde individualidades y asociaciones agrarias han demostrado la postergación que sufre su riqueza, expuesta á mermas ruinosas. Las regiones de las dos Castillas, las de Aragón y de Levante, pugnan por conseguir que desaparezcan las dificultades de la exportación. Porque la agricultura es el solar de cimentación de las naciones. Alemania se ha rectificado en este sentido, después de haber estado otorgando una protección arancelaria imprudente á la industria fabril, que es lo que sucede en España, como ha quedado demostrado en el Congreso de Zaragoza.

Consecuencia natural de la protección arancelaria desenfrenada, que traspasa con mucho los límites del *oportunismo*. Es que á ese monopolio industrial entre particulares se presenta en lucha con ellos el monopolio oficial. El Estado español, tomando ejemplo de otras naciones, desarrolla el sistema de monopolios; bajo el nombre de sindicatos se forman agrupaciones que viven sin peligro de la competencia. Esas agrupaciones está en su interés la ganancia, que ampara la bandera nacional; la ganancia es el cuidado de los interesados en el *libre* monopolio, que ha matado toda rivalidad. No hay otro soberano que el productor; esclavos son los consumidores, á quienes muchas veces el vicio, más que nada, obliga á someterse á la ley de la injusticia. Esto es, se quiere satisfacer una necesidad más ó menos justificada, pues á la demanda se impone la oferta, bajo condiciones onerosas.

Paul Leroy Beaulieu juzga el estado industrial.

Leroy Beaulieu, dice: «Desde el momento en que los par»tidos llamados avanzados, y algunos teóricos, creyéndose

»novadores, ponen los Poderes públicos, Estado ó Municipio, á »su cuidado, diversas industrias, transformándolas en mono»polios, no puede la crítica dejarlos pasar inadvertidamente, »sin consignar los hechos y sus fatales consecuencias, como »han hecho notar algunos representantes de la nación en el »palacio Borbón.»

Esto es lo mismo que sucede en España, y que está consignado en las discusiones del Congreso de los Diputados. La libertad suspirada, los derechos individuales consagrados, el amor al trabajo enaltecido, el premio á la virtud sancionado, el porvenir del pobre que solicita medios para elevarse en categoría, todo lo entorpecen los monopolios y lo desvirtúa el Estado opresor.

Como la política puede ser sin patriotismo; como de suceder esto el error se avecina, la soberbia se desencadena, la adulación hace su oficio, que es siempre pernicioso, y un vicio engendra otro. Esto es el caso de España, y más ó menos de todas las naciones. Mendizábal con su desamortización, Mon con su reforma tributaria, Salaverría con el presupuesto de la guerra de Africa, Figuerola con su modificación de los derechos arancelarios, Camacho con su arreglo de la Deuda pública, Villaverde con la reorganización de la Hacienda; todos estos ministros quisieron y pudieron hacer mucho. ¿Quién se lo impidió? No hay para qué citar nombres, hechos y fechas, que son del dominio público. Lo que importa es tomar la lección y aprovecharla patrióticamente. Ya que el país trabaja para vivir próspero, que el Estado no ponga obstáculos á tan noble empeño.

Todo lo que no sea alargar la vida ministerial de los hacendistas (de verdad) en el ministerio de Hacienda, es perderse en la inmensidad un tiempo precioso. Hay que acabar con la burocracia.

Hay que fijarse en lo que significa que Francia pueda soportar un presupuesto, á saber:

Ingresos..... 3.988 millones.
Gastos..... 3.987

Cuando el de España es de 1.040 millones de pesetas. Si retrotraemos la fecha cincuenta años atrás, se verá que el aumento del presupuesto es por sí atrevido. Y esto sería lo de menos, si los servicios estuviesen bien atendidos, con arreglo á las necesidades de los tiempos; no hubiese burocracia, ni contradicciones, ni injusticias. ¡Se mejora! Es verdad; pero no hay que olvidarse que estamos en los tiempos del vapor, de la electricidad, del telégrafo sin hilos, de la navegación aérea, de verdaderos prodigios científicos.

III

Actualmente, al finalizar el año 1908, se discutió el presupuesto del Estado para el año 1909.

Premisas de este presupuesto pueden ser los conceptos (emitidos el año 1895) siguientes: Del Senado, que dijo: «Entiende »la Comisión, y se lisonjea afirmándolo, que en el Senado, »ahora y antes de ahora, es ya muy poderosa la corriente que »invita á más sencillez de contextura en los presupuestos, y á »mucha, y hasta implacable parsimonia en el número y clase »de *disposiciones complementarias* que á ellos suelen adherirse. »Hijas algunas veces del apresuramiento, siquiera lo impongan »respetables necesidades y nobles anhelos, casi siempre despro- »vistos de aquella sosegada y nutrida preparación que las re- »formas administrativas aconsejan; van acumulando, como en »masa informe y sin discreto concierto, copiosos materiales, vi- »ciados muchos de ellos por su acentuada é inevitable *singula- »ridad*, y en todo caso, fuente de confusión, cuando no de des- »orden, en los órganos administrativos; y causa de conflictos »y agravios, que tanto afectan al público interés, como al »bienestar singular que con recta y sabia intención se quiere »armonizar.»

Estos males que se enumeran, ¿han desaparecido? Mas, ¿cómo desaparecer los efectos si no han desaparecido las causas? Pues qué, ¿pueden improvisarse ministros de Hacienda? ¿Puede ser buena Hacienda nacional la que esté sometida á una mala política? Peel, Gladstone, para mejorar la Hacienda pública en Inglaterra tuvieron, que imponer su criterio económico á la política imperante, que acabó sometiéndose. No puede decirse lo mismo de Méline en Francia, y de lo que pasó en ésta puede citarse algún caso en Italia, hasta que tuvo mejor orientación.

Casi al mismo tiempo decía Gamazo en el Congreso de los Diputados: «Fué mi propósito, al hacer el presupuesto de 1893, »no introducir novedades en impuestos apenas asentados, por»que nada hay mas grave ni más dañoso para la Hacienda pú»blica que los constantes y continuados manejos de los articu»lados de la ley de Presupuestos». Esta lección de Gamazo confirma las censuras que se han hecho á los novadores de la revolución francesa y á los radicales de la revolución española. Unos y otros creyeron que, por llamarse hacendistas, lo eran en realidad; unos y otros confundieron lo que es distinto, á saber: lo económico, que en su fundamento tiene bases inquebrantables, con lo político, que es de una elasticidad útil, siempre que no sea desmoralizadora.

Los presupuestos del Estado son un arcano si no se tiene con ellos parsimonia reformista, y la política no contiene los ímpetus imprudentes.

Ímpetus que son de todos los partidos.

Con nuestra historia nacional (y con muchas extranjeras) puede confirmarse este aserto. ¿Qué significan los resultados siguientes?:

PREVISIONES DEL PRESUPUESTO

En 1906.—Calculado un superávit de 41 millones.
En 1907.—Idem 40 ídem.

En 1908.—Calculado un superávit de 17 millones.
En 1909.—Idem 8 ídem.

Origen de esta disminución de superávit: la reducción de ingresos en 25 artículos del presupuesto, sin que haya ocurrido nada anormal en la nación. La paz es octaviana. Pero, sucede lo que es tan frecuente y deplorable: la falta de estabilidad en sus puestos de los ministros de Hacienda, por diferentes causas; las alteraciones, unas naturales y otras artificiales, en las cosas; el descuido estadístico sobre datos importantes, la insuficiencia administrativa en general, menosprecios de puntos de vista capitales.

Siempre viene á pararse á lo mismo. Esto es, que se parte de supuestos falsos por cálculos imaginarios y precipitaciones más ó menos voluntarias. Se ha creído que sería favorable al presupuesto del Estado tener más exportaciones que importaciones; se ha creído también que una mala cosecha de trigo favoreciese al presupuesto del Estado. Los precios del trigo han tenido, más que nada, tendencia al alza. Las industrias, en su inmensa mayoría nacionales y extranjeras, su orientación es progresiva. ¿Se sabe qué artículos tiene reducción su ingreso? Las causas verdaderas de esa reducción, ¿son conocidas? De serlo, ¿qué remedios son aplicados á esa reducción, esto es, para evitarla?

No debe olvidarse que los adelantos científicos, con aplicación á la industria toda, facilitan de día en día la baratura; está demostrado que ésta ensancha el mercado poniéndose al alcance de mayor número de consumidores. En esa proporción de aumento de tráfico ha de estar el de la tributación. Nunca de otra manera.

Cuando se da el caso contrario, entonces se señala, más que nada, una desorganización de los presupuestos del Estado. La situación política, ante la opinión pública, acusa con cargos parlamentarios á mayorías y minorías, cualquiera que sea su matiz político.

¡Ah de los créditos supletorios...! No dejan estos de influir poco para que el escepticismo político tome carta de naturaleza en la sociedad, que se desvía de entusiasmos y se afirma en incredulidades. ¡Que nada impresiona tanto como verse obligado el ciudadano á dar de lo suyo necesario á mano ajena! ¡Que en los tiempos presentes la vida económica tiene marcada predilección! La tiene, por los gastos que exigen los estudios de carreras, en las que se cifra el porvenir de la juventud; por los gastos tan tentadores de las modas que, además de la tentación coquetona, se hacen esos gastos obligatorios por el bien parecer; por los goces que se desean en una escala perjudicialísima, en tanto cuanto fomentan más pasiones desordenadas que ordenadas.

Se desea conseguir el respeto internacional; pero las esperanzas quedan fallidas con miras puestas en el presupuesto del Estado, en el que resultan multitud de deficiencias.

Ciertamente que las iniciativas individuales despiertan de su letargo. Esto es lo que, por ejemplo, sucede con la contribución industrial como resultado de la última Asamblea de las Cámaras de Comercio. Donde se trató: con qué condiciones se debe exigir el tributo; si deberá suprimirse la simultaneidad de industrias; si convendrá ampliar la tarifa de patentes; si las Cámaras tengan intervención directa en el descubrimiento de la ocultaciones; si organizar los gremios para la distribución de las cuotas; si cabe un recargo sobre la contribución industrial y de comercio para gastos de las Cámaras.

Parece que, de no estar todo por hacer, por lo menos falta que hacer mucho para una marcha estable y ordenada, según las Cámaras de Comercio.

Lo mismo puede decirse de las Cámaras Agrícolas, que quieren estar arma al brazo en defensa de los intereses que representan. La reforma del arancel de Aduanas se impone forzosamente, por lo que respecta y tiene fuerza en la producción de la riqueza agrícola y pecuaria, si han de exportarse ganado, vino, naranja, uva, corcho y otras muchas producciones

agrícolas. Para el cultivo de éstas interesa importar maquinaria agrícola perfeccionada.

Sin tratados de comercio es imposible hoy que sea próspera la vida económica. Así que, no obstante las corrientes proteccionistas, las *concesiones recíprocas* entre nación y nación son un hecho, y á su vez, lazo de unión que ha de dificultar declaraciones de guerra. Dicho se está que conviene también despreocupar á todos los industriales, sin excepción, para que se asocien, y que el interés particular se asocie al interés general.

El aislamiento internacional es hoy la muerte de la vida nacional. Por eso, los presupuestos del Estado deben tener una organización, en sus líneas generales, parecida á la que tienen de unas y otras naciones, sobre todo, las que han sabido ponerse á la cabeza de la civilización de los pueblos. Hoy se mira con horror el déficit; ¿por qué? Porque éste en el presupuesto del Estado repercute sobre los presupuestos de toda la nación; influye sobre el crédito. Y siendo éste actualmente parte integrante de las vidas agrícola, industrial, mercantil, intelectual y moral. El crédito es hoy palanca poderosa para crear asociaciones donde se engrandecen las aptitudes, la laboriosidad, la honradez, las simpatías, la paz, el mejoramiento de las costumbres y las amistades internacionales.

En España nada de eso se desconoce aunque falte aclimatación. Mas la tendencia á las discusiones doctrinales parlamentarias está iniciada respecto á los problemas económicos. La cantidad no admite sofismas, y pretender ingerirlos ha sido y es esfuerzo vano.

En la discusión del presupuesto de ingresos para el año 1909, con cautela, el ministro de Hacienda hubo de decir: «que algu»nas partidas tuviesen por base cálculos que pudieran ser »erróneos». Dedúcese de esta afirmación el hecho de que nuestra Hacienda no se apoya sobre bases ciertas y fijas. Falta la estadística exacta, que no puede existir sino después de trabajos estadísticos que estén bien comprobados. Sin embargo, el

ministro de Hacienda afirma: «que la capacidad tributaria de »España puede llegar á 1.500 millones de pesetas». No se olvide que el comercio exterior de España es de 1.760 millones de pesetas. Dato importantísimo para juzgar la prosperidad de la riqueza pública. Tampoco se olvide que el presupuesto de España en el año de 1850 era de 329 millones de pesetas. La diferencia hasta 1.500 millones es muy considerable. No la llamamos inverosímil.

ANSELMO FUENTES

EL SEXO FEMENINO EN LAS MONEDAS

GRECIA ANTIGUA.

Hace ya algunos años que, oyendo vocear la palabra feminismo, intenté pagar mi contribución al asunto que se empezaba á debatir, y al efecto, publiqué unos artículos acerca del interesante papel que las mujeres representaron en los tipos monetarios, creyendo que, con este señuelo, plumas de más altos vuelos tomarían á su cargo empresa de suyo tan simpática; pero como pasan los días, y nadie, que yo sepa, puso mano en obra tan delicada, me lanzo á romper este silencio, sin otros alientos que los que siempre ofrece la ignorancia, ni más fin que el de dedicar unos ratos de ocio á quienes no puedo dedicar más honrosa labor. No obstante la aridez que lleva consigo el estudio de la numismática, tengo por seguro que en esta parte de ella no cabe el aburrimiento, á no ser que alguien crea que la belleza puede de suyo producirle, pues entonces en mal lugar quedaría ese conjunto de seres que lleva ya miles de años ostentando el simpático título de *bello sexo*.

Verdad innegable es, que desde que el mundo es mundo, la mujer ha intervenido ó la han hecho intervenir en los acontecimientos más trascendentales de la humanidad, ya como Eva, incitando á la comisión de un pecado, ya como la Virgen María, contribuyendo á la consecución de un cielo. Y siendo la invención y propagación de la moneda suceso tan culminante

en la historia del hombre, no podía faltar en él la intervención femenina.

Dejando para ocasión más oportuna la cuestión de si fueron los jonios, los lidios ó los moradores de Egina, los primeros que acuñaron monedas, baste ahora saber que las primeras aparecieron hacia los últimos años del siglo VIII antes de J. C., y que en aquellos remotos tiempos, lo mismo que en los presentes, había mujeres que nada de particular hacían y otras que hacían mucho ruido en el mundo: gran parte de las de la última clase eran elevadas á la categoría de diosas; mas no por ostentar tan excelso dictado dejaban de pertenecer al sexo femenino, con todas las virtudes y defectos á él anejas; por ende opino que deben encajar perfectamente en cuanto tenga relación con este simpático tormento del sexo feo. Conformes con esto, hora es de entrar de lleno en nuestro asunto, diciendo: que si las primeras monedas acuñadas son las de Egina, cuyo tipo representa una tortuga, dichas monedas están íntimamente relacionadas con el sexo femenino.

Demasiado cándido sería suponer que Fidón, rey de Argos, al acometer la empresa de grabar una figura en aquellos lingotes de plata que, con el nombre de *obeliscos*, servían antes como precio común en las transacciones comerciales, había escogido el tipo de la tortuga para tal objeto, por el solo hecho de que las tortugas eran abundantes en la isla de Egina, donde se colocó el primer taller de acuñación. Los numismáticos que tal candidez afirmaron, no hicieron otra cosa que salir del paso, con gran desdoro del genio emprendedor y de la poderosa inventiva de tan gran rey.

Más natural es suponer, que este hecho de Fidón reconozca por causa la que otros análogos anteriores, y se sabe de cierto que este rey había hecho ofrendas de *obeliscos* de plata en el Heraion: y si á sus dioses había ofrecido aquellos lingotes que de moneda servían, lógicamente debe deducirse que algún dios ó símbolo de dioses sería el preferido para que su imagen fuese la primera impresión artística que figurase en las monedas.

Sabido es, hasta por quienes apenas saludaron la historia de Grecia antigua, que en todos los pueblos del Oriente se daba culto extraordinario á un sér de formas delicadas y elegantes que, derramando por doquier encantadoras dichas, simbolizaba el amor, la belleza y la vida.

Dicen los mitólogos que los fenicios, al dar cuenta de sus divinidades á los griegos, referían una ya antigua y hermosa tradición oída de boca de sus antepasados.

Discurrían en cierto día un grupo de los más preclaros hombres de la Fenicia por las orillas del mar, y no concibiendo cómo podría ser personificación del amor y de la belleza un sér que naciese de la unión de los dos sexos, pedían á sus dioses mayores que les diesen á entender tan gran misterio.

Entonces allá, sobre el más tranquilo espacio de la mar, vieron caer del cielo una cosa que, al golpear el agua, hizo surgir una como nube de blanca espuma que envolvía el delicado cuerpo de una doncella graciosísima que, colocada sobre una concha, navegó hasta la orilla, en donde, recogida por los fenicios, la dedicaron un templo, considerándola desde entonces como la diosa del amor que unía entre sí, y con el más puro lazo, los amorosos misterios que atesoran el cielo, la tierra y el mar.

El primitivo nombre y el más general de esta virgen es *Afrodita*, de Afros (espuma) y diomai (penetrar); sin embargo, ha recibido muchos otros sobrenombres, según se la adoraba como diosa del cielo, del mar, de la tierra, del amor, de la belleza, etc. Con respecto al primer concepto, llamábasela Afrodita Urania, y se la representaba con el pié puesto sobre una tortuga, símbolo de la bóveda celeste. Pausanias dice que en Olimpia había una hermosísima estatua, obra de Fidias, que reproducía á la diosa en esta actitud.

Extendido el culto de Afrodita Urania en la isla de Egina, nada más natural que Fidón hiciese grabar en las primeras monedas el símbolo de aquella diosa engendrada por el cielo y fecundada por el mar.

Aquella doble vista y elevación de ideas propia del pueblo griego es la que necesitamos para estudiar y examinar sus obras, en la seguridad de que nos sorprenderán siempre con nuevos encantos. Esas tortugas, que á primera vista parecen emblema de tosquedad, son, no obstante, el símbolo que con las primeras monedas del mundo helénico dijo un rey, y todavía nos está diciendo, que hace dos mil setecientos años había pueblos que creían que el amor puro y la verdadera belleza descendían del cielo.

Si la isla de Egina no es la cuna de la invención de las monedas, no por eso la intervención del sexo femenino en los tipos de las primeras deja de ser menos poderosa. Los numismáticos españoles son los que, en oposición á todas las apreciaciones extranjeras, han sostenido y probado que la invención de la moneda se debe á los jonios, que, arrojados de Atica, pasaron al Asia y se establecieron en las costas de la Lidia y de la Caria.

Creyendo yo exacto y razonable este parecer, no precisamente por ser español, sino por ser amante de la verdad, repasé uno por uno los tipos de las monedas acuñadas en la Jonia, ya cuando formaba una confederación independiente, ya bajo la hegemonía de los reyes de Lidia, y vi que en cualquiera de esos estados, sus monedas dejan entrever en sus tipos la influencia femenina.

Para hacer luz en esta afirmación, es preciso ahondar en la historia de los jonios y ver en claro sus costumbres, sus empresas y su carácter, que forman como la clave á que se ajustan sus hechos. En el siglo VIII antes de Jesucristo, el país más floreciente del mundo en el desarrollo artístico es el Asia Menor, donde los jonios han levantado y engrandecido las ciudades de Mileto, Éfeso, Colofón, Teos, Clazomene, Eritrea, Focea y otras no menos célebres. Sobre todas ellas sobrepuja Mileto, que en importancia comercial y marítima iguala á Tiro y á Cartago, desarrollando su comercio hasta tal punto de prosperidad, que colonias suyas eran, entre otras, Salamina, Cardia, Sinope, Lampsaco, Parium y Cycico.

En todas estas ciudades se acuñaron monedas que llevan los caracteres propios de este arte en su primitiva forma, que data del siglo VII antes de nuestra Era.

Tan grandes y extensas relaciones comerciales exigían el uso de una moneda garantizada que facilitase y abreviase los negocios de compra y de venta en todos los pueblos donde abundaba el tráfico. Esta moneda, con segura garantía, la dió la ciudad de Mileto, grabando en los antiguos trozos de plata, que pesaban un *dracma* ó una *statera*, un tipo conocido y respetado. Este primer tipo de los *dracma* y *statera*, de Mileto, son un león ó un toro ó un ciervo; animales que unas veces tienen la efigie completa y otras una parte de ella, como la parte delantera que pudiera llamarse busto del animal.

El por qué de la adopción de estos tipos salta á la vista estudiando las creencias religiosas de este pueblo. Verdad es que hacia el siglo VI antes de J. C. y después, la diosa de más fama en aquellas regiones era la célebre Artemisa de Éfeso; pero examinada su figura, no se ven grandes relaciones simbólicas con predichos animales. No sucede esto cuando, retrocediendo cuatro siglos, vemos que los jonios, allá por los años 1140, al pisar por vez primera las costas del Asia Menor, se encontraron que los carios y leleges, que ocuparon primitivamente aquel país, adoraban á una diosa de origen y carácter puramente asiáticos, que tenía culto muy especial cerca de las cavernosas bocas del Caistro y sobre las montañas vecinas. Esa diosa, de carácter asiático puro, no sé qué nombre tendría en aquellos remotos tiempos; sólo sé que después, confundiéndola con la Artemisa efesiana, la han aplicado el mismo nombre. Aquella diosa antigua era divinidad lunar, como Artemisa; pero se distinguía de ella por un carácter esencial, pues ésta, más que virgen, es una madre, ó más bien una nodriza de todos los seres animados que pueblan la tierra; por esto se la representaba con un seno erizado de innumerables mamas, y todo su cuerpo está como aprisionado bajo una envoltura dividida en zonas, en una de las cuales se ven cabezas de to-

ros, en otra cabezas de ciervos y en la siguiente cabezas de leones.

Contemplando esta figura de la primitiva diosa que los jonios vieron en el país, se explica fácilmente la razón de grabar como tipo en las primeras monedas de Mileto, ya un toro, ya un león, ya un ciervo.

Más adelante, la diosa primitiva va helenizándose, hasta convertirse en la verdadera Artemisa efesiana, cuyo emblema típico es el ciervo y la abeja; y de ahí que el tipo constante de las monedas de Éfeso sea alguno de los citados animales. Las sacerdotisas de Artemisa eran llamadas comúnmente *melisais*, que quiere decir abejas.

Siguiendo, aunque no con tanta detención, el estudio de los tipos de las monedas posteriores á las que se creen primitivas de la Jonia y de Egina, apenas si se ve alguno que no tenga relación estrecha con acontecimientos históricos ó fabulosos, en los que juega principal papel el bello sexo; y en la imposibilidad de relatarlos todos uno por uno, escogeremos los de más relieve en los cuatro núcleos principales de la civilización durante los tres primeros siglos de la acuñación monetaria, á saber: Asia Menor, Grecia propia, región africana llamada Cirineica y la región de Italia, llamada Magna Grecia.

Del Asia Menor é islas aledañas revelan los tipos monetarios notables y entretenidas tradiciones.

La ciudad de Tenedos grabó en el anverso de sus monedas una cabeza janiforme, ó sea con dos rostros, de los cuales el uno era de mujer y el otro de hombre. Al explicar el por qué de este tipo, se dividen los arqueólogos en dos grupos, uno de los cuales dice: Tenedos era en la antigüedad una isla en la que la pasión carnal estaba completamente desbordada; y no hallando remedio alguno con que pudiera ponerse freno á la disolución, un rey de esta isla dió un decreto, ordenando que todas las personas cogidas en adulterio fueran inmediatamente decapitadas, colocando en lugares públicos las cabezas juntas de los dos cómplices. La realización de esta orden tan te-

rrible desterró el añejo vicio, y para perpetua memoria de ley tan eficaz, se acuñó esta moneda.

La segunda explicación es más poética, aunque quizá menos verosímil. Dice así: Cygnos, hijo de Poseidón y rey de Colona, se casó con Procleia, de la que tuvo una hija llamada Hemitea y un hijo llamado Tenes. Muerta Procleia, su viudo, no aviniéndose bien con la soledad del lecho conyugal, casó en segundas nupcias con una hermosa joven llamada Filomona, la cual, debido á la diferencia notable de edad entre ella y su esposo, ó quizá por otras razones que no son del caso, enamoróse perdidamente de su hijastro Tenes.

Cygnos, convencido, después de misteriosas observaciones, de la culpabilidad de los enamorados, montó en cólera, y mandando que los prendieran, ordenó que los encerrasen en un cofre, que inmediatamente fué arrojado al mar.

El padre Océano, compadecido de aquellos desgraciados, no quiso hundirlos hasta su fondo, y dejó que el cofre sobrenadara, mientras enviaba al rey ofendido una alada pesadilla que le royese de continuo y del modo más horrible el corazón y el cerebro. La estratagema dió el apetecido resultado. Cygnos, arrepentido bien pronto de su severidad, mandó disponer un ligero barco, y á toda prisa surcó las amargas aguas, navegando aquí y allá hasta encontrar el codiciado cofre, que condujo sin descanso hasta la orilla de un islote.

Dice Pausanias que en el momento en que tocó á la isla, Cygnos ató el cable á un árbol, y cuando se disponía á volver al barco para reprender á los culpables antes de concederles el último perdón, Tenes cogió un hacha, cortó el cable, y la nave, impelida por fuerte viento, se alejó, llevando consigo á aquella pareja que, sin duda, prefería purgar su culpa, antes que en palacio de un rey, en las inmensidades de un mar.

Lampsaco, ciudad antigua del Asia Menor y uno de los puertos de descanso de los navíos jonios que iban á Ponto Euxino, acuñó también multitud de monedas con diversidad de tipos, entre los cuales hay uno que tiene excepcional im-

portancia, por ser el primero que sirvió de norma á cuantas monedas de medallas se acuñaron después para conmemorar matrimonios y personas notables. Hacia el año 514, antes de J. C., Hipias, tirano de Atenas, después de la muerte de su hermano Hiparco, temiendo la pérdida de su soberanía, hizo varias alianzas y, entre ellas, concertó una que se consolidó realizándose el matrimonio de su hija Archedice con Ajantides, hijo de Hipodes, tirano á la sazón de Lampsaco. Para memoria de estas bodas se acuñaron monedas de plata, cuyo tipo es: cuarto delantero de caballo alado, ánfora y corona de pámpanos de vid, y otras en que se ve una cabeza janiforme de formas femeninas.

La isla de Chios, que se vanagloría de ser patria del gran Homero, acuñó monedas con el tipo de la esfinge; monstruo que, como todos saben, encierra en sí una de las más borrascosas é interesantes historias habidas entre el hombre y la mujer. Layos, rey de Tebas, al casarse con Yocasta, consultó al oráculo de Picia su porvenir, y el oráculo le dijo que tendrían un hijo que daría muerte á su padre. Efectivamente, el hijo de Layos, Edipo, abandonado al nacer y recogido por unos pastores, da muerte al rey de Tebas sin saber que era su padre. Al sucederle en el trono su hermano Creón, aparece sobre el monte Fichión la Esfinge, monstruo formado por cabeza y pechos de mujer, cuerpo de león y alas de águila, el cual propone enigmas á cuantos viajeros pasan junto á él, con pena de muerte á cuantos no descifren el problema propuesto.

Para librar al país de esta calamidad, decreta Creón dar la mano de Yocasta al que consiga darle muerte, acto que lleva á cabo Edipo, que, ignorando el misterioso encadenamiento de su historia, acepta el premio ofrecido á su heroicidad, y se casa con Yocasta, que es su madre.

La ciudad de Halicarnaso, patria de Herodoto, presenció un hecho muy conocido, que testifica los extremos á que puede llegar una mujer enamorada. En esta ciudad murió el rey de Caria, llamado Mausoleo, al que su mujer Artemisa dedicó el

sepulcró que llegó á ser una de las siete maravillas del mundo, y que también sirvió de tipo en las monedas, aunque no en las primitivas. En éstas, sin embargo, no faltan detalles que prueben las energías del sexo femenino de Halicarnaso.

Hacia el año 480 antes de J. C., Darío de Persia dió el gobierno de Halicarnaso, con el nombre de Déspota, á Ligdamis, el cual tenía una hija llamada Artemisa, que, dejando á su padre el solo título y la figura decorativa, asumió todas las demás funciones anejas á tan importante cargo. Por consecuencia de esto, al formarse la poderosa escuadra de Jerjes, la varonil Artemisa tomó el mando de una flota de cinco navios que, según testimonio de Herodoto, eran con los de Sidón los mejores y más bellos de la escuadra. No pararon en esto las energías de la hija de Ligdamis, sino que, apropiándose el mejor y más alto derecho de soberanía, mandó acuñar unas moneditas de plata, equivalentes é medio óbolo, y que pesan 45 centigramos, que tenían como tipo la parte delantera de un caballo alado y la de una especie de revezo. Ella sólo sabría la razón de grabar estos tipos; nosotros sólo sabemos que estas simpáticas moneditas constituyen uno de los caprichos más antiguos que legaron á la posteridad las doncellas de los tiempos heroicos.

La ciudad de Cnidos, edificada en parte sobre la tierra firme del Asia Menor y en parte sobre una isla que se comunicaba con el continente por un puente, empezó á acuñar moneda, bajo la dominación de los Persas, en el último tercio del siglo VI antes de nuestra Era. Siendo en esta ciudad tan extraordinario el culto de la diosa Afrodita, en cuyo templo se admiraba su famosa estatua, obra de Praxíteles, el tipo principal de sus monedas debería ser por necesidad la imágen de su celebérrima diosa.

Hay en estos tipos de Afrodita un detalle curiosísimo é interesante que no debe pasar inadvertido. Examinando con atención una serie de estas monedas, se puede ver la historia del peinado femenino en aquellos lejanos tiempos.

En las más antiguas, las trenzas de los lados rodean la cabeza, formando una especie de diadema: mas tarde estas trenzas aparecen rizadas y caen sueltas sobre el cuello de la diosa: después se recoge todo el cabello para atrás y forma un nudo que cuelga sobre la nuca: últimamente, uno de los rizos rodea la cabeza y el otro cae en bueles rizados sobre el cuello. Estos datos pueden servir de norma para que los aficionados á estas menudencias femeninas hicieran un tratado completo sobre el arte del peinado.

En la región helénica, que puede denominarse Grecia propia, abundan los tipos monetarios basados en historias ó fábulas, en las que interviene de una manera principal el sexo femenino. Entre los innumerables ejemplos que pueden citarse, llamaron la atención los tipos monetarios referentes á las ciudades Atenas y Megara Corinto, Mintinea y Lete.

Las célebres ciudades de Atenas y Megara graban casi constantemente en sus monedas la imagen de la diosa á que la primera debe su nombre, ó el símbolo de ella, que es la lechuza. En estos tipos, rara vez deja de verse la rama de olivo, que recuerda aquella disputa, habida durante el reinado de Cecrops entre Poseidón y la diosa Atenea. Ambos se disputaban la posesión de la ciudad, y los dioses decidieron que sería dueño de ella el que hiciera más útil regalo á sus habitantes. Poseidón les dió el caballo y Atenea el olivo: los dioses concedieron el triunfo á la segunda.

Sin el regalo del olivo, reunía Atenea más valiosas prendas para ser la predilecta del pueblo helénico. Lo era también del rey de los dioses, Júpiter ó Zeus, quien debía tenerla como la hija más mimada entre las innumerables que había engendrado. Zeus, traicionando á su legítima esposa Hera, se había procurado hijos de todo sér divino, semidivino y humano, que, satisfaciendo sus amorosos caprichos, se ponía al alcance de sus remos. Por esto le vemos asociarse primero á Metis, luego á Temis, y más tarde, á Munemosina: Deméter, Leto, Eurinome y Maía también caen bajo las redes de la pasión de Zeus, y

para que nada faltase al poderoso rey de los dioses, también sufren las consecuencias de sus travesuras las encantadoras ninfas Egina, Calixto, Alcmena, Antíope, Leda, Europa y otras hermosuras que no eran ninfas ni diosas. Por esto, sin duda, cansado un día el padre Júpiter de tan molesto ajetreo, se fecunda á sí mismo, y al darle Vulcano un hachazo en la cabeza, sale de ella, á manera de descarga eléctrica, la virgen Atenea, radiante de luz y armada con todo género de armas.

Los griegos, cuya brillante y poderosa imaginación necesitaba el alimento continuo de acontecimientos tan misteriosos y poéticos, no es extraño que escogiesen para tipo de sus monedas la imagen ó el símbolo de la virgen Atenea, que efectivamente aparece en todas, ó como diosa adornada con casco, ó como símbolo de la prudencia (la lechuza) junto con una ramita de olivo.

Después de la victoria de Maratón, el casco de Atenea en las monedas es adornado con una corona de oliva, inaugurándose el nuevo tipo con la acuñación de un decadracma, del que que sólo hicieron media docena de ejemplares. Es de notar en estas monedas que la sonrisa de la diosa disminuye á medida que corren los tiempos.

Corinto, celebérrima ciudad de la antigüedad, llamada por Homero *Epira*, y colocada entre dos mares, escogió para tipo de sus monedas el Beleforo ó Pegaso y la Quimera.

La fábula ó mito referente al Pegaso es uno de los más interesantes de la Grecia. El famoso héroe Perseo, por instigación de Atenea, vuela un día hasta Tártaro en busca de las hermanas Gorgonas: las encuentra dormidas y se dispone á cortar la cabeza á la más hermosa de las tres, que es Medusa; pero al ejecutar su idea ve, lleno de espanto, que de la cabeza cortada sale un caballo alado que, en raudo vuelo, cruza los espacios y desciende en la Acro-corinto con ánimo de apagar su sed en las aguas de la fuente Pirene. Beleforo, hijo del rey corintio Glauco, ve al caballo alado, desea su posesión y se acerca á él con intención de sorprenderle, apoderarse de él y

domarle; pero sus esfuerzos resultan vanos, pues el monstruo del aire huye velozmente.

Apesadumbrado el hijo del rey de Corintio, y persistiendo en su idea, pide consejo al divino Polyidos, que le dice vaya á pasar la noche al templo de Atenea. Cumplido el consejo, la diosa se le aparece en sueño, y le entrega un freno de oro, asegurándole que, previo el sacrificio de un toro blanco, el alado monstruo recibirá con docilidad el freno que la diosa le dedica, y en tal caso, puede disponer de él con omnímoda potestad. El augurio se cumplió en todas sus partes, y no hay que decir las celebérrimas hazañas que Beleforo y Pegaso, íntimamente unidos, llevaron á cabo, entre las cuales resalta la muerte de la Quimera, terrible monstruo que por delante tenía figura de león, por en medio de cabra y por detrás de dragón, y cuando abría la boca vomitaba por ella torrentes de fuego.

La ciudad de Mantinea, célebre por la batalla habida en ella entre espartanos y tebanos, en la cual murió Epaminondas (362 antes de J. C.), tomó para tipo de sus monedas al oso, en recuerdo de la tradición arcadia, referente á la hermosa ninfa Calixto, la cual, perseguida por el fogosísimo Júpiter, que al fin la hizo madre de Arcas, tuvo además que sufrir la cólera de la mujer del perseguidor suyo, que la transformó en oso; medida cruel é injusta, que quizá haya dado lugar á un adagio castellano que, por demasiado conocido y experimentado, no es necesario repetir.

La ciudad de Lete, en Macedonia, es entre todas las antiguas de Grecia la que, olvidando por completo las leyes del pudor, emite monedas cuyos tipos representan variada serie de actos obscenos, cuya descripción debe omitirse en publicaciones cuyo fin es ilustrar sin ofender; baste saber que las escenas representadas tienen lugar entre sátiros, centauros, ménades y bacantes. Thasos y Orestes, poblaciones vecinas á Lete, abundan también en los mismos tipos.

En las antiguas monedas de Africa se ve también la influencia del sexo femenino para la formación de sus tipos. No

puede ser más entretenida y simpática la tradición en que se apoyan los tipos principales de la región cireneica, á saber: el *silphyum* y la ninfa Cirene. Era el silphyum una planta de tan maravillosas propiedades, que hubo un tiempo en que su valor se equiparaba al del oro, peso por peso. La Libia, país en que crecía con gran abundancia, era mirado por esta causa como el más rico del mundo africano.

La ninfa Cirene, hija de Hipseo, rey de los Lafites, en la Tesalia, guardaba los rebaños de su padre por las montañas y valles de Pelion. En igual ocupación que Cirene, había en aquella región otras muchas ninfas de rara hermosura, á todas las cuales entretenía el dios Apolo recreándolas con las dulcísimas melodías que de su lira arrancaba.

Estaba el país aquel cuajado de fieras que acechaban los descuidos de las bellísimas pastoras para arrebatar algunas reses de los rebaños; por esto Apolo, al atardecer, solía acompañar á las ninfas que se retiraban, con el fin de que las fieras no clavaran su diente en algo más valioso que la carne de un corderillo.

Cierto día en que Apolo, colocado en un altozano, recreaba la comarca con los delicados sones de su lira, un león de fiero aspecto entróse por entre el rebaño de Cirene y empezó á devorarlo con tan insania rabia, que hubiera rematado con él si la bella pastora, recogiéndose el halda de sus vestidos, no entablara con él descomunal combate hasta dejarle, no sólo vencido, sino maltrecho.

Tan singular hazaña, presenciada por Apolo, fué causa, como no podía por menos, de que el dios de la lira se enamorase perdidamente de la heroína, á la que desde el mismo momento empezó á perseguir con el mismo afán que ella huía de la persecución; que es muy propio de doncellas pudorosas defender con la huída su honestidad, aunque el que la intenta manchar sea un dios que sea maestro en el divino arte de la música.

Huyendo Cirene de tan constante persecución, salió de la

Grecia, atravesó parte del Africa, y ya rendida y sin aliento, cayó desmayada al pie de un *silphyum,* en el país de Libia. Allí fué donde el enamorado Apolo la hizo madre de Aristeo, dándola después posesión de aquella comarca, tan rica en *silphyum,* la cual, por el nombre de Cirene, se llamó Cirenaica.

Respecto á los tipos monetarios de las ciudades antiguas de la Magna Grecia, se necesitaría un volumen grueso para describir, con la detención necesaria, las cien y cien historias de seres femeninos que han dado motivo á esos variados tipos que tanto hermosean estas piezas numismáticas.

Se ve en las de Catana una bellísima doncella alada, que representa á la ninfa Catana, que vuela por los espacios, llevando en sus manos una banda, con intención de ceñir con ella las sienes del vencedor en los juegos.

En las de Cumes; á la ninfa Cimé, comparada con la sibila de Cumes ó Ceifora. En las de Tarento, á Sátira, madre de Taras. En las de Segesta, á la ninfa Egesta, desposada con el río Crimisos, y madre de Segestos, el Alcestes de Virgilio.

Finalmente, en las monedas de Siracusa, imponderablemente bellas, se admira constantemente la imágen de Aretusa, aquella preciosa ninfa del cortejo de Diana que, perseguida por el furibundo cazador Alfeo, tuvo que ser convertida en fuente para esquivar los arrestos del perseguidor, el cual, no dándose por vencido, se convierte á su vez en acuosa corriente, y al fin junta sus aguas en el mar con las de su preferida fuente de la isla Ortygia.

Creo suficientes estos pocos datos para dar á entender cuán simpático é interesante es este estudio numismático, que aún está por hacer, y que, bien tratado, daría abundantes materiales para una obra de singular cultura, que probaría la sinrazón de los que creen que en la ciencia numismática todo es árido y seco, sin tener en cuenta que nada puede parecer frío ni seco, como nuestro cerebro y nuestro corazón tengan siempre viva la llama del entusiasmo.

IGNACIO CALVO

EL PROBLEMA CATALÁN

Y LA LENGUA CATALANA [1]

Señores: Decía no ha muchos días en el Senado, mi antiguo amigo D. Raimundo Abadal, al discutir la ley de Administración local, que cuando se advirtiera un peligro en el problema catalán debía señalarse concretamente, para poderse hacer cargo de él y discutir serenamente su alcance y el remedio posible, en el que todos estamos interesados, lo mismo los de acá que los de allá; y yo, que por razón de mi larga estancia en Cataluña, he tenido ocasión de seguir paso á paso el desarrollo del problema catalán en sus distintas fases; yo, que he sentido, no sé si bien ó mal, los peligros que encierra el extremado amor de los catalanes hacia su lengua; yo, que creo que el exceso en todo no puede ser bueno; yo, que creo, como lo creeréis vosotros mismos, que hay cariños que matan, y entiendo que uno de esos cariños lo constituye la exaltación del amor que los catalanes tienen á su lengua, yo vengo á advertiros, con toda lealtad y nobleza, cuáles son las consecuencias posibles de ese exagerado amor, porque yo no quisiera en manera alguna que las corrientes de desafección que existen entre Cataluña y el resto de España crecieran, por culpa de unos y de otros, y se levantara entre los límites de la región catalana una barrera infranqueable, una frontera moral que nos llevara á una sepa-

(1) Conferencia leída en el Ateneo Científico, Artístico y Literario, en la tarde del 17 de Febrero de este año.

ración más grave y más trascendental que la que pudiera resultar de la constitución en Cataluña de una nacionalidad independiente en absoluto, que no conservara con el Estado español ni siquiera los vínculos de una federación. Por esta consideración fundamentalísima, por esta invitación que desde la tribuna parlamentaria lanzaba el Sr. Abadal, y que yo me he creído en el deber de recoger, aunque iba, al parecer, dirigida tan sólo á los señores senadores, me permito el atrevimiento inaudito de venir á ocupar esta tribuna, que tantos y tantos respetos me ha inspirado en los largos años que pasé en esos escaños, escuchando religiosamente la palabra de tantos y tantos varones ilustres como la ocuparon, y á los cuales rindo en este momento el tributo de la admiración que siente el humilde discípulo ante los que han sido y son sus maestros.

*
* *

Entre las reivindicaciones que persigue Cataluña para vigorizar su personalidad, aparece siempre, como habréis tenido ocasión de observar, la de la lengua. En las famosas Bases de Manresa, en las que se concretó el pensamiento del nacionalismo catalán, ya se reclamaba en primer término la autonomía de la lengua catalana y el derecho consiguiente á su empleo en todas las manifestaciones de la vida pública del pueblo catalán; y aunque tales Bases parecen haber quedado relegadas á un segundo término ante las actuales aspiraciones del catalanismo en todos sus matices, la reivindicación de la lengua sigue siendo el credo común en que comulgan todos los distintos partidos políticos que se agruparon en aquella extraña conjunción que se llamó la solidaridad catalana, y que yo no sé á ciencia cierta si existe todavía en realidad ó si es ya no más que una mera apariencia, á pesar del triunfo obtenido en Sabadell. ¿Queréis convenceros de que esta reivindicación sigue siendo la aspiración primera del credo catalanista? Pues me vais á permitir que os lea lo que al azar encontré en

la colección de *La Veu de Catalunya,* al buscar unos datos que necesitaba para otro trabajo que traía entre manos; y observad, que esto que os voy á leer ha sido escrito en el espacio de unos diez días, lo cual quiere decir que constituye una verdadera obsesión entre los catalanistas; porque si de propósito hubiera registrado la colección entera de dicho periódico y la de su colega *El Poble Catalá,* os podría estar leyendo horas enteras textos análogos á los que ahora vais á escuchar.

La Veu.—Núm. 3.426: lunes 2 Nov. 1908, ed. tarde.—*Políticos.*—Contestando á D. Antonio Cartón, por un artículo publicado en *El Liberal* de Madrid, dice: «Toda nuestra fuerza está en nuestra lengua; ella sola explica nuestra nacionalidad. Es preciso, pues, no reducir su dominio ni particularizar su uso. Nuestro verbo es la expresión de nuestro sentir y de nuestro querer. Debe hacerse triunfar nuestra lengua, que es mucho más que una sencilla curiosidad literaria, como algunos suponen.»

— Núm. 3.430: viernes 6 Nov. 1908, ed. tarde.—*Políticas.*—Nuestra lengua.—Contestando á Unamuno, dice: «La cuestión de las lenguas no es una cuestión de territorio ni de provecho material; es alguna cosa más para vosotros. Es actualmente el verbo de nuestro resurgimiento que responde á toda nuestra tradición. Hablamos de Nacionalidad y de Hegemonía, y lo primero que necesitamos para hacer efectivos estos ideales es el prestigio y la fuerza, «hasta dominadora, si es preciso», de nuestra lengua.—No piensen que querremos nunca reducirla á los límites estrechos de un habla familiar. Nosotros queremos que el catalán sea admitido en el comercio de las lenguas mundiales. Será la fuerza de nuestro valer la que nos dé esto. Y esa fuerza no nos falta.»

— *Políticas.*—Regionalismo literario.—Contestando á un periódico de Madrid, dice: «Todo el mundo sabe que ha sido un obstáculo para nuestros ideales de hoy la excesiva comunicación entre el castellano y el catalán; todo el mundo sabe que, á pesar de este gravísimo inconveniente, nosotros hemos

dejado á un lado el deseo imperialista de imponer nuestro lenguaje, y en castellano hemos predicado nuestras ideas y en castellano hemos entonado himnos á Cataluña, y hemos cantado las glorias de nuestros artistas y de nuestros hombres de ciencia para que así se escampase y fructificase nuestra obra.»

— Núm. 3.435: jueves 12 Nov. 1908, ed. mañana.—*¿Dónde estamos?* (José Aladern.)—«Cataluña ya dentro del Estado español tiene tres puntos capitales que reivindicar: la Lengua, el Derecho, la Administración. Una vez en posesión de la oficialidad de su lengua, una vez conocido y aplaudido su derecho propio y una vez la administración de sus intereses en manos de corporaciones bien suyas, reiros de coronas y gorros frigios; dejad que España continúe constituída monárquicamente como hasta ahora, ó dejad que cuando puedan se den un gobierno republicano. Son luchas éstas que no deben interesarnos más que en segundo término.»

Ahora bien: este resurgimiento de la lengua catalana, que siempre se ha hablado en Cataluña, tiene dos manifestaciones diversas, que responden, sin embargo, á un mismo impulso. Una de ellas es la expansión de la lengua, y la otra es la restauración; la primera pretende romper el círculo en que hasta aquí se ha desarrollado; la segunda pretende modificarla y transformarla de un modo radical.

*
* *

La expansión parece que ha de alcanzar el máximum de su desarrollo el día que la autonomía provincial y municipal sea un hecho, por virtud de la aprobación de la ley de Administración local, pero en la actualidad ya se ha conseguido bastante; porque Barcelona, que por espacio de muchos años no tuvo ni un solo periódico diario escrito en catalán, cuenta hoy con los que ya conocéis, y de los que os he hablado ya: *La Veu de Catalunya* y el *Poble Catalá;* Barcelona, que no tuvo nunca escuelas catalanas, ni oficiales ni particulares, tiene ya sus escuelas, en

las que se da la enseñanza en catalán, y aspira, el día en que consiga la aprobación de su presupuesto de cultura, á aumentar el número de las tales escuelas; Barcelona, que no empleaba la lengua catalana ni en las deliberaciones de su Municipio, ni en las de la Diputación provincial, emplea constantemente en uno y otro su lengua regional; y esta lengua, que por excepción se oía alguna vez en el Ateneo Barcelonés, hoy es en esa corporación de uso tan constante, que apenas si desde su cátedra ni desde sus escaños se emplea otra lengua que la catalana. Igualmente sucede en la Academia de Jurisprudencia. Y hasta en el Colegio de Abogados somos poquísimos los que hablamos castellano en las reuniones que en el mismo se celebran; y esto, hasta el extremo de que cuando cualquiera de los abogados catalanes que no pertenecen al grupo de los exaltados empieza á hablar en castellano, tiene que dejarlo y ha de acabar hablando en catalán, porque de una y otra parte del salón salen voces que le invitan con insistencia á que *parle en catalá*.

La expansión de la lengua en la literatura ha adquirido un gran desarrollo también; y en los tiempos actuales puede formarse ya sin gran dificultad una biblioteca contemporánea catalana no muy grande, fuera de lo puramente literario, porque aquí la expansión tiene un aspecto económico interesante que pone cierto límite á los entusiasmos expansivos. El libro catalán cuesta dinero, y el libro catalán, salvo contadísimas excepciones, no produce lo necesario para costear su impresión; lo cual no ha de extrañaros por dos consideraciones sencillísimas: la primera, es que otro tanto pasa en el resto de España con la inmensa mayoría de los libros que se publican en castellano, y eso que el mercado de Castilla es vastísimo en comparación del reducido de Cataluña; y la segunda, es que vosotros sabéis muy bien, y no he de repetíroslo ahora, porque se ha dicho recientemente en todos los tonos, que no son las provincias catalanas las que menos analfabetos tienen, y esto ha de ser un obstáculo grande para la expansión del libro. Pero, en fin, lo cierto es que se publican libros en catalán, por virtud

de ese empeño en dar expansión á la lengua; sólo que esos libros necesitan una condición previa de vida, que consiste en que el que lo escribe tenga dinero y no le preocupe la venta, ó que haya quien le facilite los medios para ello. Ahora mismo, un buen amigo mío, persona cultísima, de gran ilustración, y cuyo nombre todos vosotros conocéis de seguro, está escribiendo una obra importantísima en catalán, porque hay quien anticipadamente se la paga y costea la edición.

Pero el caso más curioso que yo puedo señalaros de lo artificial que es este desarrollo literario, os lo voy á indicar, porque vale la pena de conocerlo. Todos vosotros sabéis que recientemente la intelectualidad catalana ha celebrado un homenaje al gran maestro de literatura, el insigne Milá y Fontanals, gloria no sólo catalana, sino nacional. Y uno de los medios de honrar al ilustre maestro que discurrió la comisión encargada de esta tarea, consistió en la publicación de sus obras catalanas. Son éstas pocas, porque el insigne catedrático apenas si escribió en su lengua materna. Pues bien: la comisión recorrió gran número de casas editoriales sin encontrar quien quisiera hacer por su cuenta la edición del libro, porque alegaban, y con razón, que aquello no se vendería; y por fin, hubo un editor que dijo que él se encargaría gustoso de la empresa, siempre que antes de proceder á la tirada se adquiriese con él el compromiso de comprarle el número de ejemplares suficientes para cubrir los gastos. ¡Y así se publicaron las obras del insigne maestro!

La expansión de la lengua se ha llevado también á los estudios superiores, y á eso obedece la creación de los *Estudis Universitaris Catalanis*. Yo no sé, porque ignoro el pensamiento de los patrocinadores del movimiento, si los *Estudis Universitaris* van á servir de base á una Universidad libre catalana, ó si se aspira á que se identifiquen, andando el tiempo, con la Universidad oficial de Barcelona. Si lo primero, paréceme que el dualismo en la enseñanza universitaria creará antagonismos y rivalidades de tal naturaleza, que más serviría

para reavivar odios y pasiones mal adormecidas que para favorecer la cultura; y la Universidad Catalana luchará siempre con desventaja contra la Universidad oficial de Barcelona, si no se reconoce á la primera la colación de grados con valor académico. Y si se llega á esto, tened por seguro que la segunda morirá por consunción, porque los catalanes no pondrán los pies en ésta, y los castellanos que á ella acudan serán cada vez menos. Por de contado, que si llega á fundarse la Universidad Catalana con carácter oficial, la enseñanza habrá de darse en ella en catalán.

Ya se indicó esto hace tiempo en un famoso Congreso universitario que se celebró en Barcelona hace años, presidido por uno de los que pertenecen al grupo de los llamados *reconsagrats,* el Dr. Martí y Juliá, en cuyas conclusiones se decía, con respecto al Profesorado, lo siguiente: «La Universidad Catalana procurará que todos sus profesores sean catalanes. Admitirá también profesores extranjeros de reconocida competencia; y los que no sean catalanes ni extranjeros (fijaos bien en esto) habrán de naturalizarse en Cataluña.» Y yo, que por entonces había, á instigación de algunos amigos, planteado en el Ateneo Barcelonés un debate sobre el derecho de asociación, al discutirse por incidencia el catalanismo y las antedichas conclusiones del Congreso Universitario, decía lo que estoy dispuesto á cumplir, si aquellas ó parecidas conclusiones sirven de base á la futura Universidad Catalana.

«Yo, señores, que he venido á Barcelona por amor á esta tierra, porque en ella tengo familia y en ella han nacido algunos de mis hijos, y es para mí sagrada porque en su seno duermen el sueño eterno las cenizas de mi santa madre; yo, que no soy ni he sido otra cosa que catedrático, el día en que se fundara la Universidad Catalana, y para continuar en la misma hubiera de naturalizarme en Cataluña renegando de mi patria, antes que pasar por humillación semejante abandonaría esta tierra, y si no tenía medios para ello, con mi mujer y mis hijos cruzaría la Rambla pidiendo limosna para repatriarme.»

También se ha intentado, y se sigue trabajando con escaso éxito, en la expansión del catalán dentro de la vida comercial, y á este efecto se ha querido que los anuncios, muestras y rótulos de las tiendas y almacenes se escriban en catalán; pero el comercio y la industria se han resistido, con éxito hasta ahora, y no han consentido semejante transformación. Por excepción, y en escasísimo número, se ven algunos comercios en los que rótulos, anuncios y letreros están en catalán. Pero lo que no se ha conseguido de los comerciantes lo ha hecho el Municipio barcelonés con los rótulos de las calles; y aunque hoy por hoy los rótulos son bilingües, y se concede al castellano el honor de figurar en primer término en el doble letrero de la calle, plaza ó paseo, si la expansión sigue acentuándose en el sentido iniciado por los restauradores de la lengua catalana, no hemos de tardar mucho tiempo en ver cómo desaparecen los rótulos castellanos para quedar solos los catalanes. Por supuesto que la traducción no está justificada en la mayor parte de los casos, porque entiendo yo que no valía la pena de gastar el dinero de Barcelona, cuando á tantas otras cosas más apremiantes hay que atender, en poner al lado del letrero que dice calle de Claris, calle de Aragón; calle de Valencia, etc.; carrer de Claris, carrer de Aragón; carrer de Valencia, etc. Pero como por lo visto el pensamiento de la reforma en este punto era más trascendental de lo que de primera intención pudiera suponerse, ha habido calles en las que la traducción deja de serlo, para convertirse en una interpretación originalísima. Así, por ejemplo, la calle de Lauria se llama en catalán carrer de En Roger de Lluria; la plaza de Urquinaona, plassa del Bisbe Urquinaona, y la calle de las Cortes, carrer de las Corts Catalanas, sin duda para que no haya nadie que pueda suponer, ni remotamente siquiera, que aquella hermosísima Gran Vía, orgullo del magnífico ensanche de Barcelona, pudo estar dedicada al Parlamento español. Me diréis que todo esto son nimiedades, y es verdad; pero todas estas nimiedades son reveladoras de un pensamiento oculto, que

conviene sacar á luz para que se sepa adónde van y qué es lo que se proponen los autores de este movimiento expansivo. Y, ahora, paraos á reflexionar un momento conmigo en esta pequeña consideración que se me ocurre. Indudablemente, la traducción de los nombres de las calles se ha hecho para los catalanes que no conocen el castellano; pero es el caso que hasta ahora en Cataluña todos los que saben leer y escribir han aprendido á leer y escribir en castellano, y, por consiguiente, para esos es innecesaria la traducción, y más innecesaria es todavía para los que no saben leer, porque para esos sobran los letreros.

Y para terminar con esta materia relativa á la expansión de la lengua os haré observar que á este afán expansivo de la lengua obedeció, sin duda alguna, el discurso en catalán que el alcalde interino de Barcelona, Sr. Puig Alfonso, pronunció delante del Monarca en su última visita á aquella ciudad, así como la innovación, también introducida por el mismo, de publicar los bandos muncipales á dos columnas, una en castellano y otra en catalán.

Y dejemos ya esta materia de la expansión para dedicarnos un rato á la restauración de la lengua.

Lorenzo Benito,
Profesor en la Universidad de Barcelona.

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Por los teatros.—*Por las nubes*, de Jacinto Benavente.—*El caballero Lobo*, por D. Manuel Linares Rivas. — *El salón de Aquiles*, de Manuel Bueno.—*Los gemelos* (*Menechmi*, de Plauto, arreglados por Tristán Bernad y adaptados á nuestra escena por Antonio Palomero).

Lo flexible y vario del ingenio dramático de Jacinto Benavente se aprecia bien comparando obras de tan elevada idealidad como *La princesa Bebé*, *Los intereses creados* y *La fuerza bruta*, con esta otra titulada *Por las nubes* que hemos visto esta temporada en Lara, y donde la fuerza ideal de las almas, atada por mil minúsculos lazos de interés, como Gulliver por los liliputienses, apenas puede levantar el vuelo. *Por las nubes* me ha parecido un título irónico. No anda por las nubes la acción de esta comedia, sino bien *tèrre à tèrre*, ó bien pegada al suelo, para que no se enfade Cavia si escribimos algunas palabras en francés.

El drama que hay en esta obra, porque drama positivo hay, aunque sea uno de esos dramas opacos y grises, cuya modestia les perjudica en el concepto de los públicos, es un drama de contabilidad, relacionado con el precio que alcanzan en el mercado los artículos de comer, beber y arder, y con las exigencias de los sastres, caseros y otros sujetos que perturban el sueño de la gente necesitada. Es un drama triste y deprimente del ánimo, porque su origen no está en el huracán de la pasión, sino en cosas prosaicas y mezquinas, pero que son ¡ay! indis-

pensables para la vida. Euménides de menor cuantía, que nos atormentan sin dignidad y sin darnos derecho á que ensayemos delante de ellas la máscara trágica, sino que, al contrario, parece que nos empequeñecen el empíritu y los dramas que en él siembran. Tan crueles son, que, no contentas con atormentarnos, nos ponen en ridículo.

Este drama es el drama de la clase media, y el dramaturgo lo ha observado con penetrante mirada. Es, como digo, un drama pobre, de una tristeza borrosa, más triste todavía que la de los grandes conflictos, porque hasta estéticamente hace mal papel. El nudo de ese drama es la escasez de recursos de una clase obligada, por ciertos hábitos y conveniencias sociales muy poderosas, á vivir con apariencias de holgura, á gastar en representación lo que no tiene. De la desproporción entre la causa y los efectos, entre este fin de representación y apariencia y los sacrificios que impone, surge el aspecto cómico que ofrecen estos conflictos hasta cuando se tratan y exponen más en serio. Lo cómico no razona. En este caso desconoce y no se entera de la inmensa fuerza que tienen los hábitos y preocupaciones sociales. Parece que la clase media hace una majadería y una ridiculez al vivir con cierto boato ó apariencia de él, y, sin embargo, responde á una necesidad social, á una imposición de las costumbres que no le es dado derogar en un momento. Pero el hecho es que morirse de hambre es una cosa trágica, y deber al sastre ó al casero, á nadie que lo ve por fuera le parece trágico, aunque lo pueda ser en el interior de quien se encuentre en esos apuros. Para los demás es cosa que se presta á chistes y cuchufletas. Esto tiene de terrible sobre sus propios males ese drama de la clase media que ha llevado al teatro Benavente, que es un drama que se presta al ridículo, un drama condenado á ser pasto de los autores del género chico y de los articulistas de costumbres, como dice uno de los personajes de *Por las nubes*.

El asunto de esta obra guarda cierta relación con el de *Las de Caín*, aunque sea muy distinta la manera de tratarlo.

Es otra faceta del problema matrimonial la que considera Benavente, pero el problema del matrimonio es el asunto de ambas obras. Los Quintero, limitándose á ser observadores, sin trascendencia ni filosofía, han presentado en cómico, con amena ligereza, las dificultades de la caza del marido para las jóvenes maridables. Benavente ha presentado en serio las miserias de la vida conyugal desde el punto de vista crematístico; la dificultad de cazar los garbanzos ó el pan nuestro de cada día, dificultad tan grande ó mayor que la de cazar marídos, y estrechamente relacionada con ella dentro de la trabazón de las causas morales y económicas, que hacen que el precio de los artículos de primera necesidad y aun de los artículos superfluos influya en la estadística de los matrimonios.

Todo el ingenio y toda la aguda vis humorista de Benavente se necesitan para que no abrume y fatigue este asunto, ese drama, de una tristeza turbia y desairada, que no levanta el espíritu ni lo agita con bruscas sacudidas, y que es muy propio para malhumorar á los espectadores, recordándoles sus propias inquietudes domésticas, humillantes y nada estéticas, porque hay dolores que tienen la inhumana agravación de hacer reir al vulgo.

El personaje principal de la obra quiere casarse, y no puede. Si se casa, deja de ser el sostén de su familia, de su madre y su hermana. ¿Qué hacer? En este conflicto se le ocurre casarse y emigrar á América; pero la novia se resiste á abandonar á su madre, y él, desengañado, se va solo á probar fortuna, á conquistar el derecho á la vida y al amor. La idealidad que falta en el primer acto de la comedia, reducido á la exposición de las pequeñas miserias conyugales, apunta en el segundo con el brote de individualismo y el anhelo de emancipación, que supone la resolución del protagonista; pero aunque él se asome al ideal, los demás no le acompañan, y el desenlace vuelve á caer á ras del suelo, del sentido práctico, de los pequeños intereses y la prudencia encogida y cautelosa. Si la novia hubiera acompañado al protagonista en su aven-

tura ultramarina, que en estos tiempos de trasatlánticos y comunicaciones rápidas no es tan grande aventura, máxime cuando en América le espera al emigrante un buen destino, la fuerza divina del amor hubiese dorado con un resplandor de aurora el fin de esta comedia triste, de sentimientos tímidos y recelosos. Da gana de encararse con los personajes, y recordarles aquella profunda sentencia, donde está la clave de la conducta: «Buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura.» El reino de Dios puede ser muchas cosas: el deber, el amor, la aspiración, el fin principal que en cada caso nos proponemos. Amad—habría que decirles,—y el amor endulzará vuestras escaseces y os dará ánimo para luchar con ellas á brazo partido y vencerlas. Pero si pensáis demasiado en el recibo del casero, no conseguiréis ni siquiera ingeniaros para pagarle. No hay que culpar al dramaturgo de la pequeñez y el encogimiento de los personajes. No los ha hecho él, se los ha dado la vida, donde pululan.

***

El caballero lobo, de D. Manuel Linares Rivas, obra estrenada en el teatro Español, debe considerarse como un capricho literario de un autor reputado, que ha querido demostrar que sabe jugar con los símbolos y el ingenio, hacer obra de poeta y de pensador más que de dramaturgo. Este apólogo dramático, esta fábula de bestias, que son símbolos de pasiones y sentimientos humanos, es una de esas obras que no están llamadas á engendrar género; que serán siempre en un autor y en una literatura una excepción y un pasatiempo; que se defienden, en fin, con la novedad y el ingenio, pero que no son en modo alguno una forma de dramatizar más perfecta que la corriente, ó sea, la representación directa de los sentimientos y pasiones del hombre en su natural asiento, que son los individuos humanos. Estas obras excitan más curiosidad que interes, y el interés que provocan es un interés literario, distinto

é inferior á aquel interés humano sin apellidos de literatura que nos infunde emociones hondas y verdaderas. La razón de esto consiste en que el interés artístico está basado en la simpatía, en la proximidad entre las representaciones estéticas y nuestra propia vida espiritual. El drama ó la novela que más nos interesaría, sería nuestra propia novela ó nuestro propio drama, si hubiese literato que lo escribiese, y de hecho ponen los literatos en sus obras mucha parte de ese drama ó esa novela suyos. En defecto de esto, nos interesan los personajes de apariencia real y viviente, menos que ellos los simbólicos, y menos todavía las bestias, por ser más simbólicas todavía como personajes literarios, dentro del carácter del apólogo en cualquiera de sus formas, y siempre más lejanas de nosotros, aunque se les tome como personajes directos y no como máscaras ó representaciones de sentimientos humanos. El más y el menos del interés literario se gradúa por una relación de proximidad á nosotros, de *projimidad* podría decirse, si no fuera tan mal sonante el neologismo. Nos interesan más los que son más prójimos nuestros, los que están más cercanos á lo que sentimos. El arte, en resumen, es, como sostiene Tolstoi, el medio de transmitir y comunicar ciertos sentimientos.

Todavía, para la curiosidad insaciable del hombre moderno, que todo lo escudriña y se mete en todo, las bestias verdaderas, como las ha querido presentar Rudyard Kipling, pueden ofrecer cierto interés. Asomarse á estas almas oscuras, toscas é inferiores, ofrece la novedad de penetrar en un reino de tinieblas y de ensueño donde percibimos un lejano y borroso latido ancestral. Claro que estos sondeos en el alma de las bestias son puramente fantásticos, son la pretensión de una cosa imposible; pero jugar con lo imposible es una voluptuosidad para los espíritus curiosos. Aparte de esto, y suponiendo otro imposible, es seguro que si los animales pudieran leer á Kipling, no saldrían de su apoteosis, ni se conocerían á sí mismos, y se echarían á reir para sus adentros, ya que la risa de dientes afuera es uno de los atributos humanos, ó tal vez lo

tomarían á mal y se apresurían á refutarle. Pero las bestias falsificadas del apólogo, que no son tales bestias, sino sentimientos humanos disfrazados con pieles de animales, como los personajes de *El caballero lobo*, han decaído mucho en nuestro interés; nos parecen algo primitivo é infantil.

Desde que hay libertad para decirlo todo, el apólogo ha perdido su razón de ser. En el teatro sólo puede llamar la atención por la rareza ó por el atractivo de la indumentaria, y á lo sumo, si nos empeñamos en buscar causas espirituales, porque ofrece el medio de presentar más claro y transparente el simbolismo, desprendiéndole de lo que queda de concreto é individual en cualquier personaje humano, por genérico ó abstracto que sea. En este sentido, los animales dramáticos son símbolos que andan solos ó casi solos por la escena, y se parecen bajo tal concepto á los personajes abstractos de los *Autos sacramentales*. Pero es muy discutible que los símbolos ganen con presentarse desnudos ó enseñando las carnes debajo de la piel de un lobo ó de una zorra, ó de la zalea de una cordera. Precisamente, la ventaja de los símbolos consiste en el misterio y en la indecisión, en prestarse á todas las interpretaciones.

Dentro de las dificultades de este género de obras, que es verdaderamente arriesgado, y mucho más ante públicos no muy cultos, Linares ha hecho una comedia, muy estimable literariamente, que acredita su cultura é ingenio. El primer acto es pesado y lánguido; pero en el segundo, el ingenio y la profundidad de algunos pensamientos caldean la comedia, y el triunfo de la dulzura femenil, representado por la cordera, pone un bello remate á esta obra simbólica, y estampa una moraleja muy aplicable á las relaciones entre el varón y la mujer. El Sr. Linares aconseja mucho mejor y más discretamente á las mujeres que los apologistas del feminismo.

*
* *

El hermoso drama de Manuel Bueno, *El talón de Aquiles*, que ha pasado rápidamente entre aplausos por la escena del Español, merecía un éxito mayor ó más duradero que el que ha obtenido. Espero que ésta es una de esas obras llamadas á resucitar en la escena, donde apenas ha hecho más que nacer. Cuando Manuel Bueno, que tiene todas las condiciones precisas para ser un gran autor dramático, escriba otra obra, que acaso no será mejor, pero sí más estruendosa ó más propia para agitar las fibras de los sentimientos comunes, una de esas obras que llegan en el momento propicio y dan el triunfo y la personalidad definitivos en la escena, *El talón de Aquiles* reaparecerá, y en él verán las gentes muchas cosas y muchos rasgos de enérgica belleza, que acaso no han visto ahora con suficiente claridad. La fama indiscutida de los autores en un determinado género aclara mucho la vista de los públicos y de los críticos. Así han resucitado muchas ó algunas obras de Benavente, anteriores á la gloria, á su consagración definitiva de gran autor dramático, y que acaso no llamaron más la atención que *El talón de Aquiles*, y puede que ni tanto.

Es un drama el de Bueno que funde dos cosas difíciles de conciliar en el teatro y en todos los géneros de la literatura: un enérgico é intenso realismo que sabe arrancar los velos á la verdad en el momento decisivo, y una noble y elevada consecuencia moral. La moral es mucho más fuerte de lo que nos figuramos, y hasta los que sienten cierta desconfianza hacia ella, y consideran sus variaciones en pueblos, climas y tiempos diferentes, y al compararla con la fuerza triunfal y dionisiaca de las pasiones la encuentran algo enteca, como tal vez le ocurre á Manuel Bueno, no pueden menos de rendirla alguna vez un homenaje literario, que suele ser más exquisito y valioso que los de aquellos que á diario la cortejan, ensalzan y adulan, á veces sin pizca de convicción, con flatulencia retórica.

El amor á los hijos es el sentimiento redentor en la comedia de Manuel Bueno. Ese es *El talón de Aquiles*, el punto vul-

erable por donde la ternura y el perdón penetran en las almas desavenidas ó enemistadas. ¡Noble y verídica filosofía! Los hijos son los verdaderos dioses domésticos, los conservadores del hogar; ellos son los lares, y no los antepasados, como creían los antiguos. Los padres tienen más motivos para amar á los hijos que los hijos á los padres. Al traerlos á la vida sin su consentimiento, han contraído con ellos una terrible obligación. Los padres son los deudores, y no los hijos, porque la vida no es un bien. Por eso el amor paternal tiene una honda raíz metafísica. Los padres aman más á los hijos que los hijos á los padres; y presintiéndolo así los fundadores de religiones y los moralistas, no han dicho á los padres: amarás á tus hijos, sino á los hijos: honrarás y amarás á tus padres. Sabían que los padres, en razón á su deuda metafísica, á ese terrible dón de la vida, tenían que amar forzosamente á los hijos.

En la comedia de Bueno, el amor á los hijos salva á un matrimonio, desunido por el adulterio del esposo, y á pique de naufragar definitivamente por la tentación del adulterio en la mujer. Pero con ser ésta la conclusión adonde va á parar el argumento y donde se condensa el sentido de la obra, todavía tiene mayor relieve, por lo que toca á la ejecución artística, el episodio que forma el acto segundo. Hay en ese acto un verdadero drama, de esos callados y punzantes que no alborotan ni tiñen de sangre la crónica callejera, pero que hacen sangrar las almas. Un hombre, distinguido, inteligente, que tiene una posición social, no ha encontrado en su hogar, ó no ha sabido encenderlo, el calor del afecto amoroso. Encuentra una mujer venal; la eleva, la idealiza. El capricho sensual que le inspiró aquella hembra toma visos de amor. Aquel hombre desciende de su esfera; soporta promiscuidades y confianzas de la familia grotesca ú odiosa de su daifa. El amor le inspira una indulgencia compasiva, que le pone en ridículo y le hace decaer en el concepto de las gentes. Y un día descubre que aquella mujer, á quien él juzgó enamorada y agradecida, á quien vistió de ilusión, y cuyo pasado olvidó, juzgándola una

víctima de las tormentas de la vida, se la pega soezmente con un tipo despreciable, con un chulo, hacia quien la atrae la común bajeza de origen y de aficiones. Este drama, tan real y frecuente, encierra el segundo acto de la comedia de Bueno, é imprime en ella la garra del león, la huella de un verdadero dramaturgo.

*
* *

Si en los carteles de la Comedia no se hubiese advertido que *Los gemelos* eran los *Menechmi* de Plauto, arreglados por Tristán Bernard y adaptados á nuestra escena por Antonio Palomero, hubiera podido creerse sin inconveniente, al verlos representar, que asistíamos á una obra de Miguel Echegaray ó de Ramos Carrión ó al arreglo de algún vaudeville de París. Palomero, que en su donoso prólogo nos aseguró no saber latín, tiene por su cultura y por su fino y depurado gusto, mucho más espíritu de humanista que algunos que conocen la lengua del Lacio, y hasta podrían escribir en latín más ó menos macarrónico. Pero aunque haya traducido los *Menechmi* y los haya comparado con el arreglo de Tristán Bernard, *Los gemelos* no son los *Menechmi*. Estos disfraces á la moderna de las obras clásicas las desnaturalizan por completo. Son algo semejante á hacerse un chaquet de una vieja casulla de tisú, ó vestir de frac y chistera á la estatua de un efebo griego. ¿Qué queda de Plauto en el arreglo de Bernard? La intriga, el argumento, lo que no era de Plauto, ó era lo menos de Plauto, que acaso lo había tomado de los griegos. Lo que distingue á Plauto es la gracia grosera y trevida, pero fresca y juguetona, la feliz observación de los tipos y costumbres. Las vicisitudes de su vida le habían dado una experiencia de la plebe semejante á la de nuestro Cervantes. Trasladada su obra á los tiempos modernos, sirve para demostrar la antigüedad del vaudeville, y para que algunos se enteren de que hubo un antiguo dramaturgo latino que se llamó Plauto, y entren en curiosidad de adquirir algunas noticias acerca de este remoto an-

tecesor de Arniches y López Silva. Indudablemente hay obras que sirven para menos. Pero si á los *Menechmi* se les quita su encanto arcaico, su ambiente de antigüedad, su patiña del tiempo, como sucede en el arreglo de Bernard, quedan reducidos á una comedia de brocha gorda, basada en que los dos hermanos vistan de la misma manera y lleven barba corrida. Si uno se afeita ó cambia de traje, ¡adiós, comedia!

Estos arreglos no tienen otro valor que el de una humorada literaria. Si la cultura del público y la capacidad de las empresas lo permitiesen, deberían representarse por partida doble. Tras el arreglo ó antes del arreglo, la obra original con su ambiente de época. De este modo mostrarían cómo se puede sacar de una comedia antigua una comedia moderna, y nos ayudarían á interpretar y á comprender el teatro antiguo, viendo lo que tiene dentro.

Lo que hubo de triunfo en la representación de *Los gemelos*, no fué de Plauto, sino de Palomero. Plauto quedó en reputación de un regular vaudevillista, cosa injusta y poco satisfactoria para un clásico; Palomero, con su ingeniosa conferencia, modelo de lo que deben ser estas pláticas de teatro, llena de amenidad, de ligereza, de agudo donaire, de sagaz comprensión de las cosas y de clara y ágil exposición, hizo las delicias del concurso y venció los escollos que ofrecen estas novedades. La fortuna de esta conferencia tentará á los imitadores. Ese es el peligro de todo lo original á quien sonríe el éxito.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

LITERATURA: Octavio Mirbeau.—Los humoristas franceses contemporáneos.=FEMINISMO: Las amigas del hombre.=CRÍTICA: Insistiendo: sud-expreso, verificadores.=DERECHO CANÓNICO: Lo que cuesta ser santo.=IMPRESIONES Y NOTAS: Napoleón tratado á puntapiés.—Amos y criados.—Lo que han variado de un siglo á otro los convites de los reyes.—Sardou y el ocultismo.

LITERATURA

OCTAVIO MIRBEAU.—Dice en *La Revue* Nicolás Segur que la literatura de fines del siglo XIX parecerá á las generaciones futuras un plantel de orquídeas singulares, empolvadas y enfermizas. Todo el movimiento romántico, desde sus orígenes, está dominado por no sé qué deseo de violencia, por el gusto de lo raro, por la exageración de los instintos enérgicos y ásperos. Ya Chateaubriand, y sobre todo, Byron y Hugo, buscaban desesperadamente emociones nuevas que pudieran despertar y galvanizar sus gastados y saciados sentidos; pero, sobre todo, en los últimos cincuenta años, esa busca de grandes sacudidas, esa necesidad enfermiza de originalidad, creció y se desvió con signos alarmantes; la vaga tendencia á los contrastes; el interés por naturalezas monstruosas que caracterizan á Víctor Hugo; el impulso místico que tanto agradaba á Chateaubriand; la ternura por la energía y el crimen, propia del temperamento de Stendhal, se hicieron elementos prepon-

derantes de la estética moderna, y con diversos nombres, la manía de lo anormal invadió la literatura. En Bandelaire, Barbey d'Aurevilly y Villiers de l'Isle Adam, el deseo extravagante de asombrar é interesar á sus contemporáneos provocó la exaltación de las pasiones refinadas, la curiosidad malsana del sacrilegio, la tendencia á reavivar el placer por la idea del pecado. En Gustavo Flaubert domina el elemento pesimista, produciendo una especie de hipocondría literaria; y como el apetito se embotaba cada vez más—Segur ni siquiera menciona á Zola, lo que no deja de ser extraño en este proceso,—la busca de la novedad se hizo más inquieta y febril, se hizo misticismo sacrílego en Verlaine, satanismo suntuoso y embalsamado de incienso en Huysmans, curiosidad aguda por los amores exóticos en Loti, exaltación morosa por la voluptuosidad, la sangre y la muerte en Barrés.

Pero jamás quizá los arreboles descompuestos y delincuentes del poniente romántico parecieron tan bruscos, tan vivos tan enfermizos, como en los libros de Mirbeau. El pesimismo razonado y confuso de Flaubert, llevado hasta el exceso; la preferencia por las anomalías amorosas y sexuales, tan buscadas ya por Balzac, y más tarde por Huysmans, exageradas hasta la perversión; el sarcasmo de Baudelaire y su manía de asombrar y escandalizar, exaltada hasta el delirio; he ahí lo que caracteriza esencialmente á Mirbeau. Hay en el autor de *El Abate Julio* algo de la aspereza de Jeremías, de la ironía acardenalante de Heine, de la sátira brutal y cínica del Aretino. Rara vez se han juntado en un escritor tal suma de cualidades y defectos, que hacen de él tan interesante personalidad literaria. Los libros de Mirbeau son un requisitorio contra la sociedad, un libelo de pesimista amargo, de intratable y feroz enderezador de costumbres, y en ellos, sin embargo, se ocupa complacientemente de todas las fealdades del instinto, de los vicios más repugnantes, evocando la inmensa pesadilla de la demencia sanguinaria y amorosa de la humanidad agonizante. Si se le hubiera de definir con una fórmula, se diría que su fa-

cultad dominante es la irritabilidad, y que su temperamento apasionado sólo vibra por fuertes excitaciones.

Lo que contribuyó á los primeros éxitos de Mirbeau fué la forma lapidaria que sabía dar á sus descripciones, reveladora de un gran temperamento de escritor impulsivo; la aspereza nerviosa de *El Calvario,* la savia cálida y dura de las *Cartas de mi choza,* la amargura incoherente y un tanto shakesperiana de *El Cura Julio* anunciaban atrayente y sabrosa originalidad. Sabía pintar, y traducía con ardor sus impresiones; dominado por su temperamento combatiente, no hace más que atacar ó defender; su sinceridad es pronta y absoluta, celosa y feroz. En sus libros, en sus artículos, en sus polémicas, siempre cae sobre algo ó sobre alguien, cubriendo de sarcasmos á un político, maltratando á un periodista, burlándose de un artista. Pero si se deleita en sembrar epigramas soberbios y en disparar flechas aceradas, si le gusta el ataque por el placer de atacar, sabe también defender, amar con pasión y exaltar líricamente las cosas que le atraen y le entusiasman.

Abierto á todas las ideas generosas, sostenedor ardiente de nobles causas, se apasiona por el arte sincero y está dispuesto á romper lanzas por toda bella manifestación literaria ó política. Al servicio de este temperamento violento y generoso tiene Mirbeau grandes riquezas de pasión y de fuerza. Su facultad esencial es la de transformar la visión del mundo y de la sociedad en inmensa y amarga caricatura, y su talento es el de dotar á esa caricatura de belleza lírica. Lo sabe y no se cuida de otra cosa; no se toma la molestia de respetar la verosimilitud, y jamás ha puesto el sello del natural, según Segur, en ninguna de sus obras; *El diario de una doncella* es un conjunto de cuentos sin ilación puestos en boca de una criada para formar un tomo; *El jardín de los suplicios* y *Los veintiún días de un neurasténico* son colecciones mal compuestas; hasta sus novelas más coherentes, *El abate Julio* y *Sebastián Roch*, presentan artificios de narración y episodios chillones que rompen la unidad y destruyen toda ilusión de verdad. ¿Qué

importa todo eso si nuestra atención está conquistada por la virtuosidad de la caricatura?

Véase, por ejemplo, el retrato del burgués, de ese burgués épico y simbólico que es su pesadilla en *Los negocios sobre los negocios;* léase el pequeño panegírico que le dedica el alcalde en *Una epidemia:* «Señores, era un burgués venerable, gordito, sonrosado, feliz; su vientre daba envidia á los pobres. Todos los días á la misma hora se paseaba sonriente, y su regocijada faz, su triple barbilla, sus manos torneadas eran para todos una viva enseñanza social; rechoncho y redondito, tenía sobre las delicadas piernas un vientrecito bien estirado bajo el chaleco. Sobre la pechera de su camisa, su barbilla se dilataba con su triple rodete de amarillenta grasa, y sus ojos, en medio de los hinchados párpados, lanzaban el brillo triste, lívido y respetable de dos moneditas de perra gorda.»

Por desgracia, esa bella elocuencia, ese lesismo y ese vigor de temperamento están á las órdenes de una sensibilidad enfermiza y mal equilibrada que todo lo exagera y desfigura; sus personajes son una galería de monstruos prodigiosamente grotescos, en los que la fealdad psíquica se halla agravada todavía por la fealdad material, fantoches siniestros movidos por la sed del lucro, por apetitos satánicos, por costumbres vergonzosas, por veleidades criminales. Y es curioso de notar que, á excepción si acaso del *Calvario*, no puede contarse decentemente el argumento de ninguna de las novelas de Mirbeau, y no son sólo los detalles, sino la materia misma de sus libros, lo que es imposible exponer. En sus obras se encuentran todas las formas del erotismo y no existe ni un solo amor; siempre los deseos de sus héroes aparecen pervertidos por el gusto, la necrofilia, los impulsos asesinos, los refinamientos sacrílegos, el fetiquismo y el sadismo.

Pero ¡con qué verdad, con qué vigorosas pinceladas nos describe Mirbeau á esos desgraciados! Hasta los espectáculos de la naturaleza, los campos, los árboles, los pájaros, las nubes se truecan para ellos en alucinaciones y pesadillas. Y lo que

hace más extraños los personajes de Mirbeau, es que la desviación sexual se confunde en ellos con la necesidad de matar y hacer sufrir, mezclándose en dosis iguales la sed de la sangre con la sed de placer.

¿Qué habría dicho Sainte-Beuve, que se atrevió á escribir la palabra sadismo, hablando de *Salambbó*, si hubiera podido leer el *Diario de una doncella* y *El Jardín de los suplicios*? ¿Qué diría de la confesión de Celestina cuando cuenta sus amores con un tísico, cuyos esputos recogía con su boca? Y, sin embargo, no hay en toda la labor de Mirbeau ninguna finalidad, ningún propósito; si no ve en sus semejantes más que maniáticos, perversos y criminales, es por temperamento, por gusto, sin fines de moralización ni de mejora; aunque á veces, á través de sus ironías, se descubra cierto desprecio á la educación reinante y á la hipocresía en que se asienta. Poco importa, porque Mirbeau no es escritor que valga por las ideas y por el pensamiento, sino por la sensibilidad y por la sinceridad. Escribe cuando se siente emocionado, y lo lamentable es que por temperamento sólo le emocione lo anormal y lo monstruoso. La significación literaria de su valor está en que resume todas las exageraciones del romanticismo, ofreciéndonos la flor extrema y venenosa de esa siembra de sensaciones raras que, habiendo empezado en Rousseau y Chateaubriand, no se sabe todavía, aun en plena decadencia, cómo acabará.

HUMORISMO

Los humoristas franceses contemporáneos.—Nada nuevo hay bajo el sol, ni aun la risa; la nueva forma de la literatura amena, el humorismo, deriva—en Francia—de la antigua jocosidad gala, y por ella, según Gabriel de Lautrec, de Plauto y Aristófanes. Pero si los motivos son eternos, el modo de reir varía con los tiempos y los lugares. En las épocas de buena alimentación, las burlas son pesadas y las chanzas gruesas; en nuestro siglo, la literatura jocosa debe ser imprevista y rápida;

se trata de sorprender y de asombrar: los ricachones norte-americanos invitan perros á comer ó celebran matrimonios en la cima de la chimenea de una fábrica.

La literatura anglo-sajona tiene, por fortuna, ocurrencias más interesantes, y en su escuela han aprendido nuestros humoristas las oposiciones enérgicas entre la forma y la idea, los contrastes, las incoherencias, el tono impasible que da realce á la burla. El humorista moderno es un hombre de prisas; no tiene tiempo de entretenerse con las historias hilarantes que cuenta. El humorismo actual es la antigua alegría gala emigrada á Inglaterra, transformada allí y trasplantada de nuevo al continente para ser recriada en las estufas de la bohemia y en las colinas de Montmartre, «teta granítica de la humanidad», como la llamaba Rodolfo Salis.

El ingenio francés ha tenido su asiento diez años en el *Chat noir*. Verlaine, fauno claudicante, subía allí en peregrinación para beber, en unión de Ponchon y de Richepin, cambiando frases con los concurrentes de las mesas vecinas, Courteline, Auriol, Alfonso Allais, Gaudillot, y á veces el maestro Sarcey; de aquella taberna, en que Caran d'Ache exponía su *Epopeya*, han salido las oleadas de humorismo que hoy invaden la literatura.

No sería justo dejar de citar entre los desaparecidos á Alfonso Allais, el inventor del «Acuario de cristal deslustrado para peces tímidos», autor de *Hasta torcerse, El paraguas del pelotón, Dos y dos son cinco, No es uno buey, Amores, delicias y órganos, No nos peguemos,* y otros no menos geniales haces de jocosidades imprevistas. El humorismo de Allais no es aplicable á la novela; es demasiado fuerte para sostenerse durante 300 páginas; lo extravagante y lo imprevisto, por divertido que sea, no da materia para obras de largo aliento; sirve para caricaturas, pero nada más. Alfonso Allais no fué novelista ni dramaturgo; fué sencillamente un poeta de maravillosa imaginación, cuyo humorismo consiste en buscar lo que la vida tiene de gracioso y exponerlo líricamente.

Quien no tiene estilo no tiene personalidad, y el estilo de Alfonso Allais se reconoce en la menor frase; juega con el sentido y no con las palabras. Leed la historia del pobre muchacho de corazón sensible; no puede soportar que se bata la crema ó que se despedacen las peras; se enternece por la suerte de la garrafa helada—¡qué frío debe pasar!—y por la espumadera colgada. Es un procedimiento que consiste en realizar las metáforas. Otro humorista, Grosclaude, lo ha empleado con éxito; parte de una idea corriente, que se presta á ingeniosas combinaciones, interpretando, asociadas de modo imprevisto y continuo, dos series de ideas. Así, por ejemplo, nos cuenta la historia de una locomotora vieja, retirada del servicio, que está melancólica porque tiene vapores, aunque no tiene por qué quejarse, puesto que ha hecho su camino, y acaso hubiera llegado á más altos destinos si hubiera tocado ciertos resortes.

Esta retórica fracasa á veces cuando el asunto es demasiado flojo. En una crónica de Grosclaude basta leer las primeras líneas; si el punto de partida es bueno, todo va perfectamente; si se siente el esfuerzo del principio, todo fracasa. En Allais la partida es siempre feliz y el desarrollo loco, impecable; es el triunfo en el absurdo de la metáfora seguida. Luego el autor nos inicia en su juego, desconcertándonos, jugando con nosotros mismos. Se detiene para confesarnos que ha hecho mal en usar tantos pretéritos y que tiene mucho miedo en no poder continuar por falta de acentos circunflejos; y gracias si no corta el cuento á lo mejor, diciendo que no le gusta y que lo deja para que cada cual lo arregle como pueda, porque... ¡como hace tanto calor!

Esta desenvoltura nos desconcierta y nos encanta; aceptamos sus bromas formalmente, estilo inglés, reconociendo que en sus mismas chanzas hay gran fondo de buen sentido; porque, ¿no es verdad que los cañones de montaña serían más fácilmente transportables si los hicieran de corcho? Las veletas en los tejados, ¿no estarían mucho más tranquilas si se las en-

cerrase en una caja de cristal para ponerlas al abrigo del viento? Es el absurdo en la verdad.

Con menos pretensiones si es posible que Allais, Jorge Auriol continúa la tradición gatonegresca, de la que fué también fundador. Es, sencillamente, un autor alegre que no se apura por nada y que se contenta con contarnos una historia regocijante que ha empezado por hacerle reir á él mismo. Sus héroes son gentes modestas que van al café ó á las posadas más que á los salones; siempre hay capitanes sedientos que necesitan vaciar muchas copas antes de empezar su relato:—«No he tenido verdaderamente sed más que una vez en mi vida, dice uno de ellos. Era cuando la construcción del *Canadian Pacific;* tenía tanta sed, que me bebí de un trago una botella de barniz. —Pero, ¿no tenían ustedes agua, capitán?—¿Agua? Ciertamente que la teníamos, y á discreción; pero, ya saben ustedes, cuando se tiene una sed así, apenas piensa uno en lavarse.»

Como se ve, el cuadro en que se mueven los personajes de Auriol es septentrional; no se emborrachan con el sol ni con el vino del Mediodía, sino con gin ó con whisky. Al aclimatarse en Francia el humorismo, no obstante, sin renegar de su origen, toma no poco del espíritu francés. Es el buen sentido que se divierte, encontrando á veces las más imprevistas conclusiones: un personaje de Auriol compra un gallo para que le despierte con sus cantos al rayar el día; pero como lo encierran en un cuarto oscuro, porque no tienen otro, el gallo no ve la luz y no canta, y hay que comprar un despertador para el gallo.

Los buenos humoristas son sensibles, sencillos y tímidos casi siempre. No hay humorista que no guarde en sus cajones centenares de versos amorosos: el *Cofre de sándalo* de Carlos Cros, los versos de Tristan Bernard y las geniales creaciones de Zamacois, el afortunado rival de Rostand, lo muestran suficientemente. Algunos no son más que poetas como Armando Masson, con su volumen *Por los muelles* de tan gentil desenvoltura: «Cuando seamos ricos, me parece—dice en una de las

estrofas de *Cuando seamos viejos*—que tendremos los dos la cara muy arrugada; los gallos tendrán dientes, pero nosotros no los tendremos; podremos regalarnos con lo que queramos, pero ya no tendremos, ¡triste cosa! ni hambre ni sed; y entonces tendremos lechos de rosa, pero ¡ay!... ¡dormiremos en ellos!»

Hoy se leen pocos versos. Hay tantos majaderos que se han declarado poetas y hasta fundadores de escuela—á la escuela debieran ir,—que el público desconfía. Mauricio Donnay escribió *Friné* en sus comienzos; pero luego renunció al verso, y siendo humorista, ha sabido en el teatro ser sobrio. Tristan Bernard ha conservado hasta en sus obras dramáticas su deliciosa exuberancia; sus piezas son el mejor remedio contra la melancolía. ¿Quién no recuerda aquella historia extraordinaria de hermanos franceses, que evoca el recuerdo de la famosa entrevista con Marco Twin, el tipo del humorismo? El periodista pregunta á Twin que, para burlarse de él, le da respuestas despampanantes:

—«¿No tiene usted ó no tenía usted un hermano?—¡Ay, sí! Ha muerto, el pobre chico. Es decir... no, no se sabe. —¡Cómo! ¡Ha muerto! ¡No ha muerto!... ¿Qué misterio es éste?—Es un misterio solemne y terrible. Éramos gemelos el difunto y yo. Y un día nos mezclaron en el baño; y uno de nosotros se ahogó; y nunca jamás se ha sabido si fué mi hermano ó yo...»

Tristan Bernard es el mejor discípulo de Marco Twin, y hasta le lleva la ventaja del sentido dramático: *Tripleplatte* y *El inglés tal como se habla* serán obras de repertorio que recordarán siempre el verdadero cómico, el de Plauto y de Moliére. Jorge Courteline es humorista también, pero más satírico que humorista, aunque *Un cliente serio* y *Boubouroche* son comedias dignas de la musa molieresca. El humorismo y el drama pueden armonizarse, pero sus caminos son muy diferentes, y si á veces se encuentran, como en los casos citados, es por excepción. Y lo mismo pasa con la novela: Pedro Veber ha escrito *Las capas profundas*, Toulet *Mi amiga Nave* y Tristan Bernard

Las Memorias de un joven arreglado, excepciones también, aunque deliciosas.

La mayor parte de los fantasistas actuales no han escrito más que fantasías: Franc-Nohain, Pawlowski, Bringer, Lebeau, Goudezky, sin hablar de sus autores Goudeau y Ponchon, y, sobre todo, del extraordinario Willy, que ha elevado el juego de palabras á la altura de una institución nacional y que ha tenido la gloria, con las historias de *Claudina*, algo perversas, pero de éxito duradero, de crear un género en que ha tenido numerosos imitadores. La tradición propiamente humorística la perpetúan con más exactitud los Fischer, Max y Alex, cuya novela *Camembert-sur-Ourcq* ha cerrado brillantemente la última estación libresca.

Esta obra pertenece á la ya larga serie de los mismos autores, en la que figuran *Para entretenerse en casa*, *Detalles sobre mi suicidio*, *Después de usted*, *mi general* y *El amante de la pequeña Dubois*. Todas son evocaciones de la vida moderna, sin fantasías yankis ni extravagancias desconcertantes. Todos los personajes son figuras vivientes y conocidas. Todos hemos visto á la dama rubia ó á la morena, pues las hay de todos los colores. Todos hemos encontrado en los baños al veterano general y á la vieja señora, cuya muerte simultánea da lugar á la macabra confesión. Se preparan los funerales conforme á la posición social de cada uno; pero se equivocan los féretros, y la señora es enterrada con honores militares, exaltándose su valor y hazañas, lamentando que haya muerto sin llegar á reconquistar las provincias perdidas, mientras el general es enterrado ante las señoras del rosario que alaban sus modestas virtudes y su piedad ejemplar. Todos somos iguales ante la muerte.

En *Camembert-sur-Ourcq*, Maisy-Maison, ministro de Obras públicas, ha ido á inaugurar una escuela en Boudón. Los vecinos de Camembert quieren también inaugurar algo, y por 800 francos, cifra de los ahorros municipales, todo lo que se puede construir es un cementerio nuevo. Así lo hacen; pero

no se puede inaugurar un cementerio vacío, y los vecinos empiezan á mirarse entre sí con nerviosa impaciencia, deseando todos que se muera alguien para estrenar el cementerio. Pero nadie se muere, y la longevidad extraordinaria de los camembertinos atrae la atención pública. El profesor Rodolfo Kopf, de la Academia de Berlín, practica una información y entrevé el negocio de instalar en Camembert un sanatorio con hoteles, casino, juegos, carreras, etc., el tratamiento consistía en comer una ración de queso, más ó menos grande, todos los días. El doctor se prepara ya su placita en aquel queso, cuando á una vieja nonagenaria, la tía Uf, se le ocurre morirse. Alegría delirante en el municipio. Se escribe al ministro, al organizador de banquetes, al guirnaldero y al polvorista. El cementerio va á tener su apoteosis. Pero ¡ay! la tía Uf, después de muerta, vuelve á aguar la fiesta, habiendo dispuesto en su testamento que su cadáver fuera sepultado en Cabañabambú, su país natal. No hay tiempo de dar contraórdenes. El ministro Maisy-Maison llega y cae sobre el doctor Kopf; los dos se imaginan por coincidencia qué se trata de inaugurar el sanatorio futuro; el Concejo queda encantado con la equivocación, que le saca de apuros, y se pone la primera piedra que se encuentra. Y Camembert tiene su fiesta inaugural para no ser menos que Boudon.

La risa es cosa propia y peculiar del hombre. ¿No es mejor divertirse con nuestras miserias que llorar por lo que no puede remediarse? Para excitar el ardor de sus soldados, como lo recuerda Lautrec, cantaba Teryde la canción de Roldan en la batalla de Hastings; en la batalla de la vida, la más áspera y ruda de todas, hay que estar agradecidos á los que nos traen con sus ocurrencias un poco de alegría y distracción. Mientras riamos no seremos del todo desgraciados.

FEMINISMO

Las amigas del hombre.—Dora Melegari declara, en la *Nuova Antología,* en un artículo tan sincero como instructivo, que se necesita gran imparcialidad, libre de todo género de prejuicios, para juzgar con acierto de la actual situación de los sexos, en recíproca relación. Por parte de ambos se han cometido errores, y uno y otro tienen derecho á lamentarse. El hombre ha abusado de los propios privilegios, y cuantas veces las revoluciones políticas ó las corrientes de opinión le han permitido reformar las leyes, lo ha hecho en su pro, excluyendo á la mujer de las mejoras y libertades que se otorgaba á sí mismo. ¿Por qué no aplicar á su compañera las doctrinas de justicia y de igualdad ante la ley? ¿Por qué no concederle la libertad económica? ¿Por qué acaparar oficios que corresponden claramente al otro sexo? ¿Por qué dejar á la mujer legalmente desarmada? ¿Por qué imponerle la astucia y la hipocresía como únicos medios de defensa, y luego despreciarla porque los emplea?

En algunos países, las señoras se atienen todavía á la opinión de los hombres por costumbre atávica ó por ley natural, pero en otros, la mujer no ve en el hombre más que un banquero de quien sacar lo más que pueda, ó un sostén social de que su vanidad disfruta. Si se pudieran sorprender los sueños de las novias de hoy, se vería qué mezquina parte ocupan en ellos la imaginación y el corazón. El hombre no es ya el centro en cuyo torno convergen las almas femeniles de la casa; no se cree ya grande sino por su valor moral; no reina ya en su casa sino en la parte económica y social, y en muchas familias se forma hoy liga contra la opinión del hombre.

El hombre, cada vez más absorbido por la existencia exterior, por la busca del dinero y del placer, se siente oprimido por la tristeza, su vida se hace cada vez más pesada, sin que

adivine la causa. Reserva su cólera para el feminismo de aparato; se preocupa por la invasión de las estudiantas en las Universidades, por su ingreso en las profesiones liberales, por la alta cultura requerida por su espíritu, y... ¡horror de los horrores!, por su derecho al voto. Empuña la espada contra estas reivindicaciones aparatosas, y no ve que su casa está amenazada por un feminismo mucho más peligroso que el de las sufragistas ó el de las empleadas en Correos.

No son las raras sabias, artistas, escritoras y educadoras las que minan la posición del hombre en la familia, sino la cohorte de señoras ignorantes y frívolas que reducen al hombre al papel de proveedor de sus necesidades y caprichos. Suelen ser enemigas de las reformas de su sexo; pero proclaman su derecho al lujo, al placer, á los goces de la vanidad. Ninguna quiere permanecer en la sombra; quieren mostrarse, bullir, afirmar su personalidad en todas partes. La idea yanki de que el marido debe ganar mucho dinero para hacer valer á su mujer, ha invadido también el alma de las europeas, y la necesidad de ternura y de afecto está á punto de ser desterrada de su corazón.

En las trabajadoras serias, que han aprendido á apreciar los valores y que saben que fuera del sentimiento no hay dulzura real, se halla todavía un resto de idealidad; pero en las otras, en las *verdaderas señoras,* como se las llama, el frenesí de la elegancia ha ocupado el puesto de la ternura; los hombres no reparan en ello, y poco á poco las mujeres aprenden á vivir solamente para sí mismas y para la ostentación de su vanidosa personalidad. Todo esto es mucho más grave y trascendental que las más atrevidas pretensiones del feminismo militante. «Los hombres, dice Dora Melegari, deberían comprenderlo, y dirigir á sus hermanas, hijas y compañeras hacia una vida mejor, más inteligente, más comprensiva, más real. Si las señoras no toman este camino, se irá á la desorganización de la familia por la frivolidad, por la vanidad y por el gusto desordenado del lujo. No relajemos los vínculos que unen al hom-

bre y á la mujer; estrechémoslos, no sensualmente, sino moral é intelectualmente, pues unidos se necesitan mutuamente, y sólo pueden ser felices por el recíproco afecto y la mutua estimación.

La intimidad entre madres é hijos ha disminuído, á causa de la tendencia siempre creciente en las señoras á dejar su casa para ir de tiendas ó de placeres. La bondad es lo que más conmueve á los hombres desde la infancia, con tal de que la bondad no sea debilidad; cuando una madre es bondadosa, sus hijos conservan toda su vida el recuerdo y la huella de sus bondades. Las madres preparan la humanidad futura, y en vez de pensar en ello, se ocupan principalmente en adornar su cabellera. ¡Hasta ese punto somos inconscientes y vivimos en la superficialidad!

En todo hombre se refleja la imagen de la madre. Salvo en casos de herencia dañosa, los que han visto fracasado su porvenir lo deben en general á la estulticia, á la futilidad, á la ignorancia de la madre. El hombre recibe de la mujer las impresiones relativas á la vida interior, y sea madre, tía, hermana ó maestra, sólo ella influye en el niño y en el adolescente en ese sentido. La intimidad moral entre madre é hijo da resultados tan maravillosos, que debería encantar á todas las mujeres. ¡Cuántas se lamentan del vacío de su existencia! «Haceos capaz de ser amiga de vuestros hijos, y eso llenará vuestras horas,» podría respondérseles. Pero ¿quién se ocupa de ello? Antes, á falta de desarrollo intelectual, las madres contaban con su cariño; pero hoy, el derecho al goce distrae á la mujer de todo otro afecto, y perdida la influencia del corazón, su prestigio, no mantenido por otra cosa, tiende á desvanecerse. Es verdad que hay el trabajo misterioso del subconsciente de Leibnitz; pero ¿puede irradiar sobre los demás sin ayuda del *yo* consciente? Si Santa Mónica hubiera pasado sus días haciendo visitas, arreglándose el pelo y probándose trajes, es seguro que San Agustín no se hubiera convertido, y que la Iglesia contaría con un Padre de menos. Claro es, que no

todas las madres pueden ser Santas Mónicas, ni se las puede pedir que produzcan *Doctores seráficos;* pero sí hay derecho á pedirlas que produzcan y crien *hombres,* en el sentido noble de esta palabra.

Las jovencillas que buscan una amistad sentimental en compañeras de colegio que apenas conocen, hallarían en sus propios hermanos un amigo más interesante y más sano. Esta intimidad les sería más útil que la de pura ocasión del colegio, la tertulia, el teatro, la playa ó el balneario, que produce amigas superficiales, con las que cambian confidencias pueriles ó malsanas que dejan nociva huella en el corazón y en el cerebro. La hermana no se atreve á confiar sus pensamientos al hermano por temor á sus burlas, y los confía á cualquier compañera, repitiendo las conversaciones que ha oído y los pasajes de la novela que la han chocado. ¿Qué no se ha contado á propósito de los conventos y de los internados? Lo cierto es que las reuniones de muchachas suelen ser, á pesar de la más rigurosa vigilancia, escuela de corrupción; la que sabe enseña á la que ignora, y es como un reguero de pólvora explosiva, que despierta lo que debiera dormir y hace estallar lo que debiera estar tranquilo.

Es verdad que hay amistades deliciosas entre las adolescentes, pero las hay tan perniciosas que no pueden tolerarse. Y no es que se entienda que la ignorancia sea útil ni constituya un buen preservativo; pero entre aprender á conocer con sencillez los misterios de la vida y conocerlos por medio de la confidencia incompleta, y generalmente depravada de las compañeras, hay un abismo, que los padres deben procurar salvar con acierto por el bien de sus hijas.

En cuanto á los muchachos, no pudiendo encontrar en sus madres la amiga ideal que les convendría, tienen otra, sin salir de la familia, en su hermanita. Nada mejor ni más delicioso que una amistad de esa especie, formando una pareja perfecta, de pureza absoluta. Los muchachos suelen despreciar á sus hermanas por su ignorancia y frivolidad; pero si hicieran

estudios semejantes, tendrían los mismos intereses y podrían discutir análogos asuntos, sacando recíproca ganancia. Hoy ya las jóvenes, amigas de sus propios hermanos, no tienen la puerilidad, la hipocresía y la excesiva vanidad de las que viven en ambiente femenil. Y es que los hermanos no las lisonjean; las tratan como camaradas y á veces se burlan de ellas, y esto las hace más sencillas, más naturales, menos vanidosas, más instruídas. Por su parte, el hermano aprendería á conocer á las mujeres por su hermana, á respetarlas y á quererlas, sin ver en ellas los ángeles que algunos se imaginan, ni menos los seres inferiores que ven otros. La intimidad fraternal impedirá además la iniciación demasiado precoz, porque los hermanos suelen ser celosos de la inocencia de sus hermanas; la necesidad de evitar con ellos expresiones brutales y conceptos equívocos les enseña á presentar sus pensamientos con dignidad y pureza. Los jóvenes que conocen y disfrutan la intimidad femenil suelen ser los que conservan su juventud más íntegra y pura.

Otra amistad dulce y preservadora espera al hombre en el declive de la vida: la de su hija, pero hay que prepararla. Es una amistad especial, nacida de la imaginación de la hija, seducida por la fuerza, por la calma, por la lógica del hombre. Si la madre es inquieta, nerviosa, pueril, la hija se vuelve generalmente hacia el padre, sintiendo por instinto que de su boca saldrán las palabras razonables de que el alma infantil, sedienta de lógica, siente siempre ardiente necesidad. La mayor parte de los padres, ocupados en sus negocios, no prestan atención á la atracción que ejercen sobre sus hijas. Con alguna caricia les basta, y la niña poco á poco, al no sentirse comprendida ni adivinada, se replega sobre sí misma, y aunque el padre no pierde su prestigio, la distancia se agranda, y así suele morir, antes de nacer, una de las más dulces intimidades que el destino pueda ofrecer. A veces ocurre que una circunstancia fortuita pone en contacto el alma de la joven con el espíritu del padre; pero suele ser demasiado tarde; sus pensa-

mientos no pueden ya fundirse, y sus almas se desconocen.

¡Cuán cierto es todo esto, y qué dulce sería para todo padre tener, como Cicerón en su Tulia, un corazón «donde refugiarse y descansar»! Pero ¡cuán difícil es lograr esa felicidad! Y no es sólo porque en las familias cada cual lleve una vida aparte, como dice Dora. Padres hay que lo han sacrificado todo al deseo de formar el espíritu de sus hijos, bajando hasta ellos en sus juegos y en su mentalidad, procurando ponerse siempre á su nivel para mejor obtener su confianza y su cariño, y que, sin embargo, fracasan, con doloroso desengaño, en el momento crítico, cuando sus hijas llegan á la pubertad: la primera amiga de ocasión que llega se les lleva el alma de su hija, sin que haya medio de evitarlo; una advenediza cualquiera, la chiquilla con quien se tropezó en una visita, la joven que estaba al lado en una butaca de teatro, la muchacha que se encontró en un viaje merece á aquella hija más confianza que su padre. Y el hielo se produce espontáneamente, y no hay cariño de padre capaz de romperlo. Se necesitan almas angelicales, de temple especialísimo, de sentimientos generosos y altruístas, de elevada mentalidad, capaces de adivinar, ya que no de comprender, el alma del padre y los sentimientos en que se inspira, para que la joven siga viendo en su padre á su mejor amigo, á su más cariñoso confidente. Y esas almas de niñas son excepcionales, mucho más excepcionales que las almas de los padres previsores.

Cuando el hombre no haya encontrado en su familia un corazón de mujer en que derramar sus pensamientos, buscará refugio en otra parte y creerá hallarlo en el amor. Si elige bien, allí está, en efecto, la plenitud del goce y de la confianza; la amiga amada representa el ideal de la intimidad humana; pero es rarísimo poder unir la amistad y la pasión. El amor, por otra parte, tiene saltos bruscos, y si nace de nada, muere del todo; lo queremos eterno y es pasajero. La amistad entre personas de distinto sexo—dejando aparte el matrimonio—requiere elevación de espíritu. Los ambiciosos necesitan

una amistad femenil que los aliente y consuele; los sentimentales, contando sus amores á otra mujer, los disfrutan más; algunos, más refinados, se complacen en estudiar la psicología femenil y se interesan por la mujer misma; esos amigos son los más adictos y deliciosos.

En la mujer el deseo de una amistad varonil es casi siempre intelectual; la vanidad se mezcla en ello cuando se trata de hombres célebres, pero su verdadera raíz está en el instinto de consolar, propio de toda mujer. En esta amistad, la mujer siempre se reserva: dará al hombre su vida, su honor, pero nunca su confianza completa, porque se lo impide la serie secular de traiciones de que ha sido víctima. Fuera de esto, la ganancia es recíproca: la mujer dulcifica y refina el alma del hombre, y el hombre, por su parte, robustece la inteligencia de la mujer.

CRÍTICA

INSISTIENDO: SUD-EXPRESO, VERIFICADORES.—Cuando yo estudiaba en el Instituto de Salamanca, me acuerdo que tuve como libro de consulta, recomendado para la asignatura de Física, el Ganot, libro realmente recomendable por el fondo, pero tan mal traducido, que me ponía nervioso; luego, estudiando Medicina, tuve de texto de Anatomía el Fort, y me sucedía lo mismo; pero cuando llegó al colmo mi exasperación fué al estudiar Derecho natural por una traducción de Ahrens. ¡Qué de puñetazos pegaría yo al desfigurado libro del ilustre tratadista! ¡Qué de maldiciones echaría yo al verdugo del traductor, de cuyo nombre no quiero acordarme, que lo había tan impíamente degollado! ¡Cuántas veces lo arrojaría rabioso al suelo, yo, que venero los libros, que me duelo de su menor quebranto, como si de mi propia piel se tratara! Tal era mi desconsuelo, que llegué á escribir á la casa de Bailly-Bailliére, la gran culpable por su mala elección de traductores, de tantas y tantas degollinas de libros de ciencia meritís-

simos, ofreciéndome á revisarles gratis la primera edición que tuvieran que hacer del Derecho natural de Ahrens, para purgarla de sus disparates. ¡Buen cuidado le daba á esa casa y á tantas otras de los sufrimientos y de los ayes del castellano! La cuestión era lanzar al mercado tal ó cual libro que se juzgaba de salida por su contenido ó por el nombre de su autor, y lo demás nada importaba. Se tenía una barajita de traductores baratos, y ¡á la calle con el libro, aunque saliera desfigurado y maltrecho, con la camisa sucia, con la levita remendada, con el sombrero apabullado y con el chaleco lleno de lamparones, verdadera caricatura del impecable original! Es verdad que se prestaba un servicio á la cultura española, lanzando al público, ávido entonces de saber y que todo lo devoraba, un libro importante francés ó alemán; pero ¡qué flaco servicio era aquél! ¡Qué menguada gloria la de las casas editoriales que así contribuían á corromper el gusto y á deformar la lengua patria, aquí, en los libros de ciencia, allá, en los folletines de periódicos! De entonces son aquellas horripilantes parrafadas de Sanz del Río y de los krausistas españoles que llegaron á invadir hasta la atildada prosa de Revilla, haciendo la desesperación de quienes, por instinto ó conscientemente, sentían el genio de la lengua maltratado, y más todavía la de quienes, conociendo en el original la clara, transparente y simpática exposición de la doctrina krausista por Tiberghien, la veían desfigurada en las oscuras, enrevesadas y antipáticas disquisiciones de sus secuaces españoles, hombres, en general, de gran talento y poderosas iniciativas, pero ignorantes de los respetos debidos á la forma, pagados tan sólo de un conceptismo que se imaginaban esotérico, y cosechando por lo mismo menguados frutos, ni más ni menos que sus adversarios los tomistas y los admiradores de Taparelli, otros que tales, con sus logomaquias y galimatías silogísticos. Así, el país que había producido un Jovellanos, iba á dar en un Salmerón; y el que había dado al mundo un Balmes, producía tan sólo un Padre Zeferino.

Puesta la pluma en el papel, la he dejado correr por donde el pensamiento ha querido llevarla, y ya es hora de detenerla. Quería decir que mi amor al castellano ha nacido conmigo, y que desde muy antiguo me han dolido las heridas que se le inferían, y me he quejado de ellas como he podido, cual de cosa propia. ¿Cómo no me han de seguir doliendo, ahora que tengo más clara conciencia del daño que causan, y cómo no he de seguir fustigando á los malsines que las producen con su ignorancia ó con su ineptitud?

He de consignar aquí, para satisfacción de cuantos se dignan leerme, que mi campaña no ha sido afortunadamente estéril: mis indicaciones han sido en gran parte recogidas, y los corresponsales que en París, en Roma y en Berlín tiene, por ejemplo, el popular *A B C,* se han corregido ó los han corregido, que para el caso es lo mismo; lo cierto es que faltas del género, que en ellos censuré, no han vuelto á parecer en sus correspondencias. Algo es algo. Quedan todavía algunas migajillas, pero son de otra especie, y ya daré cuenta de ellas si siguen repitiéndose de modo que no me quepa duda sobre su calificación, pues realmente dudo á veces si son errores ó si son erratas.

Pero si se ha curado ese mal, quedan todavía berrugas y aberraciones que hay que estirpar y corregir. Ahí está todos los días toda la prensa periódica, la rotativa y la no rotativa, la del trust y la del no trust, la sesuda *Época,* la remozada *Corres,* el equilibrista *Imparcial*, el entreverado *Liberal,* el alborotador *País,* el turioliente *Universo,* el rrrradical *Heraldo,* el flamante *A B C,* dando noticias de las idas y venidas del *sud-expreso,* de la condesa que en el *sud-expreso* sale, de la marquesa que en el *sud-expreso* viene, del ministro que el *sud-expreso* lleva, del diplomático que el *sud-expreso* trae, sin dar paz á la mano en materia de *sud-expresos,* y sin dejar de *sud*ar y hacer *sud*ar al prójimo en pleno invierno con ese empeño estúpido de llamar *Sud* á lo que es *Sur,* y de estropear de paso la lengua y los oídos. ¿Cuándo acabarán de convencerse todos

esos redactores, gacetilleros y correctores de que no diciéndose en España *Sud* sino *Sur,* no debe decirse *sud-expreso*, sino *sur-expreso?* ¿Cuándo tendrán arreglado su oído para sentir la falsedad de la nota fónica de esa desdichada *d,* reñida en esa palabra con toda eufonía, y contra la que se levantan indignadas todas las leyes de derivación y de buen sentido del castellano? ¿Cuándo nos dejarán de hacer *sud*ar hablando de *sur-expresos* y no de *sud-expresos?* ¿Cuándo sabran escribir la lengua propia sin mirar á la ajena? ¿Cuándo acertarán á discernir los elementos integrantes de su vocablo para no desfigurarlo con impuras alianzas?

¿Y esos señores ingenieros del ministerio de Fomento? ¿Con qué derecho siguen atropellando los fueros de la lengua con sus inaguantables *verificadores* de contadores de electricidad, ó de agua, ó de demonios, que para el caso es lo mismo? Si estudian en obras francesas ¿qué concepto tienen del *vérifier* francés, cuando se imaginan que equivale al castellano *verificar?* En España se *verifica* una cuestación para fines de beneficencia. ¿Se atreverían esos señores á decir en francés eso mismo empleando la palabra *vérifie* por *verifica?* No, seguramente; dirían—ó deberían decir, porque, con lo que estamos viendo y oyendo, no puede responderse de nada en estas cosas—*á lieu* (tiene lugar), que eso y no otra cosa significa nuestro *verifica.* Y si eso es así, ¿á qué santo nos han de hablar en castellano de *verificar* contadores, y con qué título nos han de imponer oficialmente el barbarismo de *verificadores* de contadores de nada? ¿Por qué no dicen *contrastadores* ó *fieles contrastes* ó *comprobadores,* cualquier cosa que signifique lo que se quiere decir, sin maltratar el castellano? Porque no lo saben; porque desde que estudiaron en sus escuelas de ingeniería sus libros de texto, en francés ó, en traducciones perversas, se acostumbraron á ver la palabra *vérifier,* con la equivalencia mocosuenesca de *verificar,* y con ella se quedaron sin pararse en pelillos ni averiguaciones. Pero si ellos no lo saben, lo sabe seguramente el ministro. ¿Qué hace ese ministro que no pone

coto á esos desmanes ingenieriles, enseñando á respetar la lengua nacional á sus subordinados?

¿Se imagina el ministro un diálogo como el siguiente?:

—¿Y á qué se dedica usted ahora?

—Soy verificador.

—¡Hombre! ¡Verificador! ¿Y qué es eso?

—Pues nada: estoy encargado de verificar contadores: voy, por ejemplo, á su casa, y si tiene usted contador, lo verifico.

—¿Lo verifica usted?

—Sí, señor. ¿No ve usted que mi oficio es verificar, y verificando me gano la vida?

—Me está usted hablando en griego, amigo mío. Me precio de saber mi lengua, y no acierto á descifrar el enigma de ese empleo de usted.

¿No le parece al ministro de Fomento que es ya hora de acabar con ese galimatías?

Y hagamos por hoy punto final, aunque no sin lamentar que el mal ejemplo cunda, como puede verse en el extracto de la sesión del Congreso del 9 de Febrero, hecho por *A B C*, en el que se dice: «El Sr. Azcárate opina que el Congreso es soberano para *verificar* las condiciones de sus miembros.» ¡Qué barbaridad! No hemos comprobado la cita en el *Diario de Sesiones;* pero es seguro que Azcárate es incapaz de decir semejante disparate.

DERECHO CANÓNICO

Lo que cuesta ser santo.—Con motivo del expediente de beatificación de Juana de Arco, publica Luis Angel en *La Grande Revue* un artículo curioso é instructivo sobre la tramitación de las canonizaciones.

La canonización de los santos no es otra cosa, como la ha probado Saintyves en su libro *Los Santos sucesores de los dio-*

ses, que una imitación de las apoteosis ó deificaciones paganas. Hay, sin embargo, entre una y otra diferencias esenciales. La Iglesia, al colocar en los altares á un Santo, no le convierte en Dios; se limita á declarar que Dios le ha recompensado en el cielo por sus heroicas virtudes, y que el cristiano puede hallar en él un protector, un abogado y un modelo. Los paganos, por otra parte, reservaban los honores de la apoteosis á los emperadores y generales, á guisa de avance en su carrera, y la Iglesia beatifica al cristiano virtuoso, cualquiera que sea su condición social.

En los primeros siglos el examen de la vida y virtudes de los santos se hacía sumariamente, teniendo cada parroquia los suyos, y no siendo temerario afirmar que á veces la piedad de los fieles se corría un poco en la apreciación de los hechos. Pero desde fines del siglo x, con Juan XV empezaron los Papas á examinar las causas de beatificación por sí mismos, y á principios del siglo xiii se las reservaron. Benedicto XIV es quien reglamentó minuciosamente esta materia, y las prescripciones por él dictadas son las que se hallan en vigor.

El proceso de canonización tiene que pasar por tres fases diferentes, que forman otros tantos grados de santidad: la declaración de *venerable,* la de *beato* y la de *santo.*

Cuando un cristiano muere en olor de santidad, el obispo de la diócesis forma tribunal y hace abrir un proceso sobre la vida y virtudes del difunto. Un postulador recoge los documentos que prueban la heroicidad de las virtudes del procesado, y con ellos compone un trabajo que se titula: «Artículos de prueba testimonial para el proceso de información sobre la vida y virtudes del servidor de Dios, Fulano de Tal, presentados por Tal, postulador de la causa.» En general, la vida del servidor de Dios consta de 35 á 40 artículos, tras de los cuales, el postulador examina sus virtudes bajo los títulos siguientes: «De las virtudes en general.—De la Fe heroica.—De la Esperanza heroica. — De la Caridad heroica para con Dios, para con el prójimo.—De la Prudencia heroica.—De la Justicia he-

roica.—De la Fortaleza heroica.—De la Templanza heroica.—De los dones sobrenaturales y de los milagros en vida.—De la fama de Santidad en vida. — De la muerte preciosa. — De los funerales y de la sepultura.—De la fama de santidad después de la muerte.—Milagros después de la muerte.»

Hecho esto, se dirige al obispo para que se abra un «proceso informativo sobre la fama de santidad». Entretanto, en Roma, el Procurador elegido para dirigir el proceso ante la Congregación de Ritos, pide al Papa que ordene á todos los obispos de las diócesis en que existan escritos del servidor de Dios, que los busquen y los remitan á la Congregación. Estos procesos pasan casi desapercibidos en Francia, pero no en Italia. Ahora, por ejemplo, se está instruyendo allí el de Pío IX. La familia Falconieri se opone á la beatificación mientras no se hayan pagado las deudas del difunto, que se apoderó, entre 1849 y 1870, de los bienes de esa familia, por valor de unos treinta millones de francos; el pleito está pendiente ante los tribunales de Italia, y hay que esperar la sentencia. Cuando se han recibido y examinado todos los informes y documentos, el tribunal diocesano celebra su última sesión: el notario entrega al presidente el original y una copia del expediente completo, y el obispo designa un mensajero para llevar á Roma la copia auténtica, que sólo se abre por el cardenal prefecto de la Congregación de Ritos cuando el Papa decreta la apertura. Las actas se traducen al italiano, y el postulador elige un abogado encargado de la tramitación y defensa de la causa, cargo lucrativo en la curia romana, cuyo primer trabajo es el de resumir la vida del santo, reunir las cartas en que los obispos piden la beatificación y examinar los escritos, si los hay.

Entonces entra en juego un nuevo elemento, el del promotor de la fe, especie de fiscal llamado ordinariamente «el abogado del diablo», por estar encargado de impugnar la declaración de santidad, buscando los puntos flacos de la vida del santo, examinando críticamente todos sus actos y hasta desnaturalizando sus intenciones. Así es cómo, si no se hubiera encon-

trado la receta del médico, San Vicente de Paul no hubiera sido canonizado, so pretexto de que tomaba rapé, y así también el P. Laynez, sucesor de San Ignacio de Loyola, no será probablemente santificado nunca, por ser su escritura tan enrevesada y difícil, que ha hecho perder la vista á los jesuítas que trataron de descifrarla.

Este torneo forense entre el abogado de Dios y el abogado del diablo tiene que durar diez años por lo menos. Si se resuelven satisfactoriamente todas las dificultades y triquiñuelas propuestas, la Congregación de Ritos acepta la «introducción de la causa» y propone al Papa un decreto en ese sentido. Si el Papa lo expide, el servidor de Dios, objeto del proceso, recibe el nombre de *Venerable*, sin que por eso pueda rendírsele culto ninguno.

Y entonces comienzan los procesos llamados *apostólicos*. Lo primero que hace Roma es averiguar si se ha rendido en alguna parte culto público al Venerable sin su autorización; sólo después de bien averiguado que sus órdenes no han sido infringidas, se abre el proceso sobre la santidad en general y sobre los milagros del Venerable. El abogado del diablo reaparece, agotando todas las dificultades y argucias que se le ocurren. Cerrada la discusión general, se pasa al examen detenido de cada artículo.

La primera reunión se celebra en las habitaciones del Cardenal ponente, que obsequia, á expensas de la postulación, con un *refresco* á todos los presentes; el postulador paga también los gastos de coche de los asistentes. En otra segunda reunión, los cardenales de Ritos asisten al voto de los consultores sobre la heroicidad de las virtudes del Venerable. La tercera reunión la preside el Papa, que recibe los votos de los Cardenales y de los consultores, publicando algunos días después el decreto en que se proclama esta heroicidad. Luego se procede del mismo modo al examen de los milagros. Para la beatificación sólo se necesitan dos, si están comprobados por testigos oculares, y cuatro si los testigos son de referencia. Para distinguir lo mi-

lagroso de lo natural, se consulta á los médicos, químicos y sabios más competentes, siempre que sean buenos cristianos. Terminado el examen y las votaciones, el Papa dicta un decreto solemne consignando los milagros. Todavía, antes de proceder á la beatificación, se resuelve la siguiente consulta *(duda definitiva)*: «Vistos los precedentes procedimientos, las pruebas aportadas y las respuestas dadas á las objeciones, tanto sobre las virtudes como sobre los milagros, ¿se puede proceder seguramente á la beatificación?» Por última vez recoge el Papa los votos, y tras algunos días de reflexión y de oraciones, dicta el decreto anunciando la beatificación y señalando día para la ceremonia. El día señalado se celebra una misa solemne en San Pedro, y al llegar al Evangelio, en lugar de la homilía, el secretario de la Congregación de Ritos lee el decreto pontificio de beatificación; entonces se descubre el retrato del bienaventurado, y por primera vez aparece el servidor de Dios á los fieles con el nimbo. Su culto, sin embargo, sólo se autoriza en su diócesis, pero no en la Iglesia universal, privilegio reservado á los santos.

Para ser canonizado es preciso que el beatificado haga nuevos milagros, y que estos prodigios sean examinados y aprobados por la Congregación de Ritos. El postulador reaparece y pide que se siga el procedimiento. Este sigue su curso regular, como para la beatificación, y resueltas todas las dudas sobre la autenticidad de los milagros, la causa es llevada ante tres Consistorios consecutivos, para que todos los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos presentes en Roma den su opinión con estas solas palabras: *placet ó non placet*. Si la opinión es favorable, el Papa publica una bula *urbi et orbe* proclamando la santidad del bienaventurado y fijando día para la fiesta de su canonización.

El día de la fiesta, la basílica vaticana se ilumina con miles de arañas, y se adorna con las banderas del nuevo santo y con cuadros que representan las principales escenas de su vida y milagros. El Papa, con toda su corte, preside la ceremonia.

El abogado consistorial se acerca á su trono y pide que se inscriba en el catálogo de los santos al bienaventurado cuya santidad ha sido probada; el Papa se calla, pero el Secretario de Breves responde, según el protocolo, que hay que implorar antes la divina gracia, cantando las letanías. Se cantan éstas, y el abogado vuelve, en nombre del postulador, á repetir la misma súplica. Le contestan lo mismo, y los cantores entonan el *Veni, Creator*. El abogado reproduce su petición con mayor ardor *instanter*, *instantius*, *instantissime*, y el Secretario declara entonces que la voluntad del Papa es acceder á lo pedido. Entonces el Santo Padre pronuncia la fórmula siguiente: «En el nombre de la santa é indivisible Trinidad; por la exaltación de la fe católica y el acrecentamiento de la religión cristiana; por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y por la nuestra; después de haber maduramente deliberado é implorado el socorro de Dios; con la opinión de nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, los patriarcas, los arzobispos y los obispos presentes en Roma, decretamos que los bienaventurados Tal y Tal son santos, y los inscribimos en el catálogo de los santos, estatuyendo que la Iglesia Universal celebrará piadosamente su ceremonia todos los años en el día aniversario de su nacimiento en la celeste patria. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.» La misa prosigue, y, en el Ofertorio, los cardenales y el postulador ofrecen al Papa con grandes cirios, panes y dos barrilitos dorados y plateados y tres cajas artísticamente labradas, polícromas, que encierran dos tórtolas, dos palomas y dos pajaritos.

Los gastos de estos procesos son considerables, y, á pesar de estar tasados, para evitar abusos, por Benedicto XIV, desde 1741, suben á cantidades enormes. El promotor de la fe, por ejemplo, además de su pensión anual y de una distribución diaria de pan y vino que recibe, cobra 68 francos por su primera objeción, 34 por la segunda y otro tanto por la tercera;

por cada carta á un obispo para que busque los escritos del servidor de Dios, le da el postulador 10,71 francos de indemnización; el subpromotor comprueba los escritos, cobrando 41 céntimos por cada página, y el doble por la corrección de pruebas. Los aguinaldos son libres, pero la costumbre los impone, no sólo por Navidad, sino por la Asunción; los cardenales y prelados toleran esta piadosa costumbre, y reciben del postulador, en cada una de estas fiestas, diez libras de café, diez de azúcar y diez cirios.

Todo eso, sin embargo, no es nada para lo que cuestan las fiestas de la beatificación y de la canonización. Esos días tiene el postulador que repartir 2.500 ejemplares de la vida del santo, y ofrecer ejemplares, más ó menos ricamente encuadernados, al Papa y á los prelados. También tiene que regalar imágenes del santo al Papa y á los cardenales; la del Papa está impresa en tela blanca laminada de oro, y además un gran cuadro firmado por artista de mérito; los retratos para el cardenal prefecto y el Ponente son de un metro de ancho, por 1,40 de alto; los demás, de 80 centímetros. Todo lo que entra en el decorado de la Basílica: imágenes, cirios, ornamentos, cálices, etc., para la misa de canonización, todo lo paga el postulador; así el maestro de ceremonias recibe 268,70 francos por sus ornamentos y 806,10 por sus honorarios, los camareros del Papa 2.418,60 por su vestuario y otro tanto por su asistencia, y así sucesivamente; el cáliz cuesta 322,34 francos, y hasta los barrenderos del patio de San Dámaso se reparten 795,36 francos por su barrido. Contándolo todo, proceso y fiestas, pueden calcularse los gastos en una suma que varía de trescientos á quinientos mil francos.

Cuando el obispo de Arras, Mons. Lequette, comprobó las cuentas al postulador por la beatifición de Benito Labre, un bienaventurado mendigo, vió que ascendían á 263.000 francos; sólo la fiesta en San Pedro había costado 100.000. De vuelta á su diócesis, decía á sus seminaristas: «Hay que ser santos, hijos míos, pero no santos canonizados, porque eso cuesta de-

masiado caro.» Y añadía, no sin gracia, que el último milagro hecho por el beatificado mendigo era el de haber encontrado tanto dinero para su beatificación.

IMPRESIONES Y NOTAS

NAPOLEÓN TRATADO Á PUNTAPIÉS.—Es increíble, ¿verdad? Napoleón, el gran Napoleón, en la plenitud de su gloria, era tratado á puntapiés por su médico Corvisart, según afirma en su *Diario* el doctor Meniere, bajo la fe de Saint-Marc-Girardin. La cosa es fuerte, pues si es verdad que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara», y menos para su médico, tratándose de un hombre del temple de Napoleón, no parece verosímil que, ni á los ojos de sus más íntimos servidores, dejara de ser grande hasta el punto de que se le tratara á puntapiés.

La historia resolverá el caso. Por el momento, aquí nos limitamos á reproducir textualmente las palabras del *Diario* de Meniere, que dice así: «El Emperador, sufriendo las crisis de estómago á que estaba bastante sujeto, se imaginaba estar envenenado. Se introducía entonces los dedos en el fondo de la boca y provocaba así vómitos violentos. Cuando no podía vomitar, se revolcaba sobre la alfombra de su habitación, gritaba, se lamentaba y perdía toda moderación. Corrían en busca de Corvisart, que llegaba y le encontraba presa de accesos de cólera ó de desaliento. Y entonces el médico, que hablaba á su señor sin miramientos, le trataba con rudeza y le empujaba con el pié, diciéndole: ¡Levantaos, levantaos! ¡Eso es una vergüenza! ¡Eso es una cobardía! ¡Arriba! No tenéis más que calambres de estómago y dolores nerviosos, etc. Y el enfermo se levantaba y se calmaba poco á poco.

«Sí, Corvisart mismo me lo ha dicho en estos términos:

que le empujaba con el pie, mostrando su desprecio por debilidades tan culpables.»

Como me lo contaron, os lo cuento.

*
* *

Amos y criados.—Según dice Prevost en el *Figaro*, la tensión existente, hoy más que nunca, entre amos y criados, es producida por la ignorancia en que unos viven respecto de los otros, por la falta de trato familiar, en París sobre todo. Allí la servidumbre vive 18 metros por encima de los señores, en el sexto piso, región prácticamente inaccesible, en la que ninguna señora se aventura, y menos ningún amo de casa. Defendidos por la aspereza del lugar, los criados han establecido en aquellas cimas aboardilladas una república particular, con principios y leyes peculiares. Y allí, como en todas partes, hay buenos y malos corazones, criminales y santos; pero todos desconocidos en su verdadera naturaleza por los señores.

Cuando descienden de sus alturas, no son los mismos que en su casa; al tiempo de endosar la librea, se ponen una máscara que forma parte del *estilo*. Se les pide que sean fríos, impasibles, automáticos, impersonales, y lo son, ó procuran serlo. Y de este modo, mitad por culpa nuestra, mitad por lo que ellos creen ser su interés, se hacen cada día más desconocidos para sus amos que los davos de Plauto ó los Ermolay de Turgueneff. Los parisienses aceptan, sin parar en ello la atención, esa comunidad diurna con seres de los que nada saben (ni aun el apellido frecuentemente, pues un criado sólo tiene derecho al nombre), y que por lo noche se reúnen con sus camaradas en una región misteriosa é impenetrable.

¿Cómo remediar esto? Conociendo á sus criados. Y esto puede decirse lo mismo de los de París que de los de Madrid, pues aunque aquí el alejamiento no es tan grande, lleva camino de serlo al paso que vamos. ¿Cómo recibimos á una doncella, á una cocinera, á un criado cualquiera? He servido cinco

años como primera doncella en casa de la condesa de Montecúculi, avenida de Villiers; ahí tiene usted la cartilla.—¡Muy bien, hija mía! Pase usted; queda usted admitida.—Salgo del servicio militar; pero antes he sido ayuda de cámara de un americano, el señor Hauser, que estaba muy contento conmigo, como puede ver el señor, etc., la cartilla.—¡Bien, bien! Pase usted, pase usted.—Pero ¿quién es la condesa de Montecúculi? ¿Qué señor Hauser es ése? ¿Existen siquiera? Nadie se cuida de averiguarlo, y así sale ello.

Así, sin más requisitos, introducimos en nuestra casa á un extraño, y le entregamos nuestras llaves, y le confiamos nuestros hijos y le hacemos depositario de nuestra confianza. ¿Es esto serio, ni tiene defensa alguna? Hay que reclutar los criados de otro modo, enterándose de quiénes son, de su familia, de su vida anterior, de todo lo que puede interesarnos para admitirlos con confianza en nuestra casa. Y luego hay que hacerse querer y respetar de ellos; hacerse querer interesándose por sus cosas y por su familia; hacerse respetar por la justicia de las observaciones, por el conocimiento que toda ama de casa debe tener del servicio.

Para esto último hay que enseñar á nuestras hijas—cosa bastante descuidada—el oficio de amas de casa. Ahí tenéis una niña que ha terminado sus estudios, llegando á obtener una cultura intelectual bastante completa. ¿Es eso todo? ¿Sabe coser? ¿Sabe algo de cocina? ¿Sabrá ayudar á la doncella de su madre á repasar la ropa? ¿Sabrá hacerse el arreglo de un sombrero? Y no se trata sólo de casas aristocráticas ni de clases acomodadas. Generalmente, se cree que las mujeres del pueblo son buenas amas de casa, y es un errōr; salvo contadas excepciones, su ignorancia sobre la dirección de un interior es una de las principales causas de la desorganización de la familia y de la miseria de las casas obreras.

Porque, ¿qué sucede? Que apenas casadas unas ú otras, tienen que aprenderlo todo, porque nada práctico saben. Los criados se aprovechan de su ignorancia y se hacen los verda-

deros amos; los hijos carecen de cuidados y de buena dirección; la casa marcha tropezando y cayendo, y las unas por pobres y las otras por ricas, llegan á disgustarse de un oficio que no entienden, y para librarse de las dificultades con que tropiezan en el hogar doméstico, huyen de él cuanto pueden y se hacen desgraciadas, y hacen desgraciados á sus esposos y á sus hijos.

Algunas, á fuerza de energía y de constancia, consiguen formarse poco á poco; pero, ¡cuántas viven y mueren sin haber llegado á ese resultado! ¡Cuántas que hubieran podido ser útiles y dichosas, porque tienen inteligencia y condiciones para serlo, han sido toda su vida seres ligeros y frívolos, inútiles para su casa y, por lo mismo, desgraciadas! Ahí está el segundo remedio para la cuestión de la servidumbre: siendo buenas amas de casa se tendrán buenos criados. Ya lo dice el refrán: «Tal amo, tal criado.»

*
* *

Lo que han variado de un siglo á otro los convites de los reyes.—Cuando se compara cualquiera de las grandes comidas de corte de hoy con las que se daban hace un siglo, se comprende la inmensa diferencia que hay entre aquellos estómagos y los nuestros y entre las bolsas de aquellos príncipes y las de los actuales. Con las listas civiles de hoy no había rey que pudiera hacer frente á tales gastos.

La *Revue Hebdomadaire* de París, recuerda, por ejemplo, dos visitas hechas á Luis XVI y á María Antonieta por el príncipe heredero de Rusia, el gran duque Pablo y por el rey de Suecia, Gustavo III, en 1782 y 1784, en tiempos de apuros y de economías, cuando gobernaba en Francia un rey morigerado como el desgraciado Luis XVI, y cuando se había puesto coto á las costumbres de dilapidación de la regencia y de Luis XV.

La baronesa de Oberkirch, una de las invitadas, se levantó

á las seis de la mañana para poder ir á Versailles. No se necesitaba menos para ir bien peinada y para marchar de modo que no se arrugara demasiado en el coche la falda y los adornos. La baronesa ensayaba aquella noche una novedad muy de moda entonces, pero muy molesta, según confiesa ella misma, consistente en unas botellitas con agua, aplastadas y curvadas, según la forma de la cabeza, que se llevaban entre el pelo, y en las que iban rabos de flores naturales que se llevaban en el peinado para mantenerlas frescas; la cosa no siempre salía bien; pero cuando se lograba, el efecto era encantador: la primavera en la cabeza, en medio de la nieve de los polvos, era un contraste delicioso. La condesa del Norte llevaba además un pajarito de pedrería deslumbrador, que se balanceaba sobre un resorte, moviendo las alitas junto á una rosa; la reina quedó tan enamorada de la caprichosa joya, que quiso le hicierán otra igual.

Después de cantar *Lemire y Azor,* de Gretry, y de bailarse *La joven francesa en el serrallo,* se sirvió la comida en tres mesas de á cien cubiertos cada una, y luego los invitados fueron á ver el templo del amor en los jardines y su iluminación por medio de 4.925 haces de leña.

La recepción del rey de Suecia, que viajaba con el nombre de conde de Haga, fué todavía más asombrosa. Todas las damas estaban de blanco y todos los caballeros de casaca escarlata con vesta de fondo blanco bordada de hilo de oro. Se representó *El dormido despierto,* de Piccini y Marmontel, y se sirvió la comida en tres mesas especiales, la del rey, la de la reina y la del conde de Haga, y en una general, la «gran mesa de honor». He aquí las minutas:

Para el rey: Les hatelets de lapereaux.—Les côtelettes de mouton panées.—Les papillottes de foie gras.—Le gratin de lapereau.—Un plat de rôt.—La poule de Caux panée et fourrée. —Quatre petits entremets.=*Para la reina:* Deux potages, huit livres de viande et deux poulardes.—Seize œufs.—Quatre entrées.—Les poulets à la reine garnis à l'allemande.—Les

bouillons à l'allemande. — Les cotelettes d'agneau garnies d'une blanquette.—Le sauté de filets de lapereaux.—Les poulets dont un farci.—Six œufs.—Quatre petits entremets.= Para la «gran mesa de honor», donde se sentaban los demás invitados, había ocho sopas, ocho terrinas, ocho relevés, 48 entradas, 16 platos de asado, etc. La mesa del rey de Suecia correspondía, como es natural, á las demás.

Después de la comida los invitados visitaron también los jardines y el templo del amor, que aquella noche estaba iluminado por medio de 6.400 haces.

* * *

Sardou y el ocultismo.—Sabido es, aunque muchos lo ignoran, que el famoso dramaturgo francés Victoriano Sardou era un espiritista convencido y entusiasta. Fué iniciado en el espiritismo por el mismo Allan Kardec, y ha sido, según él mismo cuenta, testigo irrecusable de hechos realmente extraordinarios.

Tenía, dice, una mesita que á mi voz me seguía y daba vueltas como un perrillo. Muchas veces oí las teclas de mi piano subir y bajar sin que nadie las tocara, produciendo dulcísimas y extrañas armonías. Con bastante frecuencia una fuerza irresistible me obligaba á coger un lápiz y me hacía escribir vertiginosamente páginas sobre páginas. La entidad que decía llamarse Palissy me dió frecuentemente pruebas sorprendentes. Una vez, por ejemplo, me hizo escribir: «Coge una hoja más grande.—No la tengo más grande, respondí.—Ve á buscarla á la plaza de San Andrés.» No me parecía que en aquella plaza hubiera ningún almacenista de cartones ni papeles. Pero como Palissy insistiera, salí á buscarla. No encontré ninguno, y me disponía á regresar irritado á casa, cuando leí junto á la puerta de una casa, en una pequeña placa: «Venta de cartones al por mayor.» Entré y hallé cartones y papeles

de todas dimensiones. «Ya ves, me hizo escribir Palissy á mi regreso, que yo tenía razón.»

Además de esto, que explica que Sardou sirviera de *medio* excelente para las comunicaciones con el mundo de lo desconocido, el gran comediógrafo fué también un *medio* dibujante maravilloso, pues sin haber estudiado jamás dibujo ni tener para el arte del diseño especiales aptitudes, ha hecho, bajo la dirección de las fuerzas ocultas, dibujos sorprendentes, que siguen todavía siendo inexplicables si no se acude á buscar la explicación en la existencia de un impulso misterioso y consciente que guía la inexperta mano con la competencia y la seguidad de un verdadero artista.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos, por el contralmirante Patricio Montojo..... 5

El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen..... 20

Recuerdos, por José Echegaray..... 58

Don Quijote, por Havelock Ellis..... 69

Tesoros españoles en Yankilandia: El Museo Hispánico en Nueva York, por Julio Brouta..... 84

El año musical, por Cecilio de Roda..... 92

Problemas económicos, por Anselmo Fuentes..... 116

El sexo femenino en las monedas: Grecia antigua, por Ignacio Calvo..... 134

El problema catalán y la lengua catalana, por Lorenzo Benito... 148

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 157

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**—¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad..... .	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología	8
111	**Balzac.**—César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot..... ...	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**—Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica.....	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*).	24
393	— Pasado y presente....	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal.....	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*).....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo.....	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Mere.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
93	— El sitio de París.....	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)...	6
22	— La Evangelista.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
289	— El Reformatorio de Elmira.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
192	— Problemas jurídicos contemporáneos.....	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos.....	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza.....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos..... ..	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla..	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología.....	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna	5
352	**Finot.**— Filosofía de la longevidad..... ...	5
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho.....	7
451-452	— Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*.....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.....	3
198-199	**Framarino dei Ma-**	

N.º del Catál.º		Pesetas
	latesta.—Lógica de las pruebas (*dos tomos*)....	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres.....	5
164	— Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
205	— Historia de la Pompadour.....	6
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	—Las favoritas de Luis XV	6
6	— Querida.....	4
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	3
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros..	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
290	**Hamilton.**—Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
3	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	5
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución sosocial.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
88	**Kropotkin.** — La Conquista del Pan.....	3
322	— Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7

N.º del Catál.º		Pesetas
369	— El Socialismo contemporáneo	8
220	**Lange.**—Luis Vives	2,50
454	**Larcher y Jullien.** — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato	5
319	**Lemcke.**—Estética	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán)	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política	8
434	**Lewis-Patte.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos	8
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal	3
72	— El Hipnotismo	3
222	— La Escuela criminológico-positivista	7
125	— Ultimos progresos de la Antropología criminal	3
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*)	15
45	— Antropología y Psiquiatría	3
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida	3
99	— La Vida dichosa	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos	6
294	— La Educación	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*)	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo	3
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	— Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. —La Paz y la guerra	8
410	**Martín.**— La Moral en China	4
173	**Maupassant.**—Emilio Zola	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión	7
375	La ciencia del lenguaje	8
366	— Hist. de las religiones	8
455	— La Mitología comparada	7
341	**Max-Stirnr.**—El Unico y su propiedad	9
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa	1
152	— Núñez de Arce	1
284	**Meneval.**—María Estuardo	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*)	12
392	— Ontología	10
427	— Criteriología general	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses	2
118	**Merimee.**—Colomba	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merker.**—Derecho penal	10
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*)	18
398	**Monton.** — El deber de castigar	4
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo	6
232	**Neera.**—Teresa	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal	5
336	— La Genealogía de la moral	3
350	— Humano, demasiado humano	6
370	— Aurora	7
405	— Ultimos opúsculos	5
431	— La Gaya ciencia	6
466	— El viajero y su sombra	6
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas	8

N.º del Catál.º		Pesetas
365	— El porvenir de la raza blanca	4
407	— Conciencia y voluntad sociales	6
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor	1
151	— El P. Luis Coloma	2
168	**Passarge.**—Ibsen	1
161	**Picón.**—Ayala	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social	5
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato	2
379, 432 y 433	— La Historia Universal (*tres tomos*)	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo	5
225	**Renán.** — Estudios de historia religiosa	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*)	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463 y 467	— Derecho civil (*doce tomos*)	83
285	**Rod.**—El silencio	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas	8
415	**Roosevelt.**—New-Yorw.	4
453	**Rozan.**—Locuciones, proberbios	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*)	13
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres	3
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional	9
84	**Sardou.**- La Perla Negra	3
240	**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislación	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*)	30
78	— Estudios escogidos	3

N.º del Catál.º		Pesetas
241	—Fundamento de la moral	5
465	— Ensayos sobre Religión, Estética	4
464	— La nigromancia	3
458	— Estudios de Historia filosófica	4
448	— Eudemonología	5
401	**Sienkiewiez.** — Orso en vano	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy	2
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente	4
245	— Teoría positiva de la complicidad	5
320	**Sohm.**—Derecho privado romano	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX	3
256	**Spencer.**— De las leyes en general	8
253	— El organismo social	7
254	— El progreso	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia	6
246	— La justicia	7
247	— La moral	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas	9
249	— Las instituciones eclesiásticas	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)	12
250	— Las instituciones sociales	7
353	— Las instituciones profesionales	4
351	— Las instituciones industriales	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	5
292	**Stead.**--El Gobierno de Nueva York	3
136	**Stendhal.**—El Amor	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho	12
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad	9
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)	15

N.º del Catál.º		Pesetas
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias	3
449	— Estudio sobre la religión	4
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva	7
265	— Historia del Derecho	8
264	— La guerra según el Derecho internacional.	4
266	— Las instituciones primitivas	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil	12
403	**Suttner.**—High-Life	3
96	**Taine.**—El Arte en Grecia	3
101	— El ideal en el Arte	3
66	— Filosofía del Arte	3
106	— Florencia	3
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura inglesa (*cinco tomos*)	34
270	— La Inglaterra	7
74	— La pintura en los Países Bajos	3
108	— Milán	3
103	— Nápoles	3
310	— Notas sobre París	6
104-105	— Roma (*dos tomos*).	6
107	— Venecia	3
334	— Los orígenes de la Francia contemporánea: *tomo 1.º*, El antiguo régimen	10
468	— Los orígenes de la Francia contemporánea: *tomo 2.º*, La Revolución; *tomo 1.º*, La anarquía	7
359	— Los filósofos del siglo XIX	6
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales	3
273	— La criminalidad comparada	3
271	— Las transformaciones del Derecho	6
339-360	**Todd.**—El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*)	15
400	**Tehekhof.**—Un Duelo	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10

Nº del Catál.º		Pesetas
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado	3
71	— El camino de la vida	3
63	— El canto del cisne	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo	3
15	— En el Cáucaso	3
15	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil	3
117	— La escuela	3
20	— La muerte	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse	3
48	— Los Cosacos	3
90	— Los hambrientos	3
3	— Marido y mujer	3
85	— Mi confesión	3
113	— Mi infancia	3
126	— Mi juventud	3
75	— Placeres viciosos	3
94	— ¿Qué hacer?	3
294	**Trevelyan.**—La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales	3
97	— Demetrio Rudín	3
25	— El judío	3
123	— El reloj	3
47	— El Rey Lear de la Estepa	3
8	— Humo	3
139	— La Guillotina	3
16	— Nido de hidalgos	3
137	— Padres é hijos	3
80	— Primer amor	3
304	— Tierras vírgenes	5
60	— Un desesperado	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (*dos tomos*)	15
277	— Novelas y caprichos.	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos.	3
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.	7

AP
60
E8
año 21
no.241-43

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY